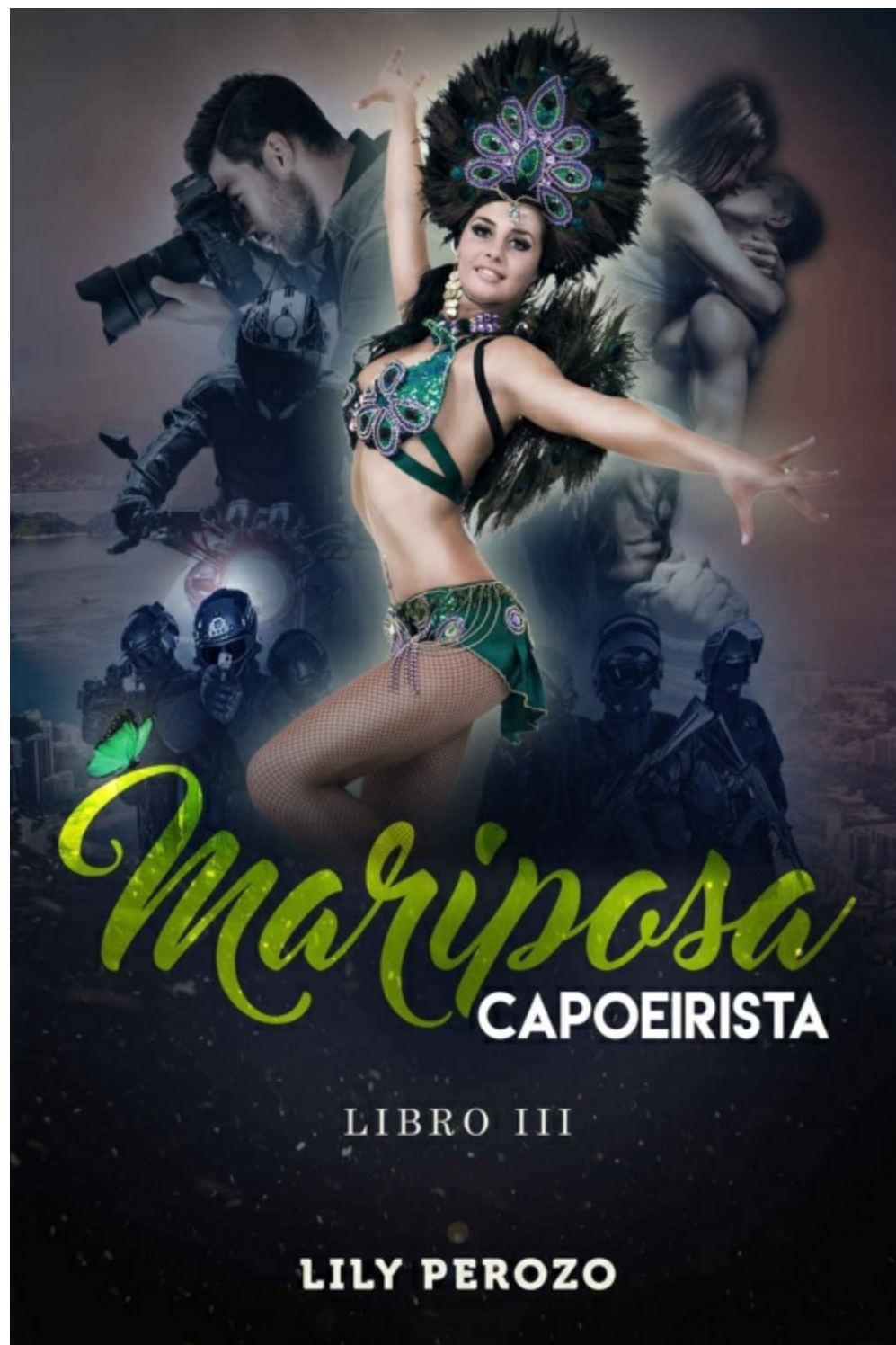




Mariposa CAPOEIRISTA

LIBRO III

LILY PEROZO



Mariposa
CAPOEIRISTA

LIBRO III

LILY PEROZO

LILY PEROZO



Mariposa
CAPOEIRISTA

LIBRO III

Copyright © 2018 Lily Perozo

Todos los derechos reservados.

Diseño de portada por: Isabel Quintín

Primera Edición: marzo 2018

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio sin permiso previo de la titular del copyright. La infracción de las condiciones descritas puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios.

Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Que disparate el tuyo, que necesidad más grande querer pintar de fiesta a un alma tan revuelta a una vida en remate.

Andrés Cepeda.

CONTENIDO

CONTENIDO

DEDICATORIA

AGRADECIMIENTOS

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPITULO 47](#)

[CAPITULO 48](#)

[CAPÍTULO 49](#)

[CAPÍTULO 50](#)

[CAPÍTULO 51](#)

[CAPÍTULO 52](#)

[CAPÍTULO 53](#)

[CAPÍTULO 54](#)

[CAPÍTULO 55](#)

[CAPÍTULO 56](#)

[CAPÍTULO 57](#)

[CAPÍTULO 58](#)

[CAPÍTULO 59](#)

[CAPÍTULO 60](#)

[CAPÍTULO 61](#)

[CAPÍTULO 62](#)

[CAPÍTULO 63](#)

[CAPÍTULO 64](#)

[CAPÍTULO 65](#)

[CAPÍTULO 66](#)

[CAPÍTULO 67](#)

[CAPÍTULO 68](#)



DEDICATORIA

A todas las Mariposas que todavía creen en el amor por encima de todas las cosas. Esas que esperan a un guerrero con cicatrices y no a un cobarde con corona.

AGRADECIMIENTOS

A todas las personas que día a día colaboran para que las locuras que invento lleguen a muchas personas y las hagan soñar.

¡Gracias!

CAPÍTULO 1

Alexandre le dio un beso en el pelo, se lo acarició con infinita ternura, como

lo había hecho muchas veces con su hija, cuando lloraba extrañando a Branca, porque no podía comprender que su madre nunca volvería.

—Ya regreso. —Le susurró y volvió a darle un suave beso en el lóbulo de la oreja.

Ella solo asintió con la cabeza lentamente al tiempo que intentaba limpiarse las lágrimas que no dejaban de brotar.

Él se fue hasta la cocina y puso a hervir agua para prepararle el té de manzanilla, mientras pensaba en alguna solución, porque lo que menos deseaba era ver sufrir a Elizabeth de esa manera que a él tanto le angustiaba.

Sacó una taza del mueble de la cocina, buscó el té y sirvió el agua hirviendo; estaba por volver a la habitación cuando escuchó el sonido del teléfono de Elizabeth, e inmediatamente su mirada se dirigió al sofá donde lo había dejado junto al suyo y las llaves.

No pudo retener sus pasos que lo llevaron hasta el aparato, percatándose de que era Rachell quien estaba tratando de comunicarse con su hija.

Él no quería que siguieran atormentándola, pero por alguna extraña razón supuso que la mujer no quería reprocharle sino apoyarla. Justo cuando él agarró el teléfono dejó de llamar, sabía que quizá en sus manos tenía la solución para poner de su parte y ayudar a la mujer que amaba.

Era realmente habilidoso para desbloquear los teléfonos, no necesitaba de ningún aparato, tampoco resetearlo ni restaurarlo, simplemente una lámpara o una luz directa, y la del extractor de humo de la cocina era perfecta.

Miró al pasillo para asegurarse de que Elizabeth no se lo pillara con su teléfono en la mano. En menos de dos minutos ya había divisado la contraseña numérica y consiguió desbloquearlo, fue directamente a lo que necesitaba, no pensaba invadir la privacidad de Elizabeth, aunque cierta parte de su ser se lo pidiera.

Hizo exclusivamente lo que se había propuesto y volvió a bloquearlo.

Antes de que pudiera regresarlo al sofá, Rachell volvió a llamar; sabía que no era correcto contestarle, por lo que agarró la taza de té y se fue a la habitación.

—Aquí te traje la manzanilla, no quiero que la cena te haga daño —dijo acucillándose frente a ella.

Elizabeth realmente no quería el té, porque no estaba segura de poder pasarlo, pero agradecía infinitamente la atención de Alexandre; se sentó y acunó la taza, disfrutando del calor que les brindaba a sus manos; se obligó y le dio un sorbo.

—Gracias —dijo mirándolo a los ojos, mientras él le ponía un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Por cierto, tu madre te está llamando —informó entregándole el teléfono.

Elizabeth sostuvo la taza con una mano y con la otra agarró el teléfono, se quedó mirándolo para después dejarlo a un lado y volvió a darle otro sorbo al té.

—¿No vas a devolverle la llamada? —preguntó él.

—No quiero hacerlo... Ahora no... —Se quedó mirándolo y sus pupilas bailaban junto con las de él—. Luzco espantosa, ¿cierto? —Le preguntó, segura de que el maquillaje debió habersele chorreado.

—En absoluto, eres hermosa en todo momento, pero admito que me gusta más verte sonreír —dijo sujetándole la barbilla. Ella le hizo caso y le sonrió tímidamente—. Mucho mejor.

En ese momento el teléfono volvió a sonar y ambos fijaron sus miradas en la pantalla.

—Creo que debes contestarle, estoy seguro de que no quieres que se preocupe —aconsejó Alexandre.

—Temo que mi padre la haya convencido e intente persuadirme para que regrese con él.

—Me pareció que tu madre es mucho más comprensiva, no tan intransigente.

—No lo es, pero muchas veces suele estar de acuerdo con él.

—Será conveniente salir de dudas —instó con dulzura.

Elizabeth le dio otro sorbo al té, dejó la taza a un lado y agarró el teléfono.

—Hola mamá —atendió la videollamada.

—Hola cariño, ¿qué pasó? ¿Te sientes bien? ¿Por qué estás llorando? —interrogó toda preocupada.

—¿No te haces una idea?

—Tu padre... Lo siento pequeña, debí ponerte sobre aviso, pero ya mi situación con Samuel está bastante delicada por todo esto. Piensa que lo estoy traicionando, no puede entender que solo intento comprenderte...

—Lo sé mamá, no te preocupes, sé que estás en una posición realmente complicada, no puedes estar con el bien y con el mal al mismo tiempo.

—Sin embargo, intento estarlo, porque los amo a los dos y lo que más deseo es que las cosas vuelvan a ser como antes.

Elizabeth presentía que a continuación le pediría que volviera con su padre a Nueva York.

—No creo que eso suceda, puesto que según el gran Samuel Garnett ya no soy su hija, no mientras elija estar al lado del hombre que amo. —Suspiró con melancolía y las lágrimas volvieron a llenarle los ojos.

—¡Ay cariño! No le hagas caso a tu padre, solo está dolido... Imagino que fue duro contigo, pero cualquier cosa que haya dicho estoy segura de que no lo dijo en serio. —Elizabeth solo asintió con la cabeza—. Estoy segura que dentro de poco se le pasará, él te ama y también está sufriendo por todo esto...

—Pero no es justo mamá, no tengo por qué renunciar a lo que quiero solo por hacerlo feliz a él.

—Si no quieres hacerlo no lo hagas, si tu corazón te pide quedarte entonces escúchalo y sigue disfrutando de tu relación. Llegará el momento en que tu padre comprenda que él no puede ser el único hombre en tu vida...

¿Vio a Alexandre?

—Sí, pero no le permitió hablar, no quiso escucharlo... Fue demasiado terco, no aceptó ninguna explicación.

—Sé lo testarudo que es... Espero que Alexandre sepa disculparlo.

Alexandre afirmó con la cabeza, ¿cómo no disculpar a un padre que solo estaba intentando a su manera recuperar a su hija?

—Mamá —habló bajito—, ¿es cierto que Violet pregunta por mí?... ¿Me extraña?

Rachell sonrió enternecida por la preocupación que denotó en el tono de voz de su hija, pero también segura de que esas dudas en ella habían surgido por algún comentario hecho por Samuel.

—Aquí ya todos saben que estás con Alexandre, fue Oscar quien se mostró más sorprendido —contó.

Alexandre esquivó su mirada de los ojos de Elizabeth, era su manera para no ponerse en evidencia, porque no le había comunicado de la llamada que Oscar le había hecho y tampoco estaba en sus planes hacerlo.

—A Violet lo que realmente le preocupó fue no poder seguir siendo amiga de Luck si ya no era tu novio, estaba convencida de que ustedes iban a casarse —dijo Rachell sonriente—. Pero ya eso está solucionado, hablaron por teléfono y todo se resolvió.

Elizabeth sonrió, sintiéndose más tranquila; sabía perfectamente que podía contar con Luck en los buenos y malos momentos.

—Aunque también te extraña y se la pasa diciendo que quiere ir a surfear con Alexandre.

El aludido sonrió, también se sentía más en calma al ver cómo Rachell lograba consolar a su hija.

—Será un placer surfear con ella —comentó bajito y le sonrió.

Elizabeth estiró la mano y le acarició la barba cobriza.

—Alex dice que cuando venga con gusto la llevará a surfear —comunicó Elizabeth.

—¿Está contigo? —preguntó Rachell.

—Sí, aquí a mi lado —respondió, mientras le hacía señas a Alexandre para que se sentara junto a ella—. Ya te saluda.

Alexandre se sentó a su lado, posó una mano sobre su muslo, acariciándoselo mansamente y miró a la pantalla, donde estaba su suegra.

—Buenas noches —saludó con amabilidad—. ¿Cómo está señora?

—Bien, gracias por preguntar —respondió Rachell—. Disculpa la reacción de mi marido...

—No se preocupe, entiendo las razones del señor Garnett, aunque no me haya permitido darle las mías... Sé que no será fácil que entienda que verdaderamente amo a su hija, pero se lo demostraré, porque en mi palabra no va a creer, no importa de qué manera se lo diga.

—Tienes razón, mi esposo no suele confiar en palabras sino en los hechos, solo te pido que cuides de mi niña, hazla feliz y no traiciones la confianza que he puesto en ti.

—Reafirmo la promesa que le hice, la cuidaré con mi vida.

Ella sonrió, le acarició la espalda y dejó reposar la cabeza en su hombro.

—Cariño, ¿crees estar dispuesta para la reunión de mañana? —preguntó Rachell, devolviendo la atención a su hija.

—Sí mamá, te prometo que a las nueve estaré en la boutique.

Siguieron conversando un buen rato, hasta que Elizabeth se sintió mejor, y por ese tiempo olvidó las palabras hirientes de su padre.

Al terminar la llamada Alexandre le propuso que se ducharan juntos, ella no rechazó la oferta y se fue al baño con él, para después regresar al colchón y se quedaron dormidos abrazados.

Violet estaba totalmente concentrada en la siguiente jugada que haría, estudiaba muy bien cada movimiento; aunque ese juego fuese un método de aprendizaje y un deporte odiaba perder.

Sus ojos violetas se paseaban por el tablero, no solo analizando su próxima jugada, sino también la que podría hacer su compañero a consecuencia de la pieza que ella movería.

—Disculpen —interrumpió la maestra en voz baja—. Violet, alguien vino a verte.

Ella levantó la mirada del tablero de ajedrez y la fijó en su maestra, sintiéndose desconcertada; después miró a la puerta, por donde en ese instante aparecía su padre.

De la emoción que le provocó verlo en su colegio se llevó las manos a la boca y se levantó, dejando que la maestra ocupara su puesto, con lo que ellos consideraban una gran herramienta pedagógica y educativa.

Corrió para llegar más rápido hasta su padre, quien la esperaba con una sonrisa.

—¡Papi! Me has sorprendido, es la mejor sorpresa —dijo lanzándosele a los brazos. Este la cargó y le dio varios besos en la mejilla—. ¿Cuándo llegaste de viaje? ¿No tienes trabajo? —Lo acribillaba a preguntas, mientras era el centro de miradas de sus compañeros de clase, quienes interrumpieron su atención al ajedrez.

—¿Quieres ir conmigo al patio? —preguntó.

—Sí, claro... Me hace muy feliz que me visites —dijo plantándole un sonoro beso en la mejilla.

Él la bajó y caminaron por el gran e iluminado pasillo.

—Llegué hace un rato, supongo que sí tengo trabajo, pero quise venir a compartir un rato contigo... Espero que no te moleste.

—¿Que me molestes? —bufó divertida—. Me encanta que vengas a verme... Te extrañé mucho —dijo balanceando su mano aferrada a la de su padre—. Ojalá pudieras venir todo el tiempo.

—Si vengo todo el tiempo, entonces, ¿en qué momento estudiarás?... — dijo divertido, sintiendo un poco de consuelo en su corazón. Anhelaba pasar más tiempo con su pequeña, antes de que creciera y también se le diera por marcharse de casa; debía aprovechar cada segundo para empaparse de ese amor incondicional. Si pudiera tener a Elizabeth como cuando tenía ocho años, cuando él era el centro de su universo, la persona más importante, no estaría tan destrozado.

—Podrías entrar a mis clases... ¿No te agrada la idea de volver a estudiar?

—Le preguntó elevando una ceja con pillería.

—Creo que sufriría de *bullying*. ¿Te imaginas a todos los niños señalándome y riéndose porque soy muy viejo para estar en el colegio?

—Nadie se reiría de ti papi, todos te conocen... Y si estudiaras conmigo podrías decirme las respuestas de las pruebas —dijo bajito, como si fuese un secreto entre ellos.

—Eso sí que no señorita, el sentido de venir al colegio es para aprender, no para que otros les den las respuestas a tus problemas —acotó, esforzándose por no reír ante el astuto comentario de su hija.

Salieron al patio y fueron a los columpios; ella se sentó, y él empezó a empujarla cada vez más fuerte, por lo que la risa de su niña se incrementaba,

obligándolo a reír también.

Después se fueron a la cafetería, él compró unas golosinas y las compartieron mientras conversaban sin parar.

Violet sabía que no podían hablar de Elizabeth, porque su padre se ponía triste cada vez que tocaban el tema de su hermana, así que prefirió hablar de otras cosas. Debía aprovechar que estaba ahí con ella, comiendo golosinas como muy pocas veces lo hacía, porque él odiaba esas «cosas artificiales», como solía llamarlas.

—¿Vas para la fiscalía? —preguntó robándose otra gomita, ya llevaba como diez, mientras que su padre solo había tomado dos.

—Sí, pero llegaré a tiempo para la cena.

—Papi..., tengo que ver una película para hacer una tarea, ¿quieres verla conmigo? Ya le dije a mami, pero sé que ella no se opondrá a que te invite.

—Está bien, ¿cuándo tenemos que verla?

—Esta noche, después de la cena.

—Entonces estaré encantado de unirme a ustedes. —Le acarició la sonrosada y suave mejilla con los nudillos—. Sé que por el trabajo suelo descuidarte mucho, y quisiera pasar más tiempo contigo...

—Ay, no te preocupes papi —interrumpió sonriente—. Sé que tu trabajo es muy importante.

—Pero no más que tú.

—Eso lo sé. —Su sonrisa se hizo pícara—, y también sé que necesitas trabajar para poder encerrar a la gente mala, eres indispensable para este país, y eso me hace muy feliz; no importa que a veces no puedas jugar conmigo como yo quisiera, pero entiendo que es porque estás ocupado, tratando de que los malos no les hagan daño a las personas buenas, ni a otros niños, ni tampoco a los animales... Por eso eres mi héroe.

—Gracias cariño.

—Pero sí te quedarás conmigo otro ratito, ¿cierto?

—Sí, voy a quedarme un poco más. Aprovecharé que ahora te agrada que venga a visitarte, porque a Oscar ya le da vergüenza.

—Es que él ya quiere ser un hombre... Es un tonto. —Soltó una risita y alzó ambas cejas—. Es gracioso papi, porque él quiere ser un hombre, pero no hace más que jugar todo el día, y los hombres trabajan, así como tú.

—Tienes razón, aunque él no está en edad para trabajar, prefiero que termine los estudios, que se prepare como debe ser.

—¿Sabes papi?, yo también voy a estudiar mucho, tengo que aprender muchas cosas, porque ya sé lo que quiero ser cuando sea grande... Ahora sí estoy segura.

—¿Qué quieres ser? ¿Ya no serás actriz ni bailarina?

—No, ya no... Quiero ser presidenta de este país, quiero ser alguien muy importante y ayudar a muchas personas —hablaba mientras Samuel la miraba pasmado y con una sonrisa bobalicona de orgullo—. He pensado que cuando sea presidenta lo primero que haré será darle comida a toda la gente de la calle y también les daré ropa nueva, porque pobrecitos... —dijo con pesar—, ellos no tienen la culpa de no tener casa ni trabajo. —Hizo un puchero de tristeza.

—Estoy seguro de que serás la mejor presidenta de la historia de los Estados Unidos —dijo sonriendo, a punto de morir de ternura.

—Gracias papi, pero sé que también necesitaré ayuda... ¿Crees que *avô* podrá ayudarme? Él tiene mucha experiencia en ayudar a los necesitados.

—Sí, él lo hará, podrías nombrarlo tu asesor —dijo acariciándole la cabeza.

—Y tú serás el fiscal de la nación —prometió con gran emoción y se llevó otra gomita a la boca.

—Gracias por pensar en mí señorita presidenta, será un honor —comentó sin poder borrar la sonrisa.

Solo esperaba que no llegara un hombre que la hiciera desistir de sus anhelos, como había hecho Elizabeth, quien lanzó por un barranco todo sus esfuerzos y sueños, solo por irse a vivir con un «don nadie».

—Y cada vez que pienso tengo más ideas... Mami puede diseñar los abrigos para las personas que no tienen hogar, ¿podríamos construir casas?

Es que los refugios huelen muy mal.

—Con una buena administración todo es posible... Bien, es hora de que regrese a clases señorita presidenta, porque si quieres ser una buena gobernante tienes que esforzarte mucho, aprender todo lo que puedas.

—Está bien, lo haré. Porque muchas personas dependerán de mí... ¿Puedo llevarme esas gomitas? —preguntó con los ojos puestos en las golosinas.

—Sí. —Soltó una corta carcajada, al parecer no podía simplemente ignorar las golosinas.

Ella agarró el empaque, y él le sujetó la mano para llevarla de vuelta a clases, no quería romper las reglas del colegio por tanto tiempo, suponía que como padre y como abogado debía dar el ejemplo.

CAPÍTULO 2

A pesar de que Elizabeth había estado bastante melancólica por la forma en que había terminado con su padre, se esforzaba por no ser pesimista, y delante de Alexandre intentaba ser la misma, con la misma alegría que la caracterizaba.

Fue al gimnasio y se esforzó hasta quedarse sin aliento, la salida para ir a

bailar que habían planeado decidieron posponerla, tampoco fueron a la favela, eso fue un respiro para ella, porque no estaba preparada para ver a Wagner, a quien tampoco había querido escribirle; consideraba prudente esperar un tiempo, hasta que a él se le pasara la molestia que le había causado saberse traicionado.

Sin embargo, el sábado no desistió de ir a buscar a Luana. Así que a primera hora fue quien preparó el desayuno y se lo llevó a Alexandre a la cama. Nada en su vida la había hecho más feliz que ver su cara de sorpresa cuando tuvo a su lado la bandeja, después de que lo despertara con suaves besos en la espalda.

Terminaron de comer y no pudieron resistirse a las ansias de disfrutar de sus cuerpos, luego se fueron a ducharse y volvieron a tener sexo, conscientes de que debían aprovecharse, ya que tendrían a los niños el fin de semana y les sería imposible liberar las ganas y darse amor como acostumbraban; se vistieron, cambiaron las sábanas, salieron del apartamento y subieron a un taxi, rumbo a Niterói.

El auto se detuvo frente a la casa de los padres de Alexandre, e inmediatamente él se tensó.

—Creo que mejor nos vamos y regresamos en otro momento —sugirió sin bajarse, con la mirada puesta en el auto deportivo del año que estaba estacionado frente a la casa.

—¿Por qué? Si ya estamos aquí. —Se opuso Elizabeth, quitándole la tarjeta y se la dio al conductor para que se cobrara el servicio.

—No es conveniente Elizabeth.

—¿Por qué no? —Ella miró el auto gris y luego se giró hacia él, extrañada de que la llamara por su nombre y no con alguna frase cariñosa—. Ya sé, está Marcelo en tu casa. Es eso, ¿cierto?

—Sí, y no quiero cruzarme con él.

—Entonces, ¿le das más importancia a tu hermano que a tu hija? Por favor —

ironizó en medio de un bufido—. Discúlpame, pero esto es ridículo.

—No es ridículo, lo conozco y empezará con sus comentarios mordaces.

No quiero que las cosas terminen mal, porque si insinúa algo en tu contra no voy a poder controlarme.

—Nada de lo que pueda decir Marcelo me hará sentir mal, no tienes nada que temer, mucho menos nada que dudar. —Le acunó el rostro para que la mirara y le estampó un beso en la boca—. Si mi padre no me hizo desistir de amarte nada ni nadie podrá hacerlo, sé lo que eres para mí y es lo único que me importa... Ahora vamos a buscar a tu hija, no permitas que tu hermano te robe su cariño ni su confianza... Es tuya —dijo determinante—. Tuya y de Branca, no de Marcelo... Y eso debes dejarlo muy claro.

—Él ha estado más presente en su vida que yo.

—Eso no importa, es tu hija y punto... No te victimices, que de mártir no tienes ni un pelo. —Dejó muy claro, volviendo a tomar la tarjeta.

—No estoy tratando de victimizarme, solo intento ahorrarte un mal momento.

—No tienes que hacerlo. —Tiró de la manilla de la puerta, bajó y se paró en la calzada de frente a la casa.

Alexandre no tuvo más opción que bajar, el auto arrancó y él caminó hasta ella.

—Toma —dijo entregándole la tarjeta—. Estas cosas son muy peligrosas en manos de una mujer.

—Es tuya si la necesitas, aunque realmente no creo que te diviertas por mucho tiempo —dijo seguro de que Elizabeth podía acabar con sus ahorros en un suspiro.

—Solo estoy bromeando gato —dijo colgándose de su brazo y le apretó el fuerte y pronunciado bíceps—. ¿Dije que te queda muy bien esta camiseta?

—preguntó pícaramente, realmente esa camiseta gris de mangas largas, que se

había arremangado hasta los codos y se le ajustaba perfectamente a los brazos le quedaba de muerte. Para hacerlo lucir más provocativo, tenía una hilera de unos cuantos botones al frente y había dejado tres sin abotonar, lo que le daba una vista generosa de su pecho.

—No lo has dicho, pero estás a tiempo de hacerlo.

—Te hace lucir como el hombre más perfecto que he visto en toda mi vida —emuló sensualmente y se mordió el labio para provocarlo.

—Sabes cómo seducirme... Y pensar que tendré que retener las ganas hasta mañana por la noche.

—Siempre podremos escaparnos a la azotea; sin embargo, no tendríamos que estar escondiéndonos si nos mudáramos a un apartamento con dos habitaciones. —Hizo el comentario y pulsó el botón del intercomunicador.

—Buenos días —contestó Arlenne.

—Hola madre, ¿puedes abrirme? —pidió Alexandre.

—Hola cariño, claro que sí —dijo emocionada.

—No digas nada, quiero sorprender a Luana.

—Está bien. —La sorprendida era ella por la inesperada visita de su hijo y por esa actitud tan extraña en él, jamás había sido partidario de ese tipo de cosas. Colgó y regresó al sofá donde estaba Marcelo pasándole a Jonas las piezas de lego del castillo que estaba armando con Luana.

El timbre sonó, captando la atención de todos.

—Luana, cariño. Abre por favor —pidió la señora.

—Eso puede hacerlo Teresa —comentó Marcelo, quien no consideraba que Luana debiera levantarse a abrir.

—Puedo hacerlo —dijo ella sonriente y caminó a la puerta, seguida por la insistente mirada de Jonas, quien estaba pendiente de que su madre no se

marchara sin él.

Abrió y gritó de la emoción al ver a su padre y a Elizabeth en la entrada.

—¡Papá! No sabía que venías, ¿por qué no me avisaste? —preguntó lanzándose a los brazos de Alexandre.

Elizabeth lo miró, le guiñó un ojo y le sonrió con supremacía al disfrutar de esa sensación que le provocaba haber tenido la razón.

—Quise sorprenderte —dijo al tiempo que le daba un beso en la mejilla.

—¡Vaya que lo has hecho! —Soltó el abrazo y rápidamente buscó el saludo de la chica—. ¡Qué alegría tenerte de vuelta Elizabeth!, no sabía que tenías pensado regresar tan pronto.

Arlenne no imaginó que su hijo vendría acompañado de esa jovencita, que realmente no podía agradarle, porque sabía que solo estaba viendo a Alexandre como un experimento y no como la relación seria que él merecía.

Marcelo se sorprendió ante la llegada de Alexandre junto a Elizabeth Garnett; definitivamente, parecía no tener lógica ver juntos a ese par, lo que aumentaba la molestia de ese indeseado encuentro.

—Hola, ¿te extrañé! —dijo balanceándose junto a Luana en un efusivo abrazo.

—Yo también, no puedo creer que estés aquí.

—Llegué el martes, estoy viviendo con tu papá.

—¿En serio? —preguntó con la boca abierta por la sorpresa—. ¡No lo puedo creer!

—Sí, espero que no te moleste.

—¿Molestarme? No, para nada —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

Marcelo sentía que estaba sobrando en ese momento, deseaba marcharse pero no lo haría, porque quien debía hacerlo era Alexandre, era quien siempre se

iba primero.

Jonas, al ver que había llegado su abuelo se levantó de la alfombra y salió corriendo hacia él, Alexandre lo cargó.

—Hola papi —dijo mirándolo con los ojos brillantes por la emoción.

—Hola *macaquinho*. —Lo saludó, haciéndole cosquillas en la barriga—.

¿Estás bien? —preguntó sonriente.

El niño asintió con energía mientras reía, divertido por las cosquillas.

—Hola Jonas. —Elizabeth le ofreció los brazos, y el niño, para escapar de las «maldades» de su abuelo se lanzó a los de ella—. Cada vez estás más hermoso —dijo sonriente y le plantó varios besos en las suaves mejillas, que eran como un vicio.

—Entren, entren... No se queden ahí —pidió Luana, ofreciéndole los brazos a Jonas—. Ven con mami. —Le pidió, pero el negó con la cabeza—.

Ven —insistió.

—No importa, déjalo conmigo que me lo quiero comer a besos —dijo Elizabeth.

Las chicas avanzaron y Alexandre cerró la puerta tras de sí.

—Buenos días señora —saludó Elizabeth.

—Buenos días. Por favor, llámame Arlenne. —Le pidió sin poder ocultar el desagrado en el tono de voz.

—Arlenne —repitió ella sonriente.

—Te presento a mi hijo Marcelo. —Lo mostró con gran orgullo.

—Ya nos conocemos —dijo él.

—Sí. —Elizabeth se sonrojó por la vergüenza que le provocaba recordar que le había robado un beso, pensando que era Alexandre.

—Nos vimos en el Club Hípico —comentó con una ligera sonrisa de medio lado, con toda la intención de recordarle cómo se habían conocido.

Tan solo esas palabras bastaron para que el autocontrol de Alexandre amenazara con rebasar sus límites, bien sabía a dónde quería llegar su hermano.

—Así fue, ese día tu caballo perdió —rememoró Elizabeth.

—Ciertamente, algunas veces pierden.

—Pero lo hacen muy seguido.

—Son más las victorias. Entiendo que no puedas saberlo porque no vives en Río, pero cuando quieras puedes ir a comprobar que poseo ejemplares en su mayoría ganadores.

—De hecho, estoy viviendo en Río, con Alex —dijo sonriente pegándose a él, ya que no podía abrazarlo por tener al niño cargado—. Aceptaría tu invitación, pero no soy tan amante de los caballos, eso se lo dejo a mi prima Ana.

Arlenne parpadeó rápidamente, tratando de salir del asombro que le causaba la noticia. Jamás imaginó que llegarían a tanto, solo esperaba a ver por cuánto tiempo seguiría jugando la jovencita.

—Siéntate. —Le pidió Alexandre acariciándole la espalda.

—Gracias amor. —Sonrió con complicidad y se sentaron uno al lado del otro. Sin embargo, ella podía sentirlo muy tenso.

—¿Dónde está papá? —preguntó Alexandre.

—En el patio, está preparando un asado... ¿Te vas a quedar?

—No.

—Sí —dijo Elizabeth al mismo tiempo—. Nos encantaría quedarnos — comentó, aunque notaba que no era muy querida por la madre de Alexandre.

—Sí papi, por favor, quédense —suplicó Luana, parándose detrás él y posándole las manos en los hombros.

—Está bien —concedió y recibió en el pelo un efusivo beso de su hija.

—Por fin vamos a tener un almuerzo en familia —dijo la chica.

—Yo no puedo quedarme —intervino Marcelo.

—Tío, pero si dijiste que lo harías... —protestó Luana triste, su sueño de ver a su padre y a su tío juntos se esfumaba.

—Sí pequeña, pero esta noche tengo un compromiso muy importante...

—Pero es en la noche.

—Pero tu abuelo no descansará hasta que me tome unas cuantas cervezas, y antes de que empiece prefiero macharme —respondió sin tener la fuerza de voluntad para no hablarle a su pequeña, porque en su corazón ella era suya.

Era esa hija que pudo haber tenido con Branca.

—¿Y si le digo que solo te tomarás una? —propuso al tiempo que caminaba hasta él y se sentó a su lado—. Por favor tío —suplicó.

Marcelo se sentía incómodo por toda esa situación, pero al ver cómo Alexandre se tensó ante una evidente molestia por ver a Luana a su lado decidió ceder.

—Está bien, voy a quedarme. —Le pasó un brazo por encima de los hombros y le dio un beso en la sien—. Pero solo hasta la comida.

—Luana —intervino Elizabeth—, ¿recuerdas que ibas a mostrarme tu habitación?

—Sí, cierto... —Se levantó—. Ven conmigo. —Le ofreció la mano.

Elizabeth le entregó el niño a Alexandre, se acercó y le dio un beso en los labios y se fue con Luana, como si se tratara de las mejores amigas.

Marcelo las siguió con la mirada de forma descarada, hasta que se perdieron por las escaleras, después miró a su madre.

—Supuse que Luana necesitaba una madre, no una hermana —ironizó.

Alexandre no iba a dirigirle la palabra, mucho menos a permanecer ahí, para escuchar las estupideces de Marcelo, quien solo se estaba buscando que le partiera la cara; y como hiciera otro comentario referente a Elizabeth lo tendrían que sacar en ambulancia de la casa. Así que se levantó y se fue con su nieto al patio, donde estaba su padre muy entusiasmado preparando la carne.

Elizabeth se encontró con una habitación amplia, con buena iluminación natural, muy juvenil, casi infantil, por lo que no le quedaba dudas de que era la consentida de la casa.

—Disculpa que mi papá y mi tío no se hayan ni siquiera saludado, pero es así. De hecho, creo que es la primera vez que pasan tanto tiempo en el mismo lugar —comentó Luana.

—No te preocupes, lo imaginé... Sé que no se llevan bien, tanto Alex como tú ya me lo habían dicho, así que estaba preparada —comentó y dirigió la mirada a las puertas de cristal que daban al balcón—. ¡Mira qué vista tan envidiable tienes! —dijo emocionada al ver que contaba con una panorámica de la playa Itacoatiara.

—Sí, es muy linda, aunque ya para mí es algo normal, es lo primero que he visto al despertar desde que tengo uso de razón —comentó en medio de un suspiro—. Abriré las puertas, así entra aire natural. —Caminó y desplazó las hojas de cristal que daban a un lindo balcón, donde no había más que un par de macetas con cactus.

—Es muy lindo aquí, muy relajante.

—Sí, aquí practico yoga todas las mañanas, por eso no tengo ningún mueble, solo saco el tapete, las velas y listo —comentó paseándose por el balcón, que

tenía media pared igualmente de cristal—. ¿Quieres conocer a mi mamá? —preguntó.

—Sí, claro —dijo entusiasmada, aunque suponía que ya la había visto por fotos, pero era mejor salir de dudas.

—Espera un minuto. —Le pidió y salió corriendo.

Elizabeth perdió su mirada en el hermoso paisaje tropical, disfrutando del viento que le mecía el pelo.

—Aquí está, déjame poner esto aquí para que nos sentemos. —Estiró en el suelo el tapete de yoga, se sentaron y le entregó el álbum de fotos digital—.

Mi papá tiene muchas más, debes pedirle que te las muestre, porque a él casi no le gusta verlas, o por lo menos no lo hace en mi presencia.

Elizabeth sonriente, pero con el corazón latiéndole lentamente en la garganta tocó la pantalla del álbum.

—Mi abuela Juliana. —Señaló a una mujer delgada de piel muy clara, pelo oscuro y ojos azules, que aparentaba unos cuarenta y cinco años—. Era hermosa, ¿cierto?

—Sí, muy linda.

—Tampoco tengo recuerdos de ella, más que estas fotografías. Mamá...

mi abuela Arlenne —aclaró porque sabía que si no lo hacía terminaría confundiendo a Elizabeth—, dice que ese fue el día que mi papá se graduó de secundaria—. Esta es mi mamá, y en esa panzona estoy yo —dijo señalando la barriga de su madre.

Elizabeth pudo darse cuenta de que Branca era demasiado joven, realmente era una niña, en comparación con las mujeres que estaban a su lado. Era muy delgada y hermosa, inevitablemente lágrimas anidaron en su garganta, porque bien sabía el triste final de esa historia.

—Te pareces mucho a ella. —Levantó su mirada a los ojos casi azules de

Luana.

—Eso dice mi papá.

—Pues tiene razón, eres tan hermosa como tu madre. —Le sonrió con ternura y pasó a otra foto.

—Mira. —Se carcajeó—, este es mi papá de joven, era muy flaco y tenía el pelo más largo. —Le hacía feliz ver esa foto en la que aparecían Alexandre y Branca, sacando la lengua con muecas divertidas.

—Igual era muy apuesto. —Sonrió Elizabeth.

—Y aquí estoy yo. —Señaló a una bebé en los brazos de Branca, quien se notaba realmente pálida pero dichosa.

—¡Pero qué linda! ¡Sí que eras una bebé preciosa! —dijo enternecida.

Elizabeth le pareció estar viviendo plenamente la corta historia de una hermosa y prematura familia, se paseó por varias fotos con una sonrisa y con las lágrimas al filo de los párpados.

Vio las condiciones precarias en las que vivieron, conoció a través de fotos la casa en la favela, en la que Alexandre había sido feliz, pero también en la que parte de su alma había muerto.

Admiró la evolución del capoeirista en imágenes, también sus cambios físicos, al padre entregado y que poco a poco se fue haciendo más distante.

Luana había sido una niña hermosa, rodeada de mucho amor por parte de sus abuelos, padre y tío, pero en cada imagen había un vacío irremplazable, hacía falta su madre, esa parte casi indispensable para todo ser humano.

—Este fue el día de mis quince, que no terminó para nada bien... — hablaba mientras Elizabeth veía lo apuesto que estaba Alexandre con traje—.

Le dije a mi papá que estaba embarazada, ya no podía seguir ocultárselo, tenía cinco meses.

—Imagino que fue muy difícil para ti.

—Sí..., mi papá se molestó tanto conmigo que me pegó, mi tío también se enfureció y por primera vez me dijo algo que me hirió... Me dijo que había salido igual de inconsciente que mi madre. Mi padre perdió el control al escucharlo y se fueron a los golpes, ese día pensé que se matarían. Ni mis abuelos ni yo podíamos separarlos, tuvieron que ayudarnos los vecinos.

—Esos quince terminaron muy mal, pero lo importante es que tienes a Jonas, que es un niño hermoso y sano. Dejemos atrás esos malos momentos que pasan en toda familia... Ahora mismo estoy molesta con mi papá, y él está furioso conmigo... —confesó porque lo creyó prudente, ya que Luana se había revelado con ella.

—¿Por qué? No le agrada mi padre, ¿cierto? —Intuyó.

Elizabeth afirmó con lentitud mientras la miraba a los ojos.

—Así es, realmente es muy celoso, no le agrada ningún hombre que quiera ser mi novio.

—¿Ni siquiera Luck?

—Tampoco.

—¡Pero si Luck es tan encantador! —dijo en medio de un suspiro que no pudo controlar.

—No para mi padre, mucho menos le agrada la idea de que me haya venido a vivir con tu papá.

—Piensa que es muy mayor para ti y que es pobre.

—Solo que sea mayor, pero es que no lo conoce, y lo peor es que tampoco quiere hacerlo.

—Entonces, ¿ya no serás más la novia de mi papá?

—Claro que sí, quiero a tu papá y seguiré con él hasta que el mío entienda que

cuando se quiere de verdad no se puede sencillamente ignorar al corazón.

—También lo creo —dijo convencida.

—¿Te has enamorado? —preguntó con ganas de resolver la incógnita del padre de Jonas.

—Sí, pero no duró mucho tiempo... —Se interrumpió abruptamente al ver llegar a su padre.

—¿Que hacen? —preguntó recargando el hombro contra la pared.

—Es... estábamos... —tartamudeó Luana, temerosa de que su padre hubiese escuchado sus últimas palabras.

—Estábamos viendo fotos —intervino Elizabeth—. Sí que eras guapo de joven gato —dijo sonriente.

—¿Te parece? —preguntó con una sonrisa apenas visible.

—Sí, si te hubiese conocido hace ocho años habría caído rendida a tus pies.
—Le hizo saber y le guiñó un ojo.

—En ese entonces no era tan buen capoeirista.

—Quizá no me hubieses parecido tan interesante, pero sí más apuesto — dijo sonriente. Dejó el álbum sobre el tapete, se levantó y se acercó a él; pasó los brazos por su cuello y se puso de puntillas los contados segundos que le llevó darle un beso en los labios—. Ven aquí. —Le tomó la mano y lo llevó hasta que se sentaron junto a Luana.

Alexandre miró cómo ella lo miraba con una disimulada sonrisa.

—¡Qué miras! —dijo divertido, agitándole el cabello con una mano, hasta despeinarla.

—Nada. —Se carcajeó mientras se apartaba el pelo de la cara y seguía sonriendo.

—¿Quieres ir con nosotros al apartamento cariño? —Le preguntó y vio cómo sus ojos se iluminaban progresivamente, después desvió la mirada hacia Elizabeth, quien sonriente afirmaba.

—¿Es en serio? —preguntó bajito.

—Por supuesto, por eso hemos venido —intervino Elizabeth.

—Solo si deseas ir —comentó Alexandre, porque no deseaba imponerle a su hija cosas que no deseara hacer.

—Claro que quiero... ¿Podré llevar a Jonas?

—Dejarlo no es una opción.

—Entonces voy a preparar la ropa. —Con la rapidez de un rayo se levantó.

—Espera, primero vamos al patio, tu abuelo nos está esperando —dijo Alexandre reteniéndola.

CAPÍTULO 3

Salieron y el aroma a carne asada tentaba a los paladares de los presentes y el viento se arremolinaba entre las palmeras reales y los árboles, haciendo el lugar bastante fresco.

—Creo que es conveniente que salude a tu padre. —Le dijo ella en voz baja.

Sin soltarle la mano la llevó hasta donde estaba Guilherme, refrescándose con una cerveza Itaipava, no muy lejos de la parrilla donde varios cortes de jugosa carne se asaban bajo su atenta supervisión.

—Buenos días señor —saludó Elizabeth, con el estómago encogido y

sintiendo el vapor de los carbones—. ¿Cómo está?

—Hola. —Le ofreció la mano para saludarla—. Es un placer tenerte de vuelta. Como ves... —dijo echando un vistazo a las carnes—, tratando de destacar en las artes culinarias. —Ella le sonrió tímida—. Pero por favor, dime Guilherme.

—Está bien Guilherme... —Ella también miró las carnes—. Se ve muy bien y huele delicioso —elogió.

—Deja que lo pruebes, vas a enloquecer —dijo de muy buen ánimo.

—No puedo esperar... —comentó y lo vio cortar un pedazo y se lo puso en un plato.

—Prueba, ya me dirás.

—Gracias —dijo sonriente, segura de que le resultaba más agradable a Guilherme que a su suegra.

—Agarra una cerveza. —La instó.

—Gracias, pero prefiero agua... Es que estoy en un estricto régimen de alimentación, porque estoy en un proceso para ganar masa muscular... Y no quiero arruinar toda la dedicación que Alex está poniendo en eso.

—Es que va a participar en el carnaval papá —dijo Alexandre.

—¿En serio? —dijo maravillado—. Eso es una excelente noticia, ¿con qué escuela vas? —preguntó muy interesado.

—Con Mangueira.

—Esa es mi escuela, la mejor. —Derrochó orgullo.

—Espero no defraudarlo, por mi parte daré lo mejor de mí para que la escuela gane.

Elizabeth probó el trozo de *picanha* y no pudo reservarse los elogios que

Guilherme merecía.

—Ummm..., está deliciosa. —Si le hubiese tenido la confianza suficiente le hubiese pedido otro trozo, así que mejor esperaría a que estuviera todo listo.

—Deja que pruebes el filete miñón. —Asintió con una sonrisa.

—Seguro que voy a disfrutarlo —dijo recibiendo la botella de agua que Alexandre le ofrecía—. Lo dejo, para que siga preparando este inigualable asado.

Alexandre agradecía que su padre fuese amable con Elizabeth, admitía que su peor temor al llevarla a su casa era que Guilherme terminara rechazándola, como había hecho con Branca. Pero fue todo lo contrario, esta vez era su madre la que parecía no estar muy a gusto.

Caminaron de regreso al comedor de mimbre, donde estaban sentadas Arlene y Luana con Jonas en las piernas, mientras que Marcelo caminaba lo más alejado posible, al otro lado de la piscina, mirando la punta de sus zapatos y hablando por teléfono.

—Simone, te estoy llamando porque necesito compañía para esta noche —habló Marcelo, paseándose por el jardín con la mano libre en el bolsillo del pantalón—. Evento formal, ya sabes los requisitos: inteligente y excelente presencia. Otra cosa, que esté lo más cerca posible de los treinta, mi intención es parecer su compañero no su *Sugar Daddy* —dijo con ironía.

—Tengo dos, una de veintinueve y otra de treinta, rubia de ojos grises y castaña de ojos ámbar. Si quieres te paso sus fotos y eliges.

—La castaña.

—Tus preferidas —dijo sonriente la mujer, dueña de la agencia que se esmeraba por atender a uno de sus principales clientes.

—Me pasas la dirección y la busco a las diez —pidió Marcelo.

—¿Alguna otra petición?

—Vestido rojo, preferiblemente con espalda descubierta y que no lleve ropa interior.

Simone anotaba en su libreta cada una de las exigencias de Nascimento.

—Te esperará en el hotel Fasano, su nombre es Constança.

—Mejor envíalo a mi correo —intervino él y terminó la llamada, guardó el teléfono en el bolsillo y caminó hasta donde estaba su padre.

Anhelando que terminara cuanto antes la dichosa «reunión familiar», para poder ir a atender sus compromisos.

Le echó un vistazo a Elizabeth Garnett; definitivamente, Alexandre seguía siendo un pobre diablo, solo a él se le ocurría enamorarse de una jovencita que jamás lo tomaría en serio.

¿Acaso era tan ingenuo?, ¿tan iluso? Como si no fuera de conocimiento público que la «modelito» solo vivía de fiesta en fiesta. Él, que estaba acostumbrado a relacionarse con ese tipo de mujeres, podía jurar que sexualmente debía poseer más conocimiento que el inocente de su hermano.

Si solo pretendiera llevársela a la cama hasta le aplaudiría la habilidad de haberla convencido, pero las actitudes y la manera en la que la miraba dejaba completamente claro que estaba colado hasta el tuétano por ella.

En realidad, no le desagradaba la idea de que le rompieran el corazón, que sufriera por amor podía ser una dulce venganza no ejecutada por él, deseaba que lo traicionaran para que así viviera en carne propia lo que se sentía.

Elizabeth comparaba a los gemelos, lo hacía tratando de disimular lo más posible. Ciertamente, en cuanto a físico eran casi dos gotas de agua, solo se diferenciaban en algunas actitudes y gestos.

Marcelo era más refinado en sus movimientos, su forma de caminar era menos imponente que la de Alexandre, parecía que estudiaba cada paso antes de darlo, mientras que el hombre que amaba, a cada paso parecía que iba a comerse el mundo.

Alexandre era un derroche de arrogancia, seguridad y sensualidad, se quedaba mirando intensamente, como si fuese un hombre peligroso o estuviese prestando demasiada atención a quien le hablaba, sus ojos se quedaban fijos en los de la otra persona y obligaba a que le desviarán la mirada.

En cambio Marcelo era elegante, estilizado y parecía ser muy meticuloso.

Quizá se debía a que poseía menos masa muscular que Alexandre y daba la impresión de ser más débil y evasivo.

Ambos eran como un solo hombre en sus dos versiones, príncipe y guerrero, el chico bien portado y el rebelde; y definitivamente, ella siempre había sido partidaria de las malas costumbres.

—Elizabeth, además de ser modelo y de trabajar con tu madre, ¿te has dedicado a estudiar otra carrera? —preguntó Arlenne, captando su atención, aunque tuteara a la jovencita, en el tono de su voz había cierta distancia.

—Otra profesión no, pero ya me postulé para estudiar derecho en Harvard...

—Lo que quiere decir... —interrumpió—, que estás viviendo con mi hijo temporalmente y la relación no es algo que te tomes realmente en serio.

—Mamá —advirtió Alexandre, sin poder comprender el comportamiento hostil de su madre hacia Elizabeth.

—Me postulé antes de venir a vivir con Alex.

—Pero ¿piensas regresar a Estados Unidos en cuanto te acepten en la universidad?

Elizabeth empezó a sentirse acorralada y cualquier explicación no le pasaba de la garganta, al igual que ideas giraban sin control en su cabeza, porque verdaderamente no había pensado en eso.

—Ya no molestes con eso madre. —Volvió a intervenir Alexandre.

—No, no... Está bien —dijo Elizabeth acariciándole el antebrazo, y en un acto de valentía se dirigió a la señora—. En realidad, es algo difícil entrar en

Harvard...

—Pero con los contactos de tu padre supongo que ya tu cupo está asegurado.

—Mi padre no intervino en mi petición, no me valí de sus influencias a la hora de postularme. Quise aspirar como cualquier otro estudiante.

—Y si te aceptan te vas a ir. —No era una pregunta sino una afirmación.

—Si tiene que irse lo hará —dijo Alexandre determinante—. Primero están sus estudios, formarse como una profesional. No seré quien la limite...

Y a fin de cuentas madre, estos temas solo nos incumben a nosotros dos. Te pido por favor que no te metas en lo que Elizabeth y yo tenemos.

Elizabeth quedó muda, no podía siquiera pensar en decir algo.

—Solo intentaba comprender... —Trató de hablar Arlenne.

—No tienes que comprender, solo aceptar nuestra relación.

—No me puedes pedir que no te comprenda.

—Dejaste de comprenderme desde que era un adolescente, no creo que logres hacerlo precisamente ahora —dijo totalmente a la defensiva, no iba a permitir que su madre incomodara a Elizabeth.

—Arlenne, sé que está preocupada por Alex, que duda de mi amor por él; al parecer, nadie cree en mí ni en mis sentimientos —intervino Elizabeth, segura de que ese era el problema—. Todos piensan que por ser joven no puedo amar en serio, que puedo hoy estar enamorada y mañana ya no, pero voy a demostrarles que verdaderamente amo a Alexandre —dijo lo que pudo en medio de los nervios, ni siquiera sabía si lo había hecho bien o mal, pero expresó lo que sentía.

—Mami, yo sé que se quieren, los he visto —intervino Luana, a quien tampoco le gustaba que su abuela hostigara a Elizabeth.

Su padre tenía razón, él prácticamente había sido un forajido en esa familia,

nunca había dado explicaciones por nada, su vida fuera de los pequeños momentos familiares en esa casa había sido un completo enigma; tanto, que podía contar con los dedos de una mano las veces que había visitado su apartamento.

Alexandre quiso decirle a Elizabeth que no solo desconfiaban de sus sentimientos, sino que había quienes tampoco creían en los de él, que les tocaba a ambos callarlos a todos.

En ese momento llegaron Marcelo y Guilherme, por lo que la conversación finalizó.

Solo había dos sillas desocupadas, una al lado de Arlenne y la otra junto a Elizabeth, Marcelo se sentó próximo a la invitada, lo que provocó que los celos de Alexandre amenazaran con incinerarlo; quería levantarse de la mesa y llevarse a su mujer con él, pero tampoco deseaba que su gemelo se percatara de que le incomodaba.

—Ya está listo —anunció Guilherme—. Elizabeth, vas a comer la mejor parrillada de Río —dijo orgulloso y con los ojos algo enrojecidos por el vapor al que estuvo expuesto.

—No lo dudo, con lo poco que probé quedé encantada —habló mientras jugueteaba con los hilos del hueco en el vaquero de Alexandre y disfrutaba de la sensación de sus vellos en las yemas de los dedos.

Empezaron a servir los exquisitos cortes. Alexandre y Guilherme lo acompañaron con cerveza, mientras que Elizabeth, Arlenne y Marcelo con vino; y Luana y Jonas con jugo de maracuyá.

Elizabeth elogió merecidamente toda la comida, y Guilherme le prometió hacer otro para fin de mes; deseaba consentir a su familia de esa manera más seguido, pero su trabajo lo dejaba tan exhausto que los fines de semana prefería pasarlo acostado, viendo televisión, leyendo un libro o yendo con Jonas al parque que estaba a pocas calles.

Apenas terminaron de comer Marcelo se despidió, lo hizo de todos, menos de Alexandre; llevaban muchos años sin dirigirse la palabra, por lo que ya era

normal ignorarlo olímpicamente.

Elizabeth entró a la casa en compañía de Luana y Jonas, para ayudarle a la chica a preparar el maletín que se llevaría al apartamento de su padre.

—Madre, sé perfectamente que no te agrada Elizabeth. —Alexandre aprovechó el momento junto a sus padres para aclarar la situación—, pero te pido que no la hagas sentir mal.

—Alexandre, esa chica no es para ti... ¿Acaso no puedes darte cuenta?

—Arlenne, ya Alex es un hombre, no puedes interferir en sus decisiones... Esto lo habíamos hablado —participó Guilherme.

—Lo dices porque te agrada esa jovencita, se nota que te ha maravillado que sea nieta del insigne Reinhard Garnett, pero yo puedo ver más allá de lo que es su familia.

—No es eso, nada tiene que ver su familia. Me parece una jovencita hermosa, educada...

—No pensaste lo mismo de Branca —protestó Arlenne.

—No nombren a Branca —rugió Alexandre, sintiendo que tocaban una herida todavía viva en él—. Ninguno tiene derecho a hablar de ella.

—Lo siento cariño. —Se disculpó la madre, lo que menos deseaba era que su hijo volviera a alejarse de ellos—. Pero temo mucho que esta chica pueda lastimarte.

—Su nombre es Elizabeth, deja de llamarla «chica», «jovencita», «niña»

... de esa manera despectiva —siguió muy molesto—. Es la primera mujer que traigo a casa en mi vida, la segunda que saben que es importante para mí, y te pones con esto... No entiendo tu actitud, ya no soy un adolescente. Creo que no debí traerla, pero lo hice porque a pesar de todo ustedes son importantes para mí y quise hacerlos partícipe de lo que estoy viviendo, pero ya veo que cometí un error. —Se levantó dispuesto a largarse de una vez.

—Espera Alex. —Arlenne detuvo la huida de su hijo—. Lo siento, solo intento protegerte, porque has sufrido gran parte de tu vida como para que vuelvas a salir herido... Pero si deseas arriesgarte voy a apoyarte.

—Ni siquiera tienes que hacerlo, solo respétala. Puede que no te agrade, y no te voy a obligar a que la aceptes, pero por lo menos sé gentil con ella — pidió y se fue, no quería que la discusión se saliera de control.

—Arlenne, te lo dije —comentó Guilherme una vez solos.

—No la quiero para Alex y punto.

—Dame una razón.

—Es muy joven, solo lo quiere para divertirse. Él necesita una mujer centrada, no una loca fiestera. Marcelo tiene razón, Luana necesita una madre y no una amiga que posiblemente sea una mala influencia.

—No seas prejuiciosa, confío en que Reinhard Garnett ha sabido cómo guiar a su familia.

—Ese es tu problema, que crees que todos los miembros de la familia son como él y no es así... Además, según averigüé, esa... «Elizabeth» tiene novio, que también es modelo.

—Supongo que ya no lo son, ¿o no te quedó claro que está viviendo con Alexandre?

—Sé que está viviendo con él, pero estoy segura de que es algo temporal.

Si hasta quiere estudiar en Harvard, lo que quiere decir que a nuestro hijo no lo tiene como una opción de futuro.

—Bueno, ellos sabrán cómo resolver sus inconvenientes. No te metas en eso.

—Al parecer tú estás muy feliz con la relación —ironizó.

—Sí, bastante. Porque por fin veo a Alexandre feliz y podrá formar una familia.

—Eso no lo sabemos —intervino la mujer, sin querer dar el brazo a torcer.

—Por lo menos lo está intentando, que es lo importante, y ya deja de criticar.

—Se levantó y caminó al interior de la casa.

Luana bajaba las escaleras con una gran sonrisa, sosteniéndole la mano a su hijo, quien saltaba de un escalón al otro, mientras su padre cargaba el maletín.

—Cuídate mucho mi pequeñita —dijo Arlenne, besándole la frente de Luana y después le dio un fuerte abrazo.

—Lo haré, recuerda que voy a estar con papá. —La consoló ella, aferrada a su abuela—. Él sabrá cuidar de nosotros.

—Lo sé, lo sé. —Estuvo de acuerdo mientras le acariciaba las mejillas.

Después la joven se fue a los brazos de su abuelo.

—Te voy a extrañar.

—Yo también, está muy pendiente de Jonas —dijo el hombre mirándola a los ojos.

—Lo haré —prometió.

Cuando el taxi llegó se despidieron, Arlenne y Guilherme quedaron sumergidos en la melancolía que les provocaba ver partir a sus dos pequeños.

Adoraban a Luana más que a nada, siempre habían vivido con el temor de que Alexandre decidiera llevársela definitivamente de su lado.

Y eso parecía estar cada vez más cerca, por lo que inevitablemente sufrían, pero se esforzaban por mostrarse serenos. Alexandre tenía todo el derecho, era su padre y ya se las había prestado por mucho tiempo, pero tampoco deseaban verla partir, sabían que el día que ella se fuera de manera definitiva iba a ser el más triste de sus vidas.

CAPÍTULO 4

El flamante Roll Royce negro se detuvo en Ipanema, frente al hotel Fasano, mientras Marcelo buscaba en su teléfono el correo de la prestigiosa agencia Mata Hari, que ofrecía mujeres de compañía a los hombres del más alto nivel económico del país e inclusive del exterior.

No cualquier mortal podía aspirar a tener por compañera durante un evento o un fin de semana a alguna de las mujeres que eran parte de la agencia, ya que las cifras establecidas por sus servicios no estaban al alcance de todos, pero bien valía la pena.

La agencia poseía a mujeres hermosas e inteligentes, todas debían dominar todo tipo de tema, desde política hasta bioquímica, hablar cuatro idiomas y poseer un exuberante cuerpo; en definitiva, el coctel perfecto para un hombre de poder.

—Hemos llegado señor —dijo el chofer mirándolo a través del retrovisor.

—Se llama Constança Saraiva. —Le dio el nombre.

Eriberto no necesitaba nada más, porque ya estaba familiarizado con ese tipo de órdenes, no era primera vez que pasaba por el Fasano en busca de una mujer.

—Enseguida regreso señor —anunció y bajó del auto.

Marcelo se quedó revisando su teléfono, sonrió al ver las fotos que se había tomado con Luana esa mañana, antes de que la presencia de Alexandre le arruinara el día.

Después de pasar algún tiempo admirando las fotografías desvió su atención a la entrada, porque Eriberto se estaba tardando más de lo debido; esperó por lo menos un minuto, estaba decidido a bajar cuando vio salir a una mujer con un vestido rojo largo, entallado al cuerpo de una manera perfecta, el mismo se acampanaba desde las rodillas hasta el suelo; era manga larga y cuello redondo, que iba de hombro a hombro.

Era una chica de cuello largo y cintura diminuta, aunque podía jurar que era la más pequeña que había visto, poseía unas caderas que solo le hacían desear que su noche de aburridos compromisos terminara antes de comenzar.

Era de baja estatura, pero derrochaba elegancia y seguridad con cada paso corto que el vestido le permitía.

—Permítame ayudarle señorita —dijo Eriberto al abrir la puerta y ofrecerle la mano para que se apoyara al entrar al auto.

Marcelo pudo tener un ligero vistazo del escote en la espalda antes de que ella la pegara al asiento.

—Buenas noches —saludó él—. Puedes ponerte cómoda.

—Buenas noches. —Se limitó a decir, clavando su impactante mirada marrón en él.

—Te conozco —susurró reconociendo esos rasgos, pero no sabía de dónde.

—No, no me conoce, desgraciadamente solo nos hemos topado antes —respondió hoscamente, pues no quería estar ahí. No deseaba salir con Marcelo Nascimento, porque sencillamente no lo toleraba, y supo quién era demasiado tarde, cuando Simone le mostró el perfil del cliente; aunque se negó no le aceptaron el rechazo, porque ya no había tiempo.

—¿Es una broma? —preguntó ligeramente sorprendido, al ver que estaba prácticamente irreconocible—. Eres la enfermera del Couto. —Soltó un sonido parecido a una mínima carcajada—. ¿Cómo es posible? —Se preguntó mirando a esos ojos fieros.

El auto se puso en marcha, Eriberto sabía perfectamente dónde sería la reunión de su jefe, por lo que no tuvo que esperar las indicaciones.

—Es posible —determinó ella, sintiendo la burla en el tono de voz de Nascimento—. Sé que por alguna razón existe algo que hace que nos rechacemos. No pude tolerarte en cuanto te vi, y sé que tampoco soy de tu agrado, así que si quieres cancelar el servicio nos harás un favor a ambos.

—Como enfermera eres una maldita, de eso no tengo la menor duda, pero no voy a terminar con el servicio porque mi compromiso es más importante que tu incomodidad... Además, desde este instante serás la mujer que a mí me dé la gana que seas. —Fue incisivo con sus palabras.

—No habrá sexo —estableció con energía.

—Por supuesto que no; ciertamente, esperaba algo mejor. —Mintió con ganas de hierirla y echándole un descarado vistazo. No podía creer todo lo que escondía el uniforme de enfermera—. ¿Qué edad tienes?

—No es tu problema, ponme la edad y el nombre que te dé la gana.

—Sabes que si sigues comportándote de esta manera puedo llamar a Simone y hacer que te saque de la agencia, ¿verdad? —amenazó sutilmente.

—Puedes hacerlo ahora mismo, adelante, no pierdas tiempo. —Lo alentó, segura de que Simone no le daría la espalda, simplemente la comprendería al conocer sus razones, porque una de las principales reglas de la agencia era no involucrarse con hombres que supieran algo de su vida privada.

Marcelo buscó su teléfono y estuvo a punto de marcarle a Simone, pero desistió.

—Tienes veintinueve —habló, sin saber que había adivinado la edad de la mujer—. Constança es un buen nombre, ¿lo usas a menudo?

—Lo he usado un par de veces.

—Entonces te llamaré Branca.

—Tú decides, aunque no es un nombre que vaya conmigo.

Marcelo miró los hombros morenos bronceados e hidratados que lucían perfectos con el color del vestido.

—Branca, estudiaste conmigo en la universidad —comentó ignorando el comentario de ella—. ¿Qué idioma dominas mejor?

—Español, francés e inglés —respondió secamente.

—¿Cómo es que solo eres enfermera? —preguntó ligeramente sorprendido, porque sabía que la mayoría de las mujeres de la agencia eran ingenieras, abogadas o simplemente vivían de los generosos ingresos que les proporcionaba pertenecer a Mata Hari.

—Eso no es de tu incumbencia, mejor concentrémonos en Branca —dijo altiva.

—Al terminar la carrera te largaste a París, estás aquí solo por un par de semanas, ¿has estado en París?

—Algunas veces, tantas como para hacerle creer a quien sea que ahí vivo... ¿Qué se supone que estudié?

—Algo con ciencias de la computación...

—Bien, me especialicé en inteligencia artificial y trabajo en el grupo de intervención de la Gendarmería, en la creación de *software*. Lo que será suficiente para que no pregunten mucho, ya que debo mantener mi código de seguridad nacional.

Marcelo quedó impresionado por la ingeniosa respuesta, pero se reservó su opinión.

—Es aceptable. —Fue su escueta respuesta.

—¿Qué se supone que estoy haciendo en Río?

—Viniste al matrimonio de una amiga, toda tu familia vive en Francia, tienes la libertad para inventar sobre eso.

—Mi amiga Constança, solo para que no olvides el nombre... ¿Por qué razón tuve que buscarte? Personalmente habrías sido la última persona en contactar, no eres para nada agradable.

—Tú mucho menos... Constança es amiga en común y fue en la boda donde nos reencontramos. Con eso será suficiente.

—Así es, no es primera vez que hago esto, sé perfectamente cómo desenvolverme.

—Lo sé.

Ambos se quedaron en silencio y giraron las caras a las ventanas para mirar al camino.

Después de varios minutos Marcelo se volvió a mirarla, seguro de que la botella de champán que tenía en medio de los asientos se quedaría intacta.

—¿Desde cuándo trabajas en la agencia? —preguntó, captando la atención de la mujer.

—No voy a responder a eso —dijo mirándolo a los ojos.

A pesar de su arrogante actitud, lucía apuesto con ese traje, el corbatín le daba elegancia y seguridad. Debía admitir que era uno de los clientes más apuestos que había tenido, pero todo el físico lo mandaba al diablo con su carácter.

—¿Tienes hijos, marido...?

—Sabes perfectamente que no voy a responderte sobre mi vida privada. Si no tienes un tema de conversación interesante y alejado de mis cosas personales entonces no digas nada.

—Repasemos...

—Me llamo Branca, todavía no me has dicho el apellido.

—Usa Saraiva.

—Entonces, me llamo Branca Saraiva, desgraciadamente nos conocimos en la universidad, donde dimos algunas materias juntos —dijo con ironía, sin saber que eso más que molestarle a Marcelo le causaba fascinación—. Me especialicé en inteligencia artificial y trabajo creando programas en la Gendarmería... Vivo en París, vine por dos semanas para el matrimonio de nuestra amiga Constança, donde nos reencontramos. ¿Cómo quieres que me comporte? ¿Como una simple amiga o como una mujer interesada en ti?

—Tendrás que hacerles creer a todos que hago mojar tus bragas con solo pensarme... —comentó.

—Lo siento, pero no traigo... —comentó, entrecerrando los ojos en un gesto mordaz—. Según Simone fue una de tus exigencias, lo que es lamentable para ti, ya que acordamos que no habría nada de sexo.

Justo en ese momento el auto se detuvo en la entrada de la residencia que pertenecía a un poderoso empresario, dueño de las más importantes agencias aduaneras del país.

Conocía a Marcelo porque confiaba en él para importar a través de sus agencias caballos, autos, entre otras cosas.

—El señor Marcelo Nascimento —anunció Eriberto a uno de los hombres en la caseta de seguridad.

Al encontrar el nombre del invitado en el sistema de seguridad le dieron acceso.

—Lo único que lamento es no haber elegido otra opción —respondió Marcelo.

En la entrada de la majestuosa casa de tres pisos esperaban dos hombres, quienes ayudaban a los invitados a bajar de los autos, y una alfombra roja les daba la bienvenida.

Marcelo bordeó el auto, mientras «Branca» esperaba por él, aprovechó para mirar el escote que dejaba al descubierto la espalda en su totalidad; a pesar de todo, no tendría ninguna queja en llevársela a la cama.

Era una mujer hermosa con un cuerpo detonador de excitación, pero con una lengua viperina y una actitud desdeñosa, que erradicaban cualquier deseo sexual.

Ella se colgó del brazo de él y caminaron al interior de la casa, donde todo era luces, champán, música y un constante murmullo de las conversaciones que mantenían los presentes, que como era de esperarse, vestían de etiqueta.

Estaba acostumbrada a ese tipo de eventos, inclusive de mayor importancia, en países como Alemania, Suecia y Londres, donde algunos diplomáticos la llevaban o porque algunos empresarios de allá la solicitaban.

Marcelo la presentó con algunos de sus conocidos, y ella se mostró adorable, pero también derrochaba seguridad, poniendo en práctica temas que estudiaba a diario; y mantenía la conversación que ellos deseaban oír. A las personas con poder les gustaba ser aduladas en la justa medida, no les agradaba que resaltaran desmedidamente sus logros, porque creían que solo estaban interesados en sus bienes y no en la persona.

Con las mujeres podía desenvolverse hablando del banal mundo de la moda parisina, de los viajes y los eventos sociales del *jet set* internacional.

Con los hombres hablaba de economía, política, un poco de deportes y negocios. Muchos sentían curiosidad y admiraban su supuesto trabajo; ella soltaba la lengua un poco, pero antes de llegar a terrenos desconocidos prefería apegarse a las leyes inquebrantables de seguridad nacional.

En algún punto pasó a obtener más atención que Marcelo, pues su misión era encantar a los hombres, seducirlos sutilmente, aunque ella estuviese en compañía de otro, despertar en ellos envidia hacia su acompañante por tenerla a su lado, por insinuar con gestos que terminaría en la cama de él y no en la de ellos.

—Permiso, voy a aprovechar para llevarme a Branca —dijo Marcelo con el orgullo por los cielos. No era primera vez que solicitaba compañía de la agencia, pero sí que la mujer se desenvolvía tan bien.

Le quitó la copa y aprovechó que pasaba un mesero y la puso junto a la de él sobre la bandeja, le tomó la mano y ella se despidió de los hombres con una afable sonrisa.

—Vamos a bailar. —No era una propuesta sino una orden. Bajaron las escaleras hasta el centro del salón, donde otras parejas se movían al ritmo de la íntima y romántica melodía, con una gran lámpara de cristal de Baccarat.

Marcelo le puso las manos en las caderas y ella sobre sus hombros, se

miraban a los ojos mientras se movían lentamente, las palmas de él acariciaban con lentitud sus caderas, percatándose de que ciertamente no llevaba ropa interior.

Esa mujer poseía una mirada poderosamente cautivadora, sus ojos oscuros parecían los de una hechicera, su piel bronceada era como el terciopelo; podía sentirla con sus manos aventurándose por la espalda.

Sin embargo, no tenían nada de qué hablar y el momento se debatía entre la incomodidad con destellos de placer que se obligaban a esconder.

—¿Cómo sigue tu hermano? —preguntó, tratando de entablar un tema de conversación.

La mirada de Marcelo se endureció y se tensó, pero no perdió la seguridad; con sus manos en la diminuta cintura que había captado su interés a la primera impresión la empujó bruscamente contra su cuerpo y bajó su cabeza hasta el cuello de ella, el que empezó a acariciar con su nariz, mientras disfrutaba del delicioso perfume, hasta llegar a su oreja.

—Cómo se encuentre Alexandre no es de tu incumbencia, eso forma parte de mi vida privada... Y solo tienes permiso para acceder a una mínima parte de mi vida laboral... Estamos aquí por negocios, recuérdalo —susurró lentamente mientras se paseaba con su mano por la espalda y al mismo tiempo hacía presión para que no se alejara.

La mujer estaba más concentrada en controlar su respiración y mantener sus nervios de acero que en las palabras susurradas en su oído. Suponía que se había dejado llevar por la pasión de su vocación, que despertaba ese interés por saber cómo seguían los que habían sido sus pacientes.

—Entonces hablemos de tu vida laboral, ¿qué se siente ser el gerente de Microsoft en el país? —preguntó alejándose para mirarlo a los ojos.

—Es sentirse realizado, alcanzar la meta por la que tanto me esforcé, y sentir que tengo el poder sobre todas las cosas que el dinero pone a mi alcance. — Le acarició con la yema de uno de sus dedos desde la base del cuello hasta el hombro—. ¿Qué se siente ser una dama de compañía? — preguntó pasándose

ligeramente la punta de la lengua por el labio inferior.

Ella se quedó mirándolo por segundos, vagando con sus ojos negros en los grises de él, se mordió ligeramente una de las esquinas de su labio y después lo besó, un beso lento y sensual, metió su lengua en la boca de él, probando su sabor y sus ganas, fue un beso profundo, uno aprendido de la práctica, y cuando lo sintió más entusiasmado con el encuentro de sus bocas, sencillamente se apartó, dejándolo con ganas de más.

—Es sentir que tienes el poder sobre esos hombres que creen que pueden obtenerlo todo con dinero, es enloquecer y manipular a mi antojo a algunos de los personajes más influyentes del mundo, es ponerlos a suplicar por más y que me besen los pies si así lo quiero —dijo con sus pupilas fijas en las de él, se apartó poniendo la distancia necesaria y le regaló una sonrisa ladina.

En ese momento anunciaban que iban a servir la cena, por lo que debían ir al comedor; así que fue el momento perfecto para terminar el baile.

Ella se adelantó varios pasos, pero enseguida él la alcanzó y la hizo ir a su paso, colgada a su brazo.

Durante la cena ella se concentró en congeniar con las personas contiguas, y en algunos momentos le dedicaba miradas y sonrisas de fingida complicidad a su cliente; él no tenía por qué tener algún tipo de queja, había hecho muy bien su trabajo.

Justo al terminar pidió que la llevara de regreso al hotel y él aceptó sin más. El auto se detuvo en la entrada, para dejarla sana y salva en el lugar.

—Adiós. —Fue lo único que dijo antes de bajar del Roll Royce, completamente segura de que había dejado a Marcelo Nascimento con las ganas de meterse entre sus piernas.

CAPÍTULO 5

Oscar despertó más temprano de lo normal, debido a los ruidos provenientes del gimnasio, sabía que era su padre quien estaba muy tenso, y podía jurar que era por la situación de Elizabeth. No había sido secreto para ningún miembro de la familia que había viajado a Río para traerla de vuelta a casa, pero regresó con las manos vacías, y taciturno.

Toda su vida viviendo con él le había hecho comprender que cuando estaba molesto, triste o mortificado casi no dormía y trataba de liberar estrés pasando mucho tiempo ejercitándose.

Se quedó mirando al techo, seguro de que pronto volvería a dormirse, pero algo en el centro de su pecho no le dejaba volver a conseguir el sueño, por lo que buscó su teléfono para entretenerse hasta que su madre entrara para avisarle que debía prepararse para ir a la preparatoria.

No le agradó mucho encontrarse con casi una docena de mensajes de Melissa, y no habían pasado ni ocho horas desde su última conversación.

Decidió ignorarlos por algunas horas, suponía que no se daría cuenta porque debía estar durmiendo.

La quería, le gustaba mucho estar con ella, pero también sentía que lo estaba asfixiando; era demasiado intensa en sus emociones, algo con lo que verdaderamente no había contado.

En un intento por huir de ese tácito acoso salió de la cama y se fue al baño, se duchó, y mientras se lavaba los dientes pensó en ir a compartir con su padre, le daría la pequeña felicidad de entrenar con él, como tanto le gustaba, también porque de alguna manera quería hacerlo sentir bien, porque por más que intentara negárselo, se sentía culpable.

Se puso un chándal, se calzó sus zapatos deportivos y bajó al gimnasio.

No estaba practicando capoeira, sino Muay Thai, con el saco y el muñeco de impacto.

—¿Necesitas una mano? —preguntó agarrando el escudo de boxeo.

Samuel se detuvo con el aliento quemándole la garganta y el pecho a punto de reventarle, sintiéndose gratamente sorprendido de ver a su hijo levantado tan temprano.

—Mejor calienta esos músculos. —Jadeó sonriente, sin mencionarle que estaba presenciando un milagro. Se pasó el antebrazo por la frente para retirarse el sudor que le estaba entrando en los ojos—. Agarra la cuerda.

Oscar la agarró y empezó a saltarla, aunque no tenía ni la mitad de la habilidad de su padre se esforzaba por mejorar, quizá si practicara más estaría más cerca de lograrlo, pero siempre estaba más concentrado en los videojuegos que en ejercitarse.

Hasta los doce años estuvo en una escuela de artes marciales, pero nunca le apasionó, por lo que terminó convenciendo a sus padres de abandonarla.

Unos cinco minutos fueron suficientes para calentar, después subió al cuadrilátero, donde su padre se puso los protectores y agarró el escudo, empezó a alentarlos para que golpearan y patearan con fuerza, haciéndolos recorrer cada esquina.

Cuarenta minutos después estaba totalmente agotado y a punto de tirar la toalla; sin embargo, todo agotamiento valía la pena, porque había conseguido que su padre se pusiera de mejor ánimo.

Le gustaba verlo lleno de esa energía que contagiaba a todos, esa forma de ser que impulsaba a querer ser como él, ese ejemplo a seguir que terminaba siendo insuperable, porque su padre era sencillamente el mejor.

Terminaron agotados, sin aliento, profusamente sudados y sentados en la lona, aliviando la resequedad de la boca con agua.

—Estuviste bien, pero necesitas practicar más —recomendó Samuel, admirando a su hijo despeinado, sudado y sonrojado.

—Lo intentaré. —Jadeó con el pecho adolorido—. Papá..., perdóname.

—¿Por qué? —preguntó confundido.

—Fue mi culpa, lo siento... Yo los presenté, no debí hacerlo. Si tan solo lo hubiese imaginado no le habría pedido a Eli que me llevara a la playa. Si no hubiese sido por mí hoy ella estaría aquí, con su familia —dijo con la mirada al suelo, se sentía muy avergonzado con su padre como para mirarlo a la cara.

—Oscar, no tienes que disculparte por nada, no tengo nada que perdonarte, las cosas pasan y ya.

—No, no es así, no debí presentarlos... Sé que estás triste y molesto porque Eli no está en casa, ya nada volverá a ser como antes.

—Ciertamente, pero eso no quiere decir que lo que pase sea malo. Sí estoy molesto, pero no contigo ni con Elizabeth, lo estoy con ese hombre que ha tenido el poder de manipularla, pero sé que en algún momento ella se dará cuenta de que no le conviene, que esa relación no tiene sentido... y regresará a casa. —Le palmeó la mejilla, consolando a su hijo y también tratando de consolarse a sí mismo.

—Lo consideraba mi amigo, pero ya no, traicionó la confianza que le di —confesó. Sabía que enemistarse con Cobra no era suficiente para hacer sentir bien a su padre, mucho menos para solucionar el problema, pero por lo menos tranquilizaba su conciencia.

—¿Te parece si vamos a tomarnos un buen batido de proteínas? —pidió Samuel, queriendo hacer a un lado el tema, porque no quería que su hijo siguiera sintiéndose culpable por decisiones que eran exclusivamente de Elizabeth, y porque le enfurecía revivir lo pasado en Río—. Anda, arriba, arriba. —Le dijo con energía. En cuanto estuvo de pie le pasó un brazo por encima de los hombros y abrazados salieron del gimnasio.

En la cocina pusieron todos los ingredientes que Samuel dictaba sobre la encimera de mármol.

—Mide seis claras —pidió entregándole el medidor para que vaciara del cartón de claras de huevo la cantidad exacta.

En la licuadora Samuel vertió leche, banana, avena y las claras de huevo, todo lo batió aproximadamente por un minuto y sirvió los vasos.

—Salud. —Chocó su vaso con el de Oscar—. ¿Cómo van las cosas con Melissa? —preguntó, interesado en la relación amorosa de su hijo.

—Bien —dijo escuetamente.

—¿Solo bien? —Usó un tono pícaro.

—Sí, nos vemos todos los días en clases, pasamos mucho tiempo juntos...

Demasiado diría yo. —Carraspeó y le dio un gran trago a su batido.

—Es normal que quieras pasar tanto tiempo con ella. Sin saber que estaba enamorado de tu madre quería pasar todo el día a su lado. Te invaden unas ganas casi incontrolables de querer conocerla en un solo día, aun así, veinticuatro horas no son suficientes y quieres más y más... Quieres saber todo de ella, qué es lo que hace cuando no estás a su lado...

—Eso me pasó las primeras semanas, ahora quiero tener más tiempo para mis cosas y mis amigos, pero Melissa quiere estar cada minuto a mi lado. Ya no le agradan mis amigos y quiere tenerme controlado en todo momento — confesó, sintiendo que podía confiar en su padre.

—Eso no pinta muy bien. Es normal que a las mujeres que queremos no le agraden nuestros amigos, siempre los verán como una mala influencia; sin embargo, que tú te sientas agobiado en tan poco tiempo me hace tener la certeza de que la jovencita es algo intensa... ¿Muy emotiva? —preguntó frunciendo el ceño, sintiendo compasión por su hijo.

—Más o menos, creo que su necesidad de estar a mi lado y preguntar por todo lo que hago y hasta pienso es obsesiva.

—La pregunta es, ¿cuánto estás dispuesto a soportar?

—No lo sé, no creo que mucho —dijo rascándose la nuca.

—Lo importante es que te hagas respetar, si no quieres nada más con ella se lo dices y haces valer tu decisión... Espero que no le hayas hecho muchas promesas.

—No muchas... Papá, debo darme prisa o no llegaré a tiempo para la primera clase —comentó tratando de evadir esa conversación que empezaba a incomodarlo.

—Sí, sí... Ve hijo. —Le palmeó la espalda y le permitió que se marchara.

Él se terminó su batido y subió a la habitación, encontrándose a Rachell saliendo de la cama.

—Buenos días perezosa —saludó, tratando de mejorar la situación entre los dos, ya que había estado bastante tensa en los últimos días.

—Buenos días. —Todavía tenía la voz ronca—, veo que no me esperaste —dijo de camino al baño.

—No quise despertarte, sé que necesitas descansar. —Dio largas zancadas para alcanzarla y le dio un par de suaves nalgadas—. Si quieres baja a entrenar, me ducho y voy a despertar a Violet.

—Estás de muy buen humor, supongo que algún bicho te picó o tuviste un extraño sueño.

—Nada de eso, simplemente quiero ayudarte. Sé que no he sido una compañía muy agradable en los últimos días.

Rachell lo conocía, sabía que esa era su manera de disculparse por haber sido tan intransigente y testarudo.

—Por lo menos lo admities.

Él se desnudó y entró a la ducha, mientras que ella se dispuso a lavarse la cara y los dientes.

Rachell salió del baño para cambiarse su pijama por ropa deportiva, lo dejó bajo el agua y envuelto en vapor.

A pesar de que se esforzaba por estar bien, por olvidar que Elizabeth estaba con un hombre que no iba a valorar la extraordinaria mujer que era, lo cierto era que no podía hacerlo, no podía sacar a su hija de su cabeza ni por un

minuto, vivía mortificado y no podía evitarlo.

Salió envuelto en el albornoz y caminó hasta la mesa de noche, donde estaba su teléfono; lo agarró y se sentó al borde del colchón en su intento de ponerse al día con su agenda y no llegar preguntándole a su equipo qué tenían a primera hora.

También porque el terco de su corazón ansiaba encontrarse con algún mensaje de su hija, su deseo estaba por encima del trabajo, por lo que antes de revisar el correo se entró a la aplicación de mensajería instantánea; no había nada de Elizabeth, pero sí un mensaje de un número desconocido.

Lo más prudente sería ignorarlo, pero no pudo hacerlo, al abrirlo se encontró con un vídeo y la imagen de presentación fue suficiente para saber de quién se trataba; inevitablemente sintió la furia nacer en el centro de su estómago y en las plantas de sus pies, para después esparcirse como una espesa y ardiente nube de cenizas por todo su cuerpo.

Apretó fuertemente el teléfono con infinitas ganas de estrellarlo, pero algo más poderoso lo llevó a contenerse, respiró profundo tratando de calmarse, dejó el aparato sobre el colchón y se fue al vestidor, decidido a no tomar en cuenta el maldito video.

Se puso cada prenda con rabia y energía, sin poder dejar de pensar en su teléfono y en las ganas de mortificarlo de ese infeliz; ya le había quitado a su hija, ¿qué más quería? ¿Acaso deseaba restregárselo en la cara?

Con la camisa abierta y sin ponerse los zapatos regresó a la cama, sin pensarlo buscó rápidamente el mensaje y le dio a reproducir.

Alexandre Nascimento apareció en el recuadro con una camiseta negra, mirando fijamente a la cámara.

—Garnett, si está viendo esto es porque por lo menos me dio la oportunidad, solo espero que lo vea hasta el final —dijo con claridad y decisión—. Entiendo su preocupación, sus miedos, sé que está desesperado porque quiere a Elizabeth de vuelta, pero yo no puedo instarla, mucho menos obligarla a que haga lo que no quiere; le pedí que fuera con usted y no quiso.

Soy padre de una jovencita y he experimentado la misma furia y el mismo temor que ha de estar sintiendo usted, no hay nada que nos llene más de impotencia que sentir que los hijos se nos escurren como agua entre los dedos; siempre queremos lo mejor para ellos, y para nosotros es que permanezcan a nuestro lado, bajo nuestras órdenes, porque siempre creemos tener la razón y porque solo queremos protegerlos. Nos olvidamos de sus sentimientos y no valoramos sus decisiones, no porque seamos egoístas sino porque estamos aterrados; preferimos hacer oídos sordos a tratar de comprenderlos... —Tragó en seco e hizo una pausa, pero seguía con la mirada fija a la cámara—. Sé que las palabras no dan seguridad, sé que nada de lo que diga hará que confíe en mí, porque ciertamente, no soy el hombre que su hija merece, eso lo tengo claro, pero más allá de los méritos está el amor... Que no sea un hombre más joven y que no tenga una mejor posición social para brindarle estabilidad económica a Elizabeth no hace diferencia de lo que siento por ella, unos años menos y unos millones de más no me harán mejor persona. Quiero a su hija con todo lo que soy y todo lo que tengo, cuidaré muy bien de ella, se lo prometo... Sé que piensa que solo estoy con Elizabeth por tenerla en mi cama, pero es más que eso, se lo garantizo; a mi edad busco compañía, una mujer que me devuelva la felicidad que me fue arrebatada; tuve la mala suerte de perder a la mujer que amaba, a la madre de mi hija... Fue poco el tiempo que estuve con ella, pero supe valorarla... Fue su hija la que erradicó el temor de volver a enamorarme, no sé cómo explicarlo, no quería volver a amar a nadie más, porque era más grande el temor a perderla... Sentía que si no ponía mis sentimientos en nadie estaría a salvo, no la perdería ni sufriría como lo hice con Branca, pero su hija hizo polvo ese temor y me devolvió la ilusión... Sé que tal vez esto le parecerá cursi, pero bien sabe que no lo es, sabe lo que es estar enamorado, sabe lo que es tener a alguien especial a su lado. No intento para nada convencerlo de que me acepte, solo quiero jurarle que quiero a Elizabeth, la quiero más allá de lo sexual, no la quiero solo por su físico, sino por su forma de ser, por lo que su sola presencia o su recuerdo me hace sentir. A mi edad esta situación puede considerarse ridícula, pero está demasiado lejos de serlo para mí. La cuidaré muy bien, tiene mi palabra, sé que no tiene ningún valor para usted y que de igual manera sigue odiándome, pero le voy a demostrar que sin dinero y siendo años mayor que ella voy a merecerla —expresó cada palabra casi sin parpadear y sin dudar.

El video terminó y Samuel se quedó con la mirada perdida en la pantalla.

Una parte de su ser no podía creer en una sola palabra, la otra quería darle un voto de confianza, quería darle la oportunidad y ponerlo a prueba.

Sin embargo, nada podía convencerlo, porque lo único que deseaba era tener a su hija de vuelta en su casa, sabía que ella tarde o temprano debía irse, formar su propia familia, pero él no estaba preparado, no podía estarlo.

Elizabeth era demasiado importante para él como para dejarla al cuidado de otro, solo porque sí, simplemente porque juraba que la protegería; no podía confiar en la palabra de ningún hombre después de ver a cientos de miles en sus más de treinta años como abogado mentir con la mano sobre la biblia y mirando a los ojos.

Empezó a teclearle una contundente amenaza, pero terminó desistiendo, ni siquiera le respondería, porque no lo merecía. En eso la puerta de la habitación se abrió repentinamente.

—¿Todavía no estás listo? —preguntó una sudorosa Rachell.

—Ya casi. —Dejó el teléfono con la pantalla de cara al colchón y se levantó—. ¿Ya despertaste a Violet?

—Quedamos en que tú lo harías.

—Cierto, ya voy. —Caminó al vestidor, se calzó los zapatos y regresó a la habitación mientras se abotonaba la camisa.

En su camino a la salida Rachell se interpuso.

—¿Sucede algo? —preguntó mirándolo a los ojos, posándole una mano en la mejilla y regalándole a su pulgar la sensación de la barba de su esposo mientras la acariciaba.

—No, nada... Todo está bien. —Mintió y estaba seguro de que ella lo sabía, porque llevaba casi un mes sin estarlo.

Rachell se acercó y le dio un par de besos en los labios.

—Sé que no quieres saberlo, pero Eli está bien, hablé con ella hace unos

minutos y me dijo que estaba en el gimnasio... Deberías llamarla.

—Fue ella quien se fue de casa, quien no quiso venir conmigo... Es ella la que debe llamarme...

—Samuel...

—Mejor no hablemos del tema, que no quiero discutir, todo esto está afectando nuestra relación y no es lo que quiero, porque te amo.

—También te amo, lo sabes. —Le dio otro beso—. Ahora ve a despertar a la dormilona.

Samuel salió de la habitación y ella fue a ducharse.

CAPÍTULO 6

Elizabeth llevaba una semana trabajando en la boutique, también había retomado sus clases de japonés, con varios profesores en línea; aprovechaba para hacerlo en la tranquilidad y comodidad de su oficina, solo eran un par de horas tres veces por semana.

Se mantenía más en contacto con su madre debido al trabajo, pero aprovechaban esas conversaciones para entrar al terreno familiar.

—La próxima semana empiezan los ensayos —dijo mirando a través de la pantalla a su madre, sentada en el sillón de su oficina.

—Qué bueno cariño, ¿a qué horas serán?

—Por la tarde, Alex me llevará y se quedará conmigo hasta que terminen... Mamá, no te había contado... —dijo emocionada—, fui a visitar a *avô* como me aconsejaste, le conté sobre Alex, tenía que hacerlo; estaba muy nerviosa, pero terminó siendo muy comprensivo, hasta lo invitó a comer.

—Lo sé cariño, Sophia me lo dijo, pero no había querido comentarte nada porque me pidió que no lo hiciera, era algo que te correspondía a ti decirme.

—¿Y qué te dijo? —preguntó entre emocionada y nerviosa.

—A ella le agradó, dice que parece ser un buen hombre y que definitivamente está loco por ti —confesó y Elizabeth chilló de la emoción—.

Confieso que eso me tranquilizó bastante, porque confío plenamente en ella.

—Es un buen tipo mamá, tienes que conocerlo en persona... Esta noche vamos a salir a bailar con unos amigos de él, llevaré a Ana... Las gemelas tuvieron que viajar a Bahía para una reunión.

—Ten mucho cuidado amor, sabes que no debes aceptar ninguna bebida...

—Lo sé mamá, no te preocupes estaré con Alex.

—Aunque estés con él, no confíes totalmente —aconsejó. Bien sabía que no podía creer totalmente en ese hombre, había pasado tan poco tiempo como para que se cegara ante las emociones.

—Está bien, tendré cuidado.

—¿Has hablado con Luck? Es que no he sabido mucho de él en los últimos días.

—Sí, hablamos casi a diario, sabes que no puedo vivir sin él; está ansioso porque pase rápido el tiempo, para vernos en el carnaval —dijo alborozada, pero se reservó ese poco de nostalgia que sentía por extrañarlos a todos.

—El tiempo se va volando, aunque sin ti en casa parece que se hubiera detenido.

—¿Cómo está papá?

—Bien, tan ocupado como siempre, extrañándote en todo momento...

Aunque todavía muy dolido.

—Lo sé, quizá ni siquiera pregunte por mí.

—Sí lo hace. —Mintió para no romperle el corazón a su hija. Aunque Samuel no preguntara por Elizabeth, ella se encargaba de decirle cómo se encontraba.

—Entonces, ¿por qué no me llama? Ni siquiera me escribe —protestó con un nudo en la garganta.

—Porque ya sabes lo orgulloso que es. Deberías hacerlo tú, en lugar de esperar a que sea él el que dé el primer paso.

—No si él no lo hace.

Rachell puso los ojos en blanco por la molestia que le provocaba ese duelo de orgullo entre padre e hija; definitivamente, Elizabeth había heredado lo peor de Samuel.

—Bueno, ya llegará el momento en que alguno dé su brazo a torcer... —Desvió la mirada de la pantalla porque tocaron a su puerta—. Cariño, te tengo que dejar, tengo una reunión que atender —explicó al tiempo que hacía un ademán, invitando a su secretaria a pasar.

—Está bien mami, te quiero. Dale besos a Violet y a Oscar de mi parte.

También dale uno a papá, pero no le digas que es mío.

—Eso haré señorita orgullo. Te quiero princesa, cuídate.

—También te quiero mami, adiós.

Elizabeth terminó la videollamada y volvió a sus ocupaciones, que le llevaban casi todo el día; sin embargo, a la hora del almuerzo seguía encontrándose con Alexandre. Como no le quedaba tiempo para cocinar, después de hablarlo muy seriamente con él y hacerle entender que era mejor para ambos seguir con el régimen alimenticio, cedió a que la señora Rosa les cocinara a diario.

Y estaba resultando de maravilla, porque hasta les hacía las compras y les preparaba sus comidas para todo el día, con las cantidades justas, incluyendo las meriendas.

Se levantó del escritorio y fue a reunirse con Mirna la gerente y con Gisele, la encargada de la sucursal en São Paulo, porque estaban coordinando la agenda para la semana de la moda en São Paulo, que se realizaría en unos meses.

En la conversación eligieron los nombres de las modelos que desfilaban los diseños de la firma Winstead, una lista de veinte mujeres y cuatro hombres fueron tomados en cuenta para hacerles la convocatoria al evento.

—Luck. —Elizabeth resaltó en neón el nombre en el iPad—. Aceptará, estoy segura de eso, de todas maneras, envíenle la invitación a su representante —comentó.

—¿Para cuándo se empezarán a enviar?

—Esta misma semana, debemos hacerles la propuesta antes de que lo hagan otras firmas.

—Bien, desde mañana empiezo a hacerlas.

—¿Cómo van los diseños? —preguntó Mirna.

—Ya casi termina la colección, Rachell envió al equipo de diseñadores los primeros esbozos, para dar inicio al proceso de costura y materialización de las prendas —anunció Elizabeth. No solía llamar «mamá» a su madre cuando de ámbito de trabajo se trataba, porque en ese momento eran socias y no quería que ninguna de las dos perdiera el respeto delante de los empleados.

Salió de la reunión a la hora justa para ir al apartamento a almorzar, en su camino a la oficina para buscar su cartera le pidió a su asistente que le llamara un taxi.

Llegó al apartamento con algunas bolsas que contenían ropa y zapatos, necesitaba ampliar su vestuario, porque ya había utilizado todo lo que había guardado en la maleta.

Al entrar el aroma de la comida le resultó delicioso.

—Hola Rosa —saludó a la mujer que estaba en la cocina y tenía el televisor prendido con las noticias sintonizadas—. ¿No ha llegado Alex?

—Buenas tardes señorita, no, todavía; permítame ayudarle. —Se ofreció y le quitó las bolsas.

—Gracias, eres muy amable, puedes dejarlas en el vestidor.

—Si desea puedo ordenarlas.

—No, tranquila. —No deseaba ponerle más trabajo a la mujer.

Caminó a la cocina por un vaso de agua y regresó a la pequeña sala, se sentó en el sofá y buscó su teléfono en la cartera, para ver si Alexandre le había escrito, pero antes de poder sacar el móvil, su atención fue captada por el noticiario.

—... Andressa Fernandes, después de dos semanas sigue desaparecida, sus familiares y amigos se preguntan dónde está, mientras la policía sigue sin dar respuestas —hablaba una reportera vestida con colores llamativos en medio de un escenario blanco—. ¿Tendrá algo que ver la desaparición de Fernandes con la de Naomi?, ¿estarán vinculados los hechos?, ¿tendrá Vidal un cómplice y la policía no quiere que nos enteremos? Son preguntas que muchos nos hacemos a diario... —La voz de la mujer se hacía cada vez más lejana, como un débil eco.

Elizabeth temía que las cosas no se hubiesen solucionado, quería pensar que eran situaciones aisladas y que nada tenían que ver con Vidal. Por inhumano que pareciera, le daba un poco de tranquilidad saber que no habían aparecido más cuerpos; sin embargo, temía que el peligro en la ciudad siguiera acechando.

Como si se hubieran puesto de acuerdo, Alexandre y Rosa aparecieron en la sala al mismo tiempo, rescatándola de sus tormentosos pensamientos. Se espabiló y se mostró sonriente al tiempo que se levantaba.

—¡Hola! —La saludó Alexandre, dándole un beso en la frente y otro en la boca—. ¿Cómo estás? —preguntó con el ceño ligeramente fruncido, como si percibiera que algo la estaba mortificando—. ¿Todo bien?

—Sí, sí, todo bien. —Sonrió y se puso de puntillas para ser ella quien le diera el beso.

—Disculpen, ya está lista la comida, cuando me digan les sirvo.

—Gracias Rosa, ya puede hacerlo —dijo Alexandre.

Se sentaron en el sofá y la mujer les llevó la comida, donde comieron en medio de elogios para Rosa, porque todo le había quedado muy rico.

—¿A dónde iremos esta noche? —preguntó Elizabeth acostada en el sofá con la cabeza puesta en el regazo de Alexandre, mientras reposaban la comida.

—A una disco en Ipanema, es buena... Ponen música variada —dijo acariciándole el pelo.

—Espero que estés dispuesto a bailar toda la noche.

—Lo estoy. —Le sonrió, perdido en esa hermosa mirada brillante.

El tiempo de descanso pasó más rápido de lo deseado, Alexandre llevó a Elizabeth a la boutique y se despidieron en medio de besos que nunca les hastiaban, pues siempre necesitaban de más.

Volvieron a encontrarse por la noche, cenaron y se ducharon juntos.

Elizabeth eligió de la bolsa que había llevado por la tarde. Se puso una minifalda de lentejuelas doradas y una blusa negra, con unas sandalias de tacón que la hacían lucir más estilizada. Algunos accesorios dorados, el cabello suelto con suaves ondas, como se lo habían hecho en la peluquería a la que fue antes de llegar al apartamento, y se hizo un maquillaje bastante llamativo en dorado y negro.

Alexandre se vistió con unos vaqueros negros y una camisa a cuadros; como era de esperarse, estuvo listo media hora antes que Elizabeth. Como no quería que se sintiera presionada se fue a la sala y se sentó en el sofá con teléfono en mano, para escribirle a Moreira.

—Estoy lista —dijo Elizabeth con una cartera negra tipo sobre con algunos

tonos dorados.

— *Delícia*. —Se levantó al verla—. ¿Quieres que me dé un ataque al corazón?

Ella sonrió y se sonrojó ante el cumplido de su marido.

—De ninguna manera, te necesito vivo y muy saludable... ¿Nos vamos?

—Sí, pero primero tengo que darte un beso.

—Soy toda tuya. —Sonrió con picardía—, pero solo un beso, porque no queremos que Moreira piense que lo hemos dejado plantado.

—¿Y tu prima?

—Nos alcanzará allá. De camino la llamo.

Marques llamó para informar que el taxi había llegado.

—Ya bajamos, gracias.

—Vamos —dijo ella avanzando.

—Espera, mi beso. —Le pidió, reteniéndola por el codo.

—Puedo dártelo en el ascensor gato, andando.

Alexandre le compró la idea, bajó su agarre del codo a la mano y entrelazó sus dedos.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, Alexandre tuvo la certeza de que su beso debía esperar, e inevitablemente se tensó.

—Buenas noches, hola Martina —saludó para no ser descortés.

—Buenas noches. —Se limitó a decir ella con aversión, al tiempo que le dedicaba una mirada desdeñosa a Elizabeth.

—Te presento a Elizabeth.

—Ya nos conocimos —dijo con aspereza.

—Hola. —Elizabeth habló, pero todo en ella estaba a la defensiva.

—Hola. —Hizo una mueca que intentó parecer una sonrisa, pero lo cierto era que no podía ser amable con quien estaba disfrutando del hombre que ella amaba. Era muy doloroso ver la intimidad que existía entre ambos, cómo él le sujetaba la mano, algo que nunca hizo con ella.

—¿Cómo sigue tu tío?

—Igual que siempre, pero no creo que te interese. —La mordacidad no podía ocultarla, era como su arma con la que luchaba para no terminar destruida.

—Sabes que sí —dijo él, pero con la intención de no hablar una palabra más, porque la actitud de Martina no era la más agradable.

Ella quería gritarle que era un hipócrita, ¿cómo se atrevía a mostrarse interesado cuando nunca le dio la mínima importancia? Solo la buscaba para desahogar las ganas, sin importarle lo que ella pudiera sentir. Pero prefirió quedarse callada y seguir atesorando un poquito de orgullo.

Elizabeth no era tonta y sabía que Alexandre estaba nervioso, así como Martina estaba furiosa; definitivamente, ella era la pieza que sobraba ahí, pero estaba segura del amor de Cobra, podía sentirlo cada vez que la miraba, que la besaba y que le hacía el amor. Martina era cosa del pasado, aunque sintiera celos, debía pensar con madurez y aceptar que antes de ella, otras estuvieron en la vida de su amor.

Las puertas se abrieron y todos sintieron que el ambiente se aligeró, era como si hubiesen estado conteniendo la respiración y volvieran a encontrar el aliento en ese justo momento.

—Adiós —dijo Martina y salió dando largas zancadas, sin darle tiempo a que ellos se despidieran.

—¿Todo bien? —preguntó él avanzando.

—Sí, eso creo —dijo caminando a la par, sin soltarle la mano.

—¿Por qué la duda?

—Evidentemente acabo de vivir el momento incómodo de la semana.

Alexandre le abrió la puerta del auto, subieron y él le dio la dirección al chofer.

—Sabes que no tienes nada de qué preocuparte. —Le sujetó la barbilla y le hizo volver la mirada hacia él.

—Eso creo...

—¿Eso crees? —Sonrió, porque al parecer era la única frase que pensaba utilizar desde ese momento—. ¿Estás molesta?

—No, solo confundida... Creo que no estoy segura de nada.

—¿A qué te refieres? Tienes que ser más específica.

—A esto —dijo haciendo un vago gesto entre ambos—. No puedo estar segura de lo nuestro si a un par de pisos más arriba de donde duermo contigo vive tu ex.

—No tienes nada de qué dudar, Martina no es mi ex, no tuvimos algo formal como para ponerle ese título, solo tuvimos sexo unas pocas veces... Y

no vive ahí, solo viene a visitar a su tío.

—Para ella fue más que sexo.

—Pero no para mí, y ella siempre lo tuvo claro, porque conocía mis sentimientos hacia ti.

—¿En serio lo sabía?

—No tengo por qué mentirte.

—Posiblemente sí, quieres hacerme sentir bien, pero lo cierto es que no lo

estás consiguiendo —hablaba bajito para que el taxista no fuese testigo de esas inseguridades que surgían al lado de Alexandre.

—Te estoy diciendo la verdad. —Se acercó y le plantó un beso en los labios al que ella no correspondió—. ¿Qué pasa?

—Nada, solo necesito tiempo. —Se apartó de él—. Déjame sola con mis pensamientos.

—Esos pensamientos no son la mejor compañía, te están confundiendo, te están llevando a situaciones que no han pasado; esos pensamientos te están presentando a un hombre que no soy, sino el que tus celos en estos momentos quieren que sea.

—Voy a llamar a Ana para decirle dónde nos veremos —habló ignorando sus palabras.

—Está bien. —Se hundió más en el asiento y miró al frente, pero sin darse por vencido.

Elizabeth hablaba con Ana, además de la dirección trató de extender la conversación, para no tener que volver a interactuar con Alexandre, se sentía estúpidamente celosa, porque estaba casi segura del amor de él, pero lo que verdaderamente le mortificaba era tener la certeza de los sentimientos de Martina, que mientras existieran eran una amenaza para ella.

—Dijo que llegará en unos minutos. —Terminó la llamada justo cuando el taxi se detuvo frente a la discoteca, donde había una fila de personas esperando para entrar.

—Gracias. —Alexandre pagó el servicio y bajaron, buscó su teléfono en el bolsillo de sus pantalones y le marcó a Moreira, pero antes de que le contestara, logró verlo haciendo fila en compañía de Juninho, Calenzanni y otra chica.

Él le sujetó la mano para acercarse al grupo que les había ahorrado unos cuantos puestos en la fila.

—Hermano —saludó Moreira a Alexandre con un abrazo, también lo hizo Juninho y Calenzanni.

—Te presento a mi novia —dijo Juninho con una gran sonrisa de orgullo, por la despampanante morena que estaba a su lado.

Para Alexandre, que era bastante intuitivo no pasó desapercibido que Calenzanni puso sus ojos en Elizabeth apenas la vio, intentaba disimular, pero no conseguía hacerlo con éxito.

—Les presento a Elizabeth, mi mujer. —Trató de parecer natural; sin embargo, su tono de voz lo delataba, que como si se tratara de un felino marcaba su territorio.

Elizabeth saludó primero a Juninho, con el que inmediatamente se llevó muy bien, era un afrobrasileño muy sonriente y espontáneo, con unos ojos que parecían ser grises o verdes muy oscuro; por un momento se le hizo muy parecido a su abuelo Oscar, quizá por esa razón se sintió muy a gusto con él.

—Hola. —Le habló a Moreira—. ¿Cómo estás? —preguntó sonrojándose al recordar cómo se había comportado la única vez que se habían visto.

—Hola, bien, ¿y tú? —Ya con la confianza suficiente le plantó un beso en cada mejilla—. ¿Todo bien?

—Sí, todo bien... Creo que ahora sí puedo decirte que mis instintos no fallan, sabía que eras policía —dijo sonriente.

—Supongo que ya nos olfateas.

—Sí, conozco algunas actitudes, he tenido la fortuna de conocer a muchos —dijo sonriente.

—Hoy te ves más hermosa sin tanta tierra encima, ni despeinada —dijo con pillería.

—Eso fue culpa de tu amigo —respondió ella codeando juguetonamente a Alexandre, olvidándose por un momento lo vivido en el ascensor.

—Así es como me pagan Moreira, después de que le salvé la vida. —Le pasó un brazo por encima de los hombros y le dio un beso en el pelo.

—Mujeres, ni quién las entienda —acotó João, y la fila empezó a avanzar.

—¡Sí, porque ustedes son más claros que el agua! Sé que guardan más secretos que el Área 51... —Le siguió el juego. Ahora que se detenía a admirarlo sin estar asustada, se daba cuenta de que era un moreno muy atractivo, después de todo, Ana no había estado tan borracha la noche que se lo encontró en el bar.

Era momento de saludar al otro acompañante, porque sería muy maleducado de su parte ignorarlo.

—Hola. —Se acercó saludándolo con un beso en cada mejilla—. ¿Cómo estás?

—Todo bien —dijo él, prendado de sus ojos. Aunque también estaba muy sorprendido por verla del brazo de Nascimento. No tenía idea de cómo se había dado la relación entre ese par, ¿acaso el fiscal Garnett estaba al tanto?

—Ya nos conocemos —comentó Elizabeth, creía prudente hacerlo, porque el policía había sido amable con ella y no podía sencillamente ignorarlo.

—¿Sí? No lo sabía —comentó Alexandre, comprendiendo en ese momento la insistente mirada de Calenzanni en Elizabeth; no obstante, la punzada de celos seguía latiendo.

—Sí, formé parte de la comisión que fue a Nueva York a interrogarla por el caso de Mendes. No lo sabías porque estabas dándote una larga siesta en el Couto —explicó Calenzanni, observando cómo Elizabeth sujetaba con ambas manos uno de los brazos de Alexandre y se mostraba ligeramente tensa, quizá porque él poseía información que pudiera exponer una faceta que su amigo no conocía—. Pero no estamos aquí para hablar de trabajo —dijo con buen ánimo para que ella se relajara, y ciertamente, surgió efecto.

Elizabeth cada vez se enteraba de más detalles del tiempo que Alexandre había pasado en el hospital por su culpa e irremediablemente se sentía muy mal, el único consuelo que la acompañaba en ese momento era que el culpable

ya estaba a unos cuantos metros bajo tierra y que ya no corrían ningún peligro.

CAPÍTULO 7

Elizabeth cantaba a viva voz y bailaba la música sertaneja que les ofrecía un grupo en vivo, estaba de cara al escenario y de espalda a Alexandre, quien la acompañaba en los movimientos y la sostenía por las caderas.

Usó su teléfono para compartir en sus redes sociales parte del repertorio del cantante mientras seguía coreando y disfrutando del evento. En ese momento vio una llamada entrante de Ana.

—¡Ya era hora! —exclamó y le hizo señas a Alexandre para que viera en la pantalla—. Voy por ella —dijo mirándolo por encima del hombro, pero rápidamente se giró, porque sabía que difícilmente él podría escucharle; se acercó a él y casi le gritó en el oído—. Voy por Ana, ya llegó.

—Voy contigo —dijo él sin soltarle las caderas y pegándola contra su pelvis.

—No te preocupes, regreso enseguida. Pídeme otro martini por favor. — Disimuladamente llevó su mano al bulto que la semi erección provocaba en los pantalones de él—. Y trata de calmarte, que la noche apenas empieza. — Le aconsejó, aunque no podía culparlo si había estado torturándolo con el roce de su culo.

—Impulso incontrolable, eso no quiere decir que no pueda soportar hasta que lleguemos a casa —dijo en su oído y le dio un beso bajo el lóbulo de la oreja, sintiendo cómo su delicioso perfume le nublabá los sentidos y le aceleraba el pulso.

Ella se carcajeó divertida y sensual entre los brazos de él.

—Está bien, ya regreso.

—Ten cuidado por favor, cualquier cosa me marcas —dijo mostrándole su teléfono.

—Lo haré. —Ella le dio un pico rápido y sonoro, y por el mar de personas que disfrutaban del concierto se hizo espacio para llegar a la salida, mientras le tecleaba un «ya voy» a Ana.

Llegó al vestíbulo del local y la vio parada junto a las puertas.

—¡Aninha! —La llamó alzando una mano y agitándola para hacerse notar entre las personas que iban y venían.

Al verla, ella le correspondió con una sonrisa y emprendió el paso hacia Elizabeth.

—¡Gata! Qué preciosa estás —dijo Elizabeth plantándole un beso en las mejillas al verla con un corto vestido de lentejuelas negro de mangas largas y un profundísimo escote en V, que le llegaba casi al ombligo. Su rubio cabello lo llevaba en una prolija cola de caballo alta, que le hacía lucir los ojos más achinados.

—Tú no te quedas atrás, mira qué bien luces... Te sienta bien el concubinato con ricitos —dijo con una amplia sonrisa.

—Gracias, no tengo quejas, lo estoy pasando de maravilla con él... Ven.

—Le sujetó la mano y la arrastró con ella, estaba ansiosa porque viera a Moreira, ya que Ana no tenía ni idea de la sorpresa que le esperaba.

Ambas arrastraban más de una mirada masculina, y en varias oportunidades arriesgados aventureros trataron de detenerlas en su avance, pero ellas amablemente los rechazaron.

Ana se tensó y prácticamente clavó los pies en el suelo cuando a pocos pasos vio la mesa donde estaba no solo Alexandre, si no también João. A partir de ese instante el resto desapareció, solo podía verlo a él y escuchar los latidos desaforados de su corazón.

—Ana. —Elizabeth tironeó de su mano.

—¿Por qué no me dijiste que estaría aquí? —preguntó ahogada, mientras se esforzaba por disimular su turbación.

—Porque quería darte la sorpresa... ¿Acaso no te gusta?

—No, ya no... Te dije que la última vez que nos vimos se portó como un imbécil —masculló.

—Así se comportan todos los hombres la mayoría del tiempo, ya no le hagas caso a eso y vamos a disfrutar la noche, ven.

Elizabeth la arrastró hasta la mesa, se la presentó a Carlos Calenzanni, porque Juninho estaba bailando con su novia.

Alexandre la saludó con un beso en cada mejilla, la recordaba más bajita, suponía que los cuantos centímetros que le sumaban los tacones hacían una gran diferencia.

—Ustedes ya se conocen —dijo Elizabeth, ante un Moreira que parecía tranquilo, pero ella bien sabía que no lo estaba, porque los párpados que franqueaban esos bonitos ojos grises parpadeaban más de lo normal.

—¿Se conocen? —preguntó Alexandre evidentemente sorprendido.

—Sí —respondió él, demostrando tener más valor que la rubia—. Hola Ana.
—Se levantó y le plantó un beso en una mejilla, y cuando iba a la otra, ella, dominada por los nervios se giró y se lo dio en la boca.

—Lo siento, disculpa —dijo con una sonrisa nerviosa y retrocedió un paso.

Elizabeth con una sonrisa de satisfacción miró a Alexandre y se sentó a su lado.

—Este par se las trae —comentó guiñándole un ojo.

—No, discúlpame tú...

—Bueno, fue un pequeño accidente —dijo Elizabeth sonriente, tiró de la mano de Ana para que se sentara a su lado—. ¿Qué vas a pedir? —preguntó.

—Agua.

—¿En serio Ana? —Más que una pregunta era un reproche.

Ella no deseaba beber esa noche, no podía permitir que el alcohol inundara sus venas y le nublara la razón, porque podía terminar en la cama de Moreira o en la suya, pero igualmente con el policía, que a fin de cuentas, terminaría lamentándose por habérsela cogido a ella y no a su ex.

—Sí, por ahora solo eso —refunfuñó.

—Está bien.

Moreira le hizo señas a una mesera para que se acercara a la mesa y le realizó el pedido de Ana, quien le agradeció con una sonrisa nerviosa.

Calenzanni pidió permiso y se fue en busca de alguien para pasarlo bien, porque lo último que esperaba era ser el muñeco de palo del grupo, no estaba solo para observar y sabía que no le costaría mucho encontrar pareja para la noche, pues las chicas eran conscientes del atractivo que poseía.

Elizabeth disfrutaba de su martini, mientras que los hombres habían pedido una botella de wiski, le dio un trago y regresó la copa a la mesa. Ella jamás iba a una discoteca a quedarse sentada, por lo que se levantó contoneando las caderas al ritmo del sertanejo y le ofreció las manos a Alexandre, invitándolo a bailar.

Ana tragó en seco y desvió la mirada hacia el escenario, tratando de poner su atención en el grupo musical y no en el hombre a su lado. Moreira la hacía sentir incómoda, no podía relajarse y disfrutar porque solo pensaba en las situaciones íntimas que habían compartido.

No podía estar totalmente concentrada en la música, realmente no estaba para nada concentrada.

Llegó el agua que había pedido, la mujer dejó la botella sobre la mesa junto a

un vaso con hielo.

—Permíteme —pidió él al agarrar la botella, la destapó y vertió el líquido en el vaso.

—Gracias. —Ella miraba cómo el chorrito de agua mojaba los cubos de hielo.

—¿Cómo has estado? —preguntó iniciando un tema de conversación, porque no se conformaba con solo mirarla.

—Bien, superando los errores del pasado —dijo con toda la intención de que él se incluyera en ese saco al que iban las malas decisiones.

João aprovechó para sentarse más cerca de ella, justamente donde minutos antes había estado Elizabeth, provocando que Ana se tensara más de lo que ya estaba.

—Entonces brindemos por esos errores que estamos enterrando. — Levantó su vaso.

Ella dudó, pero de nada le servía mostrarse intimidada, por lo que agarró su vaso y lo chocó contra el de él.

Ambos les dieron un trago a sus bebidas.

—¿Segura de que no quieres nada de alcohol?

—No, quiero mantenerme sobria, porque borracha cometo muchas estupideces.

—Como ir a buscar o llamar al bastardo desgraciado —dijo con media sonrisa.

—No precisamente, pero no quiero arriesgarme.

—Es lo mejor... No sabía que eras amiga de Elizabeth, bueno realmente es segunda vez que la veo, pero he escuchado tanto sobre ella que es como si la conociera de toda la vida... ¿En serio los hombres cuando nos enamoramos solemos ser tan patéticos? —dijo, echando un vistazo a donde Alexandre

bailaba con su mujer.

—Suelen ser peores, algunos hasta pierden la dignidad —dijo con toda la intención de hacerle saber que todavía seguía enceguecido por su ex—.

Tampoco sabía que eras amigo de Alexandre, que para ser sincera, también es segunda vez que lo veo, he visto más a su hermano.

—Al imbécil de Marcelo... Bueno, no me extraña, es más... de tu mundo.

—¿De mi mundo? —preguntó irónica—. Siempre he creído que vivo en la tierra, a menos que seas algún alienígena o provengas de otra dimensión.

Él sonrió ante al comentario.

—Sabes a lo que me refiero.

—No, no tengo idea. —Lo encaró con cierto aire de arrogancia.

En ese momento João sintió más ganas de besarla que de vivir, admitía que era hermosa, demasiado para él, para todo lo que podía aspirar. Ella estaba demasiado lejana y parecía no comprenderlo.

—La posición económica definitivamente crea mundos distintos. Uno al que pertenecen Marcelo y tú.

—Son tonterías, hay un solo mundo, pero muchos se cuelgan el cartel de víctimas de la sociedad, cuando la vida le da oportunidades a todos... Que no sepan elegir las o aprovecharlas es decisión de cada quien.

—Tampoco suelo creer en ese tipo de víctimas, por eso mi misión es encarcelar a los que tras esa fachada justifican sus fechorías, pero estemos claros de que existe una gran desigualdad social.

—La hay, pero todos estamos en el mismo infierno... Nosotros podemos dar el claro ejemplo, a un simple poli le rompen el corazón, y evidentemente, a una niña de la alta sociedad también le pueden hacer lo mismo; los patrones se repiten, aquí o allá, donde sea..., todo es una cadena.

—Realmente me gusta conversar contigo —dijo maravillado—. Pero ¿te parece si bailamos? —propuso.

—No sé si debemos hacerlo.

—¿Por qué lo dudas? —preguntó todavía esperanzado—. Anda, como amigos.
—La instó.

—Está bien —cedió levantándose, porque también le gustaba mucho bailar—. Como amigos —aclaró, recibiendo la mano que él le ofrecía.

Elizabeth le sonrió cómplice al ver que Ana se relajaba y empezaba a disfrutar de la noche, mientras ella seguía bailando con Alexandre, quien le brindaba el placer de ser un excelente compañero; se desenvolvía con gran habilidad en todos los ritmos.

Regresó a la mesa porque ya tenía los pies adoloridos y estaba sedienta, encontrándose con Juninho y su novia, quienes también hicieron una tregua.

A primeras horas de la madrugada el alcohol los hacía divertirse más de la cuenta, estaban más relajados y más compenetrados, hasta Ana ya había aceptado un par de cocteles, de los cuatro que se había prometido tomar, porque no deseaba perder el control.

Como sabían que sí o sí iban a pasar el grado de alcohol permitido para poder conducir, ninguno llevó medio de transporte, prefirieron entregarles su seguridad a los taxistas.

Elizabeth se ofreció a acompañar a Ana hasta su apartamento, no quería que se fuera sola, pero Moreira dijo que él lo haría.

—Confío en ti —dijo Elizabeth al moreno—. Cuidado con propasarte, que ya sé dónde hallarte... —amenazaba y evidentemente los martinis habían envenenado su sangre.

—Tranquila, seré respetuoso, no tienes nada de qué preocuparte.

—Eso espero —dijo señalándolo, después se fue con Ana y la abrazó—.

Cuídate mucho corazón, tenemos que vernos esta semana... Te quiero —dijo plantándole un beso en la mejilla.

—Yo también, prometo que me cuidaré.

—Si el moreno te hace algo que no quieras me avisas. —Le susurró.

—Está bien, lo haré —dijo con menos alcohol en la sangre que Elizabeth.

Se despidieron y subieron a los taxis, menos Calenzanni, quien se había desaparecido a medianoche con una turista venezolana.

João dejaba a Ana sana y salva en la entrada del edificio donde vivía.

—Espero que la hayas pasado bien. Cuídate mucho. —Le deseó él con la mirada en su tentadora boca.

—Seguro que sí, cuídate también... —dijo ella sin poder ser coherente y con el corazón golpeteando desesperadamente contra su pecho, sentía que las piernas le temblaban, solo quería que él subiera al taxi y se largara, antes de que su orgullo hiciera el ridículo.

—Yo también, deberíamos salir a bailar más seguido, eres excelente compañía.

No sabía qué responder a eso, ¿estaba proponiéndole una cita o simplemente quería ser amable?

—Quizás, lo pensaré —respondió después de cavilar muy bien.

—Entonces te dejo para que descanses. —Se acercó para despedirse con sus respectivos besos en cada mejilla, pero al igual que al inicio de la noche, el segundo beso terminó en la boca de ella, solo que esta vez no había mirones, así que no se separaron apenados, sino que tras un toque de labios vino otro y otro, seguido de otro que despertaba deliciosas sensaciones en ambos.

El beso se hizo más íntimo, los labios dejaron solo de tocarse para pasar a chuparse, entonces ella abrió la boca, dándole a João el permiso para que la invadiera con su lengua; él no solo aceptó la invitación, sino que llevó sus

manos a las caderas y la pegó contra su pelvis, para asegurarse de que no se alejara, y sus caricias se fueron convirtiendo en apretones de nalgas.

Las respiraciones se hicieron pesadas, pero estaban muy bien respirando el mismo aliento.

—¿Quieres invitarme a pasar? —preguntó en el oído donde le repartía besos.

—No. —Gimió ella—, no lo creo —dijo en contra de lo que verdaderamente deseaba. Pero debía darse a respetar, bien sabía que si terminaba entregándole su cuerpo él volvería con su estúpido discurso de arrepentimiento.

Le sostuvo las muñecas y las alejó de su culo, después retrocedió un paso, alejándose de esos brazos llenos de tatuajes que la enloquecían.

—Está bien... —Él también puso distancia—. ¿Volveremos a vernos?

—Supongo, ahora que nuestros mejores amigos viven juntos... existe la posibilidad —dijo ella todavía toda temblorosa y faltándole el aliento.

—Sí... Adiós. —Levantó la mano en señal de despedida mientras retrocedía varios pasos hasta el auto.

Ana le correspondió de la misma manera, pero ella sí se volvió y entró al edificio. A él no le quedó más remedio que subir con todas las ganas que lo estaban consumiendo y marcharse.

Alexandre y Elizabeth entraban al edificio tomados de la mano y saludaron Marques.

—¿Qué te parecieron los chicos? —preguntó apenas las puertas del ascensor se cerraron.

—Bien..., aunque me encanta Juninho, se parece mucho a mi abuelo.

—¿Tu abuelo? —interrogó con el ceño fruncido ante el desconcierto.

—Sí, el papá de mi mamá era afroamericano... No lo conocí, pero he visto fotos y vídeos. Mi mamá dice que era muy alto, y lo creo, porque ella apenas

le alcanzaba el pecho... Deja y te lo muestro. —Buscó su teléfono en la cartera, apenas lo sacaba cuando se le escapó de las manos y fue a dar al suelo —. ¡Oh mierda! —exclamó y se bajó al mismo tiempo que Alexandre, por lo que sus cabezas chocaron fuertemente.

Elizabeth jadeó ante el dolor, pero después soltó una carcajada a la que Alexandre acompañó.

—¿Estás bien? —preguntó él entre risas.

—Sí, un poco mareada.

—Ya eso no es culpa del golpe sino de los martinis... Ven. —La sujetó por el brazo para ayudarla a salir, mientras que en la otra mano llevaba el teléfono de ella.

Abrió la puerta del apartamento, le quitó la cartera y la dejó junto a las llaves, y el teléfono en la mesa más cercana.

Elizabeth se escapó hasta el sofá donde se dejó caer sentada.

—Estos malditos zapatos me están matando —dijo mientras intentaba quitarse las sandalias.

—Te ayudo. —Alexandre se acuclilló y se las quitó, después se sentó a su lado; admitía que él también estaba afectado por todo el wiski que había bebido, pero lo importante era que lo habían pasado muy bien.

Llevó su mano hasta el rostro de Elizabeth y le acarició donde le había golpeado.

—¿Te duele?

Ella negó con la cabeza y se acercó hasta él, sorprendiéndolo con un beso que desde que cayó en su boca fue ardiente, invasivo, húmedo; un beso que le agitó las ansias.

—Tengamos sexo —pidió ella con el pecho agitado.

—No quiero..., ahora no —respondió él, que en un movimiento seguro se puso ahorcadas sobre ella y la sujetó por las muñecas, inmovilizándola y sometiéndola a su voluntad; empezó a repartirle besos por la cara, el cuello y el pecho—. En este momento quiero disfrutar todo lo que nos lleva a estar desnudos, quiero disfrutar de tus besos apasionados, de las mordidas —dijo aprensando entre sus dientes el labio inferior de ella y después le mordió la barbilla—. Quiero escuchar y sentir tu respiración agitada, tus gemidos, sentir cómo te estremeces ante la espera —susurraba chupando cada espacio de ese níveo cuello, mientras ella gemía y se retorcía de placer—. Quiero robarme de tu boca todas las ansias que me tienes —murmuró y después metió la lengua en su boca, dando paso a un beso que no conocería fin, hasta que la necesidad de desnudarse fuese más fuerte que la voluntad.

Abandonaron el sofá y en el camino hacia la habitación fueron dejando las prendas esparcidas en el suelo y terminaron tirados en el colchón, enredados de piernas y brazos, unidos y acoplados al insistente movimiento de sus cuerpos.

Elizabeth arañaba el colchón, mordía las almohadas disfrutando de su hombre detrás de ella, empujando con ganas y desesperación, ella también ponía de su parte y le ayudaba con sus empujes.

Solía pedirle más, le suplicaba que la llevara al punto más alto, y él la complacía; si ella le imploraba por rapidez, él se afincaba a ser más rápido y contundente; si le rogaba que no se detuviera solo obedecía. En ese momento era su esclavo, su sirviente, estaba dispuesto a dar la vida solo por complacerla.

CAPÍTULO 8

Marcelo nunca imaginó tener que solicitarle a Simone que le enviara nuevamente a la enfermera, si por él fuera la habría olvidado, pero la muy maldita con sus cualidades se había ganado a gente importante de su entorno,

quienes le hicieron una invitación a un almuerzo donde se recaudarían fondos para una obra benéfica.

—Lo siento Marcelo, pero ella no quiere —explicaba un tanto avergonzada la dueña de la agencia.

—No me propasé con ella.

—Lo sé, solo que no tuvieron empatía.

—Simone, realmente la necesito. Sé que no congeniamos, pero tengo un compromiso importante con la misma gente del otro día y le extendieron la invitación... Dile que le pagaré un veinte por ciento más.

—Voy a comunicarle, pero no puedo asegurarte nada.

—Está bien.

—Cualquier cosa sabes que hay muchas más.

—Lo sé, si por mí fuera elegiría a otra...un tanto más... complaciente —confesó Marcelo, odiando tener que estar en esa situación.

—En cuanto tenga información te aviso.

—Gracias. —Terminó la llamada para volver a sus labores, pero no podía dejar de maldecir a la enfermera que se lo estaba poniendo tan difícil, solo lo hacía por joderle la vida.

Alexandre despertó desnudo junto a Elizabeth, se quedó mirándola por mucho tiempo, perdiéndose en cada detalle de su mujer. Su mujer, apenas podía creerlo, jamás había soñado que viviría algo tan perfecto.

Empezó a acariciarle la espina dorsal con las yemas de los dedos.

—Despierta gata dormilona... —Le dio un beso en el hombro—.

Chiquita... ¿Piensas dormir toda la tarde?

—Solo un poco más —dijo mimosa, arrimándose hacia él, quien la refugió en sus brazos.

—Yo había pensado que podríamos ir a la favela.

—¿A la favela? ¿En serio? —preguntó abriendo los ojos.

—Sí, solo si quieres ir a la roda.

—Claro que sí, me encantaría... Vamos, ¿qué estamos esperando?

—Daba tiempo a que despertaras.

—Ya estoy despierta —dijo levantando el torso—. Vamos a ducharnos.

—Le palmeó el pecho y salió desnuda de la cama.

Alexandre la siguió al baño y se ducharon juntos, lo que en pocos días se había convertido en una costumbre.

—Si quieres ve vistiéndote mientras preparo avena para comer antes de irnos.

—Le sugirió al tiempo que se envolvía una toalla en las caderas.

—Está bien, pero date prisa —dijo ella paseándose desnuda por el baño.

Alexandre sabía que podría preparar la avena y vestirse, y Elizabeth todavía no estaría lista. Así que solo sonrió ante la petición de ella.

Elizabeth regresaba a Rocinha abrazada a la espalda de Alexandre, pero transitaba por calles que no había pasado, suponía que en la moto podía ir más cerca del ya conocido punto de encuentro para la roda.

Alexandre se detuvo frente a una cervecería, donde había un grupo de hombres jugando dominó.

—Voy a dejar la moto aquí. —Le avisó y la apagó.

—¡Cobra!, ¡veo que te has robado una hermosa jovencita! —dijo un hombre que movía mucho la mano en la que tenía una botella de cerveza.

—Es mi mujer, me la robé hace unos meses —confesó con el pecho hinchado de orgullo y miró a Elizabeth—. Te presento a un gran amigo.

—Mucho gusto señorita, me llamo Breno. Cuando conocí a tu marido todavía no sabía limpiarse el culo.

Elizabeth se carcajeó ante el comentario del hombre de piel oscura y pelo ensortijado blanco, con una barriga prominente, que ella podía asegurar era producto de las cervezas.

—Supongo que era un púbero.

—Sí que lo era... —Lo miró—. Pero ¡qué bonita es tu mujer!

—Gracias —dijo Elizabeth sonrojada ante la algarabía de los hombres.

Alexandre le puso una mano en la zona lumbar y con la otra les hacía un ademán a los demás.

—Anderson, Erik... —Le iba presentando a cada uno, ella les daba la mano, les sonreía y decía que estaba encantada de conocerlos, percatándose de que los amigos de Cobra eran mucho mayores que él—. Orlando y Gustavo.

—Pero ¡qué buen gusto tienes Cobra!

—Gracias. —Volvió a responder ella.

—No señorita, el de buen gusto es él, los tuyos son muy malos... ¿Qué le viste?

Elizabeth volvió a carcajearse, le caían muy bien esos tipos.

—Es capoeirista —respondió alzándose de hombros.

—Bueno, eso cambia las cosas, no es solo un capoeirista, es el mejor.

—Lo sé —susurró como si pretendiera que fuera un secreto entre Orlando y ella.

—Vamos a una roda, de regreso me quedo un rato más —dijo Alexandre.

—Me debes una partida.

—Lo sé Breno, la cuidan —dijo palmeando el asiento de la supermoto y le sujetó la mano a Elizabeth.

—Ve, ve... y gana. —Le dijo el hombre.

—Eso haré. —Caminó dando largas zancadas por la empinada calle, pero a pocos metros doblaron para adentrarse a un estrecho pasadizo—. Es mejor que vayas detrás de mí —aconsejó sin soltarle la mano.

—¿Esos eran los amigos de los cuales me habías hablado? —preguntó Elizabeth siguiéndole el paso.

—Cuidado. —Le pidió para que no metiera el pie en un charco que estaba en medio escalón—. Sí, ellos han sido incondicionales conmigo desde que llegué a Rocinha.

—No los imaginé tan mayores.

—Todos mis amigos aquí pasan los cincuenta, nunca me relacioné con jóvenes de mi edad; de haberlo hecho posiblemente habría seguido malos pasos. En esa época casi todos los jóvenes terminaban como traficantes, aunque muchos salieron adelante; hoy día hay un par de grandes empresarios que salieron de estas calles... Personalmente siempre me apasionó la capoeira, eso tampoco era del interés de los chicos de mi edad, así que siempre me relacioné con hombres que habían vivido muchas más experiencias que yo —hablaba con la respiración agitada por el esfuerzo de caminar rápidamente.

Elizabeth casi corría detrás de él, pero no podía pedirle que se detuviera, quería seguir sus pasos, llevar su ritmo, sabía que solo debía acostumbrarse.

Escuchó detrás varios pasos y ambos miraron por encima de los hombros, pero estuvieron tranquilos al darse cuenta de que eran unas jovencitas.

—Hola, ¿cómo estás? —saludó Cobra chocando la mano de una niña de unos cinco años que estaba sentada en un escalón, frente a una puerta de madera.

—Bien —dijo sonriente.

—¿Dónde está tu madre?

—Haciendo la comida.

—Bueno, ten cuidado, no te muevas de aquí... Le das mis saludos.

La niña negó con la cabeza y después asintió, al tiempo que miraba sonriente a Elizabeth.

—Hola. —Ella la saludó con una sonrisa y agitó su mano, y la niña correspondió de la misma manera. Mientras siguieron avanzando por el estrecho callejón.

—Es hija de una que fue compañera de clases y amiga de Branca, algunas veces cuidó de Luana —explicó Alexandre.

Elizabeth estaba fascinada al darse cuenta de que entrar a la favela de la mano de Alexandre era también hacerlo a su pasado. Como él le había dicho, cada rincón de ese lugar tenía algo que contar.

Siguieron ahora subiendo escaleras, eso lo hacía más complicado; ella barría con el ruedo de su pantalón de capoeira la tierra que había en el suelo de cemento, mientras escuchaba voces tras las puertas de esas humildes viviendas, sobre todo risas, muchas risas; lo que dejaba claro que a pesar de todo, la gente ahí era feliz, le demostraban que no se necesitaba de mucho para hallar la felicidad.

Antes de que pudieran verlos, los oídos de Elizabeth fueron inundados por sonidos de percusión, que le daban vida a una alegre batucada; no hubiese podido imaginar que quienes ejecutaban tan contagioso ritmo eran cuatro niños que no podían tener más de once años, y lo hacían con latas vacías de alimentos y recipientes de plástico, las cuales golpeaban con unas improvisadas baquetas de madera.

Ella se quedó pasmada frente a ellos, impresionada con la habilidad de los pequeños, sintiendo que cada golpe de percusión vibraba en su sangre. No le iba a privar a sus pies el placer de moverse, no iba a dejar que esa extraordinaria presentación no contara con una bailarina, por lo que con una sonrisa indeleble empezó a bailar.

Los niños se sintieron entusiasmados y le pusieron más ahínco a su presentación. Alexandre dejó de ser un observador totalmente fascinado y agarró un recipiente de los que los niños tenían ahí, se sentó al lado de ellos y en pocos segundos le agarró el ritmo.

Ahora era un percusionista más que seguía mirando embobado a su bailarina, esa que le iluminaba la vida con su sonrisa y energía.

Elizabeth miraba a Alexandre tan afanado como esos niños que solo vestían bermudas y algunos estaban descalzos, se perdió en esos ojos grises que la veían con devoción y estaba segura de que ella lo miraba de la misma manera.

Bailó por unos tres minutos, después agradeció haciendo unas reverencias.

Alexandre chocó sus manos con los niños, dejó a un lado su improvisado instrumento y les dio algunos billetes para que compraran golosinas.

—Lo hiciste muy bien —dijo él acariciándole la espalda.

—Gracias, creo que tengo que ir practicando para el carnaval.

—Seré un emocionado y fascinado espectador de tus prácticas.

—Espero que seas un crítico objetivo —dijo ella —Eso es imposible, para mí eres perfecta... En serio lo haces muy bien, no tienes que mejorar nada, solo ganar resistencia, porque son setecientos metros y ochenta y cinco minutos de presentación, sin contar los que estarás fuera de la pista... Aunque anoche me demostraste que puedes aguantar mucho más.

—Lo que puede jugar en mi contra es el traje, que supongo será pesadísimo... Además de los nervios.

—Nada tiene que ponerte nerviosa, como te dije, lo haces muy bien, recuerda eso para que te llene de seguridad.

—Voy a hablar en la escuela para conseguirte pases, quiero que estés ahí conmigo. ¿Quieres ser mi fotógrafo personal?

—No tienes que preguntarlo, ¿qué no haría por ti? —Le dio un beso en el dorso de la mano.

—Perder en la roda —dijo ella y él soltó una corta carcajada que resonó en el callejón.

—En eso tienes razón. —Le pasó el brazo por encima de los hombros, pegándola a su cuerpo y le dio un beso en el pelo—. Te quedó bien la trenza.

—Me quedó genial —dijo poniéndose la gruesa, pesada y larga trenza sobre su hombro—. Si no pudieras ser fotógrafo te iría muy bien como estilista.

—Te estás burlando, ¿cierto? —preguntó entrecerrando los ojos.

—Eres muy buen fotógrafo.

—No has visto ninguna de mis fotos.

—Claro que sí, Luana me mostró varias... Amo esa en la que se ve solo el Cristo, porque la ciudad está completamente cubierta por las nubes y el cielo era de un bronce incomparable... ¿De dónde la tomaste para que saliera tan perfecta?

—Desde un helicóptero, estaba trabajando y no pude perder la oportunidad...

—Supongo que tienes muchas fotos.

—Unas cuantas, las que he podido tomar en el momento justo... ¿Has visto un amanecer desde Gávea?

—No me lo vas a creer...

—¿Qué cosa?

—Nunca he ido.

—¡No puede ser! Te has perdido una de las mejores vistas de la ciudad. — Se lamentó de verdad.

—Lo sé.

—Pero ya no seguirás ignorando lo maravilloso que es. El miércoles lo tendré libre porque tengo que trabajar el sábado, así que aprovecharemos para madrugar.

Elizabeth se adelantó varios pasos y de repente se volvió hacia él y se le fue encima, colgándosele del cuello; él la sujetó por la cintura y ella elevó las piernas hacia atrás.

—¡Me encanta la idea! —exclamó emocionada y le plantó un beso—. Ya quiero subir a la roca más alta y cercana al mar en todo el mundo.

—Es una subida difícil, así que ve preparándote psicológicamente.

—Ya estoy preparada —dijo con gran entusiasmo.

Le soltó el cuello, él volvió a ponerla en el suelo y retomaron el camino.

—¿Me harás el amor en la garganta del cielo? —curioseó elevando una ceja con pillería.

—Probablemente, si no llegas muy cansada y si no hay turistas a esa hora.

—Entonces tenemos que irnos lo más temprano posible, quiero tener un orgasmo en ese lugar... Mejor dicho, quiero que tú me lo ayudes a alcanzar.

—Será un placer —dijo con la voz ronca, inevitablemente la respiración se le agitó—. Si nos vamos más temprano de lo que ya planeas, podría regalarte dos.

—Si es así nos iremos a medianoche.

Alexandre negó con la cabeza mientras sonreía, todavía no sabía qué poder

tenía Elizabeth que conseguía que fuese feliz con tanta facilidad.

Siguieron avanzando y antes de llegar pudieron ver dónde se estaban reuniendo los capoeiristas. De manera inevitable Elizabeth fue atacada por los nervios, no sabía cómo llegaría y se presentaría como mujer de Alexandre, cuando unos meses atrás había sido la supuesta novia de Wagner.

En ese instante se lamentaba no haber aclarado la situación desde el momento en que pasó todo, sabía que no iba a sentirse cómoda con la situación, y no era por lo que pudieran pensar de ella, sino porque no sería fácil para su amigo.

Exhaló como si pretendiera quitarse una gran culpa de encima y siguió adelante.

—Tranquila, les explicaré en su momento...

—No es por ello... En realidad, no me importa lo que piensen de mí, pero siento pena por Wagner...

—Él se aprovechó de la situación, así que se atenga a las consecuencias.

—Fue bueno conmigo.

—No precisamente, solo lo hizo porque te tiene ganas.

—Ya me lo has dicho más de un millón de veces, y siempre te digo lo mismo, solo es mi amigo.

—Quizá para ti lo sea, pero para él no lo eres... Solo quiere acostarse contigo Elizabeth.

Elizabeth puso los ojos en blanco, le daban ganas de golpearlo cada vez que daba ese tipo de argumentos, en los que dejaba salir al cavernícola que habitaba en él.

Prefirió quedarse callada porque no era buen momento para discutir.

Llegaron tomados de la mano y las miradas cargadas de sorpresa no se hicieron esperar, no sabía si era por su inesperada visita o por verlos juntos;

posiblemente era una combinación de ambas.

—Hola. —Empezó a saludar uno a uno a los hombres con los que después de mucho luchar la habían aceptado como a un igual. Mientras buscaba con la mirada a Wagner, pero no lo hallaba.

Le daban una calurosa bienvenida en medio de palmadas en el hombro y se decían gratamente sorprendidos de verla ahí. Inevitablemente no hizo falta el curioso que le preguntara por Gavião.

—Elizabeth no sabe de él, ahora está conmigo —intervino Alexandre, sin permitirle hablar.

Él no podía saber que eso a ella le molestaba, porque bien tenía una boca que podía usar.

—Ah..., está bien —dijo en voz baja al tiempo que asentía, tratando de ocultar su asombro; y no mencionó nada más, porque no encontraba palabras que expresaran su sentir.

—Pero seguimos siendo muy buenos amigos —aclaró Elizabeth con fingido entusiasmo.

—Es bueno tenerte de vuelta —mencionó otro.

—También me agrada estar de vuelta, necesitaba luchar de verdad —respondió sonriente.

—Espero que te quedes por más tiempo.

—Sí, sí... Me he venido a Río.

—Está viviendo conmigo —dijo Alexandre con gran orgullo, mostrándose más comunicativo que de costumbre.

Elizabeth sonrió tímida, suponía que él estaba como el típico macho alfa, queriendo marcar territorio, pero ella no era de ese tipo de mujeres a las que tenían que quitarle la palabra.

—Sí, estamos viviendo juntos —completó con ganas de desmentirlo, pero su amor no se lo permitía—. ¿Vendrá Gavião?

—No lo sabemos, la semana pasada no vino, supongo que le debe la cuota a Fabio; y para que traiga problemas a la roda es mejor que no venga —comentó uno de los hombres.

—Bueno, vamos, que el tiempo apremia. —Palmeó el Mestre—.

Mariposa, estamos en prácticas de *Maculelê*, porque se vienen los actos culturales de Rocinha y haremos una presentación... ¿Has practicado antes?

—preguntó para no dejarla por fuera.

—Sí, algo sé —dijo emocionada, realmente lo había practicado muy pocas veces, pero lo intentaría.

Agarró unas grimas y se incorporó a la roda junto a Alexandre, por lo menos tenía muy claro el ritmo con el cual debía chocar las grimas, de lo que no estaba segura era de si contaba con la habilidad para esquivar los ataques durante la lucha.

Seguía con la mirada, grabándose en la memoria cada avance, ataque y movimiento de los que estaban en medio de la roda, las gotas de sudor oscurecían circularmente el suelo de cemento, los jadeos acompañaban a los golpes de madera en medio de la contundente presentación.

Alexandre pasó primero que ella, le tocó enfrentarse a Wellington, no podía mirar al oponente de su marido, solo tenía ojos para él.

«Maldito» pensó al ver lo perfecto que era, no solo era extremadamente bueno en la capoeira, sino que también dominaba con excelencia el *Maculelê*.

Con cada golpe de su grima en la del oponente, los músculos de la espalda se le marcaban con tanta perfección que rozaban el pecado.

Estaba enamorada, definitivamente lo estaba, se dijo con un suspiro atorado en el pecho y con sus pupilas en cada mínimo detalle de ese hombre.

A pesar de eso, tuvo la certeza de que jamás lograría vencerlo, era mucha fuerza y destreza la que poseía.

No pudo evitar sentirse nerviosa cuando fue su turno, pero no se acobardó, era mejor llevarse la experiencia que quedarse solo mirando y perder el respeto que con tanto esfuerzo se había ganado.

Agradeció que su oponente fuese amable, no golpeó con tanta fuerza sus grimas, no la atacó con movimientos tan rápidos y solo le daba tiempo a que se acostumbrara, para que no brindara un espectáculo tan mediocre, aunque por su parte estuviese dando todo de sí.

CAPÍTULO 9

De vuelta a la cervecería donde Alexandre había dejado la moto se encontraron nuevamente con el grupo de hombres que jugaba dominó, disfrutaban de cervezas heladas y contaban algunos chistes.

—¿Cómo sigue el juego? —preguntó Alexandre interrumpiendo la partida.

—Breno ya me debe cervezas para lo que me resta de vida —respondió Orlando.

—Lo que quiere decir que no es mucho después de todo —comentó Gustavo y todos soltaron sendas risotadas, que contagiaron a Elizabeth.

En realidad, ella esperaba que el viejo de Breno viviera unos cuantos años más.

—Juega una partida. —Lo animó Breno.

Alexandre miró a Elizabeth, pidiéndole permiso con la mirada. Sabía que no podía obligarla a permanecer en algún sitio si no le gustaba. Ella le asintió sonriente.

—¿Y la señorita malos gustos no juega? —preguntó Orlando.

—No, realmente no sé jugarlo, pero puedo mirar —dijo con amabilidad.

Gustavo se levantó para darle el puesto a Alexandre y se ubicó en el asiento de espectador. Elizabeth iba a sentarse al lado del hombre de pelo y cejas blancas y nariz aguileña cuando Alexandre le sujetó la mano.

—Ven aquí, jugaremos juntos mientras te explicó. —La condujo hasta sentarla entre sus piernas, al borde de la silla—. ¿Estás bien ahí? —Le preguntó al oído.

—Sí, muy bien —dijo cómoda y con la mirada puesta en cómo Breno mezclaba las fichas de cara a la mesa.

—Agarra siete fichas —pidió Alexandre.

Elizabeth eligió con más lentitud de lo que lo hicieron los demás, pero lo cierto era que estaba emocionada ante la novedad de lo que vivía.

—Acomódalas aquí —solicitó, mirando por encima del hombro de ella—.

Esos viejos tramposos no pueden ver tus fichas —avisó con la vista fija en sus amigos.

—Entiendo —respondió ella con esa indeleble sonrisa de satisfacción.

—Aquí el más tramposo eres tú —dijo Orlando expulsando el humo del cigarrillo que disfrutaba.

—Carlos, trae dos cervezas más —pidió Breno al que atendía la cervecería.

Elizabeth quiso negarse cuando le pusieron la botella al lado, pero al ver que Alexandre no la rechazó no dijo nada.

El juego inició, el primero en mostrar una ficha fue Orlando, seguido de Breno, y luego fue el turno para Elizabeth, a quien Alexandre le dijo qué ficha sacar.

A pesar del insistente ruido de los autos y las motos, de las personas pasando y los diferentes géneros musicales que provenían de muchas partes, Elizabeth

consiguió entender el juego y concentrarse en este, ganando confianza no solo en tomar la decisión sobre la ficha que mostraría, sino también para conversar con sus oponentes, los que la mayoría del tiempo le sacaban sonoras carcajadas.

El tiempo pasó muy rápido, jugó unas cuantas partidas y ganó un par de cervezas, de las cuales solo bebió una, porque constantemente pensaba en su propósito para el carnaval, y porque no quería arruinar todo el trabajo que había conseguido junto a Alexandre.

Se despidieron en medio de risas y abrazos, sintiéndose más en confianza con ellos y prometiendo volver. Subió a la moto y se abrazó a Alexandre.

—¿Quieres ir a comer a algún sitio? —Le preguntó antes de arrancar.

—No, en el apartamento tenemos suficiente comida envasada... Mi plan es que vayamos a descansar, quizá veamos una película.

—Es un buen plan —dijo él, admirando cómo ella le plantaba un beso en el hombro.

Alexandre puso la moto en marcha, y gracias a la destreza con la que contaba para esquivar los autos y meterse por muy buenos atajos llegó en pocos minutos a su destino.

Se ducharon, y al salir del baño Elizabeth decidió buscar la película, mientras Alexandre calentaba la comida.

Terminaron en el sofá, cenando mientras veían una película nacional de acción y suspenso, en la que se sumergieron totalmente, hasta que el teléfono de Elizabeth repicó, interrumpiendo la concentración de ambos.

—Seguro es mi mamá —dijo levantándose y corrió en busca de su teléfono, al tiempo que Alexandre pausaba la película.

No era su madre sino Luck, quien inevitablemente la hacía feliz con el simple hecho de querer comunicarse con ella, sin pensarlo le contestó.

—Hola *uomo bellissimo* —saludó caminando de regreso al sofá—. ¿Cómo estás? —preguntó y miró a Alexandre. «Es Luck», gesticuló exageradamente para que le entendiera.

—Hola gata, estoy bien...

—¡Te extraño! —Chilló entretanto se sentaba en las piernas de Alexandre, ponía los pies sobre el sofá y con sus dedos jugueteaba en los rizos que caían sobre su nuca.

Él le puso la mano en la rodilla, fue subiendo con una lenta caricia y miraba a ese rostro de muñeca de porcelana que lo tenía enamorado y lo hacía sentir el hombre más afortunado del mundo.

—Yo también, no te imaginas cuánto, sobre todo hoy, que ha sido un día bastante difícil.

—¿Por qué? ¿Qué pasó?

—Unos impertinentes periodistas no pararon de acosarme.

—Pobre cariño, ¿qué hiciste que te están hostigando? —preguntó sonriente.

—La pregunta es qué hiciste tú.

—Te juro que me he portado bien, Alexandre puede dar fe de ello. —Le frunció la nariz al hombre a su lado, que empezaba a ser travieso, porque su caricia ya había abandonado la pierna y se paseaba por su abdomen e iba en ascenso.

—Evidentemente podrá dar fe, porque es uno de los involucrados —masculló al otro lado de la línea.

—Ahora sí que no te estoy entendiendo —dijo confundida.

—Es mejor que vayas a las publicaciones de Ana en su cuenta... Está claro que algún curioso llegó a ella por ti, y ahora están pidiendo explicaciones.

—No entiendo, Ana... ¿Aninha? —preguntó sin poder hilar la más remota idea de lo que le decía Luck.

—Sí, tu casi hermana Aninha.

Apretó con fuerza los rizos de la nuca al sentir cómo él le apretaba un seno y jugueteaba con su pulgar en el pezón.

—¿Te metí en problemas? Sigo sin entender qué fue lo que hice.

—Realmente no les he dado importancia, solo que creo que esto nos concierne a los dos.

—Deja que vea lo de Ana y te devuelvo la llamada.

—Es mejor que lo hagas sí. —Fue él quien cortó.

Elizabeth inmediatamente se fue a la cuenta de Ana y revisó sus últimas publicaciones, ahí estaba, era un video de la noche anterior, donde aparecía ella disfrutando de la presentación, pero Elizabeth sintió que estaba a punto de vomitar el estómago.

—¡Ay mierda! ¡Mierda! —exclamó quitándose la mano de Alexandre del pecho de un tirón y se levantó como si su marido se hubiese convertido en un fuerte campo de electricidad.

—¿Qué pasó? —preguntó él aturdido.

Elizabeth se pasó la mano por el rostro con desesperación, antes de mirar una vez más el video. No había dudas, ahí, entre la gente que bailaba aparecía ella, casi succionándole el alma a Cobra por la boca.

Estaba segura de que Ana no lo había hecho con mala intención, probablemente ni siquiera se había percatado de que decidió publicar justo ese video en el que ella aparecía tan apasionada con otro hombre que no era Luck.

Supuso que llegaron a Ana porque ella la etiquetó en varias publicaciones la noche anterior. No tenía caso llamarla ni reclamarle nada, solo debía afrontar la situación.

—Esto. —Exhaló para encontrar un poco de calma, y volviendo a las piernas de Alexandre le mostró el video.

—¿Por qué te alarmas tanto? ¿No quieres que nos vean juntos? — preguntó sintiendo que una mezcla de decepción y molestia lo embargaba.

—No, no es eso Alex... Es que se supone que Luck y yo seguimos siendo novios, no hemos hecho público nuestro supuesto rompimiento... No sé si me entiendes —habló con la mirada atormentada puesta en sus ojos.

—Eso creo, pero ¿por qué no lo haces público y ya?

—Ahora tenemos que hacerlo, pero no se suponía que sería de esta manera. —Suspiró ruidosamente—. Llamaré a Luck. —Le avisó. Esperó varios segundos mientras le acariciaba el pómulo a Alexandre, ese en el que estaba la ligera sombra de la cicatriz—. Lo siento, lo siento cariño. —Se lamentó—. Voy a solucionarlo...

—Elizabeth, puedes estar tranquila, solo te llamé para avisarte, porque sospeché que no lo sabías.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer ahora?

—Diremos que terminamos hace un par de meses, pero que seguimos siendo buenos amigos.

—Está bien, me parece coherente. —Soltó una risita nerviosa—. Bueno, no es para nada coherente...

—No lo es, pero ¿qué mierda importa?... Ni siquiera tendríamos que dar explicaciones, porque es nuestra vida privada y podemos hacer con ella lo que nos dé la gana.

—Gracias cariño. Entonces..., terminamos hace un par de meses e igual seguimos siendo amigos, ¿cierto?

—Sí, con eso es suficiente, y no te preocupes, sé que ahora mismo tienes problemas más serios en tu cabeza.

—Siempre tan comprensivo, por eso te adoro... Cuéntame, ¿cómo está todo por allá? —preguntó más aliviada.

—Igual que siempre, aunque Violet vino a visitarme. No había vuelto a saber de mí y quería asegurarse de que seguimos siendo amigos. No quise ir a tu casa porque con la suerte que tengo posiblemente estampo mi nariz contra el

puño de tu padre.

—¿Sabes que vino a buscarme?

—¿En serio? Tu padre no puede comprender que ya no eres una niña.

—Sí, me sorprendió en la entrada del edificio de Alexandre...

—Imagino tu susto.

—Ni te lo imaginas, estaba que me moría de los nervios, pero mantuve mi postura... Luck, es que siento que si no lo hago seguirá creyendo que tiene control sobre mí.

—Haces muy bien en mantenerte firme. Sé que lo amas y él te adora por encima de todas las cosas, solo que esa adoración algunas veces lo ciega...

—Eso lo tengo muy claro. —Suspiró ella—. Te mentiría si te digo que no lo extraño, pero fue él quien decidió no hablarme... Ojalá fuese la mitad de comprensivo que mi mamá o mi abuelo que es tan lindo... Conoció a Alex y lo aceptó. —Le sonrió y recibió el mismo gesto.

Elizabeth permaneció al teléfono por más de media hora, poniéndolo al día con todo lo sucedido desde la última vez que habían hablado. Conversar con él siempre había sido tan relajante, puesto que era extraordinario escuchándola y dándole consejos. Estaba segura de que si sus tendencias sexuales pudieran corresponderle serían la pareja perfecta, porque verdaderamente se amaban, con un amor que nadie podría comprender.

—Veo que todo se ha solucionado —comentó Alexandre, que no quiso intervenir en la conversación.

—Sí, te envió saludos.

—¿Estás más tranquila?

—Mucho... Realmente Luck tiene razón, no estamos obligados a compartir nuestra vida privada con nadie.

—Es lo más sensato que ha dicho el muñeco desde que lo conozco — comentó apartándole el pelo de los hombros y echandoselo hacia atrás.

—No seas odioso... Luck ha sido bueno contigo.

—Porque no escuchaste la amenaza que me hizo.

—¿Te amenazó? No lo puedo creer, Luck no es así.

—Entonces no lo conoces bien —intervino muy serio.

Elizabeth se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos, tenía ganas de llamar a Luck para confrontarlo. Alexandre no merecía que todos lo vieran como el malo de la historia.

—¡Es mentira! —soltó en medio de la risa.

—¡Estúpido! —Le golpeó el pecho—. No me dan risa tus bromas... — reprochaba cuando estalló en carcajadas, porque él empezó a hacerle cosquillas—. Ya, para... ¡Ay no! ¡No! —suplicaba en medio de su estruendosa felicidad, pero él seguía atacándola.

En poco tiempo ella estuvo contra el sofá, dándole la pelea, tratando de librarse de las traviesas manos, retorciéndose y carcajeándose a más no poder, pero lo cierto era que no podía quitárselo de encima.

—Alex ya, por... favor. —Volvía a estallar en carcajadas.

Repentinamente unos fuertes jadeos y un ruidoso encuentro de cuerpos los hicieron detenerse en seco, ambos volvieron la mirada a la pantalla del televisor, donde una escandalosa escena pornográfica ensordecía el lugar.

—El control, ¿dónde está el control? —preguntaba Alexandre, alarmado porque los jadeos de la mujer pidiendo más y diciendo palabrotas tenían que llegar hasta los oídos de Marques.

—¡Ay por Dios! ¿Qué es eso? —preguntó Elizabeth en medio de risas, al tiempo que se levantaba del sofá, pero sin quitar la vista del televisor.

—El control. —Seguía buscándolo Alexandre, hasta que lo encontró.

—Déjalo, solo bájale el volumen —pidió Elizabeth fascinada con la escena.

—¿Estás segura? —dijo enmudeciendo la desvergonzada programación.

Imaginaba que se había cambiado de canal en medio del jugueteo.

—¿Cómo tienes esas cosas ahí? —interrogó divertida.

—Bueno, soy hombre, algunas veces necesitaba algún tipo de estimulación para desahogarme —explicó y se rascaba la nuca—. Creo que el vecino no estará para nada contento.

—Ay, yo no soy tan chillona. —Entrecerró los ojos y se acomodaba el desordenado pelo.

—Casi —argumentó él—. ¿Ya puedo quitarlo? —interrogó.

—¿Te incomoda?

—No, me excita —respondió sin tapujos.

—¿Y para que me tienes aquí? —Se quitó la camiseta de él que llevaba puesta, quedándose solo con la tanga.

Alexandre miró sus pezones erectos, percatándose de que la película la ponía a mil. De una zancada estuvo con ella y le cerró la cintura.

—No sé por qué pensé que podrías escandalizarte.

Elizabeth bufó y se puso de puntillas para abrazarle el cuello.

—Algunas veces eres muy anticuado. —Frunció la nariz divertida y después la frotó contra la de él—. ¿Te parece si doblamos la película?

—Me parece... Siempre tienes muy buenos planes. —Movía la cabeza afirmando y juntando ligeramente las cejas.

—Hagámoslo entonces, tienes que durar lo mismo que el actor. —Le pidió con pillería y Cobra soltó una corta carcajada inundada de incredulidad —. ¿Qué? ¿Acaso no puedes?

—Bien sabes que no, ese tipo se habrá tomado unas cuantas pastillas, además de que esas películas las editan muy bien, hacen cortes para que se repongan y vuelven a grabar, sin mencionar que repiten la misma escena desde diferentes ángulos... Así que no me pidas imposibles, es más fácil bajarte la luna.

—Con un orgasmo me conformo. —Se mordió provocativamente el labio.

Por lo menos la escena les ayudaba, porque los protagonistas estaban en un sofá, y ellos lo tenían.

La mujer estaba sentada sobre el hombre, cabalgándolo de espaldas a él.

Ellos se acomodaron frente al televisor para repetir la escena, como si fuesen unos atentos aprendices.

Elizabeth se quitó la tanga y se subió encima de Alexandre, disfrutando de lo que estaba haciendo, pero también se atacaba de risa, tanto como él.

En ese momento el hombre puso a la actriz en el suelo, con el cuello prácticamente doblado y las piernas elevadas, mientras él la penetraba parado sobre el sofá, pero con las rodillas flexionadas para poder llegar a su objetivo.

—¡Ay no! Eso sí que no, es imposible. —Se quejó Elizabeth riendo.

—Sí se puede, ¿nunca lo has hecho?

—Así no, me dará tortícolis.

—Para nada, a ver... Acomódate. —Él la maniobró como si fuera una muñeca y consiguió que ambos imitaran esa visualmente difícil posición.

Elizabeth jadeó ruidosamente y estaba sonrojada, pero disfrutaba todo lo que sentía desde esa perspectiva. Para Alexandre no era difícil, ya estaba familiarizado con eso, fueron muchas las mujeres a las que tuvo que

impresionar para que se dieran por bien servidas y le pagaran por sus servicios.

La sintió a punto de llegar al orgasmo, la sujetó por la cintura y la elevó, terminando Elizabeth encima de él una vez más.

Después de varios minutos, de que ella gozara en dos oportunidades del más divino estallido y de que él también se corriera en su interior tuvieron la certeza de que no podrían igualar a los de la película, ni por muchas ganas que se tuvieran.

Intentaron seguir viéndola un poco más, pero tanto sexo les fastidió.

Apagaron el televisor, se ducharon y se fueron a la cama, porque ambos tenían que madrugar para continuar con el entrenamiento.

CAPÍTULO 10

Samuel iba camino a su oficina mientras revisaba las noticias del día en su iPad cuando el correo de McCallany llegó, inmediatamente dejó todo de lado y puso total atención al informe más reciente de su investigador.

Le mostraba un minucioso cronograma de lo que estaba haciendo su hija en Río, incluyendo fotografías, en las que la mayoría del tiempo y para su desgracia, aparecía muy compenetrada con el infeliz que se la había robado.

Leyó detenidamente sobre cada sitio que había visitado, supo que se movía la mayoría del tiempo en taxi. Por las mañanas iban a un gimnasio, después él se iba al trabajo, ella salía minutos más tarde a la boutique; a mediodía ella llegaba al edificio y después lo hacía él, a las dos de la tarde aproximadamente regresaban a sus trabajos, y por las noches algunas veces salían a caminar, otras se quedaban en el apartamento.

McCallany los siguió a Niterói, donde vivía la familia del hombre. Tenía fotos

de cada uno de los miembros, incluyendo a la hija adolescente de ese infeliz, que parecía ser muy cómplice de Elizabeth.

Hasta ese momento parecía que su hija, a pesar de todo estaba bien, pero la tranquilidad no le duró más que pocos minutos, hasta que leyó que el domingo a las tres de la tarde habían ido a Rocinha. El investigador le dejaba claro que por seguridad y porque no sabía cómo ubicarse en la favela decidió no entrar; sin embargo, le adjuntó algunas fotografías de ellos sobre una moto, subiendo por la calle De la Alegría.

Se llevó una mano a la cabeza y el desayuno se le agrió en el estómago, sintió un mareo y unas náuseas casi incontrolables; respiró profundo varias veces para intentar calmarse, pero lo cierto era que sus manos no dejaban de temblarle ni el corazón de martillar furiosamente.

¿Y así quería ese hombre que le diera un voto de confianza? Exponiendo a su hija al llevarla a esa favela, a hacer quién sabe qué.

Miró una y otra vez la fotografía, hasta que se percató del vestuario de ambos, e inmediatamente supo lo que Elizabeth iba a hacer en ese lugar tan peligroso.

¿Acaso había perdido la razón? Estaba seguro de que no era primera vez que se adentraba a las peligrosas entrañas de Rocinha, lo había hecho durante las vacaciones, por eso sus ataques eran más contundentes, su destreza en el juego lo sorprendió al ser más ruda. Y ahora comprendía dónde lo había aprendido.

Cuando pensaba que nada de lo que hiciera su hija podría ya sorprenderlo, ella se las ingeniaba para convertirse en el insistente dolor de cabeza que no dejaba de mortificarlo.

Se sentía impotente, era como estar encerrado y de paso atado, deseaba malditamente ir a buscarla en ese instante y traerla consigo, aunque tuviera que usar la fuerza.

Sabía que con Rachell no podía contar, porque evidentemente apoyaba todas sus locuras; dejó el iPad de lado y agarró su teléfono. Después de varias semanas se encontraba una vez más pulsando el dígito asignado a la marcación rápida del contacto de su hija.

Pero antes de que pudiera salir la llamada desistió, no la pondría sobre aviso, pensó en acudir a alguien más sensato. Por lo que le marcó a su tío.

—Hola tío, buenos días. —Lo saludó cuando al segundo repique le contestó.

—Sam, buenos días, ¿cómo estás? —preguntó mientras disfrutaba de la maravillosa mañana en el área de la piscina y le masajeban los pies.

—No sé si deba decirte que bien, porque la verdad es que no lo estoy...

Ahora sí me encuentro verdaderamente preocupado...

—Déjame adivinar... Elizabeth.

—Sí, mientras esté en Río con ese hombre no podré estar en paz... Está haciendo locuras y necesito traerla, en serio lo necesito. Tienes que ayudarme, entiende que es mi hija y estoy desesperado.

—Samuel, entiendo que estés preocupado, pero Elizabeth está bien, hablo con ella todos los días...

—Pero puede pasarle algo malo... Tío, ella ahora mismo está en la boutique, envía a dos hombres y que la traigan a Nueva York, tiene que ser ahora, que usen la fuerza si es preciso, ya me cansé de intentar hacerla entrar en razón...

—Espera Sam, no puedes hacer las cosas de esa manera, solo provocarás que se resienta contigo —argumentó siendo totalmente sensato.

—No importa si lo hace, solo envíala. Si no quieres, puedes decírmelo y me iré ahora mismo a hacerlo por mi cuenta.

—Debe existir una razón muy poderosa para que quieras arriesgarte.

—Sí tío, Elizabeth está yendo a Rocinha con ese infeliz. ¡Se la lleva a esa favela!

—¿Estás seguro? —preguntó, esta vez preocupándose de verdad.

—Sí, va a las rodadas.

—¿Por qué siento que esto es como un *déjà vu*?

—Sé a lo que te refieres y esto es totalmente distinto.

—¿Por qué crees que lo sea?

—Es mi hija, es una niña..., una mujer... Un momento tío ¡No puedo creerlo!
—dijo pensando que era inaudito lo que Reinhard Garnett estaba haciendo—.
Estás reprochando mis acciones del pasado para justificar las de Elizabeth.

—No, de ninguna manera... Solo estoy recordando todas las veces que tuve que ir a buscarte a ese mismo lugar, todas las preocupaciones que viví con tus escapadas, las incontables veces que te pedí que no lo hicieras, pero tú hacías oídos sordos...

—Veo que no le estás dando importancia a este problema, solo intentas recriminar lo que hice...

—No, solo estoy pensando que después de todo, no era tan peligroso ir allí, siempre fueron tus palabras, pero yo no podía entenderlo, porque mi preocupación era más contundente que el sentido en tus razones.

—Sé que no vas a ayudarme —dijo inamovible en su postura, ya no importaba lo que él había hecho, sino lo que estaba haciendo Elizabeth.

—Sí, voy a hacerlo...

—¡Gracias tío! —Exhaló aliviado.

—Pero no de la manera en que lo estás pidiendo. Llamaré a Elizabeth y hablaré seriamente con ella, también le pondré dos de mis hombres para que la cuiden.

—Solo quiero tenerla en casa —suplicó Samuel.

—Lo sé, pero no puedes obligarla. ¿Crees que podrás retenerla contigo por lo que te resta de vida para estar tranquilo? Porque créeme, ella siempre, mientras tu corazón siga latiendo será tu preocupación... No es algo que vas a dejar de sentir con el tiempo.

—Solo necesito saberla segura, sé que en algún momento tendrá que formar una familia, pero no con ese hombre, no en medio de tanto peligro.

—Samuel, solo son ideas que tú mismo te estás formando, y comprendo tus temores, pero también tienes que tratar de ser objetivo. No puedes esperar a que Elizabeth viva solo para ti.

—Nada de lo que digas me hará sentir más tranquilo... ¿Lo sabes?

—Perfectamente, sé lo obstinado que eres. Hagamos las cosas como te he aconsejado, y si en un mes no estás conforme, haz las cosas como quieras, pero solo tú correrás con las consecuencias de tus actos.

—Está bien, que sea como dispongas. —Se rindió, confiando en que Reinhard amaba incondicionalmente a Elizabeth y la protegería—. Solo quiero que me mantengas informado de lo que haga mi hija.

—Lo haré, aunque estoy seguro de que tú ya estás al tanto de cada movimiento que hace.

—Pero no es suficiente.... —Cuando quiso ser consciente de lo que le rodeaba, se dio cuenta de que ya estaba por llegar a su oficina, y su mirada se cruzó con la del chofer, que miraba por el retrovisor—. Por favor tío, que los guardaespaldas empiecen a cuidarla desde hoy.

—Lo haré, puedes estar tranquilo. Cuídate Sam.

—Tú también, te quiero.

Reinhard solo deseaba que Samuel consiguiera la paz que necesitaba, que dejara de lado tantos temores para que les permitiera a sus hijos vivir una vida sin tantas complicaciones. En definitiva, su sobrino solo necesitaba relajarse y dejar de pensar en que únicamente lo malo aguardaba a su familia si no contaban con su protección.

Finalizó la llamada y siguió disfrutando del masaje.

—Imagino que sigue estresado porque Elizabeth está con Alex —dijo Sophia, quien estaba a su lado, acostada bocabajo en una camilla, dejándose mimar

por las prodigiosas manos de la masajista tailandesa.

—No supones mal, pero creo que esta vez sí tendré que hablar seriamente con Elizabeth. En cuanto terminemos llámala y dile que venga, si es posible que Alexandre la acompañe.

—¿Te convenció? —preguntó incrédula.

—Ahora Sam tiene razón, Elizabeth está jugando con fuego...

—Amor, ¿podrías explicarte? —suplicó Sophia.

—Está yendo a Rocinha.

—¿Qué? ¡A la favela! —gritó sorprendida, levantándose repentinamente y se cubrió los pechos con una toalla.

—Sí, ya ves porqué Samuel está que se trepa por las paredes.

—No es para menos, esta niña está demente... No sé a quién salió así, porque Rachell era muy desconfiada y para nada arriesgada...

—Yo sé a quién le heredó esa pasión por el peligro, solo que ahora él no recuerda todas las locuras que cometió de joven y los dolores de cabeza que me hizo pasar.

—Pero de verdad, es sumamente peligroso lo que está haciendo. Eso sí que no se lo voy a consentir, porque si a esa niña le pasa algo Rachell se muere. —Se levantó y se puso el albornoz—. No voy a esperar, ya mismo la voy a llamar para que venga. —Agarró su teléfono de la mesa donde reposaba el coctel que se estaba tomando y le marcó a su sobrina.

—Pero no le digas para qué es, mejor hablarlo personalmente —sugirió Reinhard.

Elizabeth llamó a Alexandre para avisarle de la invitación que le había hecho su abuelo y su tía para que fueran a comer con ellos. Estaba muy entusiasmada

porque sentía que verdaderamente habían aceptado al hombre que amaba y deseaba que fuese parte de la familia.

—Hola *delícia*, ¿qué haces? —preguntó Alexandre.

—Trabajando, te llamo porque mi abuelo nos hizo una invitación para comer con ellos...

—¿Para hoy?

—Claro —dijo sonriente—, pero si estás muy ocupado no hay problema, puedo llamarlo y decirle que aceptamos para otro día.

—Me encantaría ir, pero justo estaba por llamarte para decirte que no podré salir a la hora de la comida... Lo siento amor.

—No te preocupes. —Trató de esconder la desilusión—. Sé que tienes cosas importantes que hacer y que no depende de ti.

—Si pudiera juro que te acompañaría, tu abuelo es un hombre muy cabal y fue de mi total agrado.

— *Avô* es adorable, el mejor del mundo —dijo con el pecho hinchado de orgullo.

—Lo sé. Si quieres ir puedes hacerlo, en realidad me gustaría que lo hicieras, no quiero que almuerces sola.

—Está bien, iré. ¿Nos vemos en la noche entonces?

—Moriría si no lo hiciera.

—¡Ay, qué romántico mi amor! —Chilló ella totalmente enamorada.

—Sabes que te necesito... Quizá esta noche practiquemos capoeira.

—¿Me dejarás ganar?

—No puedes dejar el tema, ¿cierto? —comentó de muy buen ánimo.

—Sabes que no. —Sonrió pícara.

—Solo vamos a practicar, no habrá lucha; por lo tanto, no habrá perdedor ni vencedor.

—Está bien —farfulló derrotada—. Hasta entonces gato, te quiero.

—Te amo más que a nada —aclaró por si ella albergaba la mínima duda sobre sus sentimientos.

Elizabeth suspiró, encantada de sentir cómo esas palabras provocaban que las mariposas en su estómago armaran la fiesta.

Le encantaba sentir todas esas cosas fascinantes que él le provocaba, desde extrañarlo a la hora de no verlo hasta desearlo con ardorosa pasión y no cansarse de mirarlo ni por un segundo. Cada vez lo descubría más guapo, aunque algunos criticaran su devoción hacia él y no entendieran que para ella era perfecto. Igual era el hombre que amaba, su primer y verdadero amor; había tenido suficientes experiencias como para no saber que ese era el indicado.

En cuanto terminó la comunicación le devolvió la llamada a su tía, para informarle que él no podría acompañarla porque tenía mucho trabajo, pero que ella iría encantada.

Después llamó a sus primas para invitarlas, imaginaba que sería una grata sorpresa para su abuelo y su tía, porque no esperaban que las gemelas fueran con ella.

Las ansias por ver las caras de ellos cuando llegaran no se hicieron esperar y deseaba que fuese mediodía, pero no podía dar por hecho la sorpresa sin antes contar con la disponibilidad de Hera y Helena.

Sabía que sus labores en el grupo las mantenían constantemente ocupadas, así que mientras repicaba el teléfono de Hera, Elizabeth cruzaba los dedos, deseando que la respuesta fuese positiva.

Al tercer tono escuchó la voz enérgica de su prima, parlotearon unos minutos,

ambas se preguntaban cómo habían sido sus días.

Hera se interesaba mucho por saber cómo le iba a Elizabeth en su nueva vida junto a su marido, deseaba saber los pormenores, pero por primera vez Elizabeth deseaba que eso fuese un secreto entre Alexandre y ella; no quería contar cuántas veces a la semana hacían el amor, mucho menos decirle cómo se comportaba él en la cama. Solo se limitaba a decir que a su lado era muy feliz, que hasta el momento todo era perfecto, que era como estar viviendo en el mejor de los sueños.

Hera comprendió que Elizabeth no iba a soltar la lengua, que la complicidad había entrado en receso y que se guardaba cosas que para ella eran significativas, así que respetaba eso, la escuchaba realmente feliz y eso era lo más importante.

Elizabeth no quería seguir dilatando su propuesta, por lo que la hizo prácticamente sin respirar, esforzándose por resaltar los aspectos positivos de una visita al abuelo.

—Sí, me parece buena idea... ¿Quieres que lleguemos juntas o nos vemos allá? —preguntó Hera, mientras que Elizabeth hacía gestos de victoria.

—Sería mejor llegar juntas, ¿vienen a la boutique o paso por EMX? —propuso.

—Helena sale de una reunión diez minutos antes del mediodía.

—Entonces voy para allá.

—Perfecto cariño, aquí nos vemos.

—De acuerdo preciosa, te amo.

—Yo también mi loquita enamorada —dijo sonriente y cortó la comunicación.

Elizabeth volvió a concentrarse en sus labores, que parecían no tener fin; y en medio de tantos compromisos recibió una llamada de Cristina, para recordarle que en quince días debía viajar a la isla Kho Phi Phi Leh de Tailandia.

Pautaron encontrarse en Bangkok, y de ahí viajar juntas hasta el hotel en la isla que había reservado la agencia tailandesa que la había contratado. Al terminar la llamada creó un recordatorio en su teléfono para hablar de eso con Alexandre y no dejarlo para último momento.

Quizá si contaba con suerte podría convencerlo para que la acompañara, sería extraordinario poder disfrutar con él de sus momentos libres en la isla.

La mañana se le pasó prácticamente en un suspiro, cuando se dio cuenta de la hora tuvo que dejar un correo a medio redactar archivado en borrador y pidió un taxi. Solo para asegurarse de que sus primas la esperaran les envió un mensaje, informándoles que ya iba en camino.

Cuando por fin llegaron a la mansión, Reinhard Garnett no se lo podía creer; definitivamente, la sorpresa había surgido el efecto esperado y más.

Elizabeth adoraba ver la mirada brillante por la emoción en los hermosos ojos celestes de su abuelo y la sonrisa imborrable de su tía.

Reinhard y Sophia, cuando vieron llegar a Elizabeth con las inesperadas pero adoradas visitas, olvidaron por qué la habían citado.

— *Avô*, Alex no pudo venir. —Le informó Elizabeth en medio de un abrazo—. Su horario laboral es algo complicado.

—Supongo que lo es —dijo el hombre con el corazón hinchado de alegría.

Después ella pasó a los brazos de su tía, mientras que Hera y Helena, en medio de una algarabía, llenaban de mucho amor a su padre, quien reía, sintiéndose dichoso de tener a sus pequeñas en casa.

CAPÍTULO 11

Marcelo estaba una vez más frente al Fasano, esperando dentro de uno de sus autos a que Eriberto regresara con la enfermera. A pesar de que la intransigente mujer había aceptado acompañarlo tras humillantes peticiones, no podía asegurar que no lo dejara plantado a último momento, por lo que la ansiedad lo gobernaba, pero la escondía tras la delgada tela del estoicismo.

Sabía perfectamente cómo ocultar sus emociones, lo había aprendido desde que era un adolescente y tuvo que mandar sus sentimientos al lugar más recóndito de su alma para ponerlos a salvo, cuando vio a Branca, la única chica que había amado, preferir a su hermano.

Respiró con gran alivio al verla salir del hotel siendo escoltada por su chofer, y para no exponer sus ansias concentró toda su atención en el teléfono, percibió cuando Eriberto abrió la puerta y ella subía al auto, pero fingió seguir sumido en su agenda.

—Buenos días —saludó ella, obligada a seguir las reglas de su trabajo.

—Buenos días —respondió él sin apartar la mirada del aparato, negándose a mostrar algún tipo de interés. Mientras Eriberto guardaba en la cajuela la maleta que ella llevaba.

Era necesario que comprendiera que solo estaba ahí por un simple requisito, casi impuesto por quienes habían organizado el evento, no por él.

Ella se concentró en mirar por la ventana y él siguió leyendo correos que llevaban meses olvidados. Lo único que se escuchaba en el auto era música instrumental suave y relajante.

La mujer no volvió a hablar, solo le agradeció al chofer que la ayudara a bajar del auto, caminó al lado de Marcelo hasta donde los esperaba un helicóptero, ya preparado para llevarlos a su destino en Puerto Feliz, São Paulo, donde pasarían un par de días.

—¿A qué hora regresaremos el jueves? —Fue la primera pregunta que hizo una vez subieron al helicóptero.

—Por la tarde —respondió él.

—Específicamente, ¿a qué hora?

—Cuatro o cinco. No depende exclusivamente de mí, por eso te contraté para tres días.

—Por setenta y dos horas, las cuales se cumplen exactamente el jueves a las diez de la mañana. Después de esa hora ya no estaré a tu servicio.

—Pagaré las horas extras.

—No es cuestión de pago, es de tiempo.

—Pagaré por tu tiempo... ¿De acuerdo?

—Supongo. —Se alzó de hombros de manera despreocupada, anhelando que las horas pasaran como segundos para poder librarse cuanto antes de ese compromiso.

Marcelo se quedó mirándola, pero después volvió su atención a los metros que empezaban a separarlo de la tierra.

—¿Qué haremos? —preguntó ella, porque odiaba tener una cita laboral y no saber con qué iba a encontrarse. Lo único que sabía era que llegaría a tiempo para un almuerzo en la hacienda Boa Vista, también debían asistir a la cena, porque esos días de encuentro en el lugar tenía como misión recaudar fondos para obras benéficas.

—Vamos a almorzar con gente que ya conoces...

—¿Qué tipo de obra benéfica es?

—Crear comedores en algunas localidades, para niños en situación de abandono.

—¿Cuánto se supone que esperan recaudar?

—No lo sé, lo suficiente para crear unos cinco... y mantenerlos.

—¿Y cuánto han invertido en el evento? —curioseó.

—No lo sé, no lo estoy organizando yo.

—Supongo que con lo que se están gastando en una hacienda de lujo, comiendo y bebiendo durante tres días habrían podido construir diez y no cinco. —Criticó.

—Posiblemente, pero si no existiera este tipo de eventos no habría donaciones tan generosas... —comentó y vio el gesto de desaprobación en la mujer de ojos marrones—. Sé lo que estás pensando, puedes criticar lo que hacemos...

—No critico lo que hacen sino la manera en cómo lo hacen...

—Por lo menos hacemos algo, esa gente no es nuestra responsabilidad, es del gobierno... Sacamos dinero de nuestros bolsillos, de nuestros trabajos para alimentar a gente que muchas veces ni agradece; en algunos casos, alimentamos a adolescentes que forman parte de organizaciones de secuestro y extorsiones... ¿A quién crees que amenazan? —preguntó y no esperó respuesta de su parte—. Exacto, a los mismos que les estamos matando el hambre.

—Entonces, ¿qué sentido tiene toda esta parafernalia? Ah sí, es la excusa perfecta para hacer una fiesta y hablar banalidades. —El hombre a su lado había conseguido ponerla de muy mal ánimo, era algo que se le daba fácil.

—Porque sabemos que no todos son así, y a pesar de eso, todavía creemos en la humanidad... Quizá sea una excusa, pero no nos quedamos de brazos cruzados ni nos robamos los ingresos del país, somos quienes lo mantenemos en pie... Todas las empresas de esas personas «banales» como tú las llamas son el motor de la economía de Brasil... No tenemos por qué pasar doce horas diarias en un hospital de mala muerte para sentir que verdaderamente estamos haciendo algo por el prójimo —ironizó con sus ojos grises mirándola fijamente.

—Quizá porque muchas veces vale más el contacto físico, unas palabras de aliento que el dinero.

—¿Palabras de aliento? —Sonrió satírico—. No creo que me estés hablando

precisamente de ti, porque empatía en momentos difíciles es lo que te hace falta con carácter de urgencia.

—¡Ah! Es eso, tu resentimiento hacia mí es porque no te di unas palmaditas de consuelo en la espalda.

—No me refiero a eso —dijo tensando la mandíbula.

—No te veías para nada abatido.

—Porque realmente no lo estaba, me sentía agotado y quería largarme.

—¿Por qué odias a tu hermano? —Había advertido que él se incomodaba cada vez que tocaban el asunto.

—No es tu problema, quedamos en que nada de temas personales.

—Fuiste quien se inmiscuyó en mi vida. —Miró al verde paisaje que estaba a unos cuantos pies por debajo de ella. Segura de que la conversación había llegado a su final.

Después de mucho tiempo, que no pudo contar, vio los hermosos espejos de agua del lago y la piscina que destellaba en medio del místico verdor, los cuidados campos de golf y la extraordinaria y moderna estructura.

El helicóptero aterrizó, y apenas bajaron empezó a toparse con gente que había conocido la noche de la cena; se puso una vez más el disfraz de Branca Saraiva para ser amable con todos, encantándolos con su ya estudiado comportamiento.

No podía negar que el lugar era hermoso, hacía un día maravillosamente brillante y fresco en medio de la naturaleza, el cielo límpido sobre sus cabezas parecía más celeste que de costumbre.

Estaba en una amena conversación sobre lo «agradable» que había sido viajar con Marcelo hasta ese lugar, cuando él pidió permiso y la alejó de todos; sujetándola por el codo con sutileza se la llevó a la habitación, donde los esperaban varias maletas, entre las que estaba la de ella.

—¿Dormiremos en la misma habitación? —preguntó.

—Así lo han dispuesto, tampoco lo esperaba —argumentó él—. No quiero que uses nada de lo que has traído, toda la ropa que vas a ponerte está en esa maleta. —Señaló vagamente el equipaje—. Necesito que te duches y te vistas con el traje blanco. —Caminó a la salida—. Te espero en el área de la piscina.

—Te recuerdo que no vamos a tener sexo, ni porque nos toque dormir en la misma cama.

Él estuvo tentado de preguntarle si acaso se lo había insinuado, pero prefirió no decir nada, solo salió de la habitación y la dejó para que se vistiera.

Ella se quedó pasmada casi un minuto, pero después se paseó por la amplia estancia, segura de que esa noche dormiría en el sofá, ya que ni loca compartiría cama con Marcelo Nascimento.

Supuso que él no tardaría, por lo que buscó en la maleta el vestido que le dijo, lo sacó y lo tendió sobre la cama, segura de que la persona que elegía esas prendas poseía muy buen gusto.

Marcelo estaba por ir a buscar a la enfermera cuando la vio aparecer en el salón principal, debía admitir que lucía hermosa y elegante, que cuando se esmeraba en su trabajo hacía creer con éxito que era una mujer encantadora; escondía muy bien la acritud que la caracterizaba.

A las tres de la mañana Alexandre y Elizabeth firmaban el ingreso a la trilla que los llevaría a Pedra da Gávea, normalmente el guardia de seguridad no permitía el ingreso antes de las seis, pero Alexandre había conseguido un permiso de fotógrafo, que le concedieron por ser visitador asiduo al lugar.

—Gracias —dijo Elizabeth emocionada y con los ánimos en el punto más alto, una vez que terminó de poner sus datos en el cuaderno de visitas.

Alexandre también agradeció la colaboración del hombre y emprendieron el

camino, guiándose en medio de la oscura selva con las linternas que llevaban en sus frentes.

Cada uno llevaba una mochila con agua suficiente para las dos horas de empinado y difícil camino de ida, su desayuno, que esperaban disfrutar en la cima de la piedra, repelente, bloqueador solar, algunos medicamentos y cuerdas, por si eran necesarias. Aunque el parque contaba con sus cuerdas de acero para escalar por las inclinadas rocas, Alexandre no se confiaba totalmente.

Él seguía muy atentamente las señalizaciones que estaban en los troncos de los árboles y guiaba a Elizabeth, porque sabía que era muy fácil perderse, lo que menos esperaba era tener que llamar a los bomberos para que los rescataran de las entrañas del parque.

Casi una hora después Elizabeth empezó a arrepentirse de esa excursión, estaba sin aliento en medio de la selva, que estaba tan oscura y amenazante como la cueva de un lobo, solo la débil luz que llevaba en la frente era lo que los guiaba.

Estaba totalmente empapada por el rocío de la maleza, y el frío era abrumador; le dolía todo el cuerpo y estaba totalmente agotada, deseaba quedarse ahí y no avanzar ni un metro más, ya que temía morir.

—Vamos... vamos a descansar... por favor —suplicó, sintiendo que las piernas le pesaban toneladas.

—Está bien, quítate la mochila —aconsejó él—. Puedes sentarte en esa roca.
—Señaló con el halo de luz de su lámpara.

Elizabeth atendió su petición y se sentó sobre la fría roca mientras respiraba profundamente, tratando de recuperar el aliento.

Alexandre se acuclilló y abrió la mochila, sacó la botella de agua y una barra energética, de esas mismas que habían comido antes de salir del apartamento.

—Toma, para que recuperes fuerza. —Le entregó la barra con una cálida sonrisa—. Pero primero vamos a lavarte. —Vertió agua de la botella en las

manos de su chica.

—Lo siento Alex, quisiera ir más rápido y me frustra mucho haberte pedido que nos detuviéramos...

—Tranquila amor —interrumpió él—, es normal, por eso te pedí que me avisaras cuando quisieras parar; la idea no es llegar rápido sino llegar, y debemos hacerlo a tu ritmo; sé que el camino no es fácil... La primera vez que vine fue con un grupo de turistas, muchos decidieron no seguir, otros vomitaban unos metros más debajo de esto... Has llegado muy lejos sin quejarte, lo que me hace sentir muy orgulloso. —Siguió con esa encantadora sonrisa que a ella tanto le encantaba.

Él también se lavó las manos y buscó otra barra.

—Gracias, fue buena idea traer el impermeable, mira mi pelo. —Se apretó la cola que escurrió un chorrito de agua.

—El mío está igual. —Le apretó juguetonamente la barbilla.

Ella le sonrió y empezó a comerse su barra y a beber solo el agua necesaria. No quería abusar, porque no deseaba terminar vomitando, como los turistas.

Tampoco quería preguntar si faltaba mucho, porque no deseaba mostrarse impaciente ni con ganas de querer desistir, aunque la idea le seducía con mucha fuerza, pero también quería llegar a la cima, y hacerlo cuanto antes.

Así que devoró rápidamente lo que le quedaba, dio un gran trago de agua para pasar toda esa fibra seca y tapó la botella.

—Estoy lista, sigamos.

—Vamos a esperar un minuto —sugirió Alexandre.

—Un minuto es mucho tiempo.

—Un minuto, es necesario. —Miró el segundero de su reloj de pulsera.

A Elizabeth no le quedó más que esperar, y para que el tiempo se pasara

rápido jugueteó con su lámpara entre los árboles, pero la neblina no le permitía a la luz llegar tan lejos.

—¿Ya?

—Faltan veinte segundos —respondió él con una sonrisa de medio lado.

Ella inhaló profundamente y soltó de golpe el aire—. Ahora sí. —Se levantó y agarró la mochila de Elizabeth—. Ven. —Se la puso, y sujetándola por los hombros la hizo volver—. ¿Preparada?

Ella asintió con contundencia y sonriente, después se abalanzó hacia él, le rodeó el cuello con los brazos para darle un beso, pero sus lámparas chocaron; ambos rieron y movieron sus cabezas para que no hubiese otro accidente, consiguiendo compartir el beso que duró menos de un minuto.

Se alejaron con una extasiada sonrisa, pero Elizabeth aguzó la mirada.

—A ver, sonríe —pidió y él obedeció, entonces ella llevó uno de sus dedos—. Espera. —Casi exigió cuando Alexandre quiso dejar de pelar los dientes; ella fue más rápida y le quitó la miga de barra que tenía en los dientes—. El problema estará en saber si es tuya o mía. —Se carcajeó y él también lo hizo.

—Posiblemente tuya —respondió sacudiendo la miga del dedo de ella, consiguiendo que se perdiera entre tanta maleza y oscuridad—. Vamos, debemos avanzar si queremos llegar a tiempo para ver salir el sol.

Elizabeth le plantó otro sonoro beso y siguieron por el camino que en pocos minutos volvió a ser fatigante.

Alexandre resguardaba cada paso de ella, cuando tenía que escalar aferrada a la cuerda de acero él se quedaba por debajo.

—¿Estás bien? —preguntaba al ver que se quedaba.

—Sí —respondió mirando hacia abajo.

—Si te mareas solo descansa.

—Entendido. —Jadeó sin aliento.

—Ya falta poco.

—No me lo digas. —Se carcajeó ahogada—. Porque mi idea de «poco» es dar un paso más y estar en la maldita cima.

—Entonces para eso sí falta mucho —respondió sonriente—. Ten cuidado más arriba que la piedra puede estar mojada, y si te resbalas el golpe será duro.

—Me entero que si me resbalo me haré mierda —ironizó de muy buen ánimo.

Conquistada esa parte tuvieron que andar por un camino de arena rojiza, franqueado por hierba alta, de la que tenían que sujetarse, porque el empinado camino les quitaba todas las fuerzas.

—Vamos a ir a la cima de la piedra, ahí esperaremos el amanecer; ya de regreso bajamos a la «Garganta del cielo», porque todavía debe estar muy oscuro ahí.

—Es buen plan, estoy de acuerdo —comentó Elizabeth, sintiendo que el frío cada vez era más intenso y el viento más fuerte.

Cuando por fin llegaron no lo podía creer, era como volver a nacer, como respirar por primera vez; estaba totalmente agotada, jamás imaginó tener tanta fuerza física y mental para soportar tanto.

—¡Vaya! —dijo quitándose la mochila y dejándola caer tras ella—. ¡Es impresionante! —Al estar justo ahí, olvidó su cansancio y se sintió con las energías renovadas. Podía ver toda Barra iluminada, el frío arreciaba, pero ella tenía demasiada adrenalina desbocada como para quejarse—. Esto nos da una muestra de lo insignificante que somos ante la naturaleza, somos una mínima partícula en comparación con todo esto —confesó totalmente fascinada—. ¿Cuántas veces has estado aquí?

—Es la octava vez que vengo —respondió, sintiéndose satisfecho al ver la fascinación en Elizabeth—. ¿Crees que ha valido la pena todo el esfuerzo y el cansancio?

—¡Totalmente! —exclamó entusiasmada, admirando cuán alto habían llegado —. Aquí puedo sentirme la reina del mundo.

—Una un tanto sucia y despeinada. —Sonrió al ver el desastre que eran ambos.

—Tienes razón, tengo que arreglarme, no puedo salir así en las fotos, debo verme hermosa.

—Hermosa ya eres.

—Bueno, relajada. —Se quitó el impermeable y se quedó solo con la camiseta sin mangas y el pantalón corto.

—Estarás dando una falsa impresión de lo que significa llegar hasta aquí.

—Rio divertido.

—La idea es que no sepan que llegué a la cima a un suspiro de morir — confesó sonriente.

—Vamos al «Punto culminante» —propuso él, para subir a la piedra que estaba ahí en la cima y era el punto más alto. Desde ahí tendrían una vista de trescientos sesenta grados de toda la ciudad.

Se quedaron sentados en ese lugar, siendo abrazados por la espesa neblina, que poco a poco se fue disipando y una franja de luz se dejaba ver en el horizonte, donde el océano se unía con el mar; eso era muy por debajo de ellos.

Podía sentir la respiración caliente de Alexandre en su cuello, la tenía abrazada por detrás, brindándole calor. Se mantenían en silencio, disfrutando del maravilloso espectáculo de la naturaleza.

Esta vez él no quería perderselo mientras tomaba fotos, solo estaba ahí con ella, compartiendo un momento único, con todos sus sentidos puestos en cada segundo.

—Es mágico —susurró ella, cautivada por ver cómo la estela naranja se hacía

cada vez más gruesa y empezaba a degradarse hasta el amarillo, como si un telón se estuviera subiendo lentamente para ofrecer un gran espectáculo.

En cuestión de minutos fueron testigos de cómo el sol parecía emerger del océano, bañando con su luz a la ciudad, y todo se pintaba de ocre.

—Desde el Mirante Doña Marta la vista es hermosa, pero desde aquí es fantástica, es milagrosa... Definitivamente, aquí sí quiero una casa —dijo mirando de reojo al hombre a su lado y le sonreía.

—Si en Doña Marta es imposible, aquí es impensable. —Alexandre también sonrió—. Imagina cuando tengamos que ir al supermercado.

—Nos tomará más tiempo, pero también le tomará más tiempo a la policía poder desalojarnos. —Trataba de ser positiva.

—Estás loca. —Sonrió y le plantó un beso en la mejilla.

—Pensé que el loco eras tú.

Inevitablemente a ellos también les amaneció, y todavía tenían mucho por recorrer; debían visitar puntos extraordinarios y tomar algunas fotografías.

—¿Te parece si desayunamos? —preguntó Alexandre mientras le daba un beso en el cuello.

—Sí, estoy hambrienta —contestó al tiempo que se levantaba.

—Es normal, has gastado mucha energía. Baja con cuidado amor.

Ella empezó a descender con mucha precaución, casi arrastrándose apoyada con el culo y las manos en la gran roca, para no caer.

Al estar en la superficie relativamente plana caminó hasta donde habían dejado las mochilas, mientras se sacudía el culo.

—¡*Delicia!* —Ella dejó de limpiarse y se volvió a mirarlo, encontrándose de pie con los brazos abiertos sobre la roca—. ¡Te amo! —gritó y su confesión se embarcó en el viento, y se esparció por la ciudad.

A ella el corazón se le desbocó, la sonrisa se le amplió y sintió como si las mariposas que hacían fiesta en su estómago hubiesen tenido el poder para traspasar su piel y aletear a su alrededor y elevarla. La felicidad era plena, era absoluta, nada más cabía en su pecho.

Se tapó la cara con las manos sin poder dejar de sonreír, sintiendo las lágrimas subir por su garganta.

—¡Más fuerte! —Le gritó ella, con el viento arremolinándole el pelo.

Alexandre inhaló profundamente, con la mirada y las emociones puestas en esa chica que le había robado no solo el corazón sino el alma.

—¡Te amo Elizabeth Garnett! —confesó con más energía, sacándolo desde lo más profundo de su pecho—. ¡Te amooooo! —repitió sus más sinceros sentimientos, desde el punto más alto de la ciudad.

Elizabeth se quedó admirándolo, como la tonta enamorada en la que se había convertido, con todo el cuerpo tembloroso; tratando de asimilar todas las cosas que pasaban en ella, todas esas emociones que estallaban en su interior sin cesar. Era como si llevara una gran fiesta de juegos pirotécnicos por dentro.

Él empezó a bajar y ella corrió lo poco que se había alejado de la base de la piedra, llegando en el momento justo para lanzársele encima, rodeándole la cintura con las piernas.

—Yo también —dijo con las lágrimas haciendo remolinos en su garganta—. Te amo, te amo, te amo —murmuró y se echó a llorar de felicidad.

—Gracias...

—¿Por qué?

—Por hacerme el hombre más feliz del universo, por aceptar a este hombre que prácticamente estaba en remate, por llenar mi vida de colores y hacerme temblar cada vez que dices que me amas... Mi *delícia*, mi gata *gostosa* —susurraba limpiándole las lágrimas mientras retenía las de él—.

Has hecho polvo mi temor de volver a enamorarme. Júrame que nunca dejarás que te pase nada malo, júrame que vas a estar conmigo hasta mi último aliento... Prométeme que cuando deje este mundo tu rostro será lo último que vea.

Elizabeth asentía con energía porque las emociones no la dejaban hablar, se juraba a ella misma que estaría a su lado por siempre.

—Lo juro —dijo ahogada en un sollozo.

Él la sorprendió con un beso lento y apasionado, un beso en el que una vez más le entregaba el alma. La neblina que empezaba a disiparse seguía envolviéndolos y el viento agitaba sus cabellos; sin embargo, la calidez en ellos era suficiente.

—Sé que estás hambrienta, vamos a desayunar —dijo él con una franca sonrisa, dejándole caer un besito.

—Y bajamos a la «Garganta» —propuso seductoramente.

—Sí y haremos el amor... Podría hacértelo aquí mismo en este instante, pero es necesario que comamos algo.

Tomaron las mochilas, se sentaron sobre el suelo de roca, buscaron la comida y disfrutaron de los alimentos mientras conversaban y seguían mirando cómo parecía que estaban en medio del cielo, envueltos por las nubes.

Abandonaron ese punto no sin antes tomarse varias fotos, en las que congelarían ese hermoso recuerdo, ese que los acompañaría para siempre.

Cuando por fin llegaron a la anhelada cueva, volvieron a fotografiarse; en medio de besos y miradas se sedujeron e hicieron el amor vestidos a media, tratando de darse prisa, ya que existía la gran posibilidad de ser sorprendidos por turistas.

Satisfechos y relajados se quedaron en el lugar, recuperando fuerza, brindándose mimos y disfrutando de la maravillosa vista de Barra y del Morro Dos Hermanos, que detrás mostraba todas esas pequeñas e irregulares

edificaciones que formaban la favela más grande de Brasil, justo donde sus destinos se habían cruzado.

—Tengo que viajar —soltó ella de repente—. Debo ir a Tailandia la próxima semana, es por trabajo pero me encantaría que me acompañaras...

Es el fin de semana.

Alexandre se quedó en silencio, mirando esos ojos bonitos. Aunque deseara acompañarla no podía, principalmente porque no tenía el dinero para costearse un viaje tan lejos y porque estaba comprometido con otros planes.

—Lo siento, no podré..., tengo trabajo —dijo acariciándole con la yema de los dedos el hombro—. Puedes ir sin preocuparte por nada, estaré bien y te estaré esperando.

—¿En serio tienes que trabajar? —Frunció el ceño, sintiendo que su ánimo decaía.

Él asintió, se acercó y le dio un beso.

—Tendremos otra oportunidad... Así te libras de mí unos días. —Sonrió.

—Chistosito. Para tu información, no quiero librarme de ti ni un minuto —dijo frunciendo la nariz en un gesto divertido—. Y voy a extrañarte mucho.

—Se acercó y volvió a besarlo, aferrándose a su cabeza, para que no se alejara ni un milímetro.

El primer grupo de sudorosos, sonrojados y ahogados turistas llegó, interrumpiendo el íntimo beso, por lo que decidieron marcharse, dejando en los rostros de los recién llegados la felicidad provocada por la increíble hazaña de haber llegado.

Mientras emprendían el descenso, Elizabeth y Alexandre se prometieron regresar. La cuesta se hacía mucho más fácil, y ya casi a final del camino se detuvieron en la cascada, donde refrescaron sus cuerpos.

CAPÍTULO 12

Marcelo despertó ante los murmullos de quienes ya estaban merodeando por los pasillos de la casa, tenía el cuello adolorido por la postura en la que tuvo que dormir al quedarse él en el sofá y permitirle la cama a Branca, Constança o como fuera que se llamara.

Parpadeó varias veces, tratando de aclarar la vista, y movía el cuello de un lado a otro para relajarlo, cuando sus pupilas se anclaron en la mujer que estaba acostada bocabajo, con el pelo revuelto cubriéndole la cara; la fina sábana abrazada a esa diminuta cintura y una pierna por fuera. Esa mujer tenía un color exquisito y una piel sedosa, con un culo generoso, que debía admitir deseaba apretar.

Pero era una fiera con un carácter de los mil demonios, lo que le restaba todo encanto físico. Se quedó mirándola por mucho tiempo, hasta que decidió que era momento de levantarse mientras ella seguía rendida. Comprendía que se encontrara agotada, porque estuvieron comprometidos en la cena hasta muy tarde.

Se fue al baño durante el tiempo que le tomó afeitarse y recortarse la barba, se envolvió una toalla en las caderas y salió para ir al vestidor, donde habían organizado su ropa.

Al abrir la puerta se encontró a Constança todavía en la cama, pero estaba revisando su teléfono; ella se volvió y ambos se quedaron inmóviles, solo recorriéndose con la mirada. Él, más específicamente en el encaje del pijama de ella, que transparentaba sus pezones.

Ella tragó en seco al ver que solo una toalla se aferraba a las perfiladas caderas masculinas, sus músculos no eran grandes pero sí muy, muy marcados; tenía un torso completamente definido, en el cual se apreciaba cada músculo. Era poseedor de una piel blanca y sin ningún vello corporal, por lo menos hasta donde la toalla le dejaba constatar.

Sería la mayor hipocresía no admitir que Marcelo Nascimento era un hombre atractivamente poderoso. No comprendía porqué a estas alturas no se había casado o por lo menos no tuviera una relación seria.

El teléfono de Marcelo empezó a vibrar, sacándolos del estado catatónico en el que se encontraban.

—Ve a ducharte, que tenemos que ir a desayunar y después al campo de golf —informó, iniciando su camino hasta la mesa donde estaba el celular.

Ella salió de la cama, pero antes de que pudiera entrar al baño Marcelo miró por encima del hombro y clavó sus ojos en el culo enfundado solo por el cortísimo pijama de seda. Ella no se percató de ese pequeño desliz masculino.

Llegó a tiempo a su teléfono para contestarle a Luana.

—Hola tío, buenos días.

—Hola mi pequeña, ¿cómo estás?

—Bien, ¿cómo te va en Buena Vista? —preguntó, preocupada por él.

—Muy bien, en un rato bajo a desayunar y después tengo que ir a jugar golf. ¿Cómo está Jonas? —Le agradaba mucho que ella se interesara por él; de hecho, era el único ser que mostraba verdadero interés por sus cosas, ya que sus padres siempre hablaban de Alexandre.

—De perezoso, como siempre. No quiere levantarse —dijo sonriente frotándole la pancita a su niño—. Jonas, está papi al teléfono, habla con él...

No, quiere seguir durmiendo, me doy por vencida. —Resopló, arrancándole una sonrisa a Marcelo.

—Déjalo que duerma, todavía es muy temprano. ¿Qué piensas hacer mañana por la tarde?

—Estudiar —dijo desanimada—. Recién empiezan las pruebas.

—Bueno, estudia mucho, quiero que mantengas ese buen promedio... Si Alexandre no se le da por ir a buscarte este fin de semana, como ha hecho últimamente... —comentó irónico—, iré por ti, para que visites a Agatha. —Se refería a la yegua que le había regalado a su niña y que seguía siendo un secreto que ambos guardaban.

—¡Sí!, la extraño tanto. La están cuidado bien, ¿cierto?

—Sí, está recibiendo un trato especial. Después iremos a donde tú quieras — notificó, deseando hacerla feliz. En su corazón y mente era su hija, no podía aceptarla como su sobrina, apenas la vio le robó el corazón, y él no hizo nada por recuperarlo.

—Quiero ir al teatro, se presentará la orquesta sinfónica de Brasilia.

—Entonces pediré los boletos.

—Está bien, me pondré mi mejor vestido.

—No lo necesitas, igual eres hermosa mi niña.

—Lo sé, pero ahora tengo algunos vestidos que me regaló Elizabeth, son maravillosos; y esta es la mejor ocasión para estrenar por lo menos uno.

—Veo que estás muy entusiasmada con esa chica.

—¿Con Eli? Sí, es la mejor... Jamás imaginé que fuese tan cariñosa, es grandiosa tío... Algún día seré como ella.

—Eres mejor, y espero que cuando decidas tener un novio, que espero sea dentro de mucho, mucho tiempo, sepas elegir a uno que valga la pena.

—¿Estás queriendo decir que mi papá no lo vale? —inquirió, aunque sabía perfectamente la respuesta, puesto que desde que tenía uso de razón sabía que ellos se odiaban a muerte.

—Estoy queriendo decir que Elizabeth es muy joven y merece a alguien más acorde a su edad.

—Es lo mismo. —Se carcajeó—. Comprendo que pienses que Eli y mi papá sean la pareja más dispareja sobre la tierra, pero se aman, sé que de verdad se quieren. Basta con verlos cómo se miran y lo bien que se la pasan juntos.

—Bueno, espero que les dure el amor. —Deseó falsamente, porque en realidad le daba celos la felicidad de su hermano—. Mi niña, tengo que

dejarte, cuídate mucho y me le das un besote al pequeño holgazán.

—Tú también te cuidas... ¿Tío?

—¿Sí?

—Gana ese partido por mí.

—Entonces ya he vencido.

—Te quiero.

—Yo también, dale mi beso a Jonas.

—Lo haré, estoy a punto de comérmelo a besos. —Sonrió y terminó la llamada para atacar a su pequeño.

Marcelo, con una tierna sonrisa dejó el teléfono sobre la mesa y se fue al vestidor. Se puso un pantalón exclusivo para el deporte en un tono caqui, un polo blanco, calzado adecuado, una gorra y unos lentes oscuros.

Al salir del vestidor vio a Constança venir del baño, envuelta en un albornoz blanco y con la cara lavada; igualmente lucía hermosa, se veía incluso mucho más joven y menos sensual.

—Te esperaré.

—No me tardo —dijo echándole un vistazo, realmente los pantalones se le ajustaban muy bien a las musculosas piernas. Tener sexo con él, más que trabajo sería placer, pero no se dejaría doblegar por sus pasiones y mantendría su palabra.

Casi media hora pasó Marcelo revisando su teléfono y con ganas de tocar la puerta para apurar a la mujer, pero cuando por fin apareció, se dio cuenta de que cada minuto de espera había valido la pena.

No sabía exactamente qué ropa iba a usar, porque la encargada de elegir el vestuario de ese fin de semana para Constança había sido su asistente de vestimenta personal, por lo que terminó sorprendido al verla con una

minifalda blanca que le permitía apreciar el largo de esas torneadas piernas, y una camiseta naranja, que hacía resaltar su color de piel bronceado.

El pelo se lo había recogido en una cola alta y llevaba muy poco maquillaje, para que se apreciara mejor su belleza natural.

—¿Estás lista? —preguntó, tratando de mostrarse apático.

—Sí —respondió ella.

Entonces él se levantó del sofá y salieron de la habitación.

—¿Sabes jugar golf?

—No, supongo que no tengo porqué jugar.

—No es la regla, pero tendrás que hacerlo, porque deseo que sigas maravillando a mis colegas.

—Solo te haré quedar en ridículo, prefiero quedarme en terrenos que domino. Bien puedo seguir causando buena impresión solo con mi conversación y mi encanto.

—No lo harás, te enseñaré.

—No te descontaré de mi pago por las clases —condicionó ella.

—No tendrás que hacerlo, ya cualquier imprevisto está estipulado con Simone —aclaró él y salieron de la habitación.

Justo antes de llegar a la terraza donde se estaba sirviendo el desayuno ella le sujetó la mano, entrelazó sus dedos a los de él; suponía que debían mostrar más intimidad, ya que sin preguntarles los habían puesto a dormir juntos.

Marcelo correspondió al agarre sin poder evitar sentir que el estómago se le encogía, pero rápidamente se obligó a desechar esa emoción, porque era algo que no se iba a permitir sentir por un tipo de mujer como la que caminaba a su lado.

Elizabeth ya se estaba acostumbrando a levantarse temprano por seguir su rutina del gimnasio, pero ese sábado no iría, ya que su cuerpo estaba muy adolorido por el entrenamiento del día anterior, además de que Alexandre debía trabajar.

Con mucho cuidado se levantó, agarró la liga que estaba sobre el escritorio al lado de la computadora portátil de Alexandre y se hizo un moño de bailarina, entró al baño, y tratando de ser rápida y silenciosa se lavó los dientes y la cara.

Salió sin saber la hora, pero segura de que ya faltaba poco para que el despertador sonara; caminó a la salida y abrió la puerta.

—¿A dónde crees que vas? —preguntó él con la voz ronca, acostado bocabajo.

—A la cocina, tú sigue durmiendo.

—¿Qué se supone que harás?

—Voy a preparar el desayuno, sigue durmiendo. —Volvió a pedirle—.

Descansa un poco más.

Entonces Alexandre volvió la cabeza al otro lado y siguió tumbado.

Cuando estuvo en la cocina buscó en el menú programado para ese día lo que debían desayunar, ya con todo en mente empezó a sacar los ingredientes y a ponerlos en la encimera.

Lavó los vegetales y empezó a picarlos lo más pequeño posible, lo menos que esperaba era que alguno de los dos terminara atragantado con un trozo de vegetal.

Ya había picado cebolla, tomate y estaba con la espinaca cuando sintió unos fuertes brazos rodearle la cintura, y un cálido beso en su cuello; aunque sabía que era Alexandre, lo cierto fue que la había sorprendido y no pudo evitar

sobresaltarse.

—¡Me asustaste gato! —dijo dándole un golpe a los brazos que se cerraban entorno a su cintura.

—¿En serio pensaste que te dejaría cocinar sola?

—Por qué no, ¿acaso temes que incendie el apartamento? —dijo sonriente, tratando de volver a su tarea.

—Bueno..., en eso no había pensado —dijo sonriente, le dio otro beso y la soltó—. Aunque es posible que pase.

Elizabeth abrió la boca en un gesto entre sorprendida y divertida, agarró el paño que estaba a su lado y le lanzó un latigazo.

—¿Cómo te atreves? —preguntó sin poder contener la sonrisa.

Alexandre agarró otro paño y fue su oportunidad para azotarla en una nalga.

Ambos rieron, pero antes de que ella iniciara una guerra, él pactó la paz con un beso, uno lento y apasionado.

—¿Qué... tengo... que hacer? —preguntó en medio de contactos sonoros de sus labios.

—Ya que te ofreces, puedes preparar las tapiocas.

—Soy un experto en tapiocas —anunció, volvió a soltarla y se puso manos a la obra.

Más de una hora después Alexandre se despedía de Elizabeth, aunque era sábado debía trabajar, no tenía otra opción.

—¿Qué harás hoy?

—No sé, quizá visite a mis primas... —Estaba segura de que si se quedaba en el apartamento terminaría aburrída. Ya pensaría con quién pasar el día mientras Alexandre trabajaba—. Recuerda que mañana tenemos el almuerzo

en casa de mi abuelo.

—Sí, lo recuerdo.

—Ahora ve, que si llegas tardes me culparán a mí... Saluda a los chicos de mi parte.

—Lo haré, cuídate y cualquier cosa me llamas... Aunque no pase nada relevante me llamas, estaré anhelando escuchar tu voz.

—Está bien. —Le dio un último beso y lo empujó para que se fuera de una vez por todas.

Puso música para no sentirse tan sola y se quedó merodeando por el apartamento, mientras cantaba a viva voz. Entró al pequeño cuarto de lavado y abrió la ventana para que entrara aire fresco; la cesta de ropa interior de ambos estaba casi repleta, sabía que era porque le avergonzaba que Rosa tuviera que lavarlas.

Suponía que echar eso en la lavadora sería una manera de entretenerse, solo había un pequeño inconveniente, y era que no tenía la más remota idea de cómo poner a funcionar esa cosa.

Estaba buscando las funciones cuando una extraordinaria idea cruzó por su mente, así que corrió a buscar su teléfono y le marcó a Esther, segura de que su nana le ayudaría.

Le hizo muy feliz escuchar ese «hola mi niña», no pudo evitar que su pecho fuese invadido por ese calorcito tan agradable que le provocaba escuchar la voz de esa mujer que había sido la representación de una abuela en su vida.

—Hola Tete, te he extrañado tanto. —Chilló emocionada.

—Yo también mi niña, dime cómo estás —inquirió con la emoción latiendo en su pecho.

—Bien, muy bien, solo extrañándolos a todos, pero supongo que debes saber cuál es mi situación.

—Lo entiendo, aquí te extrañamos mucho, pero lo importante es que seas feliz al lado del hombre que has elegido.

—Ojalá mi papá pudiera entenderlo de esa manera, estoy segura de que las cosas fuesen totalmente distintas.

—Lo sé cariño, tu padre siempre ha sido muy testarudo. Cuando se empeña en algo no hay nada ni nadie que lo haga cambiar de parecer, es muy orgulloso como para dar su brazo a torcer, pero te quiere, sabes que eres su vida.

—Gracias Tete, solo espero que algún día pueda comprender mis sentimientos.

—Lo hace, estoy segura de que te comprende, solo que no puede estar de acuerdo, porque su amor es tan absoluto que no quiere compartirte.

—Es egoísta —musitó.

—Lo es, pero así es el amor.

—Tete, te estoy llamando porque tengo un problema con algo de la casa.

—Seguro que podré ayudarte —dijo sonriente—. ¿Qué necesitas?

—No sé cómo funciona la lavadora, quiero lavar mi ropa interior y me da vergüenza que lo haga la señora que hace la limpieza, no tengo suficiente confianza.

—Te entiendo, bueno..., selecciona la cantidad y el tipo de ropa, abres la llave para que empiece a llenarse; verifica que esté cargada con jabón, si no lo está le pones dos o tres sobrecitos de jabón si tienes del líquido, o uno a dos vasitos si es en polvo... ¿Es parecida a la que tenemos aquí?

—Bueno..., no es tan moderna ni grande pero sí, es del mismo estilo.

—Bien, entonces abre la parte superior y verás dos compartimientos, tendrían que estar señalizados...

La mujer siguió indicándole paso a paso qué hacer, y Elizabeth iba haciendo

todo al mismo tiempo. Gritó de júbilo al ver que el aparato andaba, echó la ropa separada por colores, como le indicó su nana.

Terminó la llamada segura de los pasos que debía seguir después de que cortara la comunicación; sin embargo, la señora le pidió que la llamara si surgía alguna duda.

Dos horas después había terminado satisfactoriamente la apasionante tarea de lavar la ropa interior, sábanas y demás cosas que tenían sucias. Para ella fue algo extraordinario, porque era primera vez que lo hacía y estaba emocionada de aprender a hacer algo nuevo.

Se quedó mirando con las manos en las caderas, maravillada y sonriente la pila de ropa doblada. Era como haber conquistado el mundo, se sentía orgullosa de lo que podía hacer.

Lo guardó todo en una cesta y lo llevó al vestidor, acomodándolo en los cajones.

Sabía que estar sola en el apartamento y sin nada que hacer era un grave peligro, porque su curiosidad empezaba a gobernarla; aunque ella se resistiera terminaba manejando sus hilos como una marioneta.

Volvió a buscar la silla y la llevó hasta el vestidor, la acercó al clóset, abrió el compartimiento superior, donde Alexandre tenía algunas cajas; ya había revisado algunas y solo había fotografías de su pasado y que suponía tenían gran valor sentimental.

Sonrió al ver unos discos que suponía debían ser unos videos, por cómo estaban etiquetados, pero hacía muchos años que habían dejado de crear algún tipo de aparato que pudiera reproducir algo como eso; imaginaba que Alexandre tenía lo que quiera que había en esos discos en sus archivos digitales, pero a esos, definitivamente no tendría acceso.

Tiró de la puerta de madera del compartimiento adjunto, pero se la encontró cerrada, eso picó mucho más su curiosidad, por lo que se bajó del banco y empezó a revisar los cajones, en busca de alguna llave; frustrada, se resignó a que no la encontraría, no le quedó más que apartar de su cabeza la idea de

saber algo más de los secretos del hombre que amaba.

Llamó a sus primas para verse con ellas y no tener que quedarse allí encerrada, pero le echaron todo plan por tierra cuando Helena le informó que estaban en Recife.

Ana también estaba ocupada con sus prácticas ecuestres, sabía que podía telefonar a algunas de sus compañeras modelos que residían en la ciudad, pero no estaba de ánimos para ser interrogada por su rompimiento con Luck, y no quería ir a casa de su abuelo, porque ya tenía pautada la visita para el día siguiente con Alexandre.

Casi resignada a quedarse viendo televisión llegó Luana a su cabeza, como su salvadora; corrió al baño mientras pensaba en qué podía hacer para no pasar la tarde sola.

Casi dos horas después un taxi la dejaba frente a la casa de Alexandre en Niterói, había llegado sin avisar, porque deseaba sorprenderla. Parada frente a la residencia Nascimento buscó su teléfono y la llamó.

—¡Hola muñeca! ¿Cómo estás? —preguntó recorriendo con su mirada el hermoso jardín.

—¡Hola Eli! Muy bien, me hace muy feliz que me llames.

—¿Estás en casa? —interrogó.

—Sí, intento enseñarle las vocales a Jonas, pero estoy a punto de desistir.

—¡Qué bueno! ¿Podrías abrirme? —solicitó.

—¿Estás en mi casa, en Niterói? —preguntó sorprendida.

—Sí, estoy en la calle, esperando a que puedas abrirme —dijo sonriente.

Luana gritó de felicidad, arrancándole una carcajada a Elizabeth con su espontaneidad.

—Enseguida te abro.

Elizabeth cortó la llamada y se quedó esperando atenta a que el portón abriera, pero Luana la sorprendió al salir con Jonas. El pequeño, al verla se echó a correr por el camino de lasjas, mientras mostraba sus dienteitos con una gran sonrisa.

Elizabeth se emocionó al verlo, realmente era un niño muy lindo, imaginaba que el padre debía ser rubio o por lo menos castaño claro; seguramente algún chico apuesto, que le había robado el corazón rápidamente a Luana.

—Qué sorpresa, ¿y dónde está mi papá? —preguntó mirando hacia la calle.

—No pudo venir, le tocó trabajar.

—¿Has venido sola? —dijo sorprendida, al tiempo que llegaba al portón y ponía su huella digital en el sistema de seguridad.

—Así es. —Entró y cargó al niño—. Hola pequeño, ¿cómo estás? —Le preguntó y le plantó un beso en la regordeta mejilla.

—Bien..., estoy feliz.

—¿De verme? —curioseó. El niño afirmó con la cabeza y una sonrisa—.

Yo también estoy muy, muy feliz de verte pequeñín —confesó y saludó a Luana con un beso en cada mejilla.

—¿Por qué has venido sola?

—Es que no quería estar encerrada en el apartamento, vine para invitarte a almorzar, pero no sé si tus abuelos te lo permitirán.

—Ellos no están, también tuvieron que trabajar.

—Entonces, no creo que podamos salir.

—Claro que sí, pero ven. —La tomó por la mano libre y tiró de ella—.

Entremos.

La llevó hasta su habitación, donde se pusieron de acuerdo en dónde irían.

Luana quería ir a preparar a Jonas, pero Elizabeth se ofreció, así ganarían tiempo; como era lógico no se opuso y la llevó a la habitación del pequeño; sacó la ropa con la que lo vestiría y las zapatillas deportivas que usaría, y le mostró el baño.

—Sé cómo hacerlo, ve a ducharte.

Elizabeth se encargó de Jonas, como tantas veces había ayudado con Violet a su madre o a su tía Megan con los quintillizos. Juguetó con él mientras lo bañaba, rio ante las ocurrencias del niño y se enterneció con sus carcajadas.

Lo vistió y se quedó jugando con él en la pequeña cama, esperando a que Luana estuviera lista, lo que pasó en muy poco tiempo.

Antes de salir, Luana le dijo a una de las mujeres del servicio que se iría con Elizabeth, para que le avisara a sus abuelos cuando llegaran, luego llamaron un taxi.

CAPÍTULO 13

Alexandre estaba ansioso por salir de la oficina de Souza, donde los había reunido; no podía darle la importancia que requería el asunto, porque estaba pendiente de su teléfono vibrando en el bolsillo de su vaquero.

Sabía que quien insistía era su madre, ya había mirado la pantalla, pero tuvo que regresarlo a su bolsillo si no deseaba ser amonestado; sin embargo, no podía dejar de pensar en que la extraña llamada podía ser una emergencia, y no saberlo le mortificaba.

—Disculpe jefe. —Lo interrumpió sin poder seguir soportando la incertidumbre—, tengo una llamada muy importante... Solo será un minuto —dijo poniendo su mirada en Souza, quien lo veía ceñudo.

—Que sea uno Nascimento —concedió de mala gana. Todos ahí sabían que el hombre odiaba ese tipo de interrupciones.

Alexandre sacó el teléfono y contestó la llamada al tiempo que caminaba a la salida.

—¿Qué pasó madre? —preguntó con el corazón en frenético galope, solo podía pensar en que algo malo le había pasado a su hija o a su nieto.

—Alexandre, ¿cómo es posible que permitas que tu hija se vaya con una extraña? —Su tono era de evidente reclamo.

—No sé de qué me hablas, ¿qué pasó? Me encuentro en una reunión muy importante y tuve que salir porque pensé que se trataba de una emergencia —respondió huraño.

—Siento haberte interrumpido... —Se disculpó apenada, pero sin que la molestia que sentía mermara—. Al parecer no estás al tanto de que «Elizabeth» ... —Lo pensó antes de llamarla «la muchachita»—, vino y se llevó a los niños quién sabe a dónde. No entiendo por qué se toma atribuciones que no le corresponden, ella no es la madre de Luana.

—Primero que todo madre, Elizabeth no es una extraña —interrumpió a la mujer que parecía hablar sin respirar—. Es mi mujer, y por favor, no la compares con Branca. No tienes que mencionar a Branca para nada —reprochó. Realmente le dolía que sus padres, quienes ni siquiera habían querido conocer a su difunta mujer ni tratarla cuando pudieron, ahora se apoyaran en su recuerdo para atacar a Elizabeth; como si hubiesen querido o respetado a Branca, simplemente porque Arlenne no soportaba a Elizabeth.

—Te pido disculpas, pero esa chica vino sin avisar y aprovechó que no estábamos para llevarse a mi pequeña y a Jonas... No tiene derecho, apenas los conoce.

—Entiendo que te preocupes, pero Elizabeth sabrá cuidarlos.

—No lo creo, solo es una niña, si casi tiene la misma edad de Luana.

—Arlenne, voy a tener que dejarte, esto no es una emergencia... Bien puedes llamar a Luana y preguntarle dónde están, no venirme con reclamos absurdos. Y espero que no se te ocurra decirle nada a Elizabeth, ella solo pretende ganarse el cariño de mi hija, y aunque tengan casi la misma edad, como tú dices... —ironizó molesto—, ella será lo más cercano a una madre que yo pueda darle a mi hija. Y eso debes respetarlo. Ahora te dejo porque tengo que volver al trabajo. —Terminó la llamada y devolvió el teléfono al bolsillo, conteniendo su necesidad de llamar a Elizabeth.

Consideraba que debió avisarle, no porque a él le causara alguna molestia que estuviera con Luana, sino porque había ido sola hasta Niterói, exponiéndose más de la cuenta, y eso inevitablemente le preocupaba.

No le quedó más que volver a la oficina y reintegrarse a la reunión. Souza estaba muy preocupado, porque otra mujer había desaparecido, y lo peor era que no podían saber si estaba viva o muerta, si tenía algo que ver con Vidal o no, porque al igual que la turista portuguesa, no había aparecido el cuerpo; y mientras eso no pasara, no había nada que ellos pudieran hacer, más que seguir buscando la aguja en el pajar.

Souza estaba organizando para que un equipo se infiltrara en las favelas, para investigar si las desapariciones tenían que ver con los narcotraficantes.

Era de conocimiento público que a algunos de los dueños de Morro les gustaba poseer su harem personal.

Todos los miraron a él, porque sabían que se conocía Rocinha como la palma de su mano, pero se negó, realmente no iba a exponerse; sabía lo que pasaba cuando descubrían a un policía infiltrado, no era cobardía, simplemente él no era policía, no era más que el simple fotógrafo forense; y exponerse de esa manera estaba fuera de sus funciones; además, no quería perder sus amistades en Rocinha.

Jonas disfrutaba del brownie con helado que le habían pedido de postre, mientras que Elizabeth y Luana lo admiraban sonrientes y le ayudaban a comer. Ellas por ser amantes de su buena figura trataban de mantener lo más alejado posible los dulces.

Luana todavía luchaba con las huellas del embarazo, llevaba casi un año tratando de volver a tener su abdomen envidiablemente firme y el porcentaje de grasa muy bajo, por lo que no se permitía caer en ninguna tentación.

—¿Está rico? —preguntó Elizabeth a punto de morir de ternura.

—Sí, rico, rico —dijo afirmando con la cabeza, mientras se chupaba el labio inferior.

Elizabeth adoraba tomarse fotos con él, algunas las había subido a sus redes, y las ráfagas de preguntas sobre quién era no se hacían esperar, pero ella solo respondía que era alguien especial. No quería darle de qué hablar a la prensa, ni que empezaran a molestar a la familia de Alexandre.

Estaba justo tomando una foto para capturar el momento en que Jonas tenía las comisuras llenas de chocolate cuando una inesperada y extrañísima videollamada de Oscar le entró; sin embargo, le hizo feliz saber que su hermano quería saber de ella, por lo que no dudó en responder.

—No puede ser, estoy frente a un milagro —dijo sonriente al verlo con unos auriculares colgando del cuello, mientras caminaba por lo que parecía ser el campus de la preparatoria.

—Hola Beth, ¿cómo estás? —preguntó sin ser expresivo, porque la efusividad no era parte de él.

—Bien, muy bien, ¡extrañándote mucho! —Hizo un puchero de tristeza.

—No te creo, apuesto que ni te acordabas de mí...

—Bueno, es que tú prácticamente no existes, solo vives encerrado en tu habitación —interrumpió sonriente.

—¿Quién es el niño? —preguntó al ver que el pequeño de rizos estaba atento a

la pantalla.

—¿No te parece conocido?

—Sabes que soy malo para eso. —Se quejó.

—Es Jonas, el nieto de Alex. —Sonrió y le dio un beso en el pelo al niño —. ¿No ves que son igualitos?

—Sí, se parece mucho. —No lo dijo de muy buena gana, porque todavía estaba muy molesto con Cobra.

Luana, al otro lado de la mesa, la observaba muy animada hablando por teléfono.

—Luana ven, para que conozcas a mi hermanito Oscar —pidió Elizabeth haciéndole señas con la mano libre.

—Hermano —refunfuñó, odiaba que usara diminutivos para referirse a él.

Lo que no sabía era que ella lo hacía solo por molestarlo.

—Tonto. —Se carcajeó al ver cómo conseguía su objetivo. Desvió la mirada hacia Luana, quien se acercaba—. Oscar, te presento a Luana, la hija de Alex.

—Hola. —Ella lo saludó agitando sutilmente una mano, después usó la misma para ponerse un mechón de pelo detrás de la oreja.

No sabía por qué no conocía al hermano de Elizabeth; ella, que había seguido todo de la vida de la modelo, muy poco se interesó por su familia; su atención siempre fue dirigida exclusivamente a su madre y a ella. Ahora que conocía a Oscar le parecía un chico muy apuesto, y estúpidamente empezó a sentirse nerviosa.

—Hola. —Oscar correspondió al saludo, no tenía idea de que la hija de Cobra fuese tan hermosa, ni si quiera daba la impresión de ser madre. Le fue casi imposible volver la mirada a su hermana, solo fueron segundos, pues le fue imposible evitar que sus ojos se posaran nuevamente en la atractiva chica —, soy Oscar.

—Lo sé, Eli me dijo... Me llamo Luana.

—Tu padre me lo había dicho... Habla mucho de ti —confesó al tiempo que se sentaba en una banca.

—No lo sabía —dijo sonrojada hasta el tuétano. Le agradaba Oscar, pero le hacía más feliz saber que su padre se sentía orgulloso de ella—. ¿Lo conoces?

—Sí...

—Sí —interrumpió Elizabeth—, son amigos desde hace mucho. Se conocen desde antes que tu padre y yo.

—¿En serio? —preguntó sin poder ocultar su sorpresa.

—Sí, hace más de un año. Somos compañeros de surf en Leme.

—Ah sí, es que mi papá ama surfear.

—¿Por qué no te conocí antes? —preguntó espontáneamente, arrepintiéndose en ese momento de no haber aceptado la invitación que le hiciera Cobra para ir a su casa.

—No lo sé —dijo y soltó una risita nerviosa.

Elizabeth se dio cuenta inmediatamente de que ese par se había gustado, no podían ocultar que la atracción física era sumamente evidente, pero ella les guardaría el secreto.

—¿Estás estudiando? —preguntó él, muy interesado en seguir manteniendo un tema de conversación.

—Sí, voy al último año.

—Tienes dieciséis, vas adelantada. —Él recordaba perfectamente que Cobra le había dicho que tenía una hija de su edad, realmente nunca pudo creerle, pero ahora que la veía no podía seguir dudando.

—Solo un año. Empecé tarde el colegio, pero cuando me hicieron la prueba de

ingreso se dieron cuenta de que estaba capacitada para cursar un par de años más al que correspondía según mi edad, y desde entonces voy adelantada —explicó—. Eso fue gracias a mi papá y a mi tío, ambos se esmeraban en educarme mientras estuve en casa —parloteaba sin pausar, producto de los nervios; sin embargo, para Oscar era realmente interesante cada palabra que decía.

Elizabeth se daba cuenta de que su hermano era primera vez que mostraba verdadero interés en algo o alguien; estaba completamente atento a Luana, tanto, que la ignoraba a ella olímpicamente.

En ese momento llegó tras él una chica castaña de ojos verdes y le plantó un beso en la mejilla, sin importarle que estuviera ocupado en el teléfono.

De manera inmediata la sonrisa tonta de Luana se congeló y sus nacientes ilusiones se estrellaron estrepitosamente contra el suelo.

Oscar se mostró incómodo ante la llegada de la jovencita que se sentaba a su lado y mostraba una sonrisa más que encantadora de triunfo.

—¿Esa quién es? —preguntó inmiscuyéndose en la videollamada.

—Es mi hermana —respondió adusto.

—Sé que es tu hermana, me refiero a la otra.

—Hola... —saludó Elisabeth, tratando de recordar el nombre de la chica que Oscar había llevado varias veces a casa para hacer tareas, aunque estaba segura de que también hacían otro tipo de tareas.

—Melissa —completó ella con aire de presunción.

—Melissa —repitió Elisabeth afirmando lentamente, mirando en vivo y directo al peor dolor de cabeza de Rachell Garnett.

—¿Es tu amiga? —preguntó refiriéndose a Luana.

—Sí, es mi mejor amiga... Y también es amiga de Oscar.

—¿Por qué no me habías contado sobre ella? —preguntó dirigiendo la mirada al chico.

—Ahora no —rugió bajito mirando fijamente a los ojos de Melissa, y después se giró hacia la pantalla—. Eli, tengo que dejarte, en unos minutos entro a clases.

—Está bien. —Elizabeth no quiso continuar con la conversación, porque vio lo tenso que se puso su hermano con la llegada de la jovencita—.

Después hablamos.

—Sí, eso haremos. —Luego puso sus bonitos ojos color mostaza en la hija de Cobra—. Adiós Luana, me gustó hablar contigo.

—Adiós. —Ella agitó la mano, pero fue menos efusiva.

Melissa empezó a parlotear, pero antes de que ellas pudieran entenderle Oscar terminó la llamada.

—¿Es su novia? —preguntó un tanto sorprendida por la actitud tan territorial de la chica, parecía una leona recién parida.

—Supongo..., eso parece, pero yo no estaba enterada. Creo que es algo pretenciosa y sofocante.

—No lo sé, es la novia de tu hermano, no quiero hablar mal de ella...

—Podemos destrozarla, nunca ha sido de mi agrado —confesó Elizabeth, consciente de que Luana se había sentido incómoda con toda esa situación, y Oscar también se sintió acorralado.

—Realmente me pareció muy maleducada.

—Definitivamente lo es. Mi mamá tampoco la tolera... Oscar no nos ha dicho que sea su novia, pero fue la impresión que dio. No sé qué le vio, porque no es tan bonita. Tú eres hermosa —dijo la verdad, mirándola a los ojos y acariciándole el pelo.

—Gracias. —Se sonrojó. A pesar de que tuviera un hijo, ella seguía siendo bastante inocente en muchos aspectos—. Aunque realmente no me importa. — Le quitó interés a la atracción que había sentido hacia Oscar, segura de que jamás existiría algo entre ellos, por lo que ni siquiera se permitió soñar. Había dejado de ser una adolescente que soñaba con encontrar el amor para convertirse en madre.

Levantó a Jonas de las piernas de Elizabeth y se lo llevó a su puesto, sentándolo en su regazo; buscó en su cartera las toallas húmedas y le limpió las manos y la boca.

Elizabeth pidió la cuenta, la pagó y salieron del restaurante; se fueron a una sala de juegos, que quedaba dentro del mismo centro comercial donde habían almorzado.

Ahí Elizabeth y Luana volvieron a ser niñas junto a Jonas, subieron a todo aparato de entretenimiento, encestaron pelotas, pero no las suficientes para ganarles el peluche a Jonas, por lo que Elizabeth se lo compró. El niño estuvo contento con su ratón de peluche.

Entre autos, motos, barcos, juegos de mesa y piscina de pelotas pasaron unas tres horas, divirtiéndose a lo grande; no fue sino hasta que Elizabeth miró su reloj que se dio cuenta de que era bastante tarde. No le quedó más que pausar ese lindo y extraordinario momento de su vida para volver al mundo de los adultos.

Subieron a un taxi cuando ya casi anochecía y no paraban de parlotear, mientras que Jonas jugueteaba con la cola de su ratón y volvía a decirle por enésima vez a su madre que era bonito, y ella sonriente le daba la razón.

Todavía no llegaban a casa cuando el teléfono de Elizabeth repicó, lo buscó en su cartera y al mirar la pantalla supo quién era.

—Es tu padre. —No pudo ocultar la reacción, era casi ridículo cómo su organismo reaccionaba ante esa simple llamada, el estómago se le encogía y el corazón se le aceleraba—. Hola gato —canturreó al atender—. ¿Ya terminaste de trabajar?

—Hola *delícia*, no, todavía me queda un rato. ¿Sigues en Niterói?

—¿Cómo sabes dónde estoy? —preguntó sorprendida.

—Solo lo sé —respondió enamorado de esa voz.

—¿Te informó Luana? —preguntó echándole un vistazo a la chica a su lado, quien inmediatamente negó con un dedo.

—No, solo me enteré... Pero no te preocupes por eso, aunque debiste decírmelo...

—No quise molestarte en el trabajo, sabía que ibas a estar ocupado...

¿Crees que estuvo mal? —preguntó con precaución y se mordió el labio.

—Para nada, puedes ver a Luana cuando quieras... ¿Estás en casa?

—No, vamos en camino, estábamos en el Plaza. Lo pasamos muy bien, ¿cierto Lu?

—Sí papi, lo pasamos genial —respondió con entusiasmo—. Ganamos un ratón de peluche para Jonas... —Le guiñó un ojo a Elizabeth para que no dijera que verdaderamente lo habían comprado, porque eso dejaba claro que eran muy malas encestado la pelota.

Alexandre sonrió al escuchar lo ilusionada que estaba su hija y agradecía infinitamente que Elizabeth compartiera con ella. Sabía que jamás podría ser como Branca, porque una madre era irremplazable, pero se estaba esforzando para ser su amiga, aunque ciertamente no le costaría nada, ya que Luana ya la admiraba.

—¡Qué bueno! —dijo de buen humor—. Eli, cariño, espérame en casa, iré por ti.

—No es necesario amor, sé que debes estar cansado, yo puedo irme en taxi. Lo esperaré en tu casa.

—Iré por ti.

—Vendrá por ti, no lo harás cambiar de parecer... Es muy obstinado, no tiene sentido discutirle —intervino Luana, que lo conocía muy bien.

—Está bien, te esperaré —masculló dándose por vencida, aunque lo cierto era que no quería pasar mucho tiempo en la casa de los padres de Alexandre si él no estaba, porque tenía la certeza de que no era de total agrado para su madre.

—Prometo llegar en poco tiempo.

—No te preocupes, encárgate de tus cosas y tómate el tiempo que necesites. Si vienes en la moto ten mucho cuidado, que si te pasa algo no te lo voy a perdonar.

—Tendré precaución... Te amo. —Le dijo muy bajito esa última frase, como si fuese un secreto cargado de ternura.

—Yo también —respondió derretida por él.

Cuando llegaron a casa, Luana fue recibida por su abuelo, al que casi se comía a besos, y él correspondía con cortas carcajadas, por lo que Elizabeth, una vez más, confirmaba quién era la consentida de la familia.

—Buenas noches Elizabeth, qué grato volver a verte.

—Hola Guilherme, gracias... Pido disculpas por llevarme a Luana...

—No te preocupes, estoy convencido de que estaba en buenas manos.

—Pero sería bueno que consultaras primero —interrumpió Arlenne a su marido, apareciendo inesperadamente en la sala—. Nos preocupamos.

—Mami, pero si le dije a Martha que les avisara que me había ido con Elizabeth. —Fue Luana quien tomó participación en la conversación. Ella no quería que su abuela hiciera sentir mal a la novia de su padre.

—Y lo hizo, pero antes de marcharte debiste informarnos.

—Bueno —habló Guilherme cargando a Jonas, que estaba demasiado interesado en mostrarle su peluche—, sabíamos que estando con Elizabeth

estaría muy bien cuidada —comentó con la mirada puesta en su mujer, después miró a Luana—. ¿Cómo les fue?

—Muy bien, fuimos al Plaza, comimos y después jugamos con Jonas.

Guilherme le sonrió con ternura y le acarició una mejilla.

—Me alegra que lo hayan pasado muy bien, es bueno que te distraigas de vez en cuando... —Miró a Elizabeth—. Acompáñanos a cenar, después te llevo, no quiero que andes en taxi —dijo de buen agrado y de manera inevitable eso molestaba todavía más a Arlenne, quien no comprendía porqué mostraba tanta preferencia por esa muchachita.

—Gracias, pero no será necesario, Alex viene a buscarme —dijo sonriente, en realidad apreciaba la amabilidad del hombre, aunque tampoco dejaba de parecerle extraña, porque recordaba que Alexandre le había dicho que fue él el primero en oponerse a su relación con Branca.

—¿Puedo ir con Eli a mi habitación? —preguntó Luana.

—Claro cariño, vayan —aceptó Guilherme, dándole un beso en el pelo a su nieta.

—Gracias papi. —Recibió a su hijo y se fue con Elizabeth a su habitación, segura de que ahí estarían más tranquilas.

Salieron al balcón de la habitación, Luana puso varios almohadones en el suelo y se sentaron ahí a jugar con Jonas y a conversar mientras disfrutaban de la brisa marina y se conocían cada vez más.

Elizabeth agradecía que Luana fuese tan amable y comunicativa, porque a través de ella conocía un poco más al hombre que amaba.

La emoción se aferró a cada molécula de Elizabeth cuando escuchó la moto llegar, las mariposas que él gobernaba empezaron a celebrar su pronta presencia.

—Es mi papá, ¿quieres recibirlo o lo esperamos aquí? —preguntó Luana.

—Será mejor recibirlo —aseguró, tratando de esconder su emoción, pero con las ganas de salir corriendo.

Se levantaron de los almohadones y salieron de la habitación. Elizabeth se asomó a las escaleras justo cuando él entraba, apenas se miraron sonrieron, como si no existiera nadie más.

—Buenas noches —saludó Alexandre, para quienes estaban en el lugar, pero no quitaba la mirada de Elizabeth aproximándose.

Cuando ella llegó hasta él se quedó mirándola directamente a los ojos, suplicando por un beso que no tardó en ser recibido, aunque por respeto a sus padres no fue más que un contacto de labios.

Se quedaron a cenar y después se despidieron. Alexandre agradeció que su madre no amargara la noche al hacer algún comentario que incomodara a Elizabeth.

Regresaron a Río, ella abrazada a él, disfrutando del calor de su pecho; y al llegar, en medio de besos apasionados y apresuradas caricias se desvistieron e hicieron el amor, hasta quedar totalmente exhaustos y satisfechos.

CAPÍTULO 14

Apenas llegaron a la casa de Reinhard, Elizabeth llamó a Violet, como le había prometido, para que pudiera hablar con su abuelo. Aunque lo hiciera por lo menos tres veces por semana, para ella nunca era suficiente conversar con el hombre que tanto adoraba y que tanto la consentía.

—Estoy llegando, espera un minuto enana. —Trataba de tranquilizar la ansiedad de su hermanita, que pretendía sorprender a su abuelo. Miró a Alexandre de soslayo y él ya la estaba mirando, por lo que le guiñó un ojo y sonrió. Le emocionaba que viviera sumamente pendiente de ella.

Caminaban tomados de la mano por el pasillo que llevaba del estacionamiento al salón principal. Donde estaba segura los estaría esperando Reinhard

Garnett, en compañía de su tía, porque aunque llevaran más de treinta años de casados, seguían siendo inseparables; anhelaba que el amor entre Alexandre y ella fuese tan intenso que pudiera superar tanto tiempo y tantas tempestades.

Suponía que el tiempo para los enamorados iba más de prisa, porque llevaba meses enamorada del hombre que le sujetaba la mano y para ella era como si tan solo hubiesen pasado unos cuantos días, esperaba que esas emociones, ese estado de alegría y plenitud en el que estaba viviendo constantemente no mermara jamás.

—Eli, no le digas que estás hablando conmigo, tiene que ser una sorpresa — pidió la niña emocionada.

—Está bien, no le diré... —La tranquilizó y vio a su abuelo sentado en su sillón favorito, y a su tía sentada a su lado, tomándose lo que parecía un humeante té—. ¡Hola! —Corrió hacia ellos y los llenó de besos, mientras Alexandre aguardaba a que Elizabeth se expresara para poder saludar—. *Avô*, alguien desea hablarte —comunicó entregándole el teléfono.

Reinhard recibió el aparato con la mirada puesta en los ojos de su adorada nieta, aunque sabía que la había citado ahí con el principal propósito de reprenderla.

—¿Hola? —saludó al llevarse el teléfono a la oreja.

—¡ *Avô*, sorpresaaaa! —exclamó Violet emocionada, y él se carcajeó divertido y sorprendido.

—Hola mi pequeña Violeta, qué alegría escucharte.

—A mí también me hace muy feliz escucharte... Te extraño demasiado — repitió lo mismo que le decía cada vez que hablaban.

—Yo también mi princesita, no te imaginas cuánto...

—Ya le dije a papi que cuando tenga vacaciones me iré a tu casa, quiero pasar mucho tiempo contigo.

—Yo mismo hablaré con él para que te traiga, y si no puede te mandaré a

buscar... ¿Te parece si hacemos una videollamada?

—Sí, me encantaría verte *avô*... Y así tú puedes ver a Blondy, lo tengo aquí conmigo —comentó con la energía que la felicidad le proporcionaba.

—Entonces pasaré a la sala de cine, espera un minuto y te llamo.

—De acuerdo, te quiero mi viejito.

—Yo también. —Reinhard soltó una corta carcajada, enternecido con su nieta.

Terminaron la llamada y él puso sus ojos azules en los grises de Alexandre.

—¿Cómo está señor? —preguntó ofreciéndole la mano, la cual fue recibida en un cálido apretón.

—Bien, gracias por aceptar la invitación —dijo con un tono serio, no estaba totalmente satisfecho con el hombre, por estar exponiendo a su nieta al llevarla a la favela.

—Es un placer, pido disculpas por no haber podido asistir con anterioridad.

—Sé que estabas ocupado con el trabajo, entiendo perfectamente cuando se tiene que cumplir con ciertas responsabilidades —comentó con total sinceridad, mientras aguardaba el momento justo para poder tener una conversación muy seria con ese par. Una de sus virtudes era ser muy paciente y tratar los temas con tacto, jamás había podido ser tan impulsivo como lo era Samuel, y bien sabía que lo había heredado de su madre. Elizabeth, su hermana, siempre fue el vendaval de la familia.

Lo que menos quería era hacer esperar a Violet, en ese instante ella era su prioridad, así que les hizo una invitación a todos para que lo acompañaran a la sala de cine, donde podrían verla.

Elizabeth, sin dejar de parlotear con Sophia, le sujetó la mano a Alexandre y siguieron a Reinhard, quien apoyado en el bastón los guio hasta el lugar.

El hombre le pidió a uno de los operadores del sistema audiovisual de la casa que conectara la llamada, mientras ellos esperaban cómodamente en las

butacas a que se diera la conexión.

Un tono de llamada fue suficiente para que Violet contestara, inevitablemente Elizabeth sonrió ante la impaciencia de la niña.

—Aquí estoy *avô* —dijo agitando ambas manos. Estaba sentada sobre su cama con las piernas cruzadas, en medio de un remolino de sábanas, todavía con el pijama puesto y con Blondy cargado.

—Te veo mi pequeña, ¿qué haces todavía en la cama? ¿Dónde están tus padres? —preguntó sonriente y la mirada brillante por la emoción.

—Papi dijo que podía dormir hasta la hora que quisiera, creo que están en el gimnasio... Hola tía —saludó poniendo la mirada en Sophia.

—Hola muñeca, qué linda estás.

—¿Aunque no me haya peinado? —preguntó pícaro.

—¿No te has peinado? Ni lo había notado, luces preciosa. —Claro que había visto que tenía el pelo un completo desastre, pero lo cierto era que seguía tan hermosa que le daban ganas de comérsela a besos.

—Gracias... Ay tía, dile a mami que me lleve contigo por favor, quiero estar allá, como Eli.

—Tienes que esperar las vacaciones cariño, prometo que apenas terminen las clases te traeré.

—¡Gracias tía! —Chilló emocionada—. Hola Alexandre, ¿escuchaste?...

Muy pronto iré a Río, ¿crees que podrás seguirme enseñando a surfear?

—Por supuesto.

—Mi abuelo me está guardando la tabla, estoy segura de que la está cuidando muy bien.

—Aquí está esperando por ti —intervino Reinhard.

— *Avô*, ¿sabes? Yo ya sabía que Alex estaba enamorado de mi hermana...

¿Cierto que te lo dije Eli? —Le preguntó, y Elizabeth se sonrojó y sonrió tontamente.

Elizabeth no pudo decir nada, solo afirmó con la cabeza y miró a Alexandre a su lado, quien carraspeó disimuladamente.

—¿Por qué lo sabías? —preguntó Sophia mirando a la sonrojada pareja.

—Es que Alex era muy evidente. —Rio divertida y con un aire de suficiencia —. Miraba mucho a Eli, a cada segundo... Y se quedaba como tonto... Así como se miran papi y mami.

Sophia y Reinhard rieron ante la conclusión de la niña.

—¿En serio era tan evidente? —Alexandre le susurró la pregunta a Elizabeth.

—No lo sé, no me daba cuenta, quizá quería que me miraras más allá de lo que era evidente para las demás personas —respondió en el mismo tono, conteniendo las ganas de besarlo, por respeto a los demás.

Violet siguió parloteando, arrancándole carcajadas al abuelo por encima de los presentes. No dejaba duda de que amaba a Reinhard Garnett y que deseaba poder estar con él.

La niña se despidió lanzando besos a la pantalla y moviendo una de las patitas de Blondy para que también se despidiera.

Casi un minuto después salieron y regresaron a la sala, donde se encontraron con Renato, que bajaba las escaleras todavía con el pijama puesto, despeinado y más dormido que despierto.

—¡Vaya! No sabía que había regresado el señor manos ligeras —dijo Elizabeth en una carrera hacia su primo.

—¡No! ¡No! —Renato levantó las manos en señal de alto, como si Elizabeth fuera un perro que estaba a punto de darle una cálida bienvenida a su adorado dueño.

No importó cuánto se negara, ella igual se le lanzó encima, rodeándole la cintura con las piernas y le plantó varios besos en la mejilla, mientras que Renato trataba de mantener el equilibrio.

De manera inevitable Alexandre sintió celos, no importaba que su parte más racional le recordara que eran primos, su parte egoísta rugía al verla tan compenetrada con ese chico, que la había acompañado a la favela, y no le quedaba más que aguantarse esa agonía que provocaba el temor de perderla.

—Ya bájate, bájate —pedía Renato ante el efusivo encuentro por parte de su prima.

—¿Cuándo regresaste? —preguntó otra vez con los pies en el suelo y le despeinaba todavía más el pelo.

—El martes, ¿qué haces aquí?

—No me digas que no sabes.

—Sí, *avô* me dijo que estás viviendo en Río y que tío Sam está que se muere de celos...

—Sí, ya tengo varias semanas viviendo con Alexandre —dijo orgullosa del hombre con el que estaba compartiendo su vida e hizo una seña hacia él, quien estaba a varios pasos parado al lado de su abuelo.

Renato, al verlo, lo reconoció inmediatamente, no lo podía creer; definitivamente, algo no andaba bien con Elizabeth, ¿acaso había enloquecido?

Alexandre avanzó varios pasos y le ofreció la mano, mientras los ojos azules estaban cargados de confusión y el ceño intrincadamente fruncido.

—Es un placer, Alexandre Nascimento.

Renato comprendió que debía fingir que no se conocían, y le seguiría el juego, pero eso sí, Elizabeth debería explicarle qué rayos estaba sucediendo.

—Igualmente, Renato Medeiros, ¿son novios? —preguntó echándole un vistazo a su prima parada a su lado.

—Sí... Bueno, vivimos juntos —respondió Elizabeth por Alexandre al tiempo que le regalaba una sonrisa de agradecimiento, por no exponerla delante de su abuelo.

—Ah. —Movi6 la cabeza asintiendo, sin poder creérselo todavía—.

Bueno, sigo a la cocina. Buenos días abuelo, abuela —saludó a quienes había ignorado debido a la sorpresa.

—Buenos días Renato —saludó Reinhard.

—Buenos días Renatinho. —Renato era el único de los nietos de su marido al que Sophia le permitía que la llamara abuela, todos los demás le tenían que decir tía.

—Eli, ¿vienes? —propuso en su camino a la cocina.

—Ya regreso. —Le dijo a Alexandre, él solo asintió.

—Alexandre, ven con nosotros —pidió Reinhard y miró a Elizabeth—.

Estaremos en el jardín.

Elizabeth siguió a Renato, mientras que Alexandre caminó al lado de Reinhard y Sophia.

—¿Ahora sí vas a decirme qué tanto haces en Chile?

—Eli, ¿en serio? —La interrumpió él, volviéndose a medio camino y la miraba con el ceño fruncido.

—¿En serio qué?

—No te hagas la tonta, sabes a lo que me refiero... ¿El capoeirista de la favela? —susurró, pero su connotación era de reproche—. ¿Acaso enloqueciste?

—Él no vive en la favela.

—Supongo, si no Samuel Garnett ya te hubiese sacado a la fuerza de allí...
¿Cómo es posible? —recriminó—. ¿Acaso seguiste yendo a la favela?

¿Cómo es que te gusta ese hombre?

—Ay ya Renatinho, te pareces a mi padre. Me gusta y punto.

—Te gusta y punto, esa no es la respuesta...

—¿Qué quieres que te diga? Me gusta, me enamoré de él, es un buen hombre, un gran hombre, con el que puedo compartir mi mayor pasión.

—¿Acaso no recuerdas lo rudo que fue contigo?

—En realidad no fue rudo, lo que sí recuerdo de ese día fue que me salvó...

—Sí, y a mí me dejaron tirado en el basurero, a punto de morir del terror que sentí al no encontrarte... Ese hombre no es para ti, es mucho mayor que tú...
¿Y qué pasó con Luck?

—No es tan mayor... Luck y yo terminamos y no necesito de tu aprobación para enamorarme.

—Pero ¿cómo sucedió? ¿En qué momento? —Seguía totalmente confundido.

—El destino quiso que nos encontráramos en otras oportunidades.

—Eso que acabas de decir es sumamente ridículo..., extremadamente cursi... Sé que volviste a la favela, de verdad estás loca y se lo voy a decir al abuelo... —sentenció.

—No primito, no lo harás. Recuerda que yo te guardo un gran secreto, ¿o ya olvidaste lo que estabas haciendo en la oficina de *avô*?

—Puedes decirle lo que te dé la gana; además, tengo tiempo sin tener citas sexuales por internet, y después de todo, eso no le hace daño a nadie.

—Que yo vaya a la favela tampoco...

—Te estás poniendo en riesgo; definitivamente, creo que algo les pasó a tus neuronas.

—Renato, deja la paranoia. Voy con Alex y es mucho más seguro...

—Eli, te dije que no regresaras, no entiendo cómo puedes hacerlo después del infierno que vivimos ahí.

—Tú eres un miedoso, cobarde...

—Si crees que no poner mi vida en riesgo es cobardía pues lo soy, pero voy a contarle a *avô* y dejar mi conciencia tranquila.

—Renato, no seas aguafiestas.

—Llámalo como te dé la gana, igual le diré...

—No lo hagas, te lo suplico. —Juntó las manos en señal de ruego—. Yo lo haré, te lo prometo.

—Sé que no lo harás.

—Sí lo haré, dame unos días... Te lo prometo.

—Te doy hasta el viernes y no voy a esperar a que tú me lo confirmes. El sábado hablaré con él, se lo hayas dicho o no.

—Te odio —refunfuñó.

Él sonrió cínico, ella podría odiarlo todo lo que le diera la gana, pero él no iba a secundarle en semejante locura. Siguió a la cocina y la dejó a medio camino.

Elizabeth resopló, sintiendo que estaba contra la espada y la pared, necesitaba pensar en algún tipo de chantaje para seguir manteniendo la boca de Renato cerrada.

Lo siguió a la cocina, ahí ya no podían hablar, porque había personas que seguramente le contarían a su abuelo cualquier palabra sospechosa que

expresara; sin embargo, aprovecharía la oportunidad para empezar a presionarlo.

—Sé perfectamente que no vas a Santiago simplemente para desconectarte del mundo, porque eso es imposible para ti. Sé que vas a visitar a alguien — dijo acercándose a él, pero después se alejó y le pidió a una de las mujeres del servicio que llevara limonada al jardín.

Elizabeth supo que las cosas se complicarían esa mañana cuando se topó con la inesperada visita de su tío Ian, quien llegaba con semblante de pocos amigos; sin embargo, se relajó cuando la vio.

—¡Qué linda sorpresa! —dijo avanzando hacia ella.

—Hola tío, qué alegría verte. —Apresuró el paso y lo abrazó, al tiempo que recibía un cálido beso en la mejilla.

—No sabía que estabas en Río.

—¿*Avô* no te lo había contado? —preguntó sorprendida y tragó en seco, porque parecía que sería peor de lo esperado.

—No.

—¿Ya no hablan?

—Todos los días, pero supongo que tendrá sus razones para no decirme.

—¿Tampoco has hablado con mi papá?

—No... ¿Ha pasado algo? ¿Cuándo llegaste?

—Hace unas semanas...

—¿Unas semanas?! —preguntó atónito.

—Sí... —Se mordió el labio, dudando si contarle sobre Alexandre, pero suponía que no podría ocultarlo por mucho tiempo, a menos que mintiera sobre su relación; pero en nombre del amor que sentía por él, sabía que no lo

merecía—. Estoy viviendo aquí en Río..., con mi novio.

—¿Este muchacho... el modelo? —cuestionó todavía perturbado.

—No, Luck y yo terminamos hace un tiempo... Es otro hombre.

—¿Desde hace cuánto que son novios para que estés viviendo con él?

—Unos meses... ¿Has venido a visitar a *avô*? —Cambió rápidamente el tema.

—Sí, pero lo que me trae aquí es Liam, vine a hablar con Renato.

—Acabo de dejarlo en la cocina, ¿qué hizo Liam esta vez? —preguntó consciente de que su primo mayor era el dolor de cabeza de su tío.

—Ha desaparecido, llevo tres días sin saber de él, no ha ido a trabajar, tampoco ha ido a su apartamento y no me dijo que se iría de viaje, lo cual no sería muy conveniente, ya que mañana tenemos un compromiso importante.

—Seguramente estará en casa de algún amigo o amiga, no me extraña que desaparezca —comentó ella.

—A mí tampoco, solo quiero asegurarme de que mañana podré contar con él.

—¿Qué es eso tan importante? Claro, si se puede saber.

—Maiara va a casarse en unos meses con un coronel de la fuerza aérea.

No sé si la recuerdas, la ingeniera...

—Sí, sí, claro... Pero tío, creo que Liam y ella no se llevan bien, disculpa que sea sincera, pero no creo que debas obligarlo a asistir.

—Pues tendrá que hacerlo, porque se hará un espectáculo aéreo el día de la boda y se supone que él va a coordinarlo junto a un teniente. Las pruebas inician mañana y tu querido primo es el que sabe toda la logística y el plan de vuelo —comentó, dejando salir una vez más la rabia que le provocaba no saber si iba o no a contar con su hijo.

Lo que más le enfurecía era que Liam mismo se había ofrecido a hacer eso, como para que a último momento lo olvidara.

Ian estaba muy comprometido con la boda, porque sería quien la entregara en el altar; quería a esa chica tanto como a sus alocadas hermanas o a su sobrina, y no deseaba que una de las atracciones más importantes de su boda se cancelara simplemente por la irresponsabilidad de su hijo.

—Liam es un caso perdido —dijo sonriente y negando con la cabeza.

—Más le vale que aparezca, porque si no, se va arrepentir. —Se acercó y le dio un beso en la mejilla—. Voy a preguntarle a Renatinho si sabe algo de él, después voy con ustedes.

—Está bien. —Le sonrió enternecida, adoraba a su tío, aunque también le tenía mucho miedo y respeto, porque era demasiado estricto. Liam era el único que tenía el valor de burlarse de él.

Ella quiso decirle que dudaba mucho que el pobre de Renato supiera dónde estaba su hermano, él no sabía ni dónde estaba parado. La vida real para su primo era una especie de dimensión casi desconocida; sería más fácil si deseara preguntarle sobre las últimas tendencias tecnológicas, pero prefirió correr al jardín, para decirle a Alexandre que se marcharan; todavía no tenía el valor para enfrentar a su tío, que por lo visto, no sabía nada.

CAPÍTULO 15

Al llegar al jardín Alexandre hablaba con su abuelo y su tía Sophia sobre el caso de Vidal y las chicas desaparecidas, eso a ella también la ponía nerviosa, pero no quiso interrumpir en un tema en el que él podía desenvolverse tan bien.

Alexandre hablaba hasta donde su ética laboral se lo permitía, algo que muchas personas no comprendían; afortunadamente Reinhard Garnett respetaba sus límites.

A pesar de que el hombre era un ejemplo de distinción y sabiduría, era poseedor de una sencillez que lo invitaba a estar tranquilo, mientras que su mujer hacía comentarios que mantenían el buen ánimo; era muy relajada y no paraba de hablar, en ciertas actitudes se le parecía a Elizabeth, sobre todo en esa confianza que se reflejaba en sus ojos.

Miró a Elizabeth, que se sentó a su lado e hizo eso que secretamente a él tanto le gustaba, poner la mano sobre su muslo, mientras que él se cohibía de mostrarse físicamente más afectivo, para no faltar al respeto de sus familiares.

—Acaba de llegar tío Ian —mencionó con una sonrisa moderada—. Está buscando a Liam.

—¿A Liam? —preguntó Reinhard extrañado—. Sabe que ese muchacho viene muy poco por aquí.

—Vino a preguntarle a Renato si sabe algo de él.

—¿Qué habrá hecho ahora? —preguntó Sophia un tanto preocupada.

—Tío dijo que tenía que coordinar para mañana un espectáculo aéreo, se casa una de las ingenieras de Ardent, pero ha desaparecido —comentó Elizabeth.

—Ese jovencito no sé a quién salió tan irresponsable, vive la vida sin ningún objetivo... —comenzó a hablar el señor, quien también había tratado de moldear el carácter de Liam, que a pesar de ser su nieto mayor y había sido muy mimado, hacía su vida muy independiente de la familia.

—Creo que solo quiere hacer las cosas a su modo, no le gusta que traten de imponerle nada... *Avô*, es que tío Ian pretende que Liam sea igual a él, que se centre en Ardent como él lo hizo, y no lo deja que haga las cosas a su modo; supongo que su rebeldía no es más que un rechazo a seguir los pasos del padre.

—Es un hombre de treinta y dos años, ya no es un jovencito al que se le perdonen actos de rebeldía; tiene que madurar, no puede ser que Renato actúe con mayor discernimiento.

—Bueno *avô*, es que Renatinho es un caso extremo, siempre ha sido amargado... Realmente es una convicción extraña, porque también es muy relajado para otras cosas —comentó riendo, adoraba a su primo, pero parecía que vivía en otro mundo.

Sophia pensaba que al parecer ese día Reinhard tampoco podría conversar con Alexandre y Elizabeth acerca de sus imprudentes y peligrosas escapadas a Rocinha, porque no era conveniente hacerlo delante de Ian. Ese era menos comprensivo que Samuel, siempre había sido más estricto, incluso más que su esposo; y no deseaban que Elizabeth se revelara ante una imposición o reprimenda, solo que comprendiera que no era para nada sensato que fuera a la favela, mucho menos buscaban hacer sentir mal a Alexandre.

Elizabeth sabía que necesitaba huir antes de que su tío llegara y se expusiera toda la situación con Alexandre y el descontento de su padre, pero no encontraba la manera de decirle a su abuelo que se marcharía, no tenía la voluntad para rechazar el almuerzo al que los había invitado y tampoco quería perder la confianza del único hombre de la familia que hasta el momento comprendía sus sentimientos.

Cuando escuchó la voz de su tío tras ella supo que era demasiado tarde para cualquier plan de escape; inevitablemente un nudo de nervios se le formó en el estómago, la boca se le secó y tragó en seco.

—Buenos días, hola papá —saludó plantándole un beso en la mejilla y después le dio uno también a Sophia—. Hola, ¿cómo están?

—Bien, siéntate hijo. —Le ofreció el puesto libre en el comedor del jardín, y tras él llegó una de las mujeres del servicio con la limonada que Elizabeth había solicitado.

Ian se sentó al lado de Elizabeth y miró a Alexandre.

—Hijo, te presento a Alexandre Nascimento, el novio de Elizabeth.

—Algo así me comentó Elizabeth, ¿eres modelo también? —preguntó ofreciéndole la mano y se saludaron con un cordial apretón.

—No, trabajo con la policía científica, soy fotógrafo forense.

—Supongo que aquí en Río.

—Así es señor —asintió con seguridad.

—¿Y cómo es que tan rápido están viviendo juntos? —preguntó extrañado, no podía creer que Samuel aceptara que Elizabeth abandonara la casa para mudarse con un hombre con el que llevaba tan poco tiempo de relación, porque un par de meses atrás estaba seguro de que todavía era novia del modelo. Sin atreverse a ser prejuicioso y no detenerse a ver un gran obstáculo entre la evidente diferencia de edad, porque su padre llevaba más de treinta años casado con una mujer veintinueve años menor—. Supongo que apenas se conocen.

Elizabeth se alzó de hombros y le sonrió.

—Quisimos amarnos y conocernos al mismo tiempo, y decidimos que la mejor manera de hacerlo era viviendo juntos. No supimos llevar bien la distancia —explicó Elizabeth.

—Ella quiso venir conmigo y no pude negarme a aceptarla en mi vida; aunque sería una hipocresía si dijera que no lo deseaba —intervino Alexandre.

—¿Y Samuel estuvo de acuerdo? —preguntó elevando ambas cejas en un gesto de tácita sorpresa.

—No tanto —confesó Elizabeth, no iba a ganar nada con mentirle, porque sabía que su tío conocía muy bien a Samuel Garnett; y si no, podría llamarlo y preguntarle. Ya era suficiente con lo nerviosa que estaba—. Ya sabes lo celoso que es...

—¿No confía en ti? —preguntó directamente a Alexandre.

—No, realmente no soy de su agrado. —Alexandre dijo la verdad con valentía.

—¿Qué es lo que no le agrada de ti? —interrogó con suspicacia.

—Mi edad, no cree en mi palabra, mucho menos en mis sentimientos por Elizabeth... Creo que tampoco acepta mi posición social, porque no puedo darle una vida como la que siempre ha vivido...

—No hables de eso, que es tontería —interrumpió—. Sam no es un hombre que espera que nadie solucione económicamente la vida de su hija, porque no le hace falta, lo que sí necesita es seguridad y estabilidad emocional, también protección, porque para él sus hijos son lo primordial; y si no te acepta es porque no le inspiras la confianza suficiente para dejar contigo lo más preciado que tiene...

—Tío —intervino Elizabeth—, lo mismo pasaba con Luck, a quien conoce desde que nació. Papá no siente confianza por nada ni por nadie, sus celos son irracionales...

—¿Estás aquí con su consentimiento? —inquirió.

—No, si por él fuera estaría encerrada en mi habitación en Nueva York.

—Entonces, si no te dio su consentimiento, ¿qué haces aquí? Y sobre todo, viviendo con este hombre —reprochó, defendiendo a Samuel; ciertamente, si él fuera el padre y viera que en tan poco tiempo decidiera irse a otro país, a vivir con un completo desconocido, tampoco podría confiar en él ni en ella, jamás se lo permitiría.

—Porque no lo hará y porque ya no soy una niña que necesite de su aprobación. Él solo pretende que haga las cosas a su modo...

—Porque es la manera correcta de hacerla.

—Ian —intervino Reinhard—, no es la manera. —Medió, al ver que su hijo estaba una vez más tratando de imponer lo que según él era lo correcto, tanto él como Samuel eran muy obstinados y siempre pretendían que se hiciera su voluntad.

—Sé que es muy pronto para que pueda confiar en mí... La actitud suya es muy

parecida a la del señor Garnett, pero no podré demostrar que mis intenciones con Elizabeth son las mejores si no me permiten tenerla a mi lado —habló Alexandre mostrándose seguro, aunque el hecho de pensar que consiguieran apartarla de él le aterraba.

—Alexandre tiene razón, no es justo que solo lo juzguen sin darle la oportunidad de conocerlo. Exigen para mí un hombre que cumpla con los estándares impuestos por ustedes, pero ¿acaso lo conocen o le han dado una oportunidad?, ¿saben si los cumple o no? No lo dejan que demuestre si verdaderamente merece su confianza —expresó Elizabeth, sintiéndose ya cansada de tener que batallar por su amor ante las imposiciones de los demás.

—Alexandre —intervino Sophia, que conocía muy bien lo terco que era Ian, ya suficiente le había hecho la vida imposible a sus niñas. Eran tantos sus celos por ellas que hasta amenazaba a los chicos en la escuela, gracias a Dios las gemelas siempre fueron de un carácter fuerte y supieron cómo manejar la situación—. Tienes mi confianza, sé que quieres a mi sobrina, o eso es lo que hasta ahora he visto.

—Gracias tía. —Sonrió Elizabeth, sintiendo que no estaba sola en esa batalla.

—Prometo no defraudarte.

—Creo que no tengo opción —dijo Ian, más calmado—. Solo te advierto que no hago amenazas que no pueda cumplir, y si llegas a hacerle daño a Elizabeth te vas arrepentir. —Se mostró muy serio y se levantó, no iba a quedarse ahí, porque no podía pretender que lo toleraría entretanto no hablara con Samuel.

Era un hombre experimentado y Elizabeth apenas una niña, debería estar concentrada en sus estudios, su carrera y no en irse a vivir con un hombre.

—Hasta luego papá, después hablaremos.

—Está bien hijo, si sabes algo de Liam me lo comunicas.

—Eso haré. —Caminó y se paró detrás de Elizabeth—. Cuídate mariposa.

—Le besó el pelo.

—Tú también tío. —Se despidió bajando la guardia, odiaba tener que ponerse a la defensiva con los hombres que tanto quería.

—Adiós Sophia.

—Ve tranquilo Ian, saluda a Thais de mi parte.

—De acuerdo. —Fue lo último que dijo antes de marcharse. Consideraba que la amenaza que le había hecho al marido de su sobrina había sido suficiente para despedirse.

Alexandre sumaba otra amenaza de la familia de Elizabeth, ya había perdido la cuenta de cuántas llevaba, aun así, no iba a renunciar a ella.

Reinhard miró a la pareja frente a él, definitivamente habían tenido suficientes reclamos por el día, y no creía prudente seguir añadiendo incomodidades.

—Eli, cariño, ¿por qué no llevas a Alexandre a que conozca el jardín? — Le pidió Sophia, considerando que necesitaba unos minutos a solas con su marido para poder replantear la conversación.

—Gracias tía —aceptó, poniéndose de pie sin soltar la mano de Alexandre —. Al rato venimos *avô*.

—Con permiso —dijo Alexandre, mirando al señor y a la pelirroja antes de marcharse.

En el jardín había muchos lugares en los cuales perderse para poder conversar y amarse con tranquilidad; sin embargo, Elizabeth sabía que la gran mayoría era monitoreado por las cámaras de seguridad, y no estaba segura de cuáles eran los puntos ciegos en medio de tantas cámaras escondidas, por lo que tendría que comportarse para no brindarle un espectáculo a los hombres que resguardaban la casa.

—¿Qué se supone que haremos ahora? —preguntó Sophia, quien también estaba de acuerdo con su marido en hablar con Elizabeth.

—No lo sé, realmente no quiero abrumarla, no esperaba esa visita de Ian.

—Sí, pero no debemos dejar pasar la oportunidad. Elizabeth se está exponiendo, y si le pasa algo malo no creo que Samuel o Rachell lo soporten, ni nos perdonen no haber hecho algo cuando pudimos; además, le prometiste a Sam intervenir.

—Lo sé mi cielo, pero tampoco quiero presionar a Elizabeth más de la cuenta, no quiero que pierda la confianza que nos tiene, tampoco deseo perder contacto con ella.

—¿Te parece si tú hablas con Alex y yo con ella? No sería como un reclamo, no sé... Así no se sentirán acosados.

—¿Crees que puedes hablar con Elizabeth sin que se moleste?

—Sí, estoy segura.

—Entonces lo haremos así. Vamos a esperar a después del almuerzo.

—Sí, será lo mejor.

Elizabeth se encargó de mostrarle a Alexandre cada rincón del jardín, pasaron mucho tiempo entre las orquídeas que cultivaban en el lugar; consiguieron relajarse porque él le restó total importancia a lo sucedido, para que ella estuviera más tranquila.

Hasta se hicieron algunas fotografías en el lugar. Se carcajeó divertida cuando se tomaron una dándose un beso y a él se le paró una mariposa en la cabeza. Al verla, ella la echó a volar.

—Largo de aquí, la única mariposa que puede tener a este hombre soy yo — dijo divertida y volvió a besarlo.

—No seas celosa. —Le pidió sujetándola por la cintura y empezó a morderle la barbilla.

—No lo soy —dijo risueña, disfrutando de esa deliciosa tortura. Su teléfono empezó a sonar y lo miró con el rabillo del ojo—. Ya tenemos que regresar, es mi abuelo... ¡Ay por Dios! Si ya es la hora de la comida —dijo alejándose.

—Perfectamente podría comerte a ti.

—Lo sé —dijo coqueta—, pero debemos cumplir con mi abuelo, es el único que no te ha hecho una amenaza.

—Tienes razón, parece ser el más sensato de los hombres de tu familia.

—Los años le han dado la experiencia y sabiduría suficiente... Vamos, vamos.

—Le sujetó la mano y tiró de ella, pero no logró moverlo, por el contrario; él, con su fuerza, consiguió llevarla hasta su cuerpo.

—Uno más, solo uno —dijo cerrándole la cintura con un brazo, y con la otra mano la sujetaba por la mandíbula.

Elizabeth se puso de puntillas y le dio ese beso que él tanto suplicaba, uno arrollador, uno lento, que provocaba que entre sus piernas la humedad se hiciera presente, pero una vez más la razón se imponía, así que volvió a alejarlo.

—Ahora sí —dijo con la voz entrecortada por la excitación y falta de aliento.

Regresaron a la casa igualmente tomados de la mano; en el camino Elizabeth llamó a su abuelo para informarle que ya iban para allá, que si deseaban podían esperarlos en el comedor.

Disfrutaron de los alimentos mientras conversaban de temas comunes, como la situación económica y política del país. Que todos en la mesa convergieran con el mismo partido político ayudaba a que el comedor no se convirtiera en un campo de batalla, sino de opiniones compartidas.

Al terminar, Sophia aprovechó para pedirle a Elizabeth que la acompañara, antes de que les anunciara que debían marcharse.

—Enseguida regreso amor. —Le sonrió sutilmente a Alexandre mientras lo miraba a los ojos—. Los caballeros ahora pueden hablar de fútbol. Aunque *avô*, este que tienes aquí es un perdedor, igual que tío Thor —anunció poniéndole las manos sobre los hombros—. ¡Es del Fluminense!

Alexandre sonrió, seguro de que nada de lo que Elizabeth dijera para tratar de

humillar a su equipo afectaría el orgullo de que su corazón fuese *Fluzão*.

Ella le plantó un sonoro beso en la mejilla y se fue con su tía, quien la llevó hasta su oficina en el segundo piso. Desde ahí ella también ayudaba con la organización de algunos eventos de la firma Winstead.

Elizabeth miró en derredor el lugar y vio enmarcado el dibujo, o mejor dicho, el garabato de su primer modelo de perfume, cuando tan solo tenía trece años; el frasco era en forma de un hada. Sin dudas, Río de Janeiro siempre la había inspirado, porque al año siguiente fue la creación de su segundo perfume juvenil y el envase era una libélula.

—Mira nada más, ¡qué horrible! —dijo con una mezcla de vergüenza, emoción y ternura.

—A mí me pareció hermoso, tan solo era una muestra de tu maravilloso ingenio —dijo ella recordando a su niña hermosa.

—Eso lo dices porque me adoras.

—Posiblemente, pero el público demostró que eras estupenda. Recuerdo la aceptación que tuvo...

—Simplemente porque era la hija de la gran diseñadora Rachell Winstead.

—Tonterías, fue una obra de arte —comentó llena de orgullo y caminó hasta sentarse detrás del escritorio, mientras Elizabeth seguía paseándose por la oficina, sumergiéndose en lindos recuerdos—. Ven aquí cariño, siéntate por favor —pidió para no demorar más lo inevitable, mientras estudiaba cada palabra que le diría.

Elizabeth se sentó y la miró sonriente, a la espera de que su tía le dijera eso que tan ansiosa la tenía; aunque ella no tenía idea de lo que se trataba.

—Cuénteme, ¿estás asistiendo a la academia de capoeira? —preguntó con calma.

—No, pero sigo con mis clases de japonés, también mantengo algunos compromisos de la agencia... El viernes tengo que viajar a Tailandia...

—Qué bueno cariño, ¿y por qué no has ido a la academia? ¿Ya no te apasiona tanto la capoeira?

—Sí tía, sabes que es parte de mi vida... ¿Te conté que Alexandre también es capoeirista? Su apodo es Cobra —habló muy entusiasmada.

—Sí, nos habías contado, pero todavía no me dices por qué no estás yendo a la academia.

—En realidad no voy a volver, estoy muy molesta con todos... Me traicionaron, me acusaron con la policía por lo de Priscila, solo porque días antes habíamos tenido una pelea...

—Cariño, ¿por qué no me habías contado? —preguntó ofreciéndole sus manos por encima del escritorio, aferrándose a las de ellas.

—No era necesario tía, ya lo superé, pero decidí no volver con ellos, siento pena por el mestre, porque él deseaba que volviera, pero no puedo ser hipócrita y no me voy a sentir bien en un lugar donde la mayoría no me quiere.

—Después de todo, creo que ha sido la decisión más sensata —dijo sujetándole las manos y mirándola a los ojos—. Sin embargo, cariño..., tu abuelo y yo sabemos que estás yendo a Rocinha...

El rostro de Elizabeth palideció, tragó en seco y quiso que su tía le soltara las manos, pero no lo hizo, solo podía pensar que Renato había aprovechado que ella estaba con Alexandre caminando por el jardín para contarles.

—Tía..., yo..., eso no es cierto —balbuceó—. Quien quiera... Quien te lo haya dicho es un mentiroso.

—Fue tu padre.

—¡Papá! No, eso no puede ser..., no puede ser. —Negaba con la cabeza y las manos empezaban a sudarle—. Si él lo supiera me lo habría dicho.

—Hace poco que lo sabe.

—No es posible, ¿cómo se enteró? —Elizabeth casi no dejaba hablar a su tía, tenía el corazón latiéndole a mil.

—¿En serio me lo preguntas? —ironizó—. Parece que no conocieras a tu padre, ¿acaso crees que Samuel se iba a ir así sin más? ¿Pensaste que se iba a quedar de brazos cruzados? Pero mi vida, ya debes imaginar lo histérico que se puso cuando se enteró —comentó Sophia—. Si antes odiaba a Alexandre ahora lo detesta.

Elizabeth enterró la cara en sus manos, sintiéndose maniatada. Si su tía la tenía ahí era porque su abuelo estaba teniendo la misma conversación con Alexandre, y no podía asegurar que Reinhard Garnett estuviese siendo tan condescendiente como lo estaban siendo con ella.

Definitivamente, ese no había sido su día, temía que tantos obstáculos impuestos por su familia terminaran consiguiendo que Alexandre se cansara de luchar y dejara a la deriva la relación que tenían; comprendía que no era fácil nadar contra corrientes tan fuertes.

Elizabeth resopló molesta y triste al mismo tiempo, estaba segura de que su padre no se iba a quedar tranquilo hasta conseguir su objetivo.

—No va a aceptarlo —murmuró deslizando sus manos lentamente y descubriéndose la cara.

Sophia negó con la cabeza muy lentamente.

—Conozco a Samuel Garnett y sé que no lo hará, pero si quieres a Alexandre no cohíbas tus sentimientos solo porque tu padre así lo desea. Con lo que definitivamente no puedo estar de acuerdo es con que él te lleve a ese lugar, sabiendo los peligros a los que se exponen... Elizabeth, eres la nieta de Reinhard Garnett... Piensa en tu mamá, en tu padre..., en toda la familia...

No eres cualquier chica.

—Tía, pero quiero una vida común, estoy cansada de no poder hacer las cosas que me gustan solo porque mi familia no lo acepta o no lo aprueba. No quiero sonar egoísta ni causarles algún daño o preocupaciones, pero deseo libertad,

vivir mi vida —dijo con tono de súplica—. No consigo nada con seguir mintiéndote. Sí, voy a la favela... Pero te aseguro que no es peligroso, tampoco es Alex quien me lleva, él no quiere hacerlo..., le aterra que algo pueda pasarme, pero hace lo que yo le pida, trata de complacerme en todo lo que deseo.

—Cariño...

—Tía —interrumpió—, te prometo que nada malo me pasará en la favela.

—No puedes hacer eso.

—A Alexandre lo conocen y lo respetan... Vivió algunos años en Rocinha, con la mamá de Luana; después regresó a Niterói, pero siguió visitando la favela, mucha gente allí lo conoce, tiene amigos, señores mayores que son muy amables.

—Mi niña, no es algo que dependa de mí, pero creo que si deseas seguir con Alexandre es mejor que no sigas yendo a ese lugar...

—Tía... —protestó con tristeza.

—Es lo mejor cariño —dijo con ternura y vio cómo dos lagrimones bajaron por las mejillas de su sobrina adorada—. Conozco a tu padre y a todos los Garnett, te aseguro que ninguno lo permitirá.

—No es justo.

—Extrañamente la vida no siempre lo es.

—Puedes hacer algo, habla con *avô*...

—Pequeña, nos pones en una situación muy difícil, tu padre está de por medio, y personalmente, no quiero que te arriesgues.

—Es seguro —dijo limpiándose las lágrimas, porque no quería por nada del mundo dejar su pasión de lado. No estaba dispuesta a regresar a la academia, y de no poder volver a la favela, era como dejar morir una parte de sí.

—No puedes asegurarlo.

Elizabeth chilló, le dolía mucho tener que renunciar a sus sueños solo porque su familia no podía comprenderla.

Sophia se levantó, bordeó el escritorio, se paró junto a ella y empezó a acariciarle el pelo. Elizabeth la abrazó por la cintura y escondió la cara contra el vientre de su tía, mientras ella seguía con sus tiernas caricias.

—Amo la capoeira tía... —Gimoteó—. No me importaría morir en la favela con tal de ir a una roda.

—Lo sé cariño, sé que es parte de tu vida.

—Y no voy a volver a la academia... No lo haré.

—No lo hagas, no quiero que lo hagas, porque quedó demostrado que esos no son compañeros, sino unos traidores.

Sophia se quedó muy callada, dejando que Elizabeth se desahogara. Le dolía ser la mala de la historia en ese momento y tener que prohibirle esa pasión que su propio padre le había inculcado, pero prefería verla llorar a que algo malo le sucediera.

CAPÍTULO 16

Elizabeth lloró por varios minutos, hasta que se obligó a calmarse, a hacer a un lado su propia mala suerte e ir a ver cómo estaba Alexandre. Confiaba en que su abuelo hubiese sido prudente a la hora de tocar el tema y no reclamarle duramente por algo a lo que ella lo había orillado.

Su tía le limpió las lágrimas con los pulgares mientras le regalaba una sonrisa cargada de consuelo y ternura.

—Ya, no te preocupes, verás que encontrarás otra manera de seguir con tu pasión... Puedes luchar con Alexandre, estoy segura de que él encantado practicará contigo.

—El capoeirista no es tan encantador como Alexandre... A Cobra apenas lo tolero.

—No entiendo. —Sonrió confundida.

—Cuando se trata de capoeira, el hombre que amo desaparece y lo reemplaza un arrogante e insoportable contrincante. No es conveniente que practique con Cobra, créeme —argumentó, sintiéndose más tranquila, pero no resignada a dejar de lado su pasión ni sus visitas a la favela, porque ya no solo la llevaba ahí la capoeira, sino los amigos que había hecho.

—Realmente no sé nada sobre eso, pero te creo.

—Bueno, ya tengo que irme... —dijo levantándose.

—Cariño, no te molestes con nosotros. Nos lastimaría como no tienes idea que dejaras de visitarnos.

—No tía, no pienso hacerlo. Sé que no ha sido fácil para ti tener esta conversación. —La abrazó fuertemente—. Te quiero.

—Yo también mi pequeña, deja que te acompañe a la sala.

Salieron abrazadas de la oficina de Sophia, Elizabeth no quería mirarse la cara, pero estaba segura de que sería imposible esconder las huellas de su llanto.

Cuando llegaron a la estancia donde estaban reunidos Alexandre y Reinhard, ella se extrañó ante la tranquilidad que ambos hombres mostraban; tanto, que empezó a dudar de que su abuelo le hubiese comentado algo.

Su abuelo la miró en silencio, de la misma manera en que lo había hecho su tía, no la desamparó hasta que se hubo sentado al lado de Alexandre.

Él le sujetó la mano, entrelazando sus dedos a los de ella; después se la llevó

a la boca y le besó suavemente el dorso, dedicándole una mirada de infinito amor, pero pudo percibir en sus ojos que también había tristeza.

—Es mejor que regresemos a casa —susurró ella.

—Está bien. —Él estuvo de acuerdo.

Elizabeth se despidió de su abuelo con un fuerte abrazo y varios besos, haciéndole saber que no estaba molesta con él; después de todo, ni él ni su tía tenían la culpa, estaban haciendo lo que creían era correcto para ella y evitando futuros reproches de Samuel Garnett.

Si deseaba permanecer en Río, al lado del hombre que amaba, lo más conveniente era renunciar a su pasión por la capoeira, o mejor dicho, por el juego duro.

Se subió a la moto detrás de Alexandre, abrazada fuertemente a él y dejó descansar su mejilla derecha contra la fuerte espalda; no quiso usar el casco, permitiéndole al viento que le arremolinara el pelo.

En pocos minutos se dio cuenta de que no irían a Copacabana, pero tampoco le preguntó a dónde la llevaría; quizá él solo quería conducir sin rumbo y dejar en blanco la mente, lejos de tantas preocupaciones y malos momentos que ella le había llevado a su vida.

Posiblemente hasta estaría pensando en la manera de decirle que lo mejor sería terminar la relación y pedirle que regresara a Nueva York. Que ese temor se atravesara en sus pensamientos provocó que la sangre se le helara y el corazón redujera sus latidos dolorosamente; inevitablemente apretó más su abrazo y empezó a besarle la espalda, mientras se tragaba las lágrimas que el miedo había subido a su garganta.

Alexandre mantuvo el equilibrio de la moto con una sola mano y se aferró a las de ella, mientras le brindaba una suave caricia con su pulgar, tratando de consolarla. Sabía que no estaba pasando por un buen momento, y le dolió mucho ver que había llorado. Era testigo de cuánto amaba ese deporte, tanto, que no le importaba exponer su vida con tal de estar en una roda; y no era justo que tuviera que frenar su pasión.

El sonido del viento hacía eco en sus oídos y jugueteaba con su pelo. A medida que subían por la escarpada carretera que franqueaba la selva tropical del Parque Tijuca la temperatura se hacía más agradable.

Alexandre paró la moto frente al gazebo de bambú con arquitectura china, que servía como uno de los más famosos miradores de la ciudad, por toda esa historia de agradecimiento hacia los chinos y su té.

Había varias personas en el lugar, disfrutando de las vistas y fotografiándose; sin embargo, él le ayudó a bajar, y tomados de las manos caminaron hasta el monumento. Sin decir palabras se sentaron en el banco de bambú que circularmente quedaba en su totalidad amparado por el gazebo.

Alexandre se sentó ahorrajada en la banca, y Elizabeth lo hizo entre sus piernas, apoyando la espalda contra su cálido pecho y descasando los pies sobre la banca.

Siguieron en silencio, solo mirando al horizonte, donde todos los emblemáticos morros de la ciudad se arropaban con nubes; también en algunos momentos disfrutaban de la vida de las demás personas que merodeaban por el lugar y se mostraban fascinados con la panorámica que desde ahí obtenían; su asombro los exponía, dejando claro que era primera vez que visitaban el lugar.

Alexandre cada vez que lo atacaban las ganas le daba suaves besos en la mejilla, y ella sonría más encantada que enternecida.

Cada vez era menos la afluencia de personas, vieron llegar e irse a mucha gente, hasta que prácticamente estaban solos bajo el pabellón.

—¿Estás bien? —Alexandre susurró la pregunta en su oído.

—Sí... Más o menos —confesó, porque a pesar de que intentaba distraerse no podía dejar de pensar en lo que había pasado en la casa de Reinhard Garnett—. ¿Qué te dijo mi abuelo? Espero que no te haya reclamado...

—No lo hizo, realmente me impresiona la manera en la que trató el tema... Elizabeth, tu padre y tu abuelo tienen razón, no es seguro que vayas a la favela... Ya te lo había dicho —dijo con voz calma.

—Ellos no pueden entenderme...

—Y tú no puedes entenderlos a ellos. —Le sujetó la barbilla y le hizo volver la cabeza, para que lo mirara a la cara—. Mi vida, ya perdí a Branca en ese lugar... Si algo te llegara a pasar no podría superarlo, de ninguna manera, seguramente enloquecería...

—Nada me pasará.

—No puedes estar segura de eso, realmente te amo y sé que amas la capoeira, pero no te volveré a llevar.

—Entonces, ¿me estás pidiendo que me olvide de una de las cosas que más me apasionan? ¿Sabes lo que me pides?

—No es eso cariño, puedes seguir siendo capoeirista a donde vayas... Me dijiste que querías armar una roda con los amigos que conservas de la academia, pueden hacerlo con frecuencia... Hagámosla.

—No, ellos no saben de juego duro.

—¿Y qué importa? Sé comportarme, iré contigo... ¿Qué me dices? ¿La organizamos? —propuso, tratando de sonreír. Aunque también estaba desconsolado, porque había tomado la decisión de tampoco volver a las rodas de la favela para no torturarla; no era justo que él se fuera mientras ella se quedaba en la casa, anhelando poder ir.

—No lo sé Alex, ahora mismo nada de eso me agrada, porque solo quiero lo que ya tenía. Me gusta mucho ir a la favela y compartir con tus amigos...

—Ya tendrás oportunidad de verlos en algún lugar seguro. —Le besó la sien, y ella suspiró.

Volvieron a quedarse en silencio hasta que decidieron volver al apartamento.

Otro día que Alexandre no podía ir a almorzar al apartamento, y ella no quería comer sola. Estaba pensando en pedir algo para comer en su oficina cuando

escuchó a varias chicas de las que trabajaban en la boutique hacer planes para ir a un restaurante orgánico, que quedaba a pocas calles.

—¿Puedo ir con ustedes? —Les preguntó, todas rondaban casi su edad. Se encargaban de ayudar a la clientela de la firma a elegir las prendas adecuadas, según el color de piel, el estilo y las exigencias de cada quien.

Las jóvenes se quedaron varios segundos tratando de procesar las palabras de su jefa. Lo que menos se imaginaban era compartir la hora del almuerzo con Elizabeth Garnett, eso para ellas era más de lo que podían esperar.

—Sí..., sí, claro. —Se aventuró a responder una de ellas, asintiendo con insistencia.

—Por supuesto —comentó otra con la sorpresa reflejada en los ojos.

—Entonces voy por mi cartera y regreso.

—Está bien, aquí te esperamos.

En cuanto Elizabeth se fue a su oficina ellas se miraron unas a otras, sin poder creérselo. No es que la joven fuese pretenciosa, de hecho, era tan amigable que les había pedido que la tutearan, y siempre que llegaba o se iba las saludaba, pero de ahí a compartir durante el almuerzo era casi increíble.

—Lista, ¿nos vamos? —preguntó Elizabeth sonriente.

—Sí, vamos. El restaurante queda a un par de calles —dijeron acoplándose a su paso.

—¿Qué tal es la comida? —preguntó para iniciar un tema de conversación mientras iban por la calzada.

—Es muy buena, realmente es orgánica. Ya sabes que muchos establecimientos sellan los alimentos como «bio», pero realmente no son de origen bilógicos. Pocos saben que esa etiqueta es porque contienen bífidus...

—La chica parloteaba sobre la calidad de los alimentos orgánicos, lo que dejaba claro que le apasionaba el tema y que posiblemente era la que

arrastraba a las demás a comer más saludable.

Mientras Elizabeth pensaba que en las últimas dos semanas Alexandre estaba teniendo más trabajo del normal y que no era justo que se robaran tantas horas de su tiempo. Comprendía que era su trabajo y que debía cumplir con él, y que quizá le remuneraban económicamente las horas que estaba invirtiendo de más, pero no se acostumbraba a la falta que le hacía al mediodía.

Quería imaginar que trabajaba en horas de almuerzo porque realmente se lo estaban exigiendo y no porque él se estuviera ofreciendo simplemente para tener más ingresos por tenerla a ella en casa; jamás se perdonaría que por su culpa tuviera que agotarse física y mentalmente.

Un vendaval de pelaje blanco que se arremolinó a sus pies y casi la hace caer la sacó de sus pensamientos. Todavía no era consciente de lo que pasaba hasta que vio cómo sus acompañantes corrieron despavoridas, dejándole completamente claro que carecían de todo valor.

—¡Pirata! ¡Pirata! —Escuchó que llamaban al perro que se levantaba en sus dos patas traseras y con las delanteras se apoyaba en ella, amenazando con hacerla caer, fue entonces que vio esa mancha marrón oscura en el ojo que hizo que lo reconociera.

—¡Hola pequeño! —Se acuclilló emocionada de ver al cachorro que había crecido mucho desde la última vez que lo vio, pero sabía que todavía era joven—. Hola Pirata. —Sonreía jugueteando con las orejas paradas del animal, que agitaba con energía el grueso rabo.

Hasta ella llegó corriendo Wagner, que traía el *skate* en una mano y en la otra la correa de su mascota.

—Al parecer te reconoció —dijo con la voz entrecortada por el esfuerzo que implicó correr varias calles, tratando de alcanzarlo.

—Así veo, ¿cómo estás? —preguntó elevando la cabeza para poder mirarlo.

—Bien —dijo a secas, al tiempo que se doblaba y le ponía la correa.

—¿Por qué no has contestado mis llamadas ni mis mensajes? —preguntó, levantándose al mismo tiempo que Wagner.

Ambos eran observados por las chicas que la acompañaban y que detuvieron su carrera a varios metros.

Elizabeth había tratado de comunicarse con él, porque a pesar de estar enamorada de su rival, todavía lo consideraba su amigo.

—¿Porque no tenemos nada de qué hablar? —dijo él muy serio, dejando salir su orgullo, aunque por dentro estuviese feliz de verla y parecerle que se veía cada vez más linda.

—Lo entiendo —susurró entristecida—. Wagner, no creo justo que hayas dejado de ir a la favela, te apasiona el juego duro...

—Eso debiste pensarlo antes de meterte con Cobra —reprochó, sintiéndose todavía muy dolido.

—Eso no tiene nada que ver.

—Tiene todo que ver, no iré a hacer el ridículo.

—No lo harás, lo único que tienes que hacer es aclarar la situación, decirles que solo inventamos todo ese cuento de que éramos novios para que Fabio me dejara entrar... Es la verdad.

—No Elizabeth, y no finjas preocuparte por mí.

—No lo finjo, me preocupo... En serio quiero que regreses, igual yo no podré regresar, es imposible que vuelva —confesó sintiendo que la impotencia y la tristeza volvían a golpearla con todas sus fuerzas.

Él se moría por preguntarle la razón, pero prefirió reservarse sus deseos.

—Eso ya no importa, ya Fabio me está averiguando en otra favela para ir con nuevos jugadores...

—Es peligroso Wagner, sabes que en otras no te conocen...

—Fabio arreglará todo.

—No te expongás, en serio, regresa a Rocinha, yo no volveré —dijo mirándolo a los ojos. Le dolía que su amigo ya no lo fuera.

—No me importa lo que hagas o no hagas.

—No entiendo Wagner. —Negó con la cabeza—, una cosa es nuestra amistad y otra mi relación con Cobra...

—No es otra cosa, es mi rival, entiende que jamás podremos ser amigos; no mientras estés con él.

—No es justo que me pongas a escoger.

—No fue justo que te hicieras novia precisamente de mi enemigo...

—La enemistad de ustedes solo es una estúpida guerra de egos, que no debería traspasar las rodas —reprochó ella, ya cansada de querer encontrar una solución para recuperar su amistad.

—Posiblemente una guerra de egos fue lo que nos hizo rivales, pero ahora la situación se volvió más seria, es personal —confesó, tiró suavemente de la correa de Pirata y siguió su camino, pasando frente a Elizabeth, quien se quedó mirándolo.

Ella se tragó el remolino de lágrimas que se le formó en la garganta y parpadeó rápidamente para no derramarlas. Sentía tristeza, pero también mucha rabia. Sin embargo, ya estaba harta de pensar en el daño que podía causarle a los demás con sus decisiones, no era ella quien decidía dañarlos, eran ellos mismos quienes lo hacían, ellos y su falta de comprensión.

Llevada por la resolución que había encontrado en el momento taconeó con energía hasta donde la esperaban las chicas.

—Sí que les dio un buen susto Pirata. —Sonrió esforzándose por mostrarse con buen ánimo.

—Sí —dijeron al unísono y soltaron unas risitas, sintiéndose todavía

nerviosas.

—Si es un amor, apenas es un cachorro. —Siguió sonriendo, tratando de olvidar el altercado recién vivido.

Comprobó que ciertamente la comida era muy buena, a pesar del mal momento experimentado disfrutó de su almuerzo y de la compañía de las jovencitas, a las cuales conoció un poco más. Esperaba crear algún vínculo de amistad y contar con compañía cuando Alexandre volviera a trabajar en ese horario.

En el camino de regreso recibió una llamada de Renato, quien le juraba con tono nervioso que él no le había contado nada a nadie, que realmente no sería capaz de exponerla.

Elizabeth sonrió enternecida y se juraba que si tuviera a su primo en frente se lo comería a besos, estaba segura de que él no había abierto la boca; conocía bien a su padre y sabía que Samuel Garnett contaba con los medios para enterarse de cada paso que ella daba. No le extrañaba para nada que en algún lugar a pocos metros estuviera algún investigador, tomándole fotos para hacérselas llegar, sabía que en tiempo real su padre se había enterado de lo que había pedido para almorzar.

—Sé que no fuiste tú.

—No sé cómo se enteraron.

—Fue mi papá, pero ya no te preocupes por eso. Después de todo, no podré escaparme nuevamente.

—Eli, sé que no puedes comprenderlo, pero considero que es lo mejor.

Ambos fuimos testigos de lo que pasó ese día, pudimos morir a causa de una bala perdida... Es muy peligroso.

—Lo sé... Renato. —Se quejó—, pero ya no quiero hablar de eso, porque me llena de impotencia. Lo único bueno de todo esto es que sé que puedo contar con tu fidelidad.

—Siempre —aseguró.

—Y tú con la mía, así que puedes contarme a quién vas a ver cada vez que te escapas a Santiago. —Su voz de congoja se transformó en una cargada de picardía.

—No, eso sí que no. Lo siento prima, pero no hay nada que me interese en Santiago, solo voy porque necesito desconectarme del mundo...

—Renatinho, eso es imposible, tú te desconectas media hora y mueres.

Además, el internet en la casa en Valle Nevado es rapidísimo, si me dices que te vas a desconectar del mundo a algún lugar remoto, en el que apenas llega la civilización, al mejor estilo de Julian te lo creo... Pero ¿en Valle Nevado?

Definitivamente no, sé que vas a ver a alguien...

—Eli..., no te escucho, ¿Eli?... ¿Elizabeth? ¡Hola...? Parece que falla la conexión, adiós... Después te llamo. —Terminó la llamada en medio de la piadosa mentira que solo él pensó que su prima se creería.

—Desgraciado —mascullo divertida, segura de que le había cortado a propósito.

No volvería a llamarlo, pero apenas tuviera la oportunidad seguiría insistiendo, hasta enterarse del mejor secreto guardado de su primo.

CAPÍTULO 17

Alexandre despertó con una ingeniosa tienda de campaña en la zona sur de su cuerpo, era común que eso le pasara durante la noche y por las mañanas; sabía que podía volverse a dormir y se le pasaría, pero ahora que tenía el cálido cuerpo de su mujer a su lado no tenía por qué ignorar sus deseos.

Sin embargo, necesitaba asegurarse de cuánto tiempo faltaba para que la alarma sonara, la que les recordaría que debían levantarse y enfrentarse a la despedida que los mantendría separados por cuatro días.

Elizabeth se iría a Tailandia para cumplir con sus obligaciones, mientras que él se quedaría en los preparativos de la sorpresa que la estaría esperando a su regreso.

Miró en su teléfono y todavía tenía una hora y diez minutos para seguir durmiendo, pero prefirió invertir ese tiempo amando a su mujer y no perdiéndolo en la inconsciencia del sueño. No podía desperdiciar la oportunidad ahora que la tenía.

Aprovecharía que estaba más que preparado para disfrutar del placer que el cuerpo de Elizabeth le proporcionaba; encendió la luz para poder llenarse la mirada con su perfecta silueta.

Ella estaba completamente rendida a su lado, acostada bocabajo y de cara al otro lado; con mucho cuidado empezó a halar la sábana, descubriendo el curvilíneo cuerpo de su mujer, y ella ni se enteraba.

La camiseta suya que se había puesto la noche anterior se le había subido hasta la cintura, dejando al descubierto el culote trasparente color salmón.

La fina tela se perdía entre las medialunas perfectas que eran sus nalgas, el respirar tranquilo en el influjo de su espalda le dejaba saber que todavía estaba rendida, por lo que se levantó y se puso ahorrajadas sobre ella, apoyando las rodillas a cada lado del cuerpo femenino, a la altura de los muslos.

Elizabeth se removió y él contuvo el aliento, como si con el hecho de respirar pudiera despertarla; esperó casi un minuto para seguir con su fascinante travesura.

Con las yemas de sus dedos trazó círculos en las suaves nalgas cubiertas por la delgada tela, pasito a pasito escaló con sus dedos hasta la liga de la pequeña prenda y empezó a bajarla muy lentamente; una vez más, temiendo hasta pestañar para no despertarla.

Milímetro de piel que iba descubriendo milímetro de piel que iba besando cuidadosamente, hasta que dejó la pequeña prenda enrollada en sus muslos.

Desde ese punto empezó a regalarle a las palmas de sus manos la onírica suavidad de la piel de Elizabeth, subió lentamente, paseándose por las nalgas hasta que se encontró con la barrera de la camiseta, pero supo sortearla muy bien al introducir sus manos por debajo de la tela, que con su movimiento en ascenso siguió desvistiéndola y acariciándola al mismo tiempo.

—¿Qué se supone que haces? —preguntó risueña.

—Te estoy aprovechando —susurró, buscando los pechos para apretarlos.

—¿No crees que es muy temprano para eso? —gimió complacida cuando esas fuertes manos se cerraron entorno a sus pechos, mandando al diablo todo indicio de sueño.

—Contigo nunca es suficiente, el tiempo deja de existir en tu cuerpo y en tu mirada —confesó agazapándose sobre ella.

—No creo que la aerolínea detenga sus operaciones solo para que tú me ames, necesito saber si tenemos tiempo...

—Lo tenemos, ¿quieres que te dé mi despedida? —preguntó en su oído, sin dejarle caer el peso de su cuerpo.

—Ummm... —Gimió elevando las caderas un poco, en busca del contacto de sus cuerpos, y empuñó las sábanas al sentir lo duro que estaba—, eso no se pregunta. Quiero que me des la mejor de las despedidas, una que nunca pueda olvidar.

—¿Vas a extrañarme? —preguntó tirando suavemente del lóbulo de la oreja.

—No te haces la mínima idea.

Alexandre bajó la mano entre el colchón y su cuerpo, deslizándola con seguridad por su vientre; pasó por su pubis y se hizo espacio con su dedo medio entre los latentes pliegues.

—También extrañaré esto, esta humedad —murmuró con la voz temblorosa por la excitación que lo estaba incendiando por dentro—. Tu suavidad, tus gemidos, tu voz, tu risa encantadora... —hablaba mientras frotaba circularmente con la yema de su dedo el erecto clítoris, y ella se retorció suavemente ante su toque, le encantaba sentir cómo la respiración se le agitaba poco a poco.

—¿Mi risa encantadora? —preguntó con un jadeo atravesado en la garganta—. Todos se quejan de mi risa, dicen que es demasiado escandalosa.

Aunque no lo creas, me han hecho *bullying* por eso.

—Para mí lo es, me fascina tu risa enérgica y contagiosa.

—Creo que estás perdidamente enamorado si crees que mi risa es linda.

—Lo es, me gusta todo de ti... Estoy loco por ti mi *gostosa...*, mi *moça* de ojos hechiceros —susurró roncamente y empezó a besarle y mordisquearle la oreja, el cuello y el hombro.

Elizabeth soltó las sábanas y llevó las manos hacia atrás, para atraparlo y pegarlo a su cuerpo.

—Amor, te necesito por favor... Métemela, la necesito dentro... Toda —suplicó apretando fuertemente la tela de la bermuda que él todavía llevaba puesta, y también unía sus piernas y movía su pelvis, buscando que los dedos de Alex le brindaran más fricción.

Los pedidos de Elizabeth siempre eran como órdenes que él gustosamente cumplía, le repartió varios besos y también lamió su piel al tiempo que recargaba su peso sobre una mano y las rodillas, aprovechó la mano libre para bajarse la parte delantera de la bermuda, sacando su ansiosa erección y la condujo a ese lugar donde ella tanto lo ansiaba.

Elizabeth escondió la cara en el colchón y mordió la almohada para contener el jadeo que se quedó en su garganta y que estaba a punto de hacer explotar las venas de su cuello. Gozaba extraordinariamente cada segundo de esa invasión que la llevaba al mismísimo cielo.

Sentía la respiración pesada y entrecortada de él calándole el oído; el cuerpo fuerte y fibroso acoplándose al suyo, se hundía en ella lenta y profundamente, una y otra vez, sin prisa, alargando el momento, haciéndolo realmente sensitivo.

—Te amo *delicia* —susurró una y otra vez, cada vez que irrumpía en sus entrañas—. Qué rico es sentirse así, justo así... Realmente eres mi *gostosa* —aseguraba hundido muy profundo en ella, y con lentitud volvió sus movimientos circulares.

Todo el cuerpo de Elizabeth se tensaba ante el placer, cada poro de su cuerpo sudaba de gozo.

—Así amor, así —chillaba derretida ante lo que ese hombre le hacía—.

Lo quiero más rápido, más..., más... —imploraba por ese hombre que le hacía sentir como ningún otro; como él podía elevarla al cielo otros simplemente la exaltaron unos cuantos metros.

Alexandre tuvo que abandonar el cuerpo caliente y húmedo de Elizabeth para poder quitarse la bermuda con rapidez, y de un tirón le sacó el culote, mientras que Elizabeth se quitó la camiseta.

Él la tomó por sorpresa al sujetarla por las caderas y de un contundente movimiento la hizo poner a gatas, y la embistió de una fuerte y categórica estocada.

Elizabeth arqueó la espalda ante la fuerte invasión que le nubló la vista e hizo llover entre sus piernas; tras eso, el golpeteo de sus pieles fue ruidoso, fuerte, casi violento.

Ella dejó que se le aferrara al pelo y la retuviera por la clavícula, la tensión que provocaba en su cuero cabelludo era dolorosa y deliciosa al mismo tiempo.

Sin duda esa era la posición en la que más gozaba, podía sentir que todas sus terminaciones nerviosas vibraban; y estaba segura de que también lo era para Alexandre, pues él también se volvía más ruidoso y más efusivo penetrándola

de esa manera.

Le excitaba todavía más escucharlo gruñir y resoplar cada vez que chocaba contra sus nalgas, que ardían con cada golpeteo, pero se lo gozaba demasiado como para quejarse.

Perdió el sentido del tiempo y del espacio, cada nervio de su cuerpo se contrajo, provocando que se tensara por entera hasta hacerla estallar; para luego volver a la realidad totalmente debilitada y temblorosa. Su fuerza se extinguió y casi se desplomó en la cama, pero se mantuvo en su lugar por casi un minuto, esperando a que Alexandre también encontrara el placer absoluto.

Él salió de su cuerpo, y de su centro escurrió la fiel prueba de que por el momento había terminado. Ambos se desplomaron en la cama, con sonrisas de gran satisfacción, los pechos totalmente agitados y despeinados.

Elizabeth todavía sin aliento y con una sonrisa se acercó y lo besó ardientemente, tratando de encontrar oxígeno en su boca.

—¿Pensaste que te irías sin despedida? —preguntó él, apartándole el pelo sudado de la frente.

—Creía que anoche lo haríamos, pero supongo que estábamos demasiado cansados, porque no recuerdo en qué momento me quedé dormida —respondió mirándolo con todo el amor que sentía por él fijado en sus pupilas.

—Lo hiciste en el sofá, tuve que traerte en brazos.

—No, no mientas —dijo sonriente y le golpeó el pecho.

—Así fue, pero si no quieres creerme no importa. —La abrazó y le besó la frente.

La noche anterior se habían reunido con Bruno, Manoel y Carmen, algunos de los capoeiristas de la academia para proponerle hacer una roda fuera de las aulas; concluyeron que el mejor lugar sería en las adyacencias de la Laguna Rodrigo de Freitas.

Manoel, quien conocía a otros capoeiristas dijo que les extendería la invitación, y todos estuvieron de acuerdo, porque a más participantes más entretenido el juego.

Para los que estuvieron con ellos no era un secreto la relación que llevaban. Ella se había encargado de mostrarlo en sus redes sociales, después de que algunos medios especularan que el hombre con el que se le había visto era Marcelo Nascimento.

Fue Alexandre quien le insistió que buscara a sus amigos y programara un juego, la convenció de que fuera de la academia podía jugar como quisiera, no necesitaba acatar las reglas impuestas por las instituciones. Si lo que quería era divertirse en una roda, jugar con el alma y el cuerpo podía hacerlo en cualquier lugar.

El encuentro se extendió más de la cuenta, porque se animaron como ella verdaderamente no lo esperó, y eso la hizo muy feliz. Sintió las esperanzas renovadas, tanto como para haber llamado a su tía a medianoche para darle la noticia.

Ahora podía irse totalmente feliz y tranquila de viaje, porque sabía que a su regreso la esperaba una roda con capoeiristas que Alexandre y ella amoldarían al juego duro. Sabía que eso llevaría tiempo, pero estaba dispuesta a invertir todo el que se necesitara.

Se dio cuenta de que estaba muy equivocada en cuanto a Alexandre, no era para nada pesimista, por el contrario, la mayoría del tiempo solía ser más optimista que ella.

—¿Programaste la alarma con tiempo de preparar el desayuno? — preguntó Elizabeth jugueteando con los vellos del pecho masculino.

—Así es, supongo que dentro de poco sonará. —Estiró la mano para agarrar su teléfono y mirar la hora, pero ella se la retuvo.

—¿No te parece buena idea reemplazar el desayuno por otro orgasmo? — propuso mirándolo a los ojos.

—Es primordial que te alimentes...

—Prometo que comeré algo antes de subir al avión. —Le sonrió como una niña buena.

—Entonces, prepárate *delicia*. —La envolvió entre sus brazos y rodaron en el colchón, hasta que él quedó encima de ella.

Alexandre se perdió en su sonrisa y su mirada, mientras Elizabeth lo encarcelaba entre sus piernas y le acariciaba los poderosos brazos.

—Te amo. —Le recordó con esa mirada brillante y esa encantadora sonrisa con la que podría conseguir cualquier cosa.

—Que lo hagas es el mayor premio que la vida haya podido darme.

—¿Y Luana?

—Son cosas distintas, lo sabes.

—Lo sé, solo quiero molestarte. —Siguió con esa sonrisa que lo tenía temblando.

Elizabeth empezó a acariciarle el rostro, como si intentara grabarse sus facciones en las palmas de las manos, y él, con los ojos cerrados se dejaba y disfrutaba de esas piadosas caricias.

A las manos de ella empezaron a acompañarla los labios, besaba cada pequeño espacio de su rostro, y Alexandre apenas podía creer que estaba siendo venerado de esa manera. Ella se encargaba de demostrarle en todo momento que era más de lo que había esperado, mucho más.

Le regalaba una ternura nunca vivida, le regalaba alegría a su remendado corazón; ella había llegado para darle luz a sus días, Elizabeth era la esperanza personificada.

Él todavía con los ojos cerrados buscó su boca y vagó con su lengua por cada recoveco, bebiendo de su aliento y saboreando su saliva. No apartó su boca de la de ella hasta que estuvo listo una vez más para clavarse en su interior.

Hicieron el amor como si fuera la primera vez, como si apenas descubrieran las sensaciones y emociones que estallaban en sus cuerpos. Se quedaron muy quietos, mirándose a los ojos, solo escuchando el latir enloquecido de sus corazones, hasta que la alarma interrumpió ese momento mágico.

Alexandre la dejó en el aeropuerto, se despidieron en medio de besos y promesas de volver a verse muy pronto, también de mantenerse comunicados en todo momento.

Marcelo tenía la mirada perdida en el espejo, se miraba sin realmente hacerlo, ni siquiera sus pensamientos viajaban a ninguna parte, era como estar perdido en el tiempo y el espacio, no era plenamente consciente de que llevaba más tiempo del normal lavándose las manos.

Posiblemente solo estaba alargando el tiempo consigo mismo y en busca de valor para volver a la mesa donde lo estaban esperando hombres con los que tenía que relacionarse por trabajo. En realidad estaba cansado de tantos compromisos, había trabajado sin cesar por muchos años, ya no recordaba la última vez que se había tomado unas vacaciones, unas de verdad.

Siempre que viajaba lo hacía porque tenía obligaciones que atender, no por placer, no para desconectarse del mundo y disfrutar de las pequeñas cosas de la vida.

Sí, económicamente tenía todo lo que cualquiera pudiera desear, pero él seguía anhelando poder haber tenido lo que tuvo su hermano, tener a Branca, que Luana fuese verdaderamente su hija; quizá la tuviera viviendo con él y todo sería completamente distinto, estaba seguro de que no le importaría estar viviendo en una favela.

Solo su niña era la única que lo hacía verdaderamente feliz, los momentos junto a Luana y Jonas eran los únicos en que las ocupaciones perdían todo peso.

La puerta del baño se abrió y un hombre pasó tras él hacia uno de los cubículos, fue suficiente para que su momento a solas llegara a su final.

Alejó las manos del chorro de agua y se las secó con una servilleta de papel, la cual arrugada lanzó a la papelera y salió del baño. De frente estaba la puerta del rogador femenino y se abrió al mismo tiempo.

Imaginaba que era la última persona a la cual se encontraría, pero no pudo evitar que su corazón aumentara ligeramente sus latidos y el estómago se le encogiera al ver a Constança Saraiva, que bien sabía tampoco era su nombre.

Estaba parada frente a la puerta, al parecer estaba tan sorprendida como él de encontrárselo ahí.

Tragó en seco y buscó aplomo para mostrarse imperturbable ante la mujer, no sabía si ignorarla o ser convenientemente amable, pero no pudo hacer ni lo uno ni lo otro, sino que fue arrogante y exigente.

—¿Qué haces aquí? —Más que una pregunta era un reproche.

—No es de tu interés. —De manera inmediata ella se puso a la defensiva y se mostró altiva.

Él quería decirle que sí lo era, que deseaba saber si estaba sola; quizá si la invitaba a la mesa haría que la reunión a la que debía volver fuese menos tediosa.

Por más que lo había intentado no lograba olvidar los días que pasaron en la

hacienda Buena Vista, cómo logró compenetrarse con ella mientras le enseñaba a jugar golf, hasta creyó que había disfrutado de su compañía y del par de besos que tuvieron que darse para poder convencer a los presentes, pero recordaba que el arte de esa mujer era fingir.

No era conveniente embarcarse en una conversación cargada de tensión, por lo que sin decir nada más caminó de regreso a su mesa, conteniendo las ganas de mirar por encima de su hombro, para ver si iba a seguirlo o si se quedaría en el lugar.

Tuvo que enfrentarse al inevitable momento de llegar a la mesa donde lo esperaban sus tres acompañantes, no se disculpó por la demora, solo se sentó y le dio un trago al wiski, con el que esperaban hacer buena digestión.

Volvió a enfocarse en la conversación; sin embargo, su mirada, producto de la ansiedad se escapaba de vez en cuando hacia el pasillo que daba a los baños.

Ese subidón de emoción que sentía en la boca del estómago y los nervios que recorrían su cuerpo se hicieron presentes cuando la vio aparecer, ella caminó al otro extremo del restaurante, y él la siguió con la mirada; se dio cuenta de que no era el único que se volvía a verla, su seguridad, belleza y elegancia atraía a varios de los hombres en el lugar.

Se acercó a una mesa donde la esperaba un hombre que aparentaba más de cincuenta años, él le sonreía embobado y ella correspondió con la seguridad de que lo tenía comiendo en la palma de su mano.

No podía comprender sus sentimientos en ese momento, de lo único que estaba seguro era de que quería levantarse e ir por ella y alejarla de ese hombre, sentía ganas de reclamarle por haber aceptado salir con otro. Había empezado a sentirse furioso y no sabía por qué, era como si estuviese perdiendo el control sobre algo que le pertenecía.

—Permiso. —Se disculpó con sus acompañantes y se levantó de la mesa, decidido a ir por ella, pero no había dado un paso cuando perdió el valor.

Sin embargo, necesitaba hacer algo con urgencia, por lo que se dirigió a la terraza del restaurante, buscó su teléfono en el bolsillo interno de su chaqueta

y le marcó a Simone.

Esperaba impaciente y maldecía cada vez que el teléfono repicaba y no contestaba, casi la razón lo hacía desistir cuando la mujer atendió.

—Marcelo, qué gusto que llames —saludó tan dispuesta como siempre—.

¿Cómo estás?

—Hola Simone, bien —dijo hosco, sin ganas de socializar en ese momento.

—Sé lo que necesitas, solo dime para cuándo...

—Ahora mismo, para recogerla en un par de horas —interrumpió—.

Quiero a Constança Saraiva.

—Marcelo, es imposible, ella no está disponible en este momento, y no estará por los próximos tres días. —Le hizo saber apesadumbrada, aunque Marcelo fuese uno de sus mejores clientes esta vez no podía complacerlo. Su chica estaba ocupada con un empresario suizo que estaba en la ciudad por negocios, pero que también necesitaba un poco de distracción—. Conoces a varias, Charlotte era tu favorita...

—Lo sé, pero necesito a Saraiva... Está bien, no te preocupes, lo solucionaré.

—Estaba irritado porque sabía que nada podría hacer.

—Tengo una chica nueva, es española... —propuso entusiasmada.

—No, no me interesa. No te preocupes Simone, tampoco era tan necesaria. — Terminó la llamada, guardó su teléfono y en su camino hacia la mesa su mirada se encontró con la marrón de ella, quien rápidamente disimuló y se volvió sonriente al hombre que la acompañaba.

Entonces él decidió ignorarla totalmente y se esforzó por fingir que lo pasaba muy bien con sus acompañantes.

Cuando el hombre rubio que la había contratado pidió la cuenta, también quiso hacerlo, quizá para seguirlos, pero resolvió soportar un poco más. La vio

pararse y caminar colgada del brazo del hombre, sonriéndole con total complicidad, como no lo había hecho con él; lo que lo hizo sentir más furioso, pero permaneció inmóvil en su puesto, sin perder la dignidad.

CAPÍTULO 18

Alexandre esperaba ansiosamente el vuelo proveniente de Bangkok, estaba plantado frente a la pantalla que anunciaba los arribos, siendo presa de la ansiedad.

Aunque se había mantenido en contacto con Elizabeth, lo cierto era que oír su voz o verla a través de una pantalla no se comparaba mínimamente a tenerla en sus brazos, sentir su piel y oler su pelo. Le había hecho mucho mal haberla tenido a su lado por tanto tiempo, ella no solo se había apoderado de su espacio, sino que se había convertido en una necesidad, por lo que los cuatro días sin ella habían sido realmente tortuosos.

Cuando la voz computarizada anunció la llegada del vuelo, su corazón se desbocó de felicidad y su ansiedad se hizo más intensa, pero también empezó a sentirse muy nervioso, porque sabía que era inminente que le mostrara la sorpresa que le tenía. Aunque ahora empezaba a dudar si a ella le gustaría.

Estaba rodeado de personas que también esperaban la llegada de ese vuelo. Todos estaban ansiosos mirando a la puerta, esperando que se abriera y aparecieran sus seres queridos.

Uno a uno los pasajeros fueron apareciendo, de repente empezaron a salir más, y él buscaba con la mirada desesperadamente a Elizabeth. Suponía que por haber viajado en primera clase debía haber salido primero, pero ella seguía sin aparecer.

Su corazón dio una voltereta en su pecho y una sonrisa incontrolable se ancló en sus labios al verla rodando su maleta con una mano y en la otra un ramo de flores.

Sin que él se lo esperara ella dejó la maleta de lado, corrió hacia él con esa maravillosa sonrisa que le iluminaba el mundo y se le lanzó encima, aferrándose con las piernas a su cintura. Él la abrazó fuertemente y la besó, lo hizo con la misma intensidad con que la había extrañado.

En medio de ese beso se escaparon del mundo, todo lo que les rodeaba desapareció, solo existían ellos y sus más poderosos sentimientos.

—Son para ti —dijo ella, plantando el ramo de coloridas margaritas en el poco espacio que pudo hacer entre los dos. Cuando bajó del avión y pasó por migración las vio en una de las tiendas, e inmediatamente pensó en sorprenderlo con ese detalle.

Alexandre miró las flores y se sonrojó furiosamente.

—¿Para mí?

—Claro, no sé si te gusten las flores, pero las vi y quise regalártelas. —Le hablaba mientras él la ponía en el suelo y ella seguía ofreciéndole las flores que Alexandre todavía no se atrevía a recibir.

—Gra... gracias, se supone que quien debía traerte flores era yo —dijo recibiendo el ramo y sintiéndose un tanto avergonzado por cómo lo miraban las demás personas.

—¡Ay no! Esas son tonterías y convencionalismos. No está escrito en ningún lado que una mujer no pueda regalarle flores al hombre que ama. ¿No te gustan?

—Sí —dijo sin ser para nada efusivo, porque realmente no podía procesar ese momento, era el más extraño y bonito de su vida.

—Señorita —dijo un hombre de seguridad acercándole la maleta que había dejado botada.

—¡Gracias! —exclamó chispeante, tan enérgica como era.

—Bonitas flores. —Le dijo el hombre a Alexandre, quien no pudo decir nada.

—¿Cierto que son hermosas? —intervino Elizabeth—. A usted le gustan, ¿verdad?

—Sí, ojalá mi mujer me hubiese regalado por lo menos una rosa alguna vez en su vida —dijo sonriente y se alejó.

Mientras Alexandre estaba tan colorado como Elizabeth, la diferencia era que él no se había bronceado.

—¡Te extrañé! —Se abalanzó contra él, poniéndose de puntillas y cerrándole el cuello con los brazos.

—Yo también *moça*. —Volvió a besarla; sin embargo, no podía olvidarse de que tenía en sus manos el primer ramo de flores que le habían obsequiado en su vida, y para hacerlo todo más bochornoso, provenía de una mujer.

No podía ignorar los estándares impuestos por la sociedad, y lo que había hecho Elizabeth no era lo que dictaban precisamente, por lo que lo hacía sentir ridículo y halagado al mismo tiempo.

—¿Nos vamos? —propuso él—. Seguro que debes estar muy cansada.

—Sí, estoy agotada.

—No es para menos, después de veinticuatro horas de viaje —comentó y empezó a dudar si era conveniente presentarle su sorpresa en ese momento o dejarlo para después.

No, en verdad la ansiedad no le permitiría dejarlo para luego; caminaron hasta la taquilla donde se adquiriría el boleto para el taxi, y al salir se dirigieron a hacer la fila para tomar el auto.

Alexandre no aceptó que el chofer subiera la maleta en el maletero, lo hizo él mismo, después caminó hasta donde estaba Elizabeth a punto de subir y la retuvo por el codo.

—Espera.

Ella lo miró confundida, pero sin perder ni una pisca del buen ánimo que tenía.

Alexandre se dirigió al chofer.

—Señor, lleve esto a la Avenida Nuestras Señora de Copacabana, quinientos cincuenta y dos, edificio Oleari. Lo deja a nombre de Alexandre Nascimento por favor. —Le indicó y le entregó el ramo de coloridas margaritas.

—¿Qué pasa? —Le preguntó sonriente y confundida.

—Acompáñame —pidió, pasándole el brazo por encima de los hombros y la llevó con él.

—No me digas que nos vamos caminando. —Lo miró con ojos soñadores y un gesto divertido, pues ya se imaginaba que había venido en moto.

—¡No! Te tengo una sorpresa —Soltó una corta carcajada y le dio un beso en el pelo.

La llevó hasta donde la había estacionado.

—¿A dónde me llevarás? —curioseó antes de subirse.

—Si te lo digo dejará de ser sorpresa... Anda, sube. —La instó, haciendo rugir el motor.

Con una entusiasta sonrisa subió y se abrazó a él como tanto le gustaba, ansiosa por saber qué era eso que tenía para ella. En cuanto arrancó, la adrenalina se apoderó de su cuerpo; amaba la velocidad y la habilidad con la que él conducía.

El viento y los autos que rebasaban zumbaban en sus oídos, en poco tiempo abandonaron la Isla Del Gobernador, donde se ubicaba el aeropuerto y trazaron la ruta de norte a sur.

Alexandre paró frente al centro comercial RioSul, y ella todavía sentía la sensación del viento en la cara.

—¿Hemos llegado? —preguntó un tanto confundida.

—A la sorpresa no, pero es hora de comer.

—¿En serio? No, de ninguna manera vamos a comer antes de que vea lo que me tienes. ¡No juegues con mis nervios! —suplicó.

—No pensé que fueses tan ansiosa —comentó sonriente.

—Lo soy, y mucho... Anda mi cielo, vamos... Después comeremos.

—Está bien, pero a partir de aquí no podrás ver —condicionó, sacando un pañuelo negro de uno de los bolsillos traseros de sus vaqueros.

Elizabeth pensó que tenía que ser algo muy bueno como para que le vendara los ojos, así que no se opuso, pero cuando ya no pudo ver nada, el corazón se le instaló frenético en la garganta.

—Tengo miedo, ¿y si me caigo?

—Si te sujetas fuerte a mí no te caerás —dijo terminando de anudar el pañuelo.

Ella se quedó muy quieta, casi sin respirar, hasta que sintió el peso de Alexandre delante suyo en la moto; con manos temblorosas tanteó su espalda musculosa y después cerró sus brazos alrededor del torso.

—No tan fuerte. —Fingió estar sin aliento.

—¡Oh! ¡Lo siento! —Se disculpó y aflojó el agarre, después soltó una carcajada.

—¿Estás preparada? —preguntó haciendo rugir el motor, como un aviso de que estaba a punto de arrancar.

—¡Sí! Desde que dijiste que me tenías una sorpresa.

Alexandre no dijo nada, solo arrancó, provocando que el cuerpo de Elizabeth se impulsada hacia atrás, pero ella estaba bien aferrada a él.

Alexandre abandonó la Avenida Princesa Isabel, para adentrarse a la congestionada Atlántica.

Como Elizabeth no podía ver, el sentido auditivo se le había intensificado y estaba atenta al mínimo ruido; la moto se detuvo y la emoción se hizo más fuerte.

—Ya llegamos —avisó él—. Espera a que yo te baje. —No quería que por estar vendada tuviera algún accidente y terminara quemándose con el escape de la Harley.

Elizabeth no podía controlar la tonta sonrisa, y estaba en guardia; con las manos trataba de tantear todo lo que tenía cerca, pero solo se encontraba con el pecho de Alexandre.

—También estás nervioso —aseguró cuando sintió el golpeteo de su corazón contra las palmas de sus manos.

—Un poco, porque no sé si te gustará.

—Sé que sí, ya todo esto me tiene encantada.

—Bueno, de todas maneras, no te hagas altas expectativas.

—Está bien... ¿Puedes darte prisa? —pidió otra vez, llevada por la ansiedad.

—Vamos, te indicaré para que no tropieces —anunció y ella afirmó con la cabeza. Él se paró detrás de ella y la sostuvo por las caderas—. Puedes darte unos cuantos pasos... Sigue, sin miedo.

Elizabeth daba pasos dudosos pero avanzaba, de repente el bullicio de la calle desapareció y el calor veraniego fue reemplazado por un agradable frío de aire acondicionado. Solo escuchaba sus pasos y los de Alexandre.

—Buenas tardes..., gracias. —Fue lo único que lo escuchó decir y lo sentía hacer algunas señas. Entonces supo que había por lo menos otra persona presente—. Sigamos. —Le dijo al oído.

—¿Dónde estamos?

—Dentro de unos minutos lo sabrás. —Trató de tranquilizarla y le dio un beso en la cabeza—. Sigue..., cuatro pasos más y te detienes.

Elizabeth escuchó el sonido característico de un ascensor al abrir sus puertas.

—Ya sé, me has traído a un hotel —dijo con una amplia sonrisa—. Si lo hubiese sabido habría comido antes para reponer fuerzas.

—Te dije que comiéramos y no quisiste... Pero no, no es un hotel...

Disculpen, es una sorpresa. —Se disculpó Alexandre con las personas que los acompañaban y que sonrieron ante el comentario de la chica.

—Disculpen —dijo sonrojándose hasta la punta del pelo—. ¿Por qué no me dijiste que había más personas? —reprochó en un susurro, sintiéndose avergonzada.

—Porque no sabía que ibas a hacer un comentario tan ingenioso — masculló, haciéndole saber que también estaba ruborizado por el incidente.

Elizabeth escuchó algunas risitas y eso la hizo sentir más avergonzada, por lo que escondió la cara en el pecho de Alexandre.

—Hemos llegado, avanza. —Las puertas del ascensor se abrieron—.

Hasta luego. —Se despidió de las personas.

—Hasta luego... Y bienvenidos.

—Gracias —dijeron al unísono.

Elizabeth siguió avanzando, llevándose las manos a la venda, con ganas de arrancársela, pero no quería arruinar la sorpresa.

—Un paso más y te detienes, gira un paso a tu derecha —indicaba él y ella obedecía—. Extiende tus manos.

Elizabeth así lo hizo, se tropezó con algo liso y paseó las yemas de sus dedos.

—Ahora empuja. —Le pidió, y al tiempo que ella empujaba, él le quitaba la venda.

Elizabeth parpadeó varias veces, acostumbrando la vista, encontrándose con un amplio salón totalmente vacío, de pisos de mármol blanco, y de fondo una pared de cristal, que tenía la vista hacia la playa de Copacabana.

Inmediatamente su quijada cayó; ciertamente, no era lo más grande ni lujoso que veía, pero sí era lo que menos se esperaba.

—¿Esto qué es? —preguntó volviéndose a mirarlo por encima del hombro.

—Lo que ves —dijo sonriendo y sintiéndose nervioso—. Puedes entrar.

—Hizo un ademán para que avanzara.

Elizabeth dio un par de pasos dentro del agradablemente frío e iluminado salón. Las paredes blancas lo hacían lucir impecable y muy amplio; se notaba que estaba para estrenar.

—¡Ay, no puede ser! ¡Mira la cocina! —Corrió hasta donde había una espaciosa cocina con una isla y muchos muebles en un tono gris; era de estilo muy moderno. Se giró para mirar a Alexandre—. ¿Lo has comprado? ¿Es para nosotros? —preguntó frunciendo el ceño.

—Así es. —Afirmó con la cabeza y una sonrisa—. Sé que mereces algo mucho mejor, pero no voy a mentirte, es lo que por ahora está al alcance de mi presupuesto.

—¿Merezco algo mejor? ¡Estás loco! Si esto es un millón de veces mejor que donde estamos ahora Alex... Es mucho más amplio y actual... ¿Lo compraste? —preguntó con la sonrisa cada vez más amplia.

—No amor, lo alquilé.

—Pero si quieres puedo ayudarte a pagarlo; claro, si está en venta. Te puedo prestar... —Alexandre le tapó la boca, impidiéndole que terminara de expresar su idea.

—No, a cualquier cosa que digas es no. No vas a comprar nada. —Le descubrió la boca.

—Pero...

—No.

—Está bien, me doy por vencida —farfulló y se cruzó de brazos con el ceño fruncido, como una niña malcriada—. ¿Puedo seguir viendo? —Le pidió permiso.

Él volvió a hacerle un ademán, ella se paseó por el lugar, encantada de ver que era mucho más gran, realmente más grande; sin dudas, iban a dar un cambio de la tierra al cielo.

Corrió la puerta de cristal y salió al balcón que igualmente tenía media pared de cristal; suponía que estaban como en un séptimo piso. Después de inspirar en varias oportunidades llenándose los pulmones siguió enamorándose de la vista, que ya se conocía de memoria pero que nunca le cansaba, jamás tenía suficiente de Río.

Volvió al salón y Alexandre la tomó de la mano, guiándola por todo el apartamento.

—Esta es la habitación principal, será la nuestra. —Le anunció, y Elizabeth le plantó un sonoro beso en la boca al ver lo bonita que era; sobre todo, mucho más grande y con acabados más finos—. Tiene su propio baño... y algo muy importante, un jacuzzi.

—Me encanta.

Salieron de la habitación y se dirigieron a otra puerta.

—Este es el baño de visitas. —Abrió otra puerta—. Esta es otra habitación, para que Luana tenga su espacio cuando quiera venir a visitarnos.

Elizabeth se le colgó del cuello y empezó a besarlo con mucho entusiasmo, una y otra vez recibía el golpe de esos labios, pero él se encargó de detener el rebote y besarla con más lentitud y más profundidad.

—Estoy muy orgullosa de ti —confesó mirándolo a los ojos—. Has dado un gran paso, y no lo digo por mí ni por este apartamento, sino porque estás

pensando en tu hija, en crearle un lugar en tu vida. Me hace feliz, ambos lo merecen... ¿Cuándo nos mudaremos? ¿Ya Luana lo sabe? —curioseó muy emocionada.

—Lo haremos esta semana, y no, ella todavía no está al tanto.

—¿Hiciste todo el trámite el fin de semana? —Siguió preguntando como niña fisgona.

Él negó con la cabeza y le sonrió.

—No tuve que trabajar jornada corrida, te mentí... —Vio cómo ella abrió la boca, seguramente para protestar—. Lo siento cariño, pero debía aprovechar el poco tiempo libre que tenía.

—Está bien, perdono que me hayas mentido, pero solo porque tenías preparada esta maravillosa sorpresa.

Alexandre la agarró de la mano y la llevó de vuelta a la sala.

—Creo que contamos con espacio suficiente para poner el comedor.

—Sí, ¿vas a comprarlo?

—Sí, tienes que ayudarme con eso, no sé absolutamente nada de decoración.

—Eso déjalo en mis manos —pidió con suficiencia, repentinamente se llevó las manos a la cara—. ¡No! —Se quejó—. ¡Ay no!

—¿Qué sucede? —preguntó él, poniéndose nervioso al verla casi chillar.

—Que te dije que me habías traído a un hotel delante de nuestros nuevos vecinos... ¡Qué vergüenza! —Se descubrió la cara poco a poco.

Alexandre se quedó mirándola muy serio, juntando las cejas y arrugando la frente, pero después estalló en una carcajada.

Ella le golpeó el pecho y empezó a reír también, ese instante le divertía, pero lo cierto era que no sabía dónde iba a esconder la cara cada vez que se

encontrara con alguien en el edificio, porque lo peor de todo era que no podría saber delante de quién había dicho tal cosa.

—No tienes que preocuparte por eso —comentó poniéndole el pelo detrás de las orejas—. No había niños presentes... ¿Te digo un secreto? —susurró acercándose a ella, rozando su nariz contra la femenina—. Se morían de envidia. —Plegó sus labios en una sonrisa encantadora.

—Alex... —Empezó a jugar con los rizos en la nuca—, no quiero que estés haciendo esto por mí, si te sientes bien en donde estamos yo puedo estar ahí contigo sin quejarme. Donde tú estés será perfecto, no necesito nada de todo esto, te necesito a ti.

—Y tú lo eres todo para mí, pero no podemos seguir en un lugar tan pequeño. Para un hombre solitario, amargado, sin un objetivo claro en la vida ese apartamento era suficiente, pero para un hombre feliz, con la mujer soñada a su lado, con muchas metas por cumplir... lo que sea se queda pequeño.

—¿Y Luana? Ella debe ser un objetivo para ti.

—Lo es, es la razón por la que respiro, pero me aterra quitársela a mis padres, porque sé que ambas partes van a sufrir. Para Luana ellos son más que sus abuelos.

—Lo sé cariño, lo sé... Pero es tu hija, tienes todo el derecho a tenerla contigo, y sé que tus padres van a comprender que la necesitas, por lo menos los fines de semanas...

—¿Por qué eres tan perfecta? —preguntó, poniéndole las manos sobre las mejillas.

—Solo tú me ves perfecta... —dijo con falsa modestia—. ¡Ay no! ¡Es que lo soy! —Se vanaglorió sonriente.

—*Patricinha* tenías que ser. —Le estampó un beso, que en contados segundos se hizo ardiente.

Un beso que los dejó jadeantes y sonrientes.

Alexandre propuso ir a comer y de ahí irse a dormir, porque estaba seguro de que Elizabeth debía estar agotada.

Ella fue feliz al saber que él no iría a trabajar ese día, así que podría quedarse dormida entre sus brazos.

CAPÍTULO 19

Elizabeth despertó sintiéndose renovada, sin tener idea de cuántas horas había dormido, pero las que fueron definitivamente valieron la pena. Rodó en el colchón, encontrándose sola.

A tientas, en medio de la oscuridad buscó su teléfono, percatándose de que casi era medianoche; se levantó vistiendo solamente una tanguita, caminó al baño, encendió la luz; por la hora, pensaba volver a dormir, pero realmente no tenía nada de sueño, y más allá de eso, quería saber dónde podía estar Alexandre a esa hora.

Decidida a quedarse despierta se cepilló los dientes y se lavó la cara, después se recogió el pelo con la liga que estaba en la encimera del lavabo.

Tenía la cara realmente hinchada por todo lo que había dormido.

Salió de la habitación y se paseó por el apartamento. No encontró a Alexandre, pero sí halló en la barra de la cocina una de sus particulares notas, donde le avisaba que estaba en la azotea.

Puso a calentar agua para prepararse un té, dobló la notita, como había hecho con todas las anteriores y se fue a guardarla en una de sus carteras, pero antes de irse a la habitación se puso la camiseta que Alexandre había dejado en el sofá.

Regresó de la habitación revisando su teléfono y calzada con sus pantuflas.

Se encontró con un mensaje de Cristina, informándole que había llegado bien y que necesitaba saber de ella.

—Mierda —masculló al recordar que no le había avisado a nadie de su llegada. Por la hora decidió solo dejarle un mensaje de voz—. Hola Cris, disculpa que no te haya respondido antes, pero apenas llegué caí rendida; justo me acabo de despertar... Llegué bien, espero que descanses, te quiero.

Puso el teléfono en la barra y buscó en el mueble de la cocina la taza más grande para servir suficiente té para ambos.

Vertió el agua caliente y sumergió dos sobres; aseguró su teléfono debajo de su axila, y con las dos manos sostuvo el platito de porcelana; caminó a la salida, agarró las llaves y abandonó el apartamento.

Sabía que a esa hora casi todos en el edificio estarían descansando en sus hogares, porque los que habitaban ahí eran tan viejos como la estructura, a excepción de unos pocos.

Entró al ascensor y marcó a la azotea, ya se había acostumbrado al chirrido del obsoleto aparato; hasta podía asegurar que una vez que se mudaran iba a extrañarlo.

Salió dando pasitos cortos para evitar derramamiento, subió las escaleras, y con la espalda empujó la pesada puerta. Antes de que pudiera verlo escuchó un golpe amortiguado por la gruesa alfombra de hule.

—Buenas noches —saludó a su muy sudado y sonrojado marido, que estaba llevando de un lado a otro el gran neumático de Caterpillar—. Traje este té, para que compartamos —dijo sonriente, observando lo pecaminoso que se veía con ese *short* pegado a sus gruesos y fuertes muslos—. Pero sigue, termina lo que haces. —Puso la taza y el teléfono sobre la media pared, con mucho cuidado se impulsó con las manos y de un salto se sentó; evitaba mirar hacia abajo para no llenarse de nervios al pensar que podía quedar echa mierda al terminar estampada contra la calzada si perdía el equilibrio.

Alexandre sonrió sofocado, pero continuó con su ejercicio, solo a Elizabeth se le ocurría traerle té para después de su entrenamiento con el calor que estaba haciendo; esperaba que por lo menos se enfriara antes de finalizar su rutina, porque estaba seguro de que no iba a rechazárselo.

Ella podía pasarse toda la vida mirando cómo se ejercitaba, enfocada en cada músculo trabajado, en sus gestos del más puro esfuerzo, en cada gota de sudor que corría por su piel y en sus jadeos cada vez que conseguía cumplir su objetivo, pero no pretendía robar su atención por estar embobada mirándolo, por lo que agarró su teléfono y empezó a revisarlo, aunque era difícil encontrar algo más entretenido.

Apenas veía las llamadas perdidas de su madre, quizá también necesitaba saber si había llegado bien de su viaje; estaba segura que además le había enviado mensajes, pero antes de revisar prefirió llamarla. Bien sabía que a esa hora debía estar leyendo, como acostumbraba a hacer antes de dormir.

Le marcó y esperó unos tres tonos para que le contestara.

—Hola mamá —saludó emocionándose de solo escucharle la voz.

—Hola cariño. —La saludó y dejó el libro sobre su regazo—. ¿Cómo estás? ¿Llegaste bien? ¿Por qué no me habías llamado? —Lanzó su ráfaga de preguntas.

—Porque ya no somos importantes para ella —refunfuñó Samuel, quien estaba su lado también sumido en la lectura. Se moría por arrebatarle el teléfono a Rachell y escuchar la voz de Elizabeth, pero su orgullo jamás le permitiría esa muestra de debilidad.

—Mami, es que llegué muy cansada y me fui a dormir... Bueno, no fue inmediatamente... Te tengo una excelente noticia —dijo con la emoción a flor de piel.

—Sí, cuéntame. —Rachell puso el libro sobre la mesita, salió de la cama y se fue a encerrar al baño; después de que Samuel chasqueara un par de veces porque no le dejaba concentrarse en la lectura.

Apenas cerró la puerta, Samuel dejó el libro de lado y corrió casi de puntillas, sin poder retener su curiosidad, porque necesitaba saber qué era eso que tanto se secreteaban su mujer y su hija.

Se paró justo al lado de la puerta, con la oreja casi pegada a la madera,

esperando escuchar lo mínimo.

—Alexandre me estaba esperando con una sorpresa, vamos a mudarnos a un apartamento más grande; tiene más habitaciones y es mucho más moderno.

—¡Qué bueno cariño! Entonces parece que la relación es cada vez más seria, ¿te gusta ese nuevo apartamento?

—Me encanta, está en Copacabana, a unas pocas calles de donde estamos ahora.

—¿Cuántas habitaciones tiene? —preguntó sintiéndose feliz de escuchar a su hija bien y contenta.

—Tres, una es para Luana, así podrá visitarnos cuando quiera.

—Me alegra mucho corazón.

—Gracias mami, ¿y papi cómo está? Lo extraño mucho, desearía escuchar su voz.

—Está bien, lo dejé en la cama, leyendo. Sé que él también te extraña mi amor.

—Pero no me llama.

—Tú tampoco lo haces...

—Fue él quien dijo que si me quedaba con Alex ya no sería su hija.

—Mi niña hermosa y orgullosa, sabes que no lo dijo en serio. —Le afirmó.

—No estoy segura de eso mamá, no ha vuelto a llamarme, ni siquiera le interesa saber cómo estoy —musitó, sintiendo que su padre la había olvidado.

—Sí lo hace, pero sabes lo orgulloso que es...; bueno, que son. Pero sé que te extraña mucho. Llegará el momento en que dé su brazo a torcer y te pida perdón... Ahora no estés triste, disfruta de tu nuevo hogar, imagino lo feliz que debes sentirte; sé que es algo inexplicable, lo viví cuando tu padre me trajo

por primera vez a esta casa.

—Es así, no hay palabras. —Sonrió, apartando la tristeza que le provocaba no saber de su padre.

—¿Cómo está Alex? ¿Cómo se porta contigo?

—Está bien, ahora mismo está entrenando.

—¿A esta hora? —preguntó sorprendida.

—Sí, es que dormimos toda la tarde, hoy no le tocó trabajar y recién nos despertamos; estamos en la azotea del edificio, donde él construyó un espacio para *crossfit*.

—Entiendo, ¿ya llamaste a Cristina? Estaba preocupada porque no sabía si habías llegado bien a Río.

—Sí, bueno, preferí dejarle un mensaje, porque no quise incomodarla a estas horas; supongo que debe estar dormida... Mamá, recuerda que mañana tenemos la reunión para los últimos arreglos de la Semana de la Moda de São Paulo.

—Sí cariño, ya la tengo en agenda.

—Estoy feliz porque en dos semanas voy a poder abrazarte... —pensó en pedirle que se quedara con ella en el apartamento nuevo, pero eso era algo que debía consultar con Alexandre, no podía hacer una invitación sin su consentimiento.

—Yo también mi vida, llevaré a Violet; se muere por verte también, pero realmente creo que lo que más la mueve a ir son los brigadeiros de la casa de tu abuelo... y surfear con Alexandre, claro —dijo sonriente.

—¿Y papá no vendrá?

—No lo sé cariño, sabes que tiene muchas ocupaciones; sin embargo, le haré la invitación.

—Mamá, ¿podré llevar a Alex?

—Claro, es obligatorio que lo lleves.

—Pero que papá no se entere, porque si no, no aceptará venir.

—Está bien, no diré nada.

Lo que Rachell no podía saber era que Samuel estaba al otro lado de la puerta, escuchando todo.

—Bueno mami, te dejo para que descanses, sé que debes estar agotada. Te amo. —Le recordó y empezó a lanzarle besos.

—Yo también mi niña. —Caminó a la puerta y la abrió, sorprendiendo a Samuel. Le dedicó una mirada reprobatoria, pero por dentro estaba ahogando una carcajada; jamás imaginó que su marido fuese un entrometido—. Te quiero, y tu papi también, recuérdalo siempre.

—Pensé que nunca ibas a salir, necesito el baño. —Trató de disimular y entró rascándose la nuca, tratando de esconder la vergüenza que sentía de haber sido pillado.

Rachell terminó la llamada y regresó a la cama, dejó el teléfono sobre la mesa de noche, agarró el libro que estaba leyendo, resuelta a terminar el capítulo para después dormirse.

Intentaba concentrarse en su lectura, pero lo cierto era que solo se obligaba a no reír cada vez que recordaba cómo se había encontrado a Samuel en cuanto abrió la puerta; definitivamente, ese hombre todavía tenía unas actitudes muy infantiles.

Estaba segura de que estaba encerrado en el baño, a la espera de que ella se durmiera, porque sabía que iba a enfrentarlo; ambos tenían que levantarse temprano, y en consideración a su marido, cerró el libro, lo devolvió a la mesa de noche y apagó las luces.

Samuel esperó varios minutos después de que Rachell se acostara, abrió la puerta, y tratando de ser lo más silencioso posible se metió en la cama, se

quedó muy quieto mirando al techo, esperando poder dormir, pero antes de que eso pasara, sintió los brazos de Rachell abrazándolo y poniendo la cabeza sobre su pecho.

—Elizabeth te extraña —susurró, sintiendo que la cálida piel de su marido la reconfortaba.

—Si lo hiciera me llamara, como lo hace contigo, pero ni un mensaje me manda —respondió acariciándole el pelo.

—Porque teme que no le contestes.

—No creo que esa sea la razón, es algo más... Posiblemente sea ese hombre que no quiere que lo haga, ni siquiera piensa devolvernos a nuestra niña.

—Samuel, Elizabeth tiene autonomía, ella está con Alexandre porque quiere, nadie la está obligando... Está enamorada de ese hombre, quisiera que lo entendieras.

—Elizabeth está embarazada, por eso buscó llevársela a un apartamento más grande —expuso esa conclusión a la que había llegado después de pensarlo mucho mientras daba vueltas en el baño.

—No, no está embarazada, no me lo ha dicho.

—Pues no te lo habrá contado todavía.

—Sé que si estuviera embarazada me lo habría contado... Ella tiene otros planes, todavía no quiere hijos.

—Si no lo está, va a estarlo muy pronto, ya verás...

—¿Por qué dices eso? ¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque ese tipo quiere embarazarla, por eso buscó un lugar más grande, está pensando en una familia con mi niña, y no es lo que ella merece, no todavía... Elizabeth está ciega, no razona.

—¡Ay Samuel! No digas tonterías, ¿cómo que si un hombre busca un lugar más

cómo es porque quiere hijos?...

—Lo es, cuando te traje aquí fue porque deseaba tener un hijo cuanto antes.

—Así que esas fueron tus intenciones... —Elevó la cabeza para mirarlo y sonreírle—. Pero pasaron cinco años para que me embarazara.

—Porque tú tenías claras tus metas, no deseabas niños... Eras casi alérgica a ellos, pero Elizabeth es distinta, siempre le han gustado los bebés.

¿Acaso no has visto que ha llenado sus redes de fotos del nieto de ese hombre?

—¿Has estado husmeando en las páginas de tu hija?

—Es mi hija, el hecho de que no hable con ella no quiere decir que no esté pendiente de lo que hace... El punto es que tiene el instinto maternal a flor de piel, y ese infeliz va a aprovecharlo... Elizabeth apenas es una niña, tan solo la estamos criando como para que tenga que dedicar su vida a otro ser humano...

—Samuel, Elizabeth es una mujer, ¿no puedes verlo?... Creció hace mucho. Realmente no me agrada la idea de que se haga madre todavía, pero porque no podría soportar que me llamaran abuela. —Chilló las últimas palabras.

—Solo eso te importa, ¿por qué no piensas en Elizabeth? Quiere permanecer al lado de un hombre que no va a valorarla.

—¿Cómo puedes saberlo? Nos está demostrando que verdaderamente la quiere, está planeando un futuro con ella...

—Un futuro con ese hombre no es el que Elizabeth merece.

—Tienes que aceptarlo amor. Si le dieras la oportunidad...

—¿Quieres que le dé la oportunidad a un hombre que ni siquiera tú conoces?
—reprochó.

—No personalmente, pero he hablado con él por videollamadas, y me parece

que es muy responsable. Tienes que ver cómo le brillan los ojos a nuestra hija cuando lo mira, y eso me basta... Sé que lo que más te afecta es que sea mayor para ella, pero tal vez es mejor opción a un joven con más ego que cerebro y corazón... Las personas con las que comúnmente se rodea nuestra hija son tan superficiales, personas que imponen la belleza por encima de todo, chicos banales, egoístas y caprichosos. En cambio Alexandre es un hombre centrado, un hombre que estoy segura va amar a nuestra hija por encima de su amor propio.

—Creo que los años te han restado desconfianza, te falta suspicacia, esa que te sobraba cuando te conocí.

—Tú me has enseñado a confiar, la vida me ha enseñado que siempre es bueno tener un poquito de fe en las personas, porque posiblemente podrían sorprenderte... Nunca se sabe, quizá ese imbécil que intente atropellarte sea el amor de tu vida, ese que te muestre que a su lado todo es posible, que te ayude a cumplir tus sueños, que te lleve a una casa engañada solo porque desea embarazarte muy pronto. —Le sonrió—. ¿Recuerdas ese día que me trajiste?

—Sí, como si fuera este instante... Recuerdo el orden perfecto en que había colgado los cuatros que están en el sótano... Recuerdo que ese día, después de que cogimos por primera vez en esta habitación y te fuiste al baño rebusqué en tu cartera...

—¡No olvidé las pastillas en el apartamento! —Descubrió después de veintiocho años que sí había metido sus anticonceptivos en la cartera, pero en ese momento no le dijo a Samuel que no las había llevado y se arriesgó a tener sexo un par de veces más sin ninguna precaución—. ¡Te mato! —dijo con dientes apretados y apretándole con fuerza la mandíbula.

—Quería un hijo, pero no me atrevía a pedírtelo, porque sabía que tenías otras prioridades... Lo siento, estuve a punto de arruinar tus sueños, pero estaba demasiado entusiasmado con la idea...

—Te lo perdono, pero solo porque no salí embarazada... Eran mágicos esos días. —Suspiró ella.

—Para mí siguen siendo mágicos los momentos a tu lado —confesó

acariciándole la espalda—. Sigues siendo hermosa. ¿Todavía te hago sentir las mismas emociones?

Rachell negó con la cabeza al tiempo que pasaba una pierna por encima de su marido, poniéndose ahorrajadas sobre él y acunándole el rostro.

—Ahora son mejores, con los años he aprendido a amarte de una manera más profunda —confesó, sintiendo cómo Samuel le apretaba el culo y movía su pelvis, tratando de acoplarse a su centro—. También son más comunes las ganas de querer asesinarte, tu malhumor muchas veces me hace odiarte, pero el amor que siento es más fuerte que todo lo malo, puedo soportar tu malhumor solo porque sé que en algún momento tendré una de estas miradas que me estás dedicando justo ahora, miradas que me hacen arder en deseo — murmuraba y se acercaba cada vez más—. ¿Vas a cogerme? —susurró rozando sus labios contra los de Samuel.

—Te haré el amor como tanto te gusta —dijo él y en un movimiento seguro la puso contra el colchón y ella soltó un grito de sorpresa, pero inmediatamente se llevó las manos a la boca, temerosa de haber despertado a alguno de sus hijos.

En cuanto su marido se posó sobre ella, le cerró el cuello con los brazos y sonriente recibió el beso que iba a regalarle, lo encarceló con sus piernas y disfrutó fervientemente de la manera en que su marido hacía que se mojara.

Recordar viejos tiempos siempre provocaba que las ganas revivieran, que volvieran a sentirse jóvenes, llenos de energía y de ese descontrolado deseo sexual.

Ya no era como antaño, cuando la excitación estallaba y los obligaba a arrancarse las ropas y arañarse las pieles; ahora se desvestían con lentitud, se amaban más tiempo, debían calentarse el cuerpo a caricias y besos, las miradas eran más duraderas y las palabras excitantes se paseaban por un gran repertorio que seguía despertando en ellos las más intensas emociones.

Volvieron a amarse tan íntimamente después de tanto tiempo, desde que Elizabeth se marchara de casa. Era como una tregua al malhumor de Samuel, que dejaba de pensar tanto como padre cargado de reproches para ser más un

marido, para ser su hombre en esa cama, donde no había hijos ni obligaciones, donde no eran el fiscal y la diseñadora, sino una vez más la mariposa y la pantera.

Ella jadeaba en su oído y él gruñía en el suyo, ella pedía más y él se lo daba. Samuel le recordaba lo extraordinario que se sentía estar en su lugar más húmedo y caliente, su lugar favorito en todo el mundo; para él, el paraíso se hallaba entre las piernas y la mirada de su mujer.

Ambos sabían que los desvelos no podían ser como antaño, ya no podía amanecer uno en el cuerpo del otro, porque una pequeña de ocho años y un adolescente de dieciséis esperarían por ellos a primera hora.

A excepción de las vacaciones y de los pocos días en que se escapaban a su antiguo apartamento, ya sus guerras sexuales se limitaban a una batalla durante la noche, y cuando contaban con suerte, sumaban un rapidito durante las duchas en las mañanas.

CAPÍTULO 20

—Alexandre, un hogar se conforma por una pareja, ambos deben aportar para que funcione, y tú no estás colaborando. —Le dijo Elizabeth después de que lo arrastrara a un rincón de la mueblería donde estaban, para no tener esa discusión delante de la asesora de ventas.

Ella sabía muy bien que él estaba empeñado en el comedor de cuatro puestos, porque sus ahorros no alcanzaban para más, pero ella deseaba el de seis, por si algún día tenían visitas; además, era más bonito y moderno.

—Dije que no, por favor.

—Por favor nada, nos llevaremos el de seis; voy a comprarlo así no quieras... No sé por qué eres tan obstinado.

—No soy obstinado, y no vas a comprar nada, no te corresponde.

—Son tonterías Alex, no voy a permitir que me des todo, no es así el ejemplo de familia que yo tengo. En mi casa mi papá paga las cuentas de los servicios públicos y mi mamá compra la comida y paga el personal del servicio; él se encarga de pagar el colegio de Violet y la preparatoria de Oscar, y mamá compra los uniformes y los útiles... He sido criada con la importancia de la igualdad. Entiende que si no me dejas participar, solo me sentiré como un parásito que está consumiéndote poco a poco y que se aprovecha de tu esfuerzo. Ya vas a pagar la mensualidad del apartamento, entonces deja que te ayude con los muebles. Entiéndeme... ¿O solo será tu casa? ¿Acaso seré una simple invitada, que no tendré derecho a comprar lo que desee con tal de ponerla a mi gusto?

—Eres tú la que no entiende, quiero darte todo lo que necesitas...

—Pero estás equivocado, darme lo que necesito no es que corras estrictamente con todos los gastos. Si quieres darme todo lo que necesito Alexandre Nascimento entonces quiero que en este instante me des la razón y me dejes comprar lo que yo quiera.

—No, ¿qué crees que dirán las personas aquí? Que solo me aprovecho de ti.

—Me importa una mierda lo que digan o piensen, ellos no pueden saber todos los sacrificios que tú haces, no imaginan todo lo que tú me das.

—¿Y qué es lo que te doy? Porque no consigo darte lo que te gusta.

—Tú, te entregas por completo, eres tú todo lo que necesito, lo demás no tiene importancia... Ay Alex. —Chilló fastidiada con esa situación—, ya estoy cansada de tener que discutir con tu parte anticuada... Odio a los patriarcales intransigentes —dijo con el ceño intrincadamente fruncido.

—Está bien. —Suspiró derrotado—. Una vez más tú ganas y haces que me odie.

—No te odies. —Sonrió ampliamente—, que voy a recompensarte muy bien por este esfuerzo que estás haciendo. —Se acercó y se puso de puntillas para poder alcanzar su oído—. Esta noche te haré acabar en mi boca — susurró provocativa.

Alexandre carraspeó, solo esas palabras despertaban sus ganas y lo ponían inmediatamente a fantasear y a desear que llegara la noche.

—Se supone que debería ser yo quien te recompensara.

—Y dale con los «debería» —protestó apretándole los rizos y zarandeándole la cabeza juguetonamente—. Pero si quieres pagar con sexo lo acepto —dijo sonriente—. Sé que tu lengua sabe jugar perfectamente con mis zonas más sensibles.

Él se relamió y se mordió el labio inferior, dejándole saber lo que estaba provocando en él.

—No creo que espere a que llegue la noche.

—Bueno, entonces deja de protestar tanto. —Se alejó y caminó de regreso donde estaba la vendedora—. Señorita, nos vamos a llevar el de seis puestos, también el sofá gris —dijo señalando al que era en forma de L, imaginando que quedaría perfecto junto al ventanal—. También dos camas como estas.

—Eh, espera... Dije que solo el comedor —intervino Alexandre en un susurro.

—¿De qué hablamos? —discutió Elizabeth dedicándole una mirada penetrante.

—El sofá no es necesario.

—Sí lo es, esa cosa vieja que tienes allá no quedará bien en el nuevo apartamento.

En contra de Alexandre, ella terminó pagando por lo comprado; y cuando él se descuidó un par de minutos también aprovechó para pedirle a la chica unos cojines negros y magenta, y una alfombra. El resto se encargaría de adquirirlo

cuando su marido de la época de las cavernas no estuviera presente.

No podía entender qué era esa cosa que tenía programada en la cabeza que todo tenía que comprarlo él, como si ella fuese una niña de dos años que no pudiera aportar en nada.

Le había dicho que lo decorara a su gusto, pero no le permitía comprar lo que ella deseaba; prefería que mantuvieran esa decoración antigua y escueta, lo que no era conservar literalmente su palabra.

La asesora le pidió la dirección para mandar el pedido y a los hombres que se encargarían de armar los muebles, le informó que los tendría en su residencia en un par de horas.

De ahí se fueron a su nuevo hogar, donde ya los esperaba el montón de cajas que habían llegado esa mañana.

Apenas entraron Alexandre la acosó para que cumpliera con la promesa que le había hecho en la tienda.

—No, ahora no —dijo sonriente, quitándose sus manos de encima—. En un rato vienen a traer las cosas y lo menos que deseo es que nos interrumpen.

Mejor esperemos para estrenar la cama —dijo guiñándole un ojo en un gesto pícaro y sensual—. Por ahora puedes ayudarme a desempacar las cosas que van en la cocina.

Alexandre empezó a llevar las cajas previamente etiquetadas por Elizabeth como: «alimentos» y «utensilios de cocina».

Ella aprovechó para prender el aire acondicionado de la sala y poner música, porque sentía que sin ella no iba a funcionar.

Empezaron a organizar las cosas en los muebles, por lo menos este apartamento ya traía la cocina y el horno, por lo que no tuvieron que cargar con los arcaicos que estaban allá.

—Lo que todavía queda en el otro apartamento vamos a donarlo, seguro que alguien lo necesita... Te recomiendo comprar una heladera nueva, con mejor

tecnología, que ahorre energía y ayude al planeta —propuso.

—Ya la compré, tiene que llegar en un rato —anunció, no le había dicho nada porque suponía que quería sorprenderla, y razón por la cual también debía medirse con los demás gastos—. Esa no es mía, estaba en el apartamento cuando lo alquilé.

—¡Gracias a Dios! —exclamó divertida, y él no pudo evitar sonreír.

Cuando llegaron de la mueblería a traer las cosas, ya ellos estaban guardando la ropa que iba en el cuarto de lavado, como las sábanas y toallas.

Habían instalado la heladera nueva que a ella le había encantado; admitía que cuando le dijo que la había comprado imaginó que sería demasiado pequeña, como pensaba hacer con el comedor de cuatro puestos, pero no, era lo suficientemente grande y moderna; tanto, que ya se moría por ir a comprar alimentos para llenarla.

Elizabeth se encargó de indicarles a los hombres dónde quería que armaran el sofá y las camas, al final de la tarde terminaron tirados en el sofá, admirando su hogar, que poco a poco estaba tomando forma. Y Alexandre se daba cuenta de que era completamente distinto a lo que ya tenía.

Ese lugar junto a Elizabeth era más amplio y más iluminado, era esa luz que ella significaba en su vida. Meses atrás jamás imaginó que pudiera tener eso, y no porque no pudiera, sino porque no quería; nada lo inspiraba, no necesitaba nada porque no tenía con quién compartirlo. Pero ahora, con Elizabeth le faltaba tiempo, quería pasar con ella cada minuto de su existencia, mirarse en sus ojos, que le mostraban a un hombre que volvía a ser feliz y que volvía a creer en el amor, a tener ilusiones y esperanza de un mejor futuro.

Las promesas que se habían hecho no pudieron cumplirlas, estaban demasiado agotados como para entregarse al placer de amarse. Se ducharon y se fueron a estrenar la cama, dispuestos a dormir la primera noche en el hogar que juntos estaban construyendo.

—Amor... —susurró Elizabeth abrazada a Alexandre.

—¿Sí? —murmuró él, estrechándola entre sus brazos.

—Mi mamá te invitó a la Semana de la Moda de São Paulo, será el otro fin de semana. Y realmente me gustaría que pudieras acompañarme.

Alexandre guardó silencio por casi un minuto, estudiando la invitación que acababa de recibir; él no era un hombre de modas ni banalidades, pero ese era el mundo de la mujer que amaba, y si ella se había adentrado al suyo, sin importar lo peligroso que era, cómo no ir al de ella, donde solo debía estar sentado a su lado.

—Está bien, iré contigo.

—¿En serio? —preguntó con emoción.

—Sí, ¿por qué te sorprende?

—Pensé que ibas a negarte.

—¿Negarme a compartir contigo? Jamás... Además, si quiero ganarme a tu madre tengo que aceptar sus invitaciones.

—¿Podemos llevar a Luana? Has sido testigo de todo lo que le apasiona el mundo de la moda.

—Solo si ella quiere.

—Claro que va a querer, no la llamo ahora mismo para no despertarla, pero mañana a primera hora le doy la sorpresa.

—Creo que terminarás consintiéndola más de la cuenta —comentó sonriente.

—Es que tienes una hija encantadora, me cae muy bien; de hecho, me encantaría pasar más tiempo con ella... Espero que cuando tenga vacaciones pueda venirse con nosotros.

—Eso creo, nunca ha pasado unas vacaciones conmigo, solo la traía a comer o a pasear, y la regresaba a casa.

—Pero ya no será así.

Alexandre suspiró y le dio un beso en el pelo, pensando en si Branca habría sido tan cómplice de su hija como lo estaba siendo Elizabeth. Estaba seguro de que sí, todavía recordaba esa última conversación que tuvieron, donde afirmaba que ella y Luana le guardarían secretos.

Con esas palabras se quedaron rendidos, hasta que el teléfono de Alexandre les avisó que era hora de levantarse para ir al gimnasio.

Ya Elizabeth no protestaba por las madrugadas de entrenamiento, pues estaba realmente satisfecha con el resultado que estaba obteniendo; sus piernas estaban mucho más gruesas, su trasero más levantado y su abdomen mucho más marcado, y eso que llevaba pocas semanas bajo la asesoría de su marido, que cuando la entrenaba era demasiado exigente; tanto, que muchas veces terminaba llorando en medio de la rutina.

Oscar salió en compañía de su padre a pasear a Blondy, mientras que su madre le ayudaba a Violet con las tareas, a la espera de la hora de cenar.

El cachorro en pocos meses había casi triplicado su tamaño y su fuerza, corría con mucha energía y libertad por el jardín; aprovechó el tronco del primer arce que encontró para levantar una de sus patas traseras y orinar.

Samuel disfrutaba de un cigarrillo y Oscar iba atontado en el teléfono, tecleando como loco.

—¿Le escribes a Melissa? —preguntó mirando de soslayo, al ver a su hijo sumamente interesado en lo que hacía.

—No, le comento algo a Beth... —Le mostró el teléfono para que viera —. Dice que se mudó a un nuevo apartamento.

—Eso vi... —Interrumpió sus palabras para darle una calada a su cigarro, y apartó la mirada de la pantalla para mirar a Blondy.

El mundo estaba en su contra, él sentía celos de todo lo que estaba viviendo su

hija y nadie podía comprenderlo. No celos de la felicidad de ella, sino celos de que otro hombre que no era él la estuviera haciendo feliz.

Oscar comprendió que su padre seguía molesto con su hermana, así que él siguió mirando las fotografías y comentándole, aunque fuese poco expresivo, lo cierto era que la extrañaba mucho; extrañaba lo molesta que era con él y cómo le hacía la vida imposible, pero comprendía que también quisiera hacer su vida al lado de Cobra. Aunque a él todavía no lo perdonara.

Entre las fotografías de Elizabeth vio una donde estaba con Luana. Luana, estúpidamente no había podido sacarse su nombre de la cabeza desde que se la presentó.

Su hermana la había etiquetado y no pudo evitar mudarse al perfil de la chica, para ver más fotos de ella. Era muy hermosa y se notaba muy espontánea, con una sonrisa radiante y unos ojos preciosos.

En cada foto, hasta donde salía con su hijo, se le notaba a simple vista que soñaba con ser modelo. Él, que conocía las poses de su hermana, las identificaba totalmente en Luana.

Estaba seguro de que podría serlo, porque era muy hermosa. No imaginó que la hija de Cobra fuese tan linda.

—¡Oscar! ¡Oscar! —Su padre lo trajo de vuelta a la realidad, y se percató de que él se había quedado como diez pasos por detrás; entonces se echó a correr.

—¿Qué pasó? —preguntó llegando hasta su padre.

—Qué pasó pregunto yo, esa cosa te hipnotiza. —Señaló su teléfono.

—No, es que... Nada. —Decidió no dar explicaciones—. ¿Y Blondy? —preguntó al no ver a su mascota.

—Corrió hacia allá, vamos a buscarlo. —Le pidió palmeándole la espalda.

—¡Blondy! —Lo llamó Oscar—. ¡Blondy!

Los ladridos del Chow Chow fueron suficientes para que ellos se orientaran, lo encontraron con las patas delanteras contra el tronco de un árbol mientras le ladraba a una ardilla.

—Ven, ven. —Oscar reía al ver lo empecinado que estaba con las ardillas —. Ya déjalas. —Le puso la correa y tiraba de ella, pero el perro tenía fuerza.

—Blondy, ya —dijo determinante Samuel, el perro se volvió a mirarlo, pero enseguida puso su atención nuevamente en la ardilla que saltaba de una rama a otra—. Ven. —Samuel le quitó la correa a su hijo y tiró de ella, consiguiendo alejar al perro del árbol—. Ya es hora de volver a casa—. ¿Vas a acompañar a tu madre a Brasil? —Le preguntó.

—No lo creo, no me anima, solo voy a los desfiles de Elizabeth por apoyarla, pero no le veo el interés; además, tengo que estudiar.

—Entonces nos quedaremos en casa, podemos ir a hacer *rafting* o *wingfly* en Adirondacks —propuso, seguro de que tampoco iría.

Bien sabía que Rachell no se molestaría, él había estado junto a ella en muchas oportunidades, apoyándola en sus compromisos, pero esta vez sería bueno pasar un fin de semana solo con su hijo, un fin de semana haciendo cosas de hombres y dejar de lado el mundo de la moda.

—Genial papá, es la mejor idea... ¿Puedo invitar a algunos amigos?

—Máximo tres, mi plan es ir a divertirme no a ser niño.

—Papá, ya somos grandes, podemos perfectamente cuidarnos solos —dijo sonriente.

Cuando volvieron a casa ya Rachell y Violet los esperaban.

Oscar se llevó a Blondy y Samuel se acercó a Rachell y le dio un beso en los labios; la reconciliación de la noche anterior todavía los tenía muy expresivos.

—Estabas fumando —dijo ella frunciendo el ceño—. Si llega a darte cáncer por eso no te lo voy a perdonar. —Volvió a besarlo.

—Uno de vez en cuando no hace daño. —Le guiñó un ojo.

—Es lo que crees... Ve a lavarte las manos que ya vamos a cenar.

Oscar después de llevar al perro a su habitación se lavó las manos y se fue al comedor, donde ya estaba la familia reunida. Durante la cena hablaron de las cosas que habían hecho durante el día; y como siempre, la que tenía más para contar era Violet, quien terminaba entreteniéndolos a los presentes.

La conversación duró hasta mucho después de la cena, fue su madre quien dijo que era hora de irse a la cama.

Oscar se levantó de la mesa, se iba a su habitación como si nada cuando su madre lo retuvo por la muñeca.

—¿No te vas a despedir de tu familia?

—Hasta mañana mamá.

—¿Y mi beso? —preguntó extrañado a su hijo cuando era un niño mimoso.

Oscar se acercó a su madre y le dio un beso en la mejilla.

—Te quiero. —Le dijo y volvió a darle otro beso, porque sabía que era lo que ella anhelaba.

—Yo también mi pequeño, ahora dale un beso a tu papi. —Le pidió sonriente.

Oscar se acercó a Samuel y le plantó un beso en la mejilla.

—Duerme bien papá.

—Igual hijo, descansa —deseó palmeándole con cariño una mejilla.

—Adiós enana, dame cinco —pidió sonriente y ambos chocaron sus manos.

—Ve a dormir, que después no te quieres levantar para ir a la escuela.

—Mira quién lo dice, a la que mami o papi tienen que despertar —ironizó

sonriente y se fue a su habitación, amparado por una mirada enamorada de la madre.

—Ya es todo un hombre mi niño, cada vez está más alto y guapo. — Suspiró Rachell.

Oscar entró a su habitación y debió ir a ducharse, pero se lanzó a su cama con teléfono en mano y siguió en lo que estaba antes de que su padre lo interrumpiera. Detallaba cada rasgo de Luana, y cada foto le parecía más linda que la anterior.

Se interesó en las personas que la acompañaban y empezó a sentirse preocupado de que tuviera novio, pero no encontró ningún chico que pareciera importante en su vida.

En un acto de valor, decidió dar el primer paso y siguió su perfil; se sentía tentado de escribirle, pero los dedos no le dieron para teclear ningún mensaje.

Esperaría mejor a ver si ella aceptaba tener una amistad con él, no quería apresurarse y parecer demasiado interesado; sin embargo, siguió entretenido con sus fotografías, hasta que escuchó que alguien se acercaba a la puerta de su habitación, por lo que se levantó como si un rayo lo impactara y corrió al baño, para empezar a ducharse.

—Oscar...

—¡Me estoy duchando! —Le respondió a su padre.

—Está bien, no te quedes despierto hasta muy tarde. —Le recordó y salió de la habitación.

CAPÍTULO 21

El sol todavía no despuntaba cuando Elizabeth caminaba con gran energía, tomada de la mano de Alexandre, llevada por la adrenalina que corría desbocada por su cuerpo, producto de la emoción que sentía al saber que estaba a punto de jugar.

La hierba estaba todavía mojada por el rocío nocturno, los pájaros cantaban, dándole la bienvenida a un nuevo día, y el espejo oscuro de agua de la Laguna Rodrigo de Freitas se mecía suavemente, como lo hacía comúnmente una madre cuando arrullaba a su hijo recién nacido.

A pesar de la hora, varias personas se encontraban corriendo o en bicicleta, siguiendo el circuito que bordeaba a la laguna, mientras que Alexandre y Elizabeth seguían hasta el punto de encuentro. Mucho antes de llegar podían escuchar las voces de los capoeiristas que habían llegado primero y que se convertían en un impulso para la emoción de Elizabeth.

—¡Hola! —saludó emocionada al tiempo que le soltaba la mano a Alexandre y emprendía la carrera hacia el grupo que estaba sentado en la hierba, conversando y practicando algunos acordes con el berimbau.

—Hola mamacita rica. —La saludó Manoel, como siempre hacía solo por molestar, al tiempo que le plantaba un beso en cada mejilla.

Se dio a la tarea de presentarle a cuatro de los chicos que había invitado de la otra academia; ella aprovechó que en ese momento Alexandre llegaba y también se los presentó.

—Hola Bruno, te has caído de la cama. —Elizabeth se acercó y le besó cada mejilla.

Alexandre no le dio tiempo a que la mirara mucho, menos que la tuviera cerca, porque le hizo saber que estaba presente al ofrecerle la mano.

—Faltan Miriam, Orlando y Fernando, ya no deben tardar... Miriam me escribió hace como cinco minutos, diciendo que ya venía en camino —informó Bruno.

Mientras esperaban a los jugadores que faltaban se repartieron los instrumentos, para poder darle vida a la roda.

Ya el *pandeiro*, el atabaque y el *agogô* tenía a sus ejecutores, pero nadie se animaba a hacer vibrar el berimbau.

—Yo lo hago. —Se ofreció Alexandre, agarrando el instrumento.

—Pensé que ibas a jugar —comentó Elizabeth en voz baja, solo para que él la escuchara.

—Lo haré, pero primero quiero ver cómo lo hacen tus amigos; además, no hay quien lo toque, y sin berimbau no hay roda. —Le dijo sonriente.

—Pero tienes que jugar.

—Lo haré, sé que te mueres porque estos aprendices conozcan a Cobra...

Elizabeth puso los ojos en blanco en señal de que no lo soportaba cuando su orgullo capoeirista superaba la estratósfera.

—No es eso, es que vinimos a jugar, pero pensándolo bien, será mejor que el egocéntrico e irritable de Cobra no salga.

—¿Tienes miedo?

—¿De Cobra? —Bufó divertida—. Jamás, eso quisieras —dijo con suficiencia, pero secretamente admiraba cómo tocaba el instrumento.

En ese momento llegaron los integrantes que faltaban, se saludaron y decidieron no perder tiempo para formar la roda en medio de una algarabía de buen ánimo.

Algunas personas al ver que iba a empezar el juego se acercaron para observar el espectáculo.

Elizabeth no podía quitar su mirada de Alexandre, quien conversaba con los que tenían los demás instrumentos, quizá estaban poniéndose de acuerdo para ver con qué corrido iniciarían.

Ya el círculo estaba formado y la buena energía envolvía a todos en el lugar, hasta que un inesperado integrante se sumó a la roda, provocando que los nervios de Elizabeth se descontrolaran.

«¿Quién demonios lo invitó?, ¿cómo se enteró?» Fueron las interrogantes en su

cabeza al ver que Paulo se paraba justo frente a ella.

Las ganas por sacarlo de juego eran casi incontrolables, pero no podía, en las rodas eso no estaba permitido; no había lugar para los prejuicios, banalidades. Si existía algún tipo de rivalidad, era ahí donde los opuestos se encontraban, el docto y el analfabeto, el blanco y el negro, ahí los enemigos luchaban.

Allí todos sabían los principios de la capoeira y no iban a permitir que se expulsara a Paulo, mucho menos perdonarían que después de que ella hubiera organizado todo eso, sencillamente se marchara o no jugara.

El corazón se le lanzó en frenético galope y estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para ocultar su pecho agitado. No pretendía que los demás se dieran cuenta de que la tenía nerviosa; sin embargo, con una sonrisa fingida miró a Bruno, que también la miraba; ni para él ni Manoel ni Miriam era un secreto lo que había pasado entre ellos.

Estaba segura de que sus amigos sabían que estaba incómoda, pero también se esforzaban por disimular. Entonces decidió poner toda su atención en Alexandre, quien en ese momento ejecutaba a la perfección su instrumento, para dar inicio al primer encuentro.

Él la miró de soslayo y le guiñó un ojo con esa sensualidad innata que poseía, el gesto fue ligero y casi disimulado, pero fue suficiente para que ella sonriera y sintiera cómo se mezclaban los nervios que despertaba Paulo por su inesperada aparición con la emoción que provocaba Alexandre de solo mirarla.

Paulo había llegado para arruinar un momento que debió ser perfecto, no quería echarlo, solo que dejara de mirarla con tanta insistencia, porque Alexandre, que era tan malicioso como una serpiente, ya se habría dado cuenta del genuino interés del recién llegado en ella.

Los primeros jugadores entraron a la roda y fue suficiente para que el espectáculo se animara, las palmadas y el canto acompañaban al corrido, todos se mostraban emocionados en un encuentro carente de la malicia del juego duro.

Uno a uno los jugadores se adentraban en la roda, y Elizabeth tenía la certeza de que su oponente sería Paulo; el muy desgraciado se había asegurado de que tuvieran que encontrarse, y rechazarlo no era una opción, porque lo que menos deseaba era quedar como una cobarde.

En realidad, no podía entender a Paulo, si ella estaba segura de que su amistad había terminado en aquel intrincado encuentro en Nueva York. No comprendía qué carajo hacía ahí.

Lo inevitable había llegado, le tocaba luchar con él y sus nervios se intensificaron; inhaló profundamente y exhaló con lentitud, en un intento por encontrar la calma.

Miró a Alexandre, quien tocaba con energía el berimbau y tenía el ceño ligeramente fruncido; eso no supo cómo interpretarlo, no podía asegurar si estaba concentrado en lo que hacía o molesto con ella, porque sus nervios podían notarse a kilómetros.

En medio del saludo a Paulo lo miró a los ojos con evidente reproche, pero pudo ver en sus pupilas satisfacción por lo que estaba provocando en ella.

Se apresuró para ser la primera en atacar y confió en que su rabia sería el impulso para sus ataques, pero lo cierto fue que Paulo supo esquivarla con maestría y contar con la rapidez suficiente para atacarla y acertar.

La impotencia empezó a gobernarla, no iba a permitir que él la dejara en ridículo, pero por más que se aplicaba no conseguía recuperarse, se encontraba demasiado perturbada como para recobrar el control.

Primera vez que salía del centro de la roda después de brindar un humillante espectáculo, y lo que más le hacía odiarse era haber sido peor que Paulo, quien no destacaba para nada en el arte.

Tenía tanta rabia que quería llorar, o en el mejor de los casos, irse contra él y sacarle los ojos para que dejara de mirarla como si la hubiese humillado, ciertamente lo había hecho, pero fue a causa de su inesperada y para nada deseada visita.

Apretó fuertemente la mandíbula y miró a Alexandre; ella, que ya conocía sus miradas, se dio cuenta de que deseaba fulminar a Paulo; tanto, que podía jurar que estaba deseando dejar de lado el instrumento para ridiculizar al que había sido su oponente.

Alexandre no sabía quién era ese tipo, pero no le agradaba en absoluto por cómo había provocado que Elizabeth se tensara, al punto de que no fuera ni la sombra de la capoeirista que era; había conseguido que brindara una presentación mediocre, algo que jamás imaginó presenciar.

Sentía rabia en contra de él y de ella, porque había permitido que sus emociones borrarán a la capoeirista y desaprovechó la oportunidad que tenía para demostrar todo lo que había aprendido en la favela.

La primera ronda terminó e hicieron un descanso para hidratarse mientras conversaban de lo que tenían en común, la capoeira, y aprovechaban para conocerse más.

—¿Quién invitó a Paulo? —preguntó Elizabeth en un susurro, interrumpiendo en la conversación que mantenían Bruno y Manoel.

—Yo no. —Manoel negó con la cabeza.

—Yo menos, sabes que no me agrada —intervino Bruno—. Pero es evidente que se enteró de la roda.

—Bueno, no importa...

—Si quieres le pido que se largue, para mí será un placer —musitó Bruno, quien estimaba demasiado a Elizabeth y no le gustaba verla incómoda.

—No, está bien, ya no importa... —Sintió unas fuertes manos que sorpresivamente se le aferraban a las caderas y un beso cayó en su mejilla.

—¿Todo bien?

La voz de Alexandre caló en su oído. En ese momento Bruno y Manoel le brindaron privacidad a la pareja.

—Perfectamente —respondió ella, pegándose más al cuerpo de él. Le sujetó las manos y las arrastró por su abdomen para que le abrazara la cintura —. No sabía que eras tan bueno con el berimbau —elogió, porque si no lo hacía no podría estar tranquila.

—Cuando vayas a casa le preguntas a mi padre cómo aprendí —comentó sonriente.

—Me hago una idea —confesó volviéndose para mirarlo a la cara.

—¿Quién es el tipo que luchó contigo? —preguntó sin poder esperar más.

—Un capoeirista. —Tragó en seco y le esquivó la mirada.

—Evidentemente lo es, pero hizo que te desconcentraras y no pudieras mostrar lo que eres capaz de dar... Sin destacar que su técnica es realmente pésima.

—Sí que lo es, es un excompañero de la academia. —Resopló al ver que ninguna de las palabras que decía lograban convencer a Alexandre—. Salí con él un par de veces, yo no quería nada serio..., pero evidentemente él pretendía otra cosa —confesó al fin y era como si un peso la abandonara.

—¿Lo invitaste?

—No, y no sé quién lo hizo ni cómo se enteró... Indudablemente no lo esperaba, es que la última vez que nos vimos las cosas no terminaron para nada bien.

—Entiendo, pero no dejes que te perturbe, es lo que pretende —aconsejó, agradeciendo que ella fuese sincera con él—. Ahora voy a enseñarle a ese imbécil cómo se juega. —Le sonrió de esa manera en la que arrugaba la nariz.

Elizabeth se puso de puntillas y lo besó, aprovechando que estaban algo apartados de los demás para disfrutar de la expresión más pura de sus sentimientos.

El tiempo de descanso terminó y la roda volvió a formarse, Alexandre le cedió el berimbau a otro integrante, permaneció al lado de Elizabeth, pero con su mirada más retadora y penetrante puesta en Paulo, quien descaradamente

mantenía una cínica sonrisa.

Paulo atravesó el círculo y llegó hasta donde estaban Manoel y Bruno, se despidió de ambos, quienes fueron políticamente correctos con él.

El próximo objetivo de Paulo fue Elizabeth, se paró frente a ella, quien lo miraba a los ojos sin mostrarse intimidada.

—Adiós Eli. —Negó con la cabeza—. No eres tan buena; después de todo, no eres más que un mito —murmuró.

Elizabeth retuvo a Alexandre por el brazo, apretándolo tan fuerte que tuvo que enterrarle las uñas, ya que evidentemente, su intención era iniciar una pelea.

—Adiós Paulo. —Solo se limitó a decir, porque no iba a darle la importancia que él esperaba.

Él siguió con esa media sonrisa descarada que ella deseaba borrarle de una bofetada. Cuando lo conoció le pareció tan atractivo, tan encantador; jamás imaginó que terminaría siendo tan miserable.

—¿Ya conoces a Luck? —preguntó, clavando la mirada en Alexandre, quien era unos cuantos centímetros más alto que él y poseedor de más masa muscular, pero ni por muy intimidante que pareciera el hombre le mostraría temor, porque verdaderamente no se lo tenía.

—Lárgate Paulo —dijo Elizabeth con dientes apretados y reteniendo a Alexandre, quien parecía un toro a punto de salir al rodeo.

—¿Ya le dijiste que solo es un pasatiempo porque tu noviecito es irremplazable? —Siguió con su descaro de querer humillarla.

Las miradas de los demás estaban puestas en ellos, a la espera de que las cosas se salieran de control, porque evidentemente, Alexandre estaba a un suspiro de perder los estribos.

—Paulo, si no vas a jugar será mejor que te vayas —intervino Bruno, quien realmente deseaba que se fuera, y porque no era costumbre para ellos que las rodas terminaran en medio de una pelea.

Alexandre no tenía ganas de cruzar palabras con él, lo que deseaba era partirle la cara, pero se estaba conteniendo por Elizabeth, porque apenas estaba edificando su sueño de hacer rodas fuera de la academia y de la favela.

Había encontrado un punto de equilibrio para poder poner en práctica lo que tanto le apasionaba, como para permitir que ese imbécil le hiciera perder el control y terminara arruinando todo por lo que había luchado la mujer que amaba.

En la favela no estaría mal visto que le diera una buena paliza, porque estaban acostumbrados a que los juegos concluyeran con sangre de por medio y un vulgar vocabulario, alentándolos a que se dieran más duro, pero estos niños de bien terminarían impresionados.

—Vete Paulo y no se te ocurra volver —repitió Elizabeth—. Aquí no eres bienvenido. —Estaba conteniendo las ganas que tenía de soltarle un rechazazo.

—Ya me lo has dejado claro —siseó mirándola a los ojos y retrocedió varios pasos, después se giró y se marchó.

Fue imposible que la tensión en el ambiente no se sintiera, Elizabeth quería gritarles a todos que dejaran de mirarla como si fuera el centro del espectáculo, pero las palabras no le pasaban de la garganta.

—Vamos a jugar —dijo Bruno aplaudiendo con ánimo.

Él, que había aprendido a amar a Elizabeth en silencio, lo que menos deseaba era que le hicieran daño; y maldita había sido la hora en que ella se fijó en el fanfarrón de Paulo.

El retumbe del atabaque siguió al vigoroso sonido del vibrar de la cuerda del berimbau, y el *pandeiro* se unió, derramando sus misteriosas y ancestrales notas africanas.

Un nuevo juego inició y Alexandre tuvo la oportunidad de participar y demostrar de qué madera estaba hecho, cómo dominaba a la perfección la

capoeira; les ganaba a todos por experiencia y técnica, había aprendido en las calles donde más se exigía, donde la capoeira no tenía límites ni barreras.

Todos admiraban cada acrobacia y ataque del hombre, su contundencia y rapidez; para muchos era primera vez que estaban frente a un «bamba».

El orgullo de Elizabeth estaba a punto de reventar al ver la cara de los presentes, quería gritarles que ese era su hombre, su capoeirista, su guerrero, pero sin que él se enterara, porque no pretendía alimentar al egocéntrico Cobra.

Por ese día dieron por terminado el juego, todos estaban muy satisfechos y felices; tanto, que inmediatamente programaron el próximo encuentro para el sábado siguiente, en el mismo lugar. No obstante, Alexandre y Elizabeth tuvieron que excusarse, porque ese fin de semana tenían que viajar a São Paulo .

Se despidieron en medio de palabras de admiración para Alexandre, quien las agradecía con fingida humildad; de eso estaba segura Elizabeth, que empezaba a conocerlo muy bien.

—Quiero de vuelta a mi marido, ya puedes mandar a Cobra a lo más recóndito de tu ser —dijo Elizabeth mientras caminaban tomados de la mano, de regreso a donde habían dejado la moto.

—Definitivamente, son unos principiantes...

—Ya —interrumpió ella—. Adiós Cobra, ve a dormir... Nos vemos en quince días.

Alexandre la sorprendió al cargarla, por lo que no pudo evitar soltar un grito y aferrarsele con las piernas a la cintura, mientras él le envolvía el torso con sus poderosos brazos.

Para él era tan fácil cargarla como si fuese una pequeña de diez años, mientras ella se reía divertida, dejando en el olvido el amargo incidente con Paulo.

—Vamos a buscar a Luana.

—Eso haremos, pero primero vamos al apartamento a ducharnos y a comer.

—Eso lo podemos hacer después, vamos ya... Es que muero por ver su cara cuando llegue al apartamento y vea su habitación... También cuando le entregue la invitación del desfile.

—Sí que eres impaciente, y me encantaría complacerte, pero tenemos que ir a dejar la moto, no podemos venirnos los cuatro en la Harley.

—Tienes razón. —Hizo un puchero—. Está bien, vamos a casa, pero nos daremos prisa.

—Lo haremos —dijo abrazado a ella, mientras caminaban por el camino peatonal que bordeaba la laguna, y por cómo la llevaba cargada se ganaban las miradas de la mayoría de las personas.

CAPÍTULO 22

Samuel observaba uno de los vídeos que esa mañana le había enviado su investigador en Río, se sentía sumamente aliviado al ver que Elizabeth, al parecer, había dejado de ir a la favela y le había hecho caso a su abuelo.

Como padre que amaba a su hija por encima de todas las cosas, no podía evitar sentirse orgulloso al ver el poder de convencimiento que ella tenía sobre las otras personas, su encanto natural hechizaba a todos a su paso; pero también se moría de celos al ver la complicidad con la que se entregaba a ese hombre.

Se le veía feliz, pero no era la felicidad que él deseaba para ella, no que otro se la proporcionara. Era su niña y cada vez que ese hombre la besaba él prefería cerrar los ojos y se cegaba ante lo que tanto dolor le provocaba.

—Listo papi —dijo Violet saliendo del baño de la librería Albertine.

—¿Te lavaste las manos? —preguntó devolviendo el teléfono al bolsillo de su pantalón.

—Sí, ¿podré llevarme otro libro? —Se aferró a la mano de su padre que la guiaba por el lugar.

—Claro, pero primero vamos a preguntar por el que te asignaron.

Se pasearon por las estanterías de la emblemática librería francesa, amparados por el techo pintado de azul con sus constelaciones doradas, creadas por el gran Jacques Garcia.

Se suponía que Samuel debía estar en la casa, descansando en su día libre, pero Violet no quiso que él mandara a buscar el libro que le habían pedido en la escuela de idiomas, sino que prefirió venir ella misma a buscarlo y que él la acompañara.

Tuvo que hacer a un lado los planes de ver una película y pasar todo el día en casa, para ser padre y cumplir con los deseos de su pequeña.

Violet se acercó a una de las asesoras literarias y le pidió el libro. La mujer, con una amable sonrisa le pidió que la siguiera y la condujo al segundo piso, donde los recibió una exquisita decoración al mejor y más original estilo Luis XV.

Sacó de una estantería el libro solicitado y se lo entregó.

—Aquí lo tienes, ¿te puedo ayudar en algo más? —preguntó con la ternura y comprensión de quien estaba muy familiarizada con los niños.

Mientras, Samuel esperaba a un lado de su hija.

—Sí, quiero unos cuentos o unos libros muy entretenidos... ¿Cuál me recomiendas?

—Hay muchos, si deseas puedes sentarte y yo te llevaré algunos para que puedas leer las sinopsis y elegir los que te gusten... ¿Los quieres todos en francés o pueden ser traducidos?

—En francés por favor... Es que tengo que perfeccionar el idioma.

—Que bien, eres una niña muy aplicada, te felicito. Dominar otros idiomas es esencial en estos tiempos.

—Sí, me gusta mucho el francés, y también sé portugués... Desde muy chiquita —parloteaba por la confianza que la mujer le daba.

—Es admirable, ¿y cuántos años tienes?

—Ocho, aprendí a leer a los cinco —respondió con orgullo.

—Es una niña muy aplicada —comentó Samuel.

—¿Es su padre?

—Así es, aunque físicamente es igual a la madre —dijo acariciándole el pelo a su pequeña.

—Es preciosa, felicidades por tener a una hija tan interesada en los estudios.

—Gracias. —Sonrió con el corazón hinchado de orgullo.

Violet caminó y se sentó en la mesa con una sonrisa de emoción.

—Ven papi, siéntate a mi lado —pidió mirándolo de esa manera en que su padre no podía negarle nada.

Samuel caminó y se sentó junto a ella, resignado a que no saldrían de ahí por lo menos en un par de horas.

La mujer regresó con doce títulos de libros infantiles en francés.

—Gracias —dijo con una amplia sonrisa y la mirada brillante puesta en la pila de libros—. ¿Sí podemos quedarnos un ratito papi? —Le preguntó.

—Claro cariño, posiblemente también me interese alguno de estos — comentó agarrando un libro de unas quinientas páginas, que tenía en su portada a dos niños de espaldas en una banca, uno era pelirrojo y el otro era de piel oscura y

pelo ensortijado. Samuel le hizo una seña para captar la atención de la mujer —. ¿Se permite algún tipo de refrigerio? —Sabía que en la mayoría de librerías era permitido, pero era mejor preguntar antes de irrespetar las reglas.

—Sí señor, contamos con una cafetería... Ya envió a alguien para que le tome el pedido.

—Muchas gracias. —Le regaló una sonrisa afable.

—Les dejo para que puedan concentrarse. Si desea algo más solo levante ese teléfono y marque cero, con gusto se le atenderá.

—Está bien, es muy amable.

La mujer le hizo una sutil reverencia y se marchó, casi un minuto después apareció un chico jovial, vistiendo un delantal vino tinto y un corbatín negro, que hacía juego con el pantalón y su camisa caqui.

Les ofreció la carta que mostraba el menú en inglés y francés, Violet no hizo trampa y miró solo la parte en francés, dejó la timidez de lado como se lo pedía constantemente su profesora y se aventuró a pedir en la lengua romance.

Solicitó un chocolate caliente y unas galletas de avena y chipas de chocolate, mientras su padre la miraba embobado pronunciar cada palabra.

—Para mí un café... expreso.

—Papi. —Lo interrumpió—, pídelo en francés.

Todos los que trabajaban en la glamorosa residencia que fungía como librería, justo frente al Central Park debían ser bilingües, para poder ofrecer un servicio que estuviese a la altura de sus clientes.

Samuel sonrió y no le quedó más que complacer a su niña.

El chico hizo todas las anotaciones en una tableta electrónica y le informó que en unos minutos regresaría con el pedido.

— *Les fables de la Fontaine.* —Leyó la niña en voz alta el primer título.

Samuel fingía estar entretenido en el libro en sus manos, pero lo cierto era que estaba demasiado enamorado y admirado de su pequeña como para perderse un segundo de ese momento en que ella, concentrada, leía la sinopsis en la contraportada.

—Este parece muy interesante, ¿puedo llevarlo? —preguntó clavando la mirada en su padre.

—Sí, solo si prometes que lo leerás y no terminarás dejándolo olvidado en la biblioteca.

—Lo haré, mira, parece muy lindo... Si no, mamá y tú podrán guardarlo para leérmelo por las noches.

—Está bien, lo llevaremos, déjalo apartado.

—Gracias papi. —Lo puso a un lado y agarró otro—. Voy a mirar este también. —Admiraba la portada y después le dio vuelta para leer la sinopsis.

El pedido que hicieron llegó, Violet no perdió tiempo para saborear su espeso y humeante chocolate, mientras que Samuel disfrutaba de su dosis de cafeína, sin apartar la mirada de su niña.

Elizabeth iba con toda su atención puesta en Luana, quien miraba extrañada que el taxi no había cruzado a la derecha para tomar la Avenida Nuestra Señora de Copacabana por donde estaba el edificio viejo, sino que siguió por la Avenida Atlántica.

Miró hacia atrás, donde había quedado la calle, pero no dijo ni una palabra; suponía que era porque confiaba en su padre y en Elizabeth.

El auto se detuvo cuatro edificios después del hotel Othon Palace, en la esquina de la calle Miguel Lemos.

—Hemos llegado —anunció Alexandre y le dio la tarjeta al conductor para que se cobrara el servicio, al tiempo que Luana bajaba; suponiendo que antes de ir al apartamento irían a comer a alguno de los tantos restaurantes cercanos.

Elizabeth cargaba a Jonas, que se había rendido durante el camino, también bajó del asiento trasero del auto y trataba de esconder su sonrisa al ver la cara de desconcierto de Luana.

Alexandre bajó del asiento del copiloto y se despidió amablemente del chofer.

—Deja que lo cargue. —Le pidió al niño a Elizabeth y le tendió las llaves.

—Andando —dijo ella sonriente y se colgó del brazo de Luana.

Se detuvieron junto al portón de hierro pintado de negro mientras Luana miraba todavía desorientada, pero no se atrevía a decir nada.

El portón se abrió y ellos siguieron hasta el interior. Alexandre y Elizabeth saludaron al hombre de seguridad en su camino hacia el ascensor.

—¿Qué hacemos aquí? —habló por fin, una vez que las puertas del aparato se cerraron.

—Hemos llegado a casa —respondió Alexandre sin mostrar algún tipo de emoción, pero lo cierto era que estaba muy nervioso, porque no sabía si a Luana iba a agradecerle la idea de que poco a poco la quisiera de regreso en su vida.

—¿Te has mudado? —interrogó con los ojos puestos en su padre.

—Sí, en esta semana.

—¿Y por qué no me habías dicho?

—Porque deseábamos darte la sorpresa —intervino Elizabeth con una sonrisa mitad nervios mitad emoción.

La sonrisa de desconcierto de Luana se hizo más amplia.

—¡Ya quiero verlo!

—Esperamos que te guste —comentó Alexandre.

—Papá, estoy segura de que va a gustarme, porque cualquier cosa es mejor que ese apartamento viejo y horroroso en el que vivías.

—Te lo dije —comentó Elizabeth sonriéndole a Alexandre con suficiencia—. ¿Verdad que parecía de hace siglos? —Le preguntó a la chica.

—En realidad podrían convertirlo en un museo de antigüedades. Mami Arlene y yo siempre se lo decíamos, pero él se decía cómodo viviendo ahí...

Este señor que ves aquí. —Le palmeó la espalda—, es bastante intransigente, y cuando no quiere dar su brazo a torcer no hay quien logre convencerlo...

Definitivamente, tú eres un milagro... —parloteaba ante un Alexandre que estaba sonrojado por cómo su hija lo exponía.

Él agradeció que las puertas del ascensor se abrieran en ese momento y la expectativa ante lo esperado la hizo callar.

Fue Elizabeth la encargada de abrir la puerta y concederle el paso a Luana, quien entró antes de que el lugar fuese iluminado.

En segundo la claridad se esparció, y ella miró en derredor todo lo que le rodeaba.

—Esto sí es decente, parece un hogar... ¡Qué lindo papi! Es precioso —exclamó con verdadera emoción.

—Fue Elizabeth la encargada de organizar todo esto, yo solo busqué el lugar. La combinación de colores, los muebles..., todo fue ella —confesó porque debía darle lo méritos a quien realmente lo merecía.

—Todo esto es nuevo... ¡Ay por Dios! La heladera de hace dos siglos desapareció.

—Tampoco así Luana, no era tan vieja. —Se defendió Alexandre.

—Si tú lo dices —ironizó, pero después se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla, al ver que lo estaba incomodando—. Está muy lindo, me alegra mucho que estés haciendo todo esto, que aceptes vivir en la actualidad.

Elizabeth le hizo algunos gestos a Alexandre, indicándole que era momento de llevar a Luana al lugar que en realidad la estaba esperando.

—Ya, no sigas escupiéndole a la cara a tu padre que era un anticuado. — Mantuvo a Jonas con un brazo y el otro lo pasó por encima de los hombros de su hija, y la refugió en su costado, para guiarla a la verdadera sorpresa que le aguardaba.

Elizabeth le abrió la puerta y le hizo un ademán hacia el interior.

—Bienvenida a tu habitación. —Le dijo con la mirada brillante y una amplia sonrisa, por la emoción que le provocaba hacer feliz a Luana.

—¿Mi habitación? —preguntó incrédula, desviando su mirada de Elizabeth y elevándola a su padre, sin todavía dar un paso.

Él solo le afirmó con la cabeza y con una sonrisa, tratando de controlar los latidos desbocados de su corazón, porque temía que ellas pudiesen oírlo.

Era primera vez que le daba a su hija algo que representara la verdadera importancia que tenía para él. Le estaba dando un espacio en su vida.

Luana salió del refugio de su padre y entró, automáticamente se llevó las manos a la boca y se la cubrió ante la emoción de ver una cama con sábanas blancas, que tenía de cabecera un vinilo negro que era la mitad de un mándala de energía.

Tenía mesitas de noche a cada lado de la cama, una butaca color ciruela en una esquina, con unos cojines blancos estampados con mándalas negras.

Un mueble blanco de madera con cajones, y arriba tenía varas macetitas con diferentes especies de cactus y velas aromáticas que estaban encendidas.

—¡No lo puedo creer! ¿Esto es para mí? —preguntó todavía incrédula.

—Así es, tendrás tu propio espacio para cuando quieras venir —comentó Alexandre con los nervios casi cerrándole la garganta.

—¿Te gusta? —preguntó Elizabeth.

—Me encanta, es perfecta... Es... ¡Dios mío! Es demasiado hermosa.

Estoy segura de que tú la decoraste... Tú hiciste todo esto. —Se abalanzó hacia la novia de su padre y la abrazó fuertemente—. Gracias, gracias de verdad. No esperaba nada de esto, ni siquiera era necesario... Ahora no voy a querer irme de aquí —dijo y se le derramaron las lágrimas de la emoción, porque aunque adoraba a sus abuelos, lo cierto era que siempre había extrañado una familia... Había extrañado a su madre y a su verdadero padre, a ese que comprendía.

Sí, entendía que él buscara alejarse de todo eso que le recordara a la mujer que había amado y perdido tan prematuramente, y eso era ella. Así que no estaba en absoluto resentida con él, pero sí lo extrañaba mucho.

—Podrás quedarte todo el tiempo que desees —correspondió Elizabeth al efusivo abrazo. Sintióse verdaderamente feliz por ver a Luana tan emocionada.

—Ay papá —dijo volviéndose hacia él. Quería abrazarlo y comérselo a beso, pero sabía que si lo hacía despertaría a Jonas, y su hijo solía despertar de muy mal humor cuando no descansaba lo suficiente—. Gracias papi..., es hermoso. No tenías que hacerlo.

—Quise hacerlo... Quiero que sepas que te amo y que eres lo más importante para mí, que eres mi vida entera —confesó, acariciándole la mejilla a su chiquita; después de todo, no había sido tan difícil exponer sus verdaderos sentimientos, como le había pedido Elizabeth. Pero se obligaba a seguir siendo ese hombre inquebrantable y no se permitía derramar ni una sola de las lágrimas que hacían remolinos en su garganta.

—Dame al pequeñín. —Se ofreció Elizabeth, para que Alexandre pudiera hacerle saber a su hija cuánto la amaba con besos y abrazos, no solo con palabras—. ¿Puedo acostarlo en tu cama?

—Claro, claro... Dormiré conmigo.

—Estamos poco a poco ordenando su habitación también, pero llevará un tiempo —dijo Elizabeth.

—No es necesario, puede quedarse conmigo. Aquí le haré su espacio — dijo sonriente, y con las lágrimas al borde de los párpados se acercó a su padre y lo abrazó—. Gracias papi, esto es demasiado.

—No Luana, sabes que no lo es... Ambos sabemos que no he sido un buen padre. —La refugiaba en su pecho y le acariciaba el pelo—. Pero de ahora en adelante intentaré serlo.

—Siempre te he comprendido, sé que me quieres, lo sé. —Ella no podía negarse eso, a pesar de que desde hacía muchos años solo iba a verla los fines de semana o en ocasiones especiales siempre había estado para ella, preocupado por su bienestar, porque no le faltara nada.

Sabía que la mejor idea que pudo tener Elizabeth fue decorar ese nuevo lugar con algunos mándalas, porque ellos ayudarían a que reinara un ambiente de armonía y balance, los cuales no permitirían que las energías negativas influyeran sobre las positivas; de hecho, los protegería de las energías negativas del entorno.

CAPÍTULO 23

Elizabeth y Luana lavaban los platos que habían usado en la cena, ya que Alexandre se había ido a la habitación de su hija para ponerle el pañal a su nieto.

Jonas poco a poco estaba aprendiendo a dormir sin pañal, a despertar tras la necesidad y avisar con tiempo, antes de cualquier húmedo accidente; pero como estaba en un lugar completamente extraño para él, no querían arriesgarse a que mojara el colchón nuevo y le dejara un desagradable manchón.

—Creo que ya no vas a despertar *macaco*. —Le susurró, y con movimientos cuidados le ponía el pijama—. Eres igualito de perezoso que tu madre. — Seguía comentando sin poder evitar que su mente fuese inundada por todos

esos recuerdos de su hija cuando estaba como Jonas.

En momentos como ese quería regresar el tiempo y volver a tenerla tan chiquita entre sus brazos, pero también recordaba que fue la época más difícil, porque seguía muerto en vida. Sentía que el dolor no le había dejado disfrutar de los años más importantes de su hija, porque en esa época apenas se esforzaba por sobrevivir.

No agradecía como se debía lo que tenía, porque estaba más abocado a eso que le faltaba; no disfrutaba de lo que era, sino que sobrevivía anhelando lo que pudo ser. Ese vacío que había dejado Branca siempre fue acompañado del «¿cómo sería si ella estuviera aquí?».

—¿Todo listo? —La voz de Luana lo sacó de la ensoñación que lo había sumergido su nieto dormido.

—Sí. —Se volvió a mirarla—. No creo que despierte.

—No lo hará, es que no pudo dormir la siesta... Estará rendido por unas doce horas —comentó ella sentándose al borde de la cama.

—Tú también dormías mucho, recuerdo que recién nacida solía despertarte solo para mirar el color de tus ojos. Tu abuela Juliana me regañaba todo el tiempo por eso —dijo sonriente extrañando a la mujer que más que una suegra había sido una madre para él—. Decía que debía dejarte dormir, porque era fundamental para tu crecimiento.

Luana lo miraba sonriente, totalmente enternecida.

—Cuéntame más papá. —Le gustaba mucho escuchar a su padre cuando hablaba de esa etapa de vida de la que ella no tenía conciencia.

—Cuando estabas como Jonas solías dormir toda la noche, pero cuando yo llegaba del trabajo por las madrugadas te despertabas, me mirabas y volvías a rendirte —prosiguió sumergido en sus experiencias vividas—. Yo pensaba que era porque hacía mucho ruido, pero no importaba lo silencioso que entrara, siempre despertabas; era como si sintieras mi olor... —Le puso un mechón de pelo tras la oreja, después se dobló un poco y le besó la frente —.

Voy a dejarte descansar.

—Te quiero papá. Gracias por todo esto, sé que has tenido que esforzarte mucho para darme esta habitación. No era necesario que gastaras, yo habría podido dormir en el sofá.

—No cariño, no quiero que te preocupes por eso... Todo está bien. —Le sujetaba la barbilla y se la acariciaba con el pulgar.

—¿Puedo contarle a mami? —preguntó, porque bien sabía lo celoso que era su padre con su vida privada.

—Claro. —Le dijo con una tierna sonrisa—. Recuerda que esta es tu casa, haz lo que quieras.

—Está bien.

Alexandre se marchó, dejándola sentada en la cama; una vez sola, agarró rápidamente su teléfono y empezó a fotografiar el maravilloso lugar; también le tomó una foto a su invitación para la Semana de la Moda de São Paulo . Sin ningún margen de duda, ese había sido uno de los días más felices de su vida; todavía estaba tratando de canalizar las emociones.

Volvió a la cama y se acostó al lado de su hijo, al que le dio varios besos en los rizos que había heredado no solo de su padre, sino también de su abuelo y bisabuelo. Ella adoraba los «rulitos», se moría por tener el pelo así, pero había marcado más los genes de su madre.

Después de consentir a su niño por un par de minutos volvió a poner atención a su teléfono, buscó a su abuela entre los contactos recientes de mensajería y empezó a teclear.

Mami, no vas a creerlo, mi papá se mudó a un nuevo apartamento, es precioso y más grande. Tiene muebles nuevos y hasta tengo mi propia habitación, que Elizabeth decoró y preparó para mí, es realmente perfecta... Aquí te paso algunas fotos.

Le adjuntó las fotografías que había tomado y las envió con el enunciado.

No pasó ni un minuto para que su abuela viera el mensaje y empezara a responder cuando vio un mensaje entrante en otra aplicación.

Solo pudo leer un «hola», que provocó que el estómago se le encogiera, producto de los nervios que inmediatamente estallaron. No pudo tener la voluntad de esperar, sino que inmediatamente atendió y se fue directo al mensaje.

Sonrió tontamente y las manos le temblaban al leer esa simple palabra en portugués. No había nada más, pero nada más hacía falta.

Dudó en responder, quizá debía esperar, pero la emoción la llevó a hacerlo con otro «hola».

Escribió y envió sin todavía poder creer que Oscar Garnett le estaba escribiendo, hacía unos días le había enviado una solicitud de seguimiento y ella había aceptado. También había tenido el valor de seguirlo, pero todo había quedado ahí, ninguno de los dos hizo nada más.

Hasta que ese inesperado mensaje la sorprendía gratamente.

«¿Cómo estás?»

Le llegó otro mensaje que despertó nervios en todo su cuerpo y pensó que hacía más de dos años que no vivía esas emociones.

«Muy bien, ¿y tú?»

Respondió al mensaje, interesada en seguir esa conversación que desequilibraba sus emociones.

Siguieron conversando por mucho tiempo, y ante cada mensaje ella sonreía tontamente. Le encantaba que él fuera tan atento con sus respuestas y mantuviera un tema entretenido. Poco a poco y a través de mensajes iban conociéndose.

Luana le contaba lo encantada que estaba con Elizabeth, que era una chica extraordinaria; pero por alguna razón, Oscar evitaba saber de su padre, y cada vez que lo mencionaba el joven terminaba cambiando de tema.

Pasaron más de dos horas hablando tonterías, aunque para ellos cada palabra fue de gran importancia. Ella le hizo saber que estaba feliz porque ese fin de semana iría con Elizabeth al desfile, aunque también se encontraba muy nerviosa, ya que conocería a personas que toda la vida había admirado mucho.

Oscar decidió terminar la conversación porque ya era tercera vez que Esther lo llamaba para que bajara a cenar, pero dejando totalmente claro sus deseos de seguir la conversación en otro momento.

Dejó el teléfono en su habitación para no verse tentado a seguir tecleando en la mesa y romper unas de las reglas de oro de su padre. Al llegar al comedor ya todos esperaban por él.

—¿Por qué te has demorado tanto? —preguntó Samuel con el ceño ligeramente fruncido.

—Estaba ocupado, cosas de la prepa que no podía dejar para otro momento —dijo ubicándose en su puesto frente a su madre.

—¿Pero lo terminaste? —Siguió interesado.

—Sí —respondió y miró a su madre—. Mamá, ¿cómo van los preparativos del desfile en São Paulo?

Rachell se quedó mirándolo por varios segundos mientras trataba de pasar la impresión que le había provocado el repentino interés de su hijo.

—Todo bien cariño, hay un gran equipo trabajando en eso. Viajo el jueves...

—Y yo voy —canturreó Violet, feliz—. Después del evento vamos a Río a ver a *avô*.

—¿Puedo acompañarlas? —propuso, sorprendiendo a todos en la mesa.

—Por supuesto cariño, pero ¿a qué se debe ese cambio de planes? —

interrogó con una sonrisa nerviosa, sin poder comprender a su hijo, quien a regañadientes la había acompañado a algunos de sus eventos.

—Es que quiero apoyarte...

—¿Y qué pasó con nuestro fin de semana de Andirodacks? —preguntó Samuel, tan sorprendido como Rachell.

—Podemos ir en otro momento, es que quiero acompañar a mamá —respondió con la mirada puesta en cómo le servían la cena.

Samuel se quedó mirándolo, seguro que de Oscar escondía algo. No podía creer que de la noche a la mañana se mostrara tan comprensivo con las ocupaciones laborales de su madre.

—Gracias mi cielo, no sabes lo feliz que me hace que quieras acompañarme —dijo Rachell sonriendo—. Quizás ahora tu padre sí se anime a ir. —Puso su mirada en Samuel.

—Rachell, ya lo habíamos hablado. —Le recordó Samuel—. Sabes que no puedo.

—Lo comprendo. —Ella estuvo de acuerdo, bien sabía que su marido no deseaba ir para no tener un incómodo encuentro entre su hija y su novio, aunque se empeñara en decir que tenía algunas ocupaciones.

Él la había apoyado mucho en todo ese complicado y exigente mundo de la moda, había ido con ella a todas partes del mundo y a todos los eventos que había podido; no iba a exigirle ahora que la acompañara si por primera vez no quería.

—Pobrecito papi, prometo que le diré a *avô* que lo extrañas mucho.

—Gracias mi pequeña. —Samuel le acarició la mejilla con los nudillos y le regaló una enamorada sonrisa.

Siguieron conversando y disfrutaban de los alimentos; sin embargo, Oscar estaba más sumido en sus pensamientos que de costumbre, la sola idea de pensar en que iba a conocer a Luana en persona despertaba emociones y

nervios en él.

Marcelo imaginó que volver a contratar a Constança Saraiva iba a ser imposible, pero para su sorpresa ella aceptó a la primera petición; sin embargo, siguió manteniendo su condición de no tener sexo con el benefactor.

Ese pequeño detalle no iba a hacer que él cancelara el servicio, porque deseaba tenerla en frente.

Decidió que no iría por ella, así que mandó a su chofer a buscarla, mientras él la esperaba en su yate anclado en la Marina da Glória, ubicado en la bahía de Guanabara.

Vistió una bermuda aguamarina y una camisa blanca, no pretendía que fuera una velada elegante, sino algo más relajado, en compañía de una mujer que empezaba a significar un reto para él.

Sabía que lo que estaba haciendo era una locura y que probablemente se arrepentiría, pero no deseaba pasar solo ese día y se decidió por una dosis de la agridulce compañía de esa mujer, porque verdaderamente le mantenía entretenido la manera en la que ella lo retaba con sus opiniones radicales y su sentido de altruismo, que iban más allá de su papel como dama de compañía.

Esperaba sentado en el sofá de cuero blanco en forma de C, ubicado en la popa de la lujosa embarcación de acero y aluminio, mientras disfrutaba de una helada copa de champán.

No pudo evitar que su corazón cambiara el ritmo de sus latidos cuando la vio acercarse, traía puesto un vestido blanco largo, tejido, que dejaba ver el corto vestidito que llevaba por debajo. La sugerente pieza poseía un escote de hombro a hombro y dejaba al descubierto la sedosa piel bronceada.

Caminaba segura por el muelle mientras Braulio la escoltaba, cuando vio que estaba lo suficientemente cerca se levantó, caminó por la cubierta, bajó las escaleras y le ofreció la mano para ayudarla.

—Bienvenida —dijo con una galantería de la que él mismo no fue consciente, porque estaba más concentrado en mostrarse imperturbable y que ella no fuese consciente de su nerviosismo.

—Gracias —respondió recibiendo su mano.

Justo cuando llegaron a la cubierta Marcelo la soltó y le hizo un ademán hacia el sofá, para que tomara asiento.

—Veo que no es ninguna reunión de negocios —comentó mirando cómo él agarraba la botella de champán de la hielera que estaba en la mesa frente a ellos y le servía una copa.

—No, esta vez no tengo compromisos laborales...

—Entonces, ¿cuál es el motivo de mi presencia aquí? —interrogó.

—Simple y llana compañía, ¿no es esa tu misión? —preguntó ofreciéndole la copa.

—Lo es, pero sabemos que no te agrada mi compañía y que a mí mucho menos la tuya, por lo que creo que no es necesario seguir guardando las apariencias...

—Siempre puedes fingir que te agrado, así como aparentaste estar muy cómoda con el hombre del restaurante —aconsejó con cinismo, o quizá era un disimulado reproche.

—En realidad lo estaba, era un hombre totalmente agradable —confesó agregando intencionalmente unas notas de emoción a su tono de voz—, pero no pienso inmiscuir a nadie más en esta conversación, y tampoco tienes el derecho de mencionar situaciones que no tengan que ver con nuestra relación laboral. —Dejó completamente claro y le dio un sorbo a su copa—. Puedo suponer que me agradas, son sacrificios con los que tengo que correr de vez en cuando.

—Si no soy de tu agrado, ¿por qué aceptaste venir? —interrogó recorriéndola con la mirada y mostrándose imperturbable.

Ella no respondió de manera inmediata como él esperaba y sabía que estaba pensando en las palabras más adecuadas para seguir mostrándose como la mujer de hierro que pretendía venderle.

Jamás le diría que en realidad quería verlo, que deseaba reñir con él.

—Por la misma razón que tú requeriste de mi compañía.

—Para no estar sola.

—Posiblemente, aunque supongo que solo tendrías que marcar algún número y tener a alguien a tu lado; a menos que verdaderamente seas un desgraciado.

—Imagino que lo mismo pasa contigo. Solo te bastaría con buscar el contacto de alguno de tus clientes y tener compañía.

—En su mayoría, con los hombres que he salido he tenido sexo, por lo que esperan que cualquier tipo de reunión termine en la cama, y no es mi plan para este día —acotó con toda la intención y para que supiera que si el propósito de haberla llevado a ese bonito yate y estarle sirviendo champán era llevársela a la cama estaba perdiendo su tiempo.

—Por fin tenemos algo en común —aseguró él—. Podría llamar a cualquier amiga y coger durante horas, pero tampoco es mi plan.

—Pensé que solías pagar por sexo —comentó, consciente de que era un cliente recurrente de Mata Hari.

—No, si crees que contrato los servicios de Simone porque no tengo la habilidad ni el encanto para encontrar un buen cuerpo en el cual desahogar las ganas estás muy equivocada. Si las he buscado es porque no estoy dispuesto a comprometerme con nadie, porque no quiero llevar a mis compromisos laborales a mujeres con las que solo quiero tener sexo. Después se hacen falsas ilusiones y supondrán que realmente las quiero para algo importante en mi vida —explicó con la mirada fija en los ojos oscuros de ella—. Prefiero recurrir a profesionales, que no esperan más que la tarifa acordada. Mi objetivo es que encanten a mis colegas más que a mí, por lo que no es prioridad el sexo... Ese puedo conseguirlo sin dar ni un centavo.

—Entonces estamos claros —asintió y volvió a tomar de su champán.

—Lo estamos —susurró y también tomó de su bebida.

Ambos se quedaron en silencio, observando cómo una hilera de gaviotas sobrevolaba el Pan de Azúcar y dejaban el tiempo pasar, solo ofreciéndose esa compañía que cada uno requería.

—¿Qué pasó con Branca? —preguntó ella, después de permanecer por mucho tiempo en silencio.

—No es un tema del que quiera hablar —respondió sin desviar la mirada del horizonte y tragó en seco.

—¿Te dejó por otro? —Más que una pregunta era una afirmación.

—Dije que es un tema que no deseo abordar —repitió—. ¿Quieres dar un paseo? ¿Irnos a Buzios y regresar por la mañana? —propuso.

—No me iré a la cama contigo. —Le recordó.

—Y dale con eso... No iremos a la misma cama, hay suficientes habitaciones para que elijas la que desees.

—En ese caso aceptaré tu invitación.

Apenas ella terminó de hablar Marcelo agarró su teléfono e hizo una llamada.

—Vamos a Buzios —ordenó y volvió a dejar el moderno aparato sobre la mesa.

Constança escuchó el motor del yate cobrar vida y empezó a alejarse del muelle.

—Necesitaré ropa y algunos artículos personales.

—Tendrás lo que solicites. —Le prometió.

—Debemos regresar antes de las dos, mañana tengo guardia en el hospital.

—Podrías faltar, te pagaré lo que ganas en un mes en ese lugar.

—No soy enfermera por dinero —interrumpió la proposición de él—. Lo soy por vocación, y deseo cumplir mi horario.

—Está bien, te traeré a tiempo.

No le quedó más que estar de acuerdo, debía respetar las condiciones de esa mujer si deseaba mantenerla dispuesta para cuando la necesitara.

CAPÍTULO 24

El rosa, verde y blanco eran los colores que predominaban en el Palacio de la Samba, donde el contagioso ritmo y la inspiradora letra les recordaba la valentía con la que habían contado sus ancestros para superar las peores adversidades; ellos, quienes lucharon por mantener su cultura y el amor por su tierra debían ser el estímulo que los impulsara día a día para seguir adelante.

En una de las estrofas también invitaba a todos los manguereinses a cantar a viva voz sobre lo afortunados que eran, porque su país contaba con una flora y una fauna envidiable; cantaban sobre el arte y la cultura y la calidez del brasileño.

En una canción resumían lo que era Brasil y todo lo que había luchado a través de la historia.

Elizabeth ya la había escuchado y la adoró, no podía ser objetiva porque idolatraba la escuela a la que pertenecía, pero con toda la seguridad de la que podía disponer, la daba por ganadora.

Lamentó no haber estado en la presentación de la canción, porque ese fin de semana había sido su viaje a Tailandia; pero ahí estaba, poniéndose al día con el compromiso y la pasión que significaban los ensayos para el carnaval.

En la alta tarima la agrupación llenaba de samba el lugar, abajo la «abanderada» y su «escolta» mostraban sus habilidades para el baile y para llevar la bandera provisional que usaban para los ensayos.

Después fue su turno para demostrar de qué madera estaba hecha y cuánto podía resistir sambando encima de los altísimos tacones. Llevaba puesto un *jumpsuit* sumamente corto de flecos, que hacía más dramáticos y rápidos sus movimientos.

Junto a ella otras *passistas* también destacaban con el movimiento extraordinario de sus caderas, mientras sonreían ampliamente y se ganaban las miradas de los que ahí estaban, incluyendo algunos turistas a los que permitían entrar a los ensayos.

Elizabeth miraba en todo momento a Alexandre, que estaba entre el público asistente y le sonreía. En minutos se les unió la estrella de la escuela, la esperada y despanpanante reina.

Ese viernes, en medio del ensayo inicial, pautaron que los demás se fijarían para los sábados por la noche. Elizabeth tuvo muy claro que desde ese momento ese día de la semana estaría totalmente comprometida con Mangureira.

A altas horas de la madrugada terminaron la fiesta, llegaron al apartamento justo para dormir unas pocas horas, porque a mediodía salía el vuelo para São Paulo, donde esperaban encontrarse con Rachell.

En el avión, Elizabeth iba junto a la ventana, mientras que Alexandre estaba sentado en el pasillo, y en la cómoda butaca gris al otro lado iba Luana, con una disimulada pero imborrable sonrisa. Él sabía que eso para ella era un sueño hecho realidad, pudo notarlo en esos hermosos ojitos grises cuando se inundaron de lágrimas en el momento que Elizabeth le mostró el pase tras

vestidores del evento.

—¿Te siguen doliendo los pies? —preguntó Alexandre, preocupado por Elizabeth, ya que al levantarse después de dormir tan solo tres horas se quejó por el dolor en las plantas de sus pies; tanto, que él tuvo que prestarle ayuda para que pudiera llegar al baño.

—Horrores, todavía me palpitan, pero sé que pasará —aseguró, no era primera vez que pasaba por una situación semejante—. Solo será cuestión de práctica para que se acostumbren... De hoy en adelante todos los días voy a bailar durante horas con esos tacones, estoy segura de que no me ganarán.

Alexandre le sujetó las pantorrillas y la instó para que los levantara.

—Alex, ¿qué haces? No, no lo hagas.

—Si no lo hago, cuando intentes levantarte pasará lo mismo.

—Estamos en un avión —susurró con moderación para que no lo hiciera.

—¿Y qué importa? —cuestionó, entonces cedió y permitió que él llevara sus pies hasta su regazo, como mansamente dejaba que Alexandre tuviera el control en algunas cosas.

Con cuidado le quitó las sandalias color esmeralda de tacón bajito, no tuvo que desabrochar nada, solo sacarlas, porque llevaban una tira en la punta del pie y otra que bordeaba el talón y se abrazaba perfectamente a él.

Elizabeth agarró sus sandalias Jimmy Choo y las puso en una esquina de su butaca, al tiempo que se ponía más cómoda y gemía bajito, en una mezcla de dolor y placer cuando Alexandre empezó a masajearle.

Durante casi la hora que duró el vuelo él se dedicó a mimarle los pies, mientras conversaban y se seducían. Apenas anunciaron que estaba pronto el aterrizaje Alexandre volvió a ponerle las sandalias.

Una vez que Elizabeth descansó los pies en el suelo agradeció infinitamente lo que Alexandre había hecho, porque ya no sentía como si le hubiesen dado una paliza con una tabla en las plantas.

Sabía que tanto los ensayos como el carnaval serían un doloroso reto para ella y sus pies, pero también una gran satisfacción para su alma, porque desde que tenía uso de razón había soñado con eso. Bueno, realmente había soñado con ser la reina del carnaval, pero sabía que no era merecedora de tal título, porque no se había esforzado en absoluto para colgarse la banda.

Había otras chicas que vivían por y para eso, que desde que abrían los ojos hasta su último pensamiento antes de dormir era dedicado al carnaval, practicaban y se esforzaban todos los días del año, como para sentir que solo por amar todo lo relacionado al carnaval fuese suficiente para que ella se coronara.

Apenas el avión tocó tierra Elizabeth revisó su teléfono, encontrándose con el mensaje que esperaba de su madre.

Cariño, un chofer del hotel te estará esperando. Apenas llegues me avisas. Besitos de tu mami.

Elizabeth sonrió enternecida ante la muestra de afecto de su madre, podía asegurar que estaba más feliz que ella por el reencuentro, después de tantas semanas alejadas. Sin perder tiempo empezó a teclear.

Mami, ya llegué... Estoy esperando que abran las puertas de avión para bajar.

Envió el mensaje y le comunicó a Alexandre que los estaría esperando un chofer. Ella estaba realmente muy feliz, más bien pletórica de estar ahí, de tener al hombre que amaba a su lado, feliz de estar viviendo el amor por primera vez.

Alexandre le tomaba la mano y con la otra rodaba la maleta. Luana caminaba a su lado también llevando su maleta. Apenas salieron y antes de que pudiera ver al hombre que debía tener un cartelito con el apellido de Elizabeth una ráfaga de incandescentes flashes lo cegó e inevitablemente lo hizo sentir muy nervioso. No le gustaba ser fotografiado y jamás había sido el centro de atención de nada.

Era realmente molesto toda esa luz directa en sus ojos, por lo que tuvo que bajar la cabeza y llenarse de valor para lidiar con esa parte de la vida de su mujer.

No podía evitar pensar en todos los encabezados de esas fotos que les estaban tomando, donde solo se centrarían en las diferencias entre ellos, específicamente en edades y posición social. Nada bueno tendrían para decir de él, y eso lo hacía sentir impotente.

—Solo sigue, no les prestes atención —recomendó Elizabeth al sentir en la unión de sus manos cómo se tensaba.

Elizabeth, a quien situaciones semejantes la habían acompañado a lo largo de su vida, solo congeló una sonrisa en sus labios y levantaba la mano para saludar, al tiempo que apresuraba el paso.

Imaginaba que algo como eso pasaría, que los periodistas aprovecharían el marco de la semana de la moda para prácticamente acampar en el aeropuerto, a la espera de la llegada de todas las personas de renombre internacional que asistirían al importantísimo evento.

Luana no lo podía creer, soñaba con ser modelo y ese era un momento inolvidable. Aunque lo estaba disfrutando y estaba asombrada no mostraba emoción, solo seguía el paso apresurado de su padre.

—¡Señorita Garnett! ¡Señorita Garnett! —Escuchó Elizabeth al chofer que desde alguna parte a su derecha la estaba llamando y se hacía espacio entre los hombres de seguridad aeroportuaria que se estaban encargados de mantener a raya a los periodistas—. Bienvenida —dijo el hombre en medio de la algarabía y le recibió la maleta a Alexandre y a la chica.

Alexandre le abrió la puerta del asiento trasero y esperó a que Elizabeth y Luana subieran para después hacerlo él, tratando de ocultar que esos minutos habían sido los más estresantes en toda su existencia.

Elizabeth inhaló y exhaló profundamente al tiempo que abrazaba a Luana.

—Lo siento. —Se disculpó con ambos, pero miraba a Alexandre.

—No te disculpes, no es tu culpa.

—A mí me pareció fabuloso —intervino Luana, exteriorizando sus emociones y miró a través de la ventanilla, para ver a los periodistas y cómo se alejaban cuando el auto se puso en marcha. Para ella había sido la experiencia más extraordinaria vivida.

Mientras transitaban por la carretera Ayrton Senna de la denominada Nueva York de Sudamérica, como era conocida São Paulo, Elizabeth volvió a escribirle a su madre, informándole que habían logrado salir con vida del aeropuerto.

Ella le respondió de muy buen ánimo, diciéndole que no había importado cuánta seguridad y organización habían puesto a su disposición, ella también había tenido el mismo recibimiento.

Justo cuando el chofer se detuvo frente al Hotel Renaissance se alegró de no ver periodistas, suponía que no le habían permitido la estadía para evitar que incomodaran a gran parte de los participantes del evento que ahí se hospedarían.

Elizabeth entró, caminaba por el vestíbulo hasta recepción cuando vio que su hermanita se acercaba corriendo a ella, y más atrás venía su madre, caminando con esa elegancia y seguridad de la que era poseedora, pero una amplia sonrisa mostraba que estaba muy feliz de verla.

—¡Eli! —Violet se amarró en un fuerte abrazo a la cintura de su hermana.

—¡Hola enana! ¡¿Cómo estás?! —Le preguntó con la emoción formando lágrimas en su garganta. Se acuclilló para estar a la altura de la preciosura de

ojos violeta y volvió a abrazarla con fuerza.

—Estoy bien.

—Ya veo, estás más linda y creo que has crecido más desde la última vez que nos vimos —hablaba acariciándole las sonrosadas mejillas.

—Tú también estás muy linda... ¡Te he extrañado mucho!

—Yo también —confesó levantándose y poniendo la mirada en su madre.

—Pero sé que estás bien y muy feliz viviendo con Alex... ¿Puedo saludarlo?
—preguntó en un susurro.

—Claro —dijo sonriente.

Elizabeth miró a Alexandre que estaba a su lado y lo dejó con Violet mientras ella se fundía en un fuerte abrazo con su madre.

—Estás preciosa mi niña, me tranquiliza mucho verte tan bien —hablaba Rachell sin querer soltar a su hija.

—Estoy bien mami... No sabes cómo había extrañado estos abrazos —susurró con los ojos cerrados y sintiéndose niña entre los brazos de su madre.

Después de ese momento tan emotivo, Elizabeth, con el orgullo hinchado y el corazón latente de amor por el hombre a su lado, que vestía unos vaqueros azul oscuro, una chaqueta casual en el mismo color y una camisa blanca se lo presentó a su madre, mientras le acariciaba la espalda.

—Mamá, era hora de que conocieras a Alexandre en persona.

—Hola, es un placer —dijo Rachell con una gentil sonrisa, recibiendo la mano del hombre y percatándose de que las palmas, sobre todo en la parte interna de los nudillos eran ásperas.

—Igualmente Rachell, muchas gracias por la invitación —respondió él con sinceridad.

Rachell notaba que sus ojos grises eran mucho más bonitos y se notaban más claros en persona, también podía advertir algunas canas en los rizos; realmente muy mínimas, pero imposible que a ella se le escaparan con lo meticulosa que era.

—Gracias a ti por acompañar a mi hija, me alegra ver que está bien... — Desvió la mirada a la chica que ya había visto en fotografías.

—Es mi hija Luana. —La presentó él, nervioso.

—Mucho gusto señora Garnett. —Ella no podía controlar su cuerpo, estaba temblando literalmente, producto de la emoción que sentía. Estar ahí, dándole la mano a una mujer que tanto admiraba y que amaba absolutamente todos sus diseños.

—Por favor, llámame Rachell. —Sonrió, sintiendo la mano trémula de la jovencita, que realmente era hermosa, una belleza que si se contaba con los contactos requeridos no pasaría desapercibida para los grandes de la moda.

Decidió en ese momento que antes de que otros descubrieran ese diamante ella hablaría con su hija, para ver si Luana estaría interesada en formar parte de sus modelos, para presentar la próxima colección de primavera-verano.

—Es... está bien... Rachell —tartamudeó.

—Ven aquí. —Abrazó a la jovencita—. No tienes que estar nerviosa...

—Es que la admiro mucho —confesó con las pestañas temblorosas—. Es usted la mejor diseñadora del mundo.

—Gracias, pero ya no estés nerviosa, soy tan humana como tú. —Trataba de tranquilizarla con un abrazo y una sonrisa, realmente era encantadora la niña—. Supongo que todavía no han almorzado, ¿les parece si vamos al restaurante? —propuso.

—Sí, es buena idea mamá, pero primero subiremos a la habitación a dejar las carteras y bajamos —anunció Elizabeth, quien deseaba estar más cómoda.

—Está bien cariño, espero en el restaurante.

—No tardaremos —prometió y siguió al botones que discretamente había estado esperando por ellos para llevarlos a sus habitaciones.

Luana no esperaba una habitación para ella sola, pero disimuló su emoción y entró, todavía sin poder creérselo.

Alexandre y Elizabeth agradecieron al botones por su amabilidad, pero en cuanto la puerta se cerró el mundo quedó por fuera, Elizabeth se lanzó en contra de él y lo besó apasionadamente; adoraba sentir cómo sus manos le apretaban la piel, cómo esos dedos se encajaban en ella y su forma tan entregada de besarla.

En medio de la batalla de sus lenguas, él, con pasos muy cortos empezó a guiarla a la cama, donde se desplomaron sin dejar de besarse. Elizabeth abrió las piernas para acoplarse perfectamente a él y lo encarceló; sin poder evitar que sus instintos la dominaran se frotaba contra él, moviendo su pelvis en busca del placer que le provocaba sentir cómo poco a poco la erección cobraba vida.

—Le... le dijiste... —Alexandre trataba de hablar en medio de los chupones que se entregaban y moviéndose contra ella—, a tu madre... que...

que no...

—Lo sé. —Resopló, como si eso fuera la válvula de escape a tanta presión ardiente que llevaba por dentro—, pero me haces perder la razón gato y me emociona que estés aquí conmigo.

—Sin embargo, ahora que podemos creo buena idea que nos detengamos —sugirió con el pecho agitado—. Treinta segundos más y tendrás esta cobra dentro de tu cueva.

—Está bien, pero después del almuerzo regresamos aquí, pedimos una botella de champán, unas fresas y nos metemos al jacuzzi, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —afirmó él.

—Haremos el amor toda la tarde y noche... Ahhh y por la madrugada también.

¿Cuento contigo?

—Sabes que no tienes que preguntarlo, nada me parece mejor.

—Entonces quítate de encima. —Lo empujó juguetonamente y se levantó de la cama—. Voy al baño a secarme y a cambiarme las bragas, ya sabes cómo me pones tan solo con tus besos.

—¿No sabes hacer otra cosa que provocarme? —dijo tirado en la cama.

—No es esa mi intención. —Le regaló una sonrisa pícaro—. Mejor búscame las bragas —pidió, se quitó las sandalias y entró al baño, dejando la puerta abierta.

Alexandre se levantó, agarró la maleta y la subió a la cama para complacerla.

—¿Algún color en específico? —preguntó, rebuscando en el compartimiento donde estaba la ropa interior de ambos.

—Negras, de hilo —dijo ella desde el baño.

Él buscó, se la llevó y regresó a un lugar seguro, donde la desnudez de su mujer no amenazara con robarle la cordura.

Después de unos minutos Elizabeth regresó al lado de Alexandre, buscó su estuche de maquillajes y sentada a su lado borró todas las huellas del apasionado beso.

—Ahora sí, vamos a comer.

Salieron de la habitación y tocaron a la puerta de al lado, donde estaba Luana.

—¿Estás lista? —preguntó Alexandre, una vez que ella le abrió la puerta.

—Sí. —Salió sonriente de la habitación y los acompañó.

Cuando llegaron al restaurante Elizabeth le preguntó al *maître* por la mesa donde estaba la familia Garnett; él, con gran amabilidad los guio.

Pocos metros antes de llegar, Elizabeth pudo ver que la esperaba una maravillosa sorpresa, retuvo su grito de emoción, pero no pudo hacer lo mismo con su sonrisa y con sus pies, que apresuraron el paso.

—¡Ay por Dios! —Chilló emocionada y con sus brazos abiertos, dispuesta a dar un gran abrazo—. Dijiste que no podrías venir, ¿por qué no me dijiste que cambiaste de planes?

—Porque se supone que las sorpresas no se anuncian —dijo Luck, abrazándola con fuerza, pero ella lo hacía mucho más intenso que él.

—Te he extrañado tanto, ¿cómo has estado?

—Antes de tu abrazo estaba bien. —Jadeó en el oído de ella—, pero ahora creo que tengo unas cuantas costillas fracturadas.

—No seas exagerado. —Se apartó de él, lo miró a los ojos y volvió a abrazarlo—. Dime que me has extrañado, que casi no consigues respirar sin mí —pidió sonriente.

—Te he extrañado mucho, mucho... y mucho. —Le plantó un beso en la mejilla—. Pero no quiero que tu marido me rompa la cara, ya se le nota que está a punto de explotar por los celos —susurró y se apartó de ella.

—Sé que no lo está, así que no molestes —aseguró con esa sonrisa imborrable.

Mientras Elizabeth estaba demasiado entusiasmada con Luck. Los corazones de Luana y Oscar estaban desbocados, pero se obligaban a disimular la sonrisa y las miradas.

—Hola Oscar. —Alexandre saludó al chico, porque a pesar de que le había declarado estar enemistado con él, creía prudente demostrarle que por su parte seguía siendo su amigo.

—Hola. —Lo saludó, sin ese tono de admiración que antes usaba.

—Alex, ¿puedes sentarte a mi lado? —pidió Violet.

—Claro princesa. —Caminó y se ubicó al lado de la niña.

Elizabeth le puso una mano sobre el hombro a Luana.

—Oscar, te presento a Luana... Aunque ya se conocieron por teléfono — comentó Elizabeth.

—Sí, hola Luana —saludó con seguridad, aunque los nervios seguían dándole una batalla en el interior—. ¿Cómo estás?

—Hola, estoy bien... Gracias. —Las últimas palabras se ahogaron en su garganta entre tanto latido desbocado, pero los presentes se lo achacaron a los nervios de todo lo que estaba viviendo en ese momento.

—Luana, ven aquí —pidió Luck, quien le plantó un beso en cada mejilla —. Me alegra mucho verte de nuevo.

—A mí también —dijo emocionada, por ver una cara que conocía y admiraba, pero que ya no despertaba los mismos nervios que Oscar Garnett.

—Siéntate conmigo —pidió con esa amabilidad y alegría que lo caracterizaba.

Elizabeth se sentó al otro lado de Luck, frente a Alexandre; mientras que frente a Luana quedó Oscar, quien había fruncido ligeramente el ceño desde que la chica se mostró más efusiva y relajada con el ex de su hermana.

Elizabeth no podía evitar extrañar a su padre, hubiese sido realmente perfecto si estuviera en esa mesa, pero ya su madre le había avisado que no viajaría, para que se hiciera a la idea y no sufriera, pero eso era imposible, no importaba con cuánto tiempo de anticipación le avisaran, su corazón no se resignaba al rechazo de su progenitor.

Rachell sabía que su hija extrañaba a su padre, por lo que se esforzaba por mantener una amena conversación y descubría porqué Alexandre había fascinado tanto a su hija, era un hombre que mostraba seguridad, seriedad e inteligencia.

Luana era una chiquita encantadora y la notaba muy cómplice de Elizabeth. La relación de su hija no estaba dentro de los estándares de lo que podía

considerarse normal, pero a pesar de ello se le veía radiante, muy feliz.

A él lo observaba muy enamorado de su niña, notó cómo se quedaba mirándola, atento a cada palabra que ella expresaba, era como si la venerara con la mirada; y en ese momento estuvo segura de que ese hombre estaría dispuesto a dar la vida por su hija, por lo que sin pensarlo pondría en sus manos la seguridad de Elizabeth.

Deseaba que Samuel pudiera hacer lo mismo, que se diera la oportunidad de mirar más allá de los ojos de padre celoso, que pudiera abrir la mente a lo inevitable. Debía aceptar que su hija no podría estar toda la vida con ellos, que en vez de discutir y levantar barreras, lo más sensato sería ganarse el respeto de ese hombre que cuidaría de su tesoro de ahora en adelante.

La comida terminó y Rachell le informó a Elizabeth que esa noche a las ocho iban a compartir una cena con algunos de los organizadores del evento y otros diseñadores, también extendió su invitación a Alexandre.

—¿Qué harán ahora? —preguntó Elizabeth.

—Ya sabes que no tengo descanso, voy a ver las últimas pruebas de los diseños y me toca llevarme a este niño —dijo haciendo un ademán hacia Luck—. Tiene que ensayar.

—Ya ves, tu madre me explota —dijo sonriente—. ¿Nos acompañarás? —Más que una pregunta era una invitación.

—No cariño, me encantaría, pero realmente estoy exhausta. Anoche iniciaron los ensayos del carnaval y estuve hasta las cuatro de la mañana moviendo mi hermoso cuerpecito sobre unos tacones de mínimo dieciséis centímetros. Si realmente quiero estar atenta a la reunión de esta noche debo dormir por lo menos unas tres horas. —Se excusó.

—¿Y tú que harás? —Luck desvió la mirada hacia Alexandre.

—Lo mismo que Elizabeth.

—Él estuvo conmigo —intervino ella.

—Mami, ¿y yo qué haré? No quiero quedarme solita en la habitación — habló Violet.

—Antes de irme te dejaré con la niñera del hotel, seguro que ella te llevará a pasear —dijo con cariño acariciándole la mejilla a la niña.

—Luana, ¿tú que harás? —preguntó Oscar, tomando a todos por sorpresa, porque había hablado muy poco.

—No lo sé, quizá ver televisión —dijo sintiendo que las mejillas se le calentaban.

—Si quieres puedes venir conmigo —intervino Luck.

Alexandre no pudo controlar los espontáneos celos paternos y carraspeó, obteniendo la atención de su hija.

—O si prefieres podemos ir a la piscina, iremos con Violet —propuso Oscar, sintiendo que su excuñado, al que siempre le había tenido cierto aprecio empezaba a caerle muy mal, por andar de entrometido.

—¡Sí! —Violet celebró de brazos alzados—. ¡Vamos a la piscina! Es que en Nueva York está haciendo mucho frío y no me gusta la climatizada, porque cuando salgo igual siento mucho frío.

Luana miró a su padre y realmente no supo definir lo que halló en su mirada. No podía saber si estaba de acuerdo en que fuera a la piscina, porque de ir con Luck el carraspeo había sido un «no» rotundo.

—Es... es que no empaqué traje de baño. —Dio esa excusa, tratando de descubrir si su padre lo aprobaba.

—Pequeña, por eso no te preocupes, ya mismo te pido uno —dijo Rachell.

Cómo decirle que no a la gran diseñadora, miró una vez más a su padre.

—En menos de quince minutos lo tendrás, no voy a permitir que te quedes encerrada en la habitación —habló Elizabeth.

—Papá, ¿puedo? —Resolvió preguntarle, porque no lograba descifrar su mirada y no quería hacer cosas que él no quisiera.

—Sí, puedes bajar a la piscina, pero solo a la piscina —condicionó, sin importarle que los demás estuvieran en la mesa; y le echó un vistazo a Oscar, más que todo era una sutil amenaza, de la que nadie se percató.

Para Rachell esa condición de Alexandre fue tan Samuel Garnett. No sabía cómo era la relación con su hija, pero estaba segura de que la celaba más de la cuenta.

—Bien, entonces ustedes vayan a descansar —pidió Rachell a la pareja—.

Que Luck y yo nos encargaremos de dejar a estos pequeños en la piscina antes de irnos.

Elizabeth se levantó y le dio un beso a su madre.

—Gracias, nos vemos en unas horas —susurró. Sí que había extrañado a su madre.

—¿En serio vamos a dormir? —Alexandre susurró su pregunta una vez que entraron al ascensor.

—Sí, no estaba planeada la cena... —Se acercó a él y se colgó de su cuello —. Pero dormiremos después de que estrenemos el jacuzzi y nos tomemos la botella de champán.

—A pesar de todo, no nos irá tan mal. —Hizo un puchero y lo acercó a los labios de su mujer.

CAPÍTULO 25

—Oscar, por favor, cuida muy bien de Violet, que no se pase a la piscina de adultos —suplicó Rachell.

—Mami, pero yo sé nadar —dijo la niña, dejando sus cosas sobre la tumbona.

—Lo sé cariño, pero es mejor que no te expongas. No quiero que te pase algo, que tu padre me mata.

—Ve tranquila mamá, la cuidaré.

—Gracias chiquito, Luana no debe tardar, trata de que se sienta bien.

—Adiós mamá, ya no te preocupes tanto. Estaremos bien —aseguró él y su mirada se topó con la chica que vestía un sencillo vestido corto hindú.

—Hola Luana. —Violet corrió hasta donde se acercaba la chica.

—Hola, ¿ya te vas a meter al agua? —preguntó sonriente.

—Te estaba esperando —dijo emocionada, agarrándole la mano para guiarla hasta donde estaban las tumbonas.

—Bueno, yo me voy... Ya saben, cualquier cosa me llaman.

—Sí, eso haremos —repitió Oscar.

—Qué bien luces, te ves hermosa. —Luck le guiñó un ojo a Luana.

—Gracias. —Se sonrojó furiosamente.

—Rachell, ¿verdad que tiene madera para modelo? —Siguió él con las manos dentro del pantalón que llevaba puesto.

—Sí, es preciosa... En cuanto la vi pensé lo mismo —dijo con una tierna sonrisa.

—Gracias. —No podía evitar estar nerviosa y no encontrar otra cosa que decir; sin embargo, ya sabía de quién había heredado Elizabeth tanto encanto —. Es muy amable.

—Cualquier cosa que necesites le dices a Oscar, él lo pedirá al hotel...

Espero que se lleven bien, y disculpa si mi hijo no es muy comunicativo, suele ser muy callado.

Luana afirmaba con la cabeza mientras sonreía, en un acto de agradecimiento por tanta atención de parte de Rachell.

Ella se marchó junto a Luck, quien se despidió con un beso en cada mejilla; después se dejó arrastrar por Violet hasta una de las tumbonas.

—¿Vienes al agua? —preguntó Oscar.

—Sí, en un minuto —contestó con el corazón saltándole en la garganta.

—Te espero —aseguró él sin poder quitarle los ojos de encima.

Luana le ayudó a Violet a quitarse el vestido playero.

—Yo elegí este color, es mi favorito —dijo acariciando la tela de su traje de baño.

—Es como tu nombre —dijo sonriente.

—Por eso también me encanta mi nombre... Eli se llama como mi abuela, la mamá de mi papi, y Oscar se llama como mi abuelo, el papá de mi mami.

Yo me llamo como el color de los ojos de mami...

—Y los tuyos también.

—Sí. —Soltó una risita—. Los míos también.

—¿Y tú por qué te llamas Luana?

—Mi papá me contó que así se iba a llamar mi mamá, pero que cuando mi abuelo la vio al nacer decidió cambiar Luana por Branca, porque según él, era igual a la del cuento de hadas.

—Debió ser muy bonita.

—Sí que lo era, ¿quieres entrar ya a la piscina? —preguntó con una cálida sonrisa.

—¡Sí! Me muero por entrar —confesó—. Ya puedes quitarte el vestido.

¿O te da vergüenza? —preguntó bajito.

—No, no, para nada. —Le dijo en el mismo tono sin dejar de sonreír.

Luana se lo quitó, dejando al descubierto su bikini de fondo amarillo con estampado floreado.

Los ojos mostaza de Oscar se fijaron inmediatamente en el cuerpo de la joven; ya su instinto sexual había sido explotado con Melissa, y ahora lo dominaba. Ya no solo veía la belleza o gentileza en una chica, ahora todo era más físico, sabía apreciar el placer que un cuerpo femenino podía ofrecerle.

Antes no estaba tan pendiente de eso, podía ir a una piscina o playa y los cuerpos de las mujeres no eran algo que le obsesionara, pero ahora era lo principal que captaba su atención; y en algunos casos extremos hasta fantaseaba con verlas desnudas.

Luana tenía un cuerpo lindo, un cuerpo que alteraba sus nervios. Sus caderas eran más anchas que las de Melissa, también poseía más glúteos, unas piernas y abdomen muy firme, con una cintura pequeñita, que provocó que sus manos quisieran moldearla.

No había huellas de que fuese madre, su piel era perfecta, toda ella era hermosa y perfecta.

Una inoportuna erección empezaba a hacerse notar, por lo que sin decir nada corrió a la piscina y se dio un buen chapuzón, esperando que la sangre regresara a otras partes de su cuerpo y que no se concentrara de más donde no debía.

—Oscar no pudo esperar. —Sonrió Violet señalándolo.

Luana entró con ella a la de niños, pero Violet rápidamente se hizo amiga de otras niñas y le dijo que podía ir a la de adultos con su hermano, que ella estaría bien.

Luana quería nadar y en la de niños era imposible, por lo que se lanzó a la más grande y rápidamente la cruzó, después volvió al mismo extremo.

—Nadas muy bien —dijo Oscar acercándose a ella.

—Gracias, mi papá me enseñó.

—Lo imaginé, tu padre lo hace muy bien. Me salvó la vida.

—Algo así me contó Elizabeth —dijo sonriente y se pasó la mano por la cara, para quitarse el exceso de agua.

—¿Por qué no vives con Cobra? —No podía retener su curiosidad, porque deseaba saber todo de ella.

—Cobra. —Sonrió al escuchar que lo llamaba así—. No vivo con él porque siempre ha trabajado aquí en Río y yo estudio en Niterói. Era muy complicado para alguno de los dos tener que hacer ese trayecto todos los días.

Siempre he vivido con mami Arlenne y papi Guilherme... Mis abuelos —aclaró.

—¿Has pensado qué quieres estudiar? —Siguió saciando su curiosidad.

—Sí, neuropsicología. ¿Y tú? —preguntó, mirando a los ojos que parecían dos faroles. Se veían más brillantes por los destellos en el agua.

—Me llama la atención ingeniería electrónica.

—Mi tío estudió eso... ¿Conoces a mi tío?

—No, pero supe de él hace unos días, cuando los medios se confundieron y dijeron que era el novio de mi hermana.

—¡Sí! —Soltó una corta carcajada—. ¡Qué locura con eso!

Siguieron hablando por mucho tiempo, dándole libertad a la curiosidad; nadaron otro poco y hasta hicieron competencia, en la cual ganó Luana.

Al final de la tarde ya se hablaban con más confianza, eran amigos que trataban de ocultar los nervios que les provocaba la certeza de que sus sentimientos querían desbocarse e ir más allá de una simple amistad.

A pesar de que Luana tuviese un hijo seguía siendo una adolescente de casi diecisiete años, que se ilusionaba fácilmente, seguía siendo soñadora e inocente en muchos aspectos.

Sin embargo, Oscar era consciente de que Luana era la hija de Cobra y no creía correcto dejar fluir esos neófitos sentimientos que despertaba en él la hija de su amigo, también jugaba en contra que ya ella tuviera un hijo y él su novia, a pesar de lo intensa que últimamente era Melissa le seguía gustando, aunque no más que Luana, y eso empezaba a tenerlo claro.

A pesar de que habían llegado entrada la madrugada de la cena de negocios con un sinnúmero de personas frívolas pero políticamente gentiles, Alexandre no pudo dormir más de las siete de la mañana; no obstante, Elizabeth seguía rendida. Para no despertarla se fue al baño por una buena ducha que lo renovara.

Pasó mucho tiempo bajo el chorro de agua caliente, el suficiente como para suponer que Elizabeth ya estaría por despertar. Salió con una toalla envuelta en las caderas y se acercó a la cama.

Aunque estaba acostada de medio lado y de espaldas a él, le fue fácil deducir que todavía seguía dormida; apoyó una rodilla y los puños en la cama para mantener el equilibrio.

La admiró por casi un minuto y le dio un suave beso en la mejilla, pero ella siguió sin despertar; una de sus manos se aventuró sigilosamente entre las sábanas, al tiempo que él, con mucho cuidado se dejaba caer acostado detrás de ella.

Sus dedos, expertos en explorar hasta llegar a su más deseado tesoro se pasearon por la suave piel del pubis y se hundieron con lentitud entre los calientes pliegues, hasta hallar ese botoncito que tanto amaba estimular.

La sintió tensarse, pero en segundos se relajó mansamente ante su lujuriosa caricia.

—Ummhh... —Gimió, moviéndose lentamente contra él—, creo que me estás malacostumbrando con tu manera de despertarme.

—Quiero despertarte así por siempre —murmuró y empezó a mordisquearle la mandíbula, sin permitirle a sus dedos detener las caricias circulares en el clítoris de su mujer.

Elizabeth le ofreció su boca para fundirse en un beso sexual, donde sus lenguas fueron las protagonistas.

En medio del encuentro de sus bocas, él sacó la mano y se posición encima de ella.

—Qué rico es tenerte así, recién duchado y dispuesto a ensuciarte conmigo —dijo sonriente, mientras le quitaba la toalla en medio de tirones.

Alexandre le quitó la camiseta sin mangas del pijama y la lanzó a algún sitio de la habitación, para atacar con su boca los pechos que mostraban los pezones erectos, en un claro reclamo de deseo.

—Tú no me ensucias, me purificas... —anunció, arrastrándole el pantaloncito junto con las bragas, le sujetó los tobillos y le elevó las piernas, dejándolas descansar separadas sobre sus hombros.

Elizabeth frunció el ceño y ahogó un jadeo en su garganta al sentirlo abriéndose espacio entre sus pliegues, llenándola como si fuese esa pieza perfecta que la completaba. Se agazapó sobre ella y le dio un beso tan ardiente, que por un momento Elizabeth perdió la capacidad de pensar.

Alexandre bajó las torneadas piernas femeninas y se acostó sobre su cuerpo, tratando de apoyar la mayor parte de su peso sobre los codos, para no

ahogarla; se quedó quieto, mirándola a los ojos, muy hundido en ella.

—¿Qué sucede mi vida? —preguntó ella sonriente, mientras esa mirada profunda la confundía.

—Nada —respondió acariciándole con los pulgares las sienas, justo donde nacía su hermoso y sedoso cabello.

—No te creo, sé que algo te pasa.

—Solo te estoy mirando y pienso... —No pudo continuar, solo podía reflejarse en sus preciosos ojos.

—¿En qué piensas amor mío? —preguntó muy curiosa, mientras deslizaba por la musculosa espalda las yemas de sus dedos.

—Pienso... Es que la mitad del tiempo tengo la loca sensación de que no eres real, que quizá sigues siendo uno de mis sueños, que eres esa adolescente de quince que me enamoró, que no eres la mujer de veintitrés... No me creo que estés aquí conmigo.

Elizabeth sonrió aliviada y más enamorada.

—¿Y la otra mitad del tiempo qué sientes? —preguntó mirando a esos ojos bonitos enmarcados por ligeras líneas de expresión.

—Que soy el Alexandre adolescente.

Elizabeth siguió sonriendo con el corazón sumamente agitado, producto de la dicha.

Alexandre siguió mirándola a los ojos, tratando de grabarla en sus retinas; así, sonrojada, ligeramente sudada, despeinada. Le sonrió muy sutilmente, apenas elevando con demasiada ligereza las comisuras de sus labios, al tiempo que deslizaba una mano alrededor de su nuca y le acarició con suavidad el labio inferior con el pulgar; pero los ojos profundos de ella lo volvían a cautivar inexorablemente en sus profundidades. Dejó de mover el pulgar, lo apretó para obligarla a abrir los labios y capturó con arrebató su boca.

Con la sangre pulsando en sus sienes y cuello Alexandre reanudó sus movimientos con lentitud, y exhaló ante la exquisita sensación que le produjo la húmeda calidez que lo envolvía.

Ella lo rodeó con sus brazos, abriéndose completamente para él, moviéndose al son que su hombre le marcaba.

Él luchó por contener el orgasmo que amenazaba con hacer erupción y empezó a moverse con más intensidad, llevándola con rapidez a la culminación, regocijándose con el grito ahogado que ella lanzó en su oído y en su manera de clavarle las uñas en la espalda mientras se estremecía convulsivamente.

Llevó las manos hasta sus nalgas, las apretó y le alzó las caderas, movido por un deseo incontrolable de estar en ese instante en lo más profundo de ella.

Estalló con una fuerza que le hizo gruñir ruidosamente y resoplar, pero no dejó de moverse, solo disfrutaba de la sensación que se apoderó de cada terminación nerviosa suya, de esa energía que hizo estremecer su cuerpo, dejándolo débil y totalmente consumido.

Se desplomó sobre ella porque había perdido toda la fuerza, pero para no sofocarla rodó y se dejó caer acostado a un lado, con el pecho agitado. Le sujetó la mano y empezó besarle la palma.

Ella soltaba risitas porque le hacía cosquilla, pero en la misma medida le encantaba que lo hiciera. Se puso de medio lado y con esa mano que él le sostenía empezó a acariciarle el rostro, todavía muy sonrojado por el orgasmo que había disfrutado.

—Te amo Alex —susurró ella, que no temía en lo absoluto expresar sus sentimientos—. Amo cuando me acaricias, cuando me miras... amo el sonido de tu voz, amo lo que me provocas cuando te siento cerca, cuando te toco...

Amo tus rizos y tus dientes..., todo de ti me gusta. Estoy perdida...

—Voy a corresponder a ese amor, te haré feliz, te lo juro.

—Me has hecho feliz desde que... Bueno, no puedo decir desde que nos

conocimos, eso sería mentirte descaradamente —dijo sonriente—. Me has hecho feliz desde el primer orgasmo en aquel helicóptero...

—Creo que no lo tienes claro... —interrumpió, golpeándole la punta de la nariz con la punta de uno de sus dedos.

—¿Cómo que no? Un orgasmo es felicidad, eso no lo dudes.

—Supongo que en eso tengo que darte la razón... ¿Bajaremos a desayunar?

—Te he dejado hambriento, ¿eh? —preguntó arrimándose más contra él—. No quiero bajar ahora, ¿te parece si pedimos servicio a la habitación?

—Buena idea, podemos quedarnos desnudos todo el día, así no tendremos que perder tiempo en desvestirnos.

—Es buen plan, pero por si no lo recuerdas, tenemos un compromiso y mi madre no debe tardar en llamar.

—Lo olvidaba. —Se acercó y la besó con ternura.

—Voy a ducharme, tú pide el desayuno —dijo saliendo de la cama.

—Te acompaño, necesito limpiarme.

—Entonces ven cariño. —Se giró de frente a él y lo invitó con un provocativo ademán de sus manos.

Alexandre salió de la cama de un salto y corrió para alcanzarla, pero ella en medio de un grito divertido se volvió y se echó a correr al baño.

La alcanzó y en medio de risas entraron a la ducha, él salió mucho antes, se puso un albornoz y regresó a la habitación.

Sabía qué pedir para ambos, porque era quien prácticamente cuidaba la alimentación de ella.

Era común que Elizabeth tardara casi una hora duchándose, y cuando llegó el desayuno todavía no salía.

Invitó a pasar a la mujer para que dejara el carrito en el vestíbulo de la habitación, le agradeció y la despidió. Rodó el carrito hasta dejarlo junto a la cama, no iba a desayunar antes que ella, por lo que prefirió entretenerse leyendo el periódico que habían llevado.

Sentado al borde del colchón se sumergió en las páginas del diario, encontrándose con la desagradable noticia de ver una fotografía suya junto a Elizabeth y Luana, llegando al aeropuerto.

Lo que verdaderamente provocó que la rabia recorriera su cuerpo y se concentrara en cada molécula de su ser fue leer la nota y que no dijeran absolutamente nada positivo de él, mucho menos de Luana.

Le enfurecía que lo tildaran de aprovechado. Lo de poco atractivo lo tenía claro y le importaba una mierda, pero que aseguraran que solo estaba con Elizabeth por su fama y fortuna era inaudito.

Jamás una crítica le había hecho sentir tanta rabia, impotencia y tristeza, ahora cada palabra escrita en esa maldita nota socavaba su seguridad y ponía en una cuerda floja su resolución de seguir junto a la mujer que amaba en contra de lo que fuera.

Sin poder evitarlo la bilis se le subió a la garganta y se le mezcló con las lágrimas que contenía. Él podía soportar cualquier veneno que quisieran esparcir esos malditos, pero no podía permitir que salpicaran a su hija. Luana no tenía que ser blanco de malintencionados ataques; debía hacer lo que estaba en sus manos para ponerla a salvo.

—¡Ya llegó la comida! ¡Qué bien! Muero de hambre —dijo Elizabeth de muy buena gana acercándose a la cama, se subió y gateó hasta él.

Alexandre dobló el «Folha» y lo dejó a un lado, tragando en seco las amargas emociones; cerró los ojos al sentir que Elizabeth lo abrazaba por detrás y le regalaba una guerra de besos; sin embargo, esa entrega de ella no era suficiente para hacer que olvidara lo que había leído en las noticias.

—¿Qué pediste? —Ella continuó con su chispeante energía de rodillas sobre la cama sin dejar de abrazarlo.

Alexandre estiró la mano y le quitó la tapa a la bandeja que contenía los alimentos.

—Eso se ve buenísimo. —Lo bordeó, se sentó en las piernas de él y lo miró a la cara. Inmediatamente se dio cuenta de que algo no andaba bien—.

¿Qué sucede mi vida? —interrogó con la confusión bailando en sus labios.

—Nada —respondió, agarró el cubierto, cortó un trozo de tortilla de huevo y lo pinchó—. Anda, come. —La instó, entretanto él se obligaba a mostrarse normal, cuando su pecho y cabeza todavía eran un hervidero.

—Alex, algo te pasa. —Lo miró con el ceño fruncido—. Estoy segura, no puedes ocultarlo —afirmó preocupándose—. Quiero que me lo cuentes por favor.

—Está bien. —Dejó el tenedor en el plato—. No podré quedarme...

—¿¿Cómo?!

—Lo siento, pero tengo que volver a Río...

—Aseguraste que no iban a molestarte del trabajo... ¿Qué pasó ahora? —cuestionó muy triste pero también algo molesta—. No puedes irte.

—Lo siento —susurró entrecerrando los ojos.

—No, no lo sientes en absoluto. —Protestó.

—No seas caprichosa...

—No lo seas tú. —Se levantó de sus piernas, dejando que la molestia la gobernara—. No entiendo por qué de repente quieres irte, acabamos de pasarlo tan bien y podemos seguir disfrutando... ¿Hice algo mal?

—No, tú no hiciste nada, no tienes culpa de nada. —Se levantó y la sujetó por los hombros.

—Entonces, ¿quién tiene la culpa?...

—No es nada.

—¿Quién la tiene? —Volvió a interrogar a quemarropa.

Alexandre le soltó los hombros y retrocedió un paso, al tiempo que se rascaba la cabeza, porque no sabía cómo salir de esa situación.

—Elizabeth, en serio, no te preocupes. Comprendo que tienes que cumplir con tus obligaciones... Voy a regresar con Luana a Río y te prometo... No, te juro, que las cosas seguirán iguales —dijo juntando sus manos en forma de ruego.

—No puedes hacerle eso a Luana, sabes lo ilusionada que está... Has visto lo feliz que está, no puedes ahora sencillamente decirle que se van, cuando está a horas de vivir una experiencia que para ella será maravillosa...

Entiendo, realmente entiendo que no te guste todo esto, que de cierta manera te agobie, porque no eres un hombre de frivolidades, pero tu hija adora este mundo de tendencias... —hablaba con las lágrimas ya subiendo a su garganta—. ¿Puedes hacerlo por ella?

—No. —Negó con la cabeza—. Solo intento protegerla, no quiero exponerla.

—¿De qué? Esto no es malo... La moda no es mala.

—La moda no. —Agarró el diario y lo tendió hacia ella—. ¡Pero esto sí!

—dijo con dientes apretados, tratando de contener la ira, no en contra de su mujer sino del pedazo de papel que tenía en la mano.

Elizabeth agarró el *Folha* y con rapidez empezó a abrir las hojas del diario, casi con desesperación, hasta que vio la foto que adornaba la nota.

Empezó a leerla e inevitablemente la furia le calentó la sangre, no podía imaginarse cómo estaba Alexandre.

—Esto... esto es mierda —estalló lanzando el diario al suelo—. ¡Es mierda!

—Tengo que irme Elizabeth y me llevaré a Luana.

—Alex..., Alex no lo hagas. —Las lágrimas se le derramaron, eran una mezcla de impotencia, rabia y tristeza.

—Eli, cariño...

—No te vayas, no permitas que esto te afecte, no lo permitas... Es basura, ellos necesitan poner cualquier mierda en esas hojas para vender. Tú sabes que eso no es cierto, yo lo sé, es lo único que importa... Por favor amor, no permitas que los que no pueden ver lo que tenemos, los que no pueden sentir lo que sentimos nos arruinen... Yo..., yo... —balbuceó limpiándose las lágrimas—. Yo sabía que tarde o temprano esto iba a pasar, que la gente sacaría estúpidas conclusiones, pero no pensé..., realmente no pensé que ibas a permitir que te afectara. —Sorbió los mocos y no dejaba de sollozar, sin saber que esa situación solo hacía más difícil mantener la decisión que él había tomado—. Imaginé que lo que sientes por mí es más fuerte que cualquier cosa, más fuerte que la venenosa opinión de todos esos malditos — protestó con los nervios descontrolados y la rabia dominándola—. Pero no es así, te rindes a la primera, ¡te rindes!

De una larga zancada él se acercó y le sujetó la cabeza, poniendo sus manos sobre sus orejas.

—No, no me estoy rindiendo, solo intento proteger a Luana. Por favor, entiéndeme... Sí, me duele que digan esas cosas de mí, pero puedo lidiar con eso, puedo aceptar el odio y las especulaciones del mundo entero, pero no puedo dejar que se metan con mi hija.

—Las críticas son cosas que no podrás evitar mientras estemos juntos, no importa dónde estés, siempre existirán; van a perseguirte... Tienes que aprender a vivir con eso, no dejar que te afecten. Yo suelo no mirarlas, suelo no leer nada en ningún portal de noticias que lleve mi nombre; lo aprendí desde hace mucho, porque es la única manera de poder vivir sin amargarme... Entiendo que quieras proteger a Luana, yo también quiero hacerlo... Ella comprenderá que no tienes culpa de lo que los medios dicen, pero si te la llevas no va a comprender que quieras arruinar uno de sus sueños.

—Elizabeth, no puedo evitar que este evento sea una excusa para que hablen mal de mi hija, sus amigas leerán los diarios y van a burlarse...

—Sigues pensando en el qué dirán, pero no te detienes a pensar en lo que yo siento porque estés haciendo esto. Creí que yo era la inmadura...

Alexandre le soltó la cabeza y retrocedió un par de pasos.

—Ahora no, no estoy preparado para esto... Voy a esperarte en casa, donde nadie más se inmiscuye.

—Vas a huir, te vas como un estúpido cobarde..., pero entiende que no podremos encerrarnos siempre. No quiero vivir a puerta cerrada lo que siento por ti, si por mí fuera permitiría que me hicieras el amor delante de todo el mundo y que hablen toda la mierda que quieran, porque no me avergüenzo de ti ni de lo que siento... —Sus palabras fueron interrumpidas porque Alexandre de un par de zancadas acortó la distancia que había puesto entre ambos, la sujetó por la cintura y la lanzó a la cama; enseguida él se le echó encima y empezó a besarla con desesperación. Y ella, en medio de las lágrimas correspondió.

—Te amo, no lo dudes... Mi amor no tiene que ver con las opiniones de los demás.

—Entonces no te vayas. —Empezó a darle tirones al albornoz de él para quitárselo—. Demuéstrame que puedes con todo esto y yo te ayudaré a proteger a Luana, lo juro..., lo juro. —Sollozó en la boca de él—. Voy a cuidarla, no sé cómo, no sé si tenga la madurez suficiente para hacerlo, pero te doy mi palabra de que haré todo lo posible para que ella esté segura y sea feliz, para que tú lo seas.

Alexandre volvió a besarla con gran arrebató, mientras que sus manos se paseaban ardientes por los muslos de ella.

—Te amo *gostosa*, lo siento... Nunca más te haré llorar, no lo haré, perdóname —murmuraba sin dejar de besar intermitentemente toda la cara de ella.

Una vez más se entregaron a la pasión desmedida, con las batas de paño a medio quitar, en las sábanas todavía revueltas y húmedas del encuentro anterior.

CAPÍTULO 26

Alexandre tocó a la puerta de la habitación de Luana, no pudo evitar sorprenderse y casi salió corriendo despavorido o irrumpir en el lugar para ver qué era lo que estaba sucediendo, pero consiguió mantener el aplomo.

—¿Qué guapo luces! —dijo sonriente al ver a su padre con un traje de tres piezas, y si no fuese por sus rizos evidentemente moldeados con alguna crema, juraría que era su tío Marcelo.

—¿Sucede algo? ¿Estás bien? —preguntó mirándola con el ceño fruncido y los párpados entornados, tratando de comprender qué era ese mapa que su hija tenía trazado en la cara en tonos marrón y beige.

—Sí, estoy muy bien... Ven, pasa, que no puedo perder tiempo —dijo halándolo por la mano.

El colchón parecía un campo de batalla, decenas de productos de maquillaje desperdigados en la cama.

—¿Qué significa todo esto? —Siguió curioso mirando cómo ella agarraba lo que parecía ser un cepillo, y mirándose en un espejo se lo pasaba por el rostro.

—Todo esto es maquillaje...

—¿Usarás todo eso? —preguntó señalando el arsenal sobre la cama.

—Un poco de algunos...

—Luana, no te hace falta nada de esas cosas. Eres preciosa, eres hermosa así sin nada...

—Ay papá, no lo entiendes, no hago esto porque me considere fea,

simplemente realzo mi belleza... Deberías estar acostumbrado, Elizabeth también lo hace.

—Bueno... —Se llevó las manos a los bolsillos del pantalón y apoyó su peso sobre los talones—, en realidad no he visto tantas cosas como esas en el apartamento.

—Lo debe tener muy bien guardado —explicó, tratando de mantener toda su atención en cómo se difuminaba los párpados.

Alexandre decidió guardar silencio, mientras merodeaba por la habitación.

Empezó a contar los pasos y la miraba de reojo.

—¿Qué? —preguntó elevando una ceja—. ¿Qué pasa papá?

—Nada. —Se alzó de hombros y los dejó caer en un gesto despreocupado.

—No digas que no pasa nada cuando me espías disimuladamente.

—No lo hago.

—Sí lo haces.

—Está bien, no lo haré más. —Siguió paseándose por la habitación, se acercó a la ventana y miró hacia la piscina, donde algunos niños se divertían en el agua, mientras que algunas mujeres se bronceaban—. ¿Te falta mucho?

—preguntó sin poder seguir reteniendo su impaciencia.

—Un... poco —dijo con la boca abierta, mientras se ponía una de las pestañas postizas.

—¿Esas cosas no te pesan?

—No, ya estoy acostumbrada... Y todavía no me dices qué haces aquí.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó, sin saber si iba o no a poner a su hija sobre aviso.

—No, quiero que te quedes... En serio te ves muy guapo. —Volvió a elogiar —. Ya sé a quién salí tan linda —dijo sonriente.

—Eres igual a tu madre, de mí tienes muy poco. Luana...

—¿Qué? Puedes hablar papá, sé que tienes algo que decirme pero no te atreves a hacerlo.

—Quizá... —Carraspeó en busca de valor—, posiblemente tengas que enfrentarte a situaciones engorrosas. Algunas personas no comprenden lo que Elizabeth y yo sentimos y...

—Yo lo comprendo —interrumpió.

—Sé que lo haces cariño, pero otras personas no y probablemente digan cosas que no nos agraden, sobre todo de ti y de mí...

—¿Lo dices por lo que salió en el periódico? Ya lo leí... No te preocupes por eso...

—¿No te afecta?

—Sí, lo hizo, quería tener en frente a ese tal «Tadeo Brunelli» y partirle la cabeza. Lloré de rabia e impotencia porque sé que todo lo que dice esa nota es mentira, pero Oscar me hizo entender que no debía darle importancia...

—Creo que estás pasando mucho tiempo con Oscar —comentó sin poder esconder el tono de celos en su voz, mientras pensaba en que pobre de él si se metía con su niña.

—No me digas que estás celoso. —Bufó y lo miró a través del espejo—.

Oscar solo es un amigo, hasta es menor que yo... Y tiene novia. —Compartió todos los defectos del chico, que realmente parecían no surtir efecto en sus sentimientos si ahí estaba, esmerándose, tratando de ponerse más linda que de costumbre, ya no tanto porque iría tras el escenario a ver a las celebridades que tanto admiraba, sino porque deseaba deslumbrarlo.

—Bueno, solo espero que recuerdes que eres una niña, que no importa todo

ese maquillaje que te pones en la cara y te hace ver mayor, sigues siendo mi hija...

—Ay papá. —Resopló y puso los ojos en blanco—, te prometo que solo somos amigos; además, sería muy ilógico que él y yo pudiéramos tener algo, ¿te imaginas?... Un enredo total. —Soltó una risita—. Sería tu yerno y tu cuñado... Mi marido y mi tío político... Y de Elizabeth sería hermano e hijo político ¡Qué locura! —Negó con la cabeza sin dejar de sonreír; sin embargo, esperaba que eso que estaba diciendo la hiciera reaccionar y detuviera los sentimientos que estaban surgiendo en ella.

—Es una total locura y espero que eso él también lo tenga muy presente.

—¿Dónde está Eli? —preguntó cambiando de tema.

—En la habitación de su madre, supongo que en la misma situación que tú. Si supieran que se ven más lindas sin tanto maquillaje. Están completamente erradas si creen que a los hombres nos gustan más así — murmuró.

—Alexandre Nascimento, es justo que comprendas que las mujeres no nos maquillamos para agradarle a ningún hombre, nos maquillamos para agradarnos a nosotras mismas... ¡Dios, cómo se te ocurre mandarme al padre más anticuado del mundo! —protestó divertida.

—¿Más que Guilherme?

—Muchísimo más... Papi Guil es más relajado.

—Será ahora. —Silbó elevando ambas cejas—. Antes era obstinado, «muy» obstinado. —Enfatizó.

—Seguro que los años los hacen más blandengues. —Empezó concienzudamente a pintarse los labios y evitaba mirar a su padre, para que no la desconcentrara—. Espero que no falte mucho para que tú también lo seas. —Deseó tapando el labial.

—He sido el padre menos estricto en toda la historia, y todavía te quejas.

—Ajá —Ironizó. Ella sí tenía muy presente cada una de sus escenas de celos.

—¿Cómo que «ajá» señorita?

—Ajá. —Volvió a decir.

—Creo que mejor regreso a mi habitación.

—No vayas a arrugarte el traje...

—Eh, el padre aquí soy yo. —Le recordó, señalándose el pecho—. Ahora que

no me arrugue el traje. ¡Son las finales!, ¡mi hija dándome órdenes! — farfulló de camino a la salida—. No tardes.

—Ya casi termino, nos vemos en el vestíbulo —dijo y le lanzó un beso.

Alexandre negó con la cabeza y salió de la habitación, todavía le costaba creer que su hija hubiese crecido tan rápido.

Cuando llegaron al esperado evento se vieron rodeados por los compradores de las principales tiendas nacionales e internacionales, redactores de las principales revistas de moda, medios de comunicación de todo el mundo, grandes celebridades, los principales blogueros de moda y toda gente del mundo del espectáculo.

Elizabeth, Luana, Luck y Rachell estaban tras bastidores, mientras Alexandre, Oscar y Violet estaban sentados en primera fila, como espectadores del evento.

—Gracias por lo que hiciste con Luana —dijo Alexandre, encontrando la manera de romper el hielo para hablar con su amigo.

—Si te refieres a lo de esta mañana no fue nada. No iba a permitir que creyera en esas mentiras —respondió manteniendo la distancia, porque todavía estaba molesto con él.

—Supongo que ya estás acostumbrado a ese tipo de ataques... La verdad es que yo no.

—Afortunadamente soy el miembro de la familia que menos le interesa a la prensa.

—Sé que todavía estás molesto conmigo. —Decidió que era el momento de intentar hacer las paces—. Debí decirte, pero todo se dio muy rápido y la situación fue bastante confusa...

—Ahórrate cualquier explicación, porque nada justifica que te metieras con mi hermana...

—Los sentimientos van más allá de cualquier justificación... Algún día lo comprenderás. —Prefirió dejar hasta ahí el tema.

—No lo creo —masculló y fijó su mirada en la modelo rubia que hacía su recorrido por la pasarela.

Alexandre trató de poner su atención en el desfile de la firma Cavallera, muy famosa en Brasil desde hacía algunos años.

—Alex, ¿te pondrías algo así? —Le preguntó Violet con una sonrisa pícaro que hacía brillar sus ojos.

Él miró al modelo que se paseaba con un pantalón corte pescador, brillante, en un tono vino, y una camiseta salmón muy pegada.

—No. —Negó con la cabeza y frunció sus labios en forma de medialuna —. Definitivamente no.

Violet se llevó una mano a la boca para cubrir su sonrisa, pero sus cejas elevadas y los ojos brillantes dejaban ver la picardía que la gobernaba.

Ella se encargó de hacerle entretenido el evento, criticaba casi todos los diseños que presentaban. Y él imaginaba que esa misma pillería debió tener Elizabeth de pequeña.

Inevitablemente deseaba saber cómo lo estaba pasando su hija detrás del escenario, suplicaba porque pudiera llevarse un buen recuerdo de ese momento.

El primer desfile de la semana terminó con la presentación de tres firmas, dos nacionales y una internacional, la cual estuvo a cargo de la firma Winstead.

Tuvieron que asistir a una cena, para celebrar la inauguración que ya catalogaban como un gran espectáculo.

Violet terminó dormida en una silla, por lo que Rachell tuvo que disculparse con los demás invitados.

—Puedo llevarla. —Se ofreció Alexandre, para que no tuvieran que despertarla.

—Gracias, es común que termine rendida sin avisar que tiene sueño — dijo Rachell.

Todos regresaron al hotel, excepto Luck, quien se quedó con algunos compañeros para seguir la fiesta, como ya estaba acostumbrado.

Alexandre pidió permiso para invadir la habitación de su suegra y acostar a la niña en la cama. Mientras, Elizabeth y Luana se habían quedado en el vestíbulo, parloteando sin prestarle atención a la suave melodía de un piano que amenizaba el lugar.

La hija de Alexandre estaba eufórica con la experiencia vivida y apenas se lo podía creer, no paraba de agradecerle a Elizabeth por todo.

Alexandre regresó al vestíbulo donde habían quedado sus chicas y compartió con ellas un buen rato, mientras bebía vodka.

—Te ves agotado... ¿Subimos? —preguntó Elizabeth.

—Sí, creo que es mejor. —Luana estuvo de acuerdo.

—Está bien. —Alexandre se levantó de la butaca donde se encontraba increíblemente cómodo y las acompañó.

Ellas seguían parloteando, sobre todo su hija, quien parecía que no dejaría el tema por lo menos en unos cuantos meses. Estaba seguro de que esa noche soñaría con eso, si es que lograba conciliar el sueño. Le hacía muy feliz verla tan dichosa y agradecida.

Todavía frente a la puerta de la habitación de Luana las lenguas de las dos mujeres no paraban.

—Si quieren pueden seguir hablando.

—¿En serio? —preguntaron al unísono.

—Sí. —Afirmó con la cabeza.

Elizabeth puso las manos en su cuello, gracias a sus tacones no tenía que ponerse de puntillas, y lo besó.

—En un rato estoy contigo —dijo con entusiasmo.

—De acuerdo. —Le dio otro beso, apenas un contacto de labios, y miró a su hija—. Hasta mañana cariño.

—Hasta mañana papá, que descanses —respondió ella sonriente.

Alexandre siguió con su camino a la habitación, mientras que las chicas entraron a la de Luana.

Se quitaron los zapatos y se lanzaron a la cama, en sus teléfonos revisaban las noticias y comentaban sobre eso. Luana le mostró todos los mensajes de sus amigas, quienes también deseaban poder vivir esa experiencia.

—De todos, Zack es el más lindo, y mucho más en persona. —Suspiró Luana, mientras miraba una foto en la que aparecían juntos—. Podría ser su novia —dijo con una risita, pero no totalmente en serio. Solo se dejaba llevar por la emoción del momento.

—Sí, harían una linda pareja... Me dijiste que te has enamorado, ¿cierto?

—preguntó Elizabeth, todavía curiosa por saber de su pasado.

—Sí —dijo bajando la mirada.

—¿Del papá de Jonas? —curioseó con cautela.

Luana afirmó lentamente con la cabeza, sin poder volver su mirada a los ojos de Elizabeth.

—¿Quieres contarme? —instó y le sujetó las manos—. Sabes que puedes confiar en mí. —Le recordó mirándola a los ojos.

—Júrame que nunca se lo dirás a mi papá, porque se pondrá furioso conmigo

—murmuró alzando la mirada.

—Te doy mi palabra, prometo que nunca se lo diré. —Le apretó las manos, infundiéndole confianza—. Eres tú quien debe hacerlo cuando lo creas conveniente.

—Nadie lo sabe, ni siquiera mis amigas... Es que temo que mi papá o mi tío se enteren. —Le confesó con las pestañas temblorosas por los nervios.

—Conmigo estará a salvo.

—Su nombre es Darel, es un chico australiano; en ese momento tenía diecinueve años... Es surfista y había ido a pasarse una temporada en Niterói... Tenía alquilado un apartamento muy cerca de casa. —Tragó en seco para pasar los nervios—. Pasaba todos los días con su tabla por el camino de tierra que está junto al jardín trasero, justo cuando yo practicaba yoga; cada día que pasaba se quedaba mirándome... Los primeros días no permanecía más de un minuto, pero después fue quedando por más tiempo...

Sé surfear...

—¿En serio? —preguntó emocionada e interesada en la historia.

—Sí, mi papá me enseñó desde muy niña. —Sonrió con nostalgia—. Ese chico me gustaba, era muy atractivo; así que como sabía sus horarios un día me fui antes que él a la playa, ahí lo esperé y bueno..., así fue como todo empezó. Primero fuimos muy buenos amigos y después novios. No se lo conté a nadie porque sabía que mis abuelos no estarían de acuerdo. Me esforcé por mantener el secreto, todo era perfecto, era primera vez que me enamoraba y todo era demasiado intenso y bonito... Ya sabes, todas esas emociones que parece que nacen en tu estómago y se esparcen por todo tu cuerpo.

—Sé perfectamente cómo te sentiste, todas esas emociones..., esas cosquillitas, los nervios... —comentó totalmente cómplice del momento de Luana—. Pero continúa cariño, que me tienes en ascuas.

—Él empezó a llevarme a su apartamento, fuimos víctimas de las emociones y el deseo. Me daba vergüenza ir a la farmacia a comprar anticonceptivas,

también me daba miedo porque mucha gente en Niterói conoce a mis abuelos, y temía que le contaran...

—¿Y él? ¿Por qué no usó protección? —preguntó Elizabeth, sin poder evitar sentir molestia en contra de aquel joven, que si Luana apenas era una niña, definitivamente él ya no era un chiquillo.

—Él siempre se cubría, pero en una ocasión usamos los que tenía... Y

minutos después quisimos repetir... Es mi culpa, yo me confié porque estaba en mis días seguros, le aseguré que no iba a quedarme embarazada, fui una tonta. —Se llevó las manos a la cabeza—. El deseo me descontroló, me volví irracional, no pensé... Mucho tiempo después fue que mi ginecóloga me explicó que los espermatozoides sobreviven varios días... Creí que por llevar dos meses teniendo sexo ya lo sabía todo.

—No seas tan dura contigo misma, son cosas que pasan. ¿Y qué hizo él?

¿Se lo dijiste?

—Un par de semanas después de que no nos cuidáramos la hermana de Darel murió en Australia, ella también era surfista y fue atacada por un tiburón... Él tenía que irse y me pidió que me fuera con él, me suplicó que lo hiciera; y realmente lo pensé, hasta fuimos a ver a alguien para que me hiciera un pasaporte falso, donde aparecía como mayor de edad... Pero a último momento no pude. —Se llevó las manos a la cara y empezó a sollozar mientras negaba con la cabeza—. No pude, yo solo pensaba en mi papá, no merecía que lo dejara... Ya mamá había muerto, no podía abandonarlo también; a pesar de que muchas veces me dolía su distancia no podía dejarlo, no podía hacerle eso... Ha sido un buen padre, se ha esforzado mucho para criarme, sé que soy la razón de su vida... Lo sé.

Los ojos de Elizabeth también se llenaron de lágrimas, empezó a acariciarle el pelo, se acercó y le besó la frente mientras se tragaba las lágrimas.

—Ya..., shhh, no llores. —Le susurraba con la voz rota por el llanto contenido.

—Sabía..., sabía... —balbuceaba en medio del llanto—, que si me iba le rompería el corazón a mi padre... Y sería capaz de cometer cualquier locura... Conservo algunos recuerdos de cuando era niña y lo veía llorar por mamá; imaginarlo así por mi culpa fue lo que me hizo desistir de escaparme con Darel... Esa noche en que nos íbamos solo le envié un mensaje diciéndole que no podría acompañarlo, que lo sentía mucho.

—¿Y él lo aceptó así sin más?

—Me llamó furioso, me suplicó llorando que me fuera con él, que me amaba. Yo también lo amaba, pero seguía pensando en el daño colateral que causaría con esa huida... —Seguía contando.

Elizabeth agarró de la mesa de noche unas toallitas desmaquillantes y le ofreció una, para que utilizara como pañuelo. Luana se la pasó por el rostro, porque sabía que debía ser un desastre.

—Ya, tranquila, sé que no fue fácil...

—No lo fue. Me dijo que si no me iba era mejor terminar, porque no podría regresar a Brasil. Solo le terminé la llamada, para que no me escuchara llorar... Darel se fue, al día siguiente lo llamé y no me contestó, le envié mensajes a sus redes, porque temía que hubiese perdido el teléfono y por eso no me respondía. Después de dos semanas respondió, solo escribió: ¿Te vendrás a Australia? Lo pensé, realmente lo pensé mucho, le dije que me diera tiempo, que necesitaba pensarlo. Volvió a responderme solo para decirme que no le escribiera más. Volví a llamarlo todos los días por dos meses y jamás me respondió, me sentía muy mal, realmente muy mal, pero suponía que era el desamor... Había escuchado a mis amigas decir que cuando terminaban con sus novios se sentían como morir, y literalmente así me estaba sintiendo yo, estaba muy débil, solo quería dormir todo el día porque así no lo pensaba, no quería comer, mi apetito se fue al diablo...

Hasta que mi abuela me llevó al médico porque me desmayé; yo no quería ir, porque imaginaba que solo se debía al desamor, pero no... Estaba embarazada. Desde ese momento tuve que blindarme para no decir nada, mis abuelos me juzgarían por haberme entregado a un desconocido. Mi abuela quiso morirse, ella solo sentía que había defraudado a mi papá; ellos

intentaron por todos los medios que les dijera quién era el padre; sin embargo, siempre me apoyaron, hasta ocultaron mi embarazo todo lo que pudieron, porque sabían que mi papá iba a enfurecer. Gracias al cielo la barriga de Jonas fue muy pequeña, no se hizo realmente evidente sino hasta el séptimo mes, anteriormente pude esconderla con ropa ancha.

—¿Le dijiste a Darel?

Luana negó con la cabeza y siguió llorando.

—Estaba muy molesta con él, ya me había humillado lo suficiente, no le había escrito ni llamado, pero siempre revisaba sus redes, vivía pendiente de cada cosa que subía, de cada comentario que hacía. Hasta que lo vi de novio con otra chica, me rompió el corazón... Yo tenía siete meses de embarazo cuando él daba la noticia de que «su chica» tenía tres meses —comentó con amargura—. Desde ese instante lo bloqueé de todas mis páginas, borré su número y lo saqué de mi corazón... Estuve a punto de perder a Jonas, pasé tres días en la clínica, y mi papá dormía en el suelo, al lado de la cama, porque mi abuela lo hacía en el sillón... Darel no merece la pena... —Negó con la cabeza y empezó a llorar.

—No, no lo merece. —Elizabeth la abrazó fuertemente—. Ya encontrarás a un chico que verdaderamente te quiera y te valore.

—Por favor, no le cuentes a mi papá —suplicó abrazada a ella.

—Te juro que no lo haré.

—Te confieso que muchas veces me arrepentí de no haberme ido con él, pensaba que había hecho un sacrificio muy grande por un padre que solo veía por mí los fines de semana, pero ahora sé que fue la mejor decisión, que fue mi amor por papá lo que me salvó de cometer una locura. Darel no me quería de verdad.

—En realidad no te quería, de ser así hubiese regresado o habría contestado a tus llamadas... Jamás habría embarazado a otra chica casi al mismo tiempo... Es un desgraciado, y tú eres muy hermosa como para sufrir por él.

—Es lo que pienso —corroboró.

Elizabeth agarró más toallitas y le ayudó a quitarse el maquillaje.

—Quizás el destino te tiene preparado algo mejor. —Le dijo sonriente—.

Uno más lindo y más responsable. —Se acostó en la cama—. Ven aquí conmigo. —Le pidió y acostó a Luana sobre su pecho mientras le acariciaba el pelo.

Se quedaron en silencio hasta que Luana terminó profundamente dormida.

Elizabeth se levantó con mucho cuidado, la arropó, y con zapatos en mano salió de la habitación.

Al llegar, ya Alexandre también estaba rendido. Se acostó y lo abrazó por la espalda, sabía que tenía que ir al baño a ducharse y cepillarse los dientes, pero quería quedarse así, pegada a esa espalda caliente que tanto la reconfortaba. Solo si él tuviera una mínima idea de lo que su hija lo amaba.

CAPÍTULO 27

Elizabeth, al abrir los ojos lo primero que vio fue la cara de Alexandre, quien la miraba con una encantadora sonrisa; sus ojos lucían más claros que de costumbre y sus rizos estaban húmedos. Evidentemente, él había despertado mucho antes que ella; tanto, que le dio tiempo de ducharse y cambiarse.

—Parece que estuvo muy entretenida la conversación —dijo Alexandre apartándole el pelo de la cara.

—Algo —respondió sonriente.

—¿Estaban hablando de hombres? —interrogó.

—Sí, de uno en particular. —Se giró poniéndose bocarriba y se estiró como si fuese una gata tratando de desperezarse—. Uno increíblemente guapo.

Elizabeth apenas se daba cuenta de que se había quedado dormida sin ducharse porque todavía llevaba puesto el mismo vestido.

—Ya veo que otro tiene el poder de tenerte despierta hasta altas horas de la madrugada —comentó con una evidente connotación de celos y se levantó de la cama.

Elizabeth sonrió al ver lo fácil que era molestarlo, salió de la cama, agarró la liga que estaba sobre la mesa de noche y se recogió el pelo. Caminó hasta él y lo abrazó por la espalda.

—Hablamos de ti tonto —confesó acariciándole el pecho, con la mejilla pegada a él —. No te haces la mínima idea de lo que tu hija te ama —murmuró.

—¿Por qué lo dices? Cuéntame... —pidió mirando por encima de su hombro.

—Eso no puedo hacerlo, solo confórmate con saber que tú fuiste gran parte del tema de conversación... —Inhaló profundamente y después exhaló —. Ahora voy a ducharme. —Le palmeaba suavemente el pecho con ambas manos—. Pide el desayuno por favor, que muero de hambre. —Se alejó y caminó al baño.

—Pediré para ti, ya comí hace un rato.

—¿Y no me llamaste? —reprochó deteniéndose bajo el marco de la puerta.

—No quise despertarte, sé que te dormiste muy tarde... Anda, ve a ducharte, que te pido la comida.

—Está bien. —Caminó al interior del baño, pero regresó hasta el marco —. ¿Quieres ir a bailar esta noche? —Más que una pregunta era una propuesta—. Llegaremos a Río como a las ocho, nos dará tiempo para cambiarnos y salir.

—Es buen plan —dijo con una sonrisa sincera.

—Llama a tus amigos, después de comer les comunico a las mías — comentó emocionada y se perdió en el baño.

Alexandre llamó al restaurante para pedir que subieran el desayuno, después empezó a organizar las maletas, porque odiaba tener que dejar todo para último momento.

Cuando el joven llegó con los alimentos Elizabeth seguía en la ducha.

Alexandre aprovechó para entregarle el maletín de mano que había preparado, le agradeció con una buena propina y le pidió el favor de que llevara el pequeño equipaje a recepción.

Elizabeth se sentó en la cama en posición de Buda y empezó a comer.

—¿Ya Luana despertó?

—Creo que no, esta mañana entré a su habitación y estaba profundamente dormida.

—Imagino, terminamos de hablar muy tarde.

—¿Vas a contarme de qué hablaron? —preguntó con la curiosidad latiendo a mil.

Elizabeth se llevó un pedazo de pan integral a la boca y negó con la cabeza mientras masticaba.

—Solo confórmate con saber que tu hija te quiere más de lo que imaginas, y que ni siquiera en los peores momentos ha estado resentida contigo —confesó, y pudo notar cómo él trataba de disimular una sonrisa, que podía jurar era de orgullo. Le encantaba ver en él ese gesto casi infantil—. Por cierto, ¿qué hora es? —preguntó porque no tenía idea de dónde había dejado su teléfono.

—Más de las diez.

—¡Más de las diez! ¡Ay por Dios! —Salió de la cama como un rayo—.

Recuerda que tenemos una reunión.

—Tú madre dijo anoche que no era tan importante y que no era estrictamente

necesario que asistieras.

—Pero no quiero dejarla, ella necesita de mi compañía.

—Lo sé, pero podrías comer primero, todavía cuentas con dos horas para vestirme, ya te duchaste... Ven. —Estiró la mano—, vuelve a la cama y termina tu desayuno.

Mansamente Elizabeth volvió, adoptó la misma cómoda posición y siguió comiendo.

—Prometiste que me acompañarías. —Le recordó.

—Y lo haré, ¿crees que pueda usar unos vaqueros y una camisa? Ha sido suficiente de pantalones de vestir.

—Sí, es un almuerzo en un jardín... Pero deberías usar traje más seguido, te ves endiabladamente sexi.

—¿Más seguido? No creo que mis compañeros de trabajo aprecien eso, mucho menos los cadáveres que me toca fotografiar.

—Cariño, con lo provocativo que te ves no dudo que hasta la muerte termine babeando por ti.

—Dices unas cosas. —Sonrió mientras negaba con la cabeza—. Voy a cambiarme. —Le dio un beso en la mejilla, buscó la ropa que usaría y se cambió delante de ella—. ¿Así está bien?

Elizabeth dejó de masticar, pero no se tragó los alimentos hasta que hizo un ademán de exquisito con una de sus manos.

—Perfecto, te ves tan bien que podría desvestirme en este instante. —Al verlo con un vaquero negro prelavado y una camisa aguamarina, a la que le dobló las mangas hasta los codos.

—No digas esas cosas, que ya estás sobre el tiempo para asistir a esa reunión, y sabes lo difícil que se me hace resistirme a tus provocaciones.

—Está bien, voy a cerrar el pico —dijo y se llevó un trozo exagerado de pan a la boca, como si pretendiera atragantarse.

Él sonrió y caminó a la salida.

—Voy a ver si ya Luana despertó, posiblemente también me dé un paseo por el vestíbulo...

—Espero... —dijo con la boca llena, porque no podía esperar a que él saliera sin hacerle la advertencia—, por tu bien, que no estés dejándote seducir por ninguna de las modelos que andan merodeando por el hotel.

—Entonces no demores, no seré culpable si alguna me secuestra. Te esperaré en el vestíbulo *delicia*. —Salió de la habitación con una sonrisa.

Ella se apresuró en comer, después corrió al baño a lavarse los dientes y se vistió; quería estar tan informal como Alexandre, por lo que se puso unos vaqueros, una camiseta blanca con aberturas en los costados, unos botines marrones y un collar bastante dramático que le daba sobriedad al estilo.

No iba a perder tiempo en maquillarse demasiado, por lo que se hizo un estilo muy natural. Elizabeth sentía que estaba haciendo todo muy deprisa, que estaba a contrarreloj, pero lo cierto fue que tardó más de una hora en abrir la puerta y salir de la habitación.

Se paseó por el vestíbulo y se encontró a Alexandre conversando con un empleado del hotel, se acercó a él y le puso la mano en la espalda para hacerse notar.

—Estoy lista —dijo sonriente.

—Bueno —respondió echándole un vistazo por encima del hombro y le regaló una sonrisa circunspecta—. Entonces nos vamos.

—Tenemos que esperar a mi mamá.

—Ya se fue.

—¿Cómo que se fue? —preguntó completamente extrañada.

—Sí, dijo que no podía seguir esperando. Le dije que no se preocupara que te irías conmigo, hasta envié a Luana con ella.

—¿Que no podía seguir esperando? —Seguía confundida y miró hacia los ascensores.

—Elizabeth, ¿has visto la hora? —Le preguntó, frunciendo ligeramente el entrecejo.

—No, pero..., pero... —balbuceó y miró su teléfono, realmente había pasado más de una hora—, todavía estábamos a tiempo...

—Y si no nos damos prisa ya no lo estarás... Anda, vamos. —Le tomó la mano y prácticamente la arrastró con él a la salida el hotel.

Alexandre recibió las llaves que le entregaba el *valet parking* que recién dejaba el auto en la entrada.

—Gracias —retribuyó al joven.

Elizabeth, en medio de la confusión no lograba comprender. Permitió que Alexandre prácticamente la subiera al asiento del copiloto, y una vez que la puerta se cerró miró en derredor, sintiéndose cada vez más aturdida.

—Espera, tengo que llamar a mami, no me sé la dirección. —Le dijo una vez que él ocupó el asiento del conductor y encendió el motor—. ¿Cómo es que tú vas a conducir? Se supone que un chofer del hotel nos llevaría.

—El chofer asignado ya se llevó a tu madre, y ella me dio la dirección —comentó poniendo en marcha el auto.

—¿En serio lo hizo? —interrogó todavía confundida. Había algo que le provocaba desconfianza, sobre todo el auto que era de alquiler y no del hotel.

—Si quieres puedes llamarla y que te lo confirme —instó con un semblante muy serio.

Elizabeth le tomó la palabra, buscó su teléfono y le marcó, pero inmediatamente la llamada fue desviada al buzón de voz. No cesó, así que le

marcó una vez más, pero obtuvo el mismo resultado.

—Su teléfono está apagado —dijo desistiendo.

—Quizá no tenga señal —comentó con la mirada en el camino y desde el comando del volante puso música.

—Es tan raro —susurró con la desconfianza que había heredado de su padre latiendo a mil.

La melodiosa voz de Marisa Monte, acompañada por la armonía y el coro del grandísimo Paulinho Da Viola inundó el auto con un clásico que todo brasileño conocía.

Alexandre empezó a tararear, pero la letra realmente invitaba a ser cantada, por lo que empezó a susurrar.

— *Meu coração, não sei por que bate feliz quando te vê, e os meus olhos ficam sorrindo, e pelas ruas vão te seguindo, mas mesmo assim foges de mim...*

Elizabeth lo miraba de reojo y notaba que estaba bastante tranquilo; no desconfiaba de él, sino de la situación. Realmente todo le parecía muy extraño, ni siquiera tenía idea de que Alexandre supiera conducir un auto, porque siempre lo había visto en motos.

No podía negar que lucía muy apuesto concentrado en conducir y en cantar bajito, pero estaba segura de que lo hacía para ella, o eso quería pensar, por lo que decidió acompañarlo.

— *Ah se tu soubesses como sou tão carinhosa, e o muito, muito que te quero, y como é sincero o meu amor, eu sei que tu não fugirias mais de mim...*

Él la miró, quitó la mano de la palanca de velocidades y se la puso en el muslo. Elizabeth le permitió que la dejara ahí. Ambos siguieron cantando y con la mirada en el camino.

Después de más de veinte minutos de trayecto por la autopista Dos Bandeirantes y en su mayoría siendo acompañados por vehículos de carga

pesada, Elizabeth no pudo evitar comentar lo que le atormentaba.

—¿Estás seguro de que sabes a dónde vamos? —preguntó, admirando que prácticamente estaban saliendo de la ciudad.

—Sí amor, muy seguro.

—No sabía que era tan lejos, creo que llegaremos muy tarde. —Se quejó preocupada—. Le prometí a mamá que estaría con ella. —Se llevó las manos a la cabeza—. Debiste ir a la habitación a buscarme antes de que se fuera.

—Se lo propuse pero ella no quiso, no quería que te molestara... Ya relájate. —La instó, frotándole el muslo.

—Volveré a llamarla —dijo, agarrando una vez más el teléfono, pero antes de que pudiera marcar Alexandre se lo quitó.

—Relájate. —Volvió a pedirle, lanzando el teléfono sobre el tablero de su lado.

—Es que no creo que sea tan lejos cariño, ¿puedo llamar a Luck? — preguntó pidiéndole el teléfono con un ademán.

—Elizabeth, tengo todo controlado, ¿acaso no confías en mí?

—Por supuesto, claro que confío, totalmente... —reafirmó mirándolo a los ojos—. Solo que temo que podamos perdernos...

—Conozco muy bien São Paulo, créeme, no vamos a perdernos.

—Está bien. —Fingió calmarse y se concentró en el camino.

Los minutos pasaban, los kilómetros se sucedían uno detrás de otro, el paisaje solo era una autopista que parecía interminable, franqueada por verdes valles que tampoco parecían tener fin.

Alexandre también era amante de la velocidad y constantemente rebasaba a los autos que se encontraban en la vía. Leía cada aviso de tránsito y tenía la certeza de que cada vez estaban más lejos del hotel.

De haber sabido que era tan lejos hubiese solicitado un helicóptero en el hotel. Llegaría solo para encontrarse con su madre y volver, o de lo contrario no estarían a tiempo en el aeropuerto para embarcar.

—Realmente no recuerdo que la invitación dijera que era en Campinas, ya estamos en Campinas. —Volvió a hablar sin poder seguir reservándose su opinión, porque estaba completamente segura de dónde se hallaban.

—Ya estamos por llegar —anunció él, sin darle más explicaciones.

Alexandre abandonó la autopista y se adentró a un parque con vías de arena, enmarcado por altos árboles que brindaban una sombra relajante.

—Ya, ¿puedes decirme a dónde me has traído? —preguntó, totalmente segura de que en medio de la nada no podía haber ninguna reunión. Ya sabía que no encontraría a nadie, que no había ningún almuerzo. Sí que lo hubo, pero no en ese lugar.

—¿Te cuesta estar callada por más de un minuto? —comentó elevando la comisura derecha.

—No puedo cerrar la boca si no sé por qué me has traído aquí... Tenía un compromiso muy importante.

—El compromiso era de tu madre —dijo tratando de poder seguir el camino en medio de la nube de polvo, que no le dejaba mirar más allá de un metro.

—Pero le prometí que la acompañaría... Alexandre, era importante —reprochó.

—Tu madre consideró que no era tan necesaria tu presencia.

—¿Acaso ella sabe que me has traído aquí? —cuestionó y él le echó un vistazo con la ceja levantada, en un claro gesto de ironía.

—¿Por qué crees que no te ha llamado?

—Porque cuando yo la llamé su teléfono estaba apagado.

—¿Y por qué crees que lo estaba?

Elizabeth se quedó mirándolo, descubriendo que todo eso había sido arreglado por él y que la había llevado a ese lugar por algo.

—¡Ay, tonto! —exclamó divertida, pero sintiéndose estúpida. Entonces le golpeó el hombro—. Eres tonto, ¿por qué no me dijiste que me tenías una sorpresa? —Sonreía y lo golpeaba de manera juguetona.

—Vas a provocar que nos estrellemos —respondió de buen agrado, sabiendo que ya no podía seguir ocultando su plan, por lo menos lo descubrió bastante tarde.

CAPÍTULO 28

El Chrysler negro de cuatro puertas estaba estacionado a una calle del Hospital Municipal Miguel Couto, desde ahí Marcelo podía ver claramente a todo aquel que entraba y salía del viejo edificio.

Llevaba más de media hora y estaba dispuesto a esperar mucho más, con tal de no marcharse sin ver a la enfermera; trataba de hacer la espera menos tediosa al revisar su teléfono, pero no se concentraba lo suficiente en el aparato, porque lo que menos deseaba era que ella se le escapara.

Cuando por fin la vio bajar de un taxi, vistiendo el uniforme blanco, no pudo evitar que su corazón diera un vuelvo y se lanzara a latir de forma desbocada; sin embargo, se esforzaba por mantenerse totalmente inmutable delante de su chofer.

Realmente ese uniforme escondía muy bien a la mujer que trabajaba en Mata Hari, aunque debía admitir que seguía caminando con esa seguridad y elegancia que derrochaba cuando se trababa de su otra faceta.

Llevaba el pelo trenzado, pero podía reconocerla a kilómetros, esa cintura y esas caderas eran únicas, eran las mismas que invadían sus sueños, que

últimamente se habían tornado bastante ardientes.

En cuanto ella entró al edificio él abrió la puerta del auto, pero antes de bajar se volvió hacia su chofer.

—Espérame aquí —ordenó con esa educación que lo caracterizaba.

—Sí señor —dijo el hombre moreno afirmando con la cabeza.

Marcelo caminó seguro y precavido, porque no estaba precisamente en la zona más segura de la ciudad.

Al entrar al edificio pudo verla caminar al final del pasillo que llevaba a los ascensores, quiso seguirla, pero sabía que no sería prudente; ella no tenía por qué enterarse de que lo tenía siguiéndola, así que se acercó a una de las mujeres que atendían en recepción y esperó a que terminara de darle instrucciones a otra mujer de cómo llegar al área de pediatría.

—Disculpe, buenas tardes.

—Dígame —pidió la mujer sin mucha amabilidad en el tono de su voz.

Marcelo tuvo la certeza de que todo el que trabajaba ahí carecía de paciencia o estaba demasiado estresado.

—La señorita, la enfermera que pasó por aquí hace unos minutos.

—Ella recibe su turno en quince minutos, si desea información busque a la que esté de turno en el primer piso —dijo casi sin respirar y con mucha contundencia en cada palabra.

—No, no me entiende... Permítame explicarle...

—Señor, diga qué quiere y no me haga perder tiempo.

Marcelo tuvo ganas de decirle que el hecho de ser una servidora pública con un salario de mierda, quizá con un matrimonio frustrado y unos hijos que le daban constantes dolores de cabeza no le daban derecho de tratar de esa manera a las demás personas.

—El nombre de la enfermera, solo eso —dijo con un tono demandante.

—¿Para qué lo quiere?

Marcelo apretó los puños para no olvidar que era un caballero y no permitir que esa mujer le hiciera perder los estribos, inhaló profundamente para tragarse su orgullo, con tal de no haber esperado tanto en vano.

—Es que mi hermano estuvo aquí hospitalizado...

—Giovanna Felberg —interrumpió, dejando totalmente claro que no estaba interesada en escuchar nada de lo que él quisiera decirle—. Si se refiere a la enfermera de cuidados intensivos.

—Sí, la que acaba de entrar.

La mujer no le respondió, solo alzó ambas cejas en un gesto de impaciencia y miró por encima del hombro, para poner su atención en la persona que estaba detrás de él.

—¡Siguiente! —anunció sin preguntarle si deseaba algo más.

Marcelo se alejó del mueble de recepción sin agradecerle a la mujer, porque verdaderamente no se lo merecía; aunque satisfecho de haber encontrado la información que requería.

Caminó de regreso a donde lo esperaba Braulio y subió al auto.

—Vamos. —Apenas dio la orden empezó a buscar su teléfono en el bolsillo de su pantalón.

Estaba completamente dispuesto a averiguar hasta el último detalle de la vida de Giovanna Felberg. Eso lo pondría en la misma posición que ella, quien con solo poner su nombre en la web podría enterarse de la mitad de quién era Marcelo Nascimento, cosa que él no había podido hacer, porque ella se escondía detrás del falso e inexistente nombre de Constança Saraiva.

Alexandre detuvo el auto en medio de una nube amarillenta de polvo, que poco a poco se fue disipando.

—Hemos llegado —anunció con la mirada puesta en los ojos de Elizabeth.

Pero el polvo todavía no le permitía ver, aunque una sonrisa incrédula bailó en sus labios.

—¿En serio? —Sabía que eso debía ser una broma de Alexandre.

—Sí, esperemos que aplaque un poco el polvo para que podamos bajar.

—¿A dónde me has traído?

—Ya sabes dónde estamos, a Campinas.

—Sí, ya sé que estamos en Campinas, pero ¿exactamente dónde?

—En un lugar que espero te guste.

—¿Tengo que ser sincera?

—Totalmente.

—No me gusta en absoluto —confesó esperando no herir los sentimientos de Alexandre.

—Bueno..., te comprendo, porque desde aquí no se ve para nada atractivo. —
Le dio la razón y le sonrió dulcemente.

Se quedaron en silencio por un par de minutos, mirándose a los ojos, hasta que Elizabeth empezó a reír.

—Estás nerviosa —aseguró él.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque siempre que lo estás terminas riendo.

Ella le respondió con una corta carcajada.

—Así es... Antes solía comerme las uñas —respondió sin dejar de reír.

—Ya podemos bajar —dijo, pero antes de que ella tirara de la manilla de la puerta la retuvo—. Si no te gusta solo me lo dices y podremos volver.

—Está bien.

—Te juro que no te traje aquí porque pretendiera huir de la crítica, solo necesitaba volver a Campinas, donde nos besamos por primera vez...

—Querrás decir, donde yo te besé por primera vez.

—Y donde hice mi más anhelado sueño realidad, donde me perdí en tu cuerpo y me sentí revivir. —Le acarició el mentón.

—Ese día me hiciste sentir pequeña y gigante a la vez... Me sentí fuerte y débil, fue algo tan nuevo para mí y tan bueno que por eso quise quedarme — confesó acercándose a él y lo besó con lentitud, permitiendo que el roce de sus lenguas vetara los demás sentidos, hasta que el calor dentro del auto les hizo recordar que llevaban mucho tiempo ahí.

—Bajemos —pidió él relamiéndose los labios al saborearse el beso.

Descendieron y la nube de polvo había desaparecido, pero el auto, que era negro, estaba amarillo.

—Tendremos que mandar a lavarlo —dijo Elizabeth evitando tocar la carrocería.

—Definitivamente —comentó Alexandre—. Tengo que llevar unas cosas que están en el maletero, pero después vendré por ellas. Quiero que primero veas el lugar. —Le tomó la mano y la guio.

Alexandre la sacó del camino de tierra y sus botas se enterraban en la hierba que le llegaba por las pantorrillas; rápidamente se vio rodeada de verdor y del canto de los pájaros.

—Espero que no estemos invadiendo ninguna propiedad privada.

—No, encontré el permiso para que pudiéramos entrar.

El trayecto se hizo un poco más difícil, porque el camino empezó a hacerse más empinado por la pequeña colina que debían subir; sin embargo, a Elizabeth empezaba a gustarle ese ambiente donde solo respiraba paz.

—Si me hubieses avisado me habría puesto algo más cómodo —habló, segura de que no se hubiese puesto tacones.

—No era la idea, pero ya falta poco.

Desde lo alto pudo ver lo hermoso que era el lugar, forrado por un verde de varios tonos, del que sobresalían colinas de diferentes tamaños; parecía no haber límite, solo el cielo celeste salpicado por nubes que parecían motas de algodón. Era de esos paisajes en que la naturaleza demostraba lo perfecta que podía ser.

—¿Te gusta? —preguntó Alexandre al verla ensimismada en el paisaje.

—Me encanta —murmuró apartándose el pelo de la cara—. Es hermoso.

—Me alegra que te haya gustado, pero este no es nuestro destino.

—¿Y cuál es? —preguntó y él le llevó las manos a los hombros para hacerla girar.

—Está justo entre esos árboles —dijo señalando hacia abajo, al otro lado de donde habían dejado el auto.

—Entonces vamos.

El camino de descenso fue mucho más rápido, se adentraron entre los árboles, y mucho antes de llegar Elizabeth pudo ver a dónde iban.

—¡No me digas que es eso! —Se echó a correr, sintiéndose como una niña la mañana de Navidad.

—Sí, lo es. —Él la siguió corriendo entre los troncos de los altos árboles.

Elizabeth llegó y se quedó con la boca abierta, mirando hacia arriba, donde había una cabaña perfectamente instalada sobre las ramas.

—¡Alex!, ¿por qué me haces esto? Ahora no quiero volver, no es justo que me hayas traído solo para verla —reprochó todavía con la mirada en la estructura de madera un tanto cubierta de moho por la humedad y frío del lugar.

—En mis planes no está irme por ahora, quizá mañana por la tarde...

—¿Mañana por la tarde? Pero si nuestro vuelo es esta noche... ¿Y Luana?

—Por primera vez tuve que recurrir a mi suegra. Tenía planeado traerla con nosotros, pero fue idea de tu madre que mejor viniéramos solos. Me pidió que confiara en ella, que dejaría a Luana sana y salva en la puerta de mis padres...

—¿Y así tan fácil aceptaste? —interrumpió.

—No fue tan fácil, ella tuvo que recordarme que había puesto su confianza en mí al permitirme cuidar de su hija... Definitivamente, no pude rebatir contra eso.

—Es astuta mi mamá —dijo sonriente colgándosele del cuello—. No tienes nada que temer, ella cuidará muy bien de Luana.

—Lo sé. —Le dio un beso en el pómulo.

—¡Adivina qué!

—¿Qué? —susurró él.

—Me muero por subir, ¿podemos hacerlo?

—Claro, pero ten cuidado, quizás algunos escalones estén resbalosos por el moho.

—Iré de tu mano —dijo ella sujetándolo, y tirando de él empezaron a caminar. Iniciaron el ascenso por las escaleras en forma de L, totalmente hechas de

madera, mientras eran cobijados por la más pura naturaleza—. En serio, esto es espectacular, es asombroso. Siempre he soñado con una casa en lo alto de un árbol... —parloteaba mientras subían.

—Ya estamos arriba —dijo él, frente a la puerta de madera que tenía la figura del cráneo de un toro tallado en la madera.

—Eso veo —ironizó divertida con la expectación a mil—. Ya abre.

Alexandre giró la manilla y la puerta cedió.

Elizabeth fue la primera en entrar, el lugar era pequeño, había una cama doble con sábanas blancas, en una esquina un comedor para dos y una nevera ejecutiva, una cafetera y una cocina eléctrica de apenas una hornilla.

Frente a la cama había un mueble de madera, como casi todo en el lugar, y encima estaba un televisor.

—Esa es la puerta del baño. —Señaló Alexandre a su derecha—. Y esa da al otro lado de la cabaña, a un lago —indicó la puerta a su izquierda.

—Me encanta, ¿podremos bañarnos en el? —preguntó dejándose caer sentada en la cama, comprobando que verdaderamente era cómoda.

—Claro.

—¿Desnudos? —curioseó elevando una ceja.

—Totalmente... ¿Te podrías quedar un momento sola, mientras voy por las cosas al auto?

—Si no es peligroso.

—Estamos en medio de la nada.

—Para mí esto no es la nada, es... es... —Suspiró encantada—. Nuestro mundo, lo que necesitamos, quizá nuestro infinito particular.

Alexandre se acercó, le puso las manos sobre las mejillas y le dio un beso tras

otro, cálidos toques de labios.

—En nuestro mundo particular estarás segura, lo prometo.

—Entonces ve y no tardes, que quiero que hagamos estremecer esta casita — dijo con pillería.

—Lo haremos. —Se alejó de ella y salió de la cabaña, dejando la puerta abierta.

Elizabeth se levantó de la cama y se paseó por el pequeño pero lindo lugar, disfrutaba de su aroma amaderado y su rústica decoración. Sobre el comedor había una botella de vino junto a dos copas, pero no quiso descorcharlo todavía, así que prefirió ponerse a hacer café.

Mientras se colaba el energizante natural se sentó en una de las sillas del comedor y se quitó las botas, pero se quedó con los calcetines y caminó por el lugar, abriendo las pequeñas ventanas, para que la claridad entrara al lugar.

Esperó a que estuviera listo el café, se sirvió una taza, salió a la terraza que tenía la forma de una C franqueando la edificación de madera y se sentó en una banca a esperar que Alexandre llegara, mientras se lo bebía.

Era como estar en un cuento de hadas, ese bosque le recordaba a aquel en el que se perdían Hanzel y Gretel, pero bien sabía que no aparecería ninguna bruja malvada; esos seres que llegan a arruinar la felicidad no siempre tenían participación, no todo era como en los cuentos; tampoco esperaba a ningún príncipe, estaba ansiosa, aguardando por su marido para que la tomara y la hiciera suya sin ninguna contemplación.

Lo vio venir cargando dos maletines, por lo que corrió al interior de la cabaña, se calzó y fue en su ayuda.

—No hace falta cariño, puedo solo. —Le dijo cuando ella intentaba quitarle un maletín.

—Déjame ayudarte, no seas tan tozudo.

—Es que no es necesario.

—Para mí lo es —discutió. Aparte del capoeirista arrogante, también odiaba esa parte de Alexandre tan anticuada, la que creía que el hombre era quien debía hacer todo y correr con la totalidad de los gastos. Eso la hacía sentir como una inútil.

—Está bien, pero agarra este. —Le dijo soltándole el menos pesado.

Aunque realmente ambos eran livianos, porque llevaban pocas cosas.

Ella le gruñó en un gesto divertido.

—¿Ves que no es tan difícil?, ninguno de los dos va a morir simplemente porque nos compartamos la carga.

—Es que no lo entiendes Elizabeth, es algo de lo cual no me puedo desprender; aprendí desde muy joven a hacerme responsable por todo...

—Pero ya no eres joven... Tampoco es que seas viejo... Quiero decir que ya no tienes que responsabilizarte por todo, ya lo hiciste por mucho tiempo —dijo subiendo las escaleras.

Apenas entraron el aroma a café les dio la bienvenida. Dejaron los maletines al lado de la cama y Elizabeth fue hasta la cafetera y le sirvió una taza.

—Gracias —dijo agarrando la taza, pero también le pasó un brazo por encima de los hombros y la pegó a su cuerpo—. Te quedó rico —elogió después de que lo probara.

—No más que a ti, pero sí está bueno. —Sonrió y empezó a regalarle a las yemas de sus dedos las cosquillas que le provocaban los vellos de su pecho.

—A ti otras cosas te salen insuperables —confesó saboreando su labio inferior en un estudiado gesto de seducción.

—¿Como cuáles? —preguntó con pillería.

—¿No te las imaginas? —contrainterrogó, todo provocativo.

—No, pero déjame intentar adivinar... —Su voz sugerente provocaba que el vello de la nuca de Alexandre se erizara.

Elizabeth salió de su cobijo, se paró frente a él y empezó a descender sin apartar su mirada de los ojos grises. Podía observar cómo esas pupilas se dilataban progresivamente debido al deseo naciente.

Ella se puso de rodillas y empezó a desabrocharle el cinturón sin tener que mirar lo que hacía, porque tenía la cabeza elevada con los ojos fijos en los de su hombre.

—¿Crees que voy por buen camino? —susurró, bajando con lentitud el cierre de los vaqueros.

—Estás exactamente en el camino correcto —respondió con el aliento atorado en la garganta y dejó la taza de café sobre la pequeña mesa del comedor, porque ella ya lo estaba haciendo perder el control, y lo que menos deseaba era terminar volcando la bebida caliente sobre su chica.

Elizabeth lo acariciaba suavemente sobre la tela de la ropa interior, lo endurecía de a poco, sabía perfectamente cómo encenderlo, cómo hacer que la sangre ardiente viajara a ese punto.

Bajó un poco la prenda, solo escasos centímetros, para descubrir apenas el glande; y como si hubiese hallado el más preciado tesoro su mirada se iluminó y se le ensanchó la sonrisa.

Con uno de sus pulgares empezó a regalarle caricias circulares y disfrutaba de ver cómo la respiración de Alexandre se agitaba cada vez más, eso le hacía sentir que tenía todo el poder sobre él.

Termino por exponerlo y se dio a la tarea de despertar a esa cobra con sus manos y boca, y como si no fuese suficiente la rigidez para hacerle saber que estaba haciendo muy bien el trabajo, los gruñidos y veneraciones de él se lo confirmaban.

Le gustaba mucho proporcionarle sexo oral, no era una cuestión de sabor, porque realmente no era amante a lo salino; lo que verdaderamente disfrutaba

era lo que le hacía sentir, era esa sensación extraordinaria de poder y de goce que estallaba en todo su cuerpo al ver el placer desmedido en él.

Eso para ella era como una de esas drogas de sabores e inhalaciones desagradables, pero todas las sensaciones que despertaban en el organismo eran tan extraordinarias que valía la pena pasar por todo lo demás, y terminaba convirtiéndose en una adicta.

Justo así pasaba con ella, se había convertido en una adicta a esas sesiones de sexo oral entre ellos, esos momentos en que el placer los enfrentaba a los momentos de más intimidad y confianza que pudiera existir entre dos seres humanos.

—Justo así... Sí, ¡oh sí mi reina! —Su voz temblorosa y casi ahogada demostraba con creces que estaba gozando el momento—. Sí *delícia*, muy bien..., muy bien. —No podía parar de hablar, mientras que con manos trémulas intentaba recoger todos los mechones castaños y hacer una coleta con el claro propósito de apartarlos de la cara de Elizabeth y que no entorpecieran el extraordinario trabajo que estaba haciendo—. *Meu Deus..., minha gostosa... Você me deixa louco, você me fascina minha rainha... Sim, assim ... Você é uma delicia..., minha delícia.*

Elizabeth le había bajado los vaqueros y la ropa interior, porque no quería barrera alguna que le impidiera darle todo el placer que él necesitaba. Le acariciaba los testículos o se los metía a la boca, mientras que su mirada seguía puesta en ese gesto de goce marcado en su cara.

Varios minutos pasó de rodillas, saboreando el pene caliente y rígido de su marido, lo frotaba con energía, pero con la delicadeza necesaria para no lastimarlo.

Fue Alexandre quien decidió quitarle prioridad a su placer para anteponer el de ella, le ayudó a ponerse en pie, aunque ella estaba un tanto renuente y no quería sacar de su boca la erección; y así se lo confirmó con el quejido que salió de su garganta cuando lo liberó.

Estaba casi sin aliento, aun así, la recibió con un beso voraz, al que Elizabeth correspondió con el mismo entusiasmo mientras seguía masturbándolo con

lentitud.

Él empezó a mover sus pies para quitarse los vaqueros, pero se le quedaron atorados con las botas, eso no fue suficiente para que se detuviera, siguió besándola y la sorprendió al cargarla en vilo; con pasos cortos y torpes logró llegar a la cama, donde la dejó.

—Desvístete —ordenó, mientras él se quitaba las malditas botas que no pretendían salir.

Elizabeth con rapidez y energía se quitó cada prenda, hasta quedar como Dios la había traído al mundo. Alexandre tardó un poco más, porque sus zapatos le dieron la pelea, pero no lograron vencerlo; después de eso nada más lo detuvo. Se entregó por completo a Elizabeth, a disfrutar y hacerle disfrutar cada segundo; vivió cada caricia, cada beso, cada roce y palabra; se amaron sin apresurarse por llegar al orgasmo, prefirieron hacer eternas las ansias.

CAPÍTULO 29

João sonreía al ver las lágrimas de emoción que corrían por las mejillas de su hermana, debía admitir que también se sentía muy orgulloso de ver a su sobrina derrochando talento sobre la tarima.

Estaba presente, brindándole todo su apoyo a su hermana y sobrina, como se los había prometido casi dos años atrás, después de que les diera la trágica noticia de la muerte de Oswaldo.

Él formaba parte del equipo de operaciones especiales y cayó abatido en medio de un enfrentamiento con narcotraficantes en una favela, un día antes de que su hija cumpliera los ocho años; todavía recordaba ese momento en que tuvo que darle la noticia a Laura y el mismo poderoso nudo se le formaba en la

garganta.

Sabía que en la vida de ellas el lugar de su cuñado era irremplazable, que un padre y un marido siempre harían falta, pero hacía su mejor esfuerzo para que su hermana no terminara derrumbándose.

No solo le ofrecía su compañía algunos fines de semanas, sino que en fechas importantes y actividades especiales siempre estaba presente, como en esa ocasión, que Julissa participaba de esa obra de teatro; y ni mencionar la parte monetaria.

No pudo evitar reír con las ocurrencias del personaje que su sobrina interpretaba, la pequeña de diez años era brillante e ingeniosa, totalmente desenfadada a la hora desenvolverse en el escenario, por lo que tenía a todos desternillándose de la risa.

La función terminó en medio de una ensordecedora lluvia de aplausos y silbidos, los niños se perdieron tras el telón y la directora de la obra agradeció la presencia de todos en el recinto.

Las luces se encendieron y las puertas se abrieron, salieron al salón principal del teatro, donde poco a poco los niños ya cambiados empezaron a reunirse con sus padres.

Los pequeños estaban muy emocionados contándoles la experiencia a los padres, como si ellos no lo hubiesen visto; sin embargo, sus progenitores y otros seres queridos se mostraban muy entusiasmados al escucharlos.

Poco a poco los niños empezaron a jugar, como los compañeros que eran, mientras que las madres conversaban entre sí, temas familiares y laborales.

João tenía ganas de marcharse, ya el ambiente se estaba convirtiendo más en una reunión de esposas desesperadas que en un acto infantil, pero no se atrevía a pedirle a Laura que se marcharan.

Agradeció al cielo cuando empezaron a salir, pero para su desgracia, todavía en el patio seguían parlotando sobre la novela del horario nocturno.

—Disculpen, ¿han visto a Karen? —preguntó una mujer irrumpiendo en el grupo de mujeres que compartía sus teorías, y donde lamentablemente João tenía que estar—. Mi hija. —Sus pupilas se movían nerviosas, saltando de una mujer a otra.

—No, no la he visto —respondió una de las madres.

—Yo tampoco —respondió otra.

—Ni yo. —Negó con la cabeza Laura.

—Seguramente estará jugando con algunas amiguitas —comentó la primera que respondió.

—No, no está... Ya llevo rato buscándola —dijo mirando en derredor—.

No la veo...

—¿Cuándo fue la última vez que la vio? —preguntó João, dejándose llevar por su instinto policial.

—Hace unos minutos, como cinco o siete... Fui al baño y le dije que me esperara... Necesito encontrarla. —Casi suplicó a punto de llorar.

—Cálmese... —Le pidió él.

—No puedo, tengo que buscarla... —Se dio media vuelta y caminó de prisa a la salida mientras la llamaba—. ¡Karen! ¡Karen!

João siguió a la desesperada mujer con toda la intención de ofrecerle su ayuda, corrió hasta alcanzarla justo antes de llegar a la salida.

—Señora, cálmese, no gana nada con desesperarse. —Le dijo, pero la mujer solo negaba con la cabeza—. Soy policía —Le informó para que confiara en él; inmediatamente surgió efecto.

—La dejé sentada ahí —dijo señalando una banca junto al portón peatonal de la escuela.

—¿Cree que pudo haber salido? —preguntó Moreira.

—No, ella no lo haría, estoy segura de que me esperaría aquí.

—¿Qué edad tiene la niña?

—Diez. —Sollozó—, solo tiene diez.

—En este caso, será mejor informar a la directora de la escuela o a quien esté a cargo en este momento. —João sabía que por ser domingo y que la escuela solo fue abierta para uso exclusivo del auditorio para la presentación de la obra de teatro quizás la directora no estuviera presente.

—Está bien —dijo la mujer mirando a todos lados para ver si hallaba a su niña.

—¿Vino sola con Karen? Es Karen, ¿cierto? —preguntó mientras caminaban dando largas zancadas hacia la oficina de la dirección.

—Sí, Karen... Solo vine yo...

—¿Y el padre? —Moreira hacía las preguntas de rigor.

—Ya no vivimos juntos, hace un año que nos separamos... En este momento estamos en medio de un juicio por la custodia de la niña —informó porque creyó prudente decir todo desde ese momento.

—¿Cree que él haya podido llevársela?

—No lo creo, sería una estupidez si lo hiciera.

No pudieron llegar a la dirección porque antes fueron detenidos por una maestra, quien les indicó que estaba a cargo del evento y que la directora no estaba.

Al explicarle la situación, la mujer se puso a disposición para ayudar, segura de que la niña no podía perderse estando ahí; sin embargo, la llamaron por los altavoces, y el personal de seguridad se dio a la tarea de buscarla, mientras que algunas madres ya se llevaban a sus hijos.

—Será mejor que vayas a casa. —Le pidió João a Laura.

—Tío, pero dijiste que iríamos a comer pizza, lo prometiste —protestó Julissa.

—Lo sé «macaquinha». —Le dijo con cariño, acuclillándose frente a ella —. Prometo que cenaremos pizza, tu mami te llevará a casa a cambiarte y yo pasaré por ustedes en un par de horas, ¿te parece?

—¿Te quedarás buscando a Karen? —Ya no era un secreto para nadie la desaparición de su amiga.

—Sí cariño. —Le dio un beso en la frente, se levantó y besó a su hermana en la mejilla.

—Por favor, mantenme informada —suplicó Laura con sus ojos verdes puestos en los grises de su hermano. Ambos eran morenos de ojos claros, ella tenía una abundante, larga y negra cabellera rizada, con un cuerpo que no mostraba la mínima huella de ser madre de una niña de diez años.

Una vez que se fueron, João regresó su atención a la mujer que no paraba de llorar, pues había perdido la esperanza de que su hija apareciera en ese momento.

—Será mejor que llame al padre de la niña para salir de dudas —sugirió João —. Mientras, yo solicitaré los videos de seguridad de la entrada.

Después de varios intentos que terminaron por preocupar más a la mujer, le informó a Moreira que su exmarido no contestaba.

—Está bien, necesito que vea conmigo el video de seguridad... Siéntese por favor.

João le ofreció la silla frente al monitor al lado del hombre de seguridad, entretanto él le indicaba la hora aproximada en que había dejado a su hija en la banca.

El hombre retrocedió la cinta y la dejó justo donde la mujer llegaba con Karen, se podía ver que se sentaron juntas, pero un par de minutos después la

madre se levantó, le dijo algo a la niña y ella asintió con la cabeza.

—Dijo que me esperaría, aun así, le aseguré que no tardaría —dijo la mujer con sendos lagrimones corriendo por sus mejillas.

Se podía ver claramente cómo ella caminaba hacia el edificio y la pequeña permaneció sentada, pero casi un par de minutos después se levantaba y salía de la escuela.

—Necesitamos la grabación de la calle —informó el policía.

—Sí, aquí la tenemos. —El hombre regresó en la grabación, dejándola unos minutos antes de que la niña se levantara, entonces vieron llegar un auto negro.

—Es Marcos..., es el auto de Marcos, su papá. —Su voz detonaba una mezcla de alivio y rabia.

No se podía ver al conductor porque tenía puesta una gorra; sin embargo, la niña abrió la puerta del copiloto y él tiró de la mano de ella.

—Se llevó a mi hija, quiere robármela...

—Eso es un delito, automáticamente ha perdido la custodia —comento Moreira, más tranquilo de ver que la niña estaba con el padre. Ahora solo faltaba contactarlo, aunque a juzgar por la manera en que se llevó a la pequeña no parecía con ganas de devolverla. Podía asegurar que la había raptado—. Será mejor informar a la policía, antes de que consiga sacarla de la ciudad.

—Marcos no haría algo así, no se llevaría a nuestra hija, no de esa manera.

—La desesperación volvía a ella junto con la incredulidad.

—Señora, aunque no lo crea, este tipo de eventos es muy común, sobre todo cuando se está peleando por la custodia. —Le explicó, caminó varios pasos y sacó su teléfono para dar parte a las autoridades correspondientes.

Él esperó hasta que llegara la unidad que se encargaría del caso, se despidió de la mujer deseándole que su hija apareciera.

Ella agradeció toda la ayuda que él le brindó y se marchó con los policías a la estación, para poner oficialmente la denuncia del secuestro de su hija por parte de su propio padre.

João se marchó de la escuela con dirección al apartamento de su hermana, dispuesto a cumplir con la promesa que le había hecho a su única y adorada sobrina.

Elizabeth despertó sintiéndose ligeramente ahogada, pero con rapidez se percató de que ese peso sobre su pecho se debía a la cabeza de Alexandre, quien estaba profundamente dormido; empezó a acariciarle los rizos desordenados, que después de tener sexo siempre terminaban como si hubiese estado en medio de un vendaval.

Tenerlo ahí le daba la impresión de que era un hombre tan vulnerable, tan indefenso. Lo tenía completamente a su merced, se sentía su protectora y deseaba que ese momento no pasara nunca, por lo que trataba de respirar muy lento y no moverse.

Miraba las canas que se asomaban en sus rizos cobrizos y las contaba, para que cuando despertara decirle exactamente cuántas tenía; después de un rato desistió y vio su teléfono en el borde de la mesa de noche; si se movían un poco podría caerse, por lo que con mucho cuidado estiró la mano y lo agarró.

Ella quería atesorar ese momento para toda la vida, ¿y qué mejor manera que a través de una foto? Por lo que accionó la cámara del teléfono e hizo una autofoto.

La miró y pudo notar que se le veía un pezón, que estaba muy cerca de la boca de Alexandre, por lo que sonrió traviesa. Estaba segura de que cuando se la mostrara terminarían riendo por un buen rato.

Manteniendo el mismo cuidado se pasó el teléfono a la otra mano, y con esa intentó capturar otra. El resultado fue realmente extraordinario, captó la esencia del momento como ella se imaginaba que se veían, él rendido sobre su pecho, con los labios ligeramente separados y los rizos desordenados. Se

apreciaba media espalda desnuda de Alexandre, se le veía tan poderosa con el perfecto tatuaje adornándola.

Ella salió besándole la cabeza con los ojos cerrados, luciendo totalmente relajada. Había conseguido tapar el pezón con su brazo. Pensó que realmente parecía una foto tomada por un profesional.

Era demasiado tierna y sensual, sin duda quedaba claro que esa imagen había sido postsexo; sin embargo, su parte rebelde decidió compartirla en una de sus redes, con la total intención de que el mundo supiera lo feliz que era junto a él, sin importarle que con ello le daría de qué hablar a los medios sensacionalistas.

Subió la foto, solo editó un poco la luz, para que se viera más clara, y empezó a teclear el enunciado.

Cómo no amarte este lunes y todos los días que nos queden por vivir, si en ti encontré un lugar, mi hogar.

Te amo *gatão*.

La publicó y dejó el teléfono de lado para poder darle un abrazo, él se removió ligeramente, dejándole saber que estaba despertando.

—Hola dormilón —susurró y empezó a besarle el pelo.

—Hola mi amor. —La saludó con la voz ronca, sin tener la mínima intención de abandonar el cálido refugio, pero pasó sus brazos por debajo de ella para amarrarse a ese deseado cuerpo y gimió complacido—. ¿Cómo estás?

—Muy bien..., pero con hambre —dijo sonriente.

—Mi intención era que nos quedáramos aquí por lo menos una hora más, así, abrazados. —Raspaba suavemente con su barba en medio de los pechos de su

mujer, como si fuese un gato mimoso.

En ese momento las tripas de Elizabeth hicieron un gracioso sonido, por lo que ambos empezaron a reír.

—Yo podría quedarme toda la vida así contigo, pero creo que mi estómago no soportará más de cinco minutos... Estoy comprobando que es cierto ese dicho que reza: «amor con hambre no dura» —comentó sonriendo, aunque se sentía avergonzada por no poder controlar su organismo.

—Entonces. —Su voz se dejó escuchar con demasiada energía, como si de repente hubiese recuperado fuerzas—, ¡vamos a comer! Antes de que tu amor se esfume.

Elizabeth se quedó mirando lo perfecto que lucía desnudo, su abdomen marcado y los oblicuos que sobresalían pecaminosamente, además de un trasero como piedra, al que muchas veces se aferraba. No tenía pinta de abuelo por ningún poro, su idea sobre los abuelos era que provocaban ternura, pero este solo despertaba lujuria, atracción y un deseo letal.

Cocinaron y comieron desnudos, después de descansar por mucho tiempo tirados en la cama conversando cualquier tontería y de que Elizabeth recibiera una llamada de su madre, en la que le confirmaba que había sido parte de todo ese plan de Alexandre se fueron a la ducha.

Elizabeth salió del baño primero que él, y envuelta en la toalla se tiró a la cama y agarró el control del televisor.

—¿Qué se supone que vas a hacer? —preguntó, parado bajo el umbral del baño y con las manos en jarras, como si estuviese sosteniéndose la toalla a las caderas.

—Ver televisión —respondió con total inocencia.

—No vinimos aquí para encerrarnos a ver televisión —aclaró caminando hasta ella, le quitó el control y apagó el aparato.

—Entonces, ¿tienes otro plan?

—Por supuesto, ¿acaso lo dudas?

—Estamos en medio de la nada, no creo que haya mucho por hacer, sobre todo cuando ya casi oscurece.

—Hay cosas mejores que hacer que ver televisión.

—¿Iremos a pasear? —curioseó levantándose de la cama.

—Algo así.

—Alexandre Nascimento y sus misterios —ironizó divertida—. ¿Tengo que ponerme linda?

—Nada te hará ver más linda que justo como estás ahora, pero lamentablemente tienes que usar ropa.

—¿Algo especial? —Siguió preguntando con una sonrisa de niña traviesa.

—Cualquier prenda que te pongas inmediatamente la haces especial, así que puedes usar cualquier cosa; después de todo, no fue mucho lo que conseguí meter en el maletín.

Caminó hasta el bolso, lo agarró y lo puso sobre la cama al lado de ella.

—A ver qué trajiste. —Se preguntó corriendo el zíper.

Ella se dio a la tarea de buscar alguna prenda para una ocasión campestre, solo esperaba que él hubiese metido algo adecuado.

Alexandre, que era mucho más práctico a la hora de vestir, se puso una bermuda celeste y una camiseta blanca.

—Estoy listo —dijo calzándose unas zapatillas deportivas Lacoste sin trenzas—. Necesito ir a hacer unos arreglos, volveré en unos minutos — anunció.

—No tardes —pidió ella, todavía indecisa si usar un vestido corto floreado o unos pantalones blancos estilo pescador.

—No lo haré, lo prometo. —Abrió la puerta, salió y la cerró.

Apenas Alexandre salió, Elizabeth, dominada por la curiosidad corrió a la puerta para seguirlo; esperó algunos segundos y abrió con la única intención de ver a dónde se dirigía, pero se lo encontró parado en frente, con los brazos cruzados en el pecho.

—Sabía qué harías eso. —Fingió estar muy serio.

Elizabeth sonrió como quien había sido pillado «in fraganti» y se rascó el cuello por sentirse nerviosa.

—Solo... intentaba saber si ya te habías marchado.

—Querías ver a dónde iba, eso es todo. —Trataba de ocultar que la situación realmente le divertía.

—Está bien, nada gano con negarlo... Me muero de la curiosidad.

—Bueno, tienes que esperar. —Entró a la habitación, agarró las llaves y salió.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó lo que era evidente.

—Asegurarme de que no me sigas.

—Alex, no puedes dejarme encerrada —protestó sin poder creerlo.

—Claro que puedo, solo serán cinco minutos mi amor —dijo cerrando la puerta, siendo más rápido que ella y le puso seguro.

—¡Alex! No puedes hacerme esto. —Resopló al tiempo que miraba en derredor—. Sabes que si quiero salir puedo hacerlo por las ventanas, ninguna cierra por fuera.

—¡Lo sé! —contestó porque podía escucharla—. Pero no vas a arruinar la sorpresa, dijiste que te encantaban, que a todas las mujeres les gustan; ahora quiero que tengas un poco de paciencia... Si empiezas a vestirte ni notarás que me he marchado.

—Haré el intento, pero no tardes... por favor.

—No lo haré. —Él empezó a bajar las escaleras de madera que daban a otro lado de la cabaña; sin embargo, varios metros después se detuvo, para ver si ella lo seguía, pero parecía que por fin le había hecho caso.

Llegó hasta el lugar que había pedido preparar para la ocasión, realmente le agradó cómo había quedado, había flores frescas por todos lados, no le quedaba más que encender las velas, porque ya ese cielo totalmente pintado de un sorprendente bronce estaba a poco de oscurecer.

Además de las velas, también encendió las cuatro antorchas que estaban en los pilares de madera, y puso la música a un volumen adecuado.

Regresó a la cabaña y la encontró sentada en la cama, ya con el vestido corto y de finos tiros con un estampado floreado puesto.

—¿Estás lista? —interrogó.

—¿En serio lo preguntas? —Se levantó como si la cama la hubiese quemado —. Estoy listísima.

—Entonces vamos. —Le ofreció la mano y ella la recibió.

Elizabeth se moría de ganas por preguntarle a dónde la llevaba, pero prefirió cerrar la boca y concentrarse más en lo que la rodeaba. Empezaron a bajar las escaleras, y este camino era mucho, mucho más largo. Pudo ver a través de los troncos de los árboles que había un lugar iluminado, pero imposible saber lo que era, solo era un reflejo, que podía jurar provenía de una hoguera.

Antes de que pudiera ver qué era lo que la esperaba escuchó una suave melodía y el estómago se le encogió ante la emoción, pocos pasos después los troncos se fueron dispersando, mientras ellos descendían por una rampa de madera. Entonces, a tan solo unos contados metros de llegar, pudo ver que era el muelle de un lago.

Estaba decorado con flores silvestres de muchos colores, había un tapete rojo, una cesta, pequeñas velas en vasitos de cristal y las cuatro antorchas que

iluminaban mucho el lugar.

El lago era un gran espejo negro, en el que se reflejaba perfectamente toda esa maravillosa creación de Alexandre. Sentía que las mariposas habían abandonado su cuerpo y estaban bajo sus pies, haciéndola levitar; el corazón le saltaba de gozo y no podía dejar de sonreír como tonta, hasta empezó a temblar.

—¡Es hermoso! —dijo sin querer pisar el tapete y mirando todo lo que le rodeaba.

Alexandre guio sus movimientos en una clara invitación para bailar, ella, como una marioneta irremediamente enamorada se dejó manejar.

—Dijiste que esta noche querías bailar. —Le recordó él, siguiendo el compás de la suave melodía.

Elizabeth todavía estaba tratando de asimilar eso y no conseguía sacar las palabras que se le atropellaban en la garganta y se le ahogaban en las lágrimas de emoción.

—¿Te ha gustado la sorpresa? —preguntó mirándola a los ojos que lucían vidriosos.

Elizabeth asintió con contundencia mientras tragaba en seco y parpadeaba rápidamente para no derramarlas.

—Mu... mucho —dijo con la voz ahogada y seguía bailando la suave melodía abrazada a él.

—Esto es más que un simple muelle...

—Es mucho más —dijo ella, haciéndose la fuerte para no llorar, pues no quería parecer tan sentimental.

—Eres tú —susurró llevándole una mano a la mejilla y le acariciaba con el pulgar el pómulo—. Mi muelle, hasta aquí llego, aquí quiero quedarme...

Dijiste que querías ser mi puerto, y yo quiero que lo seas.

Elizabeth solo asentía una y otra vez, sin poder contener ya las lágrimas que él empezó a retirar con los pulgares.

—Me esforzaré por hacerte feliz mi cielo, te recompensaré con mi amor todo el dolor que has sufrido.

—No quiero que te esfuerces, quiero que me quieras de forma natural, que sigas siendo tan espontánea como hasta ahora.

—Sé que soy algo loca e infantil, pero te quiero, de verdad lo hago...

—Quizá no merezca tanto.

—Lo mereces —aseguró, se puso de puntillas y lo besó con infinita e intensa ternura—. Te amo —murmuró contra los labios de él, húmedos por sus salivas.

—Por suerte ya te encontré —canturreó con la voz rota por las emociones y mirándola directamente a los ojos—. Realmente no sé qué he hecho para merecerte, porque nadie me apreciaba, y quien lo hacía no me interesaba...

Dejé de creer en mi corazón...

—Que estaba en soledad. —Lo acompañó Elizabeth, sin poder controlar las lágrimas que seguían brotando. Se daba cuenta de que estar enamorada y ser correspondida era realmente perfecto, era hermoso, era el sentimiento más intenso; podía vivir y morir por ese hombre.

—Nunca pensé que te quedarías conmigo, has venido para estar aquí, para hacerme feliz...

Abrazados siguieron bailando, compenetrándose cada vez más; después de varias canciones se sentaron a ver las estrellas, que se veían tan cerca y tan grandes que juraban que si estiraban las manos podrían tocarlas.

Empezaron a tomarse una botella de vino, que los hizo entrar en calor y despertó el deseo, por lo que terminaron quitándose la ropa para entregarse nuevamente al amor y al placer.

En medio del frenesí rodaron por el muelle e inevitablemente terminaron dándose un buen chapuzón de agua fría.

Salieron a flote carcajeándose mientras el agua helada los templaba; sin embargo, se quedaron ahí, esperando que el imprevisto accidente mermara la sorpresa para continuar en lo que estaban, y amarse en las aguas oscuras del lago.

CAPÍTULO 30

Lo primero con lo que se encontró Rachell al llegar a Nueva York fue con la sugerente foto que su hija había subido a internet, donde evidentemente acababa de tener sexo con Alexandre. Estéticamente le pareció muy linda y tierna.

Por experiencia sabía que cuando se estaba enamorada provocaba gritarlo a los cuatro vientos, quizás ella quería que la gente verdaderamente creyera en sus sentimientos y en los de Alexandre, por eso hacía esas cosas, pero ahí estaba Samuel Garnett, prácticamente estampándole la foto en la cara y reprochando las acciones de Elizabeth, olvidando que muchas veces él hizo lo mismo cuando eran jóvenes.

Incluso ahora, con todo y siendo el intachable fiscal de Nueva York tenía una foto reciente, donde estaban metidos en una tina, rodeados de espuma, y solo se venían los pies de ella apoyados en su pecho.

Nadie había dicho que estaban viejos para esas cosas, ni que tenían un nombre que cuidar, porque para él era más importante su mujer y sus sentimientos.

Siempre refunfuñaba: *¿Por qué guardar las apariencias con el amor?, ¿por qué ocultarlo?, ¿por qué amarse es mal visto?...*

Demostrar que a esa edad podía tener sexo con su mujer no era un tema tabú para él. Entonces, ¿por qué tenía que serlo para su hija de escasos veinte años? Eran las cosas que no podía comprender de su marido, que se dejaba llevar por los celos que iban más allá de lo racional.

—Es más que la foto Rachell, es lo que dice... ¿Acaso no puedes verlo?

Ya nos olvidó, no somos su hogar, ya no somos nada para ella.

—No exageres Samuel... Elizabeth nos ama, vengo de estar con ella y sigue siendo mi hija, mi niña amorosa, nada ha cambiado... Lógicamente, para ella Alexandre es su nuevo hogar, así como tú te convertiste en el mío...

—Pero tú no tenías a nadie que te amara, no tenías una familia...

Eso verdaderamente hirió a Rachell, sabía que él no lo había hecho con mala intención, pero no por eso evitó que se sintiera lastimada.

—Gracias Samuel, gracias por recordármelo —dijo muy dolida y se fue al baño.

Él resopló, seguro de que había metido la pata hasta el fondo.

—Rach, Rachell... Lo siento —dijo siguiéndola, pero ella casi le estrelló la puerta contra la nariz y le puso seguro—. Cariño, lo siento... Fue estúpido de mi parte decir eso... Entiende que estoy desesperado, siento que pierdo a Elizabeth... Rachell, ábreme por favor.

—Estás a punto de perder a tu familia por ser tan imbécil. —Le gritó al otro lado de la puerta—. Ya no te soporto Samuel, tu actitud me tiene extremadamente cansada...

—¿Quieres que me vaya? —preguntó sintiéndose acorralado—. ¿Quieres que vuelva a dejarte?

Repentinamente la puerta se abrió, los ojos llorosos de Rachell le gritaban que estaba furiosa.

—Si quieres irte puedes hacerlo... Lárgate, pero esta vez no voy a perdonarte, por mucho que me duela dejarte no te perdonaré. No creas que vas a irte de casa y regresar veintiún días después como si nada, esperando a que te reciba con los brazos abiertos.

Amenazó, porque ya una vez Samuel llevó el matrimonio a un hilo de

romperlo, cuando amparado por el estrés de las elecciones para ser fiscal y los constantes viajes de ella por trabajo no hacía más que discutir y reprochar eso por lo que una vez le ayudó a luchar, alegando que nunca estaba para él, cuando prácticamente había sido su sombra.

Él decidió tomar el camino más fácil e irse de casa, dejándola a ella con la responsabilidad de los niños, su trabajo y el dolor de creer que tendría que enfrentar un divorcio con el hombre del que todavía estaba perdidamente enamorada.

—En el instante en que des un paso fuera de esta casa llamaré a mi abogado para iniciar el divorcio, y no te estoy amenazando, solo te lo informo. —Se sentía muy molesta con él pero mucho más con ella misma, porque estaba permitiendo que las lágrimas la vencieran.

—Lo siento mi vida, no quise decir eso... Mi intención no fue lastimarte ni hacerte llorar; es decir, solo intentaba cumplir tu deseo, bien sabes que los niños y tú son la razón de mi existencia... Quizá por eso es que estoy tan desesperado con la situación de Elizabeth, porque con ella siento que estoy perdiendo parte de mi alma. —Se llevó las manos al rostro y se echó a llorar —. Parece que nadie puede darse cuenta de eso, nadie logra comprenderme...

Lamento no ser tan desprendido como tú... Elizabeth es muy importante para mí.

Esa actitud derrotada de su marido fue suficiente para que ella olvidara lo que había hecho, lo estúpido e hiriente que podía ser muchas veces con sus palabras.

Lo abrazó fuertemente, y él lloró convulso entre sus brazos, perdiendo la fuerza en sus piernas; se dejó vencer y terminó sentado sobre sus talones, y Rachell se fue con él hasta el suelo.

—Te entiendo amor... —dijo sujetándole la cabeza con fuerza para poder levantarla y mirarlo a la cara; sin embargo él se rehusaba.

—No, no me entiendes... No lo haces. —Sollozó.

—¿Crees que porque intento comprender a mi hija no entiendo que estés destrozado?, ¿que no puedo sentir tu dolor?... Pues lo hago, lo vivo en carne viva Sam, puedo comprenderte porque estoy sintiendo lo mismo, pero no puedo anteponer mi dolor a la felicidad de Elizabeth... No puedo ser tan egoísta.

—Entonces, ¿soy un egoísta? —reprochó sin dejar de llorar.

—Lo eres, porque solo piensas en ti, en la falta que te hace, y te niegas a pensar en los sentimientos de ella... Alexandre es un buen hombre Samuel, si no lo fuera sería la primera en impedir que siguiera con él, solo debes tratar de darle una oportunidad.

—No puedo, se llevará a Elizabeth lejos de nosotros. No puede ser bueno si ha puesto a nuestra hija en nuestra contra.

—No lo ha hecho, tú mismo has puesto a tu hija en tu contra, con tu actitud tan obstinada, con querer imponerle tu voluntad...

—Solo intento protegerla.

—¿De qué?

—De cualquier peligro.

—No hay peligro con Alexandre, no lo hay; lo traté, conversé con él... Si vieras cómo mira a nuestra niña y lo radiante que está ella a su lado. Además Sam, él tiene una hija preciosa, muy educada y gentil, de la cual se preocupa mucho... Él puede comprender lo que sentimos...

—A ti también te dio el mismo discurso... —farfulló—. Parece un guion estudiado con el que trata de convencernos.

—Dijiste que no habías hablado con él. —Le recordó su mujer.

—No, no lo he hecho, pero me mandó un video en el que me explica «sus razones» —ironizó sintiendo que volvía a entrar en calma.

Rachell negó con la cabeza, al parecer Samuel no tenía solución.

—Si te dijo lo mismo a ti, no creo que sea mentira, creo que es su verdad, lo único que tiene para decir. ¿Por qué no le das la oportunidad? Sé que ahora estás muy ocupado en el trabajo, pero cuando tengas unos días ve y habla con él, sin nadie más... Mira que si no se acobarda te demostrará que no tiene nada que ocultar —instó Rachell, tratando de convencerlo.

—No es el hombre que imaginé para mi hija.

—¿Acaso has imaginado algún otro que no seas tú? —preguntó, tratando de quitarle tensión al momento.

—No es lo que Elizabeth merece.

—Pero es lo que ella quiere, y eso como sus padres debemos respetarlo...

Tienes que hablar con él.

—No, no creo poder hacerlo, no puedo Rachell —dijo muy serio—. Por ese tipo solo siento rencor, no puedo pretender sentir otra cosa, no puedo sentarme con él y tomarnos un café mientras me cuenta cómo mi hija lo prefiere a él.

—Estás en un círculo vicioso y siempre vuelves al punto de partida, donde solo piensas en ti.

—No puedo obligarme a hacer algo que verdaderamente no puedo —dijo negando con la cabeza.

—Solo si no te esfuerzas. Debes dejar de lado el orgullo, y si tanto amas a tu hija como dices, ese amor te dará la fuerza para vencerlo. Porque de seguir así, terminarás dañando irremediablemente tu relación con ella. ¿Y sabes qué es lo más triste de todo? —Lo vio negar con la cabeza baja—. Mírame cielo.

—Cuando lo hizo continuó—. Lo terrible será que Elizabeth terminará acostumbrándose a vivir sin ti, a no contar con tu apoyo y tu amor, a no echarte tanto de menos como lo hace ahora... Y quizá, cuando te vengas a dar cuenta de tu error, te habrás perdido unos años que jamás podrás recuperar.

Samuel no pudo decir nada más, ojalá todo fuera tan fácil como Rachell decía, y que los demonios del pasado no lo atormentaran con tanta alevosía.

Pero no había podido superar ese terror constante que lo llevaba a ser tan irracional.

Elizabeth llegó al apartamento y el rico aroma a comida despertó un apetito voraz en ella, sabía que era normal sentir tanta hambre si se estaba ejercitando tan duramente y sus porciones eran tan controladas.

Se quitó los zapatos, los dejó sobre la alfombra de la sala y apresuró el paso a la cocina, donde estaba el amor de su vida preparando la cena.

Lo besó con ganas, con todas las que traía acumuladas desde el mediodía que no se veían. Él correspondió con el mismo descontrol, pegándola a su cuerpo con fuerza; en una mano tenía una cuchara y con la otra le apretaba una nalga.

—Qué rico se ve eso —elogió mirando la estufa, donde Alexandre estaba haciendo un salteado de verduras. Se apartó para permitirle que siguiera cocinando, pero no tanto como para dejar de sentirlo—. Si como huele sabe ya desespero porque esté.

—Casi está listo, si quieres puedes ir a ponerte cómoda.

—No quiero hacerlo. —Chilló perezosa—. Me cambiaré después de comer, ¿te parece? —preguntó guiñándole un ojo.

Alexandre negó con la cabeza mientras sonreía y recibió gustoso un beso en la mejilla.

—¿Qué hiciste esta tarde? No me digas que estuviste todo el día encerrado.

—Aproveché mi tarde libre para ir a Rocinha, tenía unos asuntos que atender allá.

—¿Una roda? —curioseó.

—No, no era eso, pero te mentiría si te dijera que no participé en un juego.

—Extraño mucho ir a Rocinha, deberíamos escaparnos... —Intentaba plantear la idea, pero él la interrumpió.

—No, no te llevaré.

—Pero Alex, estoy segura de que mi papá ya bajó la guardia...

—No Elizabeth, tu padre tiene razón, es muy peligroso que vayas —dijo determinante mientras buscaba los platos—. Mejor cuéntame cómo te fue en la boutique.

—Aburrido. —Bufó—. Como siempre, solo trabajo y más trabajo. —Le ayudó a llevar lo platos al comedor, después regresó a la cocina por agua.

—No tenía idea de que la moda te fastidiara.

—No, en absoluto, pero si lo comparo con la capoeira... —comentó sentándose.

—Falta poco para el sábado. —También se sentó, recordándole que tenían una roda pautada con los amigos de ella, quienes estaban fascinados con llevar la capoeira más allá de las academias.

—Para mí falta mucho, no creo poder soportar tanto tiempo. —Casi enterró la frente en el plato.

—No exageres. —Rio divertido y vio cómo ella levantaba la cara y empezaba a reír.

—Eso era lo que quería conseguir —confesó ella sonriente.

—¿Qué cosa? —preguntó un tanto confundido.

—Que rieras, si supieras lo que me gusta escucharte reír lo harías a cada minuto.

—Entonces tendría que convertirme en una hiena —comentó sonriendo de medio lado.

—Bueno, por lo menos unas cuantas veces al día.

—Quizás para ti sea poco, pero desde que estás conmigo lo hago más a menudo, mucho más... Tanto, que la mayoría del tiempo me sorprende —alegó mirándola a los ojos—. Pero es algo que no puedo controlar... En serio me haces muy feliz Elizabeth.

—Tú también me haces muy feliz, me haces sentir muy bien, quisiera pasar todo el día contigo... Estoy segura de que muy pronto terminarás cansándote de mí, por la manera en la que te agobio.

—Jamás, jamás mi amor... Nunca me cansaré de ti.

—¿Lo juras? —preguntó con sus pupilas fijas en las de él.

—Lo juro.

—Ahora sí puedo comer tranquila —dijo sonriente y él le correspondió de la misma manera.

Después de la cena se quedaron en la sala y aprovecharon para llamar a Luana, hablaron con ella por casi media hora, hasta que se despidió porque iba a dormir a Jonas.

—Bueno, es hora de ir a ducharme, no quiero practicar tan tarde. —Se levantó Elizabeth del sofá.

—Te acompaño. —La siguió, pero mientras ella se duchaba él se quedó en la cama, encendió el televisor para ver cómo iba el partido de la Copa Confederaciones.

Estaba concentrado en el partido; sin embargo, estaba atento a cada movimiento de Elizabeth, la vio salir del baño e ir al vestidor, hasta que regresó con los altísimos tacones con los que practicaba todas las noches la samba.

—¿Estás lista? —preguntó tirado en la cama con los brazos debajo de la cabeza.

—Totalmente —respondió con esa energía que la caracterizaba.

Alexandre agarró el control y apagó el aparato, porque el partido iba de mierda; era mucho más entretenido ver a su mujer bailar; conectó su celular con el sistema de sonido del apartamento y le dio a reproducir a la samba que ya se sabían de memoria, hasta soñaban con esa melodía, pero era la que Elizabeth debía practicar.

Ella empezó a moverse con energía, cada vez ganaba más seguridad en los movimientos, mantenía la sonrisa en todo momento y una mirada brillante; no mostraba ni un ápice de cansancio o incomodidad, como le pasaba los primeros días, que dejaba de bailar para llenar los pulmones o descansar; ya lo dominaba y cada vez tenía más resistencia.

Él estaba seguro de que lo haría perfecto, se ganaría a todos en el carnaval, iban a adorarla; no tanto como él, porque eso era imposible, pero sí se ganaría el respeto de todos. Estaría a la altura de su abuela, como ella tanto anhelaba.

De repente Elizabeth empezó a quejarse y se tiró a la cama.

—Tengo un calambre, tengo un calambre. —Estaba casi que lloraba y se apretaba fuertemente la pantorrilla.

Alexandre le quitó la sandalia con rapidez, la dejó caer en el suelo y empezó a masajearle.

—Así no..., me duele. —Chillaba empuñando las sábanas.

—Sé que te duele cariño, lo sé... Pero solo así pasará, ya pasará.

—Es horrible, me duele muchísimo —dijo con los dientes apretados, tratando de parecer fuerte.

—Solo respira por la nariz y exhala por la boca, muy lento..., lento. —Le recomendó y Elizabeth lo hacía.

Poco a poco se le fue pasando el horrible dolor que le torturó el músculo posterior de su pantorrilla derecha.

—Creo que es mejor que dejes las prácticas por hoy.

—Sí, me duele mucho. —Elizabeth estuvo de acuerdo.

Alexandre le quitó la otra sandalia y le propuso ver una película, ella aceptó, pero terminó quedándose dormida entre sus brazos a mitad del filme.

Alexandre se dio cuenta de que su chica estaba rendida, le bajó el volumen y terminó de ver la película; después apagó el televisor y se fue a la ducha, minutos después regresó, vistiendo solo una bermuda y se metió en la cama junto a ella, abrazándola por la espalda.

CAPÍTULO 31

El teléfono vibrando sobre la mesa de noche sacó a Alexandre del sueño profundo en el que se encontraba, apenas consiguió abrir un ojo estiró la mano para agarrar el aparato que no dejaba su molesto zumbido.

—¿Hola? —contestó con un ronco susurro, evidentemente estaba más dormido que despierto. No le extrañó en absoluto escuchar la voz de Souza —. Sí, ya voy para allá... En veinte minutos —dijo y terminó la llamada.

Inhaló profundamente y después resopló, en un intento de resignación, pues no le quedaba más que mandar a la mierda el sueño y levantarse. Salió de la cama y se fue al baño, apenas se lavó los dientes y la cara. En el vestidor se quitó la bermuda y se puso unos vaqueros, una camiseta negra y el pasamontañas.

En medio de la penumbra regresó a la cama y se acucilló frente a Elizabeth, que estaba de medio lado. Con delicadeza le apartó el pelo de la cara.

—Amor —susurró para despertarla sin asustarla—. Eli, tengo que salir, debo ir a trabajar —dijo en cuanto ella abrió los ojos.

—No tardes —dijo casi dormida.

—No sé en cuánto tiempo regrese.

—Entonces me llamas por favor.

—Lo haré. —Le dio un beso en el pómulo.

Ella, con los ojos cerrados, estiró la mano y le acarició la mejilla.

—Te amo —susurró.

—Yo también. —Él se llevó la palma de la mano de ella a la boca y le dio un beso—. Nos vemos luego.

Ella asintió con la cabeza.

—Cuídate mucho —suplicó.

—De acuerdo. —Le dio otro beso en el pelo y salió de la habitación.

Alexandre agarró las llaves de la moto y salió rumbo a la comisaría.

Todos tenían en sus facciones el sueño marcado, todos con el mismo estado de ánimo de quien tiene que interrumpir su descanso para cumplir con su trabajado, que constantemente estaba lleno de sorpresas.

Apenas les dio tiempo de tomarse un café, que hiciera el intento de recargarles la energía y salir.

Llegaron a Catumbi, al borde del Morro Santos Rodrigues, donde habían reportado un Toyota incinerado, y dentro del maletero el cuerpo calcinado de un hombre.

Ya la zona había sido acordonada por la policía, y debido a la hora, no había tantos mirones, algo que verdaderamente agradecían, porque así no

entorpecían el trabajo y no contaminaban el área.

Alexandre se dio a la tarea de hacer las fotos a gran escala, mientras que João miraba el auto y recordaba que coincidía con las mismas características del que se llevó a Karen de la escuela, apenas tres días atrás.

Le comunicó a Souza, para que él se encargara de contactar con la unidad que estaba llevando el caso de la niña supuestamente raptada por el padre.

Los peritos hicieron el levantamiento del cadáver y se lo llevaron a patología forense, para hacer las pruebas de rigor y dar con la identidad del occiso.

El auto también fue llevado al lugar correspondiente para poder recabar pistas, todo el proceso llevó más de cinco horas, por lo que a ninguno le dio tiempo de regresar a sus hogares, sino que se fueron directo a la comisaría, donde debían seguir con el trabajo.

Alexandre entró a su oficina, dejó el equipo fotográfico sobre el escritorio y buscó su teléfono en uno de los bolsillos delanteros de sus vaqueros.

—Hola cariño —habló bajito, como si alguien más pudiera escucharlo y él no lo deseara—. ¿Tienes rato despierta? —preguntó.

—Hola amor, no mucho, apenas termino de bañarme.

—Entonces ya llevas como una hora despierta —dijo sonriente, seguro de que Elizabeth pasaba mucho tiempo bajo la regadera.

—Algo así, ¿qué deseas para desayunar? —preguntó sonriente.

— *Delicia*, no podré ir, esto llevará mucho tiempo.

—Entiendo. —Lo interrumpió, compadeciendo al hombre que amaba—.

¿Qué fue lo que te sacó de cama tan temprano?

—Apareció un auto incinerado...

—¿Un accidente?

—No lo creo, el posible conductor estaba en el maletero.

—Definitivamente, no fue un accidente... Si me dices qué se te antoja lo preparo y te lo llevo antes de irme a la boutique —propuso con toda la intención de cumplir con su palabra.

—No te preocupes, comeré cualquier cosa en la cafetería... No tienes idea de lo que me molestarían los compañeros si te ven trayéndome comida.

—Lo imagino. —Soltó una risita—. Está bien, no te avergonzaré con eso... Entonces desayunaré y me iré al trabajo. ¿Vendrás para la hora de almuerzo?

—Está en mis planes, deseo verte.

—Yo también, rezaré para que nadie sea asesinado en las próximas horas.

—Esperemos que no —dijo él—. No creas que te has salvado del entrenamiento, iremos por la noche.

—Entendido mi entrenador —respondió con tono militar.

—Bueno, nos vemos luego... —En ese momento entró Souza a su oficina, y como era costumbre, no tocó la puerta—. Te tengo que dejar, te quiero. — No pudo esperar la despedida de ella porque tuvo que colgar.

—Nascimento, ¿cómo va todo? —preguntó.

—Bien, enseguida mando a imprimir las fotos y las clasifico —dijo regresando el teléfono al bolsillo.

—Bien, te veo en mi oficina en veinte minutos.

—Entendido. —Se puso manos a la obra y encendió el monitor.

Souza estaba por salir de la oficina, pero se quedó parado en el umbral.

—Nascimento, ¿puedo hacerte una pregunta...?

—Adelante.

—Es personal, sé que no tiene porqué interesarme...

—Quiere saber sobre Elizabeth Garnett. —Se adelantó, sabía que tarde o temprano la amistad entre su jefe y el padre de su novia terminaría afectándolo. No podía darse el lujo de quedarse sin trabajo, pero fuera lo que fuera y por encima de cualquier cosa seguiría con Elizabeth, no iba a renunciar a ella.

—¿Cómo van las cosas con ella? Sabes que conozco a su padre...

—Sé que son buenos amigos y que él no está de acuerdo con la relación que tenemos, pero eso no hará que Elizabeth y yo dejemos de lado nuestros sentimientos... Si cree que eso interfiere en el desempeño de mis funciones en la unidad...

—No, no, de ninguna manera —aclaró inmediatamente—. No sería ético de mi parte mezclar tu vida personal con la laboral... Lo que tienen la hija de Garnett y tú es totalmente independiente de tu trabajo. Solo quería saber si son buenas tus intenciones, a esa jovencita la conozco desde que estaba en la panza de la madre, no sé si me entiendes.

Alexandre sumaba otra posible amenaza por estar enamorado de Elizabeth, pero una más una menos qué más daba. Lo único importante era que todos se quedarían con las ganas de cobrárselas, porque iba a escupirles en la cara que verdaderamente amaba a esa chica y que era más importante para él que su propia vida.

—Entiendo, no es la primera advertencia que recibo, pero no tiene de qué preocuparse Souza, así como se lo dije a Garnett se lo digo a usted, quiero a Elizabeth y ella me quiere, muy a pesar del deseo de muchas personas. —Se defendió.

—Sé que eres un buen hombre, eres responsable y respetuoso... Confío en ti —dijo y salió de la oficina sin esperar que Nascimento le dijera algo más.

Sabía que Samuel esperaba que él fuese más duro, que lo presionara; o en el mejor de los casos, que lo despidiera, pero no podía hacer eso, él no podía porque la relación que tenía con la jovencita no interfería para nada con el

fotógrafo forense.

A mediodía ya se había confirmado que el cuerpo era el de Marcos Macieira, el mismo propietario del vehículo y padre de la niña que seguía desaparecida.

La unidad de investigación ya estaba en ejecución, un par de agentes fueron a casa de la exesposa, para darle la trágica noticia y para que les brindara toda la colaboración posible con el fin de encontrar a la niña y resolver las incógnitas que encerraban el asesinato del hombre.

Elizabeth taconeaba con energía en su andar apresurado, buscando entre las mesas de Prado a sus primas, con las que se había citado en ese restaurante.

—¡Ay por Dios! ¡No lo puedo creer! ¡En serio, no lo puedo creer! — exclamaba totalmente sorprendida, llegando hasta ellas.

—Nosotras tampoco —saludó Hera, plantándole un beso en cada mejilla.

—Mi pobre hermano está que se muere —comentó Helena cuando fue su turno para saludar con rapidez a Elizabeth.

Ana, quien también estaba presente y mostraba el mismo asombro en sus facciones saludó a Elizabeth, que después se sentó.

—Definitivamente, Liam está loco. ¡Por Dios! Actúa como un adolescente. — Les hizo saber Ana.

—Totalmente. —Estuvo de acuerdo Hera.

—¿Qué dice tío Ian? —preguntó Elizabeth, sintiéndose verdaderamente preocupada.

—Que cuando lo encuentre va a matarlo... Bien sabemos que no lo hará — aclaró Helena—, pero estoy segura de que las cosas van a complicarse.

—Sabía que no toleraba a la ingeniera, era como si no pudieran estar en el mismo lugar, pero hacerle eso a Maiara, desgraciarle la vida de esa manera,

¡Ay no! De verdad que se metió en graves problemas. —Se lamentó Elizabeth.

—¿Qué dice Reinhard? —preguntó Ana.

—Que debemos esperar, que hasta que aparezca y nos dé su versión no podemos juzgarlo... Pero ya sabes que él defiende a los nietos por encima de todo —explicó Hera agarrando la carta para hacer su pedido, por más que quisiera quedarse hablando más tiempo con sus primas y hermana no podía, a las dos y quince tenía una reunión muy importante.

— *Avô* tiene razón; es decir, sabemos que Liam la mayor parte del tiempo es un maldito —aclaró Elizabeth—, pero no podemos echarle toda la culpa.

No sabemos qué hizo Maiara para que él actuara de esa manera.

—Lo peor es que el novio está furioso... De verdad, mi querido sobrino se metió en graves problemas. —Helena hizo su comentario—. ¿Cómo te va en tu vida de recién casada? —preguntó desviando el tema y clavando la mirada en Elizabeth.

—Mejor no me puede ir. —Sonrió—. Estoy perdidamente enamorada, no consigo nada con negarlo —confesó con la mirada brillante.

—¿Quién iba a imaginar que la chica de las reglas sobre el sexo sin sentimentalismos terminaría irremediablemente enamorada?... —ironizó Helena divertida—. Mi padre tiene razón cuando dice que uno no debe decir jamás «de esta agua no beberé».

—A ver cariño, yo nunca dije que no bebería de esa agua. Por si no lo recuerdas, me la bebí todita frente a sus narices —intervino Elizabeth señalando a Hera y Helena—. Que me haya gustado es otra cosa.

—Sí que te gustó. —Ana soltó una risita—. Pero ya, no vamos a molestarte. —Miró a Elizabeth y le sujetó una mano—. Me hace muy feliz que estés enamorada y viviendo al máximo la experiencia.

—A mí también, después de todo, es un señor bastante interesante. —Hera le guiñó un ojo.

—No le digas señor, que es casi contemporáneo tuyo, ¿o quieres que de ahora en adelante te llame señora?

—Lo haces y dejó al «ricitos» viudo —amenazó con una sonrisa.

Todas rompieron en carcajadas por la sutil amenaza de Hera.

—¿Alex ha visto las críticas en los diarios? Sí que fueron duros con él —comentó Ana, un tanto apenada por la situación.

—Sí, no lo pasó bien. Sé que les he dado de qué hablar por un buen rato, y bueno..., ya estoy acostumbrada, pero él no; sin embargo, creo que lo convencí de que no hiciera caso a las estrategias malintencionadas de los medios —explicó, también agarró su carta para ordenar.

Todas se pusieron de acuerdo para hacer sus pedidos, mientras siguieron conversando. Las gemelas estaban interesadísimas en saber cómo era la vida de Elizabeth ahora que tenía una hija casi de su edad.

—Es mucho más fácil de lo que imaginé, Luana más que una hijastra es una amiga, es una chica adorable... Si por mí fuera saliera con ella todo el tiempo, la habría traído hoy incluso, pero intuyo que no soy del todo agradable para mi «suegra» y no creo que le diera permiso —dijo con ironía—. Es un tanto celosa con Luana, y lo entiendo, porque es prácticamente su madre, pero bueno... Seguramente piensa que puedo ser una mala influencia...

—Y sin dudas lo serías —intervino Helena.

—Maldita —siseó divertida.

—Eli, Helena tiene razón —comentó Hera.

—Puedo dar fe de ello, eres la perdición querida. —Ana también estuvo de acuerdo—. Si tu maridito supiera lo terrible que eres...

—¿Cómo que terrible? No más que ustedes. —Señaló de forma acusatoria a las gemelas—. Lucifer les haría reverencia. —Les lanzó unos sobres de endulzante que estaban en la mesa.

Todas volvieron a reír en medio de la guerra de sobres, hasta que llegó el mesero con bandeja en mano, trayendo la entrada, y miraba de forma muy insistente a Ana.

—Parece que te has vuelto la debilidad de los morenos —musitó Elizabeth, consciente de que Ana llamaba desmedidamente la atención del joven.

—Ya sabes que no me gustan...

—¿Que no te gustan? —preguntó sorprendida—. ¿Y qué pasó con Moreira?

—Nada, me di cuenta de que realmente fue un error producto de la borrachera.

—No fue lo que me pareció cuando estuvimos en la disco, ahí vi química, y mucha... Echaban chispazos.

—No cariño, es imposible, sigue perdidamente enamorado de la zorra que se estaba cogiendo a otro en sus narices.

—¡Qué maleducadas! —protestó Hera—. ¿De qué tanto hablan?

—De un amigo en común..., pero ya después les constaremos, ahora a comer, que si llegan tarde a trabajar *avô* nos culpará.

—¿Ves lo que te digo Hera? Este par de zorras nos guarda secretos —comentó Helena.

—No son secretos, es que ustedes, por andar con el sexi y salvaje Lucas ya no están al tanto de las conversaciones en el grupo, ni de las salidas que tenemos entre amigos... —Elizabeth terminó tapándoles la boca.

—Necesitamos hacer una pijamada para ponernos al día con todo — propuso Ana, porque su intención no era ocultarle nada a las gemelas.

—¿Con invitados? —preguntó Hera elevando una ceja en un gesto de pillería.

—No, se supone que vamos a conversar sobre nuestras cosas —protestó Elizabeth.

—¿Y «ricitos» te dejará pasar una noche fuera de casa? —curioseó Helena, segura de que Elizabeth ahora tenía más responsabilidades.

—Por supuesto, Alexandre me da mi espacio —dijo ella inmediatamente, sin saber si realmente él estaría de acuerdo.

Al terminar de comer se despidieron, Hera y Helena se fueron a su puesto de trabajo en el grupo, Ana iba a reunirse con su padre y Elizabeth regresó a la boutique.

CAPÍTULO 32

El sábado era el único día que Elizabeth se levantaba sin que Alexandre tuviera que despertarla, la pasión por la capoeira erradicaba de cada molécula de su ser cualquier atisbo de pereza.

Apenas abrió los ojos ya estaba llena de energía, deseosa de empezar desde ese instante la roda; prácticamente saltó de la cama y corrió a la ducha, encontrándose al ser más perfecto de la tierra en ella. Imposible que sus ojos no se posaran en ese cuerpo a través del cristal.

Justo se estaba sacando el champú, el agua espumosa le corría por el centro de la musculosa espalda y se perdía entre esas perfectas y duras nalgas.

El deseo de querer abrazarse a él fue irrefrenable, por lo que abrió la puerta y entró, todavía vistiendo su camiseta celeste de tiros finos y el culote.

No quiso quitarse las prendas por el temor de ser pillada por él y arruinar la sorpresa.

Se dio a la tarea de cumplir sus propios deseos y lo primero que hizo fue ahuecar con sus manos las nalgas, él apenas se sobresaltó.

—Buenos días —dijo mimosa, mientras seguía acariciándolo.

—Buenos días —respondió mirándola por encima del hombro, al tiempo que la sujetaba por las muñecas y le guiaba las manos a su abdomen, para que se lo frotara—. Imaginé que dormirías una hora más.

—No quiero llegar tarde a la roda... ¿Y tú qué haces levantado tan temprano?

Él no iba a decirle que realmente no había podido dormir, que se había convertido en la triste marioneta de los nervios, que como un fantasma deambuló toda la noche por el apartamento mientras era atormentado por cientos de interrogantes.

—Hace poco que me levanté, quería ganar tiempo para que podamos irnos bien desayunados. —Se pasó la mano por la cara para retirarse el exceso de agua, y con esa misma mano se peinó los rizos hacia atrás—. Ven aquí. — Tiró de una de las muñecas de ella, hasta ponerla frente a él, llevándose la sorpresa de que todavía estaba en pijama.

Inevitablemente verla mojada despertó las ganas de hacerla suya una vez más, acunó uno de los senos y acarició con el pulgar.

—Detente. —Se apresuró a decir ella, apartándole la mano—. No vamos a tener sexo...

—¿Por qué no? —preguntó usando la otra mano para sujetarla por la cadera y atraerla hacia su cuerpo.

—Porque quedarás exhausto y podrías perder en el juego, y no quiero verte perder... A menos que sea conmigo.

Alexandre le regaló una sonrisa perversa y sensual, dio un corto paso y pegó su cuerpo empapado al de ella.

—Te aseguro que no voy a perder... Anda *delicia*. —Metió sus dedos pulgares entre la elástica del culote y la suave piel de ella, y empezó a bajarlo lentamente, solo la parte de atrás.

Elizabeth tragó en seco al sentir cómo los nudillos de los pulgares de él le acariciaban las nalgas y una evidente amenaza palpitaba contra su vientre. No

le veía ningún sentido negarse a sus deseos, así que le echó los brazos al cuello y se puso de puntillas para poder comerle la boca.

Alexandre necesitaba desesperadamente sentirla más suya que nunca en ese momento, para así ganar la seguridad que le hacía falta y encontrar el valor para enfrentar lo que se le venía en unas horas.

Contra la pared de la ducha volvió a amarla como si fuera la última vez, se aseguró de proporcionarle todo el placer que estaba a su alcance. Mirándola a los ojos y besándola le juró una y otra vez que la amaba; le repitió hasta el cansancio que el hecho de que ella le correspondiera de la misma manera lo hacía sentirse el hombre más afortunado del mundo.

Alexandre se encargó de preparar un desayuno bastante sustancioso, mientras que Elizabeth ordenaba en la despensa algunos de los alimentos que habían quedado en las bolsas de la compra que realizaron la noche anterior.

Elizabeth subió detrás de Alexandre en la moto, ya vestidos con sus ropas de capoeira. Pero antes de salir del estacionamiento él decidió ponerla sobre aviso.

—Se me había olvidado contarte que se cambió el lugar de la roda, ya no será en la laguna.

—¿Y ahora?, ¿qué pasó? Bruno no me dijo nada. —Juntó ligeramente las cejas ante el desconcierto, mientras él la miraba por encima del hombro.

—Ya tenemos otro lugar, no te preocupes —explicó e hizo rugir el motor.

—Está bien, no perdamos tiempo. —Le palmeó los hombros, instándolo.

—Sujétate fuerte *delícia*. —Le pidió, y ella obedeció con una amplia sonrisa.

Alexandre arrancó como alma que llevaba el diablo, dejando en el subterráneo el poderoso sonido haciendo eco; subieron la rampa y se escabulleron por las calles de la ciudad, zigzagueando perfectamente entre el tráfico y siendo iluminados por los primeros rayos del sol.

Justo en el momento en que Alexandre abandonó la carretera Das Paineiras

Elizabeth sabía a dónde jugarían, porque ese camino que habían tomado solo llevaba a un destino.

Uno que a ella le encantaba y que le traía muy buenos y ardientes recuerdos, uno donde él le había hecho promesas, y ella en ese entonces pensó que solo se trataba de una estrategia de seducción para que siguiera abriéndole las piernas. Jamás imaginó que en ese instante él estaba hablándole con el corazón.

Le frotó el pecho con energía, sintiéndose sumamente feliz de poder jugar en ese lugar.

—No pudieron elegir mejor sitio, ¿fuiste tú quien lo propuso? —Le preguntó en el oído cuando el bajó la velocidad.

—No. —Mintió, pero solo por una buena razón y para no arruinar antes de tiempo lo que le esperaba—. Realmente no sé quién propuso el lugar, cuando me informaron también me agradó mucho... Trae buenos recuerdos, ¿a que sí?

—Extraordinarios. —Se mostró totalmente cómplice—. Es una pena que no podamos quedarnos solos una vez más.

Alexandre detuvo la moto junto a varios autos, suponía que pertenecían a algunos de los capoeiristas que ya habían llegado, aunque imaginaba que ya debían estar todos.

Elizabeth se bajó primero que él y miró en derredor, para después fijar su mirada en el helipuerto que estaba al otro lado y que tenía de fondo al Cristo Redentor; esperaba que todo saliera perfecto y que Paulo no fuese a aparecerse una vez más a arruinar todo, porque no estaba segura si esta vez conseguiría controlar a Alexandre.

—Si deseas, después de la roda podemos esperar a que todos se vayan — propuso guiñándole un ojo en un gesto de seducción, al tiempo que bajaba.

—Es sábado, no creo que corramos con la misma suerte. —No quería ser aguafiestas, pero bien sabía que los fines de semana ese lugar era muy visitado.

—Nada perdemos con intentarlo...

—No tienes remedio, ¿acaso nunca es suficiente?

—De ti jamás lo será —dijo agarrándole la mano y emprendieron el camino.

Saludaron al hombre de seguridad en la garita y empezaron a subir los escalones de ladrillos, disfrutando de las vistas y la naturaleza.

Unos cuantos metros antes de que Elizabeth pudiera ver a los capoeiristas reunidos escuchó los acordes del berimbau y los retumbes del atabaque, segura de que solo estaban practicando antes de iniciar.

La emoción la llevó a aligerar el paso, hasta el punto de casi arrastrar a Alexandre. Por primera vez subir tantos escalones hasta el mirante no le robaba el aliento, pero se quedó sin aire justo en el momento en el que a pocos metros de llegar vio no solo a los chicos de la academia, sino también a los capoeiristas de Rocinha.

Quiso correr hasta ellos y abrazarlos, pero sabía que no eran hombres de afectivas demostraciones; y justo en ese momento se daba cuenta de cuánto los había extrañado.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Le reprochó con una tonta sonrisa anclada.

Él se alzó de hombros de manera despreocupada y le regaló una cálida sonrisa, lo cierto era que no podía hablar, porque estaba muy nervioso. El momento se acercaba cada vez más y nunca había sentido tanto miedo, ese nudo de nervios aferrado en la boca del estómago le provocaba náuseas y juraba que estaba sudando frío, por lo que decidió soltarle la mano para que no se percatara de su estado.

—¡Hola! —saludó enérgica—. Qué gusto verte de nuevo. —Abrazaba y palmeaba la espalda de uno de los capoeiristas callejeros, como si ella fuese un hombre más, así como había aprendido a hacerlo en la favela.

—Gracias por venir. —Le dijo a otro, ese negro que tenía la cicatriz que parecía un ciempiés que iba del hombro al codo.

—Vamos a ver qué tal juegan los chicos del asfalto —dijo con una levísima sonrisa y los ojos le brillaban, por lo que Elizabeth intuyó que realmente le agradaba estar ahí.

Ella, después de saludarlos a casi todos y de que Alexandre también lo hiciera se acercó a él.

—Realmente no lo puedo creer, esto es un sueño hecho realidad... Sé que tú lo lograste, por eso fuiste a Rocinha.

—Solo les hice la propuesta, nada más...

Ellos hablaban mientras que Manoel miraba a los capoeiristas callejeros como si fuesen sus más grandes ídolos; en realidad todos los chicos de la academia estaban como niños frente a sus superhéroes.

Elizabeth se puso al lado del Mestre y empezó a hablar con él, le explicaba por qué no había vuelto a Rocinha y de lo apenada que estaba, porque realmente amaba la manera en la que ellos vivían su pasión.

—Siempre supe quién eras —confesó el hombre, y ella se quedó pasmada, mirando al hombre que pasaba los cincuenta años—. Conocí a tu padre, luché con él varias veces... Pero hace muchos años que olvidó el camino a Rocinha.

—Él todavía ama la capoeira, la practica todos los días...

—Practicar no es lo mismo que luchar, su corazón de capoeirista se congeló, en él se durmió la pasión...

—Pero mi papá ama la capoeira, lo sé. —Defendió a su padre, porque si no fuera por él, ella no estuviese viviendo ese amor tan bonito—. Solo que ahora tiene tantas responsabilidades.

—Lo comprendo, tampoco era seguro para él ir a la favela, como tampoco lo es para ti. Ni porque avisé a media Rocinha para que te cuidara cada vez que entrabas o salías con Gavião podías estar libre de peligro... Es mejor que te quedes en el asfalto.

—En... ¿en serio hizo eso? —tartamudeó sin poder creerlo—. Yo..., yo no lo

sabía.

—No tenías porqué, la idea era que no te enteraras. —Le regaló algo muy parecido a una sonrisa, pero como siempre estaba tan serio, que Elizabeth no pudo asegurar si lo fue o no.

Ella empezó a recordar ese día que llegó a la roda, cómo todos la ignoraban, cómo hacían de cuenta que ella no estuviese en el lugar, pero fue el Mestre quien al verla entonó el corrido, instándolos a que la dejaran jugar.

Ahora podía comprenderlo todo, aunque no sabía si valoraban su técnica como le habían dicho o solo la aceptaban por ser hija del Pantera.

—Gracias, gracias por dejarme jugar —dijo mirándolo a los ojos, suponía que a pesar de todo debía agradecer la oportunidad que le habían dado, porque a consecuencia de eso había llevado su pasión al extremo y había conocido el amor.

Miraba y miraba al Mestre y todavía no podía creer que ese hombre era uno de los que había luchado con su padre, tan solo si supiera que él no estaba tan resentido con ella lo llamaría para decirle, seguramente eso lo haría muy feliz o quizá se molestaría más con ella, por seguir luchando con esos hombres de los cuales él hoy renegaba.

—En el juego son todos bienvenidos, no tienes que agradecer. —Le palmeó la espalda, como un gesto muy parecido al verdadero afecto.

—¿Los otros saben quién soy? —preguntó, solo para asegurarse de que la habían recibido en sus juegos, no simplemente porque era la hija de un antiguo participante.

—Solo Ismael y Reinaldo —comentó sin mirar a los capoeiristas que llevaban más años jugando y que siempre habían sido muy reservados—.

Ellos también lucharon con tu padre, siempre hemos sido el mismo equipo, acogimos a Cobra cuando apenas era un adolescente...

—Sí, me ha contado su historia, sé que se ganó el apodo de Cobra porque era

el de su suegro.

—Así es, tu padre podría hablarte mucho de Cobra, el marido de Juliana...

—¿Lo conoció? —preguntó sorprendida, no lo podía creer. Era como si el mundo fuese muy pequeño y todos en algún momento habían compartido.

—¿A Cobra? Sí, muy bien.

—¿Jugamos? —preguntó Alexandre llegando hasta ellos.

—No perdamos tiempo —respondió el Mestre, quien cargaba con ese berimbau que llevaba décadas con él.

Elizabeth miraba totalmente enamorada a Alexandre, pero cuando lo vio quitarse la camiseta en un sencillo y rápido movimiento, dejando al descubierto el torso, sus hormonas se revolucionaron como si fuese primera vez que lo veía así. Eso le pasaba constantemente, había momentos en que causaba tal impacto en ella que era como verlo por primera vez, entonces todas las mariposas hacían fiesta en su estómago y los suspiros se le agolpaban en el pecho.

Tan solo un segundo que desvió la mirada del imponente hombre que amaba, se encontró con que no era la única que lo miraba con deseo, Carmen también estaba con sus ojos puestos en él, de manera inevitable una mezcla de rabia y miedo la azotaba; sin embargo, su compañera intentó disimular y apartó su atención de Cobra e inició una conversación con Manoel, que estaba a su lado.

A Elizabeth le entraron unas ganas casi irrefrenables de largarse de ahí y llevarse a Alexandre con ella, desde ese instante estuvo muy pendiente de dónde Carmen ponía los ojos; y por su bien, esperaba que no volviera a dirigirlos a su marido.

Un poco más calmada miró en derredor y solo en aquel momento daba cuenta de que Bruno no había llegado, por lo que mientras la roda se formaba, ella caminó hasta Manoel.

—¿Y Bruno? Me dijo que vendría...

—Me llamó hace un rato para decir que se le presentó un inconveniente — explicó el Camaleão, con esa expresión intensa y divertida que siempre había en sus ojos. Ella debía admitir que era hermoso, un ejemplo perfecto de carioca; pelo oscuro, cejas gruesas pero bien definidas, piel clara y ojos de un gris muy oscuro; apenas se apreciaban claros cuando estaba en un ambiente de mucha luz, pero lo que tenía de apuesto lo tenía de maldito; a pesar de que tenía novia se aprovechaba de su perfección para ser un casanova empedernido.

Se conocían desde que eran unos niños, cuando ella tenía catorce y él diecisiete, se dieron un par de besos con lengua, gracias al juego verdad o reto que hicieron los de la academia después de la clase, pero como ella lo conocía nunca se permitió caer en las redes del seductor Manoel, y siempre habían sido muy buenos amigos, de los más locos que podía tener.

—Es una pena, porque sé que uno de sus anhelos es conocer a los capoeiristas de la favela. No sé si ellos bajarán una vez más... ¿Le dijiste que estaban aquí? —preguntó, sin querer darse por vencida.

—Sí, le avisé, me dijo que haría el intento de llegar antes de que terminara.

—Espero que venga, o se perderá del mejor espectáculo de capoeira que haya visto.

—Imagino, estoy ansioso por verlos... Intimidan con tan solo verlos...

Jamás imaginé que terminarías rendida a los encantos cavernícolas de un capoeirista callejero.

—No empieces —dijo divertida, porque ya sabía que él iba a molestarla.

—Te gusta rudo, ¿eh? —dijo con mucha picardía.

—Ay sí, me encanta —respondió incitadora, solo por molestarlo y por llevarle el juego.

—Quien viera a la niñita del fiscal, le gusta que la empotren. —Seguía con su socarronería.

—Ya, pues... Deja la lengua tranquila, que puedo pedirle a mi macho alfa que te la arranque y después te la haga comer.

—Mariposa traviesa que no aguanta un juego.

—Camaleão cobarde que se intimida ante la más leve amenaza. —Le sonrió más ampliamente y regresó junto a Alexandre, deseando que a Bruno le diera tiempo de llegar.

El Mestre dio inicio al corrido una vez que la roda estuvo formada, los capoeiristas de Rocinha habían ido a jugar, por lo que dos de ellos fueron los que iniciaron; en menos de un minuto el centro del círculo echaba humo, estaban luchando de verdad, dejando claro que la capoeira más que un deporte era una lucha.

Los capoeirista de la academia estaban con las quijadas casi al suelo, uno que otro se mostraba nervioso por los violentos ataques entre los callejeros, otros estaban como Manoel, extasiados con lo que veían.

Elizabeth, después de semanas de estar comportándose volvió a ser una capoeirista salvaje, si bien no tenía la misma fuerza que su contrincante, sí le daba una dura pelea y lo igualaba en destreza, por lo que muchos de los que la habían visto luchar con Paulo no entendieron cómo pudo vencerla, si ese no era siquiera un capoeirista promedio.

El ambiente estaba caldeado, a nadie se denigraba, todos tenían su oportunidad para luchar, para que la energía los envolviera y la adrenalina estallara. Palabras soeces empezaron a salir de las bocas de los hombres de Rocinha, provocaciones y risotadas que pretendían despertar la furia en el contrincante.

Elizabeth estaba disfrutando tanto ese momento que se sentía pletórica, veía y veía lo que pasaba frente a sus ojos y todavía no podía creerlo. Ni siquiera cuando le tocó entrar una vez más y tener la fortuna de estar a la altura de uno de los chicos de Rocinha.

Todos estaban muy sudados a pesar del viento que la costa arrastraba, porque el sol estaba en lo alto y en el Mirante Doña Marta no había un lugar en el cual

podieran cobijarse, solo algunos árboles de poca frondosidad, pero ahí estaba el filtro con agua y las mochilas de quienes llevaron.

Sin embargo, el agotamiento físico no era más poderoso que la adrenalina, y Elizabeth seguía luchando; le dolían las palmas de las manos por todas las veces que se apoyaba en el concreto caliente, estaba totalmente despeinada y sofocada, pero seguía aguerrida, dándole la pelea a su fuerte contrincante.

En el momento menos esperado, cuando se preparaba para atacar, su adversario fue sacado por Cobra; inevitablemente ella se quedó pasmada, no lo podía creer, el que dijo que nunca más lucharía con ella porque no estaba a su altura ahí estaba, retándola.

Pues bien, retomó el control, olvidó al hombre que amaba para enfrentarse al capoeirista arrogante; pero no contó con la fortuna de asestarle su golpe, retrocedió un par de pasos para ponerse a salvo, él también lo hizo, le dio espacio; sin embargo, volvió a ella con contundencia.

Estaban luchando, ella se esforzaba todo lo que podía para vencerlo, pero lo cierto era que Cobra era malditamente bueno y solo la dejaba en ridículo, por lo que ella empezaba a sentirse frustrada y muy molesta; resoplaba furiosa y él estaba como si nada, no podía evitar odiarle en ese momento.

Estaba agotada, porque ninguno de los dos quería darse por vencido, estaban luchando a muerte, con todo lo que tenían, o por lo menos ella estaba poniendo hasta el alma en ese encuentro. De improvisto, él se abalanzó contra ella, y como la primera vez que lucharon la abrazó y estrelló su espalda contra el concreto caliente.

Él, muy sudado, sonrojado y despeinado estaba sobre su cuerpo, y ella sentía que la estaba aplastando, que pesaba como una tonelada; sin embargo, empezó a luchar, estrellaba sus puños contra el pecho y hombros de él, pero se le resbalaban por el sudor que perlaba esa piel bronceada.

Entonces él le sujetó las manos por las muñecas y las llevó por encima de su cuerpo, para que no siguiera agrediéndolo, pero Elizabeth no se quedó tranquila, empezó a golpearlo con los talones en el culo y los muslos.

Sabía que estaba demasiado furiosa, quería asesinarlo con la mirada y los talones, pero él soportaba estoicamente.

—Súeltamente Cobra —dijo con dientes apretados, retorciéndose bajo el cuerpo de él, sintiendo que el concreto caliente le hacía arder la piel de los hombros.

Él no dijo nada, entonces uno de los invitados de la favela invadió el espacio de ellos, se acuclilló justo donde estaban las manos de ella, siendo inmovilizadas por Cobra.

—¿Te rindes? —Le hizo esa inusual pregunta que jamás se usaba en capoeira, ni siquiera tenía porqué entrar al círculo si no era para sacarla a ella o a Cobra.

—No —rugió, entonces sintió cómo Cobra le sujetaba las muñecas con una mano; parecía que iba a darle una oportunidad para empezar de nuevo. El capoeirista regresó a la barrera, y ella a la mirada brillante de Cobra que casi la cegaba; sabía que detrás del despiadado capoeirista estaba el hombre que amaba, y a pesar de estar concentrada en buscar una manera de liberarse, sintió algo caliente entrar en uno de sus dedos anulares, entonces él la liberó.

Rápidamente se llevó la mano ante sus ojos y vio un anillo con un pequeño brillante que destellaba por el sol.

—Cásate conmigo *moça*. —No era una pregunta, era una propuesta que salió ronca por los nervios que lo estaban destrozando, mientras aguardaba impaciente la respuesta.

A Elizabeth el pecho se le agitó, ni siquiera podía escuchar el corrido que entonaba el mestre, pero sabía que tenía que ver con el amor y el respeto; tampoco sentía el concreto caliente en su espalda.

Los ojos se le nublaron, toda ella empezó a temblar y pasó de sentir tanto calor a sentir frío, mientras luchaba con un remolino de lágrimas que subía por su garganta. Jamás esperó eso, ni siquiera sabía cómo reaccionar.

Ella estaba tardando demasiado, y él no podía hablar, porque los latidos de

miedo no se lo permitían. Todos estaban en silencio, hasta el mestre dejó de cantar, porque no esperaban un rechazo, y a todas luces era lo que Elizabeth estaba a punto de hacer.

—Eli... —dijo Alexandre ahogado por el pánico.

—Estás loco, ¿por qué me quieres en tu vida? ¿Por qué de esta manera?

—preguntó con la voz rota por las lágrimas que todavía se esforzaba por contener—. ¿Acaso no te das cuenta de que soy un desastre?

—Porque a tu lado soy una persona mucho mejor, desde que llegaste a mi vida todo es más fácil; quienes me conocen lo han notado... —hablaba de manera atropellada y hasta las pestañas le temblaban—. Me dicen que nunca me habían visto tan feliz, tan sereno; y yo no tenía idea de lo que era eso de sentirme así, como me siento ahora. Antes, para mí todo era agitado, tenso, siempre me sentí en medio de un mar embravecido de emociones, en la que la mayoría no eran buenas... Antes de ti pensaba que el amor era algo complicado, lleno de altos y bajos, pero tú me has mostrado que no es así, que el amor es pleno, estable, es sereno, tranquilo... —Daba una a una las razones de por qué la quería en su vida. Susurraba cada palabra mirando a esos ojos que una vez le devolvieron la más bonita de las ilusiones—. Es la vida la que está hecha de altos y bajos, pero con tu amor esos «bajos» son fáciles de superar, porque con tu calma, tu energía positiva y tu alegría tienes la capacidad de mostrarme que las cosas pueden salir bien. Me enseñaste a tener fe, esperanza... Me has enseñado que a tu lado las cosas que jamás creí posibles las puedo hacer realidad... —Se quedó jadeante.

Elizabeth le lanzó los brazos al cuello y lo besó, lo hizo ardientemente, con todas las ganas y el amor que latía en ella. Le agradó mucho saberse correspondida y tener la oportunidad de alargar el momento todo lo que quisiera.

Se descubrió con el ferviente deseo de entregarse a ese hombre justo en ese lugar, en ese instante, sin importarle nada más.

—Yo creo que eso definitivamente es un sí —dijo uno de los presentes, por lo que la música volvió a sonar y los demás aplaudieron.

Esa lluvia de aplausos fue como la voz de la conciencia que le gritó que ahí no podía arrancarle el pantalón a ese hombre y mucho menos ella desnudarse, por lo que dejó de besarle en medio de constantes toques de labios.

—¿Te casas conmigo? —Volvió a proponer él en medio de los besos.

—Sí, claro... —dijo afirmando con contundencia—. Estaría loca si no lo hiciera. Claro que quiero casarme contigo, con Alexandre y con Cobra... Con los dos, quiero ser parte de tu mundo —dijo sonriente y las lágrimas se les derramaron.

Alexandre estaba a punto de ponerse a llorar, era primera vez que proponía matrimonio, y le decían que sí. Eso sí que lo convertía en un hombre realmente afortunado.

Llevó sus manos por debajo de la cintura de ella, quien se aferró con sus piernas a las caderas de él; entonces la cargó y se levantó, sintiéndose victorioso en medio de la roda, teniendo por testigo la capoeira, eso que tanto les apasionaba a los dos. Volvió a besarla como si con eso sellara el pacto que acababan de hacerse, por el que pronto se convertirían en marido y mujer.

CAPÍTULO 33

Después de que ella diera un rotundo sí, dieron por finalizado el juego de ese día y se marcharon junto a todos los capoeiristas a un restaurante para celebrar, donde almorzaron y compartieron algunas cervezas, brindando por los prometidos.

Elizabeth no podía dejar de mirar al hombre a su lado, le sonreía y lo besaba, también miraba constantemente el anillo en su dedo anular. A pesar de que no era ostentoso ni estaba valorado en una fortuna para ella era perfecto, porque estaba segura de que Alexandre había dado todo lo que tenía para comprarlo, y se veía hermoso en su mano.

Casi a las tres de la tarde abandonaron el restaurante, se despidieron en medio de los buenos deseos de todos y de algunas picantes sugerencias para que siguieran la celebración más íntimamente por parte de Manoel.

—Ya cállate. —Le dijo Elizabeth, dándole un juguetón empujón, mientras que Alexandre, que era más reservado estaba sonrojado.

Realmente no estaba acostumbrado a exponer su vida privada, siempre había sido un ermitaño, pero debía admitir que el tipo le caía bien.

—Nos vemos luego. —Se despidió con la mano antes de subir a su deportivo del año—. Eli, ya sabes cómo agradecer por ese anillo. —Su tono de voz dejaba claro que estaba bromeando, y a Elizabeth no le molestaban para nada sus comentarios.

Los de Rocinha, incluyendo al mestre, no quisieron aceptar que Alexandre los mandara en taxis; prefirieron regresar en autobús, no sin antes asegurarle que habían participado con gusto y que si se lo permitían volverían a reunirse para enseñarle a los chicos de dinero que vivían en el asfalto lo que era la verdadera capoeira, y no ese espectáculo de acrobacias que brindaban.

Elizabeth no se lo podía creer, sin duda ese era uno de los mejores días de su vida; tuvo que esforzarse por mantener el aplomo y no empezar a dar saltitos de felicidad, porque el mestre era un hombre muy serio, que no vería bien esa espontaneidad en ella.

—Claro, será un placer reunirnos siempre que ustedes lo deseen...

Solemos hacerlo los sábados por la mañana, sé que también juegan esos días —comentó Elizabeth, tratando de no hacer tan evidente su emoción.

—Sí, pero podremos venir...

—Es que necesitan aprender —comentó otro con un tono de verdadera preocupación.

—Con urgencia. —Elizabeth corroboró.

Los hombres se despidieron y subieron al autobús, Elizabeth y Alexandre se

terminaron sus cervezas y se marcharon al apartamento, donde llevados por la emoción que los gobernaba de saberse comprometidos y las cinco cervezas que a Elizabeth se le habían subido a la cabeza hicieron el amor, entregándose con desmedida pasión y furor, olvidándose de sutilezas y cuidados.

Luego decidieron quedarse desnudos en medio de las sábanas revueltas, prodigándose tiernas caricias y miradas duraderas.

—Voy al baño, ya regreso —dijo él, dándole un beso en la punta de la nariz.

Ella se quedó en medio de las sábanas mojadas de placer, y con una ráfaga de suspiros atorados en el pecho volvió a mirar el anillo en su dedo, solo para cerciorarse de que lo tenía ahí y de que era cierto todo lo que estaba viviendo.

Hasta ayer en sus planes no estaba casarse, realmente no era algo que le pareciera importante, pero cuando Alexandre le puso ese anillo y se lo propuso, inmediatamente en ella estalló la necesidad de vivir ese momento.

Empezó a idear cómo sería su matrimonio.

—En la playa y que ambos estemos descalzos... —Sus recientes anhelos fueron interrumpidos por su teléfono, que empezó a sonar en alguna parte del apartamento.

Salió de la cama para buscarlo, con cada paso que daba lo escuchaba más cerca, hasta que recordó que lo había dejado en uno de los bolsillos de su pantalón de capoeira, y este había quedado en el pasillo, donde Alexandre la desvistió.

Se apresuró para llegar hasta la prenda y descubrió que era su madre que la llamaba por *FaceTime*. No iba a hacerle esperar, por lo que corrió de vuelta a la habitación, haló una sábana y se cubrió; se moría por darle la noticia, así que le contestó.

—¡Hola mami! —saludó eufórica—. ¿Cómo estás? —preguntó al tiempo que se acomodaba un poco el pelo, porque lo tenía hecho un desastre. Con su cara lavada a besos, mordiscos y lamidas de Alexandre ya no podía hacer nada. Se veía en la pantalla y estaba segura de que a su madre no le quedarían dudas de

lo que acababa de hacer.

—Hola pequeña, bien mi vida. ¿Interrumpo algo? —interrogó, temiendo haber sido realmente inoportuna.

—No mami, para nada... Estoy muy bien, nunca había estado mejor en mi vida... ¡Mira! —gritó de la emoción, mostrándole el anillo.

Rachell agradeció estar sentada, porque si no, se hubiese ido de culo al ver el sencillo anillo de compromiso en el dedo de su hija. Ahora sí que la cosa parecía ir en serio, y en realidad eso no le agradaba. Ella no era partidaria de asumir la responsabilidad de un matrimonio en tan poco tiempo.

—¿Qué te parece? ¡Alex y yo vamos a casarnos! —Se mostró tan eufórica que estaba a punto de echar fuegos artificiales.

—En... ¿en serio cariño? —Forzó media sonrisa, pero lo cierto era que estaba estupefacta. Empezó a sentirse mareada y no quería ni imaginar cómo se sentiría Samuel en cuanto se enterara. Ahora sí que se iba a morir.

—Sí, mami. Alex me pidió matrimonio esta tarde y le dije que sí...

—Amor, ¿y de verdad quieres casarte? —preguntó con precaución—. Es decir, ¿es lo que quieres? ¿Ahora?... —Ya no sabía qué orden darle a las palabras que decía.

—Claro que quiero, estoy tan feliz mamá. —Su voz expresaba esa felicidad que la embargaba.

—Pero ¿por qué han tomado esa decisión tan repentina? Amor, es que apenas se conocen...

—Sí, sé que llevamos muy poco tiempo juntos, pero ¿para qué esperar? Es mejor casarnos ahora e ir conociéndonos, que casarnos cuando ya no nos soportemos... El momento es ahora que estamos más enamorados...

—Entiendo. —Arrastró la palabra—. Pequeña mía..., eres tan joven... No sé, no te veo con la responsabilidad de un matrimonio...

—Ay mamá, sé que te he tomado por sorpresa, yo tampoco me lo esperaba, pero sí, quiero casarme, quiero hacerlo y asumir esa responsabilidad junto a Alex.

—Eli... —La voz de Alexandre saliendo desnudo del baño la interrumpió.

—¡Tápate Alex! —gritó Elizabeth, que alcanzó a verlo a través de la pantalla. Inmediatamente se llevó el teléfono contra el pecho y estalló en carcajadas—. Mi madre acaba de verte —dijo segura de que así había sido.

Alexandre cerró inmediatamente la puerta, sintiéndose totalmente avergonzado.

—¿Por qué no me dijiste antes?! —reprochó encerrado en el baño.

—Lo siento cariño, no sabía que ibas a salir justo en este momento... Pero tranquilo, no eres el primer hombre desnudo que ha visto mi madre. —Volvió a mirar a la pantalla—. Mami, lo siento. —Ella también estaba furiosamente sonrojada.

—Creo que mejor hablamos después —dijo Rachell, también incómoda por el pequeño incidente; aunque acababa de ver una de las grandes razones por las que su hija prácticamente veía por los ojos de ese hombre.

—Lo siento mucho ma, de verdad...

—No te preocupes cariño, como ya has dicho, no es el primer hombre que veo desnudo... Lo que verdaderamente me inquieta es la decisión que has tomado, creo que lo has hecho muy a la ligera.

—Mamá, no tienes que preocuparte, estar casados no cambia mucho de cómo estamos ahora. —Bajó la voz, porque no quería que Alexandre escuchara y se sintiera mal.

—Eli, mi vida... —Cerró los ojos en un gesto de súplica—. ¿Sabes cómo tomará tu padre esta noticia?...

—No creo que le afecte tanto, después de todo, ya no me habla ni me busca. No creo realmente que le importe —dijo todavía resentida con su progenitor.

—Elizabeth Sophia, él te ama, lo hace con todo su ser, eres su hija... Lo eres y lo sabes...

—Pero no ha hecho nada para hacérmelo saber, sigue muy molesto conmigo solo porque me enamoré... No le digas nada.

—Eli, amor... He sido tu amiga, te he apoyado en todo, pero esta vez creo que estás apresurando mucho las cosas... ¿Cuánto hace que se conocen?, ¿cinco, seis meses? ¿Crees verdaderamente que es tiempo suficiente para tomar una decisión tan importante?

—Sí mamá, sé que llevamos poco tiempo de conocernos y que es una decisión importante, pero creo también que cada quien tiene sus tiempos para afrontarlo. Para ti, tomar la decisión de casarte con mi papá te llevó seis o siete años; para mí, seis meses es suficiente. Además, no voy a casarme mañana ni pasado, ni siquiera hemos discutido la fecha... Deja que viva la ilusión tranquila por favor —suplicó mirando a los ojos violetas de su madre.

—Entiendo cariño, entiendo, no quiero hacerte sentir mal... Si haber tomado esta decisión te hace feliz lo comprendo; y pase lo que pase, sabes que siempre podrás contar conmigo.

—Gracias mami, eres la única persona en el mundo que verdaderamente me comprende, eres la mejor madre del mundo... Te quiero tanto.

—Yo también mi ángel, ahora me despido, para que tu marido pueda salir del baño.

—Tendré que ir a ver si la vergüenza no me ha dejado viuda mucho antes de casarme —dijo sonriente.

Rachell también sonrió y le lanzó un beso, ella comprendía ese momento de idilio que estaba viviendo su hija, donde tener sexo era más importante que dormir o comer. No quería arruinar eso que estaba experimentando.

Quizá cuando la pasión menguara un poco podría ver las cosas desde otra perspectiva y darle más larga a ese enlace que para ella era demasiado serio.

—Saluda a Violet y a Oscar, y dile a Tete que la extraño mucho... —Se armó de valor—. Y a papá también —susurró con un nudo de lágrimas formándosele en la garganta—. Dale un beso de mi parte, pero ya sabes, no se lo digas que es mío.

—Está bien, te quiero pequeña... Suerte en las prácticas de hoy. —Le deseó, porque sabía que su hija se estaba preparando arduamente para el carnaval.

—Gracias, cada vez son más intensas, pero además de asistir a las prácticas en Mangureira también lo hago a diario aquí en casa y he ganado mucho más resistencia... Eso sí, que he sufrido unos calambres horribles.

—Ay chiquita, imagino...

—Pero estoy disfrutando mucho este proceso, he conocido a gente muy amable y alegre, sobre todo a los que pertenecen a mi Ala.

—Eso es lo más importante, te quedarán bonitos recuerdos y amistades.

—Así es, ya te dejo, para que sigas con tus cosas.

—Está bien cariño, vamos a llevar a los niños a comer crepés... Haces mucha falta en nuestros paseos, te quiero. —Le lanzó un beso a la pantalla.

—Dile a Violet que se coma el mío.

—Mejor no. —Sonrió Rachell.

Elizabeth también le lanzó un beso y terminó la llamada con la nostalgia haciendo mella en su pecho. No podía negarse que extrañaba mucho a su familia, que anhelaba fervientemente un abrazo de su padre; inevitablemente las lágrimas subieron a su garganta, pero se las tragó y se esforzó por recobrar el buen ánimo. Sabía que el único que tenía el poder para erradicar su tristeza era Alexandre, así que dejó el teléfono en la cama, hizo a un lado la sábana porque se sentía más cómoda desnuda que teniendo que luchar con los metros de tela, y se fue al baño.

Abrió la puerta para encontrárselo con una toalla envuelta en las caderas y sentado sobre la tapa del retrete; al verlo, no pudo evitar recordar el episodio

de minutos atrás y no pudo evitar sonreír.

Él seguía con gesto avergonzado, tenía la frente arrugada y las líneas de expresión realmente se le marcaban, sus ojos grises lo mostraban preocupado.

—Ya olvida lo que pasó —dijo ella sonriente.

—Fue tu madre quien me vio desnudo.

—Eso no importa.

—No podré volver a verle la cara.

—Ya no seas anticuado, seguramente tu padre o tu madre habrán visto mis tetas —dijo, segura de que había hecho muchas sesiones fotográficas con bastante transparencia—. Y sigo mirándolos a los ojos.

—Es totalmente diferente, son situaciones distintas, y realmente no creo que mis padres te hayan visto...

—Pero tu hija sí... —Sé acercó a él y empezó a tirar de la toalla para desnudarlo—. Anda, mejor vamos a ducharnos, estoy algo pegajosa y es bastante incómodo. —Le dijo haciendo un gesto de desagrado.

Alexandre se levantó y la tela de paño cayó a sus pies, permitiéndole a Elizabeth que lo arrastrara a la ducha. Realmente estaba mortificado, porque además del incidente con su suegra, también había escuchado gran parte de la conversación; y tenía la certeza de que a pesar de que Rachell se mostraba de acuerdo con la relación, no lo quería como marido para Elizabeth.

—¿Vas a decirme por qué esa cara? Sé que no es solo porque mi madre haya tenido la fortuna de apreciar tus atributos.

—¿Cuál cara?

—Esa. —Apuntó con sus labios—. Algo te pasa, lo sé —afirmó sin dejar de mirarlo a los ojos, pero consiguió abrir la regadera y que el agua empezara a caer en medio de los dos.

—No me pasa nada.

—No te creo, es porque escuchaste lo que hablé con mi mamá, ¿cierto?

—Eli... —Carraspeó mientras acunaba sus manos y las llenaba de agua, para después verterla en el pecho de ella, tratando de encontrar la calma que necesitaba—. Amor, si no quieres casarte no tenemos que hacerlo, me he precipitado...

—Espera, ¿qué tonterías dices? —reprochó frunciendo el ceño—. Claro que quiero casarme...

—Pero tu madre no quiere que lo hagas, y si tu padre no me soporta como tu novio, mucho menos como esposo —interrumpió.

—No es que mi madre no quiera, lo que desea es que esté segura del paso que voy a dar, solo eso... Y estoy segurísima de que quiero casarme contigo; es más, si por mí fuera lo haría en este instante, porque no tengo dudas de lo que siento y lo que quiero. En serio te amo Alex... ¿Acaso se necesita más para darte el sí?

—No, creo que no.

—Amarnos es todo lo que necesitamos para casarnos... ¿O no me amas?

—Más que a mí mismo —confesó acariciándole los hombros y mirándola a los ojos.

—Entonces no dudes, voy a casarme contigo y no importa si el mundo no quiere; que tú y yo lo queramos es lo único que importa... Repito, lo haría ahora mismo, pero ponerme a preparar una boda con toda la presión que tengo encima por el carnaval sería una locura, terminaría colapsando. Y no quiero que nos casemos a escondidas o a la ligera, quiero algo bonito, que nos quede un lindo recuerdo para cuando estemos viejitos... —Ella parloteaba y él la veneraba con la mirada y la mojaba con agua que recogía en sus manos—. ¿Te parece si nos casamos después del carnaval? —preguntó.

Él se quedó mudo, sí quería compartir su vida para siempre con ella, hacerla

su esposa, pero no había pensado en que ella lo quisiera tan pronto, aunque él estaba más que preparado.

—Sí, ¿cuánto tiempo necesitas para organizar nuestra boda?

—Para que la «organicemos» querrás decir. No sé, quizá dos meses, porque no quiero que sea para nada lujosa, quiero que sea en una playa... Te toca a ti buscarla, y no te preocupes por zapatos, iremos descalzos.

—Entonces buscaré el lugar más bonito de Río.

—El lugar más bonito es imposible, porque para mí, el más bonito es en tu cama...

—Nuestra cama. —Le llevó las manos al cuello, para acercarla a su boca y la besó.

Le gustaba mucho hacer planes con ella, pero también temía estarse equivocando, porque lo que menos deseaba era limitarla; su propósito no era amarrarla, porque quería dejarla seguir siendo esa chiquilla que lo enamoró, solo que quizá, con su propuesta, estaba mandando el mensaje equivocado, y era lo que había sucedido con Rachell Garnett.

A lo mejor la madre de Elizabeth pensaba que él estaba buscando desesperadamente alejarla de su familia y de hacer que renunciara a sus sueños, pero sus intenciones estaban completamente distantes de eso.

—Entonces, ¿nos casamos a finales de mayo o principios de junio? —preguntó ella extasiada después de ese beso.

—Mayo o junio, eso lo veremos después, cuando empecemos a organizar.

Ahora quiero que te concentres en tu compromiso con Mangueira. No diremos fecha todavía porque no quiero que la atención que te corresponde por el carnaval se desvíe a lo que estoy seguro que los medios nombrarán «La locura del siglo»... No quiero que empañen tu felicidad con sus críticas.

—Sabes dónde pueden meterse sus críticas todos esos periodistas, ¿verdad? En sus peludos cu... —Antes de que pudiera terminar la frase Alexandre

volvió a besarla, confiriéndole varios chupones a sus labios ya hinchados por tantos besos.

—Esa bocota —susurró su regaño, robándose en una bocanada su aliento.

Elizabeth sonrió y se le colgó al cuello, después de muchos besos más se dieron a la tarea de ducharse.

—Quiero celebrar nuestro compromiso... Estoy tan feliz que no quiero que solo quede entre nosotros.

—¿Qué tienes en mente? —preguntó él.

—Vamos a tu casa, cenamos con Luana y Jonas... Solo espero que no le dé un ataque a Arlenne cuando se entere de que voy a robarme definitivamente a su niño consentido —ironizó, porque estaba muy consciente de que no era del agrado de su suegra.

—Cuando se trata de las mujeres que amo mis padres no tienen voz ni voto, es solo mía la decisión. Por Branca abandoné mi casa, y por ti... ¿Qué no haría por ti mi amor? Hasta mataría.

—He ahí mi guerrero despiadado, por eso te amo.

—En serio amor, no dejaré que nada ni nadie se meta en lo nuestro.

—Yo tampoco lo voy a permitir. —Aunque habían terminado de ducharse, seguían abrazados bajo la regadera, hasta que él decidió cerrar la llave—. No me has dicho qué haremos después de la cena con Luana —comentó retomando el tema. —Agarró una toalla y empezó a secarla.

—Puedes invitar a Moreira a los ensayos, yo llamaré a Ana, también a Hera y Helena... Quizás ellas lleven a Lucas...

—Me parece buena idea, ¿qué piensas si le digo a Calenzanni que nos acompañe? Para que sirva de pareja de una de las gemelas...

—Él me cae muy bien... Calenzanni es buen chico, pero... —Elizabeth peló los dientes y se sonrojó—. Otra vez vuelvo a sentirme en un callejón sin

salida...

—Suéltalo, esta vez cuál es el «pero». —La instó Alexandre.

—Es que... Helena y Hera... —Resopló, buscando el valor para decirlo, y esperaba que Alexandre no se sorprendiera tanto—. Salen con Lucas.

—No me digas, ¿no lo saben?! —Enarcó ambas cejas en un gesto de sorpresa—. Qué maldito el Lucas.

—Espera, no estás entendiendo... Ellas salen al mismo tiempo con él, es decir, él anda con las dos... Mis primas saben compartir.

—Ah. —Fue lo único que dijo, mientras asentía y trataba de que no se evidenciara su asombro.

—Están los tres juntos al mismo tiempo, tienen sexo los tres en la misma cama. —Le explicó para que no fuese a sorprenderse cuando los viera intercambiando intimidad.

—¿Ellas no son hermanas? —preguntó, aunque estaba seguro de que lo eran. Entonces se daba cuenta de que ya estaba viejo y que las cosas con el sexo iban más allá de lo imaginado.

Él había tenido la oportunidad de estar varias veces con dos y tres mujeres en la misma cama. No era un santo y no se escandalizaba por eso, pero jamás estuvo con algunas que compartieran lazos sanguíneos, porque no había ser más territorial en el planeta que una mujer. Ni siquiera las leonas eran tan celosas.

—Sí, gemelas. —Exhaló.

—Bueno, si ellas no tienen problemas con tener al mismo hombre, ¿por qué tendría que tenerlo yo? —Le preguntó sonriente, tratando de quitarle impresión a su confesión, pero como ella misma le había dicho una vez, las *patricinhas* solían ser bastante traviesas.

—No, supongo que no debes tener ningún problema. —Le dijo, sintiendo que se quitaba otro peso de encima e imploraba que Alexandre no empezara a

verla con otros ojos, solo por las cosas de las que poco a poco se iba enterando.

—A mí solo me interesas tú. —Le dejó completamente claro mientras le frotaba la espalda.

Elizabeth sonrió complacida y le quitó la toalla.

—Entonces llama a Moreira —solicitó, porque iba a poner todo de su parte para que los encuentros entre el policía y Ana fuesen más frecuentes—, que ya voy a comunicarme con mis primas. —Se envolvió en la toalla y salió de la ducha.

Alexandre, en contados segundos la siguió, cada quien agarró su teléfono e hizo las respectivas llamadas.

Alexandre detuvo la moto en el estacionamiento descubierto en la casa de sus padres, Elizabeth bajó primero y se quitó el casco sintiéndose liberada de esa cosa que tanto le molestaba, pero que por seguridad debía usar, sobre todo cuando iban a Niterói.

Esperó a que Alexandre bajara, sin poder evitar que los nervios empezaran a anidar en su estómago. Sabía que él iba a casarse con ella sin importar lo que opinaran las demás personas, pero deseaba que sus padres estuvieran de acuerdo con la decisión que ambos habían tomado, por lo menos Guilherme, porque estaba segura de que a Arlenne no le agradaría.

Alexandre le quitó el casco y lo dejó sobre el asiento de la Harley, entrelazó sus dedos a los de ella y se acercaron a la puerta. Mucho antes de que pudieran anunciarse Luana apareció con ese ánimo chispeante que definitivamente no había heredado del padre.

Elizabeth todavía aferrada a la mano de él y a menos de un metro de distancia de Luana sonrió ampliamente y le mostró el anillo que tenía en la mano libre.

La boca de Luana se abrió exageradamente pero no emitió ningún sonido; sin embargo, sus ojos brillantes y la carrera que pegó hasta estrellarse contra Elizabeth dejaban claro que estaba muy emocionada.

Elizabeth tuvo que soltar a Alexandre para corresponder al efusivo abrazo de Luana, eran como las mejores amigas y cómplices.

—¡No lo puedo creer! —chilló emocionada balanceándose en el abrazo—.

Me hace muy feliz, de verdad muy feliz. —La soltó y se lanzó a los brazos de Alexandre—. Felicidades papá, es la mejor noticia... ¿En serio van a casarse?

—preguntó apartándose un poco para mirarlo a los ojos.

—Sí —respondió serio, él no podía ser tan efusivo como su mujer y su hija.

—Ya era hora. —Exhaló, como si se quitara un gran peso de encima—.

Pensé que nunca lo harías... Me había resignado a verte envejecer solo y amargado.

—Nunca he estado solo, tú siempre has sido mi mejor compañía — respondió Alexandre, frotándole con los nudillos la barbilla—. Anda, vamos adentro.

—¿Cuándo se lo pediste? —curioseó en su camino a la casa.

—Esta mañana.

—Eli, ¿lo hiciste sufrir con la respuesta?

—No —dijo ella.

—Sí —comentó Alexandre.

—¡Si te di el sí!... —protestó Elizabeth.

—Pero tardaste en responder.

—No lo hice... Bueno, no sé... Creo que me tomó tiempo reaccionar, y no estaba en una situación para nada fácil, me lo pediste en medio de una lucha.

—¿Cómo fue? —Quiso saber la jovencita, muy interesada.

—En una roda... Tu padre nunca lucha conmigo, porque dice que no estoy a su altura como contrincante, y hoy de repente entró al juego, sacando a mi oponente...

—Ay, es que la desconcertaste —comentó Luana golpeando juguetonamente el hombro de su padre—. ¿Cómo esperabas que reaccionara?

Alexandre sonrió y le dedicó una mirada cómplice a Elizabeth, ella retribuyó el gesto guiñándole un ojo.

—¿Se van a quedar para celebrar? —Siguió Luana parloteando.

—No podemos cariño, Eli en unas horas tiene que ir a las prácticas en Mangueira —comentó Alexandre al tiempo que entraba al vestíbulo de la casa y cerró la puerta tras ellos.

—Cierto, lo había olvidado...

—¡Papi! —La voz enérgica de Jonas interrumpió a la madre. El pequeño abandonó a Guilherme, con el que estaba jugando y corrió hacia Alexandre.

—Hola *macaco* travieso. —Alexandre lo cargó y le dio un par de besos—.

¿Cómo estás?

—Jugando con abuelo...

—¡Qué bueno! ¿Y a qué juegan? —preguntó acomodando los rizos de su adorado nieto.

—A los bomberos... Vamos a jugar. —Lo invitó, y en ese momento Alexandre se percató de un pequeño hematoma que tenía en la barbilla.

—¿Qué te pasó aquí? —Le preguntó.

—Se dio con mi cabeza —intervino Luana.

—Mami me estaba haciendo cosquillas en la pancita. —Se levantó la camiseta para mostrársela a su abuelo.

—Buenas noches —saludó Guilherme, quien se levantó con un poco de dificultad de la alfombra y fue hasta Elizabeth.

—Hola Guilherme, buenas noches. —Le sonrió afable.

—¿Quieres algo?, ¿agua, cerveza, un vinito...? —Ofreció dispuesto a complacer a la novia de su hijo, porque quería hacerla sentir como en casa, pero sobre todo, que Alexandre se diera cuenta de que él la aceptaba.

Quizá su hijo jamás podría entender lo arrepentido que estaba por su actitud en el pasado, todavía se culpaba por no haberle ayudado con Branca.

Llevaba años recriminándose no haberle tendido la mano y sintiéndose culpable, porque si en ese entonces hubiese sido más flexible, posiblemente la madre de Luana estaría viva y su hijo en otras condiciones. Pero como ya no podía hacer nada por reparar el pasado, ahora se esforzaba demasiado para no cometer los mismos errores.

—Agua por favor —dijo sonriente.

El hombre le palmeó el hombro a Alexandre, le dedicó una mirada de afecto y se fue a la cocina para pedirle a Teresa que le llevara el agua a Elizabeth, una cerveza para su hijo y otra para él.

Cuando regresó, ya Jonas estaba en los brazos de Elizabeth, quien lo hacía carcajear al pincharle los costados con los dedos y le hablaba imitando su mismo lenguaje de bebé, como si ella fuera también una niña. Sin duda alguna tenía experiencia con los niños, lo que dejaba claro que sería una buena madre, aunque todavía era muy joven para eso.

Arlenne entró a la casa por una de las puertas laterales, venía de mimar a su adorado jardín; había escuchado a su hijo llegar y no se equivocó al suponer que traía a la «niñita» que tenía por mujer. No le quedó más que prepararse para fingir que le agradaba que ella estuviera en casa.

—Buenas noches —saludó regalándole una de sus mejores sonrisas exclusivamente a su hijo. Se acercó a él y le dio un beso en la mejilla—.

¿Cómo estás cariño?

—Bien madre, muy bien.

—Hola Elizabeth —saludó a la joven con mucho menos entusiasmo—.

¿Cómo te va?

—Bien, gracias señora —respondió con la misma efusividad que lo hizo ella.

—Mami, papi... Mi papá y Eli tienen una noticia que darles —anunció Luana, quien no podía esperar más para ver la reacción de sus abuelos.

—¿Una noticia? ¿En serio? —preguntó Arlenne con una ligera sonrisa y mirada de incredulidad.

—¡No me digas que nos darás otro nieto!... ¡Ya era hora! —exclamó emocionado Guilherme.

—No, eso todavía no —dijo Elizabeth con una sonrisa nerviosa.

—¿Entonces? —El hombre hizo cara de congoja.

—Vamos a casarnos —respondió Alexandre, y Elizabeth le mostró el anillo, dándose cuenta de que en ese momento la mano le temblaba.

—¿Tan rápido? —intervino incrédula Arlenne, a quien no le agradaba para nada la noticia—. A mi parecer se están precipitando, apenas se conocen —argumentó.

Elizabeth no pudo evitar sentirse incómoda, porque era evidente que la madre de Alexandre no estaba feliz con la noticia. Inevitablemente una horrible acidez se ancló en la boca de su estómago e imaginó que así de espantoso se debió sentir Alexandre cuando escuchó la conversación que ella tuvo con su madre.

—Nos conoceremos mejor como marido y mujer, ya no somos unos niños que simplemente tomamos decisiones a la ligera.

—Evidentemente, tú no cariño. Ya eres un hombre de treinta y cinco años, estoy segura de que tu decisión ha sido muy bien pensada. —Miró a Elizabeth —, pero...

—Yo también lo he pensado muy bien señora, y sí quiero casarme con Alex — dijo muy segura y mirándola a los ojos, como no le prestó el mínimo de atención a su anillo bajó su mano y entrelazó sus dedos a los de Alexandre.

—Estoy seguro de que serán muy felices juntos —intervino Guilherme con una sonrisa, tratando de aligerar la tensión que empezó a sentirse en el ambiente —. Esto tenemos que celebrarlo, y lo siento pequeña —dijo mirando a Elizabeth y le quitó el vaso—, pero no será con agua. Por aquí tengo una botella de Dom Pérignon, que será perfecta para esta ocasión. Una copa no arruinará tu trabajo de musculación. —Dejó el vaso sobre la mesa y caminó con rapidez al bar—. ¡Teresa, trae copas! —Le pidió a la mujer del servicio —. ¡No lo puedo creer! ¡Por fin se celebrará una boda en esta familia! Ya había perdido la esperanza, supuse que mis hijos eran demasiado alérgicos al compromiso. —El hombre parloteaba feliz, mientras que Arlenne solo lo miraba, evidentemente no muy contenta con la situación.

Elizabeth trataba de no cruzar mirada con la madre de Alexandre, porque esa manera en que clavaba los ojos en ella la hacía sentir como si no fuese lo suficiente para él, y eso le molestaba mucho.

Nadie pudo llevarle la contraria a Guilherme, quien feliz hizo el brindis, deseando lo mejor para su hijo y su mujer.

Media hora después estaban cenando y tratando de mantener una conversación amena, aunque Elizabeth y Arlenne solo intercambiaban las palabras justas y necesarias.

Elizabeth pidió permiso para ir con Luana a dormir a Jonas, mientras que Alexandre se quedó con sus padres en el patio trasero, disfrutando de la brisa nocturna.

La madre estaba mordiéndose la lengua, porque realmente no quería molestarlo con algún comentario, pero lo cierto era que pensaba que estaba totalmente loco. Mientras Guilherme no dejaba de hacer preguntas.

—¿Ya fijaron la fecha? —interrogó con una sonrisa que mostraba su perfecta dentadura, la cual servía de buen ejemplo para sus pacientes, muchos de ellos pertenecientes al mundo del espectáculo.

—No, pero pensamos que antes de mitad de año...

—¡Es inaudito! —explotó Arlenne sin poder contenerse más—.

Alexandre, ¡apenas se conocen!...

—Eso ya lo dijiste madre y te di mis razones.

—Alex, hijo... Creo que es mejor pensar muy bien la situación, las cosas a las carreras nunca dan buenos resultados.

—Déjalos, si ellos se quieren no veo porqué tienen que esperar para casarse; después de todo, ya están viviendo juntos. —intervino Guilherme.

En ese momento se escucharon las risas de Elizabeth y Luana, por lo que dejaron la conversación.

—¿Ya se durmió? —preguntó Alexandre poniendo la mirada en dos de las mujeres que más amaba.

—Sí, quedó rendido... Creo que estaba exhausto de tanto jugar — comentó Luana.

—Entonces nosotros nos vamos, se nos hace tarde para las prácticas de Elizabeth, y antes debemos pasar por el apartamento para que se cambie... — comentó Alexandre levantándose.

—Suerte Eli, sé que lo harás muy bien, ya quiero que llegue ese día en que el sambódromo se ponga de pie para aplaudirte —exclamó Luana muy emocionada.

—Esos aplausos se los llevará la reina, yo solo soy una *passista* —dijo con humildad, abrazada a la chica.

—No serás una cualquiera, eres Elizabeth Garnett y vas a deslumbrar. —

Estaba totalmente convencida de eso.

—Gracias por tener tanta fe en mí. —Le besó el pelo—. Ya sabes, mañana pasaremos por ti para ir a almorzar a Río. —Le recordó.

—Los estaré esperando, ahora ya váyanse, que se les hace tarde.

Alexandre se despidió de sus padres con un beso en la mejilla a cada uno y después le dio un cálido abrazo a su hija y un beso en la frente.

—Pórtate bien, te vas a la cama temprano.

—Sí papá, siempre lo hago, ¿cierto papi? —dijo mirando a su mayor cómplice, su abuelo.

—Es la niña más educada y hermosa del mundo. —Le acarició el pelo a su adorada nieta.

Elizabeth se despidió de sus suegros agitando su mano y diciéndoles adiós, para después salir de la casa amparada bajo el brazo de Alexandre, que llevaba sobre sus hombros.

CAPÍTULO 34

Apenas llegaron al apartamento Elizabeth corrió a cambiarse, se puso un vestido cubierto en su totalidad por brillantes verde selva, extremadamente corto, en forma de campana, de donde colgaban unos flecos igualmente brillantes; y el escote era en forma de corazón y de tiros finos.

—Déjame ayudarte. —Se ofreció Alexandre al verla apresurada.

—Gracias cariño. —Ella se sentó en la cama a ponerse los zarcillos grandes y llamativos, mientras que Alexandre se acuclilló frente a ella para calzarle las altísimas plataformas, que igual que el vestido, titilaban por los brillos verdes.

Cada sábado los ensayos eran como un mini carnaval, vivían una y otra vez la misma fiesta, usaban diferentes vestuarios, llenos de brillo y color, pero se guardaban los tocados, el vestuario final y las carrozas como la mayor sorpresa para el primer desfile, porque sabían que era el más importante, de eso dependía si ganaban o no.

Elizabeth, llevada por el entusiasmo había diseñado con la ayuda de su madre cada vestido que usaría durante los ensayos, y todas las semanas llegaba uno nuevo a la boutique.

Se recogió su espesa y larga melena en una cola alta y apenas se retocó el maquillaje que había usado para ir a la casa de sus suegros; sabía que todavía no era momento para algo impactante, porque era mejor guárdaselo para el gran día.

—Espero que no me dé algún calambre —dijo ya lista, mientras Alexandre la miraba embobado.

Con esos tacones se veía más imponente, más sexi; y sobre todo, más alta, porque quedaba justo de su misma estatura.

—Lo harás bien —dijo para infundirle confianza, aunque sabía que ella estaba muy nerviosa porque empezaban los ensayos en la calle.

—Recuérdame que mañana tengo que ir a la prueba del disfraz. —Le dijo, porque últimamente su cabeza estaba en todos lados y se olvidaba de muchas cosas. Ya era la cuarta prueba de su fantasía, que llevaba cinco meses en diseño, pero sabía que bien valía la pena todo ese tiempo, porque su diminuta vestimenta estaba siendo confeccionada con materiales como plumas, espejos, telas metálicas, seda y algunos cristales preciosos.

—Sí, ya lo puse en recordatorio en tu teléfono.

Elizabeth se acercó y le estampó un beso en los labios.

—Sé que te molesto mucho, creo que tendré que buscarme a una asistente para que me ayude con todo esto.

—Nada de eso, ninguna asistente, en esto quiero ser tu cómplice...

Permíteme que te ayude a cumplir tu más anhelado sueño. —Esta vez fue él quien le regaló un suave beso.

—Y lo estás haciendo, si no fuera por ti todavía tuviera mis piernas de fideos, y solo daría lástima ante las demás chicas.

—Siempre has tenido buenas piernas.

—No como las tengo ahora. Solo por este resultado... —dijo admirando sus extremidades con los músculos bastante formados y marcados—, te perdono todo lo que me has hecho llorar durante los entrenamientos y todo dolor que he tenido que soportar. —Segura de que había aumentado bastante las piernas; tanto, que muchos vaqueros ya no le quedaban, porque no pasaban de sus muslos.

—Mi ayuda no ha sido suficiente. En serio, sin problemas puedo ser tu asistente en todo este proceso... Y para empezar... —Sin que ella lo esperara la cargó, ganándose un grito de sorpresa—, te recuerdo que vamos tarde. —Se echó a andar a la salida.

—¡Mi cartera! —pidió divertida antes de que salieran de la habitación.

Alexandre giró y en brazos la llevó hasta el mueble donde la había dejado; ella estiró una mano, la agarró y envolvió con sus brazos el cuello de él, quien una vez más emprendió el paso a la salida.

—Abre la puerta —indicó Alexandre.

Elizabeth lo hizo y después solo dejó que se cerrara sin ponerle seguro, y no se preocupaban de que alguien pudiera meterse a robar, porque el edificio era bastante seguro.

Entraron al ascensor y ella iba muy cómoda en los brazos de su marido, que no mostraba que empleaba esfuerzo alguno; y en el vestíbulo del edificio pidieron un taxi.

—Ya bájame —solicitó en un susurro.

—Todavía no.

—Es que creo que le estoy mostrando el culo a Gomes —susurró, segura de que el vestido muy corto dejaba a la vista el culote verde selva y brillante que llevaba puesto.

Ese comentario causó un efecto inmediato en él, quien la bajó y la abrazó, como si con eso pretendiera marcar territorio, también le echó un vistazo al hombre tras el mostrador de cristal, pero parecía más concentrado en las cámaras de seguridad que en ellos.

El taxi llegó, agarrados de las manos salieron del edificio y subieron al auto. Alexandre le dio la dirección, mientras Elizabeth buscaba en su cartera para escribirles a sus primas que iba en camino.

De inmediato tuvo respuesta, Ana le dijo que estaba esperando que ella escribiera para entonces salir; Elizabeth siguió tecleando, entretanto Alexandre hablaba por teléfono con Moreira.

Él le dijo al otro lado de la línea que estaba en casa de su hermana y que en unos quince minutos saldría, que estaría comunicándose con él, porque sabía que no sería fácil encontrarse en ese mar de gente.

El taxi tuvo que dejarlos un par de calles antes de llegar, porque la afluencia de personas no le permitía avanzar más.

Alexandre le agradeció, pagó por el servicio y bajaron. Tomados de las manos se hacían paso entre el mar de gente y en medio del bullicio donde se imponía la samba oficial de Mangueira ese año.

No importaba cuánto la escuchara, Elizabeth terminaba canturreando con gran pasión. En el tiempo que llevaba con las prácticas había conocido a muchos de los que participarían con ella, aunque normalmente le tocaba con las mismas tres estaciones que conformaban la reina, las *baianas* y las *passistas* que presentaban a la batería.

Era muy común que se quedara conversando con muchas personas, las cuales tenían el mismo entusiasmo que ella. En medio de besos se despidió de Alexandre, quien se quedaría franqueando la calle y desde donde le tomaría

fotos, ya que ella debía pasar al centro, a reunirse con los demás compañeros.

—Tienes que estar al pendiente de mi teléfono, porque seguro que Ana o alguna de las gemelas llama —dijo entregándole la cartera estilo sobre de lentejuelas rosadas.

Alexandre se colgó la cadena de la cartera al cuello, dejándosela al frente, de donde también le colgaba la cámara.

—Sí, estaré pendiente. Ve, que están esperándote. —La instó con ganas de darle otro beso, pero era mejor no seguir reteniéndola.

Elizabeth se integró para hacer lo que le hacía feliz, bailar samba con furia, al ritmo que la batería marcaba. Empezaron a avanzar y no podía parar de bailar, de sonreír ni de mostrar una actitud llena de energía; aunque tuviera los pies adoloridos, porque sabía que en pocas semanas los ojos del mundo estarían puestos en cada uno de los integrantes de la escuela.

Su acompañante, que tocaba la pandereta, era un hombre de piel muy oscura, totalmente rapado, de contextura delgada, ojos saltones y unos dientes envidiablemente blancos. Él la llenaba de energía, marcándole el ritmo en el instrumento que ella debía seguir con sus caderas, los gestos que hacía le ayudaban a reír y a mostrarse más efusiva, también a olvidar lo fatigada que estaba.

Alexandre avanzaba al mismo paso, sin quitarle el ojo ni el lente de encima a Elizabeth. Podía haber miles de personas, pero su único objetivo era ella.

Ana fue la primera en llegar y quedarse junto a Alexandre, mientras se gozaba todo el espectáculo y le hacía porras a Elizabeth, quien al verla le sonrió y guiñó un ojo, sin perder el ritmo.

—¡Lo hace muy bien! —dijo Ana en voz muy alta, para que Alexandre pudiera escucharla.

—Sí, lo hace perfecto —dijo llevándose la Nikon nuevamente al rostro para enfocar a su mujer y se acuclilló para captar desde otro ángulo la elegancia y energía de la que era poseedora. Con precaución se desplazó como si fuese un

cangrejo para seguir a Elizabeth y con toda la intención de hacer la fotografía perfecta.

Alexandre vio que Ana recibió una llamada, y aunque se apartó un poco para poder atender no la perdió de vista y estuvo muy atento, porque sabía que así como había familiares y amigos de los participantes, además de turistas, también se infiltraba más de un malhechor para cometer sus fechorías; y antes de que ella pudiera reaccionar podrían dejarla sin teléfono.

—Llegaron Hera y Helena. —Le comunicó.

—¿Dónde están?

—Cerca, ayúdame a buscarlas... Posiblemente veas a Lucas, es un rubio alto, muy alto, de pelo largo y barba abundante —explicó, segura de que al «ricitos» se le haría más fácil hallarlos, porque su estatura le ayudaba.

A él no le fue para nada difícil dar con el hombre que Ana había detallado, porque pudo verlo con un enmarañado moño que había hecho de su melena dorada; en realidad era bastante alto, suponía que estaría por los dos metros.

Parecía no venir acompañado, pero a medida que se acercaba y entre la multitud que los rodeaba pudo ver que era acompañado por las dos pelirrojas, que no le alcanzaban ni a los hombros.

—Ahí vienen. —Le avisó.

Ana empezó a dar saltitos para ver si los veía, pero le era imposible, eso le pasaba por ser una enana.

Alexandre, al ver su esfuerzo levantó su mano y empezó a hacer señas, siendo visto por una de las gemelas.

—Ya nos vieron —dijo él para que ella dejara de seguir empeñada en un imposible.

—Gracias.

Cuando las gemelas llegaron saludaron a Ana con besos y efusivos abrazos.

También aprovecharon para saludar a Alexandre, al tiempo que le plantaban un beso en cada mejilla y después le presentaron a Lucas.

—¿Dónde está Elizabeth? —preguntó Helena entusiasmada, dirigiendo la mirada a la multitud que practicaba.

—Ya va más adelante —explicó Alexandre.

—Pero yo quiero verla —dijo Hera.

—Vamos, vamos —dijo Ana, avanzando los metros que Elizabeth les llevaba por delante—. Está bellísima.

Las gemelas y Lucas lograron verla brindando el espectáculo que no podía interrumpir, a pesar de que estaba muy sudada, seguía sambando y sonriendo.

—Sí que está hermosa, esto tiene que verlo Samuel —dijo Hera con toda la intención de estamparle en la nariz a su primo lo que su hija estaba haciendo, para ver si de una vez por todas mostraba su apoyo.

Sacó el teléfono, le hizo un video de aproximadamente un minuto y se lo envió.

En pocos minutos ya las gemelas estaban cantando y también sambando, e intentaban que Lucas bailara con ellas, pero a pesar de estar viviendo en Río desde que tenía doce años, seguía manteniendo ese «envidiable ritmo» de los gringos. No obstante, él no sufría de vergüenza y hacía su mejor esfuerzo por divertirse con sus mujeres.

Ana estaba concentrada en el ensayo, no solo Elizabeth se llevaba su atención, sino que particularmente también le gustaba la presentación de las *baianas*.

Se volvió para ver si Alexandre seguía obsesionado con tomarle fotos a Elizabeth, cuando repentinamente el estómago se le encogió de manera brutal y los nervios estallaron, haciéndole temblar las piernas cuando vio que a su lado estaba João, y ella ni enterada de que había llegado; ni siquiera sabía que iba a estar ahí.

Él le sonrió con disimulo y ella dudó un poco en saludarlo, pero después lo hizo con su mano, agitándola ligeramente. En el momento que el moreno

avanzó un paso, ella quiso retrocederlo, pero se quedó inmóvil con el corazón galopando; podía escuchar sus latidos por encima de todo el bullicio de los ensayos.

João se acercó y le plantó un beso en cada mejilla.

—¿Todo bien? —preguntó alejándose muy poquito de ella.

Ana se quedó mirando sus ojos bonitos con las palabras enredadas entre los latidos de su corazón que retumbaban en su garganta y se obligó a asentir con la cabeza.

—¿Y tú? —preguntó casi ahogada por los nervios.

—Muy bien —dijo él, aparentemente más tranquilo que ella, pero lo cierto era que estaba igual de descontrolado.

Ana sabía que no podía hablar mucho, porque no quería quedar expuesta ante los presentes.

—Me alegra. —Apenas dijo, pero deseando que de verdad estuviera superando a su ex, aunque realmente no sabía para qué lo anhelaba, si claramente no tendría nada con él.

Buscó fuerzas de donde no las tenía y se giró para seguir viendo el espectáculo y tratar de olvidar que tenía una tentación de chocolate respirándole en la nuca y despertando todos sus poros, recordando en ese momento que no solo tenía los brazos tatuados, sino también el pecho y la espalda, y que deseaba ver una vez más todas las figuras que tenía marcadas en la piel, poder besarlas como lo había hecho aquella madrugada.

Tragó en seco varias veces para controlar sus nervios y soportar las ganas de querer salir corriendo del lugar, perderse entre tanta gente y olvidar que al poli lo tenía demasiado cerca, alterando sus sentidos.

João no podía dejar de mirar a Ana, de verdad quería concentrarse en la presentación, pero sus ojos no querían apartarse de la delgada rubia a unos cuantos centímetros de él.

No era que había dejado de amar a Bruna, todavía le dolía mucho su traición, en algunos momentos, cuando su orgullo flaqueaba, deseaba buscarla y perdonarla, tratar de hacer borrón y cuenta nueva, porque ciertamente, la separación le estaba costando un mundo; sin embargo, cuando veía a Ana sentía que encontraba valor, ella era como un ejemplo a seguir. Si se mantenía firme en no perdonar al desgraciado que no valoró a tan espléndido tesoro, cómo caer él en las redes de la debilidad y poner de rodillas a su orgullo.

Gracias a ella había mantenido su honor y tampoco podía negarse a sí mismo que había disfrutado mucho todos y cada uno de los momentos compartidos con esa niña de corazón roto.

En algunos momentos conversaba con Alexandre, quien tampoco estaba muy al pendiente de lo que pasaba a su alrededor, porque como buen obsesionado de la fotografía, estaba como un poseso sin soltar el obturador.

Los ensayos terminaron, pero la fiesta continuó; y de manera inmediata tanto Elizabeth como los demás participantes del carnaval fueron asediados por los turistas que deseaba fotografiarse con ellos mientras elogiaban las presentaciones de cada uno.

A ella le tomó por lo menos dos horas librarse de tantas atenciones, y en medio de sonrisas, con las que trataba de ocultar que verdaderamente estaba agotada y con los pies adoloridos se despidió del asedio de las personas y se fue con su gente.

—¡Ay por Dios! —exclamó llegando hasta sus amigos—. Estoy muerta — chilló, soportando un poco más las temibles plataformas.

—Estuviste genial —dijo Alexandre con una sonrisa y mirada de orgullo que no podía ocultar.

—Gracias amor. —Le echó los brazos al cuello y se colgó de él, quien inmediatamente la abrazó por la cintura y la cargó, regalándole un poco de alivio a sus pies, por lo que gimió de placer en el oído de él—. Estoy agotada pero feliz, muy feliz.

Desde su cómodo lugar Elizabeth saludó a los demás presentes, quienes

comprendían que estuviese hecha polvo, porque no cualquiera soportaba ese maratón.

Permitieron que ella descansara unos minutos en los brazos de Alexandre y después caminaron hasta el estacionamiento, donde Ana, Hera y Moreira habían estacionado.

Alexandre decidió irse con su amigo y Elizabeth se fue con Ana, no sin antes pautar el lugar donde se encontrarían para seguir con la celebración.

—No me dijiste que habían invitado al poli —comentó Ana, más como un reproche.

—Es el mejor amigo de Alex, no es justo que solo invite a los míos, porque se sentirá incómodo —respondió Elizabeth, quitándose las plataformas para masajearse los pies, aunque prefería los mimos de su marido—. Además, no debería perturbarte en absoluto, dijiste que no querías nada con él. —Le recordó.

—Sé lo que dije, y no es que no quiera nada con él, de querer quiero. —Resopló, sintiendo que las mejillas se le arrebolaban por el calor interior, porque el deportivo poseía muy buen aire acondicionado—. El problema está en que sigue amando a su ex y lamentándose por no tenerla...

—¿Y qué con eso? Si está dispuesto a tener sexo, que es lo que a ti te interesa, lo demás no importa. No necesitas sus sentimientos sino su cuerpo, puedes verlo simple y llanamente como un instrumento de placer...

—No es tan fácil Eli —masculló sin atreverse a poner la mirada en ella—.

No estoy para escuchar sus lamentaciones, ni cuánto está sufriendo por superar a esa mujer.

—Es sencillo, móntate un numerito de dominante y lo amordazas...

Ana soltó una carcajada porque Elizabeth siempre conseguía hacerla reír.

—Lo pensaré —dijo simplemente por salir del tema.

—Ni tienes que pensarlo, a milla se nota que a él también le gusta lo que tú le das... Los hombres son demasiado evidentes —prosiguió muy entretenida con la conversación.

—Sé que le gusta, el problema es que después viene con arrepentimientos, y eso a mi orgullo no le gusta para nada.

—Pues apenas termines lo echas de tu apartamento, sin quitarle la mordaza... Aninha, déjale claro que no estás para ser consejera sentimental, que solo quieres sexo con él y que poco te importa si sigue muriéndose por la ex.

—Quizá si no estuviera en la misma situación que él todo fuese más fácil, pero todavía estoy intentando sacar los pedazos de Rodolfo que tengo en el pecho.

—Mi amor —chilló Elizabeth agarrándole una mano y se la besó—. Ya verás que vas a olvidar a ese hijo de puta. —Trataba de consolarla, porque verdaderamente amaba a su prima y no quería que sufriera.

—Gracias cariño, sé que voy a sacarlo definitivamente, lo sé —dijo convencida.

Siguió conduciendo por varios minutos, y de vez en cuando miraba por el espejo retrovisor, para ver el auto que la seguía, aunque realmente fijaba más su atención en el conductor.

—Es aquí, no te pases. —Elizabeth la trajo de vuelta a la realidad.

Entraron al estacionamiento, y antes de que pudiera bajar, ya los otros dos autos que las venían siguiendo habían aparcado en las plazas contiguas.

Esperaron a que Elizabeth volviera a ponerse las plataformas y salieron del estacionamiento para entrar al local nocturno, un clásico carioca que ofrecía música en vivo.

Alexandre y Elizabeth sabían que no podían pasarse con los tragos, porque al día siguiente ella debía entrenar a primera hora y después ir a buscar a Luana para almorzar con ella.

Estaban ahí para celebrar el compromiso de ellos, por lo que las preguntas no

paraban, sobre todo querían saber cuándo se casarían. Pero ellos no daban una fecha exacta, solo decían que muy pronto. Quedó totalmente claro que las gemelas serían las damas de honor, Ana y Moreira parte de los padrinos.

João, que no había sido puesto sobre aviso, no pudo evitar sorprenderse cuando las gemelas intimaban con el grandulón, pero supo mantener la compostura.

Lucas, orgullo de tener a sus dos pelirrojas a cada lado, conversaba amenamente con los otros hombres, quienes fueron de su total agrado; incluso, les hizo una invitación a la isla.

Contó la historia de su vida para quienes no la conocían y estaban interesados en saberla. Había nacido en California, Estados Unidos, pero durante unas vacaciones, cuando tan solo tenía doce años, sus padres, quienes eran amantes empedernidos de la naturaleza, terminaron perdidamente enamorados de Río y decidieron quedarse.

El negocio de su pequeña familia de tres era de hoteles nudistas y ecológicos, sus padres administraban dos en Río, uno cerca de la playa Abricó y el otro en Buzios, que era de las preferidas para la comunidad gay.

Él había decidido quedarse en la isla, la cual alquilaba para casi todo tipo de eventos y la cual ponía a disposición de Alexandre y Elizabeth por si deseaban casarse allí.

—Pero no lo haremos desnudos —bromeó Elizabeth y todos se carcajearon.

—Espero que no, Samuel no lo cuenta... —dijo Ana divertida, segura de que su tío moriría de un ataque al corazón.

Parlotearon durante toda la madrugada, cantaron y bailaron, no se marcharon hasta que prácticamente los echaron del lugar.

De regreso al estacionamiento Elizabeth volvió a subir al auto de Ana, ella la llevaría hasta el apartamento y João haría lo mismo con Alexandre. Ambos pudieron irse con Moreira, pero Elizabeth no quiso dejar marchar sola a Ana, quien de todas maneras tomaría la misma vía.

El deportivo azul eléctrico se estacionó frente al edificio en Copacabana, justo cuando las primeras luces del día se apreciaban en el horizonte. No se marchó hasta que Alexandre estuvo con ella y entraron al edificio, entonces arrancó totalmente decidida a lanzarse en su cama y dormir por lo menos hasta mediodía.

Detrás de ella arrancó Moreira. Lo traía pisándole los talones, pero decidió ignorarlo; puso música para concentrarse en otra cosa y no en el moreno que mantenía sus ganas despiertas. Adoraba los domingos a esa hora, porque las vías todavía estaban despejadas y podía ir más de prisa.

Sin poder evitarlo y sin que la música surtiera efecto volvió a mirar por el retrovisor, y se sintió totalmente desilusionada al ver que João ya no la seguía. Ni siquiera se despidió de ella, por lo que no le quedó más que seguir con su camino, tratar de poner su atención en la música y soportar el nudo de lágrimas de impotencia que se le formó en la garganta.

Sabía que era una tonta ilusa, ella misma se criticaba duramente por ser una estúpida soñadora, que no aprendía de los duros golpes de la vida, pero era su esencia y por más que tratara de retenerla siempre salía a flote.

También estaba furiosa con él, porque le daba alas, alimentaba sus ilusiones en sus encuentros cuando no hacía más que mirarla, conversar y bailar con ella, hasta sabía que mientras bailaban le coqueteaba y se excitaba, no era una estúpida que no pudiera sentir y comprender lo que pasaba en él cuando sus cuerpos se rozaban.

Definitivamente, iba a volverla loca, no sabía qué carajos quería o por qué no se decidía de una buena vez.

—En fin, se va al fondo del saco de los desgraciados —refunfuñó muy molesta.

Sus reflejos reaccionaron a tiempo para dar un frenazo, antes de estamparse contra el Chevrolet que salió de una calle y se le atravesó en el camino.

Saberse a salvo desató sus nervios, el corazón estaba a punto de vomitarlo y no podía controlar el temblor en sus manos. En medio del pánico reconoció el

auto, y por supuesto, al conductor.

Sus nervios fueron arrasados por la molestia y su reacción fue tirar de la manilla, quitarse el cinturón de seguridad de un tirón y bajar al tiempo que él también lo hacía.

—¡Estás loco! —gritó furiosa—. ¡¿Ahora qué?! ¡También eres de tránsito! —reprochaba, mientras él, con largas zancadas y decisión se acercaba a ella, y a su lado pasaban los vehículos a gran velocidad, sin detenerse a preguntar qué pasaba, lo que quería decir que si iban a secuestrarla a nadie le interesaba—. ¡¿Por qué demonios haces...?!

Su pregunta fue interrumpida cuando él le llevó las manos al cuello y la estrelló contra su boca. Antes de que pudiera corresponderle ya él estaba invadiéndola con su lengua. Por lo que a Ana no le quedó más que entregarse a ese arrebató.

El beso duró varios minutos y se ganaron más de un bocinazo de los autos que pasaban zumbando a su lado.

Ana se quedó sin aliento y sin palabras, no tenía la más remota idea de qué decir ante esa inesperada obstrucción, se dio cuenta de que tenía sus manos apoyadas en el pecho de él y las retiró.

—Es... ¿esto qué significa? —tartamudeó parpadeando rápidamente ante el desconcierto, pero sintiendo que las rodillas le temblaban.

—Significa que tenía demasiadas ganas de besarte —explicó él acariciándole con los pulgares la mandíbula y las pupilas muy dilatadas paseándose de la boca a los ojos de ella.

—¿Y así... apareces de la nada, provocando que casi me estelle contra tu auto? —protestó llevando sus manos a las de él, retiró el toque y retrocedió un paso.

—No podía esperar a que el destino o nuestros amigos nos brindaran otra oportunidad para vernos —explicó.

—¿A qué juegas João? —interrogó frunciendo el ceño.

—No entiendo —susurró.

—Me dices que no quieres involucrarte conmigo, que lo que hicimos estuvo mal, porque solo estábamos dolidos por lo que nos hicieron, pero vienes y me besas... Es sí o no, decídetelo —exigió fulminándolo con la mirada—. ¿Qué es lo que quieres?

—Justo en este momento quiero estar contigo, pasarlo bien, tratar de rehacer mi vida... Necesito desesperadamente olvidarme de Bruna, y quizás, si me ayudas no termine por caer en la tentación de volver con ella...

Ana tensó la mandíbula y sintió como si cada palabra que él decía fuera un puñetazo a la boca de su estómago. Antes de abofetearlo o de ponerse a llorar decidió largarse del lugar.

—Yo no voy a resolver tus problemas del corazón —dijo con dientes apretados e iba a subirse al auto, pero él la retuvo por el brazo—. No me toques imbécil, suéltame. —Apenas él aflojó el agarre ella dio un tirón y subió a su deportivo—. Si lo que quieres es coger para tratar de olvidar a la zorra de tu ex, búscate una puta... Eres un estúpido João, un bruto... No sé por qué en algún momento creí que podías comprenderme, pero eres igual a todos, eres la misma clase de mierda que Rodolfo. —Le escupió con rabia, puso en marcha el auto y se fue, esquivando el Chevrolet.

Él se quedó con las disculpas atoradas en la garganta, estaba seguro de que había metido la pata hasta el fondo y que Ana tenía toda la razón. Ella también estaba herida, y él solo pretendía lastimarla todavía más.

CAPÍTULO 35

Giovanna terminó su turno en la unidad de cuidados intensivos y se fue al baño de enfermeras, donde se dio una ducha que arrastrara el olor a fármacos y todo el cansancio de una jornada de doce horas con un saldo de siete pacientes nuevos.

Al salir se puso unos vaqueros desgastados, una blusa de tiros finos, holgada, con un estampado de flores pequeñas rojas sobre un fondo negro, se calzó unas Converse y se hizo una cola alta.

Sentía que podría trabajar por doce horas más, que el agua había conseguido renovarle las energías; sin embargo, esa sensación de impotencia y tristeza seguía en el fondo de su pecho, imposible no sentirla cada vez que veía cómo la vida de uno de sus pacientes se apagaba. No le había quedado de otra que aprender a vivir con eso.

Salió del hospital y caminó hasta la parada de taxis, le pidió al chofer que la llevara al supermercado que quedaba cerca de su apartamento en Ipanema, podría irse caminando, pero precisamente ese día su tiempo era preciado, debía hacer las compras, después ir al gimnasio y descansar por lo menos cuatro horas, porque por la noche tenía un compromiso de la agencia.

Sabía que podía ahorrarse algunas ocupaciones, como ir al supermercado y cocinar, si decidiera irse a la lujosa residencia donde vivían algunas de sus compañeras, pero no lo hacía porque amaba su autonomía.

Vivir sola le daba la libertad de llegar e irse a la hora que le diera la gana, comprar las cosas que ella quisiera, cocinar lo que se le antojara y no depender de nadie.

El auto se detuvo frente al supermercado, ella pagó por el servicio, caminó a la entrada de la tienda y se dispuso a hacer sus compras. Inhaló profundamente y exhaló, preparándose para la travesía, mientras traía a su memoria todas las carencias alimentarias y de higiene que había en su apartamento.

Empezó por los vegetales, legumbres y frutas. Como era para ella sola solía llevar poca cantidad, lo suficiente para alimentarse por una semana.

Distraídamente metía en una bolsa unas manzanas cuando una mano masculina le ofreció el «fruto prohibido». Giovanna levantó su mirada y no se lo podía creer.

—¿En serio? —ironizó al ver que la mano pertenecía a Marcelo Nascimento.

—No sabía que veníamos al mismo supermercado —dijo todavía ofreciéndole la fruta.

—Y yo no creo que hagas tus propias compras —dijo arrebatándosela y la metió de mala gana en la bolsa—. ¿Qué se supone que haces aquí? ¿Acaso me estás siguiendo? —reprochó. Estaba muy molesta porque no le gustaba que su trabajo especial se mezclara con la parte cotidiana de su vida.

—Si eso es lo que deseas lamento mucho desilusionarte, no eres tú la que me trae aquí. —Mintió mirándola a esos hermosos ojos oscuros, jamás admitiría que ella despertaba en él más interés de lo que no lo había hecho una mujer en su vida, aparte de Branca.

—Entonces, ¿qué haces aquí? —cuestionó frunciendo el ceño, en un gesto obstinado.

—No tengo por qué darte explicaciones, aunque es evidente lo que se hace en un lugar como este —mencionó y agarró una bandeja con fresas, no tenía ni puta idea si tenía en casa, pero algo debía inventarse.

—En serio creería en la patética mentira que acabas de decirme, si no fuera porque a esta hora deberías estar en el trabajo —dijo admirando lo bien que lucía, vistiendo un pantalón negro y una camisa blanca, que llevaba por dentro del pantalón y con las mangas dobladas hasta los codos, también había dejado un par de botones abiertos.

—Eso pasa cuando se es empleado y se tiene que vivir esclavizado a un horario.

—Se supone que el jefe debe dar el ejemplo y no abandonar el mando a las diez de la mañana.

—¿Por qué para ti todo representa un problema? —preguntó con un semblante muy serio.

—Mi problema eres tú, que se te da por aparecer en todos lados. ¿Por qué no simplemente te vas a otro pasillo y me dejas hacer mis compras en paz?

—Porque estamos en un lugar público y puedo estar donde me dé la gana.

—Su voz era calmada, no discutía, como ella.

Giovanna resopló molesta, metió en el carrito la bolsa con las manzanas y lo empujó, pasándole una rueda por encima de los costosos zapatos.

—Permiso —refunfuñó, sin poder comprender por qué ese hombre la descontrolaba de esa manera.

Marcelo, con los dedos del pie adoloridos se quedó inmóvil, observando cómo ella huía; estaba seguro de que la afectaba, aunque pretendiera hacerse la difícil.

Además de las fresas también agarró una bandeja con kiwis y otra con piña ya en rodajas, solo por seguir manteniendo el teatro. Todo eso no podía llevarlo en las manos, por lo que decidió usar una de las cestas que estaban cerca, a la cual también echó algunos envases con frutos secos, cosas que comúnmente veía en su apartamento y que solo usaba Yanela para preparar sus comidas.

Decidió darse un paseo por el lugar, mirando cada producto que ahí se encontraba, pero realmente estaba más interesado en volver a encontrarse a Giovanna y echarle una vez más la culpa a la «casualidad».

Sin prestar mucha atención echó a la cesta un vinagre de vino blanco y fingió concentrarse en algo más, cuando la vio al final de ese pasillo; volvieron a cruzar sus miradas, pero después cada quien fue por su lado.

Marcelo trató de no perderla de vista y buscó la manera de quedarse detrás de ella justo cuando tenía que pasar por la caja; observando cómo la tensión se posaba sobre los hombros de esa mujer «casi» perfecta.

—Si quieres puedes pasar primero —concedió ella haciendo un ademán—. Ya que llevas menos cosas.

—No, de ninguna manera, las damas primero —dijo con un tono realmente amable.

Ella puso los ojos en blanco en un gesto de total fastidio y se quedó en su

puesto, ya no podía huir a otra caja, porque estaba justo por pagar. No le quedó más que empezar a sacar los productos y ponerlos sobre la banda transportadora.

La chica que pasaba uno a uno los productos, trataba de disimular el escrutinio sobre el apuesto hombre que veía por primera vez en el lugar.

Al terminar de chequear todo con una sonrisa afable le dio el total de la cuenta a la mujer y le preguntó con qué iba a pagar.

Giovanna sabía que no tenía suficiente efectivo y no le quedaba más que pagar con la tarjeta de crédito; inhaló profundamente en busca de valor y se aventuró a sacar de su billetera su tarjeta y su identificación.

Marcelo aprovechó la oportunidad como la mejor de las excusas para acercarse a la chica a preguntarle por unas de las golosinas que tenía en el exhibidor, pero clavó su mirada en la identificación; aunque solo fue una excusa, pues ya había comprobado que la recepcionista amargada del Couto le había dado el nombre correcto.

Ni siquiera le prestó atención a la respuesta de la jovencita en caja, sino que miró cómo Giovanna cerró los ojos y se sonrojó; estaba seguro que de la rabia.

Esperó a que ella terminara de pagar por sus compras y fue su turno, él no tuvo inconveniente, porque con lo poco que llevaba le alcanzó para pagar con el efectivo que tenía, mientras que Giovanna se apresuraba por salir del local.

—Gracias. —Agarró el par de bolsas ecológicas que le entregaron y caminó con largas zancadas, pero no se apresuraba, porque su intención no era parecer desesperado.

En la salida ella estaba con el carrito, esperando que llegara un taxi.

—Giovanna, puedo llevarte si lo deseas —dijo acercándose hasta ella.

—No, de ninguna manera, y no tienes permitido llamarme de la manera en que lo acabas de hacer. —Ni loca aceptaría la oferta, porque expondría su

dirección.

—En este momento no estamos en una relación laboral, así que tu *alter ego* no tiene sentido...

—Pero no me llames por mi nombre —dijo con dientes apretados, maldiciendo el momento en que tuvo que sacar su identificación—. Eres un atrevido, no tenías porqué mirar mis datos.

—Fue un desliz producto de la curiosidad, no le veo nada de malo a tu nombre; en realidad me gusta mucho más que Constança. Giovanna... Suená sexi..., me agrada.

—No tiene por qué agradarte... Ya Marcelo, fuera de mi lado. —Odiaba sentir que ese hombre le arrebatara el control. No quería que alguien llegara a arruinar su plan de vida.

—Puedes relajarte, tu secreto está a salvo conmigo... ¿Estarás ocupada esta noche? —preguntó solo por no quedarse con la duda.

—Lo estaré, ya estoy comprometida, y no quiero volver a salir contigo, así que no insistas.

—¿Existe alguna razón por la cual no quieras conversar conmigo? — preguntó vagando con su mirada por el rostro de la chica—. En Buzios conseguimos llevarnos bien. —Aunque no tuvieron sexo y ni siquiera se dieron un beso le agradó compartir con ella.

—Sí, con Constança lo pasaste bien, ella sabe adaptarse a las necesidades de sus acompañantes, pero ya no más...

Marcelo avanzó un paso, dejando su intimidante y elegante cuerpo a contados centímetros del de ella.

—¿Por qué no? —susurró su pregunta con una mirada seductoramente intensa.

Ella se quedó mirándolo y después lo esquivó, sintiéndose totalmente acorralada. Necesitaba que llegara un maldito taxi cuanto antes. Marcelo se acercó más, y ella no tuvo la voluntad para retroceder; sintió cómo él le sujetó

con delicadeza la barbilla y le dio un suave beso en los labios. Ella cerró los ojos y tragó en seco, con ganas de suicidarse por culpa de las sensaciones que ese contacto de labios le provocó.

—Es por eso —murmuró él contra sus labios, después le soltó la barbilla y se alejó. Caminó en dirección al estacionamiento, donde lo estaba esperando su chofer, y la dejó toda temblorosa y confundida.

—Es mi tío favorito, es como mi padre... Cuando lo conozcas verás que es el mejor hombre... Me pasaba todos los fines de semana con él cuando era pequeña. ¡Es que lo amo Alex...! —Elizabeth parloteaba sin cesar porque no cabía en sí de la felicidad.

Alexandre solo asentía, porque ella no le dejaba pronunciar palabra; sin embargo, con solo escucharla le hacía feliz, muy por encima de la preocupación que le provocaba saber que en unos minutos otra amenaza proveniente de la familia de Elizabeth se sumaría a la interminable lista.

—Y mi tía Meg es la mujer más hermosa, bondadosa y alegre que puedas conocer...

—Entiendo —comentó sin dejar de afirmar con la cabeza y la mirada le brillaba por la sonrisa contenida.

—Creo que estoy hablando mucho, ¿cierto?

—No. —Negó con la cabeza—, pero sé que estás entusiasmada. —Le frotó con cariño el muslo.

—Entonces sí estoy hablando mucho —aclaró divertida y algo nerviosa.

—Igual me gusta escucharte. —Le puso un mechón de pelo tras la oreja, sin dejar de mirarla a los ojos y de sonreírle totalmente enternecido.

Elizabeth siguió hablando, contándole de sus tíos y de los quintillizos, que fueron producto de una inseminación artificial, porque su tía siempre había tenido problemas para salir embarazada; que su primo Matthew era un

milagro, porque llegó cuando ya ellos habían perdido toda esperanza y estaban por adoptar.

Le contó que su tía Megan y su padre eran hermanos por parte de padre, y que su tío era primo de su padre, y mil cosas más que confundían un poco a Alexandre, sobre todo con sus primas o tías, las gemelas. Si solo lo decía así, sin mucha explicación, daba a entender que más de un incesto había surgido en la familia, pero entonces le revelaba que su tía Sophia en realidad no era su tía de sangre, sino la mejor amiga de su madre, y que ambas se amaban como si fuesen hermanas.

Sin darse cuenta ya el taxi estaba parado frente a la mansión Garnett, los hombres de seguridad al verla a bordo le concedieron el paso, y el chofer condujo aproximadamente un kilómetro hasta llegar a la residencia.

Elizabeth bajó, y en cuanto le abrieron la puerta principal, Alexandre fue empujado por sus recuerdos a unos cuantos años atrás, cuando llevaba a Luana al jardín de infancia y lo recibía la misma algarabía infantil.

—¡Eli! ¡Eli! ¡Llegó Eli! —Un ejército de niños y niñas se arremolinaron rápidamente junto a Elizabeth, mientras que Alexandre miraba divertido y un tanto aturdido.

—Hola mis niños. ¡Eh, pero qué grandes están! —dijo frotando las cabecitas rubias, y cargó a una de las niñas, a la que empezó a cubrirle la cara de besos.

— *¡Hi!* —Uno de los niños saludó en inglés a Alexandre agitando enérgicamente su manito.

— *Hello, how are you?* —Alexandre también le habló en el inglés, seguro de que el pequeño no comprendía portugués.

— *Very well, thank you. What's your name?* —Empezó a parlotear sobre el viaje y a interrogarlo. Quería saber si era de Río y si era amigo de su prima Elizabeth.

Él dedujo que ser lengua suelta era algo de familia; definitivamente, ninguno sufría de timidez. Respondía una a una la ráfaga de preguntas que ya no venían

de uno, sino de los cinco niños, y no sabía cuál ni a quién contestarle primero.

Elizabeth se quedó atontada viendo a Alexandre hablando inglés, era primera vez que lo hacía delante de ella, y el tono de su voz se tornaba más grave debido a la pronunciación.

En medio de la barricada que formaban los pequeños, Elizabeth logró avanzar y pasar del vestíbulo, para ver cómo su tío Thor venía a su encuentro.

—Permiso Devon... Un minuto Iker. —Elizabeth los hizo a un lado y aprovechó el espacio libre para correr y lanzarse a los brazos de Thor.

Alexandre tragó en seco al ver al hombre rubio que parecía una muralla, tanto por lo alto como por su gran contextura muscular. No podía ignorar que este sí lo intimidaba, unos buenos puñetazos de ese hombre podrían mandar a cualquiera al hospital o quizá dislocarle la mandíbula de un solo golpe.

Empezó a prepararse psicológicamente para la amenaza que estaba a punto de recibir.

—¡Tío, te he extrañado tanto! —chilló emocionada colgada a él—. Ven, tengo que presentarte a mi novio —dijo emocionada tirando de la mano de él, pero si Thor no se movía era como intentar arrastrar una tonelada de acero; sin embargo, él, mansamente se fue con ella—. ¡Y este hombre apuesto es Alex! —dijo haciendo un ademán exagerado hacia él.

—El famoso Alexandre —dijo sonriente, ofreciéndole la mano—.

Bienvenido a la familia.

Alexandre le llevó varios minutos reaccionar ante la buena disposición del hombre, que mandaba al diablo las suposiciones que se había hecho.

—Gracias, es un placer conocerle. Elizabeth habla mucho de usted, dice que es su tío preferido.

—Más vale que lo sea —dijo divertido despeinándola.

—¡Ya tío! —Rio divertida, tratando de apartarse el pelo de la cara y

escapando de las traviesas manos de Thor.

—¿Cómo van las cosas entre ustedes?

—Bien... —Trataba de explicar Alexandre, pero Elizabeth lo interrumpió casi estampándole la mano en la cara del hombre.

—¡Vamos a casarnos!

—¿En serio? Es una buena noticia.

—Sí, queremos casarnos —habló Alexandre—. Aunque sé que todavía no tienen fe en mí, de verdad quiero a Elizabeth.

—Tranquilo, sé cómo te sientes, pasé por situaciones similares... —Desvió la mirada hacia su sobrina—. Cariño, tu tía está loca por verte, ¿por qué no vas con ella? —propuso. Alexandre sabía que ahí venía la amenaza.

—Tío, cuidadito con Alex, ya tiene suficiente con mi papá... —Casi le suplicó.

—Ve tranquila pequeña.

Elizabeth se acercó y le plantó un beso en los labios a Alexandre, lo miró a los ojos y se fue a ver a su tía Megan, siendo seguida por los niños.

—Sé lo que se siente que no tengan fe en tus sentimientos —comentó Thor en un tono más cómplice, mientras miraba directamente a los ojos de Alexandre—. Pasé por toda esa misma mierda, desde los prejuicios porque Megan era mucho menor que yo, hasta que mi querido exsuegro mandara a matarme, y digo matarme en un sentido literal... Esto es algo que nunca le he dicho ni siquiera a mi mujer, pero ese hijo de puta me odiaba tanto que contrató a unos matones e iba a hacer que me estrellara, todo para simular un accidente... Así que tranquilo. —Le palmeó un hombro, sintiendo que el tipo estaba algo tenso—. He hablado de ti con mi padre y con Sophia, también Rachell me contó del fin de semana que tuvieron en São Paulo... Y qué mejor que ver a mi sobrina feliz a tu lado. Así que si de verdad amas a mi princesa tienes mi apoyo. Elizabeth es uno de los tesoros más preciados de esta familia, pero sé que de

verdad vas a valorarla. Ahora, lo que es tu suegro... Es decir, con Sam no lo tendrás nada fácil, ese es un maldito desconfiando que ni en su propia sombra cree...

—¿Podría mandarme a matar? —preguntó solo por curiosidad, no por temor.

—No. —Bufó—. De eso sí estoy seguro, Samuel es un buen tipo, no hará algo como eso, a menos que le hagas daño a Elizabeth; en ese caso te mataría él mismo —dijo socarrón y lo instó a caminar—. Pero sé que no llegarás a esos extremos, así que no tienes de qué preocuparte.

Alexandre caminó al lado de Thor, quien había llegado la noche anterior para celebrar la cena de Navidad junto a su familia.

Lamentablemente Samuel y su familia no podrían llegar sino hasta el treinta, cuando se desocupara de sus obligaciones laborales.

Cuando Alexandre volvió a ver a Elizabeth estaba con su tía Megan, Reinhard y Sophia. Fue bien recibido e invitado a sentar donde trataban de mantener una conversación en la cual él pudiera participar.

Elizabeth volvió a dar la noticia de que iba a casarse, y Reinhard, usando las palabras adecuadas, como solía hacer, dejó claro que en su opinión era muy pronto, pero que si así lo deseaba él les daría su apoyo.

Los niños habían desaparecido, suponía que se los habían llevado las niñeras, por lo que era más fácil mantener un tema de adultos. Hasta que irrumpió en la sala Matthew, quien acababa de llegar de quien sabe dónde con Renato.

Elizabeth chocó la mano de su primo, como lo hacía siempre, dejando anonadados a quienes no entendían cómo lo hacían, pero lo que ninguno sabía era que habían sido meses de práctica para alcanzar la perfección de ese saludo.

Ella le presentó a Alexandre, pero como todo joven, no le daba mucha importancia a eso, no era más que un novio de su prima, un tanto mayor, pero suponía que no diferenciaría mucho de lo que había sido Luck; quizá ya estaba preparado para aceptar que Elizabeth hiciera su propia vida con el hombre

que ella eligiera, y no era tan testarudo como su tío Samuel.

Elizabeth y Alexandre se quedaron hasta después de la cena, compartieron con toda la familia, y fue la oportunidad de Thais para conocer al futuro marido de Elizabeth. La rubia se mostró bastante de acuerdo con la relación, porque particularmente prefería la estabilidad y madurez de un hombre mayor a la inexperiencia e inseguridad de un jovencuelo, que solo vive de flor en flor.

Ian no había sido tan duro con el invitado como lo había sido la última vez, quizá porque estaba preocupado por el paradero de Liam, que seguía sin saberse, luego de la locura que había cometido.

Sin embargo, antes de que pudiera marcharse le recordó cuidar a su sobrina si quería seguir con vida.

—Este sí es capaz de mandarte a asesinar. —Le susurró Thor a Alexandre a modo de broma.

—Ya lo creo —susurró Alexandre, sintiendo que había congeniado con el fortachón.

Reinhard consiguió convencer a Elizabeth de que era mejor que se llevara su auto y no estar esperando por taxis.

Con besos y abrazos se despidió de todos, deseándoles una feliz Navidad y prometiendo volver al día siguiente para cumplir con la invitación que su abuelo le había hecho.

Alexandre también se despidió, no sin antes de que Reinhard le pidiera venir con Elizabeth al día siguiente, y que llevara a su hija y nieto. Él ya había tenido el placer de conocer a la jovencita, cuando Rachell la trajo desde São Paulo y se quedó ahí toda la tarde junto a Violet y Oscar en la piscina, hasta que por la noche ella misma fue a llevarla a Niterói, aunque se regresó con las ganas de conocer a los padres de Alexandre, porque cuando llegó no estaban en casa.

—Me gustaría que para fin de año vinieran también tus padres —dijo el hombre, tratando de conocer no solo al que iba a ser el marido de su adorada

nieta, sino también a su familia. Jamás permitiría que Elizabeth fuera acogida por una familia que no conocía.

Sabía que intentar persuadir a Elizabeth de que dejara a ese hombre era nadar contra la corriente, ella en este momento no veía si no era por él. El enamoramiento no la dejaba pensar con coherencia, y todo aquel que le dijera que ese hombre era malo y no le convenía, automáticamente se convertiría en su enemigo, y antes de embarcarse en una guerra perdida con su nieta, prefería llevarle la corriente y ver por su propia cuenta si ese hombre merecía la pena o no. Por eso le estaba dando un voto de confianza, y realmente deseaba que lo aprovechara y que fuese un buen hombre, porque no deseaba que su pequeña sufriera, mucho menos por amor.

Él, que había vivido una fuerte desilusión amorosa, sabía lo terrible que podía ser, por eso deseaba que Elizabeth tuviera razón y que ese fuese el hombre perfecto para ella.

—Gracias, les haré su invitación e intentaré que la acepten —dijo seguro de que no iba a ser fácil convencerlos, sobre todo a su madre, quien no estaba del todo de acuerdo con la relación; sin embargo, estaba seguro de que ahí estaría con Luana y Jonas, para demostrarle a toda la familia de Elizabeth que sus intenciones con ella eran las mejores.

Desde ese instante estaba preparándose, porque suponía que el encuentro con el padre de ella no sería agradable, pero definitivamente era inevitable, y era mejor afrontar las cosas de una vez por todas.

Subieron al Lamborghini plateado y partieron rumbo a Niterói, donde los esperaba la segunda cena de la noche.

A Alexandre no le quedó la mínima duda de que Elizabeth dominaba muy bien el volante y la velocidad, conducía con excelente maestría y sin atisbo de nervios.

—Pensé que no saldría vivo de esa casa en cuanto vi a Thor, pero admito que me sorprendió su amabilidad —comentó él cuando se detuvieron ante un semáforo y aprovechó para masajearle la nuca. Ella gimió complacida.

—Te dije que era mi mejor tío, es encantador, no se complica por nada...

Sabía que se iban a llevar bien —dijo sonriente.

—Aunque Ian...

—Ese es el amargado de la familia... Y eso, que fue sutil. —Soltó una carcajada—. Creo que no está de ánimos para cuidar mi tesoro entre las piernas, cuando tiene un gran lío formado con su hijo mayor... Esta vez Liam lo hizo en buen momento.

—Por cómo lo dices, parece que está acostumbrado a mandarse más de una mierda. —Alexandre siguió la conversación.

—Lo hace muy a menudo, pero esta sí que fue grave... Realmente no sé cómo va actuar mi tío en cuanto aparezca, si es que lo hace.

—En cambio a Thais no la vi muy preocupada.

—Quizá sabe algo, pero no quiere decir, es su hijo favorito y va a protegerlo con su vida si es preciso.

Siguieron conversando hasta que llegaron a la casa de los padres de Alexandre, donde también compartirían con ellos la cena. Aunque encontrando a Jonas ya rendido.

Habían prometido quedarse a pasar la noche y recibir la Navidad con ellos, para abrir juntos los regalos, por lo que les tocó dormir en la antigua habitación de Alexandre. Donde Arlenne conservaba celosamente todo tal cual su hijo lo había dejado. Cada detalle era un tesoro del que ella había jurado nunca deshacerse.

CAPÍTULO 36

Había pasado siete semanas sin ver a Elizabeth, lucía realmente hermosa con ese vestido blanco. Inevitablemente el corazón de Samuel empezó a saltar desaforado, amenazando con reventarle el pecho debido a la emoción que estalló en su ser.

Se moría por echarse a correr para abrazarla y refugiarse en su calor, darle un beso eterno y robarse el olor de su pelo. Quería decirle: «te he extrañado tanto mi niña, mi pequeña mariposa. Tu papi te sigue amando, más que nada en el mundo». Pero de su boca no salía una palabra y tampoco conseguía moverse.

Estaba ahí parado al lado de Rachell, como si ella lo estuviese obligando a estar presente, pero lo cierto era que estaba totalmente derretido. Todos en la gran sala habían dejado de existir y solo estaba su radiante niña de ojos cristalinos y pelo bonito. Vivía esa misma emoción de cuando la vio por primera vez, y su garganta se inundó en lágrimas, pero se obligó a pasarlas.

—¿Ves mi cielo? Tu chiquita sigue igual de hermosa, no tiene ni un rasguño. La han estado cuidando muy bien. —Le susurró Rachell, mientras le acariciaba la espalda.

Que ella le recordara que alguien más había estado cuidando de su hija volvió a despertar al monstruo de los celos y le hizo consciente de que alguien más la acompañaba, de que su familia ahora era esa que la franqueaba, y que él parecía ya no formar parte de su vida. Se sentía como un pañuelo desechable al que su hija usó mientras crecía, un paño que limpió lágrimas, un paño que la consoló muchas veces, uno que curó heridas y soportó resfriados, uno que siempre se mantuvo firme, que le demostró todo su amor y que ahora ya no necesitaba. Más que tirarlo a la basura lo había echado al olvido, y eso era peor que cualquier cosa.

Elizabeth miraba a su padre embobada, tuvo que esforzarse mucho para no correr a sus brazos en busca del refugio más cálido que pudiera existir.

Recordar que él ya no la veía como a su hija le dio el valor para permanecer en el lugar, y una vez más se le instaló en el pecho ese angustiante dolor de saberse desprotegida del hombre que juró hacerlo hasta su último aliento.

Si no fuera porque Alexandre la tenía agarrada de la mano y se la apretaba

tiernamente, como un gesto que le infundía fuerza, se hubiese echado a correr, habría escapado de la casa de su abuelo para poder llorar libremente por el abandono de su padre.

Alexandre podía sentir la tensión en el ambiente, la postura desafiante de Samuel Garnett era hasta cierto punto intimidante, pero él no era un cobarde e iba a afrontar la situación.

—Debemos saludar —susurró Rachell con una cálida sonrisa, instando a su marido a caminar—. Recuerda lo que te dijo Reinhard.

Samuel estaba atragantándose con su orgullo solo por complacer a su tío, él no quería estar ahí, no le interesaba en absoluto conocer a las personas que le habían robado a su hija; le importaba una mierda si era una familia correcta, si eran honestos. Para él solo eran unos ladrones y punto, y no iba a tolerarlos.

Violet se soltó de la mano de su madre y se echó a correr, prácticamente se estrelló contra Elizabeth, quien la recibió con un fuerte abrazo.

—¡Ay enana! Te he extrañado muchísimo. —La alejó para mirarla los ojos, su salvadora. Su hermanita la había rescatado de una terrible tortura—.

Creo que has crecido mucho más, dentro de poco serás más alta que yo.

—Yo también te extraño mucho Eli, ¿por qué no vuelves a la casa? —preguntó y desvió la mirada a Alexandre—. Tú también puedes venir.

—Eso lo hablaremos después, mejor saluda. —La instó Elizabeth, besándole la mejilla y con un ademán se la presentó a sus suegros—. Mi hermanita Violet, es la chiquita de la familia —dijo con orgullo, mirando más que todo a Guilherme, porque era con quien simpatizaba. Estaba segura de que Arlene había asistido obligada.

—Hola pequeña, ¡qué bonitos ojos tienes!

—Gracias, son como los de mi mami. Usted se parece mucho a Alex, pero con el pelo más corto —comentó sin poder guardarse su opinión.

—Quizá porque es su papá —habló Elizabeth.

—Eso imaginé —dijo sonriente y sonrojada.

—Un placer señor, un placer señora —dijo a la mujer que era muy alta y de pelo rubio.

—Igualmente señorita, eres muy hermosa. —Arlenne le respondió con cariño, sintiendo que sus temores empezaban a mermar, y le parecía buena idea que Guilherme la hubiese obligado a venir, porque de cierta manera, todo parecía ser más serio. Solo esperaba que el amor de Elizabeth por su hijo también lo fuera.

—Hola Luana, ¿es tu hijo? —preguntó con la mirada brillante puesta en el niño, y se moría por tocarle los rizos que parecían estar esponjosos.

—Sí, este es mi Jonas —dijo sonriente—. Dile hola Jonas. —Le pidió al tímido de su hijo—. Dile hola Violet. —Lo instó.

—Hola —susurró y después escondió la cara en el cuello de su madre.

—Es un poco tímido, pero sé que te ganarás su confianza muy rápido —explicó tratando de concentrarse en Violet y no en Oscar, que estaba parado al lado del señor Garnett. Ya con la sola idea de que iba a verlo se había puesto muy nerviosa y todavía no lograba controlar sus emociones, que estaban destrozando su estómago.

Sin poder evitarlo volvió a mirarlo, para descubrir que él seguía con sus ojos puestos en ella; eso no ayudó en nada, por lo que rápidamente le esquivó la mirada.

—Vamos Samuel. —Volvió a pedirle Rachell. Le sujetó la mano e hizo que deprendiera los talones de donde los tenía aferrado. Ella, con una afable sonrisa se acercó, le dio un abrazo a su hija—. Me alegra tanto verte cariño mío.

—Yo también estoy muy feliz de verte ma, extrañaba mucho tus abrazos —dijo apretando el contacto.

Rachell se alejó de Elizabeth y saludó a Alexandre con un beso en la mejilla.

—Qué gusto volver a verte, ¿cómo estás?

—Bien, muy bien señora. El placer es mío —comentó él sonrojado, justo en ese momento llegó a su memoria el bochornoso incidente en que lo había visto desnudo—. Le presento a mis padres, Guilherme y Arlenne —comentó para espantar su vergüenza, e hizo un ademán hacia sus progenitores.

—Es un placer conocerla señora, mi niña la admira mucho —dijo Guilherme con sus ojos grises puestos en los violeta de la mujer; verdaderamente, esos ojos eran fascinantes, era preciosa y elegante. Hasta se sintió estúpido, porque no encontró nada más que decir.

—Papi... —susurró Luana avergonzada.

—Pero ya Luana y yo somos muy buenas amigas, ven aquí cariño. —La llamó Rachell para que se acercara—. Sí que es lindo tu pequeño, mira qué bonito, ¿quieres que te cargue un ratito? —preguntó y sorprendentemente Jonas se fue a sus brazos; definitivamente, quien tenía experiencia con niños se le hacía más fácil.

Arlenne sabía que su marido estaba babeando por la diseñadora, pero estaba segura de que con el marido que tenía jamás le prestaría atención al de ella; sin embargo, más allá de la actitud tan adolescente de Guilherme, la diseñadora parecía ser una mujer bastante modesta y cariñosa.

—Es un placer conocerte finalmente Arlenne —dijo Rachell—. ¿Puedo tutearte?

—Sí, claro. Y el placer es mío, como dijo mi marido... —Se colgó del brazo de Guilherme—, Luana habla tanto de ti, que es como si ya te conociéramos.

Elizabeth suspiró aliviada, porque vio que Arlenne se mostraba amable con su madre. Eso le quitó un gran peso de encima, ya que no quería que sus padres se percataran de que realmente no era para nada querida por su suegra.

Ahora su mayor problema era enfrentar a su padre, quien evidentemente no estaba ahí por gusto. De todos los ahí presentes, era el que se notaba más

tenso; y no podía negar que la angustiaba, porque seguramente no tardaría mucho en hacer uno de sus comentarios mordaces y arruinar todo.

—Sean bienvenidos —habló Samuel, sin poner la vista realmente en ninguno de los visitantes, e hizo un ademán para que avanzaran. No se tomó la molestia de perder su tiempo en presentaciones que realmente no le interesaban, solo se mostraba políticamente correcto.

—Bienvenido —dijo Oscar, ofreciéndole la mano al abuelo de Luana.

Estaba nervioso, pero lo miraba a los ojos en un gesto de valentía.

—Gracias.

—Me llamo Oscar —comentó soltando el firme agarre del hombre.

—Es un placer.

Oscar asintió y siguió con Cobra, todavía no había hecho las paces con él, pero se respetaban y se trataban con cierta distancia.

—Gracias por acompañar a Elizabeth —dijo mirándolo a los ojos.

—No tienes que agradecer, siempre quiero estar a su lado —respondió sin ser muy expresivo, porque bien sabía que Oscar seguía molesto con él.

—Bienvenida señora, es un placer —saludó a la abuela de Luana, quien era una señora bastante atractiva y elegante, realmente no parecía ser madre de Cobra, quien siempre se mostraba menos aplicado en su apariencia.

—Gracias. —Le regaló una sonrisa discreta, pero maravillada con la caballerosidad del jovencito, que parecía una costumbre perdida muchos años atrás.

Oscar trató de disimular al tragar en seco, con un gesto que buscaba valor cuando por fin llegó hasta Luana.

—Hola, me alegra mucho volver a verte —dijo mirándola a los ojos y luchando contra las ganas de saludarla con un beso en la mejilla. Mentiría si

se dijera a sí mismo que no había fantaseado muchas veces con el deseo de volver a sentir su suave piel.

—A mí también. —Fue ella, quien llevada por un gran impulso y porque sabía que era normal le plantó un beso en cada mejilla, aunque tuviese el corazón galopándole en la garganta.

A pesar de que Darel le había roto las ilusiones, quería volver a arriesgarse y sentir todas esas emociones que el amor le brindaba; lo que no sabía era si verdaderamente podría llegar a ser correspondida por Oscar.

Él se espabiló rápidamente antes de que todos se dieran cuenta de que Luana lo tenía ilusionado, caminó junto a ella y en compañía de todos los demás con dirección a la sala principal, donde los esperaban los otros miembros de su familia.

Antes de llegar se podían escuchar las distintas voces de las personas que conversaban y que estaban ahí reunidos para la cena de fin de año, una costumbre que habían mantenido con el pasar del tiempo.

Estaban las gemelas en compañía de sus padres; Thor, su mujer y sus seis hijos, quienes le aportaban más energía de la necesaria a la reunión. También estaban Thais, Ian y Renato; ya que Liam seguía sin aparecer.

Los padres de Thais ese año decidieron pasarlo en Boston, donde vivía su hija menor, quien ese mes se había convertido en madre por tercera vez, y deseaban estar con ella y aprovechar la oportunidad de conocer a su quinto nieto.

Se hicieron las correspondientes presentaciones, y rápidamente Reinhard se sintió conforme con la familia de Alexandre, sobre todo con Guilherme, con quien congenió e iniciaron un tema que los mantuvo entretenidos por largo rato.

Mientras que los quintillizos vieron en Jonas a alguien con quien entretenerse. Estaban encantados con el pequeño e iban y le traía mil y un juguetes, solo para que jugara con ellos.

Luana estaba sentada sobre sus talones en la alfombra, muy pendiente de su hijo y jugando con los demás niños. Violet también le ayudaba a controlar a tantos pequeños.

Para sorpresa de todos, Oscar, quien era poco cariñoso con los primos se unió a la reunión infantil; sin embargo, Alexandre como padre atento, casi no le quitaba la mirada de encima a su hija, porque realmente le parecía muy extraño y le daba mala espina el acercamiento de Oscar.

Samuel había pedido permiso para irse a la cocina, no podía estar cerca del hombre que le había arrebatado a su hija, mucho menos podía presenciar cómo ella se desvivía por él, de lo ennegrecida que estaba.

Sí, sus padres parecían ser personas honestas y educadas, pero bien sabía que el hijo no lo era, no por la manera en que se había robado a su hija, por cómo la manipulaba. Porque estaba seguro de que era él quien manejaba a Elizabeth para que tomara decisiones tan absurdas. Sabía que no podía quedarse toda la vida en la cocina, por lo que inspiró profundamente en busca de valor para regresar a la reunión.

Elizabeth permanecía sentada junto a Alexandre, cuando Hera sacó a relucir el tema del casamiento, justo en el momento en que Samuel se presentaba nuevamente en la sala; ella no lo hizo adrede, porque realmente no podía ver a su primo, que en ese instante estaba detrás suyo.

Los ojos de Samuel se clavaron directamente en su hija, más que todo en la mano donde un puto anillo adornaba su dedo anular. ¿Cómo era que no estaba enterado?, ¿cómo podían golpearlo de esa manera sin piedad?

En esa fracción de segundo todas las esperanzas que tenía de que su hija volviera a casa con su familia se estrellaron aparatosamente en el suelo, dejó de tener dudas, su niña nunca más volvería a su lado, y eso fue un golpe muy duro, demasiado duro para su corazón.

Quiso volver a la cocina, pero no iba a demostrar que prácticamente había muerto en vida; se tragó el nudo de emociones que se le había formado en la garganta y caminó hasta su lugar al lado de Rachell, quien le dedicó una mirada de lástima, con la que lo hizo sentir mucho peor.

Las ganas de hacer algún comentario sobre esa locura se le quedaron atoradas en el pecho y se esforzó solo por mantenerse apacible, para que si su hija lo único que deseaba era hacerle la vida imposible, se diera cuenta de que no le afectaban las tontas decisiones que últimamente estaba tomando.

—Seguimos sin fecha —respondió Elizabeth a la pregunta y su mirada se escapó hacia su padre, pero él estaba totalmente imperturbable, lo que quería decir que la noticia no le sorprendía en absoluto. Quizá ya se lo había dicho su madre o su investigador—. La fijaremos después del carnaval.

—En realidad nos ha sorprendido mucho una decisión tan apresurada —comentó Arlenne, sin poder reservarse su opinión.

—En eso estoy de acuerdo —dijo Rachell.

—Para unirnos en matrimonio solo nos hace falta amarnos, y de eso tenemos suficiente —alegó Elizabeth, quien no tenía ánimos de escuchar las opiniones de los demás sobre las elecciones que Alexandre y ella habían tomado, porque solo ellos eran quienes vivirían la experiencia.

—Muchas veces eso no es suficiente. Para formar una familia más que amor se necesita respeto, comprensión y estabilidad —intervino Samuel, imposible que se quedara callado ante las palabras de su hija.

Él, como era tan analítico, se había dado cuenta de que Elizabeth y la madre de Alexandre no se llevaban bien; aun así, esa muchacha terca no desistía de esa locura, como si no le hubiese enseñado lo importante que era tener dignidad.

—Elizabeth tiene mi respeto, mi comprensión y estoy dispuesto a dar mi vida por ofrecerle estabilidad —dijo con seguridad Alexandre.

—Creo que es un tema un tanto anticuado e inútil el que estamos tratando —comentó Helena, quien era mucho más mordaz—. No veo diferencia entre estar casados y estar viviendo juntos. Les están dando demasiada importancia a un matrimonio... Hoy día se puede anular cualquier compromiso en quince días, no estamos en el siglo veinte, cuando divorciarse era un escándalo y algo inaceptable por la sociedad... —hablaba, ganándose las miradas de los

presentes, más de una no muy conforme, pero eso a ella no le importaba—. Si ellos quieren casarse porque creen que eso reforzará su amor que lo hagan, igual el día que dejen de quererse con buscarse un abogado será suficiente.

Elizabeth le dedicó una mirada de agradecimiento a su prima, porque ella no tenía el valor para decirlo más claro ni más fuerte.

—Estoy de acuerdo con mi pequeña —comunicó Reinhard.

Samuel lo miró como si su tío se hubiese convertido en el peor de los traidores, él actuaba así porque sus hijas no le habían llevado a un infeliz que quisiera robárselas.

—¡Ay sí! ¡Se van a casar! —Celebró Violet emocionada—. ¿Podré participar de la ceremonia? —preguntó con la mirada brillante.

—Claro ratona —dijo Elizabeth sonriente y más relajada. Y la niña empezó a aplaudir.

—¡Qué vivan los novios!

Los quintillizos, que imitaban todo lo que su prima hacía también empezaron a aplaudir; y Jonas, al ver que todos los niños lo hacían se unió, suponiendo que también debía hacerlo, provocando que algunos de los adultos rieran, mientras que otros mantenían el ceño ligeramente fruncido.

Megan, desde la alfombra donde estaba junto a los niños miraba cómplice a su marido, quien sin duda estaba disfrutando del momento, porque sabía que Samuel estaba saboreando la bilis.

—Bueno, deberíamos hacer un brindis —propuso Thor, quien no se complicaba con eso.

Él sabía que sus sobrinas, hermanas e hijas algún día se enamorarían, no iba a cegarse ante la más palpable realidad. En vez de ir en contra de las opiniones y deseos de ellas prefería apoyarlas, y si las cosas salían mal, pues aconsejarlas, brindarles su apoyo y ayudarlas a ponerse nuevamente en pie.

Posiblemente esa era su opinión porque no podía evitar que su esencia de

hombre saliera a flote, y realmente empezaría a preocuparse si sus hijas, hermanas o sobrinas no tuvieran conquistas, hombres o mujeres le daba igual, que gozaran la vida como él también lo había hecho.

—Es buena idea —comentó Reinhard.

Sophia le hizo una seña a una de las mujeres del servicio, que esa noche llevaban su uniforme de gala, para que se acercara a ella.

—Trae champán. —Le pidió en un susurro.

La mujer asintió y se fue en busca del pedido que le hacía la señora de la casa. En pocos minutos varios empleados desfilaron por el salón con bandeja en mano, repartiendo copas de la espumosa y deliciosa bebida, acorde para la celebración.

Reinhard se puso de pie y tras él lo hicieron todos los miembros, algunos a regañadientes, pero no tuvieron opción, debían comportarse y por educación seguir con lo que para ellos era un absurdo.

—Por Alexandre y Elizabeth —anunció Reinhard—. Porque el amor perdure a través de los años, así como el de sus padres, que son el más vivo ejemplo de comprensión, tolerancia, respeto y amor; y que en el momento que lo deseen sean bendecidos con el fruto del amor...

Elizabeth miraba con los ojos brillantes a su abuelo, y no sabía si estaba muy sensible, pero cada una de sus palabras le llegaba al corazón y estaba luchando con sus lágrimas para no ser tan sentimental.

«Gracias *avô*», dijo sin voz al maravilloso hombre que tenía en frente.

—Por el compromiso que han adquirido. Por ustedes. —Levantó su copa y todos lo hicieron.

Elizabeth sabía que lo primero que debía hacer era beber champán, pero solo se giró hacia Alexandre, se puso de putillas y se le colgó del cuello, aferrándose a él y sintiendo que la felicidad no le cabía en el pecho.

Samuel decidió clavar sus pupilas en las puntas de sus zapatos para no tener

que ver eso; definitivamente, su tío lo había mandado a venir solo para torturarlo. De haberlo sabido no se habría subido al puto avión.

No podía sentirse feliz por su hija, no cuando en él solo latía un mal presentimiento. Quizá solo estaba acostumbrado a ver el lado negativo de las cosas y por esa razón siempre estaba predispuesto a lo malo, pero algo le decía que ese hombre iba a lastimar a su hija, lo haría y se estaba quedando sin opciones para poder evitarlo, y no podía más que sentirse totalmente impotente.

Como él no tenía nada que celebrar se dio media vuelta y se marchó, dejando en su camino la copa intacta sobre una de las mesas. Inevitablemente fue el centro de miradas de los que con sonrisas brindaban por la pronta unión.

—Permiso —dijo Ian y se fue tras él, seguro de que también lo seguirían con la mirada, pero no le importaba, solo quería estar con su primo.

—Disculpen a mi marido, todavía no se hace a la idea de que su niña va a casarse —comentó Rachell, forzando una sonrisa—. Solo necesita unos minutos a solas.

—Comprendo, yo no quiero ni pensar cuando llegue algún chico a enamorar a mi pequeñita —dijo Guilherme dirigiendo su mirada hacia Luana—. En cambio, que uno de mis hijos vaya a casarse lo veo como un milagro.

—Ante su comentario muchos rieron—. Ya era hora.

—Sí que lo era. —Sonrió Thais, sintiéndose identificada con el hombre, porque ella también tenía dos varones; y hasta la fecha ninguno le había dado la dicha de convertirla en abuela.

Ian se encontró a Samuel deambulando por el jardín, estaba con las manos metidas en los bolsillos del pantalón blanco que llevaba puesto y con la mirada al cielo, quizás pidiéndole a Dios que a Elizabeth se le pasara el enamoramiento.

—Parece que está aburrida la celebración —comentó para hacerse notar.

—No tengo nada que celebrar —masculló todavía con la voz rota por las ganas de llorar que estaba conteniendo—. No sé para qué Reinhard me hizo venir, mucho menos por qué invitó a esa gente...

—Quizá porque quiere que veas que después de todo no es tan malo el hombre que quiere a tu hija.

—¡No la quiere! —aseguró.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Lo sé y punto, sé que Elizabeth se está encaminando a su desgracia...

—¡Ay, por favor Samuel! —reprochó con aspereza—. No seas dramático, ese hombre se le nota a millas que está loco por Elizabeth. Y puedo asegurar que ella es la que lleva las riendas en esa relación...

—No quiero hablar de esa relación, no es el hombre que ella merece.

—Pero fue del que se enamoró, la gente muy pocas veces se fija en lo que realmente merece... Va por ahí, llevándole la contraria a los preceptos.

—Ian, no quiero hablar del tema, Rachell no hace más que decir lo mismo...

—Porque queremos que entiendas.

—No voy a entender, no importa cómo me lo digan, no les daré la razón... De todas las cosas terribles que imaginé que podrían pasarme, jamás sospeché algo como esto...

—No seas egoísta Samuel, ya estás viejo para todo este circo. Afronta la realidad de una vez por toda... ¡¿Qué esperabas?! ¿Que se quedara a vivir toda la vida contigo? Es absurdo. Tienes que dejar que tus hijos aprendan a defenderse, que se forjen sus propias vidas... Con tantas rabieta que pasas no estás exento de que en cualquier momento te dé un ataque que te mande para el otro mundo, y entonces tus hijos quedarán indefensos, por el simple hecho de que no los dejaste crecer ni afrontar las cosas de la vida.

—No voy a morir... —Intentaba hablar.

—No eres eterno, va a pasar... Mejor piensa en si quieres dejar a unos hijos débiles, que no sabrán qué hacer sin ti o a unos hijos fuertes, que podrán afrontar cualquier tropiezo aunque tú no estés para levantarlos. —Se acercó al ver cómo Samuel se tragaba las lágrimas y le pasó un brazo por encima de los hombros—. Anda, dale un voto de confianza al tipo, ya si se porta mal con la mariposa se lo haremos pagar.

—No lo tolero, no me agrada.

—Bueno, puede que él no te agrade, pero tu hija no tiene la culpa. Debes quererla y comprenderla aun con sus pésimos gustos. Es tu hija Sam y te necesita, no puedes sencillamente dejar de hablarle. Piensa que si algo te pasa le dejarás un gran cargo de conciencia...

—Parece que estás muy interesado en que me joda —reprochó con el ceño fruncido.

—No es eso, es que tienes que ver todas las posibilidades... —Trataba de explicar Ian.

—Pero todas tus posibilidades es que termine jodiéndome.

—Bueno, ya no estamos en los veinte... Si no quieres al marido de tu hija, no tienes que castigarla a ella por eso.

—Solo intento que recapacite.

—Quitándole el habla no lo harás.

—No quiero hablarle porque terminaremos discutiendo, y ya nuestra relación está bastante cuarteada como para seguir sumando grietas.

—Terminan discutiendo porque a ti solo te interesa hablar del hombre con el que está viviendo, y no de ella.

—No es fácil.

—Y si no lo intentas menos lo será, ya deja el orgullo... Hoy es un buen día para hacer las paces con la mariposa traviesa.

—Las cosas no volverán a ser como antes.

—Seguro que no, quizá hasta puedan ser mejores. —Le palmeó el pecho—. Sabes que cuando te doy consejo casi siempre funcionan.

—La vejez te ha hecho más sensible a la hora de dar tu punto de vista.

—Todavía estoy a tiempo se dejarte sin aliento. —Le dijo, dándole un puñetazo en la boca del estómago.

Samuel jadeó ante el dolor y le dio un empujón para alejarlo.

En ese momento apareció Rachell.

—¡A bueno! Bonita hora que escogieron ustedes para jugar —dijo cruzándose de brazos.

—Solo estábamos conversando —dijo Ian caminando hasta ella y le guiñó un ojo—. Piensa en lo que te dije Samuel.

—Lo intentaré.

Rachell se moría por preguntarle de qué estaban hablando, pero no quería parecer una entrometida. Solo suplicaba que Ian estuviera dándole una mano con toda la situación de Elizabeth.

—¿Crees que puedes acompañarnos a cenar?

—Se va a casar —dijo Samuel con un hilo de voz, mirando a los ojos de su mujer.

—Sí, eso parece, pero no por eso dejará de ser nuestra Elizabeth...

Samuel, no importa a dónde vaya ni con quién esté, siempre será nuestra hija, nuestra pequeñita... Eso es algo que nada ni nadie podrá arrebatarnos. Sé...

sé muy bien que te duele dejarla crecer amor, pero ya es hora... Ya es hora —dijo sujetándole la cara y obligándole a que la mirara a los ojos.

A él se le derramaron un par de lágrimas que ella limpió con sus pulgares, después se acercó y lo besó en los labios.

—Todo va a estar bien —dijo abrazándolo.

—Solo quiero que sea feliz.

—Con Alexandre lo es, y te garantizo que fuese muchísimo más feliz si tú aceptaras sus sentimientos.

—No es fácil aceptar a un desconocido en su vida, con Luck era distinto, hubiese preferido al muñeco de porcelana.

—Que no te escuche Luck. —Rio Rachell.

—Sabía qué clase de chico era, de este no sé nada.

—Pero estás a tiempo de conocerlo, ya conoces a su familia, parecen ser buenos, ¿cierto? —Le preguntó, y Samuel asintió—. Conoces su trabajo, sus aficiones, que por cierto, comparten... Tienen muchas cosas en común...

Quizá por eso tu hija se fijó en él.

—Ya estás tomando otro camino. Ese hombre y yo no nos parecemos en nada.

Rachell suspiró, no quería que el «aparente» buen humor que su marido tenía se fuera al diablo.

—Está bien, tú eres único mi vida, irrepetible, eres tan sexi... —dijo con los dientes apretados y le frotaba con energía los hombros, en un claro gesto de provocación—. Como comprenderás, nada ni nadie será mejor que tú.

Pobre de nuestra hija que le tocó conformarse con ese tipo —dijo divertida—.

Es que no dejaste para nadie más Samuel Garnett, eres tan perfecto.

—¿Con todo y mi mal humor? —preguntó bajando la caricia de sus manos por la espalda de su mujer.

—Bueno, algunos muñecos traen desperfectos, pero no por eso voy a devolverlo a la fábrica. —Le chupó los labios—. Vamos a cenar... Y ya que los chicos se van al Reveillon, tú y yo podemos recibir el año de otra manera... Como nos gusta. —Le guiñó un ojo y se mordió el labio.

—Quizás ese sea nuestro ritual y por eso llevamos tantos años enamorados.

—Estoy segurísima de eso.

—Entonces no vamos a romperlo. ¿Qué te parece si nos vamos al Palace y disfrutamos del espectáculo pirotécnico mientras te reafirmo que eres mi mujer? —propuso.

Rachell gimió complacida, como si fuese una gata a la que le hacían mimos.

—Es una idea que no puede ser rechazada, llama para que nos preparen la suite.

Caminaron tomados de la mano de regreso a la casa, donde los estaban esperando para cenar; pero antes de que Samuel llegara al comedor se detuvo para hacer la llamada al hotel.

CAPÍTULO 37

La algarabía en el gran comedor de la mansión Garnett se hacía sentir como muy pocas veces, los quintillizos se encargaban de mantener el ambiente bastante alegre, ya que no paraban de hablar en su idioma natal, llevados por su curiosidad; sin embargo, todos los presentes podían entenderlos y reían ante las ocurrencias de los niños.

Reinhard deseaba que esa felicidad fuese eterna, que sus nietos llenaran de alegría la casa a cada minuto, pero bien sabía que en pocos días el triste silencio volvería a apoderarse de cada rincón de su hogar.

No quería llenarse de melancolía y prefería entregarse por entero a ese momento en que tenía a sus seres queridos reunidos y también a los nuevos integrantes.

Al terminar la cena, los más jóvenes estaban ansiosos por abandonar la casa e irse a Copacabana al Reveillon, mientras que las niñeras y Megan luchaban por llevar a los niños a dormir, quienes tenían más energía que Violet, quien ya estaba dormitando pegada a su padre.

Elizabeth, Helena y Hera se ofrecieron para ayudar a las aturdidas mujeres que intentaban controlar a los cinco tornados; así que cada una cargó uno y los llevaron al segundo piso, donde estaban las habitaciones.

Matt, Renato y Oscar estaban sentados en los escalones de las escaleras que daban a uno de los salones laterales, donde estaba un gran piano de cola blanco y un violonchelo, instrumentos que pertenecían a Hera y Helena, con los que de vez en cuando le brindaban un concierto a su padre, para que viera que había valido la pena tantos años pagados a sus profesores de música.

Desde ahí Oscar miraba constantemente a Luana, se quedaba como tonto, observando cómo le acariciaba los rizos con infinita ternura a su hijo dormido, pero cuando alguien se daba cuenta de su interés esquivaba la mirada y hacía como si nada.

—Es bonita, ¿cierto? —Le codeó Matt y en sus ojos azules brillaba la pillería.

—¿Qué? ¿Quién? —Se hizo el desentendido, pero el sonrojo que se apoderó de él lo dejó en evidencia.

—No te hagas, es evidente que la hijastra de Elizabeth te gusta —comentó Renato.

—¿A mí? —Bufó, tratando de quitar importancia, pero tenía el corazón latiendo a mil—. No, en absoluto, sí es bonita, pero Melissa es más linda y es

mi novia.

—Bueno, si a ti no te interesa —habló Mathew fijando la mirada en la jovencita—. A mí sí, seguro que lo tendré muy fácil; evidentemente, ya no es virgen... Cuando ya han probado lo bueno, es suficiente con que le digas unas cuantas cosas al oído para llevártelas a la cama.

—Matt, desvía tus intenciones a otro lado. —Rugió en un murmullo Oscar—. Su padre es mi amigo... —Sintiéndose repentinamente muy molesto con su primo.

—Y es una fiera, si se entera de que te metes con su niña podría desmayarte de un solo golpe —habló Renato—. Lo vi en una roda y es bastante violento, si quieres seguir manteniendo bonita esa cara... —dijo burlón acariciándole la mejilla—, será mejor que ni la mires.

—¿Y qué piensa cuidar? Además, no tiene porqué enterarse.

—Se enteraría porque yo se lo diría —aseguró Oscar con el ceño fruncido—. Ella será parte de nuestra familia y tienes que respetarla.

—¡Estás celoso! —Rio Matt golpeándole un hombro—. Te gusta y no puedes ocultarlo... No te sientas mal porque te gusten dos chicas al mismo tiempo, yo en este momento tengo cuatro novias, y a todas las quiero por igual.

Renato y Oscar rieron mientras negaban con la cabeza; definitivamente, Matt no tenía remedio.

Samuel aprovechó para llevar a Violet a la cama, porque estaba más dormida que despierta, no quiso obligarla a lavarse los dientes en ese momento, porque sabía que estaba agotada; solo le quitó los zapatos y le dejó el vestido blanco que llevaba puesto.

—Quédate conmigo —pidió ella en un susurro, sujetándole la mano.

—Aquí estoy, no me iré a ninguna parte.

—Pero acuéstate papi —suplicó y rodó en la cama para hacerle espacio.

—Está bien cariño —dijo al tiempo que se acostaba a su lado.

Violet inmediatamente se refugió en él, escondiendo la cara contra el pecho caliente de su padre; a tientas, buscó una de las manos de él y se la llevó al pelo. Samuel sonrió enternecido, sabiendo que ese era un silencioso pedido para que la acariciara.

—Creo que estás muy consentida —susurró él pasando con lentitud las yemas de sus dedos por las sedosas hebras castañas.

—¿Me cantas? —dijo casi sin voz, encantada con los mimos de su padre.

—Cuando caiga la oscuridad y te envuelva. —Empezó a canturrear bajito, sin dejar de lado su caricia. Todavía no lo podía creer, parecía que había sido ayer que cantó por primera vez esa canción a su niña mayor, su pequeña, que cuando lo miró por primera vez le robó el corazón; y ahora estaba haciendo planes para casarse. Debía aprovechar ese instante con Violet, porque que quizás al parpadear ya no la tuviera en sus brazos, sino que la vería correr a los de otro hombre; de manera inevitable la pegó más contra su cuerpo y acercó sus labios hasta rozarle los cabellos—. Cuando te caigas, cuando tengas miedo o estés perdida sé valiente, que yo vendré a sostenerte; cuando toda tu fuerza haya desaparecido y te sientas mal... —Seguía cantando y se tragaba las lágrimas mientras deseaba tener el poder para que sus niñas no crecieran y siguieran siendo sus pequeñas—, como si tu vida se escapara, sígueme, tú puedes seguirme y yo no te abandonaré ahora ni nunca... —Le cantó toda la canción y se quedó muy quieto, sintiendo la respiración tranquila de su pequeña ya rendida.

Seguro de que ya no despertaría se levantó con mucho cuidado, la arropó, encendió el velador y le dio un beso en la frente; caminó a la salida y antes de abandonar la habitación le dedicó una última mirada por esa noche y ese año; apagó la luz y salió.

En ese momento también se abrió la puerta de al lado, era Elizabeth quien salía. Ambos se miraron, y después de varios segundos él encontró el valor para volver a hablarle a su hija.

—¿Cómo estás? —Le preguntó, sin ser demasiado cariñoso pero sí muy

preocupado.

Elizabeth sintió que el corazón le dio una voltereta y las ganas de llorar subieron a su garganta de manera inmediata, sabía que eso era una mezcla de felicidad y nostalgia.

—Bien —respondió y todavía su voz se escuchó clara—. ¿Y tú? —Se ahogó con esa pregunta, pero tragó en seco.

—Sabes que no estoy bien. —Se llevó las manos a los bolsillos y bajó la mirada—. Sin embargo, solo deseo lo mejor para ti. —Emprendió su camino porque no quería quedarse ahí, para que Elizabeth viera sus lágrimas o para no volver a discutir con ella.

—Gra... gracias papá —susurró cuando él pasó a su lado y ella se quedó con las ganas de lanzarse a sus brazos porque él no se detuvo.

—Solo cuídate. —Le pidió cuando se hubo alejado algunos pasos.

—Prometo que lo haré. —Dio su palabra con la barbilla temblándole. No sabía qué le dolía más, si la indiferencia de su padre o ese frío acercamiento.

Hera abrió la puerta de la habitación de enfrente, rescatándola de ese momento tan tortuoso.

«¡Por fin!» dijo sin voz, pero gesticulando exageradamente mientras cerraba —. Pensé que nunca se quedaría dormida. —Exhaló, sintiéndose agotada de la tarea que había sido dormir a Devon.

—Ellos quitan las ganas de tener hijos —comentó Elizabeth tratando de sonreír.

—Sin dudas. A ver si tienes bastante precaución, ya que tienes altas probabilidades de tener gemelos.

Elizabeth se persignó.

—No, todavía no, ni loca... Ni gemelos ni uno.

Hera se rio bajito y la sujetó por un brazo.

—Larguémonos antes de que despierten, no quiero perderme la cuenta regresiva.

—Sí, vamos —dijo Elizabeth caminando con su prima.

En la sala los jóvenes se despidieron con besos y abrazos de los mayores.

Los padres de Alexandre partirían a Niterói, por lo que se unirían a la caravana de autos hasta donde les fuese posible. Luana se moría por ir, pero bien sabía que tenía que cuidar de Jonas, no le quedaba más que mirar y envidiar el entusiasmo de todos los que se embarcaban para ir a disfrutar.

—Pregúntale a tu padre si puedes ir. —La voz de Guilherme sonó tras ella.

Luana lo miró por encima del hombro y se encontró a su abuelo sonriéndole.

—Pero Jonas... —susurró y volvió su mirada a su hijo dormido en sus brazos.

—Sabes que podemos cuidarlo por ti... Es tu compromiso, pero también es bueno que te diviertas de vez en cuando. —Ellos adoraban a su nieta, pero también la hacían responsable por sus acciones, y cuando supieron de su embarazo, le dejaron muy claro que no iban a darle la espalda, que ellos la ayudarían con el niño, pero que principalmente ella sería quien velaría por él.

—Gracias papi —dijo con los ojos brillantes por la emoción, le entregó el niño a su abuelo y corrió con su padre.

—Papá, ¿puedo ir con ustedes? —preguntó con la súplica fijada en las pupilas —. Papi dijo que cuidaría a Jonas.

—Claro que puedes cariño. —Le sujetó la barbilla y le dio un beso en la frente, después caminó hacia sus padres.

—No la descuides. —Le pidió Arlenne—. Sabes que eso es un caos.

—Cuidaré muy bien de ella, es mi hija. —Le recordó de buena gana—.

Jamás la perderé de vista. —Se acercó y le dio un beso a cada uno de sus padres—. Que lo pasen bien, nos vemos mañana para el almuerzo. —Miró a Luana—. Ven a despedirte de tus abuelos.

La chica corrió hacia ellos, los abrazó fuertemente y los besó, prometiéndoles que se portaría muy bien y que no se apartaría ni un segundo de su padre.

Subió a un todoterreno de seis puestos, y para su suerte, le tocó al lado de Oscar; aunque no podía evitar estar muy nerviosa, también iban en el mismo vehículo las gemelas.

Los padres de Elizabeth subieron a otro todoterreno con Renato y Matt. Se despidieron agitando las manos de los que quedaron en casa, y partieron a Copacabana para disfrutar del fin de año.

Unas calles antes ya todo era un caos, por lo que tuvieron que dejar los autos y seguir a pie hasta donde se estaba haciendo la celebración a la orilla de la playa.

El ambiente que se respiraba era de fiesta, de pura energía positiva; no se podía esperar menos cuando se reunían más de cuatro millones de personas locales y turistas en su mayoría vistiendo de blanco, como ya era tradición.

Todo el mundo cantaba y bailaba, no faltaba el que se atravesaba a dar un abrazo, algunos más sobrios que otros, pero todos con la felicidad impregnada en el rostro.

Samuel y Rachell se despidieron de los chicos para irse al Copacabana Palace, que si no fuera porque los Garnett tenían fija una suite allí, jamás habrían podido conseguir una habitación disponible. Fue de conocimiento de todos que ambos iban a recibir el año nuevo de manera bastante animada, por lo que se llevaron algunos comentarios bromistas de Renato y Matt.

Samuel tuvo que reprenderlos para que dejaran de lado sus bromas, pero realmente no consiguió que ellos se intimidaran, así que decidió no hacerles caso; le agarró la mano a su mujer y se fue, haciéndose espacio entre la marea de gente.

Alexandre llevaba por una mano a Elizabeth y por la otra a Luana, mientras buscaban un buen lugar para disfrutar del espectáculo de fuegos artificiales. Sabía que desde el balcón del apartamento podrían apreciar la distracción, pero no se llenarían de la misma energía que desbordaba el público allí reunido.

Se quedaron en un lugar bastante cómodo, cerca de un puesto donde podrían comprar bebidas y algunos aperitivos si lo deseaban, y tenían muy buena vista de la tarima donde se presentaba un grupo de samba que entonaba en ese momento un gran clásico, y el público animadamente le hacía coro.

Elizabeth no dudó en invitar a bailar a su futuro marido, quien con una discreta sonrisa aceptó; enseguida sus cuerpos se unieron y se acoplaron al ritmo, mientras se miraban a los ojos y ella le sonreía.

Una de las gemelas agarró a Matt para bailar y la otra a Renato. Luana y Oscar se quedaron sin saber qué hacer, esquivando las miradas, pero con las ganas latentes de también disfrutar del momento y aprovechar la oportunidad para intimar más.

—¿Sabes bailar? —Le preguntó él, armándose de valor cuando empezó a sonar otra canción.

Luana afirmó con la cabeza, entonces recibió la mano de Oscar y con los nervios totalmente descontrolados se fue a sus brazos.

Alexandre inmediatamente volvió la cabeza hacia su hija y no pensaba quitar su mirada en ningún momento de ella, porque necesitaba asegurarse de que Oscar no iba a pasarse de la raya con su tesoro; Sin embargo, Elizabeth le llevó una mano a la mandíbula y lo obligó a mirarla a ella.

—Así no lo pasará bien. —Le dijo sonriente—. Déjala que se divierta, que no es porque sea mi hermano, pero Oscar es un chico bastante respetuoso. A menos que tú le conozcas una faceta que yo no.

Él suspiró, relajándose un poco, pero de vez en cuando miraba de soslayo; una cosa era que Elizabeth le dijera que se tranquilizara y otra muy distinta que pudiera hacerlo. Su instinto paternal le gritaba que estuviera alerta.

—Si quieres puedes invitar a tus amigos, ¿o debo decir «nuestros»

amigos? —comentó Elizabeth, tratando de tener la atención de Alexandre, para que dejara que su hija se relajara.

—Como prefieras, pero no creo que vengan. Moreira me dijo que estaría con su familia, sobre todo porque quiere hacerle compañía a su hermana y sobrina, ya que es una época bastante difícil para ellas.

—¿Por qué? —Se dejó llevar por la curiosidad.

—La semana pasada se cumplieron dos años de la muerte de su cuñado, era del BOPE y cayó abatido en servicio. Desde ese momento João se ha hecho cargo de ellas y en fechas como estas no las deja solas.

—Qué lamentable —dijo en voz baja—. No quiero imaginar lo difícil que debe haber sido para la hermana de João.

Alexandre se quedó mirándola y sus ojos se volvieron más brillantes debido a las lágrimas que se le acumularon, pero las retuvo estoicamente, porque no era momento para la nostalgia.

—Sé que tú sí —aseguró Elizabeth. Llevó sus manos hasta acunarle el rostro al hombre que amaba y le dejó caer una lluvia de besos en los labios.

Se abrazó a él, rodeándole el cuello con los brazos, y él le envolvió la cintura, pegándola a su cuerpo mientras seguían el ritmo de la música.

Después de esa canción tomaron participación los presentadores del evento para informar que en cinco minutos les darían la bienvenida a un nuevo año, y la algarabía se hizo sentir en medio de gritos y silbidos de júbilo.

Mathew llegó con latas de cervezas para todos, excepto para los menores, a quienes les dio latas de guaraná. Todos estaban pendientes a la tarima, atentos a cómo pasaban los minutos.

Faltando pocos segundos todas las luces se apagaron y la oscuridad arrojó la buena energía y felicidad, enseguida las pantallas en la tarima se encendieron y el conteo regresivo empezó. Un gran diez iluminado en blanco resaltó en el

fondo negro, los presentadores con micrófono en mano empezaron a contar, acompañados por todos los presentes, que volvieron sus miradas hacia la «Princesinha do mar», donde once balsas cargadas con treinta toneladas de pólvora se mecían suavemente por las olas, a la espera de que el año nuevo los sorprendiera.

—Diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco... —contaban a viva voz no solo en Copacabana sino todo el pueblo brasileño, mientras el Cristo en lo alto del Corcovado era iluminado con los colores de la bandera. A los pies del gran insigne también una multitud aguardaba felizmente el comienzo de una nueva etapa—, cuatro, tres, dos, uno. —Los gritos de emoción acompañaron a los primeros estallidos que iluminaron el cielo carioca.

Elizabeth abrazó fuertemente a Alexandre y le plantó varios besos, recibiendo en esa boca y esos brazos un nuevo año, sin olvidar agradecerle infinitamente al que acababa de despedir, porque le había traído a su vida a ese hombre maravilloso.

Todos se abrazaban, conocidos y desconocidos, ricos y pobres, negros y blancos, residentes y extranjeros, todos dejaban de lado prejuicios y rivalidades para demostrar que podían ser solo hermanos, mientras se deseaban cosas buenas al oído.

Oscar abrazó a Luana, lo hizo con mucha pertenencia, aprovechando el momento que le facilitaba la oportunidad, descubriendo que le gustaba mucho cómo se sentía ese cuerpo entre sus brazos. Tenía ganas de quedarse mucho tiempo así, pero Elizabeth requería la atención de la hermosa chica, así que tuvo que dejar de lado el orgullo y darle un abrazo a Alexandre, quien aprovechó para pedirle perdón al oído.

—Ya no importa —dijo él, de nada le valía seguir enemistado con Cobra si estaba siendo aceptado en su familia—, solo tienes que cuidarla.

—Lo haré —dijo palmeándole la espalda.

Elizabeth siguió abrazando a sus seres queridos, mientras que Luana fue a refugiarse a los brazos de su padre, agradecida porque era primera vez que la pasaba sola con él y no en la casa de sus abuelos.

—Te amo mi pequeñita. —Le susurró Alexandre, dándole besos intermitentes en la mejilla—. Te amo —repitió con la voz rota por las emociones—. Perdóname por no ser un buen padre, por todo lo malo...

—Ay papi, has sido muy bueno, siempre lo has sido —confesó apretando con fuerza esa espalda fuerte y calentita. Inevitablemente a su memoria llegaban todas las veces que la había cargado en esa espalda.

—Sabes que no, pude haber sido mejor, estar más a tu lado, tener tu confianza...

—Ya no se puede hacer nada, es cosa del pasado; sin embargo, siempre te he comprendido y te he amado, eres mi papá, mi papi... Y no quiero otro. —Escondió el rostro en su cuello y empezó a llorar, llevada por la felicidad.

—Prometo que este año seré mucho mejor..., que estaré más presente en tu vida. —Alexandre se tragaba las lágrimas y se hacía el fuerte, pero lo cierto era que estaba muy feliz de tener a su hija en los brazos, de tenerla ahí con él, estar compartiendo esos lindos momentos, y deseaba poder tenerla más con él, pero tampoco quería herir a sus padres al quitársela.

Elizabeth abrazaba a otras personas, pero miraba lo bonito que se veía Alexandre tan aferrado a su hija, ambos llorando y amándose como debía ser; inevitablemente a ella también se le arremolinaron las lágrimas en la garganta.

A sus brazos llegaron muchos desconocidos y los recibieron con agrado, mientras el cielo seguía estallando en colores. Las constantes explosiones acompañaban la samba que era como un murmullo que los seguía animando.

Cientos de luces explotaban con sus formas de palmeras en todos los colores iluminando el cielo y creando una espesa nube de pólvora que se posaba sobre la playa.

Los fuegos artificiales se extinguieron media hora después de la llegada del año nuevo, pero la fiesta continuó hasta las tres de la mañana; sin embargo, muchos prolongaron la celebración en otro lado y hasta que los cuerpos aguantaron.

CAPÍTULO 38

Desde la noche del Reveillon las fiestas en Río no paraban, cada fin de semana en cada rincón había algo que celebrar, y con eso el caos se apoderaba de la ciudad, sobre todo para los que no estaban de fiesta y debían cumplir con sus obligaciones laborales, como era el caso de Alexandre y Elizabeth.

Ella estaba con muchas cosas por hacer, entre los ensayos y preparativos del carnaval y sus compromisos en la boutique sentía que iba a enloquecer, jamás había estado tan estresada, y sabía que era por toda la presión que significaba su próxima presentación, porque lo que estaba haciendo en la tienda era lo que hacía todos los días.

Estaba como posesa redactando las etiquetas con las observaciones que enviaría al departamento de diseño de una de las carteras de su nueva colección cuando sintió su teléfono vibrar sobre el escritorio, imaginaba que era Alexandre para avisarle que ya estaba cerca.

No se perdonaría no contestar una de sus llamadas, por lo que respondió inmediatamente, sin dejar de lado lo que estaba haciendo.

—Hola amor —saludó con la mirada fija en la pantalla, sostuvo el teléfono entre la oreja y el hombro para seguir tecleando—. ¿Amor? — Volvió a hablar, pero no recibía respuesta, solo escuchaba una respiración pesada—. Alex, sé que eres tú, ya deja de jugar —reclamó divertida. Al no obtener respuesta se alejó el teléfono de la oreja para mirar al remitente, y se llevó la sorpresa de ver que era un número oculto. Inmediatamente terminó la llamada y devolvió el teléfono al escritorio.

Casi de manera inmediata su teléfono volvió a sonar, posiblemente era la misma persona. Chasqueó los labios en un gesto de molestia y se quedó mirando a la pantalla. Estaba segura de que era Alexandre que quería jugarle una broma, era el único que una vez la llamó y no habló; quizá deseaba recordar viejos tiempos. Ella quiso seguirle la corriente, aunque no fuese el

momento más oportuno, ya que verdaderamente estaba ocupada. Alejó los dedos del teclado y volvió a contestar, pero una vez más, solo sentía una respiración agitada, casi un resoplido.

—Entonces, ¿vas a contestar o no? —preguntó juguetona—. Ya Alex, no te queda el papel de bromista. —Soltó una risita—. Si no hablas voy a colgar... —Se interrumpió abruptamente al ver desde su oficina que Alexandre acababa de entrar a la tienda y no traía el teléfono a la vista, mientras que al otro lado de la línea seguía la incómoda respiración.

Sin decir nada más terminó la llamada y un nudo de nervios se le formó en la boca del estómago. Se quedó con la mirada perdida en Alexandre, vio cómo se acercó a la caja, intercambió algunas palabras con Fabiana, quien le señaló las escaleras.

Alexandre siguió el camino indicado y de pronto el teléfono de su oficina repicó, provocando que se sobresaltara; apenas se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración, exhaló lentamente en busca de calma y contestó.

—Dime Tania.

—El señor Alexandre Nascimento pregunta por ti —habló la chica al otro lado.

—Dile que pase —pidió y colgó.

En segundos la puerta se abrió y Alexandre apareció, ella tenía la certeza de que no había sido él quien la había llamado y que quizá tampoco había sido un número equivocado, porque en ningún momento hablaron para aclarar el malentendido.

—Hola. —Alexandre saludó en su camino hacia ella, pasó hasta detrás del escritorio y le dio un beso en los labios—. Veo que todavía estás ocupada.

—Ya... ya casi termino. —Se obligó a sonreírle, mientras arañaba en su interior un poco de tranquilidad—. ¿Te importa esperar cinco minutos?

—Sabes que por ti puedo esperar una eternidad; por cierto, tuve que dejar la moto a tres calles...

—Sí, es que la vía está cerrada por el *bloco*, que ya no debe tardar en presentarse —comentó y miró una vez más su teléfono, temiendo que volvieran a llamar—. Siéntate amor. —Le pidió, haciendo un ademán a la silla—. Si quieres puedes traerla aquí, así estaremos más cerquita —dijo mimosa, tratando de esconder su temor.

Alexandre agarró la silla, la puso a su lado y se sentó, quedándose en silencio para no desconcentrarla, pero notaba cómo ella miraba a cada segundo su teléfono, temblaba ligeramente y se equivocaba mucho al escribir; casi no podía redactar una frase sin cometer algún error, lo que era verdaderamente extraño, ya que la había visto manejar perfectamente el teclado.

—¿Qué sucede *moça*? —preguntó, llevándole una mano al trapecio y percatándose de que estaba bastante tensa.

—Nada...

—Sé que algo te preocupa.

—Es que... tengo que terminar esto y no logro concentrarme —respondió y volvía a mirar el teléfono.

—Entonces será mejor que te espere abajo, quizá sea por mí que no logras terminar —comentó dejando de lado su suave masaje.

—No, no es por ti amor, quédate —dijo reteniéndolo por la mano con la que la estaba mimando.

—Entonces sí te pasa algo. ¿Quieres contarme?, sabes que puedes confiar en mí.

—Lo sé. —Resopló para drenar los nervios y no mostrarse tan descontrolada delante de él, como en realidad se sentía—. Está bien, te lo diré... Es que justo antes de que llegaras me llamaron, contesté sin mirar porque imaginé que eras tú...

—Yo no fui —interrumpió.

—Lo sé, pero no sé quién lo hizo, porque quien quiera que haya llamado no me contestó. Pensé que eras tú que querías jugarme una broma, pero por más que hablé no me dio respuesta. Solo..., solo percibía su respiración.

—Déjame ver el número —pidió extendiendo la mano para que le prestara el teléfono.

—Estaba oculto, no puedo verlo, ya lo intenté —explicó con las pupilas moviéndose rápidamente por los nervios.

—Préstame tu teléfono por favor, sé cómo dar con el número. —Volvió a decir con la mano extendida, entonces Elizabeth agarró el aparato y lo puso en la mano de Alexandre, quien ya se sabía el código de desbloqueo, porque ella se lo había dicho, así como ella se sabía el de él.

Alexandre empezó a revisarlo, se metió en configuración, seguido a las llamadas y otras tantas aplicaciones más, hasta que dio con el número.

—Aquí está, este es el número. —Le mostró la pantalla.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó anonadada.

—Estudié para resolver algunas cosas como estas... ¿Conoces el número?

—Le preguntó.

Elizabeth lo miró y lo miró por casi un minuto, tratando de recordar si alguna vez alguien le había dado esos dígitos, pero no, realmente no lo recordaba, no tenía la mínima idea, por lo que negó con la cabeza.

—Entonces lo llamaremos. —Sacó su teléfono del bolsillo de su vaquero.

—Alex, no es necesario, no le demos importancia. —Casi suplicó.

—Alguien que no conoces tiene tu número y evidentemente te está molestando, entonces es necesario saber de quién se trata —comentó y empezó a marcar en su teléfono, pero no contó con la suerte de resolver la incógnita, porque tenía

las llamadas entrantes restringidas—. No recibe llamadas. —Eso verdaderamente le preocupaba, porque evidentemente no era alguien que se había equivocado—. Seguro que es el maldito de Wagner — siseó llevado por la rabia.

—No amor, realmente no lo creo... Wagner está un tanto resentido conmigo. ¿Te parece si intentamos desde este teléfono? —propuso agarrando el de la oficina.

—No, no quiero que te expongas... Debes tener cuidado Elizabeth, no quiero que vuelvas a contestar llamadas de números desconocidos, mucho menos ocultos. Si no es alguien que pretende jugarle una broma pesada puede ser una extorsión... Voy a rastrear este número desde un programa y daremos con el dueño.

—No me tranquiliza nada lo que dijiste —masculló con el corazón golpeteando fuertemente contra su pecho.

—Lo sé cariño, pero necesito que estés atenta, lo único que tienes que hacer es no contestar llamadas que no sean de tus contactos.

—Es que no suelo hacerlo, no contesto a desconocidos, lo hice sin mirar...

—Lo haces Elizabeth, te recuerdo que a mí también me atendiste una llamada...

—Era de madrugada y estaba más dormida que despierta. —Se excusó, exhaló ruidosamente y volvió la mirada a la pantalla—. Creo que es mejor que vayamos a casa, ya después terminaré esto... Estoy algo estresada por el desfile —dijo cerrando el documento en el que trabajaba.

—Lo sé, será mejor que descanses. La idea es que disfrutes esto, no que te preocupes.

—Lo estoy disfrutando, pero también estoy nerviosa, no puedo evitarlo.

—Apagó el ordenador, agarró el teléfono que Alexandre le devolvió y lo guardó en su cartera.

Elizabeth se despidió de su secretaria y de los demás trabajadores que se encontró en su camino hacia la puerta, salió de la boutique tomada de la mano de Alexandre e inmediatamente el bullicio proveniente de unas calles más abajo se hizo sentir.

—¿Es Monobloco? —preguntó Elizabeth, casi segura de que reconocía la banda.

—Sí, estaba programado para hoy —comentó Alexandre—. ¿Quieres ir a ver?
—Más que una pregunta era una propuesta. Posiblemente eso le ayudaría a distraerse un poco y dejar de lado tanto estrés por el desfile.

—¡Me encantaría! —exclamó con la mirada brillante y una gran sonrisa de emoción.

—Asegura tu cartera. —Le recomendó—. O mejor dámela.

—¿Estás seguro? —preguntó divertida.

—Sí, no hay problema. Cargarla no me hará menos hombre ni creará conflictos en mi sexualidad... Pero si lo pones en duda en cuanto lleguemos a casa puedo comprobarte que sigo con las mismas mañas —dijo todo picarón y le guiñó un ojo.

—Definitivamente, voy a querer comprobarlo. —Jamás desaprovecharía la oportunidad de tener sexo con su marido.

Alexandre negó con la cabeza mientras sonreía, se colgó la cartera en el hombro derecho y con la mano izquierda entrelazó sus dedos a los de ella; emprendieron el camino, él siempre del lado de la calle, aunque no había tráfico vehicular él seguía siendo su escudo.

Cientos de personas ingeniosamente disfrazadas iban y venían llenando las calles, todos derrochando felicidad, cantando, bailando, bebiendo, comiendo. La fiesta se llevaba a lo grande, y ellos la disfrutaban sin reparos.

La mayoría de los hombres que no estaban disfrazados solo llevaban bermudas o zungas y Havaianas, exponiendo sus perfectas y musculosas figuras

bronceadas, producto de ese culto al cuerpo que gobernaba en Río.

Las mujeres con sus cortísimos pantalones *jeans* exponían las torneadas piernas y los generosos culos, dejando claro porqué eran los envidiados en el mundo entero; acompañaban a su atuendo la diminuta parte de arriba del bikini y las sandalias.

Empezaron a mezclarse entre la multitud, y Elizabeth, que bailaba hasta con su sombra, no podía contener el cuerpo, por lo que empezó a moverse al ritmo de la música. Rápidamente se integraron a un grupo de hombres disfrazados de avispas, que se divertían de lo lindo.

Desde ahí ya se podía ver el gran camión que tenía en la tarima superior a la banda, que en ese momento se tomaba un descanso y ponían un repertorio de música variada que la gente cantaba y bailaba.

La avenida era ocupada por el camión que le daba vida a la fiesta, mientras que abajo, algunos personajes famosos del mundo del espectáculo bailaban disfrazados y compartían con la multitud, también siendo acompañados por reporteros que transmitían en vivo el popularmente conocido carnaval callejero o *blocos*.

Elizabeth estaba rodeada de marineros, curas, monjas, unicornios, sirenas, tritones y un sinfín de personalidades más, que brincaban y cantaban a viva voz mientras ella los acompañaba; imposible no seguir los mandatos de su alma fiestera.

Agradeció a una mujer algo mayor que le regaló una corona de flores blancas, y ella sin dudarlo se la puso, mientras Alexandre era abordado por un preservativo gigante, que tenía rotulado al frente: Sem camisinha não dá, y le entregaba un par de cajitas de condones.

Él sabía que no los utilizaría; sin embargo, no rechazó la iniciativa de la campaña, agarró el par de paquetes y los guardó en uno de los bolsillos traseros de sus vaqueros.

Un grito general de emoción se hizo sentir cuando el ritmo fue cambiado a *funk*, con una de las canciones más populares del año.

Los cuerpos empezaron a desatarse y ser llevados por el ritmo que animaba el lugar, sobre todo las mujeres que tenían la oportunidad de demostrar cuánta habilidad poseían para mover sus figuras, en especial sus caderas y trasero, que se convertía en una gran expresión bastante sexual.

Elizabeth, que seguía bastante animada, junto a dos de las monjas siguió bailando, derrochando toda la pasión que sentía por el baile y toda una vida de constante práctica.

Apoyó las manos en sus rodillas, dejando al descubierto una de sus musculosas piernas, debido a la falda larga cruzada que llevaba puesta, la cual se abrió ante su sugerente posición.

Se dejó llevar por la cadencia de la música, sacudiendo el trasero con movimientos perfectos y sincronizados; rápidamente las tres pasaron a ser centro de atención de los hombres y hasta de las mujeres que las rodeaban, no eran las únicas que derrochaban sensualidad y sexualidad a la hora de bailar, a pocos metros más chicas disfrutaban el momento con la misma intensidad.

Sus compañeros también disfrutaban del baile, por lo que ella estaba muy unida a su marido; su idea no era alimentar las vistas morbosas de otros sino disfrutar de la música, y si tenía que incitar un tanto de perversión quería hacerlo en su hombre.

Más de un turista se quedaba boquiabierto mirando la destreza de las chicas, quienes se reían, cantaban y lo pasaban muy bien.

Elizabeth se puso de cara a Alexandre, se pegó a su cuerpo y siguió bailando, mientras que él le llevaba el ritmo con menos entusiasmo y con las manos en las caderas, perdiéndose en la mirada de ella, prometiéndose en silencio que en unos minutos iban a pasarlo mucho mejor.

Bajo un cielo verde y rosado, cientos de personas estaban tomados de las manos, con los corazones latiendo lentamente y las esperanzas en el punto más alto, mirando a la pantalla, a la espera de los resultados; vibrando ante un mismo sentimiento.

Elizabeth nunca había estado tan nerviosa en su vida, ni siquiera el pasado lunes cuando tuvo el tan anhelado desfile, en el que se entregó en cuerpo y alma a Mangueira, demostrándole a Brasil de qué madera estaba hecha.

Derrochó energía y carisma en cada paso que transitó por un sambódromo repleto, pero todo eso también fue gracias a la energía que tanto el público como los demás participantes desbordaron y que la contagiaron, haciendo que sus nervios se hicieran polvo.

Ahora todos estaban ansiosos y temerosos, el momento más importante de una escuela de samba después de haber participado en el carnaval era ese, cuando darían los resultados de las puntuaciones.

Elizabeth apretaba fuertemente la mano de su compañero al lado derecho y de otra *passista* al lado izquierdo, mientras seguía con los ojos cerrados, porque le daba pánico mirar a la pantalla; pero escuchaba muy atenta, así como todos se mantenían en silencio y con las respiraciones agitadas por la adrenalina contenida.

—En la decimosegunda posición, con doscientos sesenta y cinco puntos queda Mocidade. —Elizabeth apretó más las manos de sus compañeros, exhaló lentamente por la boca y volvió a inhalar por la nariz mientras seguía escuchando—. El décimo primer lugar, con doscientos sesenta y cinco punto ochenta es para Estácio de Sá. —Volvió a tomar aire y sus manos sudadas empezaron a temblar, emocionada porque todavía existía la posibilidad de quedar dentro de las mejores seis—. El décimo lugar es para la escuela São Clemente, con doscientos sesenta y seis punto cincuenta.

—¡Vamos Mangueira! —gritó uno de los presentes reunidos, eso ayudó a que los nervios no los consumiera y los llenara de más energía.

—Noveno lugar, con doscientos sesenta y siete punto ochenta es para Vila Isabel.

Realmente no querían escuchar el nombre de Mangueira todavía, suplicaban porque todavía no la nombraran.

—Octavo lugar se lo lleva União da Ilha, con doscientos sesenta y siete punto

noventa... Séptimo lugar, con una puntuación de doscientos sesenta y ocho punto setenta es para Imperatriz.

Un grito ensordeció el lugar, pero no se soltaron de las manos, siguieron muy unidos y felices, porque por lo menos Mangueria seguía entre las seis mejores.

—Ahora sí, a partir de este momento nos quedamos con las mejores seis escuelas, las que tienen la oportunidad de participar en el segundo desfile, ya no queda dudas damas y caballeros, las que restan son las mejores de Río —hablaba con mucha energía la mujer que daba los resultados—. El sexto lugar, con doscientos sesenta y nueve punto veinte lo obtiene Salgueiro.

Un jadeo de emoción se dejó escuchar, Elizabeth tenía un nudo de nervios destrozándole la boca del estómago y casi no podía respirar.

—El quinto lugar... Son las mejores cinco, y este merecido puesto se lo lleva, con doscientos sesenta y nueve punto treinta Portela... Cuarto lugar con una maravillosa puntuación de doscientos sesenta y nueve punto cincuenta es para Unidos da Tijuca.

Ya Elizabeth estaba que lloraba y muy agradecida por toda esa experiencia que estaba viviendo, pero todavía no quería que nombraran a su escuela.

—Tercer lugar se lo lleva una escuela que lleva muchos años dándonos alegrías, una escuela que tiene mucha historia por contar...

El miedo en todos se hizo más intenso y también los golpeó algo de tristeza, porque una de las escuelas con más historia era Mangueria, y sentían que estaban a segundos de perder el campeonato.

—Con la impresionante puntuación de doscientos setenta y nueve punto setenta es para... ¡Grande Rio! —Otro grito de alivio se dejó escuchar y siguieron tomados de manos, como un ritual que no podían romper.

—El segundo lugar, con doscientos sesenta y nueve punto ochenta y dos es para... —Todos contuvieron el aliento, porque al nombrar a la segunda, ya tendrían claro cuál sería la ganadora—. ¡Beija-Flor!

El grito de felicidad ensordeció el lugar, todos estallaron en vítores, empezaron a brincar, a abrazarse, llorar, cantar.

—¡Campeones! ¡Somos campeones! —coreaban en medio del furor, mientras en la pantalla anunciaban que el primer puesto era para Mangueira, con doscientos ochenta punto noventa y tres.

La fiesta se desató y no pararía hasta que tuvieran que volver a desfilar el próximo sábado.

Elizabeth fue sorprendida en la escuela por Alexandre y Luana, no tenía idea de que él la llevaría, y adoraba que empezara a tener la iniciativa de involucrar más a su hija sin que ella se lo pidiera.

En los brazos de ellos lloró de felicidad, apenas lo podía creer, su escuela había resultado campeona; ahora debían prepararse para el desfile final, al cual le pondría la misma pasión que cuando lo hizo la primera vez el lunes pasado.

CAPÍTULO 39

Las calles de la ciudad seguían repletas, sobre todo las de la zona sur de la ciudad; algunos celebraban porque la escuela de samba Mangueira había resultado campeona, otros celebraban porque sí, porque todavía quedaban unos cuantos días de carnaval y debían aprovechar la fiesta más grande del mundo para pasarlo bien.

Tres hombres extremadamente guapos y de cuerpos tentadores, con latas de

cerveza en mano y vistiendo solo bermudas y Havaianas bailaban mezclados con la multitud que se concentraba para disfrutar de la presentación del Bloco da Favorita en Copacabana; ellos mantenían una camaradería y miraban en derredor, en busca de una presa que cayera ante los encantos que estudiadamente derrochaban.

Se ganaban muchas miradas, tanto de hombres como de mujeres, era de esperarse debido a su físico perfecto y a que sabían jugar muy bien con la seducción, pero hasta el momento no encontraban a chicas con el perfil que encajara entre las que buscaban.

Seguro de que en ese punto ya llevaban media hora sin hallar nada, avanzaron sin dejar de bailar, rozando su cuerpo contra el de las demás personas, tratando de pasar lo más desapercibidos posibles.

Disfrutaban del carnaval y también se camuflaban, varios metros después se detuvieron cerca de un grupo de turistas, eran cuatro mujeres, lo cual les resultó fabuloso; se pusieron muy cerca de ellas y como los perfectos anzuelos que eran empezaron a tentarlas.

Las cuatro chicas, tres rubias y una pelirroja con la cara repleta de pecas miraban de vez en cuando a los apuestos hombres que estaban junto a ellas.

Trataban de disimular sus miradas que se paseaban por esos cuerpos musculosos, embobadas con esos movimientos sensualmente latinos.

Eran altos, todos de piel clara y de belleza extraordinaria, ninguno de los tres llegaba a los treinta años; ellas estaban en los tempranos veinte y con muchas ganas de disfrutar la vida, por eso habían venido desde tan lejos a los mejores carnavales del mundo.

Una de las rubias estaba fumando y fue el momento perfecto para el acercamiento, uno de ellos sacó un cigarrillo, se lo llevó a los labios y se tanteó los bolsillos de la bermuda en busca de un inexistente encendedor, que bien sabía no poseía.

Guiñó un ojo a sus compañeros y sin dejar de contonear su cuerpo, como si fuese el pecado andante avanzó hasta donde estaba el grupo de chicas, con la

mirada puesta en la que estaba fumando.

—¿Tienes fuego preciosa? —Le preguntó acercándose demasiado a ella, quien definitivamente no entendió lo que le dijo, así que recurrió a otro idioma—. *Fire please?* —pidió en inglés.

La joven sonrió al entender la solicitud del apuesto hombre de porte musculoso, piel clara, pelo negro, ojos azules y una sonrisa ladina muy coqueta.

—Sí —respondió en su idioma, le ofreció su cigarrillo encendido y se quedó observando cómo él prendía el suyo.

—Gracias, además de hermosa eres amable —elogió llevando la conversación en inglés y devolviéndole el cigarro al tiempo que expulsaba el humo de la primera calada—. ¿Andan juntas? —preguntó y se percató de que esos ojos verdes estaban mirándolo con mucho interés, sobre todo cuando se la pilló con las pupilas paseándose disimuladamente por su pecho.

—Sí —respondió con una sonrisa nerviosa de una inexperta coquetería, e intentaba bailar, pero ese hombre moviendo su cuerpo frente a ella la descontrolaba.

—¿De dónde son? —Siguió muy interesado.

—Nueva Zelanda.

—¡Neozelandesa! —Fingió impresionarse gratamente y miró a sus compañeros, quienes también lo vieron cómplice, les informó con una seña casi imperceptible pero que ya tenían estudiada que era momento de que entraran al juego.

—Adriano, ¿nos vamos? —Se acercó uno de ellos.

—No, espera... Ven aquí, te presento a mi amiga, es de Nueva Zelanda — dijo halándolo por un brazo, mientras las otras chicas miraban muy atentas.

—Hola, me llamo Oliver —saludó tendiéndole la mano.

—Hola, Gerdiene —dijo ella con una sonrisa recibiendo el saludo.

—¿Te ha gustado la *Cidade maravilhosa*? —preguntó mezclando intencionalmente inglés y portugués.

—Sí, mucho... Es muy bonita y caliente —dijo abanicándose.

—Como todo en Río, todo es caliente —dijo con doble sentido.

Sin que se dieran cuenta en pocos minutos ya estaban los tres instalados hablando con ellas, bailando, seduciéndolas y compartiendo cervezas.

Eran los perfectos leones disfrazados de ovejas y habían entrado a un rebaño perfecto, en el que podían camuflarse. Tenían a las chicas muy entretenidas, se dieron cuenta de que serían presas fáciles cuando Oliver consiguió besar a la pelirroja y esta le respondió con desmedido entusiasmo.

No se apresuraron por proponerles ir a otro lado, prefirieron seguir amansándolas

con

bebidas

alcohólicas,

las

cuales

mezclaban

intencionalmente para que surgiera efecto más rápido. Y le daban desde champán hasta caipirinhas.

Ya cuando les propusieron llevar la fiesta a un lugar más privado ellas ni siquiera dudaron, las muy ingenuas y excitadas chicas los siguieron varias calles, ellos siempre tratando de mezclarse entre la gente para no levantar sospechas, y ellas, sin saber que iban camino a un profundo precipicio.

Subieron al auto que ellos llevaron, hasta tuvieron que sentarse en sus piernas para poder entrar todos, pero como estaban tan deslumbradas por los apuestos hombres, con los que ya habían compartido intensos besos, no vieron inconveniente alguno en acompañarlos a donde ellos quisieran.

Solo para que ellas no se sintieran extrañadas ni el ambiente se tensara pusieron música electrónica y siguieron de muy buen ánimo, así emprendieron el camino, mientras cantaban, reían y hasta compraron más bebidas.

Casi cuarenta minutos les tomó llegar hasta su destino, una hermosa mansión en un risco, que daba a la playa Joatinga. La atractiva estructura de dos pisos, de madera, parecía ser un gran barco ensamblado en la gran piedra de granito.

Al entrar, a pesar de los grados de alcohol en su sangre y la excitación despertando la adrenalina se encontraron con un amplio salón que tenía unas vistas panorámicas hacia la playa.

—Es privada, en un rato podremos bajar a pasarlo bien —dijo uno de ellos, abrazándola por detrás y besándole el cuello.

Llevada por el alcohol se volvió y lo besó con arrebató, disfrutando de las habilidades de la boca de ese hombre.

Gerdiane se paseó por el lugar, en el que predominaba el marrón de la madera y el blanco de los muebles y cortinas, ella miró a la terraza que bordeaba toda la parte de atrás de la casa y que parecía estar suspendida en el rocoso precipicio, inevitablemente el jacuzzi al aire libre le llamó la atención.

—Vamos afuera —dijo tirando de la mano de Adriano, pero él se resistió.

—Todavía no. —Mimoso tiró de ella hasta estrellarla contra su cuerpo.

Bien sabía que no podían salir a la terraza, porque no podían arriesgarse a ser vistos por los vecinos.

La chica soltó una risita y se dejó arrastrar hasta el sofá, donde no dejaron de besarse hasta que quedaron totalmente desnudos y brindándose apasionadas caricias que despertaron la excitación en los demás, que inmediatamente empezaron a imitarlos.

Ricardo, el otro chico de ojos marrones con una espesa y atractiva barba, se llevó a una de las rubias.

—Vamos a buscar provisiones —Caminaron desnudos por la casa y bajaron por las escaleras estilo caracol a la bodega de paredes rocosas, donde había estantería de piso a techo repletas de botellas de vino—. Agarra un par.

Ella obedeció y él también se hizo de dos botellas, después regresaron donde la fiesta estaba bastante ardiente, descorchó y sirvió varias copas.

—Espérame con tus amigas —solicitó con una encantadora sonrisa. Como si fuese un robot al que él había programado ella volvió a obedecer.

Del nudo de cuerpos desnudos una mano recibió la de ella y se la llevó con él, era Adriano quien la involucraba en la escandalosa fiesta sexual; la premió con un arrebatador beso al que no se entregó por completo, ya que estaba asegurándose de que Ricardo pusiera las drogas en las copas.

Ellos se esmeraron lo suficiente para dejarlas totalmente sedientas, así que cuando terminaron la ronda de sexo desenfrenado les ofrecieron el vino para que se refrescaran, prometiéndoles antes de que se quedaran profundamente dormidas que bajarían a la playa.

Muchas horas después, Caitlin, la pelirroja, despertó, sintiéndose totalmente desorientada; no era primera vez que experimentaba esa sensación de que una nube blanca se cruzaba en su memoria y no le permitía tener la certeza de lo

sucedido apenas horas antes, pero bien sabía que se le pasaría.

Parpadeó varias veces hasta aclarar la vista y distinguir el techo rocoso que la cobijaba, lo siguiente de lo que fue consciente fue de su desnudez, y con la certeza de eso a su memoria llegaron imágenes de lo que había pasado con los apuestos hombres que habían conseguido en el carnaval; los recuerdos eran muy rápidos, como los destellos del flash de una cámara que se disparaba consecutivamente.

Se sentó y se sostuvo la cabeza porque de repente se mareó, respiró profundo para calmarse y lentamente soltó el aire, pero entonces fue atacada por unas náuseas casi incontrolables, así que decidió tenderse nuevamente en el suelo donde estaba y cerró los ojos, tratando de calmarse y al mismo tiempo de recordar con mayor claridad lo que había pasado.

Sabía que había tenido sexo, porque sentía incomodidad y cierto dolor en sus zonas íntimas, pero nada distinto con lo que ya no hubiera lidiado anteriormente.

Cuando se sintió más calmada volvió a abrir los ojos, encontrándose nuevamente con el techo rocoso, entonces miró en derredor, a su lado izquierdo estaban sus amigas totalmente rendidas e igualmente desnudas, tiradas en el suelo sin ningún tipo de comodidad.

Las paredes igualmente eran de roca, eso parecía ser una caverna, pero estaba muy bien iluminada y ventilada, a su lado derecho vio estanterías de piso a techo con botellas de vino, entonces tuvo la certeza de que estaban en la bodega de la casa a la que la habían llevado los chicos del carnaval, pero lo que no sabía era cómo habían llegado ahí ni porqué estaban solas y desnudas.

Casi de manera inesperada los latidos se le aceleraron y presintió que algo malo estaba pasando, sin querer alertar a sus compañeras para no crear una situación de pánico innecesaria se levantó y caminó por el lugar, se sentía débil y las plantas de los pies le dolían.

No había mucho espacio en el lugar y la única salida estaba arriba, por lo que aferrándose de la baranda de las escaleras de hierro forjado en forma de caracol muy al estilo victoriano empezó a subir los escalones.

Su corazón ya alterado se le instaló en la garganta, donde los latidos se le mezclaban con las náuseas cuando vio la puerta de hierro cerrada, entonces su presentimiento se hizo más intenso.

Desde dentro no podía abrirse, solo tenía un cerrojo que suponía se podía abrir con una llave, pero no la veía por ningún lado, ni siquiera contaba con una manilla de la cual pudiera tirar.

—¡Hola! —Golpeó la puerta, no hizo mayor ruido porque no era de lata sino de hierro macizo—. ¡Hola! ¿Pueden abrir? —pidió golpeando con las palmas—. Necesito salir...

Por más que llamaba nadie contestaba, ni siquiera podía estar segura de que la escucharan; el miedo se hizo más agudo, un palpito le decía que algo muy malo pasaría, todo su cuerpo empezó a temblar y bajó las escaleras.

—¿Qué sucede? —preguntó una de sus amigas que acababa de despertarse.

—Estamos encerradas, nos han encerrado... —El nervio en su voz era totalmente palpable.

—¿Cómo? ¿Qué dices? —preguntó aturdida y percatándose de que también estaba desnuda; se levantó lo más rápido que el inicial mareo le permitió—. No puede ser... —Sin poder creer en las palabras de su amiga subió las escaleras, golpeó la puerta y llamó a gritos a quien fuera, para que le abriera. Mientras Caitlin trataba de despertar a sus otras dos compañeras.

Rápidamente la desesperación de apoderó de las cuatro y el llanto no se hizo esperar, inútilmente golpeaban la puerta, esperando que alguien les abriera; con el paso de las horas estaban exhaustas y aterradas, ni siquiera podían saber si era de día o de noche, mucho menos tenían idea de en qué parte de Río de Janeiro se encontraban.

Sabían que seguían en la casa porque una de ellas reconocía la bodega, lo que no sabían era dónde demonios estaba ubicada la residencia, en qué sector o barrio; aunque después de todo, eso no tenía mucha importancia, porque no había ninguna vía de escape.

Elizabeth sintió alivio al ver llegar a Alexandre, quien le traía su merienda y un té, mientras ella seguía en manos de la estilista que le ponía las abundantes cortinas de pelo.

—Gracias amor. —Entrompó los labios pidiéndole un beso. Él, que no le gustaba para nada acceder a los deseos de su mujer se lo dio—. Te adoro —dijo mirándolo a los ojos, y después recibió el envase que le entregaba.

Elizabeth se dispuso a comer el queso cottage y la manzana verde troceada que él le había llevado.

Alexandre se sentó, admirando cada cosa que le hacían, pero también con el teléfono en mano, escribiéndole a Luana, a quien había dejado en compañía de Ana y las gemelas, quienes la llevarían al palco donde estaría la familia de Elizabeth. Sabía que su hija era muy bien portada y que sabría adecuarse a la situación y acompañantes.

A pesar de que habían llevado días bastante ajetreados con los desfiles y las celebraciones, él no conseguía sacarse de la cabeza aquella extraña llamada que Elizabeth había recibido, no podía evitar sentirse impotente, porque a pesar de que había rastreado el número, no tenía más que una línea prepaga que cualquiera en cualquier punto del país pudo haber comprado, y después de hacer esa llamada haberse desechado de la tarjeta.

Elizabeth se terminó su merienda y más de una hora después habían terminado con las extensiones y el maquillaje. Él admiraba una vez más la fortaleza y dedicación de su mujer, porque eso no podría soportarlo todo el mundo; de solo mirar ya estaba agotado, no quería imaginar cómo estaba ella.

—Ve a la cápsula de escarcha. —Le pidió la mujer trigueña que se encargaba exclusivamente de la preparación de Elizabeth.

Lo bueno de todo eso era que ya estaba mucho más familiarizada con todo lo que tenía que hacer, porque a pesar de que toda su vida había girado en torno a prepararse para desfiles y sesiones de fotos, con el carnaval había estado más nerviosa que una novata.

Con una coqueta seña de su dedo le pidió a su marido que se acercara, él se levantó y la siguió a la cápsula que estaba tras unas cortinas. Ella se quitó la bata de seda blanca que llevaba puesta y quedó totalmente desnuda delante de él, quien no perdió la oportunidad para comérsela con la mirada.

—Dame un beso. —Casi suplicó, reteniéndola por la mano antes de que entrara al aparato.

Elizabeth quería complacerlo en todos los aspectos, por lo que se acercó a él, se puso de puntillas, lo sujetó por el cuello y lo besó con ardorosa pasión, con total entrega. Alexandre, llevado por las grandes ganas que ella despertaba se colgó de la diminuta cintura y la pegó a su cuerpo, para después bajar su agarre hasta el culo y apretarlo con mucho entusiasmo.

—Ya —dijo ella alejándose todavía en medio de los chupones hambrientos de él—. Detente. —Le dijo divertida y le plantó las manos en el pecho para alejarlo.

—Te amo —dijo él sujetándola por los dedos, por lo que ella dirigió la mirada a su mano; al soltarse se quitó el anillo de compromiso.

—Ya sabes, guárdalo muy bien... Y cuidadito si en las próximas horas se lo das a otra. —Lo amenazó plantándole el anillo en la mano, como lo había hecho ocho días atrás cuando tuvo que quitárselo y dejarlo al cuidado de él.

—Lo cuidaré con mi vida, sabes que jamás existirá otra que lo merezca.

—Empuñó el anillo, sacó el estuche, pues esta vez sí fue preparado, metió el anillo y se lo guardó en el bolsillo del vaquero.

—Eso dices ahora. —Entrecerró los ojos de forma amenazante.

—Lo juro. —Se acercó y le plantó un sonoro beso—. Tendrás que pedir que te retoquen un poco el maquillaje.

—Imagino, ya me dejaste toda chorreada. —Viendo en él las huellas de ese beso que habían compartido—. Te echaré la culpa.

—La asumo —dijo sonriente—. Y ya entra, que después se te hace tarde y

solo me haré responsable por el beso.

Elizabeth entró al aparato, cerró la puerta de cristal, le lanzó un beso y se puso la máscara protectora.

Alexandre pulsó el botón y millones de partículas de brillantina fueron expulsados por propulsión de aire desde las paredes de la cápsula y se pegaban al cuerpo de Elizabeth, un minuto completo duraba la brillante lluvia; después del tiempo programado la máquina liberó un fijador, para evitar que las partículas abandonaran su piel.

Elizabeth salió con el cuerpo destellando en plata y rosa, volvió a ponerse la bata y fue preparada física y mentalmente para la parte más agotadora de todo el proceso.

Tenían que fijarle una a una las mariposas de diferentes tamaños en cristales azul y plata que tenían movimiento y que parecían estar posadas y aleteando sobre ella, haciéndose más evidentes en su pecho, senos y abdomen.

Se puso el bikini de hilo que al frente estaba decorado con cristales de Swarovski, solo esa prenda debía llevar, lo demás eran las mariposas fijadas como una cascada por la parte derecha de su cuerpo, desde su hombro hasta su pubis, se concentraban en mayor cantidad sobre su pecho derecho. La más grande cubría su pezón izquierdo, otras pequeñas adornaban sutilmente sus muslos y parte de sus costados.

Ajustaron a sus brazos las ligas que sostenían la exótica decoración de plumas azules.

Elizabeth hizo un gesto de sufrimiento al ver el pesadísimo tocado, que en la base frontal lucía una gran mariposa de brillantes y detrás de ella surgían las exuberantes plumas, imitación de las del guacamayo azul, extendiéndose como sesenta centímetros por encima.

Lo peor era que la base le maltrataba donde le habían fijado las extensiones de pelo, pero sabía que eran cosas que debía soportar.

Debían darse prisa, porque estaban a pocos minutos de salir. Era su última

presentación en el carnaval y sabía que era una experiencia que jamás olvidaría, se la llevaría a la tumba y se sentiría totalmente realizada.

Se puso las plataformas de brillantes, y entre dos asistentes empezaron a ajustarle los decorados en las pantorrillas. Si el tocado era pesado, el arnés de un material transparente que debía llevar en los hombros y espalda sosteniendo el mayor atractivo de su disfraz era una tortura.

Era un espectáculo de plumas azules y plateadas de tres especies distintas que se alzaban un metro y medio por encima de ella y se extendían a sus lados por un metro. Necesitaba mucha fuerza para poder mantener el equilibrio, pero solo mientras se acostumbraba al peso.

Al estar lista Alexandre volvió a hacerle varias fotos, como si ya no tuviera suficiente, y ella no se negaba a regalarle sus mejores miradas y sonrisas, también sus más sensuales poses, en la medida que el traje se lo permitía.

CAPÍTULO 40

Mangueira fue presentada muy animadamente como la campeona de ese carnaval, y una vez más, debían desfilan y poner el alma en esa presentación, porque era la mejor manera de agradecer a todos los mangueirenses de corazón que los habían apoyado en las buenas y en las malas.

Tenían por delante un desfile de más de una hora, en el cual se presentarían las veintiséis alas, compuestas por tres mil quinientas personas, a las que les latía el corazón con el mismo ritmo.

A pesar de haber escuchado y cantado durante meses esa canción, la entonaban con el mismo entusiasmo de la primera vez, tal vez más, porque habían recibido la mayor recompensa por toda la dedicación que habían puesto a su

presentación.

Una a una las alas y carrozas fueron saliendo para hacer su último recorrido por ese año, pero con la energía en el punto más alto para desde ya empezar a organizar el del año siguiente.

Mangueira se encargó de mostrar al mundo la flora y fauna de Brasil, cada carroza contó con el ingenio de reunir los árboles, flores y animales nacionales, no solo era una figura lo que mostraban, también hacían una denuncia al mostrar cómo estaban acabando con las maravillas con que la naturaleza había bendecido a Brasil.

Mostraban la tala en la selva amazónica y los contrabandistas de especies que sacaban de su hábitat natural a las magníficas criaturas, solo para complacer los caprichos de quienes los exportaban para la creación de prendas de vestir, carteras y zapatos, entre otras cosas.

Elizabeth, a la espera de su turno, mientras avanzaban los demás, observaba cómo el Sambódromo estaba repleto, y ver en las gradas la gran bandera verde y rosa de su escuela provocó que un nudo de lágrimas se le formara en la garganta y cada poro de su piel se erizó.

En minutos inició su recorrido, desde que empezó fue desbordando energía, sonriendo ampliamente, sambando, lanzado besos y guardando en su memoria cada instante; olvidaba lo pesado que era el traje y la tortura del tocado que apretaba más las extensiones.

Cada metro que avanzaba era seguida por Alexandre, quien le sonreía y le tomaba fotos. Ella no había descansado hasta conseguir la credencial para que él la acompañara en todo momento, y ahí estaba, como si fuese su sombra.

El corazón le latía muy rápido, más que por agotamiento de felicidad, y lo que sentía se reflejaba en su rostro y era captado por los corresponsales de prensa de todo el mundo, que con precaución se atravesaban ante ella, dejándole espacio de aproximadamente un metro, mientras la fotografiaban o la mandaban a través de alguna señal en vivo.

Sin embargo, Elizabeth no descuidaba al público, les lanzaba besos, les

sonreía y les brindaba toda su energía con su samba. Disfrutaba del público y de sus compañeros, intercambia miradas y sonrisas con todos los que la rodeaban.

La mariposa era un espectáculo azul y plateado que cautivaba miradas por su impresionante belleza, condición física y destreza en la samba. Por ser una celebridad ponía los ojos del mundo sobre ella, aunque la favorita sin duda alguna era la reina, que muy merecido se lo tenía, porque disfrazada de jaguar era una verdadera fiera sensual.

Desde uno de los palcos del Sambódromo la familia de Elizabeth admiraba el espectáculo que ella estaba ofreciendo, muchos no habían podido verla en el desfile anterior, porque habían estado en una carroza que salió antes que el ala de las *passistas*.

Entre ellos Samuel, quien en ese momento estaba con el corazón golpeteándole fuertemente contra el pecho. Ya había visto en los diarios el disfraz que había usado Elizabeth, aunque no había estado en absoluto de acuerdo no podía negar que más allá de lo sexual, ojos con los que él no podía verla, lucía preciosa, estaba radiante y jamás habría imaginado que su pequeña desbordara tanta alegría y energía.

Ella había luchado por ese sueño, aunque él se opusiera hasta último momento, lo que demostraba que Elizabeth estaba dispuesta a alcanzar sus metas por encima de cualquier obstáculo, como irónicamente él se lo había pedido siempre; entonces comprendió que él mismo le estaba haciendo la vida más complicada a su hermosa pequeña, porque había sido esa piedra difícil de mover.

Reinhard, que ya la había visto volvía a sentir las lágrimas al filo de los párpados; inevitablemente sus recuerdos lo llevaban a muchos años atrás, cuando sintió el mismo orgullo, la misma emoción al ver a su hermana entregarse con la misma pasión al desfile. Ver a su nieta era ver a su hermanita, y deseaba tanto poder retroceder en el tiempo y habérsela llevado ese día para que no le hubiese dado tiempo al maldito de Henry Brockman de conocerla, o por lo menos, de abordarla.

Miró de soslayo a su sobrino y lo veía tan embelesado que podía jurar que

sentía lo mismo que él, esos ojos mostaza brillaban por las lágrimas contenidas, y el influjo apresurado de ese pecho era porque estaba lleno de gozo.

Para Samuel no existía Sambódromo, solo su hija, era tanto el orgullo que no podía creer que ese ser tan perfecto fuese suyo, parte de su creación y de su amor, no conseguía pensar cómo había hecho para procrear un ser tan hermoso, y le dolía demasiado que estuvieran distanciados, de verdad que le dolía, porque desde que compartieron algunas palabras la noche de año viejo, solo habían sumado unas pocas más, pero no le había dicho que estaba muy arrepentido por haber insinuado que ya no la quería como hija.

Era él quien no la merecía, porque Elizabeth había sido una hija buena, una chica ejemplar, que siempre lo había respetado y querido; él le había dado la espalda, sus celos y temor lo orillaron a hacerlo; sin embargo, en ningún momento ella le faltó el respeto.

Todavía no podía aceptar a ese hombre en su vida, no lo quería para ella, no la merecía. Elizabeth necesitaba a alguien mejor, un hombre que estuviese a la altura de sus aspiraciones, un hombre sin responsabilidades, que la pusiera a ella por encima de cualquier cosa; y ese hombre tenía una hija, una chica con la que Elizabeth jamás podría competir.

Ese tipo no podía amar absolutamente a su hija, porque ya su corazón estaba dividido; sin embargo, Elizabeth seguía siendo su hija, su niña, sin importar las decisiones erróneas que tomara.

A él nunca lo aceptaría, pero a ella le pediría perdón y le diría que a pesar de todo él siempre sería su padre y la amaría con todo su ser hasta su último respiro.

Elizabeth terminó su recorrido, no obstante, se quedó compartiendo con sus compañeros que también habían terminado y que estaban a ambos lados, saludando a las personas.

Muy cerca de ella estaba un jugador de fútbol brasileño, que también era la estrella del equipo de la liga española el Barcelona, también había participado como invitado, pero no habían coincidido hasta ese momento.

Ella quería acercarse para tomarse fotos con él, pero terminó gratamente sorprendida cuando fue él quien le pidió una fotografía. Inmediatamente algunos medios se arremolinaron frente a ellos y dispararon sus flashes sin cesar.

Él le agradeció con un beso en cada mejilla y diciéndole que lucía preciosa e impactante, ella sonreía y le agradecía, sin saber que Alexandre a pocos pasos hervía de celos.

Ambos fueron llamados por el canal que transmitía en vivo el carnaval, subieron al escenario y ahí empezaron a hacerles preguntas exclusivamente referentes al desfile, algo que ella agradeció, porque no deseaba hablar de su relación con Alexandre. Lo que más le gustó fue que en medio de la pequeña entrevista nombraran a su abuela y dijeran que donde quiera que estuviera, debía estar muy orgullosa de ella, porque estuvo a su altura.

El futbolista la tomó de la mano para ayudarla a bajar los pocos escalones del escenario, mientras él seguía tratando de entablar una conversación con ella, que por amabilidad seguía manteniendo.

Elizabeth no estaba enterada de que su futuro marido estaba a punto de hacer combustión espontánea, lo buscó con la mirada y al verlo le hizo señas para que se acercara. Él no quería ir, pero tampoco deseaba mostrarse como un estúpido chiquillo que hiciera un berrinche por celos; así que no le quedó más que tragarse la bilis e ir con ella, porque no se perdonaría hacerle un desplante.

—Mi prometido —dijo Elizabeth presentándolo con la mirada brillante de orgullo.

—Un placer —dijo él saludando al futbolista que era imposible no reconocer. Minutos antes de que estuviera tratando de conquistar a su mujer lo admiraba fervientemente por su desempeño en la cancha, pero ahora quizás haría algo que jamás pensó, se cambiaría de equipo, le iría al Real Madrid o a cualquier otro donde no estuviera el susodicho.

Conversaron por unos minutos solo por mantener la cortesía, después Elizabeth siguió entregada al público y fue a reunirse con sus compañeras,

mientras conversaban y seguían admirando la presentación del resto que saludaba al público.

Alexandre volvió a tomar una distancia prudente y seguía haciendo fotografías, se volvió a mirar al palco donde estaba su hija que era bastante retirado de donde estaba, y se sorprendió de casi estampar su nariz contra Samuel Garnett. Lo primero que se le vino a la mente fue pensar en cómo había llegado a ese lugar.

El hombre le dedicaba esa mirada retadora que siempre le había visto, así que no le pareció para nada extraña su actitud, tampoco le esquivó la mirada, porque no tenía nada que esconder.

—Hablaré con mi hija. —Se dirigió a él con un tono de advertencia, que era como un «no te metas».

—Está bien, la dejaré en sus manos —dijo Alexandre en respuesta.

—De donde te la robaste —acusó con la fría mirada puesta en los ojos grises.

Alexandre no tenía ánimos de discutir, como padre comprendía su posición, pero también estaba seguro de que ese señor era demasiado intransigente, así que se fue a otro lado, ofreciéndole al fiscal una distancia bastante prudente, para que pudiera sentirse a gusto con Elizabeth. Por eso trató de ir a donde la mirada de ella no pudiera encontrarlo, para que no dijera que él estaba de alguna manera influenciando en las palabras que pudieran intercambiar.

Samuel aprovechó la oportunidad para avanzar hasta donde Elizabeth estaba de espaldas a él y de cara al público del ala derecha del Sambódromo; pocos pasos antes de que pudiera abordarla ella se giró y lo vio.

La brillante sonrisa en Elizabeth se congeló al ver a su padre, no sabía si lo que había estallado en ella era emoción o miedo, se quedó paralizada en el lugar, cobijada por un cielo que mostraba las primeras luces de la mañana y con el corazón desbocado, sintiéndose sola en medio de la multitud.

Apenas podía creer que su padre se estaba acercando a ella y no veía el más mínimo atisbo de reproche en su mirada, hasta podía jurar que le estaba

regalando una débil sonrisa.

—Papá. —Fue lo único que se escapó de sus labios, la emoción la hizo olvidar que meses atrás él le había pedido que no lo hiciera.

—Hola cariño —dijo en voz baja y temblorosa, a pesar del bullicio ella pudo escucharlo—. Te ves muy hermosa —admiró el inmenso tocado, que la hacía ver como una gigante y esplendorosa mariposa.

—Gra... gracias —murmuró confundida, porque estaba segura de que su padre debía odiar esa vestimenta que la dejaba tan expuesta.

—Estoy muy orgulloso de ti...

¿En serio?, ¿su padre acababa de pronunciar esas palabras? Ella no se lo podía creer y a consecuencia el corazón iba a estallarle de la emoción.

—Gracias, traté de dar lo mejor de mí —hablaba con total sinceridad y humildad, jamás podría sentir rencor hacia su padre.

—Estuviste maravillosa mi vida, realmente estoy muy orgulloso de ti, fui un tonto y un... un... —Se mordía las palabras, porque le costaba mucho pedir perdón—, anticuado al juzgar por anticipado tu participación en el carnaval. Ciertamente, muero de celos porque hombres te vean justo como estás ahora, pero tú no tienes culpa de la morbosidad en la mente masculina, no tienes por qué ocultarte, como sea eres preciosa...

—No sé qué decir... —Resopló para no llorar porque arruinaría el maquillaje, y aunque había terminado el desfile debía estar presentable para la prensa.

—No digas nada, solo perdóname... ¿Me perdonas? —preguntó clavando sus ojos ahogados en lágrimas en ella.

—¿Por qué? —Se mostró confundida.

—Por todo, por haberme comportado como tu enemigo, por tratar de limitar tus sueños, por dejarme llevar por la rabia y la desesperación... Y

decirte cosas que jamás podré perdonarme —hablaba con ganas de tocarla, pero no quería incomodarla—. Perdóname por haber sido indiferente a tu felicidad en todo este tiempo, por no haberte hablado.

Elizabeth se moría por abrazarlo, pero sabía que sería casi imposible hacerlo por tanta parafernalia; entonces agarró las manos de su padre y empezó a besarlas, mientras se tragaba las lágrimas.

—No tengo nada que perdonarte papi, te comprendo y te amo... De verdad te amo, no voy a mentir, me dolió mucho tu rechazo, pero eso no fue suficiente para que dejara de amarte, porque eres mi papito, el gran amor de mi vida... Y eso nada ni nadie lo cambiará.

Samuel llevó sus manos a la cara de su hija y la acunó, se acercó y le besó uno de los pómulos.

—Te quiero pequeña, mi pequeña mariposa de corazón puro. —Le susurró con la voz rota por las lágrimas contenidas.

Elizabeth tenía ganas de preguntarle si en ese perdón también estaba la aceptación de Alexandre en su vida, pero prefirió no empañar el momento con imposiciones; quería disfrutar de los mimos que tanto había extrañado.

—Te quiero papi... Te quiero y no te haces una idea de cuánto te extrañé.

—Ella le lanzó los brazos alrededor del cuello, y era como una mariposa que lo arropaba con sus alas, envolviéndolo y escondiéndolo del mundo.

Samuel quedó tapizado por las plumas de su hija, era un tanto incómodo, sin importar que algunas de las mariposas que cubrían su cuerpo se incrustaran en el de él.

—¿Quieres venir con nosotros? —preguntó Samuel mirando a esos ojos bonitos cargados de lágrimas contenidas.

Había llegado el momento, aunque arruinara la armonía que habían creado no podía sencillamente dejar por fuera al hombre que amaba y que tanto la había apoyado.

—¿Alex puede ir conmigo? Sé que no es de tu agrado, que no confías en él...

—Ciertamente, no confío en nada, pero puedes traerlo —masculló hundiéndose en lo más profundo de su ser su orgullo, y solo por su hija aceptaba algo como eso.

—¡Gracias papi! Voy a cambiarme, espérame aquí —pidió.

—Pero si tienes más compromisos podemos esperar.

—No, ya di suficientes entrevistas, ya disfruté mucho del carnaval, ahora quiero estar con mi familia. —Volvió a besar la mejilla de su padre.

—Está bien cariño, no demores, quiero que tu madre vea que hicimos las paces y que también sé recapacitar sobre mis errores.

—Quitar todo esto... —dijo abriéndose de brazos y echándose un vistazo —, llevará unos cuantos minutos, pero prometo darme prisa... Mamá sabe que eres un buen hombre, un poco terco pero muy bueno. —Se acercó y le plantó un beso en los labios.

Buscó con la mirada a Alexandre, pero no lo vio; sin embargo, fue al camión a cambiarse, y desde ahí le marcaría al teléfono, para que la esperara en el palco donde estaba su familia. Se moría por darle la buena noticia.

Samuel se quedó en medio de la algarabía que tenían formada todos los integrantes de Mangueira, cantaban, reían, hasta algunas *passistas* sambaban en torno a él, y si quería mantener sus ojos intactos era mejor no mirar, solo por si acaso Rachell lo estaba viendo desde el palco.

Sentía que su alma pesaba menos y que la fiesta que llevaba por dentro era más grande que la que lo rodeaba, tener a su hija de vuelta era su mayor alivio. Intentaría no persuadirla de que dejara a ese hombre, tomaría los consejos de Ian y le permitiría ser, pero a él no lo aceptaría jamás, y esperaba que por su bien, no le hiciera derramar ni una lágrima a su niña.

Logró verlo por entre la gente, estaba sentado al borde de una de las carrozas, quizás a la espera de Elizabeth para llevársela con él y no permitirle que

compartiera con su familia, pero estaba demente si creía que ella saldría del Sambódromo con él.

Elizabeth entró al gran camión de las *passistas*, donde se cambiarían después del evento, o por lo menos donde se quitarían los atuendos más pesados.

Se lamentó no haber buscado a Alexandre para que le ayudara a quitar todo eso, porque todos estaban celebrando. Intentó quitarse primero las plataformas que la estaban matando, pero al doblarse el peso del tocado casi la hizo irse de boca, por lo que empezó por el arnés que sostenía las alas y el peso volvió a amenazar con llevársela hacia atrás; sin embargo, logró salir airosa y quitarse unos cuantos kilos de encima.

Frente al espejo admiró cómo se quitaría el tocado, después de casi un minuto empezó, sacó algunos ganchos que la hizo jadear de dolor, porque se trajo unos cuantos mechones de pelo.

—Maldito, vas a matarme. —Chilló tirando del tocado, más de diez minutos le llevó quitárselo, entonces sí pudo dejar las plataformas, y descalza caminó por el lugar, buscó en su bolso el teléfono, pero recordó que por seguridad Alexandre lo llevaba con él.

En ese instante sintió a alguien parado detrás de ella, que le pasó un brazo por el cuello, y lo hizo con tanta fuerza como para inmovilizarla; no obstante, en medio de la sorpresa y la adrenalina que estalló enseguida pateó, pero realmente no podía con su agresor; apoyó sus pies en el suelo, buscando impulso para girarse o codear en las costillas, logró con éxito acertar y hacer jadear a su atacante.

Más no pudo hacer, porque lo próximo que sintió fue una fuerte descarga eléctrica en su cuello, y un crujido inundó sus oídos, seguido de un lacerante dolor que se le esparció por todo el cuerpo y se le concentró en el corazón, que amenazaba con partírsele en mil pedazos.

El oxígeno dejó de llegar a sus pulmones y todo se volvió negro, la nube de la inconsciencia la engulló por completo.

Ella no pudo ser testigo de cómo un hombre cargaba con su cuerpo, y con un

poco de dificultad lo metió dentro de uno de los cajones de utilería; sacó un pequeño aparato electrónico y lo pasó por los antebrazos de Elizabeth, en busca del chip de identificación, porque sabía que lo primero que harían sería rastrearla; maldijo al no encontrarlo, y empezó a sentirse algo nervioso, pero rápidamente recordó que los americanos lo ponían en la nuca.

Le apartó el pelo y descubrió la parte posterior del cuello, encontrándose con un tatuaje; el aparato lo consiguió, lo escaneó e inmediatamente lo desactivó y fundió, para que no pudieran reactivarlo.

Le ató las manos y pies con unas bridas, le tapó la boca con cinta americana y tiró encima de ella algunas de las prendas que encontró para cubrir el cuerpo, tapó el cajón que contaba con unas ruedas, empujándolo lo sacó fuera del camión y lo subió a uno de los de utilería.

Sin ningún tipo de inconveniente logró salir del caos que era la celebración de la escuela de samba campeona, camuflado como si fuese un trabajador más del evento y así poder conducir por la calle Frei Caneca.

CAPÍTULO 41

Samuel sentía que llevaba mucho tiempo esperando y no dejaba de mirar por donde Elizabeth se había ido, sabía que su hija solía demorar mucho cuando se trataba de cambiarse de ropa, pero suponía que iba a darse prisa.

Alexandre no pudo pasar más tiempo sentado, quería saber qué demonios estaba haciendo Elizabeth que había desaparecido o qué le habría dicho Garnett para que dejara de lado la celebración de la escuela.

Samuel no pudo seguir esperando, empezó a hacerse espacio entre la gente y se fue a buscarla, siguió el mismo camino, pero al pasar las vallas

publicitarias estuvo totalmente perdido, solo había gente de la comparsa yendo y viniendo, algunos baños públicos y por lo menos una docena de camiones.

—Disculpa. —Samuel detuvo a un joven que llevaba un disfraz de un arará—. ¿Has visto a Elizabeth, una de las *passistas*?

—No, no la he visto. —Negó con la cabeza para darle más énfasis a su respuesta.

—Pero sí sabes de quién te hablo, ¿cierto?

—Sí, claro... La nieta de tío Garnett —comentó, cómo no conocer a la nieta de uno de los mayores benefactores de la escuela.

—Entonces, ¿no la has visto? —Volvió a interrogar.

—No señor, le aseguro que no.

—Gracias. —Le palmeó un hombro y siguió con su camino, en medio del barullo de personas y el ruido de la música y el público.

Miraba a todos lados, tratando de hallar a su hija, pero por ninguna parte veía un espectáculo de plumas azules. Se alentó pensando que ya debía haberse cambiado.

—Lo siento, disculpa. —Detuvo esta vez a una mujer del ala de las *baianas*—. ¿Conoces a Elizabeth Garnett, una de las *passistas*?

—Sí señor, ¿en qué puedo ayudarlo? —Había reconocido al padre de la joven, pero no quiso ser tan evidente.

—¿La ha visto?

—No —dijo con pesar—. Quizás esté en el puesto de Globo, están haciendo entrevistas.

—No, ella vino hacia este lado, iba a cambiarse —explicó él.

—No la he visto, pero nos cambiamos en los camiones.

—¿Sabe cuál es el de ella?

—Debe ser el de las *passistas*, es el tercero de la derecha —dijo señalándolo.

—Gracias —comentó Samuel y se echó a andar con largas zancadas.

Alexandre, al ver que Garnett se fue al otro lado de las vallas, no pudo seguir más tiempo sentado, y aunque se ganara más el odio del hombre decidió ir tras él.

Empezó a hacerse espacio entre las personas, chocando con algunas con las que apenas se disculpaba y seguía avanzando para poder alcanzar al hombre. Lo vio caminando hacia los camiones y aprovechó que era menos la afluencia de gente para echarse a correr.

Samuel subió los escalones del gran cajón rectangular de hierro, tocó a la puerta en varias oportunidades, pero no obtuvo respuesta, así que entró.

—Elizabeth. —La llamó con precaución, porque no deseaba vivir un engorroso episodio con otra chica—. Eli... —Volvió a llamarla, pero no recibió respuesta. Ya el corazón empezaba a latirle lenta y dolorosamente y el aliento se le estaba sofocando en los pulmones—. Elizabeth, cariño —dijo con la voz ahogada por los nervios.

Sus ojos se posaron sobre el gran tocado tirado en el suelo y podía jurar que junto a eso había caído su alma, con largas y rápidas zancadas se paseó por el lugar, siguió sin encontrarla y corrió a la salida.

Alexandre subía los escalones cuando vio salir a Garnett, y lo que vio en su mirada provocó que sintiera como si el corazón se lo estrujaran, y de golpe se quedó sin aliento; era como si hubiese recibido una patada mortal en la boca del estómago.

—¿Y Elizabeth? —preguntó y su voz fue casi un silbido.

Garnett no le dijo nada, lo apartó y empezó a caminar con largas zancadas, abordó a la primera persona que encontró.

—¿Has visto a Elizabeth? —interrogó y ya no tenía la entereza para ser

educado.

Su interlocutor solo negó con la cabeza y Samuel corrió en busca de otra persona a la que le repitió la misma pregunta. Y con cada negativa sentía que moría un poco más.

Alexandre abrió de golpeo la puerta del camión, corrió a donde sabía Elizabeth debía estar, pero solo halló el tocado en el suelo, entonces comprendió la desesperación que vio en la mirada de Garnett.

Un golpe de adrenalina lo empujó a salir como un vendaval enfurecido del lugar, y al igual que Garnett empezó a preguntar si la habían visto, solo que él era mucho más impulsivo y menos amable que Garnett, exigía que le dijeran dónde estaba.

Caminó como una fiera hasta donde Garnett estaba preguntando a todos.

—¿Dónde está Elizabeth? —Le exigió sin importarle una mierda que fuera el padre de ella, lo agarró por las solapas de la camisa celeste que llevaba puesta—. ¿Dónde está? —Resopló, más que molesto estaba aterrado.

No hizo falta que le respondiera, la mirada color mostaza gritaba de pánico y desconcierto; lo soltó para no pagar su impotencia con él y se volcó a golpear en varias oportunidades una valla publicitaria que terminó yéndose abajo.

De manera inevitable fue el centro de atención y el incidente fue de la vista de muchas personas, pero se alejó rápidamente de ahí y siguió buscando, interrogando a todo el que se le atravesaba.

Samuel buscó apoyo en la gente de seguridad, pidió ayuda y rápidamente se organizaron para buscarla, pero sin terminar la fiesta, todos seguían celebrando, la diversión reinaba e intentaban que la búsqueda de la chica no fuese de conocimiento público, sino que trataban de hacerlo de la manera más discreta posible, porque no sería para nada beneficioso que tuvieran que evacuar el sambódromo en plena celebración.

Alexandre ya no sabía dónde más buscar, estaba seguro de que Elizabeth ya no estaba ahí. No estaba y con esa certeza las lágrimas se le arremolinaban en la

garganta, y también se despertaban en él unas ganas de asesinar al primero que se le atravesara.

Samuel ya estaba en el teléfono, llamando para que rastrearan el chip de su hija, caminaba de un lado a otro frotándose con desesperación la cabeza y con el corazón a punto de vomitarlo.

—No podemos ubicarlo.

—¿Cómo? —preguntó sin poder creerlo.

—No aparece en el sistema señor, no podemos rastrearlo.

—Tiene que aparecer... ¡Maldita sea! ¡Tiene que aparecer! ¡Ese sistema es una mierda! —gritaba al hombre al otro lado de la línea.

Terminó la llamada y se acercó al jefe de seguridad que le estaba prestando toda su ayuda.

—Necesito a mi hija. —Se llevó las manos a la cabeza para no ponérselas en el cuello al hombre y estrangularlo—. Voy a llamar a la policía, termine esta mierda, tenemos que revisar a todo el que sale... porque si mi hija no aparece todo el maldito que esté aquí tiene que responder —hablaba en su desesperación.

—Cálmese señor, estamos haciendo lo posible, vamos a revisar las cámaras...

—¡Qué putas cámaras! Mi hija tiene que aparecer, ¿cómo es que no está aquí?

—La voz se le quebró tanto como sentía su corazón.

Mientras Alexandre deambulaba buscando en cada rincón, entró en cada camión, se metió en todas las carrozas, buscó por fuera, por debajo de las gradas y no la hallaba. Estaba a punto de volverse loco.

Samuel recibió una llamada de Rachell, pero no quiso contestarle, ¿cómo demonios le diría que su hija no aparecía?, ¿que su peor pesadilla parecía estar convirtiéndose en realidad?

Rechazó la llamada de su mujer y le marcó a Dominic, el jefe de seguridad de

su tío, que estaba en el palco con ellos. Sabía que debían estar extrañados, porque habían tardado más de la cuenta y ya muchas personas habían abandonado el lugar.

—Dominic, necesito que te encargues de llevar a casa a mi tío, llévatelos a todos...

—¿Sucede algo señor? —preguntó al notar lo nervioso.

—Elizabeth no aparece, pero no digas nada. Solo llévatelos de aquí.

—Entiendo señor. —El hombre estaba sorprendido y preocupado, pero sabía muy bien cómo esconder sus emociones—. Le enviaré ayuda —dijo antes de colgar, sin esperar a que el fiscal se lo solicitara.

Inmediatamente se puso en contacto con sus compañeros, pidió que dos fueran con el señor Garnett abajo y otro que acudiera en su ayuda.

Los hombres no estaban muy lejos, rápidamente se movieron por el sambódromo a los puntos ordenados por Dominic.

Él, ágilmente se inventó una excusa para sacarlos del palco y llevarlos a casa.

—Yo tengo que esperar a mi papá —dijo Luana, porque su padre no le había dado permiso para que se fuera con los Garnett.

—Señorita, su padre dijo que se reuniría con usted en casa —comentó el hombre haciendo un ademán para que la jovencita saliera.

Luana miró una vez más a donde había visto por última vez a su padre sentado en una de las carrozas.

—No es que desconfíe de su palabra señor, pero primero lo llamaré —dijo buscando su teléfono en su cartera, le marcó pero no le contestó, inevitablemente empezó a sentirse nerviosa.

—Ven Luana. —La llamó Oscar ofreciéndole la mano—. Seguramente está ocupado, no creo que Dominic mienta.

—Está bien, pero intentaré una vez más —dijo y volvió a marcarle.

—Hola cariño —habló Alexandre, rogando al cielo que su hija estuviese bien.

—Papá, ¿sucede algo? Es que quieren que vaya a la casa del abuelo de Eli.

—Sí mi vida, vete con ellos. —Sentía que se liberaba un poco de la responsabilidad y que con su hija segura podría seguir buscando a Elizabeth.

—¿Nos veremos allá? ¿Todo está bien? —No lograba confiar totalmente, porque el tono de voz de su padre se escuchaba algo perturbado.

—Sí amor, en un rato nos vemos, todo está bien. —Cerró los ojos, apretando fuertemente los párpados. No le gustaba mentirle a su hija, pero debía hacerlo —. Pórtate bien pequeña.

—Sí, lo haré... No tardes papi —susurró, sin poder disipar de su pecho esa angustia que estaba sintiendo.

—No lo haré, ahora ve con los Garnett. —Terminó la llamada y suspiró, quitándose el peso de la mentira de encima.

Oscar le sujetó un brazo y la guio fuera del palco, siguiendo a los demás, que ya se encaminaban a la salida.

Rachell presentía que algo no andaba bien, toda esa situación era muy extraña, suponía que Samuel debía regresar con Elizabeth, estaba segura de que su hija era de muy buen corazón y su marido no necesitaría tanto discurso para ser perdonado.

—Ian... —Rachell lo llamó. Él llevaba a Violet en brazos, quien se había quedado dormida—. Voy con Samuel, ¿te molestaría si te pido que cuides de Violet?

—Sabes que haces una pregunta tonta, ve con él y cualquier cosa me llamas.
—Se guardó su propia opinión, también sabía que algo no andaba bien, pero por consideración a su padre no quiso exponer sus sensaciones.

—Andando, andando que tenemos mucho por celebrar —hablaba Hera de muy

buen ánimo, suponiendo que en pocos minutos se encontrarían todos en casa.

—Nos vemos en un rato. —Rachell le plantó un beso a Sophia en la mejilla y se miraron a los ojos, ambas estaban nerviosas.

—Sí, nos veremos. —Le dijo la pelirroja para tranquilizarla, pero conocía tan bien a su amiga y podía ver en sus ojos que estaba muy preocupada.

Rachell bajó y se dirigió hacia el lugar donde había visto por última vez a Samuel, lo buscaba con la mirada entre las personas, que poco a poco se estaban marchando; ya la celebración parecía estar terminando; todavía no lo hallaba cuando a su lado y caminando con mucha energía pasaron cuatro policías. Inmediatamente un nudo de nervios se le aferró al estómago y apresuró el paso.

En menos de un minuto empezó a correr, tropezando con las personas, quienes la miraban extrañados. Ella iba en dirección opuesta, porque la gran mayoría iba hacia la salida, todos riendo, cantando, extremadamente felices.

Vio por fin a Samuel rodeado por hombres de seguridad del evento y por dos de los guardaespaldas de Reinhard; antes que ella, llegaron hasta él los policías. Rachell sintió que las piernas perdían toda fuerza, sin embargo, siguió corriendo.

—Sam... ¿Qué sucede? —preguntó sin aliento llegando hasta él.

—Rachell, ¿qué haces aquí? Ve a casa —dijo sintiéndose sorprendido al verla, pero también quería abrazarse a ella y llorar desconsolado, pero no tenía tiempo para eso, no había tiempo para debilidad, tenía que encontrar a su hija.

—¿Qué pasa Sam? —Ignoró su petición.

Samuel la abordó sujetándola por los brazos.

—No pasa nada, ve a casa...

—No me mientas Samuel, ¿dónde está Elizabeth?, ¿por qué estás reunido con toda esta gente? Alex... ¿Dónde está Alexandre? —Sus ojos saltaron por los

nervios miraban a todas partes, como si esperara encontrar a su hija entre la gente—. ¿Dónde está Elizabeth? —exigió también aferrada a los brazos de él.

—Robert, llévala a casa —pidió a uno de los guardaespaldas que había enviado Dominic.

—¡No! ¡Por un Demonio! ¡Suéltame Robert! No pienso moverme de aquí sin que me digas dónde está mi niña... Samuel, no me hagas esto... ¿Dónde está mi hija?

—Rachell, todo está bien, ve a casa cariño. —No había nada más difícil y doloroso que tener que mentirle a su mujer, sobre todo en la situación en la que se encontraba.

—¿Por qué está la policía aquí? ¡¿Qué pasa Samuel?! —exigió a punto de perder el control.

—¡Desapareció! —gritó al sentirse acorralado.

Rachell no dijo nada solo se dobló y empezó a vomitar, Samuel rápidamente se puso a ayudarla, apartándole el pelo de la cara mientras él estaba todo tembloroso.

—Respira, vamos amor, respira —suplicaba porque temía que Rachell terminara ahogándose, los policías le ofrecieron ayuda con su mujer—. No, ahora no. —Los apartó con uno de sus brazos.

—Tenemos que buscarla —dijo con la voz ronca y trataba de limpiarse los restos de vómito.

—Sí, ya estamos en eso, verás que pronto va aparecer. —Empezó a guiarla hacia la salida mientras era seguido por los guardaespaldas.

—Me quedaré contigo, tenemos que buscarla —dijo desesperada.

—Vete a casa Rachell.

—No, no... Voy contigo —dijo tragando para pasar el amargo sabor de su vómito, y las lágrimas se le desbordaron, mientras Samuel casi la llevaba a

rastras a la salida y se pararon frente a la parada de taxis—. Voy contigo, vamos a buscarla Samuel, vamos a buscarla...

—Déjame hablar. —La interrumpió.

—No, yo voy contigo —dijo pasándose las manos por la cara en un gesto de desesperación.

—Tienes que calmarte...

—¡Voy contigo! —gritó interrumpiéndolo una vez más.

—Vete a casa.

—¡No! ¡No! —Lloriqueaba y lo golpeaba en el pecho.

—Déjame hablar... —discutía él conteniéndola por los brazos—. ¡Tienes que irte a casa!

—¡No! —Le gritaba—. ¡No!

—Tienes que irte a la casa porque si llaman necesitas estar allá... — hablaba casi desesperado y sin aliento—. No sabemos qué pasó ni cómo desapareció, no sabemos nada, y tú tienes que estar en la casa por si intentan comunicarse —dio su explicación por encima de los lloriqueos desesperados de Rachell.

Abrió la puerta del taxi y prácticamente la empujó dentro.

—Solo tráeme a Elizabeth, trae a mi niña... Samuel, tienes que traérmela —decía con ganas de bajarse, pero uno de los guardaespaldas se subió rápidamente para contenerla.

—Te lo prometo, la llevaré a casa..., la llevaré —juró en medio de la desesperación.

—Por favor Samuel, por favor —dijo aferrada a la mano de él—. Trae a Eli, tráela... —Jadeaba en medio del llanto.

—Ya. —Tiró de la mano con fuerza para que lo soltara—. Arranca, arranca —

pidió al taxista palmeando la lata de la puerta.

A Rachell la mantuvo aferrada el guardaespaldas que iba con ella y el auto arrancó. Samuel se volvió y con largas zancadas caminó de regreso a donde estaba la policía, siendo seguido por el otro seguridad.

A mitad de camino se llevó las manos a la cabeza, apretándose fuertemente el pelo; tenía ganas de quedarse ahí y romperse en mil pedazos, pero no podía hacerlo, primero tenía que encontrar a su hija.

Confirmado que el chip de Elizabeth no podía ser rastreado el sambódromo fue evacuado totalmente, llamaron a la unidad de investigaciones para que trabajaran en el área donde presuntamente Elizabeth había estado por última vez, y de donde suponían se la habían llevado.

Ante el revuelo la prensa se dio cuenta de lo sucedido y los primeros extras de la noticia empezaron a ser rodados en televisión.

Alexandre seguía deambulando por las adyacencias del sambódromo, cuando recibió una llamada de Moreira, solo por el deseo de creer que él le daría buenas noticias le contestó.

—Hermano..., hermano, ¿es cierto lo de las noticias? ¿Qué pasó con Elizabeth? —preguntó todo preocupado.

Alexandre se frotó la cara con desesperación.

—Se la llevaron Moreira. —Jadeó y un sollozo se le escapó, liberando por fin todo eso que iba a matarlo—. Se la llevaron, no sé qué voy a hacer... La estoy buscando.

—Dime dónde estás y te recojo... Vamos a encontrarla. —Se ofreció al tiempo que subía a su auto.

—Voy al sambódromo, ya busqué por las cercanías y no hay rastros, no hay nada.

Moreira sabía que esa era una estúpida acción provocada por la desesperación, porque jamás la hallaría por las adyacencias. Si se la habían

llevado ya debían tenerla en algún punto de la ciudad y en un lugar inaccesible.

Alexandre, al llegar vio el lugar totalmente acordonado por la policía, el movimiento de seguridad dejaba claro el poder con el que contaba el padre de Elizabeth, lo que no sabían era que solo estaban perdiendo el tiempo, porque ahí no harían nada, solo tenían que salir a peinar la ciudad.

Quería ir al camión donde Elizabeth tenía sus cosas, pero no le permitieron el acceso, y suponía que de ahora en adelante sería así, iban a aprovechar la oportunidad para excluirlo definitivamente, como Garnett tanto deseaba.

—Maldita la hora en que le quité los ojos de encima, solo por creer que su padre estaría pendiente —siseó ante la impotencia y quería partirle la cara al policía que tenía en frente y que no lo dejaba pasar.

Ni siquiera quería hacerse a la realidad de lo que estaba pasando, no quería pensar en la remota realidad de que no vería nunca más a Elizabeth, porque podría cometer una locura.

Sabía que tenía que hacer algo, buscarla y encontrarla antes de que fuese demasiado tarde, pero no tenía ni puta idea de por dónde empezar, y eso lo llenaba de impotencia.

Sintió el teléfono de Elizabeth vibrando en su pantalón, lo sacó casi con desesperación para ver si era ella que desde algún lugar lo estaba llamando, pero se encontró con una llamada entrante de Rachell, sabía que debía contestar.

—Hola —Carraspeó tragándose las lágrimas.

—¡Eli! ¡Eli! —habló Rachell desesperada al otro lado.

—No, habla Alexandre.

—¡Alex! Dime que mi niña está contigo, dime que está bien... — Sollozaba, y él podía escuchar al otro lado un hombre que le pedía que se calmara.

—No, no está conmigo. —Fue dolorosamente sincero, tanto para la madre

como para él—. Ella me dejó su teléfono, ya lo mismo le dije a tu marido — explicó, porque el fiscal había llamado al teléfono de Elizabeth, justo cuando él salía del sambódromo.

—Alex, trae a mi niña por favor, encuéntrala... Por favor, por favor — suplicaba al otro lado, y los ojos de Alexandre se llenaron de lágrimas y se tragó otras tantas. Escuchar a Rachell era revivir demonios que creyó olvidados, era volver a escuchar la misma desesperación de Juliana, y empezaba a tener la certeza de que probablemente no podría soportar eso.

—La estoy buscando, te prometo que no me daré por vencido hasta encontrarla. —Más que un juramento para ella era para él, se juraba no desistir, hacer lo que tuviera que hacer.

Terminó la llamada porque escuchar a la mujer ahogarse en llanto lo descontrolaba totalmente, seguía esperando a Moreira cuando apareció Samuel Garnett rodeado de policías.

—¿Qué se supone que es toda esta mierda? —preguntó sin poder abordar más de cerca a su suegro, porque el cordón policial no le permitía pasar—.

Esto es inútil, no tienen por qué estar aquí, tienen que salir a buscarla... No es más que un puto circo —reprochaba cómo estaba actuando el padre de Elizabeth.

—No eres quién para decirme cómo tengo que hacer las cosas. —Lo enfrentó Samuel, caminando hacia él—. Dame el teléfono de mi hija — exigió.

—No, no tengo por qué hacerlo, Elizabeth lo dejó conmigo. —Estaba renuente a entregarlo, porque sabía el contenido que tenía el aparato.

—Entrégalo ahora, ¿o prefieres tener que dármelo por las malas? — amenazó, seguro de que tenía todo el derecho sobre el teléfono de Elizabeth.

Alexandre sabía que de no entregarlo solo quedaría mal ante la justicia, y lo que menos deseaba era ser visto como un sospechoso, porque no podía perder el tiempo encerrado y estar bajo investigación.

Se sacó el teléfono del bolsillo y se lo plantó en la mano, pero antes de que pudiera alejarse lo retuvo.

—Le sugiero que lo revise en privado. —Le habló mirándolo a los ojos—.

Si no quiere exponer a su hija, y espero que comprenda que como pareja compartimos ciertos momentos íntimos, que a ella le gusta guardar para recordar. —Lo puso sobre aviso, porque ya no le daba tiempo de borrar algunas cosas que Elizabeth tenía en el teléfono y que él inútilmente le había pedido que no lo hiciera, pero a ella le entretenía.

Samuel tuvo que tragarse la bilis, agarró el teléfono y se lo guardó en el bolsillo del pantalón. Mientras los policías que escucharon la advertencia siguieron mirando lejos e hicieron oídos sordos.

Alexandre sabía que no lo dejarían participar y él tampoco quería quedarse ahí sin hacer nada, no sería un estúpido para quedarse de brazos cruzados, por lo que se dio media vuelta y se marchó; justo llegaba a la calle Frei Caneca cuando su teléfono volvió a vibrar en el bolsillo, lo sacó y vio que era Moreira.

Antes de contestarle pudo ver el auto acercándose a él, le hizo señas con su mano para que lo viera y apenas el auto se detuvo él lo bordeó y subió.

João lo miró con gran preocupación, era evidente que Alexandre estaba hecho polvo, tenía los ojos enrojecidos y los párpados algo hinchados, también estaba bastante despeinado.

—Vamos a encontrarla. —Le dio ánimos al tiempo que le palmeaba un hombro—. No te preocupes hermano, la hallaremos.

—Arranca Moreira que no estoy para lástima —dijo, en realidad estaba furioso por sentirse tan impotente.

—¿A dónde vamos? —preguntó.

—Al apartamento —pidió, necesitaba ir por su arma y armar un plan de búsqueda.

En el instante en que asumió que a Elizabeth se la habían llevado, más que ponerse a llorar y lamentarse por anticipado por lo que podría pasar, solo reforzó su idea de que quizá los compinches de Nardes tenían que ver en todo eso.

Era consciente de que no se iban a quedar tranquilos, sabiendo que él logró salir con vida de uno de los ataques de esos malditos, y tenía la certeza de que ellos sospechaban que él algo tenía que ver con lo que le pasó al hijo de puta, y se la estaban cobrando.

CAPÍTULO 42

Rachell sabía que debía ser fuerte, calmarse y confiar en Samuel, él haría lo posible por encontrar a Elizabeth, confiaba que solo era cuestión de tiempo para que la llamara y le informara que estaba con ella sana y salva.

No podía llegar llorando ni desesperada a la casa de Reinhard, porque lo alarmaría y no era prudente hacerlo, el hombre estaba en una edad que no podía estar recibiendo ese tipo de emociones.

Así que buscó fuerza y calma de donde no las tenía, se limpió las lágrimas, respiró profundo y soltó lentamente el aire.

—Estoy con usted señora —dijo el guardaespaldas antes de tirar de la manilla de la puerta—. Usted puede con esto. —La alentó tomándose el atrevimiento de mirarla a los ojos, porque sabía que la carga que la mujer llevaba sobre los hombros era muy pesada.

Rachell afirmó con la cabeza, volvió a pasarse las manos por el rostro y sorbió los mocos.

El hombre abrió la puerta, bajó del taxi y le ofreció la mano para ayudarla a bajar.

Las piernas de Rachell temblaban, no estaba segura si conseguiría dar un paso; sintió la mano fuerte de Robert en su espalda, como si ese fuese el empuje que necesitaba.

Soltó un suspiro tembloroso y emprendió el camino, pidiéndole a Dios fuerza para poder enfrentar ese momento.

Al entrar en la sala se encontró a Ian, Thais, Renato, también estaban Oscar y Luana. Todos se silenciaron abruptamente al verla llegar y la miraron como si tuviesen frente a ellos un fantasma.

Rachell miró en derredor, no ver a Reinhard le hizo pensar que sería más fácil dar el doloroso comunicado; sin embargo, de su boca no salía una palabra, le dolía mucho decir en voz alta que su hija había sido raptada.

Vio a Sophia a través de una de las paredes de cristal, venía de uno de los salones contiguos. Rachell, como si algo la impulsara casi corrió hasta ella y la abrazó fuertemente; y sin poder evitarlo más, rompió en llanto.

—Rachell, Rach... ¿Qué sucedió cariño? —preguntó aferrada a su casi hermana.

—Sophie..., se... se... —Gimoteaba sin poder hablar, el llanto no se lo permitía—. Se llevaron a mi niña...

—¿¿Qué?! ¿Qué estás diciendo? —Se apartó y la sujetó por los hombros para mirarla a los ojos.

—Se llevaron a Eli, desapareció...

—Pe... pero ¿cómo es posible? —balbuceaba y la miraba con desespero—. Eso no puede ser cierto, no puede ser posible... ¿Del sambódromo? Eso es imposible —hablaba casi sin respirar y con las lágrimas subiéndole a la garganta al ver que Rachell solo afirmaba con la cabeza.

—Sí, no sabemos cómo, no aparece... Sam, Sam se quedó buscándola...

Si algo le pasa a Eli no lo soportaré..., no lo haré.

—¡Ay por Dios! Esto no puede ser cierto, esto no puede estar pasando..., no puede. Mi niña... —Sophia se llevó las manos a la cabeza, suponía que debía ser un pilar para Rachell, pero lo cierto era que estaba demasiado perturbada.

Los que estaban en el salón principal podían ver a través del cristal cómo las dos mujeres estaban destrozadas y desesperadas, pero no podían escucharlas.

Ian confirmó que algo andaba mal, por lo que se levantó del sofá y con largas zancadas caminó hasta ellas, abordándolas sin rodeos.

—¿Qué pasó? ¿Qué sucede? —Más que preguntas eran exigencias.

—Han... Han raptado a Elizabeth. —Sollozó Sophia, abrazando fuertemente a Rachell, que al escuchar cómo lo decía su llanto acrecentó.

—Pero ¿cómo? ¿Fue del sambódromo?, ¿con tanta gente? No lo creo posible... —Él hablaba, pero ellas no conseguían dar respuestas—. ¿Dónde está Samuel? —Su mayor preocupación en ese momento fue su primo, porque sabía que él ya había pasado por mucho como para enfrentar una situación como esa. Al ver que seguía sin obtener respuesta le sujetó el brazo a Rachell y se lo sacudió para que se calmara—. ¿Dónde está Sam?

—La... la está buscando, se quedó en el sambódromo... Ian, ayúdanos por favor, por favor... No puede pasarle nada a Eli, no puede —suplicó Rachell.

—Quédate tranquila, Elizabeth va a aparecer... Te lo juro, moveremos todas las fuerzas policiales y militares del país, ella aparecerá. —Le soltó el brazo y caminó de regreso a la sala, al tiempo que se sacaba el teléfono del bolsillo.

Antes de que pudiera hacer la llamada Thais lo abordó, mientras que los demás estaban en tensión, observando el revuelo.

—¿Qué sucedió amor? —preguntó, apoyándole las manos en el pecho para que no avanzara.

Ian miró en derredor, vio a los chicos sentados con los ojos fijos en él, cerró

los ojos en busca de valor.

—Parece que secuestraron a Elizabeth —susurró para que los demás no escucharan, pero fue imposible que ellos no dedujeran lo que estaba pasando cuando todas las actitudes de ellos lo gritaban—. Voy con Sam, necesitamos movernos cuanto antes, cada segundo que pasa es de vital importancia. —Su mujer parecía haber quedado conmocionada, no hacía más que mirarlo y afirmar con la cabeza—. Que nadie use el teléfono de la casa, si llaman atiende tú, pero no negocies nada, no digas nada, solo anota lo que te digan...

—Se acercó y le dio un beso en la frente—. No vayan a decirle nada a papá todavía, y solicita una ambulancia, que se quede en la entrada... Manda a preparar un té o algo que calme a Rachell... Dime que puedes con todo esto cielo. —Le preguntó sujetándole la cara.

—Sí..., sí. —Todavía estaba sobrecogida, pero sabía que era momento de mostrar fortaleza.

Ian volvió a besarle la frente y se marchó hacia el estacionamiento, agarró las llaves de uno de los vehículos y subió, mientras esperaba que el comandante de la Fuerza Aérea le contestara; sabía que era muy temprano para molestarlo, pero no había tiempo que perder.

Salió a toda velocidad, esperando encontrarse a Samuel en el lugar y ponerse manos a la obra, haría hasta lo imposible por conseguir a Elizabeth cuanto antes, aunque todavía no podía asimilar totalmente la situación.

Oscar miraba a su madre abrazada a su tía, él no podía creer nada de lo que estaba pasando, se encontraba demasiado aturdido, ni siquiera podía reaccionar, estaba inmóvil en el sofá y con el corazón latiéndole muy lentamente.

De pronto, Luana, que estaba sentada a su lado empezó a sollozar, ella tampoco podía creerlo, pero lo que le aterraba era tener la certeza de que también perdería a su padre.

—Mi papá se va a morir. —Sollozó ruidosamente—. Si algo malo le pasa a Eli mi papá... Mi papá no va a soportarlo, no pueden hacerle esto... No

pueden. —Gimoteaba.

Fue Renato, quien parecía estar más tranquilo, que se sentó a su lado para consolarla, porque Oscar seguía inmóvil, con la mirada puesta en su madre.

—Tranquila Luana, tu papá estará bien.

—No. —Empezó a negar con la cabeza—. Tú no lo entiendes, mi papá no soportará otra pérdida... Él ama a Elizabeth... Ya a mi mamá se la arrebataron de los brazos, si algo le pasa a Eli...

—No le pasará nada, van a encontrarla, ya verás que en unos minutos la encontrarán...

—Tengo que avisarle a mis abuelos, ellos ayudarán a mi papá. —Con manos temblorosas buscaba su teléfono en la cartera—. Tienen que cuidar a mi papá...

—Sí, creo que debes avisarles, pero primero tienes que calmarte, porque así solo vas a preocuparlos... Tranquila, tu padre está bien. —Renato le acariciaba la espalda—. Hablaste con él hace un rato y estaba bien, no tienes que tener miedo...

Luana afirmaba con la cabeza, tratando de calmarse, pero seguía hipando, no podía dejar de pensar en que su padre debía estar sufriendo, que estaría a punto de enloquecer; y ella solo quería verlo para asegurarse de que físicamente estaba bien.

Tampoco podía dejar de pensar en Elizabeth, suplicaba para que nada malo le pasara y que pudiera volver con ellos cuanto antes, deseaba que eso solo fuese una pesadilla, quería despertar y poder respirar con tranquilidad al ver que todo estaba bien.

Miraba a la señora Thais caminar de un lado a otro, después pasaron varias mujeres con unas tazas humeantes de lo que ella suponía era algún té, y se acercaron donde Rachell estaba sentada en un escalón de las escaleras, siendo abrazada por Sophia.

Oscar se levantó y caminó a una de las salidas que llevaba al jardín, Renato quiso seguirlo, pero Thais le dijo que lo dejara solo; en cambio Luana, lo siguió con la mirada, puso toda su atención en él, hasta que una taza de té se cruzó frente a ella.

—Toma cariño. —Thais se sentaba a su lado y se la ofrecía.

—Muchas gracias señora. —La recibió pero no se la tomaría, porque estaba segura de que nada le podría pasar por la garganta, solo estaba esperando calmarse para llamar a sus abuelos.

—Anda, bebe un poco. —La instó cariñosamente al ver que ni siquiera lo había probado.

Luana miró el líquido amarillento y se calentaba las manos con la taza, suspiró y bebió un poco, pensando que eso le ayudaría para poder lograr su cometido y mostrarse calmada.

No quería que sus abuelos tuvieran que empezar el día con esa noticia tan devastadora, pero no tenía opción, porque temía mucho por su padre.

—Otro poco cariño. —Siguió animándola mientras le acariciaba el pelo.

Al conocerla Luana no imaginó que la señora Thais fuese tan cariñosa, quizás era por toda la turbación del momento.

Luana debía portarse bien, como su padre le había pedido, así que obedeció a la mujer y tomó otro poco; sin darse cuenta ya se había tomado la mitad del té y sus nervios se habían controlado.

Dejó la taza sobre la mesita de al lado y agarró su teléfono, inhaló profundamente y soltó un suspiro trémulo, después pulsó el botón que marcaba la llamada a la casa de sus abuelos; sabía que a esa hora debían estar despiertos. Su abuela en el jardín, teniendo su primera conversación del día con sus plantas, y su abuelo tomándose su infaltable café y viendo las noticias en el periódico. Ella les iba a arruinar el día.

—Hola papi, buenos días —habló sin poder mostrarse animada y tampoco

ocultar que su voz estaba ronca por el llanto.

—Hola pequeña, ¿cómo estás?, ¿todavía te diviertes?

—Papi..., tengo que contarte...

—¿Qué sucede mi vida? —preguntó sintiéndose preocupado por la manera en que la niña había hablado.

—Ha pasado algo terrible... Lo siento... —Cerró los ojos fuertemente para no llorar.

—Dios Luana, ¿qué ha pasado?, ¿es tu padre...? ¿Co... cómo está Alexandre...? —El corazón se le alteró, no pudo evitarlo.

—Secuestraron a Elizabeth...

—¿¿Cómo?! ¿¿Cuándo? ¡Por todos los cielos! —El hombre se levantó del sillón en el que se encontraba y casi se vuelca el café encima.

—Esta mañana, al terminar el desfile...

—Pero... ¿cómo es posible? ¿Y Alexandre? Dime que está bien —suplicó cerrando los ojos.

—Está bien, eso creo... Hablé con él esta mañana y me pidió que me viniera a casa de los Garnett, pero sé que no puede estar bien. —Lloró bajito.

—Cariño, quédate ahí, ya vamos a buscarte.

—Papi..., tengo miedo, estoy aterrada por mi papá... Él... ¡Dios mío, Eli...!

Guilherme estaba horrorizado, sabía que un golpe tan fuerte como ese terminaría destruyendo a su hijo, pero no podía incrementar el miedo en su nieta.

—No temas amor, verás que todo se solucionará... Confía en tu padre, es un hombre fuerte, estoy seguro de que no perderá la cabeza.

—¿Estás seguro?

—Sí amor, muy seguro, espérame tranquilita, ya vamos para allá.

—No tardes papi.

—No lo haré, en un rato estoy contigo. —Le habló con ternura, tratando de tranquilizarla. Terminó la llamada e inhaló profundamente, llenándose de valor para ir a darle la noticia a su mujer.

Como era de esperarse, Arlenne se preocupó por Elizabeth, pero su mayor mortificación era el bienestar de su hijo. Sabían que debían estar con él en un momento como ese, por lo que se prepararon rápidamente, dejaron a Jonas al cuidado de una de las mujeres del servicio y emprendieron su camino hacia Río, para estar con su nieta y también ofrecerle su apoyo a la familia Garnett.

Luck acababa de terminar su rutina matutina de pesas y subió a la caminadora para finalizar con sus infaltables cuarenta minutos de cardio, los cuales cumpliría corriendo sobre la banda.

Empezó a programar la máquina y a ajustar el Bluetooth de sus auriculares a la televisión, para ver las noticias y saber si contaba con la fortuna de encontrarse con alguna nota positiva sobre él.

La máquina se puso en movimiento, por lo que empezó a trotar, y de apoco ir aumentando la rapidez, para poner a prueba su resistencia. La voz de la reportera inundó sus oídos, fijó la mirada en la pantalla, no llevaba tres minutos trotando cuando la imagen de Elizabeth se atravesó en la programación.

—Se ha confirmado la desaparición de Elizabeth Garnett, hija mayor del fiscal de Nueva York, Samuel Garnett. —Luck paró la máquina de golpe y sentía que eso mismo había pasado con su corazón—. El suceso ocurrió en Río de Janeiro, donde la heredera Garnett contaba con una importante participación en el carnaval de la ciudad. Fuentes policiales revelan que se la llevaron del Sambódromo, recinto donde se llevaba a cabo el evento. Hasta ahora la

hipótesis que se maneja es el secuestro; sin embargo, la familia aún no se manifiesta sobre el asunto y la policía asegura que los secuestradores no se han puesto en contacto... —Todo el cuerpo de Luck empezó a temblar, se quedó parado sobre la máquina y la voz de la reportera se hacía cada vez más lejana.

Eso no podía ser cierto, no podía, no Elizabeth. Recordaba apenas una semana atrás la había visto en el primer desfile, se habían abrazado, habían celebrado y compartido; ahora no podía creer que una parte indispensable de su vida se encontrara en peligro.

De inmediato bajó de la máquina y empezó a marcar el teléfono de su agente.

—Jhosep, necesito que me compres un pasaje para Río, verifica los vuelos y me montas en el primer avión que salga... ¡Ya mismo! —Le dijo mientras pulsaba el botón del ascensor, pero como el aparato se estaba tardando decidió bajar por las escaleras.

—Espera Luck, ¿ahora qué? ¿Cuánto tiempo piensas estar? Mañana tienes el desfile de Polo.

—Cancela todos mis pendientes —pidió mientras bajaba las escaleras corriendo.

—¿Estás loco?! —Puso el grito al cielo.

—Cancela todo... Necesito estar en Río cuanto antes, secuestraron a Elizabeth.

—¿Qué?! ¡No puede ser! —Se dejó escuchar realmente sorprendido—.

Si esta madrugada la vi por televisión en el desfile.

—Bueno, de ahí se la llevaron... Supongo que apenas terminó. Cómprame el boleto y cancela todo.

—Luck, no puedo hacer eso, sé que adoras a Elizabeth, pero tienes compromisos muy importantes que atender.

—Elizabeth es más importante que cualquier cosa... ¡La secuestraron Jhosep!
—Le gritó sintiendo que las lágrimas le subían a la garganta—.

Compra el maldito boleto y que lo demás se vaya a la mierda.

—Está bien, en cuanto lo tenga te confirmo.

—Espero. —Le cortó y subió a su auto.

En el camino hacia su apartamento llamó a Rachell para confirmar; ella, en medio de un llanto desesperado le aseguró que no era una falsa noticia, que su niña estaba desaparecida. Eso provocó que Luck terminara llorando y alterado.

Llegó y metió en una maleta lo primero que agarró de su vestidor, Jhosep volvió a llamarlo para decirle que el vuelo más próximo salía en tres horas y media, le pidió que lo comprara.

Cerró la maleta y con el mismo chándal con el que había estado entrenando se fue al aeropuerto, desde ahí llamó a sus padres para avisarles lo que había pasado y que iba camino a Río, porque necesitaba estar cerca de ella, sin importar donde la tuvieran prisionera, quería estar cerca.

—¿Qué pasó?, ¿dónde están todos? —preguntó Hera bajando las escaleras, al ver que en el salón principal estaban unos pocos y con las caras como si estuvieran en un velorio.

Sin embargo, supo que era algo muy malo cuando vio a su tía Rachell llorando y una ambulancia parada frente a la casa. Estaba segura de que su padre estaba bien, porque acababa de dejarlo en la habitación, conversando con Helena.

Renato se levantó del sofá, caminó hasta ella y la sujetó por un brazo. No pudo evitar sentirse extrañada al ver que su sobrino por primera vez se notaba verdaderamente preocupado.

—Acompáñame a la cocina —dijo guiándola sin soltarle el brazo.

—¿Qué sucede? —preguntó un tanto perturbada, mirando por encima del hombro a donde estaba su madre sentada al lado de su tía, mientras le sujetaba las manos.

Renato no dio respuesta, solo se la llevó; y de manera inevitable empezó a asentirse asustada.

—Pasó algo malo, ¿cierto? —habló casi ahogada.

—Lamentablemente sí... —Renato bajó la mirada y tragó en seco, para después volver a poner sus ojos azules en los del mismo color de su tía—.

Secuestraron a Eli.

Los nervios y la sorpresiva noticia solo provocaron que ella soltara una risa de incredulidad.

—¿Me estás jodiendo? —preguntó, pero Renato siguió muy serio—. No puede ser cierto, no puede ser... Ya, por favor Renatinho, dime que es mentira —exigió con los dientes apretados, reteniendo el borbotón de lágrimas que le subió a la garganta.

—No lo es. —Negó con la cabeza con lentitud.

—Pero ¿cómo pasó? Si la vimos cuando terminó el desfile, estaba hablando con Sam... No puede ser cierto, esto tiene que ser una broma de muy mal gusto —hablaba casi sin respirar y con el corazón a medio latir.

—No sabemos nada, tía Rach dijo que se la habían llevado, que la habían secuestrado, pero no estamos al tanto de los detalles, tampoco queremos preguntarle ni presionarla, porque no hace más que llorar.

—¿Y Sam? ¡Ay por Dios! —Se llevó las manos a la cabeza—. Sam se va morir... —No pudo retener sus emociones y dos grandes lagrimones bajaron por sus mejillas—. A Eli no puede pasarle esto, no a ella... Renato, tenemos que encontrarla.

—Ya tío Sam y mi papá están en eso.

—¿Ian está con Sam? —preguntó limpiándose las lágrimas que no dejaban de brotar.

—No sabemos si están juntos, papá se fue hace un rato.

—Alguien tiene que estar con él, no creo que pueda soportar esta situación.

—Sé que van a encontrar a Elizabeth, lo sé...

Hera quería ser positiva, pero lo cierto era que estaba aterrada y temía que en ese momento su adorada prima estuviese viviendo momentos dolorosos, humillantes y traumáticos. Ella no lo merecía, realmente no podían estar pasando por eso.

Se limpió las lágrimas y se obligó a no seguir llorando, necesitaba brindarle apoyo a su tía, debía ser fuerte y darle ánimo, para que no terminara derrumbándose.

Caminó de regreso al salón principal, pero antes de salir de la cocina se regresó y se puso a llorar, no podía evitar temer al pensar en la situación en la que podría estar Elizabeth.

Renato le sirvió agua, pero una de las mujeres del servicio le ofreció té.

—Esto será mejor —aconsejó con la cara marcada por el desasosiego y la tristeza, ya no era un secreto para nadie la situación por la que estaba pasando la familia.

—Gracias, ¿puedes quedarte con ella un momento? Necesito volver a la sala —dijo Renato, sintiéndose también preocupado por Oscar, que llevaba mucho tiempo deambulando por el jardín.

—Sí, ve tranquilo. —Le dijo la mujer, quien le tenía la confianza suficiente para tutearlo; imposible no hacerlo, si lo conocía desde que el pequeño tenía cinco años.

Renato apenas aparecía en el lugar cuando vio llegar a Marlon Ribeiro, a Thiago y a Ana. La rubia traía cara de espanto y parecía que llevaba un buen rato llorando.

—Rachell. —Fue lo único que dijo Thiago al verla y le ofreció sus brazos, a los que ella se lanzó a llorar—. Trata de calmarte, ya verás que pronto aparecerá.

—Es mi niña Thiago, es mi pequeña... Esto no puede estar pasando, me le harán daño...

—No, no digas esas cosas, donde quiera que esté, ella está bien...

—No quiero que esté en algún lugar, quiero que esté aquí conmigo, que esté con su familia, con la gente que la ama y jamás la lastimará. —Sollozaba fuertemente sin poder controlarse.

Reinhard, quien ya no quería seguir en la habitación, porque empezaba a sospechar que había pasado mucho tiempo sin que los demás llegaran, y sobre todo, porque escuchó el llanto proveniente de la sala salió de la cama y se dirigió a la salida, siendo acompañado por Helena, quien como su padre ignoraba la situación.

Desde lo alto de las escaleras pudo darse cuenta de que algo no estaba bien, los sollozos de Rachell y ver a Marlon en su casa a esa hora le anunciaban con total certeza que le habían estado ocultando una mala noticia.

Respiró profundo para mantener el aplomo y estar preparado para cualquier cosa, sabía que debía ser algo verdaderamente serio como para que estuviese una ambulancia estacionada en frente.

Empezó a bajar las escaleras, pero antes de llegar al salón se enteró de lo que había pasado. Rachell se lo había dejado saber en medio de las palabras cargadas de sollozos que decía abrazada a Thiago, quien pretendía darle la fuerza y el consuelo que desesperadamente necesitaba.

A pesar de que ya había vivido una desaparición de uno de sus seres más queridos años atrás, saber a Elizabeth en la misma situación que su abuela le hizo experimentar un terror incomparable; la peor de las pesadillas volvía a desatarse con mucha fuerza, y él debía ser más fuerte que sus miedos y emociones.

Lamentarse o ponerse a llorar no ayudaría en nada, era algo que por experiencia ya sabía.

—¿Se puede saber por qué nadie me había informado acerca de la situación de mi nieta? —reprochó avanzando hacia donde estaban todos reunidos, excepto Helena, que se quedó inmóvil al pie de las escaleras.

Rachell rompió el abrazo con Thiago, Sophia puso su mirada muy nerviosa en su marido, mientras que Ana y Luana seguían abrazadas y sentadas en el sofá.

Todos se quedaron como si fueran una fotografía, inmóviles, mirándolo y a la espera de que algo malo pasara.

Fue Renato el que hizo el primer movimiento al ofrecerle un asiento a Ribeiro.

—¿Qué fue lo que pasó? —Volvió a preguntar, pero todos seguían mudos —. Rachell, ¿qué pasó? —La interrogó.

—Se... secuestraron a Elizabeth —dijo limpiándose las lágrimas.

Mientras todos seguían con la mirada expectante en Reinhard.

—¿Cuándo pasó? —preguntó acercándose más a ella.

—Al terminar el carnaval, justo al terminar. —Chilló.

—¿Y hasta ahora me dicen? —Negó con la cabeza, reprochando la actitud de todos.

—No queríamos preocuparte...

—¿Crees que esto solo es una simple preocupación? Estas cosas no tienen por qué ocultármelas...

—Amor, es que temíamos por ti —habló Sophia acercándose él.

—¿Acaso soy un viejo decrepito que no puede soportar una noticia de esta magnitud? ¿Es eso en lo que me he convertido para ustedes? —Siguió con su reprensión—. Que se vaya la maldita ambulancia, que aquí nadie se va morir... Y Rachell, deja de llorar, que nada ganarás con eso. Tienes que ser fuerte, mostrarte imperturbable... Sé que estás mal por Elizabeth, pero ella no es tu única hija, tienes dos más a los cuales debes mostrarles fortaleza... Si te ven en semejante situación solo los asustarás —hablaba y Rachell solo asentía con la cabeza e inútilmente intentaba limpiarse las lágrimas—.

¿Dónde está Samuel?

—Se quedó en el sambódromo con la policía... —explicó.

—Ian está con él. —Se apresuró a decir Sophia.

Fue Thiago quien salió a despedir a la ambulancia, realmente creía que había sido un extremismo ese recurso y con toda la razón Reinhard se resintió por eso.

El hombre asintió al entender que sus hijos ya estaban haciendo su parte para dar con Elizabeth, bien sabía que Samuel movería todas sus influencias, por lo que él también pondría manos a la obra.

—Haré unas llamadas —anunció y caminó a su oficina—. Renato, acompáñame —llamó a su nieto, quien parecía estar más calmado—. Cierra la puerta. —Le pidió una vez que entraron al lugar—. Escríbele a tu padre y dile que me informe inmediatamente si está con Samuel —solicitó mientras agarraba el teléfono y buscaba en su directorio el número del Ministro de Defensa.

Suponía que de algo debían servir tantos años auxiliando al gobierno brasileño a través de sus empresas, y todas las concesiones cedidas en algunos rubros al convertirlos en mixtos.

Durante su conversación de más de media hora le solicitó su colaboración para la búsqueda de su nieta, y le dejó claro que no quería que se llevara a cabo solo en Río, sino en todo el país, porque Reinhard estaba consciente de

que a Elizabeth podrían llevarla a otro Estado en cuestión de horas, por lo que requería movilizar las fuerzas por aire, mar y tierra.

El hombre le aseguró que inmediatamente ordenaría desde Brasilia la búsqueda de Elizabeth Garnett en todo el territorio nacional, además de alertar a todos los puertos de migración.

Dos horas después de que Reinhard terminara la llamada se dio inicio a la «Operación Zodiaco».

CAPÍTULO 43

Elizabeth despertó todavía muy aturdida y realmente adolorida, sentía cada músculo entumecido, no podía bajar sus brazos porque estaba esposada al cabecero de hierro forjado de una cama, o eso suponía, ya que una capucha no le permitía ver más que un negro total.

Tiró de sus manos hacia abajo, no soportaba el dolor en los hombros, pero terminó lastimándose las muñecas y un jadeo de dolor se ahogó tras la mordaza que llevaba puesta.

Poco a poco empezaba a ser consciente de su horrible situación, movió los pies y escuchó el sonido de unas cadenas, las cuales le dieron la limitada libertad de solo flexionar las rodillas.

Sentía que el miedo empezaba a superarla y la sensación del torturante dolor hacía todo más complicado, tragó las lágrimas sintiendo su garganta reseca, su pobre corazón iba a estallar en mil pedazos e intentaba recordar lo que había pasado al mismo tiempo que se obligaba a no entrar en pánico.

Realmente no podía recordar nada, solo un punzante quemón en su cuello.

Luchó, sí, recordaba haber luchado y golpeado un costado del hombre.

Inevitablemente una ráfaga de preguntas surgió en su cabeza.

¿Quién era o eran los que la tenían ahí?, ¿por qué a ella?, ¿qué le harían?

Tras esas dudas el miedo se hizo más fuerte, cobró tanta vida que perdió el dominio de su cuerpo y empezó a temblar sin control; terribles espasmos la recorrían desde los dedos de los pies hasta la cara, una sensación que nunca había sentido. En su rostro se sucedían tics, productos de los nervios, atacados por el terror.

Trataba de consolarse a sí misma pensando en que por lo menos todavía estaba viva, que podía escuchar su respiración y el latir enloquecido de su corazón, eso era buena señal; sin embargo, una parte de ella le gritaba que iba a vivir cosas horribles, cosas inimaginables, que por más que suplicara que lo hicieran rápido no se compadecerían de ella; que todo iba a ser lento y difícil, e iba a desear estar muerta.

Estaba viviendo esa pesadilla que jamás imaginó podría alcanzarla, en ese instante sabía que tener a Vidal tras las rejas no era el fin del terror, que algo más grande estaba tras todas esas mujeres que sufrieron ese destino que a ella le esperaba.

Imaginó el dolor en sus seres queridos, la impotencia de su padre y la desesperación de Alexandre.

«Papi..., por favor papi..., ven a buscarme». Pensó con las lágrimas corriendo por sus sienes.

Trató de recrear un momento en que su padre llegaba a rescatarla, y le fue imposible que los sollozos se ahogaran en su garganta. Suplicaba por escuchar la voz de su padre o la de Alexandre; incluso, quería escuchar su propia voz, para no sentirse tan sola ni aterrada, pero estaba sola con sus atormentados pensamientos.

Como si sus deseos se hubiesen cumplido escuchó el sonido de una puerta al abrirse, pero el terror se desató por cada molécula de su ser y anheló estar sola de nuevo, podía sentir la presencia de alguien ahí, y todo su cuerpo volvió a temblar; todos sus sentidos se pusieron alerta y juraba que su corazón no iba a resistir un segundo más; sin embargo, seguía latiendo, haciéndole vivir esa espantosa situación.

Escuchó los pasos acercarse a donde ella estaba acostada, empuñó fuertemente las manos y tiró hacia abajo, querido sacarlas de las esposas, pero sabía que sería imposible y solo se estaba lastimando más.

Podía sentir claramente la presencia de alguien parado junto a la cama, podía escuchar su pesada respiración, y ni siquiera podía gritarle que se largara.

El suave toque de las yemas de unos dedos se posó en una de sus rodillas, pero para ella era como si le estuviesen abriendo la piel con hojillas; su espalda se arqueó y todo su cuerpo entró en tensión.

No iba a permitir que la tocaran, no iba a permitir que pusieran sus sucias manos encima de ella, por lo que empezó a mover las piernas; lo poco que podía las flexionaba y estiraba con violencia, tan fuerte, que los grilletes en sus tobillos empezaron a pelarle la piel.

—Tienes que calmarte —habló alguien a través de un modulador de voz, era un tono terrorífico, de esos comunes en las películas—. Si te pones histérica será peor, solo mantén la calma si quieres salir con vida de aquí. — La sostuvo por las rodillas, apretándolas con fuerza, dejándole saber que era quien tenía el poder.

Era mentira, Elizabeth sabía que era mentira, que ya no saldría de ahí, que lo último que vería sería ese trapo negro; quiso seguir moviéndose, pero las grandes manos le apretaban con mucha fuerza las rodillas.

—Desde este momento tendrás que obedecerme, hacer todo lo que yo te pida... —dictaba sus órdenes y Elizabeth negaba desesperadamente con la cabeza—. ¿Tienes sed? —preguntó.

Elizabeth se quedó muy quieta, claro que tenía sed, se estaba muriendo de sed, pero volvió a negar con la cabeza porque no quería absolutamente nada que viniera de sus raptores.

—Sé que sí, que te mueres por un vaso de agua, pero no te lo daré hasta que digas que obedecerás a todas mis peticiones. —La apretó un poco más, pero después la soltó.

Elizabeth jadeó de alivio, pero solo ella sabía que había hecho eso, ya que la cinta en su boca estaba muy apretada y no le permitía hacer nada. Sintió los pasos alejarse y una vez más la puerta emitió un sonido amortiguado.

Una vez más estaba sola, inmediatamente su pecho se agitó ante el llanto que se tragaba; su cuerpo empezó a temblar como si tuviera frío, pero lo cierto era que tenía demasiado calor, estaba sudando y respiraba el aire viciado y caluroso dentro de la capucha.

Las lágrimas no dejaban de correr por sus sienes y seguía pensando que ese era su fin, en ese lugar desconocido y del que no se hacía la más remota idea de cómo era.

Thor no conseguía salir de la conmoción y la molestia, entretanto esperaba a que Ian le contestara; no quiso llamar a Samuel porque sabía que debía estar demasiado perturbado como para atender el teléfono.

—¿Cómo demonios es que secuestran a Elizabeth y me entero por las noticias?
—reprochó muy molesto, sin dejar que su hermano hablara—.

¿Crees que es justo? —rugió con las lágrimas al filo de los párpados.

—Thor, no hemos tenido tiempo para informar, nuestra prioridad ahora es encontrarla.

—Soy su tío, soy parte de la familia... Todos allá y nadie pudo decirme nada.

—Lo siento hermano, pero no hemos tenido tiempo para nada, estamos tratando de encontrarla cuanto antes —explicó, consciente de que Thor tenía todo el derecho a estar molesto.

—¿Sabes algo de quién se la llevó y por qué? —interrogó, comprendiendo que nada conseguiría con seguir juzgando el proceder de sus familiares. Tampoco quería bombardearlo a preguntas, porque ya lo que necesitaba saber las noticias se lo habían dicho, aunque realmente no conseguía saber cómo era que se habían llevado a su sobrina en plena celebración del desfile con tanta

gente rodeándola.

—No, todavía nada, pero la búsqueda se ha iniciado.

—¿Están seguros de que es un secuestro?

—No, todavía no podemos confirmarlo, porque hasta el momento no nos han contactado ni pedido rescate.

—Necesitamos encontrarla, no podemos permitir que le pase nada malo —murmuró Thor con las lágrimas nadando en la garganta, pero tratando de mantenerse fuerte.

—Lo haremos, sé que sí —respondió Ian, tratando a convencerse a sí mismo con lo que acababa de decir.

—Voy saliendo para allá.

—Está bien —hablaba Ian caminando con gran energía por el pasillo de la comisaría, donde Samuel estaba reunido con la División Antisecuestros de la Policía Civil.

Thor terminó la llamada sin poder deshacerse de la preocupación y el terror. Megan quería acompañarlo porque estaba destrozada con toda la situación de su niña. Elizabeth era como su hija, su primera niña a la que adoraba, pero Thor no podía llevarla con él a Río, porque entonces tendrían que viajar con los niños, y en la situación en la que se encontraba la familia no sería apropiada la algarabía de sus hijos en un ambiente con tanta tensión.

Le prometió que en todo momento la mantendría informada, para que pudiera estar más tranquila, aunque sabía que solo encontraría calma cuando Elizabeth apareciera sana y salva.

Se despidió de sus hijos mientras se tragaba las lágrimas que la impotencia y el miedo formaban en su garganta, se iba con la incertidumbre latiendo; sabía que al regresar las cosas podrían ya no ser las mismas, pero también iba dispuesto a luchar por su niña, su linda mariposa, esa que le brindó consuelo y fue esa compañía que mantuvo su matrimonio a flote por ocho años.

Amaba conducir, sentir el volante en sus manos y pisar el acelerador, pero estaba demasiado perturbado y con muchas cosas girando en su cabeza como para cometer la imprudencia de conducir hasta el aeropuerto, por lo que le pidió a uno de los choferes que lo llevara.

Alexandre estaba sentado en aquel escalón donde una vez su vida terminó, donde una bala fría se llevó todos sus sueños y anhelos; esa bala inesperada que le arrancó su inocencia y su mejor parte.

Aunque no lo quisiera era imposible no revivir ese momento, no ver cómo en aquel callejón su primer y más grande amor quedó con la mirada fija en la nada; habían pasado tantos años, pero seguía doliendo igual. Era una vil mentira eso de que solo el tiempo le ayudaría a sanar el alma herida, por experiencia sabía que las heridas del alma no tenían cura, que solo se aprendía a vivir con ellas, con el dolor y la ausencia, pero no había nada que las hiciera superarlas.

Su mirada estaba borrosa por las lágrimas contenidas, pero totalmente fija donde cayó el cuerpo de Branca y no volvió a levantarse jamás; en ese lugar estaba preparándose para convertirse en quien debía ser para poder rescatar a Elizabeth, si era preciso volver a morir en ese lugar y revivir sin alma, como un ser sin escrúpulos, dispuesto a hacer cualquier cosa más allá de lo imaginado para poder sacar a su mujer del infierno al que sabía se la habían llevado.

Él no iba a esperar a que las leyes hicieran su parte, tenía un compromiso con ella, pero sabía que ellos no eran tan eficientes como él lo necesitaba en ese momento, porque los cuerpos policiales se guiaban por ciertos protocolos, a los cuales él no estaba dispuesto a apegarse.

Antes de que eso sucediera estaba ahí para pedirle perdón a Branca, porque iba a traicionarla, porque él mismo iba a traicionarse al buscar ayuda en quienes una vez lo dejaron muerto en vida, en esos que por culpa de la ambición acabaron con alguien inocente. Pero sabía que no había nada en las favelas que ellos no supieran, conocían el más mínimo detalle de la vida de muchas personas, mucho más de lo que podría saber la policía; ellos conocían

el secreto mejor guardado de quien menos se lo imaginara, bastaba con pronunciar un nombre delante de ellos y podrían decir con exactitud hasta cuántas veces cagaba al día.

No sabía si iba a salir vivo de esa, pero daba igual si no lograba encontrar a Elizabeth, así que iba a arriesgarse y a jugar la única ficha que tenía.

Inhaló profundamente, inflándose el pecho de valor, después exhaló sus temores. Se levantó, se dio media vuelta y empezó a subir los escalones de ese callejón, pasó por la que había sido su casa, donde vivió algunos de los momentos más felices de su vida, pero también los más tristes, acarició con las yemas de sus dedos la puerta de metal que seguía siendo la misma y continuó con su camino.

Anduvo por los callejones de Rocinha, adentrándose cada vez más en sectores a los que pocos podían llegar; ahí, parado en lo alto de un escalón y abrazado a su fusil como si fuese su religión estaba Neymar, esperando con la gran sonrisa de quien no tenía conciencia, de quien no le importaba cuántas vidas apagara, igual lograría dormir tranquilo.

—Hermano. —Empezó a bajar las escaleras trotando, mientras que Alexandre daba pasos estudiados—. Ya hablé con mi jefe y aceptó verte y ofrecerte su ayuda, pero tendrás que ofrecerle una colaboración. —Ellos no se andaban con rodeos y cuando tenían que decir algo no titubeaban.

—Está bien, ¿crees que en serio me ayude?

—Claro que sí, ya verás cómo vamos a encontrar a tu mujer... ¿Vienes armado? —preguntó mirándolo a los ojos.

—Sí, solo por precaución.

—Será mejor que la dejes conmigo.

Alexandre se sacó el arma de la espalda donde la tenía ajustada con el cinturón de sus vaqueros y a ojos cerrados se la entregó a Neymar, sabía que él la cuidaría muy bien.

El niño la revisó, percatándose de que estaba cargada, y después se la ajustó en la cintura de la bermuda de estampado tropical que llevaba puesta.

—¿Listo? —Le preguntó.

—Sí, quiero encontrar a Elizabeth cuanto antes. —Él confiaba, porque sabía que lo de ellos era la droga, manejar el mercado y gobernarlo, también sabía que eran demasiado inteligentes como para cometer la estupidez de secuestrar a la nieta de Reinhard Garnett.

Neymar silbó y prácticamente de la nada aparecieron tres hombres, Alexandre no pudo evitar tensarse al ver que uno de ellos traía en la mano una capucha estilo capirote en negro.

—Esto será necesario. —Le dijo Neymar.

Alexandre asintió con la cabeza y respiró profundo, tratando de hacerlo de manera imperceptible. Uno de ellos empezó a revisarlo, tanteó cada parte de su cuerpo. Una vez seguro de que no llevaba nada encima, el otro le puso la capucha y quedó totalmente indefenso, como si no fuese suficiente tiraron de un cordón y la prenda se ajustó en su cuello; necesitaban asegurarse de que no pudiera ver absolutamente nada.

—Andando.

Alexandre estuvo seguro de que la voz de quien le pidió que avanzara no era la de Neymar.

—Con cuidado hermano. —Era el niño el que le pedía precaución.

Alexandre sabía que era necesario, porque no podían mostrarle cómo llegar a la casa del dueño del Morro a nadie que no perteneciera a su organización.

Él arrastraba los pies para poder avanzar sin terminar de bruces en el suelo, el corazón le martillaba fuertemente, pero no era de miedo sino de expectación y ansiedad.

Tenía muy poco oxígeno dentro de esa capucha que ya lo estaba haciendo sudar; sin embargo, no debía preocuparse por eso, o de lo contrario terminaría

asfixiándose; si se ponía nervioso se consumiría el aire más rápidamente.

Estaba concentrado en contar los pasos, pero los hombres a su lado parloteaban y le hacían preguntas con la única intención de no permitirle concentrarse en eso.

Después de casi media hora de andar, probablemente en círculo, para despistarlos, escuchó más voces y el sonido de algún portón o puerta de hierro.

Lo instaron a subir más escaleras y escuchó música funk a un volumen moderado, proveniente de algún lugar cercano, también escuchó la risa de un niño de no más de cuatro años, era demasiado infantil y le recordaba a la de Jonas.

Agradeció haber entrado en algún lugar donde había aire acondicionado, pero poco tiempo después volvió a ser cálido.

—Hemos llegado —dijo Neymar para que se quedara quieto.

Alexandre sintió cómo le aflojaban el cordón que le rodeaba el cuello y agradeció el aire fresco que inmediatamente se coló dentro de la capucha, tragó en seco, preparándose para el esperado y necesario encuentro.

Al sentirse liberado lo primero que hizo fue parpadear para tratar de aclarar la vista, nada lo había preparado para lo que tenía frente a sus ojos.

Sabía que los narcos en las favelas vivían cómodamente, pero jamás pensó que lo hacían como reyes.

Se pasó la mano por la frente para quitarse los pelos que se le habían pegado por el sudor, mientras trataba de asimilar ese momento en el que tenía frente a sus ojos al mismísimo dueño del Morro de Rocinha, metido en una piscina al mejor estilo romano, pilares y pisos de mármol, el techo era una cúpula de vitrales, que estaba seguro eran blindados.

El hombre debía estar en los tempranos cuarenta, de tez morena y con los suficientes cordones de oro colgando de su cuello, con los que podría alimentar a toda Rocinha por una semana.

—Bienvenido Alexandre —dijo el hombre sumergido en el agua que le llegaba hasta el pecho—. Siéntete en casa —anunció acercándose al borde de la de lujosa e inmensa piscina.

—Gracias señor. —No tenía opciones, sabía por Neymar que al tipo le gustaba que lo trataran con respeto.

—Ven aquí, acércate. —Le pidió, haciendo señas con una mano, por lo que Alexandre avanzó un par de pasos—. Más cerca.

Alexandre se acuclilló y mantuvo el aplomo, no podía acobardarse porque podrían pensar que su visita al lugar era por otro motivo y no por el que había dicho. Así que lo miró a los ojos, pudiendo darse cuenta de que no había compasión en ellos.

—Así que quieres encontrar a tu mujer... —habló manteniendo la mirada de Alexandre.

—Así es señor, ha sido secuestrada. Yo pienso que ha podido ser por mi culpa, tengo asuntos pendientes con unos proxenetas de Vila Cruzeiro.

—¿Cuáles son esos asuntos?

—Ya una vez intentaron llevársela de aquí, pero lo impedí y... — Alexandre esquivó la mirada apenas unos segundos, pero volvió a ponerla en las pupilas del hombre—, herí a uno de ellos... Desde ese momento todo fue una cadena, me buscaron y se cobraron lo que había hecho; ahora ese hombre está muerto, pero sé que no trabajaba solo y que quizá han sido sus secuaces los que se llevaron a mi mujer.

—Supongo que Neymar te dijo que no acepto a nadie en mi casa sin antes saber absolutamente todo de quien me visita.

—Lo sé señor.

—Entonces sabes que sé perfectamente quién es tu mujer —comentó y Alexander afirmó con la cabeza—. Bien. —Suspiró—. He visto las noticias, como comprenderás, tengo que estar al día con los problemas de la ciudad, y

he visto que la familia de tu mujer está moviendo cielo, mar y tierra por encontrarla... También sé que trabajas para la policía y que tus amigos no me agradan para nada.

—Lo sé señor, pero solo soy fotógrafo forense, no tengo que ver con nada más... Soy de la comunidad...

—Sí, también sé de tu mujer, la que murió por una bala fría... Y de tu hija y tu nieto..., de tus padres en Niterói y de tu hermano... Sé también que no se llevan muy bien.

Alexandre no pudo evitar empezar a sentirse nervioso, sabía que eso no era un simple comentario, era una advertencia para que supiera que si se equivocaba en algo, por mínimo que fuera, las consecuencias las pagarían sus seres queridos.

—Así es señor, a pesar de ser gemelos desde muy jóvenes dejamos de llevarnos bien, cosas de familia. —Le sonrió apenas perceptiblemente, en un intento de esconder sus nervios.

—Como decía, si la familia de tu mujer ya está haciendo todo lo posible por encontrarla, ¿por qué estás aquí y no vas con ellos y les cuentas tus temores?

—Lo acaba de decir. Eso lo está haciendo su familia, todo coordinado por el padre de ella, a quien no le agrado en absoluto y no me dejará participar en la búsqueda... La policía también se rige por ciertos parámetros, en los que pierden el tiempo... Van a querer comprobar la veracidad de mis palabras, van a interrogarme y mucha mierda más... Y sabemos que los proxenetas no esperan, ellos necesitan producir cuanto antes.

—¿Qué esperas de mí?, ¿en qué crees que puedo ayudarte?

—Permiso, quiero su permiso para buscar a unos de los que están en el Comando Vermelho y tratar de sacarle información, quizá requiera la ayuda de uno o dos de sus chicos, ya que mi intención no es morir en el intento, y sé que aventurarme solo sería una estupidez.

—Bien, hagamos una cosa Alexandre... Me siento en deuda contigo por lo que

pasó hace tantos años... En ese entonces no era mi responsabilidad, sino de mi padre... Pero debes tener presente que no se puede asegurar si esa bala fue nuestra o de ellos, cada bando estaba disparando y ambos contamos con los mismos pertrechos militares —argumentó el hombre.

Alexandre tragó en seco, sintiendo odio, con ganas de estrellarle la cabeza contra el maldito mármol y hacerle añicos el cráneo, pero sabía que lo estaba probando, y era mejor no darle la excusa perfecta para que lo mataran.

—Eso no tiene que ver...

—Para mí sí, es por esa razón que te voy a prestar ayuda... Asignaré a dos de mis chicos para que te acompañen al Comando Vermelho, los más sanguinarios, de esos que saben sacar el secreto mejor guardado... Son expertos en hacer que rompan juramentos y escupan lo que tengan que escupir... Será como un presente para ti... Pero si tienen que salir de nuestro terreno a sacarle la mierda a quien sea... —advirtió, porque sabía que eso se movía entre dos favelas e ir a Vila Cruzeiro para ellos no estaba permitido, y romper la regla entre los narcos podría desatar una guerra—, tendrá su valor, que será un tanto considerable.

—¿Cuánto? —preguntó ansioso.

—Ahora no hablemos de eso, primero lo primero... Si cuentas con suerte, quizá no necesites nada más.

—Estoy de acuerdo.

—Bien, entonces vuelve a tu bonito apartamento en Copacabana y regresa por la noche, que hoy vas a divertirte. —Le dijo con una sonrisa, después se impulsó hacia atrás y empezó a nadar al otro extremo de la piscina.

Volvieron a ponerle la capucha y a ajustársela al cuello, de la misma manera lo sacaron del lugar y lo dejaron en mucho menos tiempo donde lo habían recogido.

CAPÍTULO 44

Al bajar del avión, lo primero que Luck hizo fue comprar un periódico, para ver si se encontraba con buenas noticias, pero realmente no había nada alentador, quizá porque tan solo habían pasado trece horas desde que Elizabeth había desaparecido, aunque para él había parecido una eternidad.

El taxi se detuvo frente a la mansión Garnett y él todavía no se había comunicado con nadie para informarle de su llegada, por lo que tuvo que llamar a Oscar para que le avisara a los de seguridad que lo dejaran pasar; en menos de un minuto se abrieron los portones y concedieron el acceso.

Pagó por el servicio y bajó, cargando consigo un maletín en el cual metió unas pocas prendas de vestir. Pensó que todas las lágrimas de preocupación las había derramado durante el vuelo, pero una vez más estaban ahí, haciendo remolinos en su garganta.

Oscar salió a recibirlo, el chico que solía ser muy poco expresivo al verlo lo abrazó con fuerza, tanta, que le recordó a los de Elizabeth.

—Gracias por venir, mamá te necesita —dijo Oscar.

Luck retenía las lágrimas al filo de los párpados y se tragaba otras tantas.

—¿Dónde está?

—Hace un rato se quedó dormida, pensé que nunca lo haría, no ha parado de llorar... Tuvimos que darle un somnífero sin que se diera cuenta.

—Entonces será mejor dejarla dormir... ¿Y Violet?

—Está viendo una película en compañía de Hera, si quieres puedes ir con ellas.

—Sí, quiero verla.

—Luck —dijo recibéndole la maleta—, ella no sabe nada.

—Está bien, seré cuidadoso... ¿Qué han sabido? —preguntó con un gran nudo de nervios que casi no le permitía hablar.

—Nada, la están buscando, pero todavía nada... —Le esquivó la mirada que se le inundaba en lágrimas.

—¿Cómo está tu padre?

—No lo sé, no vino en todo el día, desde que se llevaron a Eli no lo hemos vuelto a ver.

—Imagino que debe estar a punto de enloquecer —comentó.

—Creo que todos estamos así... —El labio le temblaba por el llanto contenido, pero no lloraba, ya también lo había hecho lo suficiente y debía mostrarse fuerte, porque su madre lo necesitaba sereno.

Luck solo afirmó con la cabeza.

—Pediré que te lleven algo de comer a la sala de cine, debes estar hambriento.

—No, gracias. Realmente no tengo apetito... Voy con Violet —comentó y caminó al lugar, pues sabía moverse muy bien dentro de la mansión.

Entró a la gran sala con butacas en tono burdeos y la gran pantalla que transmitía una película infantil, la iluminación del filme le ayudó a encontrar a la niña donde estaba sentada al lado de Hera.

Caminó, tratando de ser silencioso, y se sentó al lado de la pequeña, quien al verlo no pudo evitar emocionarse.

—¡Hola Luck! ¡¿Qué haces aquí?! ¡¿Cuándo llegaste?!... No te esperaba —parloteaba feliz.

—Vine a visitarte, no fue suficiente la semana pasada... —dijo sonriente—. Recuerda que no pudimos ir a surfear y prometiste que me enseñarías.

—Claro, sí... Me encantaría enseñarte, a mí me enseñó Alexandre.... ¡Él es el mejor en el mundo! —dijo exagerando de manera graciosa.

—Entonces aprenderé de la mejor que aprendió del mejor... Pero ahora sigamos viendo la peli, ¿te parece?

—Sí, está muy entretenida, si quieres le digo a Hera que la ponga desde el principio.

—Estoy aquí desde que iba comenzando. —Mintió, porque sabía que no podría estar pendiente de nada más que de los miedos que asechaban en su cabeza.

—Hola Luck, gracias por venir —dijo Hera, quien evidentemente también había estado llorando.

—Tenía que hacerlo —susurró dedicándole una mirada que decía todo eso que debía callar por la presencia de la niña.

Samuel se había pasado todo el día de un lado para otro, tratando de mover sus influencias para poder dar con su hija cuanto antes, aunque cada minuto que pasaba sin encontrarla hacía aumentar su impotencia y su miedo.

A su lado en todo momento había estado Ian, también valiéndose de sus contactos para que Elizabeth fuese la prioridad; ambos parecían estar totalmente cargados de adrenalina, no paraban, no sentían cansancio ni hambre.

Cuando se cumplía la hora catorce de la desaparición, él estaba reunido con el teniente coronel del Batallón de Operaciones Especiales, pautando para hacer una redada en las favelas.

Empezarían por Rocinha, porque Samuel expresó su gran preocupación al informarles que su hija había visitado dicha favela en busca de rodas de

Capoeira, posiblemente algunos de los miembros podían formar parte de alguna organización de secuestradores o habían vendido información sobre ella.

Consideraba que se la habían llevado del Sambódromo porque no había vuelto a la favela y seguramente desde hacía tiempo le seguían los pasos.

El teniente René Gonçalves empezó a hacer muchas preguntas referentes a Alexandre Nascimento, para él podía ser un posible sospechoso, pero en contra de todos los preceptos, Samuel lo defendió; y ni él mismo supo por qué.

Decidió darle un voto de confianza y no encerrarlo por el momento, todavía guardaba la esperanza de recuperar a su hija sana y salva esa misma noche.

—Entonces voy a preparar a mis muchachos, sabe que esto toma tiempo.

—Le dijo el teniente.

—Lo sé, pero recuerde que precisamente es eso lo que no tenemos. Le agradezco pueda colaborar y hacer todo lo más rápido posible.

Samuel había estado tan ocupado y tan tenso que ni siquiera le había quedado tiempo para asimilar nada. No había llorado, no se había lamentado y el terror no lo había paralizado, en ese momento era más un robot que un hombre.

Su teléfono volvía a vibrar una vez más en el bolsillo de su pantalón, ya había perdido la cuenta de cuántas veces lo habían llamado, y no dejaba llamadas sin atender, porque creía que en cualquier momento los secuestradores podrían comunicarse con ellos para exigir una cantidad por el rescate.

Su teléfono estaba por apagarse, no pudo evitar lamentarse, pero vio que el teniente tenía uno igual.

—¿Por casualidad tiene un cargador aquí?

—Sí. —El hombre abrió el primer cajón a la derecha de su escritorio y lo sacó.

Samuel lo recibió, se levantó y caminó al tomacorriente más cercano que le

había señalado el hombre, le tocó acucillarse para conectarlo y quedarse así para atender.

—Buenas noches —habló con precaución y con el corazón saltándole desafortadamente en la garganta, como siempre le pasaba que atendía la llamada de un número desconocido.

—Buenas noches señor Garnett. —Le habló una mujer en portugués, pero con un acento que marcaba mucho el inglés.

—Él habla, ¿en qué puedo servirle?

—Señor, le estamos llamando de la embajada de Estados Unidos en Brasil, lamentamos la situación por la que está pasando.

—Gracias.

—Suspiró

ante

la

condescendencia

del

gobierno

estadounidense, pero realmente no tenía mucho que decir.

—Como nación estamos comprometidos con nuestros ciudadanos, más que usted es un eje fundamental de nuestra justicia como Fiscal General del Estado de Nueva York, y tomando en cuenta que su hija es también ciudadana estadounidense, queremos prestarle toda nuestra colaboración.

Razón por la cual en este momento se está organizando un equipo de fuerzas especiales para que esté a sus servicios y los apoye en la búsqueda. Si está de acuerdo podrán trabajar en conjunto con las fuerzas policiales brasileñas, solo nos lo hace saber y enseguida estarán con ustedes.

Samuel sabía que cualquier intervención por mínima que fuera podía ser la diferencia entre rescatar a su hija con vida o encontrarla demasiado tarde, por lo que jamás rechazaría ningún tipo de ayuda.

—Sí, estoy de acuerdo... Solo quiero encontrar a mi hija cuanto antes — dijo apretándose el tabique con los dedos, deseaba que esa pesadilla terminara de una vez por todas.

—Lo entiendo, en las próximas horas un equipo estará poniéndose en contacto con usted.

—Agradezco que tomen en cuenta la situación por la que está pasando mi familia.

La comunicación terminó y a pesar de que contaría con más ayuda eso no lograba sosegarlo, nada lo haría hasta que no volviera a tener a Elizabeth entre sus brazos.

Volvió a poner toda su atención en el teniente del BOPE, que esa misma noche coordinaría la entrada de un equipo a Rocinha y otro a Vidigal; no descansaría hasta que buscaran en cada rincón de las favelas, y esperaba que al día siguiente lo hicieran en dos más.

Quería ir con ellos, deseaba poder estar en todas partes, estar al lado de cada

policía que buscaba a su hija, pero no se lo permitían; no le quedaba otra cosa que quedarse mirando cómo se organizaban y lo dejaban por fuera de toda decisión que tomaban para rescatar a su niña. No podía evitar sentirse impotente por no hacer más que eso, pero lo que menos quería era entorpecer el trabajo de quienes sabían lo que hacían.

Alexandre conducía a toda prisa, esquivando autos e infringiendo algunas leyes de tránsito, probablemente se ganaría algunas multas, pero no era eso precisamente lo que le preocupaba en el momento.

A pesar de que quería dejar su mente en blanco y mantener sus emociones bajo control, era imposible no recordar a cada instante que la mujer que amaba estaba desaparecida, cuando había un extraordinario despliegue policial por toda la ciudad, no había punto muerto, por todas partes se escuchaban las sirenas de los autos policiales, incluso en su trayecto se topó con algunos que pasaban a su lado con un arsenal como si fueran a una guerra, también habían retenes en la mayoría de las esquinas, donde paraban a todo el mundo para revisar y pedir documentación.

Todo un despliegue que lo único que hacía era alertar a la nación y poner nerviosos a los malditos que tenían a Elizabeth; él sabía que si los alteraban podían buscar la manera más fácil y rápida de deshacerse de ella, por eso odiaba todo el maldito circo que coordinaba la familia Garnett, con el cual solo pretendían mostrar su poder e intimidar, pero no estaban haciendo más que ponerla en riesgo.

Entró al apartamento donde una vez más se había permitido soñar con un futuro. No ser recibido por ella le estrellaba en la cara que iba a ser muy difícil, pero no quería resignarse a eso, no iba a darse por vencido, ni siquiera iba a pensar en cómo lo estaría pasando Elizabeth, porque si lo hacía, se llenaría de impotencia y terminaría perdiendo la fuerza que en ese momento lo motivaba.

Caminó hasta la cocina, buscó en la nevera y se hizo con dos latas de bebidas energizantes, con las que se fue al comedor, destapó una y se la tomó casi de un solo trago.

Exhaló mientras se obligaba a no pensar, sabía que esa soledad a la que estaba muy bien acostumbrado antes de que llegara Elizabeth iba a matarlo.

Se sacó el teléfono del bolsillo del vaquero y remarcó la última llamada que había realizado.

—Hola amor —saludó a Luana, quien le contestó al primer repique.

—¡Papá! ¿Estás bien? Por favor, dime que estás bien —hablaba sin respirar, demostrando su angustia.

—Estoy bien cariño, no te preocupes.

—Papi, por favor. —Chilló por lo asustada que estaba—. Júrame que pensarás en mí por favor... Papi, piensa en cuánto te necesitamos Jonas y yo...

—Luana, cariño..., mi niña, pienso en ti en todo momento, ya no llores, te juro que estoy bien, que estaré bien.

—¿Puedo ir contigo? Quiero estar contigo, hacerte compañía.

—En este momento no es conveniente mi vida, ahora mismo estoy muy ocupado y no quiero que estés sola aquí...

—Puedo quedarme sola, puedo esperarte en el apartamento, te voy a preparar tus comidas...

—Sé que estás muy preocupada por mí, pero quiero que sepas que no existe razón alguna por la que debas temer, te quiero y no te abandonaré...

No lo haré, estoy siendo sensato porque pienso en ti y en Jonas..., pero debes creer en mi palabra —hablaba tratando de tranquilizarla, pero lo cierto era que no tenía la seguridad de nada.

—¿Vendrás a verme mañana? Solo para asegurarme de que estás bien.

—Prometo que iré a verte... Lo haré por la tarde —condicionó.

—¿Has tenido noticias de Eli? —preguntó, no quería herir a su padre, pero

también estaba demasiado preocupada por su amiga.

—No... —Hizo una larga pausa, mientras escuchaba sus emociones y doblaba la impotencia—. Todavía no.

—Estoy segura de que va a aparecer, ella es muy fuerte...

—Lo sé cariño, por eso me enamoré de ella.

—Y tú también lo eres, vas a superar todo esto papi.

Alexandre cerró los ojos, le encantaba que su hija lo llamara así, le renovaba las fuerzas. Agarró la lata y le dio un gran trago, terminando con el contenido.

—Lo haré princesa... Ahora tengo que dejarte, dale un beso a Jonas de mi parte.

—De acuerdo... ¿Papi?

—¿Sí?

—Te quiero mucho, recuerda que eres mi persona favorita en el mundo.

—Tú también la mía.

Terminó la llamada, volvió a mirar a la nada y bebió un poco más de la otra lata de Red Bull. Sus pensamientos no eran muy claros, deseaba concentrarse en lo que haría esa noche, pero también se le atravesaba en el pensamiento la sonrisa de Elizabeth.

Miró la cámara que había dejado sobre el sofá cuando Moreira lo llevó por la mañana al apartamento. Se levantó del comedor, llevando consigo la lata y se dejó caer sentado al lado de la cámara.

La agarró, todavía tenía batería, y sin poder controlar sus deseos de mirar a su mujer empezó a ver las fotos, lo hizo desde el inicio. En esa memoria solo tenía las de esa madrugada.

En la primera aparecía ella lanzándole un beso, el cual echó a volar al lente,

quedó perdido en esa mirada tan cristalina, esos labios por los cuales él podía matar y esa chispa que solo su Elizabeth tenía, esa chispa que iluminó su oscuridad y fue suficiente para guiarlo hasta la claridad.

Siguió pasando una tras otra, en todas lucía perfecta; sin darse cuenta se estaba hundiendo en las arenas movedizas de la impotencia y la desesperación.

Decidió luchar contra todo eso y dejar de lado la cámara, se hundió más en el sofá, dejando descansar la cabeza hacia atrás sobre el respaldo y fijó la mirada en el techo.

Inevitablemente el pecho se le agitó ante las emociones que lo torturaban, tuvo que dejarlas salir en medio de una ráfaga de sollozos; se cubrió el rostro con las manos, intentando esconder su desesperación de él mismo, pero no hacía nada más que llorar, aunque también ese llanto le estaba dando las fuerzas para afrontar todas las situaciones que se le venían encima.

Fue el teléfono intercomunicador del edificio el que lo rescató de ese momento en el que estaba asimilando lo que estaba pasando, no quería contestar, pero bien sabía que tenía que hacerlo, debía estar atento, porque si se permitía soñar, sería alguien de la familia de Elizabeth que vendría a avisarle que la habían encontrado y que ella quería verlo.

Se levantó y corrió al teléfono.

—Buenas noches —habló con el corazón en la garganta.

—Buenas noches señor Nascimento, lo busca el señor Moreira —avisó el hombre de recepción.

Alexandre exhaló, sintiendo que sus esperanzas volvían a estrellarse aparatosamente contra el suelo; se pasó una mano por el rostro y habló.

—Permítale pasar por favor. —Colgó, se pasó ambas manos por la cara y se las limpió en el vaquero.

Se preguntaba por qué demonios Moreira no lo había llamado, sino que se le aparecía así de la nada. ¿Acaso pensaba igual que Luana?, ¿que era tan débil

como para no luchar y rescatar a su Elizabeth? ¿En serio pensaban que iba a rendirse antes de encontrarla?

En cuanto escuchó el timbre caminó a abrirle a su más leal amigo, quien entró sin que le diera permiso y le palmeó un hombro.

—¿Tienes noticias? —preguntó Moreira—. Pensé que estarías en casa de los Garnett.

—Todavía no sé nada, ¿y qué parte de que mi suegro no me tolera aún no entiendes? —ironizó de camino al sofá.

—Supuse que en un momento como este podrían limar asperezas y unir sus fuerzas para encontrarla —comentó, siguiéndolo como si fuera su sombra.

—Para Samuel Garnett soy un cero a la izquierda —masculló desplomándose en el sofá.

—Es tu momento para demostrarle lo contrario y que estás dispuesto a dejar el pellejo por tu mujer...

—Lo estoy haciendo, pero a mi manera... No quiero ser parte de todo el circo policial y mediático, que bien sabemos no es bueno para los nervios de los captores.

—Cobra, están haciendo lo posible, es una medida de presión... Eso los asustará y terminarán dejándola en algún punto de la ciudad... Ya verás. — Lo alentó, palmeándole un hombro.

—¿Viva? ¿Crees que van a dejarla sin un rasguño y fin del cuento? — Bufó, quizás él conocía más el proceder de los delincuentes. Ellos no se regían por ninguna ética, no eran como la policía, actuaban y ya; no tenían conciencia, porque no iban a ver a Elizabeth como a una persona, sino como a una mercancía a la que antes de perderla preferirían arruinar.

—Puede que antes de que la dejen los atrapen, has sido testigo de muchos rescates exitosos...

—Moreira, no quiero ser pesimista, pero más han sido los frustrados, y todo

porque se precipitan, porque juegan con la vida del rehén y todo por no hacer las cosas lo más cautelosa posible... Siempre he creído que este tipo de despliegue solo pone un paso por delante a los delincuentes, ya que la policía muestra las cartas antes de tiempo, sin mencionar a la maldita prensa, que no hace más que meter el dedo en la llaga.

—Posiblemente tengas razón en algunas cosas, pero si no es con la policía, si no es con todo este circo, como tú lo llamas, ¿con qué van a contar para rescatarla?... ¿Lo harás por ti mismo? Déjame decirte que esos súper rescates de un solo hombre que se enfrenta a una organización y sale victorioso es un patético invento hollywoodense. —Trató de ser lo más claro posible, porque sabía muy bien las estupideces que podían pasar por la cabeza de Alexandre.

—Lo tengo claro, sé que la policía es fundamental... Con lo que no estoy de acuerdo es con la manera en que lo están haciendo, solo falta que manden al BOPE a peinar las favelas.

—Bueno, tu deseo ha sido concedido, si un día ser fotógrafo forense no te da lo suficiente para pagar las cuentas podrías incursionar como analista, porque el BOPE entrará esta noche a Rocinha y a Vidigal —informó.

—¿Estás

seguro?

¿Cómo

lo

sabes?

—preguntó,

sintiéndose

repentinamente nervioso ante la seguridad de saber que sus planes acababan de arruinarse.

—Sí, eso fue lo que me informó Carvalho, el padrino de mi sobrina... Me llamó para disculparse porque no podría llevarla a cenar en McDonalds, como se lo había prometido, porque estará en una operación esta noche en esas favelas... Y no tengo que ser adivino para saber el motivo.

Alexandre sintió ganas de salir corriendo, pero sabía que cualquier movimiento que hiciera podría alertar a Moreira, así que tuvo que fingir no preocuparse.

—Te lo dije, no hacen más que cagarla. —Se pasó una mano por el pelo y se lo agitó ligeramente en un intento por ocultar su desesperación—.

Entonces, supongo que te tocará cenar en McDonald.

—Así es, me ofrecí a cubrirlo por esta vez.

—Entonces no llegues tarde. —Le palmeó un hombro en señal de despedida—. Tienes una cita muy importante... Por cierto, ¿has sabido algo de la niña desaparecida?

—¿Karen?, no, todavía... Las pistas han sido insustanciales... El único móvil que se manejaba era que el padre la había secuestrado, pero con el hombre muerto todas las teorías se vinieron abajo... Presumimos que se trata de una venganza, pero la madre asegura que nunca se metieron en problemas...

—A lo mejor un pariente de ellos.

—Es lo que pienso, pero ya sabes que de nada vale lo que uno piense si no hay pruebas... ¿Estarás bien? —preguntó al tiempo que se levantaba.

—Definitivamente.

—¿Qué harás ahora? Y no digas que dormir, porque sabes bien que no lo creeré.

—No, iré a casa de los Garnett, espero contar con suerte y que por lo menos me dejen entrar.

—Seguro que sí, el único que no te quiere es tu suegro, el resto de la familia ya se resignó a ver tu mata de pelo invadiendo su espacio.

Alexandre no dijo nada, solo frunció los labios en forma de media luna, fingiendo una sonrisa sin ganas. Se levantó y lo acompañó a la puerta.

Apenas Moreira salió, corrió hacia la mesa del comedor, donde había dejado su arma, buscó una chaqueta de cuero en el vestidor, se la puso y salió del apartamento. Debía darse prisa antes de que fuera demasiado tarde.

Subió a la moto y condujo rápidamente hasta Rocinha, después tuvo que correr lo más rápido posible entre los callejones, casi sin aliento llegó hasta la Boca de Fumo, donde casi siempre estaba Neymar.

—Dile a tu jefe que estén preparados, que recoja a los chicos, porque en unas horas viene el BOPE —dijo casi sin aliento.

—¿Estás seguro? —preguntó el niño.

—Sí, completamente... —Tragó en seco ante la falta de aire y siguió—.

Hoy no podremos ir a Vermelho, será mañana.

—Gracias por avisar Cobra, enseguida le informo.

—Ve, ve. —Le dijo, y Alexandre corrió de vuelta. Necesitaba salir de la favela cuanto antes, si no quería convertirse en el principal sospechoso del secuestro de Elizabeth. Y lo que menos deseaba era que lo encerraran.

No podía evitar sentirse iracundo al saber que sus planes habían sido truncados, quería pagar su molestia con lo que fuera, y lo único que tenía era su moto, por lo que volvió a conducir hasta donde el velocímetro se lo permitía.

CAPÍTULO 45

Las pupilas extremadamente más pequeñas de lo normal, producto del enojo se movían nerviosas sobre la gran pantalla del televisor empotrado en la pared, donde se veía el gran despliegue policial realizado por toda la ciudad, en búsqueda de la chica que le estaba haciendo compañía.

En realidad, no le preocupaba, porque sabía que ahí no la encontrarían, así que con gran tranquilidad siguió mirando el televisor con una leve sonrisa de satisfacción, y para asegurarse de que era él quien tenía el poder, usó el control y dividió la pantalla en dos.

Del lado izquierdo las noticias, en el derecho su chica dormida. El mundo exterior dejó de tener sentido y solo miraba minuciosamente el cuerpo tendido laxo en la cama.

Era perfecta, de eso no tenía dudas, pero sabía que juntos podían ser mejor que eso. Perdió el sentido del tiempo en esa imagen, hasta que vio que se estaba removiendo, estaba despertando y estaba plenamente seguro de que estaría hambrienta y sedienta.

Tan solo pulsó un botón en el control y la pantalla volvió a abrirse completa en las noticias que seguían relatando la desaparición de Elizabeth Garnett, mientras mostraban una imagen del fiscal de Nueva York saliendo de la delegación, siendo acosado por los medios de comunicación. El tipo solo dejaba en el aire lo maldito y arrogante que era, se creía superior a cualquier ser humano; a nadie tomó en cuenta, ni siquiera parecía abatido, simplemente caminó con la mirada altiva al frente y subió a un todoterreno blindado.

—¡Maldito! —rugió, porque deseaba verlo arrastrándose en el suelo, deseaba verlo acabado, suplicando por su niña, llorando porque se la devolvieran. En cambio veía todo lo contrario, y eso lo descontrolaba.

Inhaló profundamente y exhaló, después empezó a reír, comprendiendo que lo más importante era que tenía a Elizabeth Garnett con él; se levantó del cómodo sofá en el que se encontraba y caminó a la cocina, donde empezó a preparar un sándwich para su huésped.

Lo puso en una bandeja, junto a un vaso de cristal y caminó hasta detenerse frente a la pared falsa que escondía detrás un pasillo y después la habitación con un perfecto sistema de insonorización.

—Lepidoptera —dijo alto y claro, para que el sistema de seguridad escaneara su voz y la clave de acceso.

Inmediatamente la pared se desplazó a la derecha, dejando al descubierto el pasillo de aproximadamente metro y medio de ancho, donde había una mesa de metal con dos compartimientos, en la cual tenía un pasamontaña, el distorsionador de voz, una Glock cargada y una variedad de cuchillos, guantes, cadenas y otro par de esposas.

Dejó la bandeja sobre la mesa, agarró una de las botellas de agua que tenía como provisiones para su sedienta chica y la vertió en el vaso de cristal, sacó una pastilla de Rohypnol, la trituró y la disolvió en el líquido, bien sabía que no podía preparar la bebida en la botella porque no iba a correr el riesgo de dejar residuos en el envase.

Se puso el pasamontaña y el distorsionador; respiró profundo y corrió el seguro de la pesada puerta.

Elizabeth se tensó y contuvo el aliento cuando el ruido de la puerta interrumpió sus atormentados pensamientos. No podía escuchar los pasos, pero sentía la presencia de quien se acercaba, y el pecho lo sentía a punto de reventar producto del dolor que le provocaba no poder respirar.

Cuando un peso extra se sintió en el colchón, ella rápidamente flexionó con rapidez y violencia las piernas, por lo que las cadenas se tensaron y los

grilletes le pelaron la piel ya lastimada.

Jadeó de dolor, pero sabía que sería peor volver a sentir ese toque caliente de horas pasadas y que tanto la había aterrado.

—Elizabeth, presta atención. —Le pidió la voz terrorífica—. Por tu bien, será mejor que mantengas la calma.

Ella solo pensaba que si eso fuera tan fácil como acatar la petición lo haría, pero cada terminación nerviosa de su cuerpo estaba alerta, y no podía controlarlo.

—¿Lo entiendes?

Asintió con la cabeza y trataba de respirar profundamente por la nariz, sabía que no había mayor tranquilizante que un ejercicio de respiración, pero la situación la superaba totalmente.

—Voy a quitarte la mordaza para que comas, no quiero que grites ni forcejees.

Elizabeth volvió a asentir casi de manera desesperada, más que comer lo que deseaba era agua, sabía que si le daban algún alimento no lograría pasarlo de su garganta y podría ahogarse.

Cada músculo de su cuerpo seguía en tensión, tanto, que le dolían; sintió cómo empezó a subirle la capucha, ella se quedó inmóvil ante los nervios y la expectativa que dentro de poco podría mirar a su captor o captores, podría ver dónde estaba, y eso de cierta manera la tranquilizaba.

Su mayor deseo no se cumplió, porque le dejó la capucha solo hasta la mitad de la nariz; sin embargo, ella aprovechó la pequeña ventana para mirar, no podía ver más que el torso del hombre que estaba sentado al borde de la cama y que vestía de negro.

Le extrañó el cuidado con el que empezó a retirarle la cinta que le cubría, aunque parecía que le estaba arrancando la piel, el dolor hizo que las lágrimas se le derramaran y corrieran por sus sienes.

Al sentirse libre lo primero que hizo fue agarrar una bocanada de aire y

después pasarse la lengua por los labios, pero más que alivio sintió un gran ardor, los sentía agrietados y le sabían a sangre.

—Necesito que te levantes un poco —solicitó el hombre.

Ella no estaba pensando en obedecerle, simplemente estaba estudiando la posibilidad de gritar, pero sabía que sería una acción estúpida, no podía gritar teniéndolo tan cerca y cuando apenas le liberaba la boca. Se obligó a controlar su ansiedad para comportarse como él esperaba que lo hiciera, aprovechó y movió la cabeza para ver por la delgada línea de visión que le permitía la capucha, pero no vio más que una pared blanca.

Se apoyó con los talones y rodó hasta sentarse a medias, inevitablemente soltó un gemido ante el dolor por el roce de los grilletes en sus pies, y prefería olvidar que tenía los hombros destrozados de tenerlo por tanto tiempo en la misma posición.

La capucha volvió a caer hasta su pecho, quizá debía hablarle, preguntarle cuáles eran sus planes, lo que quería con ella, si era que tenía pensado pedirle alguna compensación a su familia o simplemente la asesinaría por placer.

Pero de su garganta seca y sus labios agrietados no salían palabras, el hombre volvió a subirle la capucha hasta la altura de la nariz y se la sostuvo ahí; después ella sintió tantear sus labios con algo, por instinto alejó la cabeza echándola hacia atrás, pero volvió a sentir eso rozarla; lo tanteó ligeramente, asegurándose de que era una pajilla, entonces con desesperación aferró sus labios al objeto circular y chupó.

Por fin, un poco de agua que saciara la sequedad que la estaba quemando, dio un largo sorbo casi sin respirar, hasta que sintió que ya no había nada más que beber.

Él alejó la pajilla de su boca y dejó caer nuevamente la capucha.

—¿Qué quieres de mí?, ¿qué me harás? —preguntó Elizabeth, sintiéndose aliviada de escuchar su propia voz.

—No te lo diré, si lo hago se develaría el misterio.

—¿Vas a lastimarme?

—¿Quieres que lo haga?

Elizabeth negó con la cabeza, como si fuese una súplica.

De repente sintió cómo la mano se estampaba fuertemente contra su cara, apretándole por encima de la tela la boca y la nariz, impidiéndole respirar y moverse, porque la tenía contra la pared.

Elizabeth pateó buscando liberarse, boqueaba, tratando de respirar o de gritar, lo que lograra hacer sería una solución; pero no podía, porque todo lo que intentaba quedaba atrapado entre el trapo de la capucha y la palma de esa mano que cada vez la presionaba con más fuerza.

—No luches. —Lo escuchó decir con dientes apretados, aunque fuese una voz terrorífica podía sentirlo agitado.

No era fácil dejar de luchar, su instinto de supervivencia la llevaba a hacerlo y se agitaba violentamente, tratando de encontrar una salvación, pero a cambio sentía como si le estuviesen arrancando los pulmones del pecho, el pánico volvía a sumergirle en un vórtice oscuro y sus ojos se pusieron en blanco. Iba a morir, de eso estaba segura, pero a punto de perder el conocimiento él la soltó.

Elizabeth abrió la boca para llenar sus pulmones con una bocanada de aire, pero la capucha fue absorbida, entonces empezó a torcer y a temblar sin control, seguido de una ráfaga de sollozos que salió de su garganta adolorida.

—No te dejes llevar por la curiosidad, solo podrás hablar si yo te lo pido.

Elizabeth aterrada chilló y asintió con la cabeza, mientras en pensamientos suplicaba porque su padre la salvara, todavía no podía creer que estuviese pasando por eso, no lo podía creer. Quizá la mejor opción era dejarse morir, y ciertamente, empezaba a sentirse muy débil y con ganas de volver a dormir.

Estuvo segura de que el agua que le había dado estaba alterada con alguna droga.

—Tendrás que obedecer o pagarás las consecuencias, ¿entendido?

Elizabeth volvió a asentir con la cabeza mientras sorbía los mocos.

—¡Responde! —Le gritó, y ella se sobresaltó.

—Sí, sí... Haré todo lo que me pida, seré obediente —dijo lo que sabía él quería escuchar.

—Indudablemente lo harás. —Rio.

Ella se estremeció ante el pánico y las ganas de estar libre y poder luchar; tenía deseos de matar al muy maldito.

—Ahora quiero que comas. —Agarró el sándwich y lo metió debajo de la capucha.

Elizabeth no quería comer, pero sabía que tenía que reponer fuerzas; no era una cobarde y no se dejaría morir, no lo haría; prefería buscar la manera de liberarse y dar la batalla, y si era de morir, lo haría en el intento. Pero no iba a dejarse morir sin antes ponérsela difícil al muy infeliz.

Le dio un gran mordisco al pan y le supo a gloria, pero también le dolieron sus labios pelados por el tirón de la cinta, pero cada vez se le hacía más difícil masticar, sentía su quijada muy pesada. Consiguió comerse la mitad del pan y beber otro poco de agua, hasta que terminó totalmente sedada.

El hombre se percató de que el Rohypnol había hecho el efecto esperado, le quitó la capucha y en medio de caricias le apartó el pelo de la cara, sacó las llaves de las esposas de sus vaqueros oscuros y le liberó las manos.

Se dio a la tarea de curarle la piel maltratada y vendarla, reemplazó el metal por unas correas de cuero con la parte interna de seda.

Le dejó las manos al frente y se las ató a la cadena de un metro de largo que estaba empotrada en la pared, también le curó la piel escocida de los tobillos y los dejó libres.

Eso le permitiría más libertad y comodidad. Satisfecho con el resultado salió

de la habitación y se fue a dormir, quizás ella despertaría y empezaría a gritar, pero bien sabía que nadie, ni siquiera él en la habitación de al lado podría escucharla.

Ian y Samuel llegaron a casa por la madrugada, habían hecho de todo, y aun así, sentían que no habían hecho nada, porque llegaban con las manos vacías y los corazones a medio latir.

Reinhard y Thor los esperaron despiertos, no hubo lágrimas ni lamentos, solo fuertes abrazos con los cuales trataban de reconfortarse.

—¿Han cenado? —preguntó Reinhard.

—No, y verdaderamente no tengo hambre, lo que sí necesito es una ducha —dijo Samuel, seguro de que el agua se llevaría su cansancio y renovarían sus fuerzas para seguir en la lucha por encontrar a su hija.

—Entonces ve, trata de descansar un rato.

—¿Crees que podré hacerlo? —cuestionó mirándolo a los ojos.

—Tienes que. —Le dijo el hombre.

—Yo también voy a ducharme —avisó Ian.

En respuesta, Samuel solo hizo una triste mueca y se fue a la habitación; al entrar, encontró la luz de la mesita de noche encendida y a Rachell dormida.

Lo menos que deseaba era despertarla, por lo que pasó de largo al baño, se desvistió y se metió a la ducha; dejaba que el agua le mojara la cabeza y después su espalda, apoyó las manos contra la pared y después las empuñó, sintiéndose abrumado por un sentimiento de impotencia; quería golpear la pared, hacerse añicos los nudillos.

Era como si el fuerte escudo del fiscal que había construido cuidadosamente, ese que lo había protegido durante todo el día y parte de la noche ahora que no estaba reunido con los policías, ahora que no estaba dando indicaciones y que

estaba solo empezara a caerse; su fachada se estaba desmoronando, la adrenalina que lo mantuvo activo había desaparecido y de repente se sintió vulnerable y lo único que le quedaba en ese momento eran sus sentimientos de padre.

Un grito empezó a formársele en el pecho y le subió a la garganta, pero ahí lo retuvo, se puso de espalda a la pared porque sentía que toda fuerza lo abandonaba, terminó deslizándose hasta quedar sentado en el suelo de la ducha, entonces pensó en su hija, pensó en la pesadilla que posiblemente estaría viviendo.

Y volvió a sentirse como un niño de ocho años tras la puerta de un armario del que no podía salir, no podía hacer nada, esa sensación de impotencia regresó más fuerte, porque a su memoria volvía su mayor temor; podía ver cómo el ser que más amaba vivía un infierno, y él se sentía un inútil que no podía rescatarla.

—Samuel, sé fuerte. Tienes que ser fuerte. —Sollozó, llevándose las manos a la cabeza y también escuchaba su corazón romperse—. Soy fuerte, pero tengo que serlo más todavía, mucho más. No puedo derrumbarme porque mi niña me necesita —hablaba con la barbilla temblando por el llanto.

Quería salir corriendo así desnudo y mojado como estaba, quería seguir buscando en cada rincón, debajo de las piedras, detrás de cada pared.

Estuvo bajo el agua por más de una hora hasta que comprendió que nada conseguiría con quedarse ahí, tenía que levantarse y actuar. Salió del baño, se puso un albornoz y fue al vestidor, eligió lo primero y más cómodo que encontró, unos vaqueros y un suéter, se calzó unas zapatillas deportivas y regresó a la habitación.

Sabía que no podía marcharse sin por lo menos llenarse de la energía de su mujer, por lo que se acostó detrás de ella y la abrazó, robándose el olor de su pelo; cerró los ojos fuertemente para no echarse a llorar y terminar despertándola.

Sin darse cuenta y mucho menos quererlo se quedó dormido, el cansancio lo noqueaba, dejándole claro que no podía exigirle a su organismo más de lo que

tenía para dar.

Aspiró una fuerte bocanada de aire y de un momento a otro saltó del sueño a la vigilia, se sobresaltó, sintiéndose realmente preocupado porque se había quedado dormido y no debió hacerlo; miró su reloj y se sintió un tanto más aliviado al darse cuenta de que había dormido poco más de una hora.

Le dio un beso en el pelo a Rachell y se levantó, ya estaba amaneciendo y esperaba tener noticias, porque le aterraba que se cumpliera la hora veinticuatro de la desaparición de su niña. Todavía no podía saber si se trataba de un secuestro, porque nadie se había puesto en contacto con ellos para pedir un rescate. Quería que lo hicieran, que por lo menos le mandaran una prueba de vida de su pequeña, que él estaba dispuesto a dar hasta el alma para que se la regresaran sana y salva.

—Sam. —La débil voz de Rachell lo detuvo antes de que pudiera salir.

No podía sencillamente ignorarla, y sabía que se acercaba un momento difícil, porque no había nada más doloroso que ver sufrir a su mujer y al mismo tiempo tener a su hija desaparecida.

—Dime que la encontraste —habló con la voz rasposa por las tantas horas que pasó dormida.

Samuel apretó lo puños en busca de fortaleza y tragó grueso, se giró y caminó hasta donde estaba ella todavía en la cama, con las huellas del llanto bastante marcadas.

—Todavía no. —Esa fue la confesión más dura que le tocó decir. Le acunó la cara—, pero te prometo que lo haré.

—Ay Sam. —Chilló con los ojos una vez más ahogados en lágrimas—.

Déjame ir contigo, quiero ser útil, quiero que mi hija aparezca... Es mi niña —suplicaba con sus manos sobre las de su esposo que le calentaban la cara.

—Es tu niña, lo es... Pero recuerda que tienes otra pequeñita, tienes que cuidar de Violet, ella también te necesita.

—Sam. —Sollozó fuertemente—. Si Eli no regresa...

—Shhh. —Le acarició con el pulgar los labios, para que ni siquiera estudiara la posibilidad de que nunca más vería a su hija—. Va a aparecer, te lo prometo, te lo juro.

—Yo me muero Sam, yo me muero...

—No lo harás, eres fuerte... Eres muy fuerte, no decaigas ahora...

—Esto me supera, no estoy hecha para esto, ninguna madre está preparada para la pérdida de un hijo...

—Rachell, escúchame... No vamos a perder a ninguno de nuestros hijos.

No lo haremos. —Aseguraba mientras se tragaba las lágrimas—. Ahora tengo que dejarte, tengo que hacerlo porque necesito cumplir mi juramento de traerte a nuestra niña, la traeré contigo.

—Por favor, por favor.

Samuel besó los labios temblorosos por el llanto de su mujer.

—Esto es una prueba, solo una prueba que nos hará más fuertes, más unidos, más enamorados... Lo verás, muy pronto regresaremos a Nueva York con nuestros niños, y esto solo será un amargo episodio de nuestras vidas, solo eso.

Rachell asintió sin poder dejar de llorar, pero Samuel le enjugaba las lágrimas con los pulgares.

—Entonces ve, te prometo que estaré bien y que cuidaré muy bien de Oscar y de Violet, los cuidaré muy bien.

—Sé que lo harás. —Volvió a besarla.

En cambio Rachell le sujetó las manos y se las llenó de besos, para él fue muy difícil tener que salir de la habitación y dejarla ahí, a la espera de que cumpliera con su promesa.

No se fue directamente a la sala, sino que pasó por la habitación donde dormía Violet, su pequeña estaba plácida en los brazos de Morfeo, se acuclilló frente a ella y le acarició con infinita ternura la sonrosada mejilla, después le besó la frente en varias oportunidades; muy renuente a alejarse de su pedacito de paz se levantó y salió.

Su próxima visita fue su hijo, quien también estaba dormido, se quedó parado frente a la cama mirándolo, solo deseaba poder ahorrarles a ellos cualquier angustia.

Estaba que no podía más, sentía que tanto dolor, impotencia y tristeza iban a matarlo, pero cargaría su alma con todos los dolores de sus hijos. Pensó que quizás sería mejor que Rachell se los llevara a Nueva York y que los alejara de tanta tensión.

Estiró la mano y acarició el pelo castaño de su hijo, lo hizo con mucho cuidado, pero Oscar terminó sorprendiéndolo al abrir los ojos.

—Lo siento, no quise despertarte —susurró—. Vuelve a dormir.

—No me has despertado —confesó, porque realmente no había podido dormir por más de cuatro horas—. ¿Tienes noticias?

—Todavía no, pero sé que la policía la encontrará muy pronto, no hay lugar en Río donde puedan esconderla por mucho tiempo.

—Sé que así será. No te preocupes papá... Ve tranquilo, que yo estoy cuidando muy bien de mamá y de Violet.

—Gracias, ahora eres el hombre de la casa. —Le palmeó con cariño la mejilla—. Descansa un poco más. —Se acercó y le dio un beso en la frente.

—Te quiero papá.

—Yo también hijo —susurró y salió de la habitación tratando de bajar ese nudo obstinado que se le había atorado en la garganta.

Al bajar las escaleras se encontró en la sala un leve murmullo. Estaba su tío, Ian, que debía estar tan agotado como él, pero que evidentemente también se

había duchado, también estaba Thor y alguien más, que verdaderamente no esperaba encontrarse ahí.

Lo recibieron con una generosa taza de café bien cargado, todos estaban dándose una buena dosis de cafeína.

Samuel caminó hasta Luck, y por estúpido que pudiera sentirse, quería romper en llanto delante del chico, solo lo miró a los ojos y le llevó una mano a la mejilla, la cual le palmeó en dos oportunidades. Era el primer gesto verdaderamente cariñoso que le hacía. Luck lo miraba entre pasmado y comprensivo.

Él no pudo decir nada porque sabía que tenía la voz totalmente rota.

Apenas le dio un par de sorbos a su café.

—Voy al comando del BOPE a ver cómo salió la redada de anoche, y después iré a la delegación —anunció. Aunque bien sabía que ninguna de las fuerzas policiales ni militares había tenido éxito, porque de haberla encontrado ya le habrían avisado—. Tío, necesito que descanse por lo menos unas pocas horas, ya no está para trasnocharse...

—No me hagas sentir como un viejo inútil Samuel, ya dije que de este maldito teléfono no me alejo ni un paso. —Le repitió señalando el aparato a su lado. Él seguía esperando que de un momento a otro se comunicaran para pedir rescate.

—Sabes que alguien más puede hacerte relevo.

—Yo puedo hacerlo. —Se ofreció Luck.

—Cuando yo lo diga —dijo determinante Reinhard.

—Yo voy con ustedes. —Se ofreció Thor, que ni loco se quedaría en casa.

No había viajado desde Nueva York para quedarse a la espera de una puta llamada.

—Entonces ve con Sam —anunció Ian—, que yo iré a la estación militar.

Así aprovechamos el tiempo.

Todos se mostraban imperturbables, tomaban rápidas decisiones, parecían ser hombres de hierro, pero lo cierto era que cada uno estaba viviendo un infierno y estaban muy asustados.

Caminaban a la salida, donde los esperaban los choferes y guardaespaldas, los cuales eran sumamente necesarios para mantener alejados a los insistentes reporteros que los abordaban a donde fueran.

Justo salían cuando frente a ellos apareció Liam con el semblante de susto y agitado.

—¿Es cierto? —preguntó con los ojos muy abiertos, mirando a los tres hombres.

—Lo es —dijo Ian, sorprendiéndose de ver a su hijo después de casi dos meses desaparecido—. Ve adentro, que después tú y yo tendremos una seria conversación. —Le advirtió, mostrándose muy serio con él.

Liam no dijo nada, prácticamente corrió dentro de la casa, mientras que Ian, Samuel y Thor abordaron los todoterrenos blindados, con la viva esperanza de encontrar ese día a Elizabeth y terminar de una vez por toda con esa pesadilla.

CAPÍTULO 46

Alexandre tenía la plena certeza de que iba a ser el principal sospechoso de la desaparición de Elizabeth, tras llevar tantos años trabajando con la policía sabía perfectamente cuáles eran los estándares que los regían en un proceso de investigación.

Por eso cuando le notificaron que necesitaban su declaración no dudó ni un segundo en brindar su colaboración y se ofreció a ir esa misma mañana a la delegación.

No permitieron que ninguno de su unidad lo interrogara, para evitar posibles conflictos de intereses.

—¿Dónde estaba en el momento en que Elizabeth Garnett desapareció? — preguntó un hombre de piel oscura, alto y calvo. Recordaba haberlo visto en una fiesta de fin de año que habían realizado en un bar, donde se reunieron varias unidades.

—No sé exactamente en qué momento desapareció, la dejé con su padre, ellos tenían cosas que hablar y sabía que no debía estar presente; sin embargo, no me fui muy lejos, siempre estuve cerca de una carroza. Me distraje un momento mirando las fotografías que había hecho durante el evento y cuando volví a mirar ella ya no estaba, pero su padre parecía estarla esperando; imaginé que había subido a la tarima de Globo para alguna entrevista.

—¿En qué momento se percató de que había desaparecido?

—Cuando fui al camión de las *passistas* y vi a su padre salir, su mirada lo decía todo, sabía que algo malo había pasado.

—¿Qué hizo después de eso?

—Empecé a buscarla, el señor Garnett también lo estaba haciendo...

—¿Por qué no estaba con el señor Garnett cuando llegó la policía?

—Estaba buscándola, salí a buscarla... —Se pasó la mano por la cara porque presentía que la máscara de la fortaleza iba a caérsele—. Necesitaba encontrarla, busqué por los alrededores... Ya cuando regresé había llegado la policía, quería pasar al camión a buscar las cosas de Elizabeth, pero no me lo permitieron... Solo me exigieron el teléfono de ella.

—¿Por qué tenía usted el teléfono de la señorita Garnett?

—Me lo dio para que se lo sostuviera mientras desfilaba, es mi mujer...

—aclaró, por si no sabían ese detalle.

—¿No le parece extraño que si estuvo durante el desfile a su lado, justo en el momento en que la deja termine desapareciendo?

—Yo estuve todo el tiempo en el sambódromo, y repito, no la dejé sola, quedó con su padre, él podrá corroborar esa información —comentó.

—¿Notó usted algo extraño?, ¿algo que preocupara a la señorita Garnett?

Alexandre pensó, necesitaba traer a su memoria cualquier detalle que le ayudara a colaborar con la policía, pero también sabía que había cosas que debía reservarse.

—Sí, hace unos días...

—¿Cuántos específicamente? —interrumpió.

—Ehh, eso fue el... martes seis de febrero. Ella estaba en la boutique, fui a buscarla porque la calle estaba cerrada por el bloco, cuando llegué la noté algo perturbada —hablaba sin saber que tras el espejo de expiación estaba Samuel Garnett, quien verdaderamente se había mostrado muy interesado por escuchar la declaración del marido de su hija—. Le pregunté que qué le pasaba, ella dudó en responder pero al final me dijo que había recibido una llamada de un número oculto y que no le habían hablado; yo logré dar con el número, pero cuando llamé desde mi teléfono aparecía fuera de servicio, seguí intentando pero siempre obtuve el mismo resultado. No podía dejar de pensar en esa extraña llamada, hasta supuse que podría ser el intento de una extorsión, pero siendo más coherente sabía que no podía ser, porque no hablaron... Le pedí a un compañero de la policía, del área de sistemas que averiguara más sobre ese número, pero me dijo que era prepago y que sería imposible dar con el comprador de ese chip... Olvidamos el incidente porque no se repitió, o por lo menos Elizabeth no me dijo que volviera a pasar.

Samuel no lo podía creer, por qué no le habían dicho que Elizabeth había recibido esa llamada. Se llevó las manos a la cabeza y las deslizó hasta dejarlas descansar en su cuello, suspiró y siguió escuchando.

—Vamos a necesitar ese número —anunció el policía.

—Sí, claro, lo tengo en mi teléfono. —Afirmó con la cabeza.

—¿Con qué intención llevaba a la señorita Garnett a la favela?

Alexandre se obligó a no cerrar los ojos, porque sabía que lo tomarían como una lamentación y debilidad.

—Íbamos a las rodas. —No pudo evitar que su voz se escuchara más baja.

—¿La obligaba?

—Jamás, ella era la que me pedía llevarla.

—Eso es mentira —susurró Samuel—. Mi hija jamás se iría a una favela, sabe perfectamente lo peligrosas que son; quizá no la obligó, pero sí la convenció... Él fue quien la puso en peligro.

—¿Está seguro de eso?

—Totalmente —aseguró Alexandre, sin saber que Samuel Garnett estaba tras el espejo—. Conocí a Elizabeth en Rocinha, ella apareció en la roda con su primo, ellos se aventuraron solos a la favela...

—¿Con qué primo?

—Renato.

Samuel cerró los ojos sin poder creerlo, ¿en serio Elizabeth había hecho eso? Iba a matar a Renato.

—Ese día las cosas no terminaron bien, hubo un incidente en el que ella tuvo que alejarse de su primo, y yo tuve que sacarla de la favela.

—¿Qué tipo de incidente?

—Un tiroteo —dijo casi sin ganas de expresarlo.

—¡No puede ser! —Samuel se frotó el rostro con ambas manos, creía que estaba a punto de sufrir un ataque. Si tuviera a su hija enfrente, después de abrazarla y asegurarse de que estaba sana y salva le halaría las orejas.

—Nunca estuve de acuerdo con que fuera —continuó Alexandre—.

Fueron varias las veces que discutimos por eso, pero a ella le apasiona la capoeira.

—¿Cuántas veces fue ella por su cuenta a la favela? ¿La vio interactuar con otros hombres?

—Por su cuenta fue unas cuatro veces, ya no la acompañaba su primo, lo hacía Wagner Ferraz... Él paga para entrar a Rocinha y que no le hagan daño... —Sabía que estaba tirándole mierda a Wagner, pero debía contar todo si quería que la policía hiciera su mejor esfuerzo, sabía que cualquier detalle, por mínimo que fuera era totalmente indispensable—. Solo la vi hablar con los hombres de la roda, pero sé que son hombres buenos, los conozco desde que apenas era un chico, todos ellos tienen familia...

—Muchas veces los peores delincuentes, los más inhumanos tienen familia a la que adoran —comentó el policía—. ¿Por qué decidió pedirle matrimonio tan pronto a la señorita Garnett?

Alexandre no podía creer que le estuviesen haciendo esa pregunta, empezaba a sentirse indignado.

—Porque la amo, ya estamos viviendo juntos, es correcto que nos casemos... No creo que sea extraño que le pida matrimonio a mi novia después de seis meses de noviazgo. No sabía que existía una regla para eso...

Hay quienes se conocen una noche y se casan el mismo día.

—Solo que ninguna de las partes de esa relación termina secuestrado.

—Puede insinuar lo que le dé la gana, ya le dije mi verdad —expresó mirándolo a los ojos.

El hombre suspiró, se pegó al respaldo de la silla y se cruzó de brazos.

—Está bien señor Nascimento, eso ha sido todo por ahora. No puede abandonar el Estado, quizá necesitaremos nuevamente su colaboración.

—Lo más lejos que puedo ir es a Niterói a visitar a mis padres, hija y nieto — dijo levantándose—. Mientras, sigo en el apartamento, esperando la llegada de Elizabeth, porque confío en la policía y sé que volverá.

—Estamos haciendo lo posible para que así sea.

Alexandre pensó que él estaba haciendo lo imposible, pero como no quería que arruinaran sus planes prefirió guardar silencio.

—Gracias, que tenga buen día.

—Igualmente —deseó el policía.

—Bien sabe que no será así, no tendré un buen día hasta que no aparezca mi mujer. —Caminó a la salida y uno de los policías le abrió la puerta.

Se dirigió por el pasillo y su mirada se topó con Gavião, siendo escoltado por un policía. Ambos se miraron a los ojos sin ocultar el odio que se tenían, no dejaron de hacerlo ni por un minuto, ni siquiera cuando uno pasó al lado de otro dejaron de luchar con las miradas.

Alexandre esperaba por el bien de ese hijo de puta que no tuviera nada que ver con la desaparición de Elizabeth, porque de estar involucrado iba a sacarle los pulmones con sus propias manos.

En el área de control le entregaron sus pertenencias, en su teléfono buscó el número oculto que había llamado a Elizabeth, lo anotó en un papel y se lo entregó al policía, aunque sabía que tendrían el mismo resultado que él.

Subió a su moto y condujo con destino a Niterói para cumplir con la promesa que le había hecho a su hija, lo menos que esperaba era angustiarla.

Al llegar, ella lo recibió con un fuerte abrazo, lo apretaba como si estuviera comprobando que tenía todos los huesos intactos; evidentemente, por fuera estaba sin un rasguño, pero su corazón estaba agonizando, solo él sabía el

esfuerzo sobrehumano que estaba haciendo para seguir en pie y mostrarse imperturbable.

—Estoy bien —dijo apartándola, sin dejar de sujetarla por los brazos y mirándola a los ojos atormentados—. En serio lo estoy.

Luana sabía que físicamente lo estaba, pero ella había aprendido a descubrir en la mirada de su padre cuándo estaba sufriendo, y en ese momento realmente no lo estaba pasando para nada bien.

—Mami quiere verte, ella también está muy preocupada por ti.

—Solo dejaré que me mire para que vea que estoy bien, pero no puedo quedarme mucho tiempo, tengo cosas que hacer.

Luana prácticamente tiró de su mano y lo arrastró a la casa, se encontraron en la sala a Arlenne jugando con Jonas. Al ver a su hijo, la señora casi corrió hasta él, lo abrazó con fuerza, después le acunó el rostro y lo miraba a los ojos.

—Estoy bien —repitió como una letanía que ya ni él mismo se creía, pero tenía que tratar de convencerlos a todos para que no siguieran tratándolo como un hombre débil, que no podría soportar la situación.

—Cariño, deberías quedarte en casa, ya la policía se está encargando de todo.

—Parece que no me conocieras madre —comentó Alexandre, alejando las manos de Arlenne de su rostro y les dio un beso.

—Porque te conozco sé que lo mejor es que estés aquí.

—Nada de lo que hagas o digas podrá retenerme; en fin, solo vine para que vieras que estoy bien. —Sabía que no podía quedarse mucho tiempo.

—Papá, ¿puedo ir contigo? —Luana se ofreció una vez más.

—No cariño, no es conveniente. —Él repitió la respuesta que ya le había dado la noche anterior.

—Pero yo quiero ir, llévame a casa de los Garnett, sé que Rachell está muy mal y yo podría ayudarla con Violet.

Alexandre cerró los ojos y suspiró, buscando la manera de hacer que su hija desistiera de eso tan absurdo.

—Papá, le prometí a Violet que iría a jugar con ella... No puedes desentenderte de la familia de Elizabeth, es el momento para que demuestres que verdaderamente pueden contar contigo.

—Luana, cariño, no es que no quiera, es que en este momento ellos deben estar tensos, no van a querer estar al pendiente de niños.

—Ya no soy una niña papá.

—Pero Jonas sí. —Le recordó.

—Yo cuidaré de él, puedes llevarla —intervino Arlenne, sorprendiéndolos por su inesperado ofrecimiento. No era que no le gustara hacerse cargo del niño, lo extraño era que lo hiciera para que su hija fuera a casa de los Garnett, cuando ella no toleraba a Elizabeth.

—Está bien. —Cedió Alexandre en medio de un suspiro—, pero primero avisa que vamos.

—Eso haré. —Le plantó un beso en la mejilla y salió corriendo escaleras arriba.

—¡No tardes! —pidió él.

—¡No lo haré! —gritó ella desde algún lugar del segundo piso.

—¿Quieres por lo menos sentarte a esperar a que tu hija esté lista y tomarte un vaso de agua? —sugirió la señora.

Alexandre lo único que dio por respuesta fue caminar y sentarse en el sofá, agarró a Jonas que estaba a su lado y lo cargó.

—¿Dónde está papá? —preguntó.

—Salió con Marcelo, creo que tu hermano... —Arlenne pudo notar cómo le molestaba que recordara el parentesco; aunque no lo quisieran, ella siempre se los dejaba claro a ambos—, va a comprar más caballos, y sabes que siempre pide la opinión de tu padre... Voy a buscarte el agua —avisó y salió caminando a la cocina. Desde ahí llamó a Luana y le pidió que se demorara unos minutos más, lo que le dio tiempo de solicitarle a la cocinera que preparara unos huevos revueltos, mientras ella servía en un plato una variedad de frutas, en otro puso panes, mantequilla, queso y jamón.

Todos los platos los puso sobre una bandeja, donde también llevó leche y café, porque estaba plenamente segura de que su hijo no había comido nada desde el día anterior, y no lo dejaría marchar hasta que por lo menos se comiera unos cuantos bocados.

—¿Todavía no baja Luana? —Fingió sorprenderse, mientras se acercaba al sofá.

—No, todavía... —Se interrumpió al ver a su madre con bandeja en mano —. ¿Qué significa esto? —preguntó cuando le puso la bandeja en la mesa de centro.

—Tu desayuno, porque te parí te conozco perfectamente, y en tus facciones he notado que llevas más de veinticuatro horas sin alimentarte.

—Ahora no tengo hambre —dijo con la mirada en la bandeja que contenía una gran variedad de alimentos.

—Sé que no, pero debes comer, necesitas hacerlo... —Ella se sentó en el sofá de al lado y se puso las manos sobre las rodillas—. ¿Será que lo harás por ti mismo o prefieres que yo te la dé?

—No me obligarías.

—Sabes que sí. —Alzó una ceja en un gesto de advertencia.

—Madre, ya deja de tratarme como a un niño, tengo treinta y cinco, hasta un nieto tengo...

—Y no me importa, así que come, no te dejaré ir hasta que lo hagas.

Alexandre comprendió que sería inútil discutir con su madre, en momentos como ese era que más se agradecía a sí mismo haberse independizado tan joven.

Agarró el tenedor y pinchó un trozo de papaya, primero le dio a Jonas, quien abrió la boca desde que lo vio tomar el tenedor, y después comió él.

Solo ese bocado fue suficiente para que el apetito regresara y le hiciera saber cuánta hambre tenía, por lo que para la satisfacción de su madre se comió casi todo. Bueno, la mitad, porque su nieto ya masticaba más rápido que él.

Luana salió de la habitación tratando de hacer el menor ruido posible, y desde lo alto de las escaleras le hizo señas a su abuela, preguntándole si ya podía bajar. Ella solo hizo un disimulado asentimiento.

—Estoy lista —anunció, trayendo consigo una mochila.

—Pensé que te darías prisa —habló Alexandre.

—Y lo he hecho. —Sonrió inocentemente.

—Bueno, entonces nos vamos —dijo poniéndose de pie.

Luana se despidió de su hijo, que se puso a llorar porque quería que lo llevaran con ellos. Arlenne les prometió que lo calmaría, que se marcharan y tuvieran cuidado.

Alexandre le puso el casco a su hija, después subió a la moto y ella lo hizo detrás de él, abrazándolo fuertemente. Él condujo con mayor precaución, porque sabía que llevaba en su espalda a su mayor tesoro.

Frente a la casa Garnett había un tumulto de reporteros, él tuvo que tocar la corneta de la moto para abrirse espacio entre los curiosos, quienes no perdieron la oportunidad para empezar a fotografiarlos y atosigarlos con preguntas a las que definitivamente no responderían.

Agradeció al cielo y tragó grueso cuando sin anunciarse abrieron el portón y

lo dejaron pasar. Condujo a la entrada de la residencia y estacionó frente a las escaleras que llevaban a la colina donde estaba la casa.

—¿Estás bien? —preguntó recibiendo el casco que su hija le entregaba.

—Sí.

—Si por alguna razón, en algún momento se te acerca algún reportero, no quiero que respondas a sus preguntas.

—Está bien, te prometo que no lo haré —dijo con determinación.

Él le sonrió de medio lado y le guiñó un ojo, después le tomó la mano como solía hacer cuando apenas era su niñita, y la llevó consigo a la puerta principal.

Antes de que tocara el timbre Oscar abrió para recibirlos, a Alexandre seguía sin gustarle la manera en cómo el chico se quedaba mirando a su hija por más tiempo del debido. Él, como hombre sabía perfectamente identificar ese tipo de interés; inmediatamente tuvo la idea de llevársela de vuelta, pero Violet corrió al encuentro de Luana. La niña se mostraba muy feliz, estuvo seguro de que no estaba al tanto de la desaparición de su hermana.

—¿Y Eli? ¿Por qué no vino con ustedes? —preguntó al ver que nadie más los acompañaba.

Alexandre tuvo que tragarse el nudo de lágrimas que se le formó en la garganta, quería salir corriendo para no tener que dar una respuesta.

—Ven, vamos a jugar —dijo Luana, apenas echándole un vistazo a su padre.

—Ya te dije que Eli está ocupada, vendrá luego —habló Oscar siendo más dueño de la situación, y porque había tenido que darle a su hermanita la misma respuesta en varias oportunidades.

—Alexandre. —Apareció Rachell, quien no podía ocultar su semblante extremadamente preocupado—. Gracias por venir. —No quiso preguntarle cómo estaba porque lo imaginaba.

Saludó con un beso en la mejilla a Luana, después los chicos se fueron y quedaron ellos, junto a la entrada.

—En realidad, solo vine a traer a Luana, ella supuso que podría ser de ayuda... Yo tengo que irme porque estoy en otros asuntos —confesó porque no quería seguir perdiendo el tiempo mientras Elizabeth seguía viviendo la más terrible pesadilla.

—Sí, ayuda mucho. Violet se ha encariñado mucho con ella... Tu hija es adorable —hablaba con esa connotación de tristeza y cansancio que no podía ocultar.

—Lo es... —Hizo una pausa para pensar las palabras que usaría, después de varios segundos no encontró algo que verdaderamente hiciera sentir bien a una madre desesperada—. ¿Tienen noticias? —preguntó al fin.

—No, todavía no sabemos nada. —La voz se le quebró y los ojos se le llenaron de lágrimas—. Ya ha pasado mucho tiempo... Tengo tanto miedo Alexandre. —Se llevó una mano a la boca para ahogar un sollozo.

Él se tomó el atrevimiento de sujetarla por los hombros y mirarla a los ojos, aunque los de él también estuviesen cristalinos por las lágrimas contenidas.

—Te prometo que vamos a encontrarla... Sé que no puedo participar en la búsqueda que dirige tu marido —susurró su secreto, no sabía por qué imaginaba que en Rachell podía confiar—. Es evidente que sigo sin agradarle, pero quiero que sepas que esa no es razón suficiente para que me dé por vencido, estoy haciendo lo imposible, estoy moviéndome por otros lados... De una manera en que la policía no lo hará...

—Alexandre, no cometas una locura por favor... Tienes que tener mucho cuidado —dijo muy preocupada, porque sabía que si a él le pasaba algo su niña lo pasaría muy mal.

—Puedes estar tranquila, sé cómo hacer las cosas... Estoy haciendo mis averiguaciones, solo te pido que cuides de Luana, no sé si podré pasar por ella más tarde... Por favor, no le comentes nada a tu marido, no quiero que intervengan en lo que estoy haciendo.

—Te prometo que la cuidaré muy bien, ojalá puedas traerme a mi hija. — Rachell chilló—. Ella es una nena, nunca ha pasado por situaciones difíciles...

Alexandre ya no pudo decir más, solo asentía con la cabeza mientras peleaba con las lágrimas; sabía que si hablaba terminaría ahogado con un sollozo.

—Si logras averiguar algo y necesitas ayuda no dudes en pedírsela a Samuel, sé que mi marido es intransigente, pero es buen hombre... Él te ayudará, no importa si no sigues las leyes, estoy segura de que por Elizabeth las burlaría todas.

—Te prometo que lo haré. Jamás pondría en riesgo la vida de Elizabeth, ella es demasiado importante para mí.

—Lo sé..., lo sé... —Rachell sorbió los mocos—. Cuídate mucho.

—Lo haré.

Alexandre se marchó, dispuesto a seguir con sus planes, como los tenía pautado antes de que el BOPE los arruinara la noche anterior.

CAPÍTULO 47

John Jeffers era el hombre al mando de la comisión enviada por la embajada estadounidense para colaborar en la Operación Zodiaco, y en ese momento trazaba en un mapa electrónico las zonas que iban a sobrevolar las avionetas con el equipo de espionaje.

Después de que en la unidad de inteligencia de la delegación el oficial en jefe Vítor Soares y Samuel Garnett lo pusieran al tanto de los pormenores había llegado a la conclusión de que la desaparición de la joven no se trataba de

delincuencia común, sino de un crimen perfectamente organizado, quizá perteneciente a la trata de personas.

—Tenemos que tener en cuenta que esto no será fácil —comentó el agente especial de la CIA Jeffers, mejor conocido como JJ, sin la menor intención de preocupar de más a la familia Garnett, sino para que estuvieran conscientes de la situación y no esperaran milagros—. Cualquier organización que se atreve a llevarse a una víctima como la señorita Garnett... —Puso sus ojos en el padre de la joven, quien visiblemente estaba bastante intranquilo—, es porque cuenta con los medios adecuados para ser prácticamente indetectable, pero no imposible para nosotros... En mi experiencia, podría asegurar... — Siguió con la mirada en Samuel Garnett—, que su hija ha sido un pedido muy exclusivo, con el que se arriesgaron a cumplir. Haremos todo lo posible para dar con ella antes de que logren concretar la entrega, no podemos asegurar si la ha solicitado alguien del territorio nacional o pretenden sacarla de país. Las primeras cuarenta y ocho horas son cruciales y aún estamos dentro del rango.

Samuel sintió como si lo estuviesen acuchillando sin piedad, solo él sabía que estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para seguir en pie, soportando tanta tortura que su corazón casi no podía aguantar; pero se mantenía visiblemente firme, porque no iba a perder la esperanza de encontrar a su niña, y cuando eso pasara ella iba a necesitarlo.

Jeffers sabía que ese tipo organizaciones solían mantener comunicación a través de radios, porque eran menos vulnerables que los teléfonos o las computadoras, aparatos sobre los que la CIA tenía total dominio en cualquier parte del mundo.

Sin embargo, el uso de radios también podía ser interceptado y escuchado, si se tenían los equipos adecuados; además, ellos contaban con agentes altamente capacitados para interpretar en poco tiempo los códigos con los que comúnmente se comunicaban este tipo de delincuentes.

Todos los que estaban reunidos estuvieron de acuerdo e inmediatamente mandaron a llamar al equipo designado para el sobrevuelo, cuando los hombres se hicieron presentes en el salón, Jeffers dictó el protocolo a seguir.

Salieron con pasos apresurados, cada quien con su objetivo claro, porque no

se permitía ningún tipo de improvisación.

Subieron a tres todoterrenos negros blindados, para conducir hasta el hangar privado donde la Agencia Central de Inteligencia tenía sus aviones.

En la oficina siguieron manteniendo la comunicación con el equipo para estar alerta a cualquier situación; sin embargo, seguían moviendo sus operaciones también por tierra, su misión era encontrar cuanto antes sana y salva a Elizabeth Garnett, y en eso se estaban dejando el pellejo.

Samuel sabía que no podía intervenir, su ética laboral se imponía por encima de su desesperación, mientras que a Thor él mismo tuvo que calmarlo en un par de oportunidades. Comprendía que sintiera que no se estaba haciendo nada, porque no veía resultados concretos, pero lo que él no sabía era que las fuerzas policiales conjuntamente con la CIA estaban haciendo su mejor esfuerzo.

Ya habían revisado el teléfono, el computador portátil y las redes sociales de Elizabeth, y hasta el momento no habían conseguido nada sospechoso, nada que los llevara a pensar que un miembro de alguna organización, o en su defecto, su solicitante, se hubiese puesto en contacto con ella en algún momento.

El próximo paso a seguir sería revisar el apartamento que compartía con Alexandre Nascimento, quien no se había negado a abrirles las puertas para la inspección.

Elizabeth empezó a salir poco a poco del profundo estado de sueño en el que la había sumido la droga que ese hombre le dio y que ella ni siquiera percibió.

Estaba tan aturdida, sentía la cabeza tan pesada y el cuerpo extremadamente casando, que le llevó tiempo darse cuenta de que sus manos ya no estaban atadas al cabecero de la cama, sino que las tenía al frente, y que tampoco tenía los pies atados.

Eso era realmente un alivio; sin embargo, con cada respiro su ritmo cardíaco

aumentaba y estaba segura de que eran los efectos del sedante que todavía pululaba en su organismo.

Hizo un gran esfuerzo para mover sus piernas, pero las sentía muy pesadas o quizás estaban demasiado entumecidas y la sensación de cosquilleo era tan insoportable que la obligó a jadear; prefirió dejarlas muy quietas y concentrarse en controlar su respiración agitada.

A medida que aclaraba las ideas fue consciente de que tenía mayor libertad, movió sus manos unidas al frente y sintió el sonido y peso de una cadena. La desesperación por poder ver dónde se encontraba y saber si había alguna forma de escape la impulsó a llevarse las manos a la capucha para quitársela.

—Si yo fuera tú, no haría eso. —Se dejó escuchar la maldita voz, y como si eso coordinara su voluntad, sus manos quedaron inmóviles a medio camino.

—Necesito un baño por favor —dijo sintiendo que su vejiga estaba a punto de reventar.

Seguía con mucha sed, pero no quería que volvieran a dormirla, porque realmente no sabía lo que pasaba mientras ella estaba inconsciente; se concentró en una zona en particular de su cuerpo, pero no sentía ningún tipo de incomodidad. Le tranquilizaba saber que por lo menos no habían abusado sexualmente de ella, o eso era lo que creía; inevitablemente la duda surgió y con eso la ira.

—Irás al baño cuando yo lo decida.

—¿Por qué me tienes aquí?, ¿cuánto tiempo llevo encerrada? —preguntó girando la cabeza hacia su derecha, desde donde provenía la voz.

—No hagas preguntas estúpidas.

Elizabeth se sentía muy confundida y cansada, una parte de ella luchaba por entender lo que estaba ocurriendo, la otra simplemente quería darse por vencida, porque era imposible luchar contra lo desconocido. Si pudiera tener una mínima visión de lo que la rodeaba encontraría un poco de valor.

Decidió quedarse callada y no darle razones al hombre para que volviera a maltratarla, porque todavía estaba muy adolorida, sus hombros los sentía como si se hubiesen hecho añicos, y reprimió el deseo de tocárselos.

El hombre permaneció callado por más de un minuto, o eso creyó, porque había perdido totalmente el sentido del tiempo. No sabía si llevaba días o semanas, no sabía cuánto había dormido. Pensar en eso la mortificó, porque sabía que sus familiares debían estar muy preocupados, que estarían pasando por un momento muy difícil; y ella no quería que sufrieran, no por su culpa.

Inevitablemente sintió que las lágrimas volvían a inundarle la garganta y estaba a punto de desatarse en sollozos, cuando sintió sobre su vientre el frío de un hierro, que se hundió con saña, y ella hundió el cuerpo en el colchón, con la única intención de escapar de esa amenaza.

Una vez más dejó de respirar, todo el aliento se le condensó en los pulmones, producto del pánico; su instinto más primitivo la empujaba a luchar, pero la sensatez no se lo permitía, porque sabía que lo único que conseguiría sería que la mataran.

—Escucha bien lo que te voy a decir. —Empezó a acariciarla con el cañón de la Glock, que iba en ascenso con lentitud e intensidad, enrojeciendo la delicada piel.

Elizabeth, con el pecho agitado afirmó con energía, y suplicaba al cielo que no la lastimara.

—Porque no voy a repetirlo... Y si me desobedeces vas a lamentarlo. — Ella volvió a afirmar con la cabeza—. Vas a ducharte, te pondrás la ropa que te he traído... —Pasó el cañón por el medio de sus pechos, los que estaban totalmente desprovistos de las mariposas que los cubrían—. Voy a soltarte y no te quitarás la capucha hasta que pase por lo menos un minuto de que yo haya salido... ¿Lo entiendes? —preguntó, pero Elizabeth estaba demasiado aterrada como para dar una respuesta—. ¿Lo entiendes? —Volvió a preguntar, enterrando fuertemente el cañón debajo de la barbilla de ella.

—¡Sí! ¡Sí! —Sollozó sin poder ocultar su terror—. Lo entiendo — murmuró ahogada con las lágrimas.

—Así me gusta, que seas obediente... Ahora voy a soltarte —anunció y se guardó el arma en la cintura—. Espero que no cometas ninguna estupidez, porque será lo último que hagas en tu puta vida... Otra cosa, aunque no esté aquí, estoy al tanto de cada uno de tus movimientos, hasta de si respiras o no, así que no aproveches mi ausencia para intentar pasarte de lista... Apenas termines de ducharte y te pongas la ropa nueva quiero que regreses a la cama y vuelvas a ponerte la capucha. ¿Lo entiendes?

—Sí. —Volvió a responder, comprendiendo que era la única palabra que podía decir y no terminar lastimada.

—Bien, tienes cinco minutos para ducharte, dos para vestirte y uno para volver a la cama y cubrirte el rostro.

Elizabeth se preguntaba cómo podría saberlo si no tenía idea del tiempo, no sabía cómo pasaba en ese lugar; a ella le parecía que ya había transcurrido una eternidad desde que la mantenían cautiva en ese lugar. Solo quería irse a casa, que su padre o Alexandre aparecieran y la rescataran de esa agonía.

Volvió a tensarse cuando sintió que le estaba quitando las correas, no quería que la tocara, no lo quería cerca.

Al sentirse libre abrazó la idea de luchar, quizás empujarlo, darle una patada o arrebatarse el arma y defenderse con ella, pero a ciegas como estaba era una completa estupidez, tampoco sabía si estaba solo o si había alguien más tras la puerta.

Tenía claro que no debía rendirse, que si iban a asesinarla por lo menos se llevaría el orgullo de haber luchado, de haberles dado la pelea; pero definitivamente, ese no era el momento, así que se quedó muy quieta y aguzó el oído, escuchó los pasos amortiguados que se alejaban y después el sonido de la puerta.

Esperó resoplando de miedo debajo de esa maldita capucha que la sofocaba, se concentró en contar.

—Uno, dos, tres, cuatro... —murmuraba en medio de pausas y solo escuchaba su propia voz y el resonar de su corazón.

Cuando llegó a sesenta, con las manos temblorosas ante el miedo y las expectativas empezó a quitarse lentamente la capucha. Ahora que tenía la oportunidad de mirar eso que la rodeaba le daba pánico saberse realmente secuestrada, darse cuenta de que posiblemente no existía una salida, de que no podría escapar.

Exhaló, llenándose de valor, y sin pensar más se la quitó, tuvo que parpadear varias veces, hasta volver a cerrar los ojos fuertemente porque la luz blanca le hería las pupilas.

Dejó caer la capucha a un lado y empezó a mirarse el cuerpo, percatándose de que estaba prácticamente desnuda, solo llevaba la tanga de hilos de brillantes, todas las mariposas en su cuerpo habían sido retiradas, su piel todavía estaba llena de brillantina. Se miró las vendas en las muñecas y en los tobillos.

Sabía que con eso no podía ducharse, por lo que empezó a quitárselas sin que sus manos dejaran de temblar, sin poder evitarlo una vez más el llanto convulso de dolor y desesperación la superó.

Quería calmarse, mostrarse fuerte, pero no podía hacer nada para vencer el pánico. Al retirar las vendas se vio la piel desollada, lo que no le importó, ya que lo único que deseaba era poder largarse de ese lugar.

Inspiró y expiró lentamente, tratando de calmarse, luchando contra el impulso de no hundirse en el terror; internamente se gritaba que debía salir a flote, se recordaba que tenía instintos que le daban fortaleza. Su padre le había enseñado defensa personal, Cobra la había llevado a perfeccionar su técnica en capoeira, por lo que llegado el momento sabría defenderse.

Miró la sábana blanca de algodón que cubría el colchón, no tenía almohadas, no había ninguna comodidad en aquella sencilla cama individual de hierro forjado.

En la esquina vio doblado un pedazo de tela negra, sabía que después de ducharse debía ponérsela, pero por el momento no quería mirarla, mucho menos tocarla.

Con suma cautela, sacó los pies por el borde de la cama y tocó el suelo con

los dedos, sintiendo que el molesto cosquilleo seguía ahí, estaba alfombrado con un buen acabado; miró al frente, donde estaba la puerta, no vio más, era la única vía de escape, pero realmente parecía ser muy segura, las paredes eran de un blanco impoluto, posiblemente estaban recién pintadas, o ese cuarto, que no era de más de cuatro metros de ancho por cuatro de largo había sido recién construido.

Apoyó las manos al borde del colchón, el cual apretó, y se puso de pie, pero inmediatamente sufrió una horrible sensación de vértigo, que la obligó a sentarse de nuevo; apretó los párpados fuertemente, hasta que sintió que el mundo dejaba de darle vueltas.

—Levántate. —Se ordenó a sí misma, encontrando la fortaleza que necesitaba para enfrentarse si era preciso a otro mareo.

Respiró profundo y volvió a levantarse, una vez más la habitación le daba vueltas, pero no con la intensidad suficiente de mandarla de nuevo al colchón; empezó a ser consciente del dolor, sentía que sus rodillas y tobillos eran pinchados con alfileres, pero no se dejó vencer ante eso y empezó a caminar, sintiendo que se tambaleaba; aun así, se animó a seguir.

Su mirada fue captada por la cadena que estaba justo al lado de la cama, incrustada en la pared con una argolla; una sensación de odio se replegó por todo su cuerpo al darse cuenta de que la estaban tratando como a un perro.

A pesar de que ganaba más dominio sobre sus nervios y más seguridad emocional por tener la oportunidad de mirar, su respiración seguía muy agitada.

Justo a su derecha, al extremo de la habitación, había un cubículo de cristal pegado a la pared, tenía una ducha y un inodoro. Todo estaba perfectamente pensado para una larga estadía ahí o por lo menos para el tiempo que ese hombre necesitaba.

Su vejiga a punto de reventar la invitaba a correr al inodoro, pero no pudo hacerlo, sus piernas trémulas no se lo permitían; caminó lo más rápido que pudo y entró al cubículo.

A pesar de que estaba sola, sentía que posiblemente no tendría privacidad, y ante la idea de tener que bajarse la tanga no pudo evitar que la vergüenza la golpeará, haciéndola sentir por primera vez esa sensación de ser abusada.

Nada de eso se comparaba al momento en que se desnudó por primera vez delante de un chico, no estaba en la misma situación y no era Travis el que la tenía secuestrada.

Su entrepierna le estaba exigiendo consuelo, así que no tuvo más opción, se bajó la tanga y se sentó, sintiendo alivio cuando por fin pudo saciar esa necesidad.

Se sentía la piel algo pegajosa por la brillantina y el sudor, también el pelo demasiado enredado por las malditas extensiones. Se levantó del inodoro, se puso de frente a la pared y de espalda al resto de la habitación, sintiendo que así contaba con un poco más de privacidad, entonces se quitó por completo la tanga y de un paso estuvo dentro de la ducha, vio algunos sobres de jabón líquido, champú y acondicionador, lo suficiente para una sola aplicación.

Abrió la regadera y sin importarle que el agua le causara una intoxicación estomacal abrió la boca y bebió con desespero, porque la sed que sentía era mucho más poderosa que el miedo a enfermarse.

Después de saciar la sed, se metió por completo debajo del chorro, sintiendo que el agua fresca en ese momento era un mimo, cerró los ojos y en pensamientos pudo volar muy lejos de su cautiverio.

Elizabeth no se había percatado de las cámaras que supervisaban sus movimientos, no estaba al tanto de que unos ojos grises estaban mirándola con gran detenimiento, que cada vez que se pasaba las manos por su cuerpo, tratando de retirar la brillantina, estimulaba la imaginación del hombre que se hacía la idea de que eran sus manos las que recorrían ese cuerpo de curvas perfectas.

La respiración del hombre se agitaba y las pupilas se abrían enormes ante el deseo, no iba a quedarse con las ganas que ella despertaba en él, por lo que empezó a acariciarse por encima del vaquero la erección que ella estaba provocando.

En menos de un minuto tuvo que liberar su pene para acariciarlo con mayor libertad, su mano derecha se movía con maestría y rapidez por la rigidez, así como las pupilas seguían fijas en la pantalla del televisor.

En medio de gruñidos y roncosp jadeos sació sus enfermas ganas, se sintió complacido como no lo había estado en mucho tiempo; sin embargo, quería más de ella, mucho más, e iba a conseguir que Elizabeth Garnett cediera y terminara suplicando que le hiciera el amor.

Elizabeth vio en el cristal del baño una posible arma para defenderse, empezó a tocarlo, quizá si lograba romperlo conseguiría armarse con un puñal, pero después de tactearlo y mirarlo se llevó una gran decepción al darse cuenta de que era demasiado grueso.

Supo que los cinco minutos habían transcurrido cuando le suspendieron el agua, por lo menos le habían dado tiempo de sacarse el champú.

Había una toalla pequeña, que apenas le alcanzaría para secarse un poco.

Sin tanta brillantina en el cuerpo se sintió más vulnerable, se sentía más desnuda; apenas consiguió cubrirse la parte delantera de su cuerpo caminó hasta la cama, y el pedazo de trapo negro era una camiseta, como las que Alexandre siempre le prestaba. No pudo evitar que un nudo de lágrimas se le formara en la garganta al pensar que él debía estar destruido y volviéndose loco de la falta que le hacía.

Se puso la camiseta que le quedó a la altura de los muslos y se dejó caer sentada al borde del colchón, sintiendo que la situación la superaba; quería despertar de esa pesadilla y al mismo tiempo volvía a preguntarse por qué a ella.

Supo que había pasado mucho tiempo y había olvidado ponerse la capucha cuando la puerta se abrió, rápidamente agarró el pedazo de tela de seda negra, iba a ponérsela pero su curiosidad era más fuerte y la retuvo en sus manos temblorosas, mientras su corazón martillaba fuertemente casi impidiéndole respirar.

Entonces lo vio, era un hombre alto vestido de negro; podía jurar que de

compleción musculosa, pero llevaba la cara cubierta por un pasamontañas, que tenía apenas una línea abierta en la boca; y por encima de este se había puesto unas gafas de esquiar.

Elizabeth tragó en seco cuando lo vio acercarse e iba a ponerse la capucha cuando él se la retuvo con una mano y la otra abierta se la estampó fuertemente contra su mejilla izquierda. Fue algo totalmente inesperado y muy doloroso; tanto, que le hizo ver estrellas. No pudo ocultar la mueca de sufrimiento, sentía como si una vez más la hubiese electrocutado, y su cabeza volvió a darle vueltas.

El golpe le hizo perder el equilibrio y estuvo a punto de caer, abrió la boca para recuperar el aliento y boqueó en varias oportunidades, como intentando relajar su piel ardida y el oído que le zumbaba. Empezó a ahogarse con los sollozos que el dolor le arrancaba.

—Dije un minuto. —La voz del hombre fue determinante, no había emoción y no podía saber si estaba molesto o simplemente le complacía maltratarla.

«Jódete, maldito bastardo».

Tuvo ganas de gritarle, pero no eran más que sollozos los que salían de su garganta. Se llevó una mano a su ardiente y palpitante mejilla, pero él no permitió que se la tocara por más de un segundo.

La tironeó por sus muñecas heridas y le puso las correas.

Elizabeth sabía que ese era un momento perfecto para luchar, pero la fuerte bofetada todavía la tenía demasiado aturdida.

Con la misma violencia le encajó la capucha, dejándola una vez más en la oscuridad. Por los hombros la empujó contra el colchón, y en un acto de defensa ella pataleó y se alejó de él; rápidamente se puso en posición fetal, dándole la espalda.

Lo escuchó marcharse y ella no dejaba de sollozar, aprovechó para meterse la mano por debajo de la capucha y tantearse su mejilla adolorida.

Sabía que necesitaba ser fuerte, que alguien le prestara su fuerza, y su padre era el más indicado.

—Cuando caiga la oscuridad y te envuelva... —canturreaba casi ahogada con las lágrimas—, cuando te caigas, cuando tengas miedo... —La barbilla le temblaba y su memoria era inundada de todas las veces que su padre le cantó esa canción. Cómo deseaba estar entre sus brazos en ese momento y que la consolara—, y estés perdida sé valiente, yo vengo a sostenerte; cuando toda tu fuerza haya desaparecido y te sientas mal, como si tu vida se te escapara...

sígueme, tú puedes seguirme... Papi. —Chilló, como si él pudiera escucharla—. Yo no te abandonaré ahora, cuando tu llama se apague y no haya nadie contigo... —Casi podía escuchar la voz de su padre acompañando la de ella.

Siguió llorando hasta que se quedó dormida, hasta que tanto llorar la dejó totalmente agotada.

CAPÍTULO 48

Alexandre estaba sentado en el asiento en forma de huevo que colgaba del techo del balcón, era el favorito de Elizabeth, donde por las noches o las mañanas se tomaba un té, con la mirada perdida en el horizonte.

Ella se había empeñado en tener eso ahí, porque le recordaba al que tenía en la terraza de su habitación en Nueva York; y él, que no poseía la voluntad de negarle nada se encargó de colgarlo y asegurarlo en ese sitio.

Entre sus manos le daba vuelta a la cajita negra donde guardaba el anillo de compromiso que estaba esperando por ella, y luchaba contra las lágrimas que se le arremolinaban en la garganta mientras el apartamento era minuciosamente registrado por tres policías.

Antes tuvo que sacar algunas cosas y llevarlas a un lugar seguro, porque sabía que ellos no iban a comprender su amor por Elizabeth, y con las ganas que

tenía Samuel Garnett de encerrarlo podría conseguirlo si hallaban las fotografías que tenía de Elizabeth y que eran una prueba fehaciente de que no la había conocido en la favela y que les había mentado durante el interrogatorio.

Esperó pacientemente a que revisaran cada rincón del lugar que había decidido sería su hogar junto a Elizabeth, pero sin ella nada de eso tenía sentido; estar solo ahí dolía demasiado.

Una vez que los oficiales se marcharon esperó el tiempo prudente para poner en marcha sus planes. El sol todavía no se ocultaba cuando partió rumbo a Rocinha. Fue totalmente preparado y dispuesto a obtener la información que necesitaba para encontrar a su mujer, en mucho tiempo volvía a tener fe.

Estaba seguro de que estaba en el camino correcto y que si era lo suficientemente determinante podría dar con las personas indicadas, aquellas que lo llevaran hasta donde tenían a Elizabeth.

Dejó la moto en la casa de Breno, quien lo retuvo algunos minutos con su ligera conversación, pero en cuanto pudo corrió a la Boca de Fumo, donde ya deberían estar esperando por él.

Neymar le presentó a los dos hombres que lo acompañarían al Comando Vermelho.

Luan era delgado pero bastante fibroso, con la musculatura bien marcada, de piel oscura, ojos saltones y pelo rapado. Alexandre estaba seguro de que no llegaba a los treinta.

El otro era Rayne, blanco pero de piel curtida, tenía el pelo teñido de un amarillo bastante chillón, con el tatuaje de dos revólveres cruzados en la parte posterior derecha del cuello, al otro lado la palabra « *Fé* ».

Era bastante joven; sin embargo, su dentadura era como la de un hombre mayor, que se había pasado toda la vida con el vicio del cigarro.

Luan se colgó del hombro una mini Uzi, mientras que Rayne se aseguró una Beretta en la parte delantera de la cintura del vaquero que llevaba puesto, y

una Glock en la espalda.

—Andando, que hoy toca diversión —dijo Luan palmeándole un hombro a Alexandre, quien después de verlos tuvo la certeza de que solo llevaba un pobre arsenal con su arma y la navaja.

Alexandre se despidió de Neymar y siguió a los dos hombres, quienes bajaban las escaleras casi corriendo mientras hacían chistes y reían, también le hacían algunas preguntas, pero él solo respondía a medias, sabía que debía ser prudente y no dar mucha información.

No se mostraba reacio; por el contrario, le agradaba su compañía; tanto, que ellos con sus conversaciones le hacían olvidar lo que estaba viviendo y lo hacían reír. Le sorprendía lo tranquila que podían ellos tener la conciencia.

Después de abandonar los angostos rincones de Rocinha, lugares que Alexandre nunca había transitado, llegaron hasta donde estaban dos motos sin placas.

Alexandre subió detrás de Luan y partieron rumbo al Comando Vermelho, sabían que no dependían de la suerte, sino de la perseverancia, porque estaban seguros de que esa noche tendrían resultados.

Los hombres conducían con gran destreza y rapidez, no bajaban la velocidad sin importar si había alguien más en el camino, se apartaban o ellos sencillamente se los llevarían por delante.

Estacionaron un par de calles antes de llegar a uno de los sectores más peligrosos de la favela, pero que igualmente pertenecía al dueño del Morro de Rocinha, caminaron por la calle empinada hasta llegar a una cervecería donde ya sabían estarían reunidos algunos de los hombres que trabajaban para los proxenetas de Vila Cruzeiro y que no deberían estar ahí.

Luan estaba de acuerdo con que habían estado tentando a la suerte por mucho tiempo, porque ahí todos los negocios eran de su jefe; y quien hiciera lo contrario se consideraba un cuatrero.

Antes de llegar, Alexandre se bajó el pasamontañas, al que le había hecho dos

orificios a la altura de los ojos y otro en la boca.

—¿Qué es esa mierda? —Se carcajeó Rayne, quien iba con su cara muy pelada y con la barbilla elevada en señal de orgullo.

—Tengo familia que proteger, no puedo ganarme amenazas —explicó caminando a la par de ellos.

El hombre negó con la cabeza mientras sonreía y avanzaban.

Luan levantó la Uzi con el cañón mirando al cielo, apretó el disparador y lo dejó presionado, por lo que una ráfaga de disparos alertó a todos en la cervecería.

—¡Que nadie se mueva! —gritó Rayne—. Malditos, el que respire se muere. —Corrió dentro del local y rápidamente entre los que se habían lanzado al suelo encontró al que iban a buscar, lo agarró por el pelo y lo sacó de debajo de la mesa donde estaba, al tiempo que con la mano donde tenía la Glock apuntó y disparó certeramente en la espalda de uno que salió corriendo con toda la intención de escapar por la puerta trasera; el cuerpo cayó de bruces, ganándose la mirada aterrada de algunos del lugar, porque otros miraban a los recién llegados con odio.

—¿Quién va a ser su puta en el infierno?, ¡¿quién más?! —No eran preguntas, eran amenazas.

Los demás se quedaron muy quietos, casi contenido el aliento.

Con la culata de la Glock golpeó en dos oportunidades y con fuerza la sien derecha del hombre, casi dejándolo inconsciente.

—Te vienes con nosotros. —Le dijo con una sonrisa cargada de arrogancia.

Alexandre se había quedado en una esquina, apuntando a quien intentara moverse, creyó innecesario que le dispararan al tipo, pero bien sabía que estaba hasta el cuello de mierda y que lo último que podía hacer era cuestionar lo que estaban haciendo los amigos de Neymar.

Si tenía que convertirse también en un asesino por salvar a Elizabeth con gusto

lo haría. Siguió con el pulso inalterable y con la mirada recorriendo el lugar.

Luan, que se quedó frente a la cervecería soltó una carcajada al ver que su compañero sacaba al tipo a patadas por el culo.

—¡Nos vamos! —anunció Rayne.

Cobra se quedó cubriéndole la espalda a Rayne, mientras que Luan iba delante de ellos, tan tranquilo como el que iba al supermercado y regresaba con un pedazo de carne.

—Luan, anota otro a mi lista —pidió Rayne, seguro de que obtendría un bono por eso—. Cobra es testigo —anunció sonriente.

Alexandre supo que de nada había servido cubrirse el rostro si ya Rayne lo estaba exponiendo, quiso reclamarle, pero sabía que tampoco tenía ese derecho.

Rayne, quien tenía muchos años de experiencia en ese violento mundo del narcotráfico, sabía a la perfección que haberse cargado al tipo de la cervecería había sido la mejor opción, o en ese instante ya estarían rodeados de los cómplices de la rata que llevaban a rastras.

Llegaron hasta donde dejaron las motos, subieron al joven detrás de Rayne y le ataron las manos.

—Ni se te ocurra hacer nada estúpido. —Le advirtió Luan, señalándose los ojos con dos dedos—. Te tengo en la mira. —Acarició la mini Uzi y le dio un beso—. Un movimiento en falso y te la descargo en el culo.

El joven lo miró con el terror plasmado en la mirada, pero también había algo de soberbia en su postura.

Rayne, que no era estúpido y sabía que podría ser desarmado por su víctima, le entregó las armas a su compañero. Arrancó la moto y detrás de él, escoltándolo iban Luan y Alexandre.

Llegaron a la tan nombrada cueva, Alexandre no tenía que mirar mucho para darse cuenta de que era un sitio subterráneo de tortura. Estaba muy bien

camuflada, en la parte trasera de una peluquería.

Al abrir la puerta y desde lo alto de las escaleras Rayne le dio una patada al joven, que rodó por los escalones, y ellos solo soltaban risotadas al escuchar los quejidos.

—Te apuesto las zapatillas Nike que quiero a que se rompió un par de costillas —habló Luan.

—No, no apuesto, sé que sí. —Le palmeó una mejilla de forma cariñosa y después empezaron a bajar las escaleras dando saltitos.

Alexandre los siguió, era un lugar caluroso, solo tenía una pipa con agua, una bombilla que colgaba del techo, un par de reflectores, que en ese momento estaban apagados, tres sillas de hierro, el piso era de cemento, también había un mueble de hierro con divisiones donde habían diferentes instrumentos de tortura.

Entre Rayne y Luan agarraron al joven por los brazos y los arrastraron hasta la silla que estaba justo debajo de la bombilla, le soltaron las manos y después se las ataron hacia atrás y lo fijaron, amarrándole también los antebrazos al asiento y los pies a las patas.

—Ronaldo, tú eliges... Rápido o lento —amenazó Rayne, parado frente a él, con las manos apoyadas en las rodillas.

—Come mierda hijo de puta —rugió y le escupió la cara.

Sin previo aviso le soltó una senda bofetada que le hizo volver la cara.

—Ya ves, estamos empezando mal... —Se pasó la mano por la mejilla para quitarse la saliva—. Si no quieres colaborar atente a las consecuencias...

—Caminó hasta donde estaba Alexandre y le puso una mano sobre el hombro—. Aquí mi amigo se va a encargar de que seas más educado.

Sin que Alexandre se lo esperara le quitó de un tirón el pasamontañas, exponiendo su identidad; no pudo evitar mirarlo aturdido.

—Le tienen más miedo a un hombre que da la cara, quien se la cubre para ellos son los cobardes. —Le susurró—. Los verdaderos asesinos nos miramos a la cara... Es todo tuyo, piensa que ese maldito ya pudo haber violado a tu mujer.

Esa suposición fue suficiente para que un odio exacerbado estallara en Alexandre, pensar que ese infeliz pudo haber tan solo tocado a Elizabeth provocaba que su sangre entrara en ebullición y que el pecho se le agitara de furia.

Fijó sus ojos en el maldito, que lo miraba con gran arrogancia; no sabía por dónde empezar ni qué preguntas hacer, no estaba seguro de nada, solo de que quería encontrar cuanto antes a Elizabeth y se estaba tardando mucho para actuar. Ya llevaba cuarenta horas desaparecida y todavía no tenía ni puta idea de dónde estaba, y sabía que la policía mucho menos.

Inhaló profundamente, hinchándose el pecho de valor; se relamió los labios y caminó con lentitud pero con seguridad hasta donde estaba Ronaldo.

—Voy a ser totalmente preciso y conciso contigo —habló Alexandre y empezaba a odiar esa burla con la que el tipo rodaba los ojos—. ¿Dónde está Elizabeth Garnett?

—Entonces trabajan para los riquitos. —Se mofó, aunque estuviese en desventaja no iba a perder el orgullo—. No sé dónde está la putica ni me interesa.

No era buena idea que el hombre se expresara así de Elizabeth, no delante de Alexandre, quien tuvo que morderse la mejilla para contener las ganas de partirle la quijada de un rechazazo.

—Quizá tú no lo sepas, pero sé que conoces a hijos de puta como tú, sé que trabajas para alguien en Vila Cruzeiro, quiero su nombre y dónde ubicarlo.

Ronaldo soltó una sonora carcajada de socarronería mientras Alexandre seguía abrazándose a la paciencia.

—¿Qué te hace pensar que voy a darte la respuesta? —ironizó.

—No tengo ninguna duda de que vas a dármela. —Se pasó la mano por la boca ante la ira contenida.

—No, no voy a darte nada maricón. —Negó con la cabeza y seguía sonriendo.

Alexandre, en un rápido movimiento sacó el arma que llevaba en la espalda, sujetó a Ronaldo fuertemente por los cabellos y le puso el cañón debajo de la barba.

Luan y Rayne se miraron y negaron ligeramente con la cabeza, teniendo en cuenta que Alexandre era un novato, no tenían ni puta idea de qué hacer.

—Dime... —exigió hundiendo con saña el cañón—. ¿Dónde está Elizabeth? ¿La tiene tu jefe? —Siguió interrogando, pero Ronaldo no abría la boca.

Rayne no pretendía pasar toda la noche ahí, tenía ganas de irse a beber y a disfrutar de las putas, por lo que agarró uno de los puñales que estaban en el mueble de metal, caminó con decisión hacia Ronaldo y sin decir nada se lo encajó sin atisbo de remordimiento en el muslo derecho.

El grito de dolor quedó sofocado en una bolsa plástica que Luan le puso rápidamente en la cabeza.

—¡Golpéalo! —Le pidió Rayne a Alexandre—. Pártele la nariz y le das dos buenos rechazos en el estómago.

Alexandre dudó, no porque no quisiera hacerlo, sino porque inevitablemente saltó a su memoria cuando él estuvo en la misma posición que Ronaldo.

—¡Hazlo! —Lo instó otra vez, mientras Ronaldo se retorció y con la boca abierta trataba de encontrar oxígeno.

Sin pensarlo le asestó con toda su fuerza dos golpes seguidos en la nariz, pudo sentir y escuchar cómo crujió el tabique, después asestó dos puñetazos en la boca del estómago del hombre.

En él se despertó un estado de euforia e ira que debía controlar, miró al hombre que estaba siendo ahogado y pudo ver cómo la bolsa se impregnaba de sangre.

Rayne chasqueó los dedos y Luan retiró la bolsa, un chorro de baba y sangre escurrió por la barba de Ronaldo, que inmediatamente agarró una bocanada de aire y miraba donde tenía el puñal enterrado.

—Voy a matarlos hijos de puta, a los tres... Los mataré —rugió obligándose a contener las lágrimas.

—Dime dónde puedo encontrar a Elizabeth..., dime cómo se llama tu jefe.

Porque estoy seguro de que él la tiene, ya una vez quisieron llevársela... Tu amigo Nardes. —Alexandre agarró el puñal y empezó a girarlo en una cruda tortura para el hombre que resoplaba en un acto de valor—. Sí, sé que sabes de quién te hablo... Nardes iba a llevársela, pero se lo impedí... Ahora decide, quieres morir rápido o lentamente... —amenazó, mirándolo a los ojos.

Ronaldo resoplaba como un toro embravecido, escupiendo sangre y mirando a Alexandre con odio. No importaba las amenazas que hiciera, él no era un soplón y no iba a abrir la boca.

—Mámame la verga —dijo con los dientes apretados, soportando el dolor.

Alexandre sabía que por el momento no iba a hablar, pero también tenía la certeza de que un minuto que esperaba, era un minuto más que Elizabeth podría estar sufriendo, y entre ambos, sin duda prefería que sufriera el maldito.

Miró a Luan y le hizo una seña, él le entendió y volvió a ponerle la bolsa en la cabeza.

Ronaldo, durante los primeros segundos se hacía el fuerte, pero cuando empezaba a faltarle el aliento, cuando los pulmones empezaban a arder su cuerpo reaccionaba y se estremecía por el simple instinto de supervivencia.

—¿Recordaste algo que pueda interesarme? —preguntó Alexandre, furioso porque sentía que estaba perdiendo el tiempo y porque estaba sudando profusamente producto del calor.

Ronaldo los escupió, mostrándose inquebrantable. Entonces Alexandre agarró otro puñal y se lo incrustó en el otro muslo, ganándose unos cuantos alaridos.

—Rayne, ¿eso es corriente? —preguntó señalando unos cables que colgaban enrollados de un interruptor.

—Sí, le llamamos: «el escupe verdad» —dijo sonriente, satisfecho porque Alexandre ya estaba comprendiendo cómo era que debía actuar.

Caminó hasta donde estaban los cables, los desenrolló para tener más metraje y volvió donde estaba Ronaldo, quien miraba con pánico, pero seguía decidido a no hablar.

—Entonces Ronaldo, ¿vas a hablar o no? —preguntó acucillado frente al hombre, mientras enrollaba las hebras de cobre alrededor de los puñales—.

Yo no tengo problemas, no tengo prisa y puedo quedarme aquí toda la noche, divirtiéndome contigo.

—Jódete puto maricón —dijo ahogado con la sangre y las lágrimas que no quería derramar.

Alexandre regresó a la pared donde estaba el interruptor, lo bajó y contó diez segundos, diez segundos en los que el hombre se estremecía y tiritaba, como muestra de que estaba sufriendo.

—Ponle la bolsa. —Le pidió a Luan, sin darle tiempo a que Ronaldo volviera a llenarse los pulmones.

Luan lo sofocó hasta que perdió el conocimiento, entonces volvió a quitarle la bolsa.

—Solo se desmayó, qué maricón. —Rio Rayne.

Alexandre caminó hasta la pipa de agua, llenó un envase y lo vertió en la cabeza del hombre.

—¡Despierta imbécil! —Empezó a darle bofetadas.

Ronaldo agarró una bocanada de aire y empezó a toser, también a llorar, porque por más que quisiera ser fuerte, el dolor en su cuerpo iba más allá de

su orgullo.

—La bolsa una vez más —ordenó Alexandre.

—¡No! —Sollozó—. No más... No sé dónde está, lo juro. —Negaba con la cabeza y lloraba mientras seguía escurriendo de su boca chorros de sangre —. ¡No lo sé!

—Eso ya lo dijiste, lo que quiero es que me ayudes a encontrarla... ¡La bolsa Luan!

Este volvió a sofocarlo con fuerza, soportando las sacudidas del cuerpo de Ronaldo, pero antes de que volviera a perder el cocimiento la retiró.

—Mi jefe..., mi jefe no la tiene, te juro que no la tiene, pero él conoce gente..., conoce gente que trabaja para una organización, son traficantes...

En Cruzeiro hay un tipo que trabaja con ellos, no sé cómo se llama... — Tosió una vez más—, no sé dónde vive, pero mi jefe sí, también..., también su mano derecha, Cristian... Cristian Alves. —Sollozó, estaba seguro de que iba a morir, eso lo supo desde el momento en que lo sacaron del Comando Vermelho, lo que deseaba era que lo hicieran rápido y terminar con el sufrimiento.

—¡Ahí lo tienes! ¿Qué te dije?, ¿qué te dije? —preguntó jubiloso Luan con la mirada en Alexandre, quien inmediatamente se relajó—. Cuenta con nosotros para ir por Alves, para que nos escupa dónde está tu mujer. Todas estas mierdas... —Abofeteó a Ronaldo—, tienen secretos, todas están ligadas... Ahora ve con el jefe para que te diga cuánto te costará el viaje a Cruzeiro.

Alexandre se lavó las manos en la pipa y mojas se las pasó por el pelo, por fin veía un rayo de luz; presentía que estaba más cerca de encontrar a Elizabeth.

No podía seguir ahí, necesitaba correr con Neymar para que lo llevaran una vez más con su jefe, antes de que se hiciera más tarde. Empezó a subir las escaleras cuando escuchó un disparo, inevitablemente se volvió a mirar y se encontró con Ronaldo muerto; no pudo evitar que un extraño nudo se le

formara en la garganta.

—Es la única manera de protegernos y proteger a nuestras familias, no se pueden dejar vivos, porque es completamente seguro que nos buscarán, y ellos sí que no perdonan... Ahora vete, que nosotros nos encargamos de esto.

Alexandre sabía por experiencia que así era, había cometido el error de dejar con vida a Nardes y este casi lo asesinó; definitivamente, no se podían dejar cabos sueltos.

Ya no había vuelta atrás, estaba embarcado en eso; además, esa era su guerra, su deber, y estaba dispuesto a dejar la vida en ello si era necesario.

Debía ser ese guerrero que Elizabeth había idealizado en él.

Sabía que lo que estaba haciendo no estaba bien, que posiblemente podría terminar en la cárcel o muerto, pero hacía muchos años unos agentes del BOPE le demostraron que la justicia no se rige por las leyes sino por quien decide ejercerla.

Esta vez el camino dentro de la capucha se hizo más corto, y cuando estuvo frente al jefe de Neymar le contó lo que habían hecho y los próximos planes.

Cuando el hombre le dijo lo que valía mandar a sus hombres a Cruzeiro, le quedó claro que necesitaba mucho dinero, muchísimo más del que estaba en sus posibilidades. Esa cantidad era un imposible para él, maldijo su suerte y su pobre cuenta bancaria.

Ya no tenía nada que hacer ahí, y de regreso al apartamento pensó que la única manera de encontrar el dinero sería con Samuel Garnett, pero no pudo sostener la idea por más de dos minutos, ya que era consciente de que su suegro no le daría ni un real. Su ética no le dejaría financiar en absoluto a los narcos.

Si le informaba lo arruinaría todo, le daría parte a la policía e irían con toda su parafernalia a Cruzeiro, y él terminaría metiéndose en problemas, eso si no era que lo verían como el principal sospechoso y terminara encerrado.

Definitivamente, los Garnett no eran la solución, tocaba buscar por sus

propios medios, quizás arriesgarse e ir solo a Vila Cruzeiro.

CAPÍTULO 49

Luana observaba sonriente cómo Violet creaba el diseño de un vestido en la tableta electrónica, mientras eran amparadas por los frondosos árboles del jardín de la mansión Garnett, el canto de los pájaros y el relajante sonido del río.

Habían pasado casi toda la tarde en el jardín, estaban de pícnic, jugando, conversando y comiendo muchos dulces. Luana también había aprovechado para meditar un poco y enseñarle a Violet cómo hacerlo; le alegraba de cierta manera saberse útil, ayudar a Rachell con la niña, porque comprendía que estuviese demasiado preocupada y triste como para fingir estar bien delante de la pequeña.

Ella también estaba muy preocupada, no podía dejar de pensar en Elizabeth, de preguntarse dónde podría estar, quién pudo habérsela llevado.

No podía creer que solo a las personas buenas les pasaban cosas malas; se mentalizaba y trataba de ser muy positiva, porque sabía que si era pesimista el universo solo se regía por sus energías; y definitivamente, ella quería alejar las malas vibras.

—¿Te parece bonito? —preguntó Violet.

—Sí, es muy hermoso, llevas el talento en la sangre.

—¿Y el color? Tienes que ser muy sincera.

—Está bien, seré sincera contigo, el color está lindo, pero ¿no te parece que morado y morado no combinan mucho? —comentó sonriente, segura de que a Violet le encantaba ese color, pero ya había hecho cinco diseños con el mismo

tono.

—Es que me gusta mucho. —Le sonrió con total inocencia.

—Sí, no tienes que quitarlo del diseño, puedes crear unos detalles con otros colores que combinen... Quizás un naranja.

—Probemos —habló y eligió el color de la paleta para pintar la falda en ese tono y dejar la parte de arriba en morado—. Sí, me gusta... Se ve bien así.

—Sí, compraría este vestido —respondió totalmente convencida—. Serás una diseñadora extraordinaria.

—No quiero ser diseñadora, cuando sea grande seré la presidenta de los Estados Unidos, y me casaré con un oficial de las Fuerzas Armadas... Mi papá me dijo que tengo que aprender muchas cosas, no solo de Estados Unidos, sino también de todo el mundo... Claro, mi papi todavía no sabe que voy a casarme con un *Marine* —dijo la última palabra en inglés y rio bajito.

—Creo que no será de su agrado. —Rio cómplice—. ¿Y qué has aprendido hasta ahora?

—Ya me sé los diez primeros presidentes de Estados Unidos, también los de Brasil e Italia... ¿Te los digo?

—Me gustaría saber los de Estados Unidos. —Estuvo de acuerdo, para estimular más a la niña en el aprendizaje.

—El primero fue George Washington, el padre de la patria, era un revolucionario y nació en Virginia... Después fue John Adams, de Massachusetts, y era del partido Federalista; el tercero fue Thomas Jefferson, también de Virginia; luego James Madison..., otro de Virginia —parloteaba con la seguridad que le proporcionaba el conocimiento.

Luana, a pesar de estar atenta a lo que hablaba Violet, no pudo evitar que su atención fuese captada por Oscar, quien se acercaba a donde estaban ellas sentadas en una manta sobre la hierba.

—¿Qué hacen? —preguntó al llegar con las manos metidas en los bolsillos de

la bermuda de vestir azul cielo que llevaba puesta.

—De todo un poco —respondió Violet.

—En este momento hablábamos de los presidentes de Estados Unidos — participó Luana, sin poder quitar su mirada de Oscar, que se acuclilló frente a ellas y después se dejó caer sentado en una esquina de la manta.

—¡Vaya, qué conversación tan entretenida! —ironizó sonriéndole a Luana.

—Estamos hablando de historia y política, porque me estoy preparando para cuando sea la presidenta de nuestro país —dijo la niña, poniéndose un mechón del sedoso pelo detrás de la oreja.

—Así que ahora quieres ser presidenta, ¿y qué pasó con tu sueño de ser actriz? —Recordaba que hasta hacía unos meses no hacía más que imitar a una de esas chicas adolescentes de la tonta serie juvenil que veía.

—Es que quiero ser alguien importante y tener el respeto de todo el mundo —dijo sentándose sobre sus talones y agarró un brigadeiro.

—Lamento decirte que los presidentes muchas veces son más odiados que respetados, siempre tendrás detractores —explicó con toda la intención de molestar a su hermanita.

—Eso pasa porque no saben gobernar, hacen las cosas mal, pero yo las haré bien; ya hablé con papi y con mi abuelo, ellos me van a ayudar y seré la mejor presidenta de la historia... ¿Y sabes qué es lo primero que voy a hacer?

—¿Qué? —preguntó divertido.

—Eliminaré todos los videojuegos, ya no habrá más PlayStation, Nintendo, Xbox, ni nada de eso... —dijo muy seria mirándolo a los ojos.

—Entonces no vas a ser presidenta por mucho tiempo, la comunidad de *Gamers* es de cientos de millones, encabezada por tío Thor, quien iniciará la campaña en tu contra; te apuesto a que sales a la semana.

Luana miraba sonriente cómo ellos llevaban una contienda de ideas.

Violet boqueaba sin encontrar una respuesta, y eso era muy divertido.

—Yo... yo... permitiré que solo tío Thor tenga su PlayStation en casa, el resto mandaré a destruirlos, y el tuyo será el primero —dijo elevando ambas cejas en varias oportunidades en un gesto de supremacía.

Esa sería su dulce venganza porque él se la pasaba todo el día encerrado en su habitación jugando y casi no compartía con ella, suponía que ese problema lo tenían muchos niños con sus hermanos mayores e iba a solucionarlo.

—Como quieras... —Lo interrumpió su teléfono al vibrar en el bolsillo de su bermuda, cuando lo sacó se dio cuenta de que era Melissa—. Estás perdida, serás una presidenta tirana. —Se levantó con la mirada puesta en Luana—. Ahora regreso —avisó y se marchó, mientras se alejaba contestaba la llamada.

—Él no sabe nada. —Bufó, clavando su mirada en Luana, quien estaba pendiente de a dónde iba su hermano—. ¿Cierto?

—Tienes razón, los videojuegos son un terrible vicio, que debe regularse.

—Le dijo sonriente, tratando de regresar su atención a la niña.

—¿Sabes? Ya sé por qué has venido todos estos días a jugar conmigo —comentó agarrando otro brigadeiro—. Es porque Eli y tu papá están enamorados, como van a casarse quieren estar solos... Por eso no han venido... Lo sé porque mi mami y mi papi a veces se van todo un día juntos, a veces dos. —Hizo el número con sus dedos—. Siempre dicen que los enamorados necesitan estar solos para fortalecer sus sentimientos, y que los papis siempre deben estar enamorados para también darle de ese amor a sus hijos... ¿Crees que tienen razón?

—Lo... lo creo, tienen mucha razón —dijo con la voz ahogada, porque ella bien sabía que Elizabeth y su padre no estaban juntos, no tenía la más remota idea de dónde estaba Elizabeth, ni mucho menos qué estaba haciendo su padre, pero sabía que algo estaba haciendo, porque jamás se quedaría de brazos cruzados—. El amor es fundamental para las parejas.

—Cuando tenga a mi novio, el *Marine*, pasaremos juntos mucho tiempo...

—¿Por qué quieres un *Marine* como novio? —preguntó sonriente.

—Es que son muy fuertes y muy altos. Los vi en la semana de la Flota en Times Square, haciendo una presentación junto a los Navy... Estoy segura de que mi novio sabrá protegerme muy bien, y como seré presidenta tendré que cuidarme mucho... Porque hay gente mala que a veces mata a los presidentes, como le hicieron a John F. Kennedy... —parloteaba entusiasmada.

A Luana no le quedaba dudas de que Violet se estaba preparando muy bien para su futuro soñado, por lo menos estaba bastante interesada en la historia política de su país.

Mientras hablaba, Violet miró donde una hormiga cargaba un diminuto trozo de chocolate, pero que era casi del mismo tamaño de ella, la siguió muy atenta.

—Mira esa hormiga —habló bajito y la señalaba, como para que el animal no la escuchara—, creo que le lleva chocolate a sus hijitos.

—Seguramente —habló Luana mirando a la hormiga.

Se quedaron en silencio viéndola ir y venir, hasta que pareció avisarles a las demás. En menos de un minuto había una hilera de hormigas transportando las migajas de chocolate que Violet les echaba al tiempo que las miraba sonriente.

—Sigue alimentándolas, voy a decirle a Luck que venga a ver. —Se levantó y salió corriendo a la casa.

Luana se quedó mirando a los Unidos animalitos, y estando ella sola y en silencio pudo escuchar quizás en alguna parte tras los árboles a Oscar discutir; inevitablemente tuvo que poner su atención en lo que decía.

—No Melissa, por ahora no voy a volver a la ciudad... Mientras mi hermana siga desaparecida me importan una mierda las clases... No, tú no...

Pero no me pidas que me vaya a verte y que deje a mis padres con todo lo que están pasando, aunque no pueda hacer nada, como tú dices... Sabes que estás siendo injusta y malditamente egoísta, sí muy egoísta... Ahora no quiero hablar, ya vete a la mierda Melissa... No me llames, no me jodas la vida...,

no en este momento. —Hizo una pausa, al parecer para escuchar lo que la joven le decía al otro lado de la línea—. Sí, me gusta hablar contigo, pero no cuando discutes por tonterías... Te estás comportando como una egoísta e inmadura chiquilla, lo que está pasando mi familia es horrible y tú solo puedes exigirme que regrese... Es mi hermana la que está secuestrada.

No sé si no te das cuenta de la gravedad del problema. —La voz se le quebró, pero también se podía saber que estaba muy molesto.

Luego de eso no se escuchó nada más; sin embargo, segundos después, los sollozos casi callados de Oscar llegaron a oídos de Luana, provocando que en su garganta se formara un intrincado nudo de lágrimas.

Ella miró en derredor mientras se tragaba las lágrimas, también respiraba profundo para calmar su agitado corazón.

No pudo detener sus impulsos, se levantó y caminó siguiendo los casi apagados sollozos. Dar con él fue muy fácil, lo encontró sentado sobre la hierba, con la espalda recargada contra el tronco de un árbol; tenía las piernas flexionadas y los codos sobre las rodillas, con los brazos cruzados, creando un escudo en el que escondía su rostro.

Luana se acercó con pasos amortiguados por la hierba y se detuvo justo en frente de él. Antes de que pudiera percatarse de su presencia, se dejó caer sentada sobre los talones y le tocó un brazo.

Oscar levantó la cara y empezó a limpiarse las lágrimas con el orgullo de un hombre que pretendía ser fuerte, pero ella le pareció que así tan vulnerable lucía más lindo, quizá porque comprobaba que tenía bonitos sentimientos y estaba muy preocupado por su hermana. A pesar de que aparentemente estaba bien, lo cierto era que también estaba destrozado.

—Sé que para ti es muy difícil todo esto. —Luana empezó a hablar, sintiendo como si su corazón fuese apretado por un puño, y en un acto de valentía le mantenía la mano sobre el brazo y le acariciaba con el pulgar—.

Pero ya verás que Elizabeth pronto aparecerá y olvidaremos este amargo momento. —Su voz empezó a vibrar, por estar así con el chico que le estaba

haciendo sentir eso que una vez Darel despertó con tanta intensidad, pero también porque se sentía muy triste, porque por su parte no podía hacer nada por encontrar a su amiga, mucho menos por hacer sentir mejor a su familia.

—Gracias —murmuró con la voz ronca y se limpió con el dorso de la mano una lágrima que quiso correr por su mejilla—. Sé que van a encontrarla, sé que mi papá hará hasta lo imposible por hallarla... Lo que verdaderamente temo es que a la que rescaten ya no sea mi hermana... No soy tonto y sé a lo que está expuesta, me da rabia, mucha rabia... —Su barbilla vibró por el llanto contenido—, no poder evitar que sufra. Tengo miedo de que Elizabeth ya no sea la misma que vi en el carnaval, que la dañen tanto que no pueda volver a reír...

—Lo será, Elizabeth es fuerte, es muy valiente... Yo pienso que no le harán daño, no van tocarla, ella no lo permitirá... Tú también eres muy fuerte por soportar todo esto, por mantenerte firme delante de tu mamá...

—Pero no lo soy.

—Sí lo eres —reafirmó.

Ella no esperaba que él la sorprendiera con un fuerte abrazo, por lo que le tomó algunos segundos reaccionar y responder a ese afecto que Oscar estaba suplicando.

Cerró sus brazos y le frotó la espalda, mientras apretaba fuertemente los párpados y se tragaba las lágrimas; en ese momento debía ser la fuerte para poder consolarlo, porque él verdaderamente lo necesitaba.

—Todo pasará —murmuró tratando de subirle el ánimo y que dejara de sentirse tan impotente.

Poco a poco él empezó a romper el abrazo, pero no se alejaba lo suficiente, porque todavía deseaba sentirla muy cerca; terminó pegando su frente a la de ella, tragó en seco al sentirla temblar, quizás él también lo estaba haciendo; sin embargo, encontró valor para subir las manos a su suave cuello, y milímetro a milímetro, con mucha lentitud fue acercando su boca, hasta que rozó los carnosos y trémulos labios de Luana.

Primera vez que sentía esa especie de vacío en el estómago y corazón, que sentía que estaba a punto de vomitarlo; y eran sensaciones tan abrumadoras como extraordinarias.

Sus labios se movieron lentamente contra los de ella y podía sentir que se le aceleraba mucho la respiración, pero no por eso se detuvo, siguió tocando una y otra vez sus labios, hasta que el deseo por chuparlos fue más poderoso que la razón y liberó las ansias que llevaban casi tres meses atormentándolo.

Le gustaba la sensación de los labios de Luana cada vez que los chupaba con suavidad, eran más suaves, más voluptuosos que los de Melissa, y las emociones que despertaban eran más intensas.

Sintió como si hubiese anotado el gol ganador cuando ella empezó a corresponder, también chupaba con discreción sus labios, las puntas de sus lenguas se rozaron y él buscó mucho más, no era suficiente un simple roce, por lo que se aventuró a introducir con moderación su lengua en su boca; e inevitablemente los vellos de la nuca se le erizaron, en una invitación a ser más ávido, pero su emoción fue interrumpida cuando ella se alejó.

—Esto no está bien —dijo y con el pecho agitado se levantó.

—Luana, espera... —Él también se puso de pie.

Pero ella salió corriendo, mientras se pasaba una mano por la boca para arrancarse esa maravillosa sensación del beso. Sabía que no estaba bien, por mucho que le gustara Oscar, ella no era una chica para él.

Le dolía mucho el pecho por la respiración contenida y los latidos alterados, también porque estaba conteniendo las ganas de llorar. No era momento para enamorarse, ya no podía hacerlo, porque primero estaba su hijo, debía cuidar de Jonas, y ningún chico la aceptaría con un bebé a cuesta.

Oscar le gustaba mucho, pero él no iba a tomarla en serio, y ya había sufrido lo suficiente como para embarcarse en el mayor acto de masoquismo.

No iba a quedarse cerca de él, por lo que corrió directo a la casa, pero antes de entrar vio a Violet salir agarrándole la mano a Luck, evidentemente lo

estaba llevando a rastras.

—Necesito ir al baño —dijo cuando pasó al lado de ellos.

Luck se quedó mirándola, porque eso no parecía ser ninguna emergencia fisiológica, y pudo comprobarlo cuando vio que Oscar se acercaba caminando con energía, pero al verlos ralentizó el paso e intentó disimular que iba tras la chica.

—Violet, corre a ver si siguen las hormigas ahí, ya te alcanzo —pidió Luck y le soltó la mano a la niña.

—Pero no tardes.

—No lo haré. —Le dijo y se interpuso en el camino de Oscar, quien al verlo se detuvo.

Una vez que Violet se alejó lo suficiente Luck lo retuvo.

—No lo hagas Oscar. —Le advirtió.

—¿Que no haga qué? No sé a qué te refieres —comentó con la confianza que le tenía.

—Sabes perfectamente de lo que te hablo, déjala tranquila.

—No sé de qué me hablas. —Siguió negando—. ¿Que deje tranquila a quién?

—Sabes que me refiero a Luana... He notado que es de tu interés.

—Y del tuyo también, no soy ciego Luck —confesó, dejándose llevar por los celos.

Luck quiso poner los ojos en blanco, ¿acaso nadie notaba que era homosexual? Muchas veces quería gritarlo, pero sabía que no tenía por qué hacerlo, eso era algo que solo a él le concernía.

—Parece que sí —dijo para ver si su excuñado podía leer entre líneas—.

No me interesa Luana, no de la misma manera que a ti. Pero si quieres evitarte problemas y evitárselos a ella será mejor que dejes de ilusionarla.

Deja de pensar con la entrepierna y toda esa revolución que azota la adolescencia, y piensa con la cabeza. Esa chica tiene un hijo y no es justo que vayas a enamorarla solo porque te parece bonita... Ella no necesita un noviecito, necesita a un hombre que la valore, que la cuide y la respete; sobre todo, necesita a alguien que quiera a Jonas tanto como a ella, y definitivamente, tú no eres ese hombre... Y aunque lo quieras ni tu padre ni tu madre te lo permitirá.

—Supongo entonces que ese hombre eres tú.

—No, tampoco soy yo —manifestó y se fue a ver las hormigas con Violet, quizás eso le ayudaría a entretenerse y no seguir tan atormentado pensando en Elizabeth.

CAPÍTULO 50

Otra noche que Samuel debía llegar a casa sin Elizabeth, cargado de la impotencia y el dolor que sentía en el alma por no encontrar a su pequeña; tampoco tenía el valor para presentarse ante Rachell con las manos vacías, ni siquiera quería mirarla a la cara, porque solo pensaría que era un inútil, un fracasado, que así como no pudo cumplirle el juramento a su madre de hacerle justicia, tampoco iba a cumplir el juramento que le había hecho a ella de regresarle a su hija sana y salva.

Thor le palmeó la espalda y siguió de largo a la habitación, ante la mirada de Reinhard, Sophia y las gemelas. Él tampoco quiso acercarse donde estaba su familia, sabía que estar solo era la peor opción, que sus demonios aprovecharían su momento de debilidad para hacer de las suyas, pero prefería enfrentar eso a tener que explicar otro día de fracaso.

Entró a la biblioteca con la Mac de su hija, que le habían devuelto antes de abandonar la delegación; cerró la puerta y caminó hasta un sofá, donde se dejó caer pesadamente, sintiendo que la cabeza iba a estallarle y que la espalda le hormigueaba.

Recordó que tenía que llamar a su secretaria, le había dado su palabra de que lo haría, por lo que buscó en el bolsillo de sus vaqueros su teléfono. A pesar de que estaba fuera de su horario laboral, le contestó inmediatamente.

Por medio de videollamada discutieron todos los pendientes para el día siguiente, de los cuales se encargaría su equipo de trabajo. Por primera vez en treinta y tres años que llevaba trabajando para el Estado en pro de la justicia desatendía sus labores y estaba dispuesto a seguir faltando presencialmente a sus obligaciones hasta que no apareciera Elizabeth.

Agradecía que su equipo fuese comprensivo, sobre todo su asistente, quien lo cubría en la situación que se encontraba; pero si lo llamaban para exigirle regresar a Nueva York, él sin pensarlo presentaría su renuncia. No tendría sentido trabajar si una de las razones por y para quien lo hacía no estaba a su lado.

Después de una hora en la que apenas podía mantener los ojos abiertos terminó la llamada, con un «no se preocupe Fiscal, nosotros nos encargaremos de todo», lo que alivió un tanto sus preocupaciones.

Colgó y dejó descansar la cabeza en el respaldo del sofá, dormitó unos diez minutos y volvió a despertar sobresaltado, pensando que quizá habían pasado horas.

Por temor a quedarse dormido por mucho tiempo y porque la conciencia no lo dejaba, sabiendo que su hija probablemente estaría suplicando su presencia se espabiló totalmente.

Agarró la Mac de Elizabeth que había dejado a un lado y se la puso en el regazo, la abrió y la encendió. La imagen de inicio le partió el corazón, lo hizo feliz y lo llenó de nostalgia a partes iguales.

Era una fotografía donde aparecía ella besando a ese hombre con el que

pretendía casarse y al que apenas había visto desde que se habían llevado a su niña.

La fotografía fue tomada desde la Piedra de Gávea, y debía admitir que con un amanecer extraordinario. Ahí ella se notaba feliz, con esa brillante sonrisa que podía iluminar el día más oscuro.

—¿Dónde estás mi pequeña? —preguntó acariciando con la yema de sus dedos la imagen de su hija—. Donde sea que estés, quiero que seas fuerte, muy fuerte... Tu papi está haciendo lo posible por rescatarte, pero por favor mi vida, resiste. —Sin poder evitarlo los ojos se le llenaron de lágrimas—. Sé que eres una mujer valiente y que no dejarás que nada te quebrante, eres más fuerte que todo eso, más fuerte que el mundo. —Se limpió las lágrimas, y dispuesto a seguir buscando pistas, por mínimas que fuesen, empezó a revisar el aparato.

Entró en cada compartimiento, cada carpeta; en su mayoría eran cosas de trabajo y algunas fotos familiares; tenía varias de cuando fueron a Las Bahamas. Él deseó poder retroceder el tiempo a ese instante en que él la tenía abrazada y ambos sonreían.

No iba a hacerse a la idea, no iba a resignarse a que no volvería a verla, su corazón de padre le gritaba que no perdiera la fe, que siguiera luchando hasta encontrarla.

En ese momento entró una notificación de un correo nuevo, entró a la cuenta y tres nuevos mensajes estaban en la bandeja. Uno en particular llamó su atención y causó que una mezcla de miedo y emoción lo azotara.

Sabía que leer ese correo le correspondía a Elizabeth, pero lamentablemente ella no estaba ahí para poder hacerlo, así que lo abrió.

Se llevó las manos al rostro y empezó a llorar ruidosamente, sintiéndose demasiado emotivo al leer la carta de admisión que le daba la bienvenida a Harvard.

Se sentía orgulloso de su hija, muy orgulloso; en ese momento lo estaba haciendo el padre más feliz en el mundo, pero también le ganaba la impotencia

y la desesperación; tenía tanta rabia, tanto dolor, que deseaba destrozar todo lo que le rodeaba, para ver si con eso dejaba de sentirse tan inútil.

—Samuel, ¿Sam? —Escuchó la voz de Rachell e inmediatamente reprimió sus emociones, las cortó de raíz, dejó de llorar y empezó a limpiarse las lágrimas.

—Estoy bien cariño, no pasa nada. —Se pasaba las manos por la cara y después se las secaba en el pantalón.

—No estás bien, no estás bien mi vida, y no tienes por qué ocultarlo. Si lo haces eso solo terminará matándote... Podemos llorar juntos —dijo tomándole las manos.

—Llorar no soluciona nada Rach.

—Pero te ayuda a drenar ese dolor que te está matando, te entiendo Sam —murmuró con la barbilla temblorosa y dos lagrimones corrieron por sus mejillas—. Y te pido perdón porque he sido muy egoísta, te he dejado solo en esto, te he exigido que encuentres a Elizabeth y la traigas conmigo, cuando sé que no tengo ni que pedírtelo. —Se acercó a él, le sostuvo la cabeza y pegó su frente a la suya—. Sé que amas a Eli, más que a cualquier cosa en el mundo, más que a mí y más que a ti mismo... Sé que estás sufriendo mucho con todo esto... Y no, no quiero perderte a ti también, no lo acepto... — Chilló.

—No has perdido nada cariño, encontraremos a Elizabeth, lo sé, lo siento... Lo siento en mi corazón y no voy a darme por vencido, menos ahora que la han aceptado en Harvard. —Sonrió ligeramente a través de las lágrimas.

Rachell sollozó y saboreó las lágrimas que mojaban sus labios, abrazó fuertemente a su marido, tratando de encontrar en él consuelo y al mismo tiempo serlo para él.

—Dios no nos preparó para esto, no es justo, no lo es... He cuidado a mis hijos de forma desmedida, he tratado de educarlos de la manera que creo que es mejor... Me esfuerzo Rachell, me esfuerzo tanto, no merecemos esto, no nos merecemos esto que nos está pasando... —Mientras hablaba empezaba a pensar que Alexandre tenía razón, la había dejado con él; debió ser más responsable, más cauteloso, debió acompañarla, como seguramente lo habría

hecho ese hombre, pero se confío. Tanto temer que ella se fuera con él, porque imaginaba que terminaría haciéndola sufrir, que ese infeliz no podría protegerla como solo un padre sabría hacerlo, y a fin de cuentas fue a él a quien prácticamente se la arrebataron de las manos. En ese momento estaba a su cuidado y se la llevaron sin que pudiera darse cuenta—. He fracasado como padre, se supone que yo debía protegerla, debía cuidarla y no fue así..., no fue así...

—Eres el mejor padre del mundo Samuel... Lo eres y no tienes culpa de nada, no puedes culparte por lo que otros hacen y no puedes estar en todos lados, son cosas que pasan y no podemos evitarlas, cosas que no tienen explicación alguna... Nosotros solo debemos luchar por recuperar a nuestra hija, encontrarla cuanto antes... Quiero ayudarte, no quiero seguir encerrada aquí, esperando una llamada que parece que no llegará, quiero sentirme útil, por favor..., por favor, déjame ir contigo a la delegación mañana, nos prometimos que estaríamos uno al lado del otro en los buenos y malos momentos... Lo prometimos, ¿lo recuerdas?

Samuel asintió con la cabeza, ¿cómo olvidar todas las promesas que se habían hecho? Eso no sucedería jamás.

—Está bien, mañana me acompañas. —Cedió a su petición y volvió a abrazarla, y refugiándose uno en el otro siguieron llorando.

Como decía Samuel, eso no solucionaba nada, con llorar su hija no iba a aparecer, pero les ayudaba a drenar tanta angustia y a renovar las fuerzas y la esperanza.

Un toque a la puerta provocó que rompieran el abrazo y empezaran a limpiarse las lágrimas, pues su intención no era preocupar de más a Reinhard, que aunque se mostraba fuerte como un roble y con más sensatez que todos los miembros de la familia, lo cierto era que también estaba sufriendo con toda esa situación.

Samuel sabía que su tío también estaba reviviendo demonios pasados, demonios que probablemente imaginó nunca volverían a acecharlo.

Rachell se levantó, agarró uno de los pañuelos de papel de los que estaban en

la mesita de centro y trató de borrar las huellas de su llanto, después caminó hasta la puerta, y al abrirla se sorprendió de ver a Luck y no a Reinhard o a otro miembro de la familia.

—Buenas noches —saludó, aunque había pasado gran parte junto a Rachell, pero a Samuel no lo había visto desde esa mañana.

—Buenas noches cariño —saludó con voz ronca, mientras Samuel se pasaba una mano por la cara para limpiarse las lágrimas.

—¿Puedo pasar? —preguntó con cautela.

—Claro, sí..., pasa. —Se hizo a un lado, brindándole el acceso.

—Necesito hablar con ustedes..., es sobre Eli —anunció, tratando de contener esas desgarradoras emociones que lo hacían sentir maniatado.

—Ven —pidió Samuel palmeando el puesto a su lado, esperando que fuesen noticias alentadoras, por mínimas que fueran—, siéntate.

La actitud de Samuel le hizo recordar que así, con ese respeto, era como lo trataba cuando era un niño y su padre lo llevaba a la torre Garnett; pero toda muestra de afecto fue cambiada por una constante advertencia cuando empezó a hacerse muy amigo de Elizabeth, la cual se intensificó cuando se hicieron novios. Jamás pensó que volvería a tratarlo así.

—Creo que mi estadía aquí no es muy útil. —Empezó a hablar al tiempo que se sentaba—. Quizás es un atrevimiento lo que voy a pedir, pero ¿podría quedarme hasta que regrese Elizabeth? Solo quiero estar aquí para cuando vuelva.

Samuel se tragó las lágrimas, le palmeó la parte trasera de un hombro y se tragó el nudo de lágrima; estaba seguro de que no podría hablar, por lo que solo afirmó con la cabeza.

—Luck, pequeño..., no tienes que pedir permiso para eso, sabes que esta también es tu casa —dijo Rachell, quien nunca había podido dejar de verlo como si fuese uno más de sus hijos.

—Me gustaría poder ayudar de alguna manera, hasta ahora no sé cuál...

Sin embargo, quiero contarles algo.

Samuel se preparó para enterarse de otro de los tantos secretos de su hija, quizá volvería a sentirse herido, pero a ella nunca dejaría de verla como su pequeño ser inocente y lleno de luz.

—Adelante. —Lo instó él, frotándose la rodilla con la mano, en un intento por apaciguar sus nervios.

—Me he esforzado por recordar cada conversación o situación que tenido con Eli en los últimos meses... He tratado de acordarme si habrá tenido algún problema o si alguien en algún momento la habría molestado... Y creo que sí..., lo recordé.

—¿De qué te has acordado cariño? Háblanos —Lo interrumpió Rachell, temblando de los nervios.

—Quizá no sea importante, quizá nada tenga que ver, pero prefiero contarlo a guardarme algo que...

—Dilo ya Luck —pidió Samuel, que lo menos que deseaba era que acrecentaran sus nervios.

—Hace unos meses... Sé que recuerda muy bien cuando vinimos a Río sin consultarle... —comentó y Samuel afirmó con los ojos y con una ligera caída de párpados—. Pues ya de regreso en Nueva York, Eli y yo estábamos desayunando en una cafetería, cuando de pronto fuimos interrumpidos por un hombre con una actitud bastante desagradable... Paulo... Paulo Morais.

—Sé quién es, va a la academia de Capoeira aquí, es relativamente nuevo.

—Samuel imaginaba que Luck iba a decirle eso que él ya sabía, que su hija se había estado besando con ese hombre—. Sigue.

—Su actitud no me agradó nada, se creía con derecho sobre Eli, le hizo varios reclamos en mi presencia, a pesar de que me quedó claro que sabía que yo era su novio... Hasta consiguió que ella saliera del local, porque quería que

conversaran a solas. No sé qué se dijeron, no pude escucharlos..., pero sí pude notar su actitud de furia contenida. Cuando ella regresó me confirmó que eran compañeros de la academia, quiso restarle importancia; sin embargo, estaba bastante nerviosa, hasta me confesó que le parecía que él estaba obsesionado con ella... Lo que me hizo pensar que quizá la había molestado con anterioridad... Pero ella me prometió que no volvería a verlo, me dijo que en ese momento había rechazado totalmente su amistad.

A Samuel una idea empezó a hacerle mucho ruido en la cabeza, pues conectó el interrogatorio que le hicieron a Elizabeth sobre el caso de Priscila con lo que Luck acababa de decirles, tomando en cuenta que Paulo Morais también tuvo una relación con Mendes.

—Gracias Luck —dijo casi eufórico, cortando sus pensamientos; quería correr a donde fuera que viviera ese infeliz y sacarle a patadas dónde tenía a su hija.

Rachell pudo notar la repentina energía que se apoderó de su esposo.

—¿Crees que él la haya secuestrado? —preguntó, como si todo estuviera a punto de solucionarse, como si estuvieran a un paso de encontrar a su hija y que esa pesadilla por fin terminara.

—No lo sé, quizás... Él también tenía que ver con Priscila, tuvieron una relación... Y lamentablemente también la tuvo con Elizabeth. Fue algo fugaz, según ella cuando la interrogaron en Nueva York... y me lo juró cuando tuvo que enfrentarme. Pero con esto que nos dices Luck, evidentemente que para él no fue así.

—Entonces vamos a buscarla Sam. Si ese hombre la tiene... —hablaba muy nerviosa, pero también muy eufórica—, no quiero imaginar que le haga lo mismo que a Priscila, en caso de que haya sido él quien la asesinara...

Recuerda, tú mismo lo dijiste, parecía ser algo aislado, no seguía el mismo patrón que las demás.

—Vidal confesó haberlo hecho...

—Sam, vamos a buscar a Eli, ese hombre la tiene, puedo sentirlo... Él la

tiene. —Se llevó las manos temblorosas al pecho y miró a Luck—. ¿Eli te dijo dónde vive?

—No, no mencionó nada —respondió Luck—. Pero iré con ustedes.

—Esperen un momento, las cosas no son así... —intervino Samuel, que por su experiencia solía ser más controlado y apegado a las leyes—. Necesito hacer unas llamadas.

—Samuel, no pueden ponerlo sobre aviso, si tiene a Eli puede hacerle daño... Lo hará si se siente amenazado —habló Rachell, lo único que quería era correr a donde vivía ese hombre y golpearlo hasta que le dijera dónde tenía a su niña.

—Si ese maldonado tiene a Elizabeth no creo que sea tan estúpido de tenerla donde sea que viva... Debes confiar en las fuerzas policiales, ellos saben cómo hacer las cosas. —Agarró su teléfono e hizo las llamadas correspondientes para que interrogaran cuanto antes a ese infeliz y buscaran la manera de poder allanar su casa.

Sabía que tenían un cronograma ya establecido para los interrogatorios, pero necesitaba que a Paulo Morais lo solicitaran cuanto antes.

—Gracias Luck —dijo Samuel una vez que terminó con una serie de llamadas a un equipo activo de policías, que no descansaba en la búsqueda de su hija—. Si recuerdas algo más, por mínimo que sea, estoy seguro de que será de mucha ayuda.

—Por el momento no recuerdo nada más, pero me esforzaré señor, porque quiero que Elizabeth aparezca cuanto antes, sé que no cree en mis sentimientos, pero verdaderamente la amo, la quiero con todo mi corazón y solo deseo lo mejor para ella —dijo mirándolo a los ojos.

—Lo sé cariño —intervino Rachell—. Sé cuánto amas a mi chiquita.

—Elizabeth volverá —aseguró Samuel sin poder expresar que ciertamente estaba agradecido porque él quisiera de esa manera a su hija—. Y podrás visitarle en casa siempre que quieras, las puertas de mi hogar siempre estarán

abiertas para ti —expresó, seguro de que cuando la encontraran lo primero que haría sería llevársela de vuelta a Nueva York.

Luck no tenía que ser adivino para enterarse de los planes de Samuel Garnett, pero también sabía que Elizabeth no iba a querer dejar a Alexandre, por lo que con ella volverían las discordias entre padre e hija, pero eso ahora no importaba, lo verdaderamente importante era que ella apareciera cuanto antes.

—Voy a hacerte unas preguntas sencillas y directas, te sugiero que las contestes de la misma forma —habló el policía encargado del interrogatorio.

—Sí señor —respondió mirando a los fríos y penetrantes ojos marrones del hombre.

—¿Te llamas Paulo Morais?

—Sí señor. —Usó la misma respuesta.

—¿Sabes por qué estás aquí?

—Sí, me dijeron que formaba parte de la investigación sobre el secuestro de Elizabeth Garnett —contestó sin dudar.

—¿Conoce a la señorita Garnett?

—Por supuesto —dijo casi inmediatamente—. Es mi compañera de capoeira, asistimos a la misma escuela aquí en la ciudad.

—¿Solo son compañeros o hubo algo más entre ustedes?

—Somos amigos...

—¿Seguro?

—Sí... Bueno, salimos algunas veces cuando nos conocimos y nos dimos unos cuantos besos, pero nunca tuvimos algo serio —explicó con total naturalidad.

—Ya usted fue interrogado por el asesinato de Priscila Mendes, y debido a eso supimos del incidente que lo involucraba con la víctima y con Elizabeth Garnett.

—Sí, así fue... Como ya lo expliqué en su momento, antes de conocer a Elizabeth salí unos meses con Priscila, pero ya habíamos terminado cuando conocí a Elizabeth. Priscila estaba celosa y por eso tuvieron una pelea, pero nada de eso tiene que ver con todo lo que ha pasado. No sé en qué se relaciona la muerte de Priscila con el secuestro de Elizabeth.

—Que usted tuvo una relación con ambas.

—No han sido las únicas mujeres con las que he salido —explicó.

El policía suspiró mostrándose relajado, se cruzó de brazos y pegó la espalda al respaldo de la silla. Mientras que Paulo mantenía su postura tranquila, tenía el típico semblante de «el que nada debe nada teme».

—¿Estaba usted molesto porque la señorita Garnett lo rechazó?

—¿Qué? No —dijo frunciendo el ceño—. ¿Por qué tendría que estarlo?

—Quizá porque estaba enamorado de ella.

—Me gusta, ¿a quién no? —comentó dirigiendo la mirada al policía y sonriendo levemente—. Elizabeth es una mujer realmente atractiva, pero no la conocí lo suficiente como para enamorarme...

—Entonces, ¿por qué la acosaba?

—¿Que yo la acosaba? Eso es absurdo. —Bufó mostrándose incrédulo.

—¿No lo hacía?

—En absoluto —dijo muy digno.

—Entonces, ¿por qué fue hasta Nueva York a buscarla?

—Fui a Nueva York de vacaciones... Y casualmente nos encontramos en un

café donde ella estaba con su novio, el modelo.

—¿Se sintió molesto al verla con el señor Laughton? —inquirió totalmente concentrado en los gestos del interrogado.

—No me agrada el modelo, en ese momento confieso que no fui amable con él y le pedí a Elizabeth hablar a solas, ella accedió y fuimos fuera del café.

—¿Qué conversaron mientras estuvieron solos?

—Nada relevante, le pregunté cómo estaba, me dijo que bien... Como ya le dije, me atrae.

—¿Qué más?

—La invité a salir, pero me dijo que no podía porque estaba con su novio, en ese momento no me gustó su rechazo, solo me despedí y me fui a mi hotel.

Fue fácil encontrar compañía en Nueva York para pasar mis vacaciones. — Era realmente convincente a la hora de hablar, miraba a los ojos y no se mostraba perturbado.

En realidad, a Samuel, quien seguía el interrogatorio al otro lado del espejo le parecía que el hombre se mostraba demasiado confiado.

—¿Después de eso volvió a verla? —interrogó descruzándose de brazos, se aproximó a la mesa y apoyó los codos, mirándolo fijamente.

—Sí, pero fue hace poco, aquí en Río. Se organizó una roda fuera de la academia... Se hizo en la Laguna Rodrigo de Freitas, yo asistí y ella estaba ahí... De hecho, tuvimos una oportunidad para luchar. Desde ese día no volvimos a vernos, mucho menos a hablarnos por teléfono.

—¿Cuán a menudo mantenía conversaciones con Elizabeth Garnett?

—Cuando nos conocimos hablábamos todo el tiempo, pero las llamadas fueron haciéndose cada vez más esporádicas, tal como pasa cuando se deja de tener interés en una relación que no irá a ningún lado —explicó negando ligeramente con la cabeza.

—¿Dónde estaba usted la mañana en que la secuestraron? —preguntó sin más rodeos.

—No estaba en Río, había viajado a Minas. Regresé ayer por la mañana, justo acababa de entrar a mi casa cuando recibí la llamada para citarme a este interrogatorio... Puede comprobarlo si quiere. —Lo instó—. En mi teléfono todavía tengo el pase de abordar.

—Muy conveniente, ¿no cree señor Morais?

—No sé qué pretende insinuar, pero no estaba aquí, odio lo congestionada que se vuelve la ciudad con los carnavales, por eso me voy a mi ciudad... Si le parece extraño que conserve el pase de abordar es porque soy descuidado con eso, no suelo borrar información hasta que el aparato se pone lento por falta de espacio. Si quiere puede revisarlo y verá que no es el único que todavía tengo.

—¿Cuándo se fue a Minas? —cuestionó, fingiendo no estar interesado en el teléfono del joven, pero sin duda iba a solicitarlo antes de que saliera, ya que él lo había ofrecido no necesitaba ningún tipo de orden.

—El jueves cinco —respondió enseguida y con total claridad.

—Bien, nosotros nos encargaremos de corroborar esa información... ¿Con qué aerolínea viajó?

—Con Gol —respondió—. ¿Puedo ayudar en algo más?

—Sí, pero se lo haremos saber más adelante, por ahora hemos terminado.

—Gracias y espero que la encuentren muy pronto.

El policía solo hizo un vago gesto de afirmación y se levantó de la silla.

Samuel exhaló, volviendo a sentirse contra la maldita pared. Cuando sentía que avanzaba un paso, pasaba algo que lo hacía retroceder diez, por mucho que deseara no podían detener a Morais; y saber que supuestamente no estuvo en la ciudad era un balde de agua fría.

Lo vio salir del salón de interrogatorios, quiso salir tras él y enfrentarlo, exigirle que le dijera algo lo suficientemente convincente como para no sacarle a patadas dónde tenía a su hija.

Sabía que por el momento ahí no encontraría nada, por lo que decidió ir a la favela Tavares, donde debía estar reunido con su equipo el teniente coronel encargado de la unidad de operaciones especiales de la policía militar. Habían quedado en entrar ese día a la favela, pero Samuel necesitaba comprobar que ciertamente estaban cumpliéndole.

—¿Qué sucedió? —preguntó Rachell levantándose de la silla de la sala de espera de la delegación como si esta se hubiese incendiado—. ¿Dijo dónde la tiene?, ¿iremos a buscarla?

Esa era la parte más difícil de todo eso, tener que decirle a su mujer que seguían en el mismo punto, que nada salía a su favor.

—No, aparentemente no estaba en Río el día que Elizabeth desapareció, por ahora no se puede hacer nada; sin embargo, la policía se encargará de constatar si eso que dice es cierto.

Rachell volvió a desplomarse en la silla junto a Thor, demostrando que estaba totalmente decepcionada.

Salieron de la delegación en compañía de dos guardaespaldas. Thor cada vez estaba más irritable, y lo comprendía, porque Elizabeth llevaba cuatro días desaparecida y todavía no había noticias alentadoras, seguían haciendo el estúpido papel de la gallina ciega.

Cuando llegaron a las instalaciones donde operaba el BOPE, el comandante tenía su grupo reunido en el estacionamiento, donde evidentemente iban a abordar los todoterrenos y uno de los camiones pacificadores, conocidos por todos como Los Caveirões.

—Manténganse calmados y entren con cuidado, recuerden que los narcos pueden sentirse amenazados y empezar a atacar. Revisen cada casa, cada rincón siempre pacíficamente. No olviden que nuestra misión es encontrar a Elizabeth Garnett con vida... Si los atacan respondan, pero sin cometer

errores. No queremos bajas, mucho menos el deceso de personas inocentes — hablaba el hombre en un tono alto y claro, con esa energía de mando que caracterizaba a los militares.

Samuel no podía interrumpir, solo se quedó hasta donde le permitieron llegar, observando cómo cumplían a cabalidad con la Operación Zodiaco.

Todos los efectivos del BOPE cogieron su armamento y subieron a los vehículos, salieron a toda velocidad y con las sirenas encendidas. Él quería ir con ellos, pero era imposible, solo deseó que encontraran a su hija y se la trajeran sana y salva.

CAPÍTULO 51

Elizabeth despertó exhausta tras una noche de sueños inquietos, seguía sumida en la oscuridad de la capucha, permaneció recostada vacilante, no deseaba sentarse, mucho menos salir de la cama, porque no podría moverse ni un metro sin que eso volvería a hacerle sentir la desgarradora realidad de su secuestro.

Sintió esa rara incomodidad que toda mujer experimenta a lo largo de su vida desde que dejaba de ser niña; se llevó una mano entre las piernas y se mojó los dedos.

—Lo que faltaba —murmuró escuchando su voz, que ya empezaba a parecerle extraña, pensó que quizá debía hablar más, para no terminar desconociéndose a sí misma.

Empezó a sentir la extrema necesidad de asearse, la horrible sensación pegajosa entre sus piernas no ayudaba en absoluto. Estaba casi segura de que su captor no entendería su emergencia o sencillamente no se compadecería de ella e iba a tener que soportar esa situación desagradable por los próximos tres días.

Además de estar lidiando con su menstruación, sus labios resecos y su

garganta rasposa le recordaban que tenía mucha sed, y por si fuera poco, el estómago le dolía y le sonaba por el hambre.

Escuchó la puerta abrirse, ante esa acción en ella se produjo la reacción, apretó fuertemente los párpados y una subida de adrenalina recorrió su cuerpo; a pesar de tener los ojos cerrados, su mundo empezó a girar como si fuese a la velocidad de un millón de kilómetros por hora.

«Quédate quieta o volverá a golpearte». Podía escuchar su propia voz resonando en su interior, dándole consejos a gritos, porque lo que menos deseaba era que volvieran a lastimarla, todavía le dolía mucho la mejilla, la piel seguía caliente y muy sensible como para buscarse otro golpe.

Sentía la presencia del hombre acercarse y empezó a respirar de forma irregular y claramente audible, su aliento caliente condensado dentro de la capucha la sofocaba todavía más.

—Levántate —ordenó la maldita voz.

Elizabeth quiso hacerse la dormida, por el simple hecho de no querer acatar los mandatos de ese malnacido, pero temía que se hubiese dado cuenta de que se había movido.

—Te he traído comida y agua, pero no comerás hasta que te lo indique...

—hablaba cuando se percató de la mancha de sangre en las sábanas.

Elizabeth se levantó y se sentó abrazándose a las piernas.

—Antes de comer necesito ir al baño, tengo que lavarme —dijo.

—Todavía no, cuando yo lo diga.

—No podré comer, tengo las manos sucias —dijo con la cabeza baja, intentando esconder su rostro, como si no fuese suficiente la capucha.

—Si te da la gana te las lavas con el agua de la botella. Elige, es alimentarte o lavarte.

«Maldito, maldito y mil veces maldito». Elizabeth quería gritarle eso y más, pero no pretendía despertar su furia.

—Comeré —respondió y se atrevió a hacer una petición—. No quiero seguir manchando las sábanas, necesitaré unas copas menstruales y ropa interior.

—Podrás quitarte la capucha cuando escuches una melodía, y tendrás que volver a ponértela cuando deje de sonar... ¿Entendido? —preguntó ignorando su solicitud.

—Sí, lo entiendo —respondió.

Él acarició lentamente con las yemas de sus dedos el dorso de la mano de Elizabeth, ella se tensó por entera e inevitablemente las empuñó. Antes de que pudiera alejar su mano de la perversa caricia, él dejó de tocarla.

Lo sintió alejarse; aun así, no podía controlar su agitado pecho, después escuchó el sonido amortiguado de la puerta al cerrarse, le pareció una eternidad desde que el hombre salió hasta que escuchó la suave melodía del instrumental de Garota de Ipanema; de verdad agradeció poder escuchar algo más que su respiración y los latidos alterados del corazón.

Inhaló profundamente y exhaló con lentitud al tiempo que se quitaba la capucha, una vez más, la claridad era una completa desconocida para ella y debió tomarse cierto tiempo para acostumbrarse.

Miró sus dedos manchados de sangre y la botella de agua, sabía que seiscientos mililitros no serían suficientes para lavarse las manos y aplacar su sed, tuvo que ingeniárselas para rendir el líquido, por lo que agarró la punta de la sábana, la mojó y la usó como una toalla húmeda.

Ya con las manos aparentemente limpias, era momento para aplacar su sed. Casi se bebió de un trago toda el agua que quedó, lo hubiera hecho de no haberse obligado a parar, porque necesitaba dejar para después de la comida.

En un plato había panqueques con arándanos y fresas, también huevos duros. No había cubiertos y el plato era de plástico, suponía que para evitar que le hiciera o se hiciera daño. Eso era un desayuno, lo que le hizo imaginar que

sería de mañana, pero recordó que toda la comida que le había dado era lo que comúnmente se comía a primera hora del día, así que no podría saber si era de mañana, tarde o noche.

No pudo evitar devorarse todos los alimentos, porque realmente estaba hambrienta, quizá uno de los medios de tortura de su captor era matarla de sed o de hambre.

Empezó a extrañarle que habían transcurrido más de cinco minutos desde que terminó de comer y el repertorio de solo instrumentales seguía sonando, empezó a canturrear las que se sabía y eso no la hacía sentir tan sola ni tan asustada, aunque seguía pensando en alguna manera de salir de ahí, y por más vueltas que le daba al asunto, sabía que la única forma era ganarse la confianza del hombre, para que la soltara de esa maldita cadena y después hallar la forma de dejarlo inconsciente.

Ideando la manera en la que podía volver a ser libre se pasó mucho tiempo más, pensó que quizá era de noche y se habría quedado dormido, pero no tenía control de la hora que era ni del tiempo que llevaba ahí, porque había dormido tanto que había perdido el sentido de los días.

Cuando menos lo esperaba el silencio volvió a ser su único acompañante, y como no quería ganarse otra bofetada se puso rápidamente la capucha.

La puerta se abrió y el desayuno se le revolvió en el estómago, sin poder evitar que se sucedieran las náuseas producto de los nervios.

—Te he traído lo que necesitas, encárgate también de cambiar las sábanas; voy a soltarte, pero recuerda no hacer nada estúpido, porque las consecuencias pueden ser muy graves.

Elizabeth sintió el frío metal acariciarle el antebrazo y no pudo evitar tensarse, estudió la posibilidad de arrebatarse el arma y usarla contra él, pero sabía que sería algo verdaderamente estúpido, porque seguía sin saber si era siempre el mismo hombre o eran varios que se turnaban, imposible tener la certeza si siempre usaba el maldito distorsionador de voz.

Afirmó con la cabeza y tragó en seco.

—También podrás ducharte, recuerda ponerte la capucha cuando la melodía deje de sonar.

—Sí, eso haré —dijo conteniendo el aliento, porque el cañón del arma apoyado en su antebrazo la tenía muy nerviosa, lo alejó solo para quitarle las correas de las manos.

Volvió a sentir que se marchaba y casi un minuto después sonó el instrumental, esta vez era «Despois de ter voce», de Maria Bethânia.

Se quitó la capucha y vio que a su lado, sobre la cama, había una caja de tampones, varias bragas, una camiseta nueva, también había toallas húmedas, jabón íntimo femenino, un cepillo de dientes con una pequeña pasta y una sábana nueva. La bandeja ya no estaba, pero sí una nueva botella de agua.

Lo primero que hizo fue irse a la ducha, porque necesitaba desesperadamente asearse, aunque volvía a sentirse bajo la mirada microscópica de sus captores. No podía verlos, pero estaba segura de que había cámaras y que estaban supervisando hasta cuando respiraba.

El momento más incómodo fue cuando tuvo que ponerse el tampón, sabiendo que era observada, siendo para ella uno de los momentos más íntimos.

Limpia y por fin con bragas puestas fue a la cama, retiró la sábana manchada y la dejó en el suelo, percatándose de que la sangre había atravesado el colchón.

Sabía que si ponía la sábana nueva igual se ensuciaría, por lo que buscó la camiseta que se había quitado, la dobló y la puso sobre la mancha roja; después tendió la sábana, agradeciendo en ese instante todo lo que había aprendido mientras convivió con Alexandre.

—Ya basta Elizabeth, deja de pensar en el pasado, te exijo que te resignes a esto —murmuraba, alisando con las manos la sábana—. En algún momento alguien vendrá por ti, sabes que te están buscando, tu padre y Alexandre...

Ellos no van a quedarse de brazos cruzados. —Se hablaba a sí misma e irremediablemente la fortaleza que trataba de infundirse se resquebrajaba, pero se obligaba a mantenerse—. Y si ellos no pueden encontrarte, tú vas a

hallar el momento perfecto para escaparte; prefiero morir en el intento que quedarme aquí, a las órdenes de estos desgraciados, hijos de puta.

Terminó de ordenar la cama y después empezó a caminar por la habitación para estirar las piernas y relajar los músculos, no tenía ni una mínima ventana que le indicara si era de día o de noche, las canciones instrumentales empezaron a repetirse y ella trataba de vivir de recuerdos, para olvidar dónde se hallaba; con su mente podía escaparse a cualquier lugar.

Ansiaba tanto estar con Alexandre, entre sus brazos, disfrutando de la paz y seguridad que le proporcionaba, y de las cosquillas en las yemas de sus dedos, que le provocaban los vellos de su pecho mientras parloteaban y se miraban a los ojos.

Sin proponérselo, estaba llorando otra vez, sentada en un rincón de esa solitaria habitación que era su cárcel, una cárcel que no tenía la más remota idea de dónde estaba.

Moreira volvía a marcarle por tercera vez a Alexandre, quien llevaba dos días sin presentarse al trabajo; y como siempre, Souza lo mandaba a ver qué sucedía con él, como si fuese su perro faldero.

Se preguntaba si acaso no estaba enterado de que Elizabeth Garnett, quien había si secuestrada era la mujer de su amigo y que él no tendría cabeza para nada más que para intentar dar con su paradero.

Comprendía a Alexandre, sí que lo hacía, pero él también debería tener la condescendencia de comunicarse con Souza, para informarle que no volvería a trabajar hasta dar con su mujer, así se encargarían de buscar a alguien que lo cubriera.

—Cobra, ¿por qué no me respondes el maldito teléfono? —reprochó en cuanto corrió con la suerte de que le contestara.

—He estado algo ocupado, fui a llevar a Luana a Niterói, anoche se quedó conmigo... —explicó.

Había pasado por ella la noche anterior a la mansión, y como era muy tarde decidió que era mejor que se quedara en el apartamento y le hiciera compañía.

—Souza pregunta que si vas a venir al trabajo... Ya sabes cómo es.

—Voy camino a la delegación, hablaré con él.

—Está bien. —Terminó la llamada y fue a avisarle a su jefe, para que dejara de tocarle los cojones.

Esperaba que comprendiera que él no era la niñera de Alexandre, ni tampoco su secretario.

Alexandre llegó a la delegación y fue directo a la oficina de su jefe.

—Buenos días —saludó y atendió la petición que le indicaba que entrara y se sentara.

—Nascimento, ¿cómo estás? —preguntó.

—Mentiría si dijera que bien señor, me encuentro verdaderamente desesperado.

—Lo comprendo, no debe ser fácil...

—Señor —interrumpió—, le pido disculpas por no haberle informado sobre mis faltas, pero realmente en este momento no puedo estar concentrado en nada más que en la búsqueda de mi mujer... Siento decirle que de momento no podré cumplir con mis obligaciones, le pido que busque un reemplazo provisional... Entenderé si no es eso lo que desea y es de su preferencia mi renuncia. —Ya estaba completamente preparado para quedarse desempleado, sabía que después encontraría otra manera de pagar las cuentas, pero por ahora, estaba más centrado en encontrar el dinero para ir a Vila Cruzeiro.

Por su cabeza había pasado ofrecerse a traficar con drogas y que el dueño del Morro lo tomara como pago, pero ya estaba lo suficientemente lleno de mierda como para meterse de lleno en el negocio, del que sabía jamás podría salir; y muy por encima de todo, también debía pensar en su familia, sobre todo en su hija.

También surgió la idea de hablar con Rachell, quizás ella le ayudaría de forma monetaria y le guardaría el secreto, pero no le tenía la confianza suficiente; además, no quería que pensarán que todo era por el dinero, como ya muy claramente lo habían reiterado en varias ocasiones en los medios de comunicación.

Por el momento seguía estudiando la posibilidad de apegarse a su idea más razonable, pero la que verdaderamente ponía a su orgullo contra el suelo.

Haría lo impensable por encontrarla, Elizabeth valía la pena; si conseguía el dinero no le importaba arrastrarse ante quien lo había humillado toda su vida.

—Entiendo tu situación Nascimento, sobre todo cuando la estoy viviendo tan de cerca. Es de tu total conocimiento que Samuel Garnett y yo somos amigos desde hace muchos años, que conozco a Elizabeth mucho antes de nacer... Estoy al tanto de todo lo que su familia está haciendo por encontrarla...

Alexandre pensó que era imposible que no lo supiera con el despliegue policial casi cinematográfico que estaban llevando a cabo, y del cual no le permitían ser parte; estaba casi seguro que eso era lo que estaba a punto de escupirle a la cara Souza.

—Sí, están haciendo su mejor esfuerzo, pero eso no me tranquiliza, no puedo evitar estar preocupado, y es imposible que logre concentrarme en el trabajo. Por mi parte también estoy haciendo lo posible..., es preciso sentirme útil —explicó, aunque no debía hacerlo. Si no quería buscarle un reemplazo por el tiempo que él requería, entonces que le dijera de una vez, para ir a Recursos Humanos a que le redactaran la carta de renuncia.

—Puedes irte, le diré a Tavares que ocupe tu puesto —dijo con la cabeza ligeramente elevada, para poder mirarlo a la cara.

—Gracias señor, de verdad agradezco su comprensión. —Asintió con la cabeza y salió de la oficina.

Antes de marcharse pasó a despedirse de João.

—¿Hablaste con Souza? —preguntó el moreno, observando cómo Alexandre se sentaba al borde del escritorio y estiraba las piernas.

—Sí, Tavares me cubrirá.

—Estás de suerte, aposté el almuerzo con Calenzanni a que te pateaba el culo.

—Perdiste —afirmó.

—Sí, al parecer Souza en algunos momentos puede ser empático — comentó.

—Se lo dije, era evidente que te iba a dar el permiso —comentó el policía que estaba en el cubículo de al lado.

Alexandre negó con la cabeza y le palmeó un hombro a Moreira.

—Estaré en contacto.

—Cuidado Cobra, ten cuidado con lo que haces y con quién te metes. — Le advirtió João en voz baja.

—Puedes estar tranquilo Moreira, me conoces.

—Porque te conozco te lo digo —confesó mirándolo a los ojos—. No te dejes llevar por la desesperación, mejor deja las cosas en manos de la policía.

—Es lo que estoy haciendo. —Volvió a darle unos golpecitos en la espalda y prácticamente huyó.

Estaba seguro de que Moreira sabía perfectamente que él era demasiado inquieto como para quedarse solo de brazos cruzados, esperando a que los demás hicieran el trabajo de buscar a Elizabeth.

—Nos vemos Calenzanni. —Se despidió y siguió con su camino.

Entró al ascensor que lo llevó al estacionamiento y subió a su moto, no quería pensar en lo que iba a hacer, solo en el resultado que obtendría; se enfocaba en Elizabeth y en que muy pronto volvería a tenerla en sus brazos.

Condujo haciéndose espacio entre el congestionado tráfico de esa hora, y a medida que se acercaba a la zona financiera, se hacía cada vez peor. Era primera vez que se detenía ante el imponente rascacielos de espejos; muchas veces había pasado frente a él y le había echado un vistazo, pero nunca había osado pisarlo.

Entrar al estacionamiento era todo un protocolo, por lo que prefirió dejar la moto en la calle, en un estacionamiento municipal, y caminó dos calles de regreso; subió los escalones y tragó en seco al tiempo que las puertas se abrían para recibirlo. Estaba seguro de que ese iba a ser el mejor gesto de bienvenida, y eso porque era automático, del resto no podría asegurar si tendría éxito.

Un gran vestíbulo con pisos relucientes de mármol marrón y una recepción de un blanco impoluto, que tenía empotrado el logo con los cuatro cuadros naranja, verde, azul y amarillo lo recibió.

—Bue... buenos días —titubeó la mujer, sin poder ocultar su sorpresa al ver que el hombre que acababa de llegar era idéntico a su jefe. Bien sabía de la existencia del gemelo, pero de los cuatro años que llevaba trabajando ahí, era primera vez que lo veía—. Bienvenido a Microsoft, ¿en qué podemos servirle? —Hizo su pregunta de rigor.

—Buenos días —saludó, impresionando a la mujer por su tono de voz bastante parecido al del hermano—. Necesito ver a Marcelo Nascimento.

Cómo preguntarle al hermano del gerente general si tenía cita, lo menos que deseaba era parecer estúpida, tampoco podía negar a su jefe. En definitiva, no era algo que a ella le concerniera.

—Sí, un minuto por favor —avisó y levantó el teléfono, marcó el número de extensión de la secretaria de Marcelo—. Buenos días Carolina —habló bajito —, por aquí se encuentra el hermano del señor Nascimento, desea verlo.

—Voy a preguntarle.

—Está bien. —Se quedó esperando y volvió la mirada al hombre que tenía la piel más bronceada que su jefe, y por esa razón los ojos grises le brillaban

casi malignamente, el mejor atractivo del hombre sin duda alguna.

Carolina marcó a la extensión de su jefe, quien se mostró verdaderamente sorprendido por la visita, después de casi un minuto de silencio le concedió el paso.

Alexandre miraba a la mujer casi sin parpadear, ya lo estaban haciendo esperar mucho y estaba a punto de desistir cuando ella habló.

—Señor Nascimento, aquí tiene el pase de visitante, bienvenido —dijo tendiéndole la tarjeta.

Alexandre estaba seguro de que podría perderse en esa mierda, no tenía ni puta idea de a dónde dirigirse mientras miraba la tarjeta en su mano.

—Si desea puedo llamar a una asesora para que lo lleve. —Le propuso, suponiendo que era primera vez que visitaba el lugar.

—Sí, por favor. —Verdaderamente agradeció que la mujer notara en su mirada el desconcierto.

Ella volvió a levantar el teléfono y casi al minuto apareció en el vestíbulo taconeando con elegancia una mujer más alta que él, vestía una falda blanca ajustada, una blusa de seda naranja. Era de pelo platinado, la mujer en definitiva era una Barbie.

—Bienvenido, será un placer acompañarlo —dijo con una franca sonrisa.

Caminó al lado de la mujer, quien usó su huella para acceder al pasillo que llevaba a los ascensores, él lo hizo con la tarjeta de visitante. Empezó a ganarse miradas de quienes se encontraban por el camino, suponía que debía estar preparado para eso, pero no lo estaba.

La mujer a su lado parecía un robot hablando, describía el lugar a cada paso que daban, mientras él solo podía pensar en Elizabeth y en cómo iniciaría la conversación con Marcelo.

—Buenos días Carolina, el señor Alexandre Nascimento —anunció la joven a la secretaria.

—Gracias Emma, yo me encargo —habló la mujer al tiempo que se levantaba de la ostentosa silla tras el escritorio de cristal.

—Gracias. —Alexandre le agradeció a la mujer parlanchina.

—Un placer. —Le sonrió con gentileza y se marchó.

—Bienvenido, sígame por favor —avisó la pelirroja, que podría estar en los tempranos cuarenta y que físicamente era esbelta.

De manera inevitable, Alexandre empezó a sentirse nervioso; ahí estaba, haciendo a un lado su orgullo e iba a dirigirle la palabra a un hermano que desde hacía muchos años no estimaba.

Se quedó inmóvil con los latidos del corazón haciéndole eco en los oídos.

La mujer caminó y abrió la puerta.

—El señor Alexandre Nascimento ha llegado.

—Hazlo pasar. —Se dejó escuchar la voz de su hermano.

—Adelante. —Dirigió la mirada hacia Alexandre y le sonrió ligeramente.

Sentía que sin su orgullo no era nada, y en un acto de valentía o tal vez cobardía avanzó, tratando de mostrarse impasible.

—Gracias. —Le dijo a la mujer una vez pasó a su lado y entró a la oficina.

Ella asintió con la cabeza y cerró la puerta.

Alexandre miró en derredor, la oficina era más grande que el antiguo apartamento que él habitaba; y por supuesto, abismalmente más lujosa. Era primera vez en muchos años que veía algo de Marcelo, porque ni siquiera en la casa de sus padres había vuelto a entrar a su habitación.

—¿Sucedió algo con mis padres? —preguntó Marcelo, dirigiendo primero la palabra, a la vez que intentaba ocultar su sorpresa.

La atención de Alexandre fue captada por cómo él soltaba el bolígrafo que había tenido en su mano izquierda, dejándolo caer sobre el escritorio. Eso fue un claro recordatorio de las pequeñas cosas que los diferenciaban. Marcelo era zurdo, y él diestro.

También estaba el lunar que ambos tenían en la parte posterior de los hombros, uno lo tenía en el hombro izquierdo y otro en el derecho.

Recordaba que de pequeños, Marcelo, por ser el menor, siempre quería ser como él y se esforzaba por escribir con la mano derecha, pero desistió en poco tiempo.

—Están bien —respondió y se mantenía de pie, como a metro y medio de distancia.

Estaba ahí, pero ahora las palabras parecían no subir de su garganta, realmente no estaba siendo fácil.

—¿Entonces? —cuestionó con la mirada fija en Alexandre.

—He venido hasta aquí... Es primera vez que lo hago, es necesario, eres mi

última opción, sabes que de otra manera no estaría aquí, jamás habría venido.
—Trataba de hablar lo más tranquilo posible y lo miraba a los ojos.

—Lo imagino —dijo con ese tono sarcástico que muchas veces lo caracterizaba.

—Pensé que nunca iba a decir esto, pero... necesito tu ayuda.

—¿Mi ayuda? —cuestionó un tanto turbado.

—Sí, es por Elizabeth, sabes que ha sido secuestrada.

—Es la noticia de todos los días —comentó sin mostrarse para nada afectado—. ¿Qué quieres de mí? Dilo de una vez.

—Cincuenta millones en efectivo, solo será un préstamo —dijo casi atropellando las palabras.

—¿Cincuenta millones? —Su voz mostró su asombro, aunque intentó ser comedido—. No me digas que pidieron el rescate y a la familia no le alcanza, no pensé que Garnett fuese tan tacaño. —Su comentario fue bastante sarcástico—. ¿Acaso existen secuestradores tan ambiciosos como para poner a la segunda familia más adinerada del país a hacer préstamos...?

—No es eso, todavía no se sabe nada de ella, no se han comunicado para pedir rescate. —Cortó Alexandre el puto sarcasmo de su hermano—. ¿Vas a prestarme el dinero sí o no? —preguntó sin poder seguir soportando sus estupideces.

—Si no es para pagar el rescate entonces, ¿para qué lo quieres?

—No tengo por qué decirte, solo lo necesito.

—Quieres mi ayuda, pero ¿no quieres que yo sepa en qué me estoy metiendo?

—No te estás metiendo en nada, es un asunto mío... A ti no tiene por qué importarte.

—Sabes que sí me concierne, porque sé perfectamente cuáles son tus

asuntos... Que por cierto, no son para nada razonables. Alexandre, ¿puedes dejar de meterte en problemas?, ¿puedes por una vez dejar de pensar en ti y poner en primer lugar a tu familia?...

—No vine aquí para recibir uno de tus sermones. —Lo interrumpió—. No te preocupes... —Estaba resuelto a marcharse, pero Marcelo prosiguió.

—¿Que no me preocupe?! —exclamó levantándose de la silla—. ¿Dices que no me preocupe? Pues sí lo hago, porque las mierdas que te mandas siempre terminan salpicándome. —Se señaló el pecho y vio cómo Alexandre se puso a la defensiva—. Solo por el infortunio de ser tu hermano gemelo recibí amenazas... ¿Quién crees que tuvo que encargarse del tipo de la favela? —Ante sus palabras, Alexandre palideció—. Sí, ese que te mandó al hospital por dos meses... y del que no querías decir una puta mierda. Tuve que pagar para que te siguieran y así poder dar con el infeliz que me estaba haciendo amenazas, mientras tú seguías fingiendo que no recordabas quién te había golpeado... ¿Eres consciente de que así como tenían acceso a mí, lo pudieron tener con Luana?... Siempre has sido tan irresponsable —acusó con desprecio.

Alexandre no sabía cómo reaccionar ante esa confesión, jamás habría imaginado que el encargado de sacar del camino a Nardes había sido Marcelo, mucho menos podía creer que los hombres que lo habían estado siguiendo habían sido mandados por su hermano. ¿Con qué puto derecho lo espiaba?

—No te pedí que hicieras nada por mí, lo tenía controlado —confesó, ya no conseguía nada con seguir ocultando lo sucedido con aquel maldito.

—No lo hice por ti, lo hice por mí, por protegerme, por cortar de raíz un problema que tú te buscaste quién sabe por qué —dijo determinante—. Y por lo visto, quieres embarcarte en otro.

—No vine hasta aquí por mí, lo hice por Elizabeth, porque necesito encontrarla... Estoy desesperado por ella.

—La policía, la CIA... y todo el puto ejercito la está buscando, ¿qué puedes hacer tú que no hagan ellos?

—Porque sé dónde puede estar, es difícil de explicar...

—Eres un desastre Alexandre, un maldito desastre que te llevas todo a tu paso. Por tu culpa Elizabeth Garnett está secuestrada, por tu maldita culpa Branca murió...

Alexandre se quedó de piedra, esperaba todo menos que él mencionara a Branca, porque no tenía nada que ver en la conversación.

—¡No nombres a Branca! No vuelvas a poner su nombre en tu sucia boca — rugió, sintiéndose herido, verdaderamente herido, porque no esperaba esa acusación por parte de su hermano—. ¡Tú que tanto la odiabas!...

—¡Yo la amaba! —confesó por primera vez en voz alta—. A ti te odiaba por arrebátarmela, a ti te odio porque si no hubieses sido tan estúpido ella estaría con vida. No hay día que no la piense y no hay día que no te culpe...

—Las lágrimas se asomaron a los ojos grises de Marcelo, pero la rabia le ayudó a mantenerlas al borde de sus párpados—. Yo hubiese sido mejor para ella, hasta soy mejor padre para Luana que tú... No eres nada Alexandre, no eres nadie, ¡y que se joda Elizabeth Garnett!... ¡Que se joda para que sufras todo lo que yo he sufrido estos años!...

Alexandre, lleno de furia por las confesiones de Marcelo corrió hasta él y lo haló por las solapas de la chaqueta.

—Eres un maldito —rugió tembloroso, controlándose para no matarlo en ese momento—. Un bastardo. Luana es mi hija, es mía, muy a tu pesar, porque Branca me eligió a mí, porque me amó a mí... Y no tienes ni puta idea de lo que es el sufrimiento, no la tienes... Te crees superior, crees que tus sentimientos son más fuertes que los míos, pero no eres más que un maldito egoísta, siempre lo fuiste..., siempre.

—Largo de mi vista —dijo sujetándolo por las muñecas, y de un tirón se quitó las manos de él de encima.

Alexandre le dio un empujón que lo estrelló contra la pared de cristal, que si no hubiese sido lo suficiente resistente, Marcelo habría caído desde el último

piso del rascacielos.

—A pesar de que siempre has sido un maldito conmigo nunca te deseé mal — confesó Alexandre mirando a su hermano contra el cristal—. Le pedía a Dios a diario que nunca tuvieras que pasar por las cosas que yo pasé... A pesar de que me moría de celos compartí mi hija contigo, porque eso te hacía feliz, y de alguna manera, siempre quise agradarte; y como yo no podía hacerlo dejaba que Luana lo hiciera, ¿o acaso crees que no la alejé definitivamente de ti porque era demasiado irresponsable como para no criarla solo? No lo hice porque percibí que la querías de verdad... Jamás supe de tus sentimientos, pero si Branca te hubiese elegido a ti no te habría odiado, porque eras mi hermano.

—Eso jamás podrás saberlo, ¡jamás!... No estuviste en mi lugar.

—No, es cierto, nunca estuve en tu lugar, pero tú tampoco estuviste en el mío. Quizá yo hubiese sido sincero contigo desde el principio, no habría acumulado tanto odio en tu contra, tanto, como para desear que le hagan daño a la mujer que amas... Pero cierto, tampoco sabes lo que es eso, ni siquiera puedes saber si realmente amaste a Branca, porque solo sabes de amor propio.

Alexandre retrocedió un par de pasos y luego se giró, con largas zancadas caminó a la puerta y al salir la cerró de un portazo, maldiciendo el momento en que pensó que Marcelo podría compadecerse y ayudarlo. A cambio, salió con las manos vacías y con una dura confesión a cuesta.

CAPÍTULO 52

João cumplía sus funciones a cabalidad, pero realmente estaba hambriento y solo pensaba en la hora del almuerzo, en el estómago solo tenía un par de cafés que le dio tiempo de tomarse antes de entrar al interrogatorio de esa mañana, en el cual se la pasó masticando chicle para matar la ansiedad; después de eso, no le había quedado tiempo ni para ir al baño.

Miró su reloj de pulsera, todavía faltaban quince minutos para el momento que tanto anhelaba, solo esperaba que no saliera alguna emergencia que se robara su hora de la comida.

Los minutos empezaban a parecerle horas y ya no podía concentrarse en nada más. Iba a cerrar la carpeta con la información recabada que estaba clasificando cuando sintió su teléfono vibrar en el bolsillo de sus vaqueros.

Era la llamada de un número desconocido, no solía ser paranoico y siempre contestaba, fuese proveniente de un número registrado o no, sobre todo cuando él daba su contacto a muchas personas.

—Moreira —habló con la esperanza de concentrarse en ese momento y que el tiempo pasara más rápido—. ¿Hola? —Volvió a saludar, ya que a la primera no contestaron.

—Hola... —Respiró profundo antes de seguir—. João, te habla Ana.

—¿Ana Ferreira? —preguntó, había reconocido esa voz que provocó que el corazón se le disparara en latidos, pero necesitaba asegurarse de que era la mujer correcta.

—Sí, Aninha. —Le confirmó con el nudo de nervios jugando en la boca de su estómago—. Sé que la última vez que nos vimos no terminamos bien, fui algo grosera contigo...

—Lo cierto es que me porté como un imbécil, lo tenía merecido... Quise disculparme, pero no me diste tiempo.

—No era necesario.

—Claro que sí, te pido disculpas...

—En serio, no tiene importancia —interrumpió ella, inhaló profundamente y botó el aire por la boca—. Te llamaba...

—¿Cómo conseguiste mi número? —preguntó antes de que ella pudiera explicarse.

—Creo que tú me lo diste —habló cada vez más nerviosa.

—No, estoy seguro de que no te lo he dado.

—Bueno, no sé... Solo apareció en mi teléfono. —Jamás expondría a Elizabeth.

—Está bien, eso no importa... Lo que importa es que lo tienes y que me estás llamando —dijo sonriente sin poder creerlo todavía.

—Sí, te llamo porque como eres policía quería saber si sabes algo de Eli... Es que a todo el que le pregunto no sabe nada, solo dicen que pronto aparecerá. Sé que no quieren preocuparnos, pero estoy desesperada, quiero saber más, por malo que sea, quiero saber qué pasó con mi Eli...

—Ana, sinceramente no tengo mucha información y no es algo que pueda hablar contigo por teléfono. Si quieres puedo averiguarte algo más y vernos para decirte.

—Sí, claro, cuando y donde tú digas... —Se apresuró a decir.

—Haré unas llamadas a un amigo del BOPE que está participando en la operación. —Sabía que no era ético lo que estaba a punto de hacer, pero sabía que Ana y Elizabeth se adoraban, consideraba justo que ella estuviera al tanto de la situación de su amiga.

—Gracias, lo que sea, solo necesito saber de ella... o de lo que están haciendo, porque tío Sam apenas saluda.

—Está bien, ¿te parece si nos vemos en el Subway que está en la Avenida Gomes Freire? Podemos comer ahí... Te invitaría a un lugar mejor, pero no tengo tiempo, debo volver al trabajo... ¿Sabes dónde queda?

—Sí, de hecho, estoy bastante cerca.

—Entonces nos vemos en quince o veinte minutos... ¿Sí llegas en ese tiempo?

—Sí, en diez puedo estar ahí.

—Entonces nos vemos en un rato.

—Gracias João.

—No tienes que agradecer —dijo antes de terminar la llamada, pero con ganas de dejarle saber que para él era un placer poder verla.

Si antes el hambre no le dejaba concentrarse en lo que estaba haciendo, ahora sabiendo que vería a Ana le sería imposible; cerró la bendita carpeta, la guardó en el primer cajón de su escritorio, agarró su placa y el arma que estaba sobre el escritorio y salió de su cubículo faltando cinco minutos para su hora de descanso.

En su camino a la salida se colgó la placa del cuello.

—¿Ya te vas? —preguntó Calenzanni.

—Sí, muero de hambre y voy a verme con Ana.

—¿La rubia? ¿La *patricinha*? —preguntó con una sonrisa cómplice.

—Sí, la amiga de Elizabeth.

—Está buenísima —confesó con toda la confianza que le tenía al moreno.

João ladeó la cabeza, sonrió discretamente y siguió con su camino. Al entrar en el ascensor le marcó a Carvalho, para que le diera información.

Trató el tema con toda la discreción posible, mientras caminaba por la calzada franqueada por viejos edificios que todavía mantenían su original arquitectura colonial.

Apenas contó con unos metros para hablar antes de que llegara al local, pero fue suficiente para enterarse de que de Elizabeth Garnett todavía no tenían ni la más remota noticia.

Miró a la derecha para ver si no venían autos, aprovechó la oportunidad y cruzó la calle; estaba despidiéndose de Carvalho e iba a entrar al local cuando escuchó que lo llamaban.

Se volvió y el corazón le dio un vuelco con el mismo poder que solo Bruna provocaba.

El viento le llevaba el pelo hacia atrás, por lo que le dejaba la cara despejada, sus ojos azules parecían dos faroles; había captado su atención, pero no lo suficiente como para no darse cuenta de que arrastraba casi todas las miradas a su paso.

—Hola —saludó llegando hasta él y se acercó para darle un beso en cada mejilla.

Quizá su intención era apenas el ligero toque entre sus mejillas, algo fugaz, producto de la cortesía; pero jamás desaprovecharía la oportunidad, por lo que con la rapidez de la práctica, le llevó ambas manos a la altura de la nuca, metió sus dedos entre las hebras doradas y la retuvo.

Con lentitud le dio un beso en una mejilla, disfrutando de la sensación de la suave piel y de su exquisito perfume, después se mudó a la otra mejilla e hizo lo mismo.

—¿Cómo estás? —preguntó una vez que se alejó y la miraba a los ojos, tratando de parecer casual.

Para él, que su día a día era tratar de hallar respuestas en el lenguaje corporal, fue notorio cómo ella tragó en seco y sus pestañas largas maquilladas de un negro intenso, y que le hacía resaltar más el color de los ojos, vibraban producto de los nervios.

—Bien... Bueno, realmente no estoy nada bien, ya sabes... —tartamudeó y después pareció espabilarse—. Estoy muriendo de ansiedad y preocupación... ¿Lograste averiguar algo? —preguntó.

—No mucho, pero primero entremos. —Le puso una mano en la espalda.

Era increíble cómo ella lo ponía a temblar, como si fuese un adolescente que no podía controlar sus emociones y reacciones.

Caminaron hasta el mostrador, donde ofrecían la variedad de embutidos,

vegetales y frutas.

—¿Te pido una ensalada? —preguntó él.

—¿Qué? ¡No! Tengo la fortuna de no tener que vivir esclavizada de la lechuga —explicó parada a su lado, notó que junto a ella se veía muy alto y fornido. Primera vez que lo veía vestido de policía, y debía admitir que ese polo negro, que se ajustaba perfectamente a sus bíceps y exponía sus brazos tatuados se le veía de muerte lenta. Suponía que no debía coquetear con él, porque solo la veía como un desahogo y porque su amiga estaba desaparecida; se sentía perra por eso, pero no podía evitar que Moreira la descontrolara.

Ana miró al chico que estaba al otro lado del mostrador.

—Para mí uno de quince centímetros, de pechuga de pago. Que sea del pan de orégano y parmesano —pidió.

Moreira pidió uno de pollo teriyaki y un té de limón, ella solo agua. Con bandejas en mano caminaron a la mesa y se sentaron uno en frente del otro.

Él se quedó mirándola y ella le sonrió con gentileza. Fue suficiente para que su estómago, que minutos antes protestara de hambre, ahora sintiera como si tuviera una pesada piedra.

—Buen provecho —dijo ella y se adelantó a comer, masticó y saboreó el delicioso sándwich. Él solo seguía mirándola—. ¿Qué te dijo tu amigo? —preguntó con la mirada puesta en los bonitos ojos grises.

—No mucho, no puede hablar sobre la operación, menos por teléfono. Me dio a entender que no tienen ninguna pista, que siguen en blanco. Aunque ya lo sabes, no van a desistir hasta encontrarla... ¿Todavía no piden rescate? —preguntó agarrando el pan, pero seguía sin llevárselo a la boca.

—No, seguimos esperando, aunque no creo que sea un secuestro por dinero.

—Tampoco lo creo, cuando de eso se trata se comunican durante las primeras cuarenta y ocho horas...

—¿Crees que le hayan hecho daño? —preguntó dejando su pan sobre la mesa.

Moreira sabía que esa era una pregunta bastante difícil de responder, aprovechó para morder el pan y ganar tiempo antes de hablar; tragó y le dio un gran trago a su té frío.

—En este tipo de situaciones no se puede asegurar nada Ana, aunque es imposible que se mantenga a alguien en cautiverio sin llegar a la violencia en algún momento... Existen muchos factores que le hacen perder el control a los delincuentes, ya sean los nervios, provocaciones de la víctima, las noticias, la impotencia... Son muchas cosas. —Bajó un poco más la voz ante las últimas palabras.

Ella tragó en seco, dejó el pan sobre la bandeja y bajó la mirada.

—¿Crees que pueda estar muerta? —Hizo la pregunta que nadie se atrevía a formular, pero que sabía martillaba en más de una cabeza. Levantó la mirada y volvió a poner sus ojos en los del moreno—. Puedes responder con total sinceridad.

—Ana... —susurró.

—Sé sincero. —Lo interrumpió.

—En mi experiencia, si fuese cualquier víctima, cuando transcurren cuatro días sin tener noticias, es porque...

—Está muerta y solo esperan hallar el cadáver en cualquier momento —comentó ella, que odiaba que trataran de ocultar las cosas solo por temor a herir.

—Pero Elizabeth no es cualquier víctima. —Se apresuró a decir—. No creo que esté muerta, quien la tiene sabe que puede sacar de ella más viva que muerta, quizá la tenga alguna red de tratantes de blanca y por eso no piden rescate, porque lo que pueden conseguir por ella al venderla es mucho más que el que puede dar la familia Garnett por un rescate, y mejor aún, sin riesgos de alguna emboscada policial... Otra cosa sería que la tenga alguien a quien no le hace falta el dinero y su único interés sea ella... Sé que sigue con vida. —Estiró la mano y apretó la de ella—. Tienes que confiar, la policía no

descansará hasta encontrarla, es impresionante el poder que tiene su familia, prácticamente ha movido toda la fuerza policial del país, además de que cuentan con colaboración y tecnología internacional.

—Temo que algo malo pueda pasarle.

—Definitivamente, nada bueno tiene que estarle pasando, el simple hecho de estar en cautiverio es terrible, pero Elizabeth es una mujer fuerte y va a superar cualquier cosa, sé que lo hará... No sintamos lástima por ella, confiemos en que sigue manteniendo su entereza.

—Sé que sí. —Sonrió, pero una lágrima se le escapó y se la limpió con rapidez.

João se mudó de asiento, se pasó al sillón de cuero verde que estaba pegado a la pared donde ella estaba sentada, se ubicó a su lado y le pasó un brazo por encima de los hombros, pegándola a su cuerpo.

Ana dejó descansar su cabeza contra el pecho de João, sintiendo que él la refugiaba y le brindaba protección, mientras se tragaba el nudo de lágrimas que le había subido a la garganta. Deseaba tanto que Elizabeth estuviera bien, que su más que amiga, su hermana, fuese liberada y pudiera estar con su familia y con el hombre que amaba.

—Todo va a estar bien. —Le dijo muy bajito, y ella asintió. Él le sujetó con delicadeza la barbilla y le hizo elevar la cara, perdiéndose en esos fascinantes ojos azules enmarcados por las largas pestañas—. Confía en la policía y en tu amiga. —Se mojó ligeramente el labio inferior con la punta de la lengua y la besó, tenía que hacerlo o se recriminaría toda la vida no haberlo hecho; le dejó caer un tierno toque de labios, luego vino otro y otro, a los que ella correspondió con un tierno pero apasionado beso.

Él sabía que no era momento para ser más intenso ni más sexual con ella, porque no quería que pensara que estaba aprovechándose de su momento de debilidad. Se alejó unos cuantos centímetros y le regaló una ligera sonrisa, mientras ella lo miraba a los ojos y él se perdía en esas hermosas lagunas.

Justo en el momento que logró liberarse de su hechizo y fue consciente

nuevamente de todo lo que los rodeaba, sus ojos se tropezaron con Bruna.

Ella estaba parada a pocos pasos de ellos, pero en el instante que sus miradas se cruzaron ella se giró, y con largas zancadas caminó a la salida del restaurante.

Una parte de él, una muy poderosa le pedía a gritos que saliera corriendo tras ella para explicarle, quizás era esa parte enamorada que todavía no se hacía a la idea de que esa mujer que acababa de salir en serio lo había traicionado y no merecía su amor, pero también otra parte, más pequeña y quizá más débil, por ser tan prematura, lo mantuvo ahí sentado, junto a Ana.

Aunque si se detenía a pensarlo bien tal vez no lo fuera tanto, ya que ahí estaba, prefiriéndola a ella.

Ana se percató del momento, no debía ser adivina para darse cuenta de quién era la mujer que había salido del restaurante, e inevitablemente su cerebro de mujer, que hacía mil y una conjeturas se impuso, al suponer que él la había citado en ese lugar porque sabía que su ex iría y quería darle celos.

—Ya tengo que irme —dijo poniendo distancia.

—Todavía no terminas tu comida.

—Se me quitó el apetito... En serio João, necesito marcharme. —Le dijo al ver que él no la dejaría salir, y al otro lado estaba la pared, que suponía sería más fácil derrumbarla que apartarlo a él.

Él rodó su bandeja y la puso al lado de la de ella.

—Si no quieres comer, entonces tendrás que esperar a que yo termine para poder marcharte —dijo, seguro de que había cambiado de actitud justo en el momento en que también vio a Bruna—. Y sí, estás suponiendo bien, esa que acaba de salir es mi ex.

—Fue evidente, te pusiste nervioso. Imagino que sabías que vendría y por eso hiciste muy bien el papel de seductor, para darle celos. —Estudió la posibilidad de meterse por debajo de la mesa para escapar, pero eso sería

sumamente infantil.

—En serio no lo planeé, y que quede claro, me vale mierda que ella sienta celos o no.

—¿En serio? —preguntó mordaz.

—Muy en serio. No te mentaré, acabo de vencer una gran lucha interna porque quise ir tras ella, pero también quería quedarme... Y ya sabes quién ganó.

Ana no sabía interpretar si lo que le estaba diciendo era que la prefería a ella, pero optó por no darle tanta importancia.

—Ya veo, no quisiste dejar el pan botado... Te ganó el hambre — comentó al ver cómo le daba un mordisco al sándwich.

Él dejó de masticar para sonreír ante las cosas que ella decía, lograba aligerar la tensión del momento; y desde ese instante supo que disfrutaría hasta de sus discusiones.

—Así fue, está rico, aprovecha el tuyo.

Estúpidamente Ana también sonrió. Aunque no podía olvidar ese incómodo momento, debía esforzarse por quitarle importancia a las cosas con Moreira, después de todo, solo eran amigos y era ridículo que sintiera celos solo porque se topaba «casualmente» con su ex.

Agarró su pan y lo mordió, para que él se diera cuenta de que ninguna de sus acciones desesperadas por demostrarle a su ex que aparentemente estaba bien le afectaban en absoluto.

Elizabeth empezaba a aburrirse de la bendita melodía que había sonado durante tanto tiempo, se había repetido tantas veces que ya la aborreciera y la tenía con dolor de cabeza.

Cuando por fin dejó de sonar ella entendió que debía sentarse y ponerse la capucha, por lo que corrió a la cama y se sentó al borde, con manos

temblorosas y el miedo haciendo mella en ella.

El último hombre que había entrado le había comunicado que no la mantendría amarrada, para que pudiera ir al baño las veces que deseara, pues no quería que volviera a manchar la cama, pero le advirtió que cuando la música cesara debía volver a cubrirse el rostro.

Así lo hizo, quedó una vez más a oscuras y su mundo se redujo todavía más; sin embargo, se sintió aliviada de no seguir escuchando el repetitivo instrumental.

La respiración se agitó y de nuevo en su cuerpo se desataban temblores que ella no podía controlar, todos los músculos le dolían porque entraban en total tensión apenas escuchaba la puerta abrirse y cerrarse, y después los pasos amortiguados en la alfombra.

Sintió la presencia del hombre muy cerca de ella y después el leve peso en el colchón.

—Manos al frente —ordenó y ella como autómatas obedeció.

Estiró las manos y sintió al hombre con seguridad apretar las correas alrededor de las muñecas, ella solo intentaba concentrarse en el sonido de la cadena cada vez que se agitaba. En menos de un minuto volvió a sentirse más vulnerable.

Elizabeth estaba esperando que empezara a darle indicaciones antes de salir, pero estaba tan callado como ella, podía jurar que lo único que se escuchaba en esa habitación era su enloquecido y asustado corazón.

No sabía si era correcto hablar, tampoco podía hacerlo, se mantenía inmóvil, solo concentrándose en respirar para no terminar asfixiada por estar conteniendo el aliento.

Sintió cómo la capucha le era retirada poco a poco.

—No me mires —advirtió.

Elizabeth mantuvo la cabeza gacha y los ojos cerrados, aunque la curiosidad

deseaba ganarle, quería una pista por mínima que fuera, algo que le diera una idea de cómo era físicamente su captor.

—Come.

Elizabeth más que odiar el sonido terrorífico detestaba el maldito tono de mando.

—¡Come de una buena vez maldita sea! —Le gritó a punto de perder la paciencia, odiaba que ella no acatará sus órdenes en cuanto se las daba.

Elizabeth se sobresaltó y su cuerpo reaccionó con espasmos, ya hasta empezaba a odiar su cuerpo por temerle tanto al infeliz. Abrió los ojos y mantuvo la cabeza gacha, por lo que miró al suelo y pudo ver los pies y las piernas del hombre, tenía unas botas de seguridad negras y las piernas las mantenía ligeramente separadas.

Sabía que sus manos estaban trémulas y no quería agarrar el tazón de avena, porque se daría cuenta de lo aterrada que estaba y del poder que tenía sobre ella, pero no tenía opciones, no las tenía porque no quería darle razones para que la lastimara.

Inhaló profundamente, tratando de calmarse, pero fue en vano. Estiró las manos y la taza temblaba en sus manos, seguía sin ofrecerle cubiertos, por lo que se llevó el tazón a la boca y sorbió el contenido; estaba muy dulce para su gusto, pero así tuvo que comerla.

Con gran disimulo miró por encima del borde de la taza y pudo ver la culata del arma, era una Glock nueve milímetros, la reconocía porque así era la de Alexandre, y su padre también tenía una. La tenía en las caderas, asegurada con el vaquero negro.

Se imaginó que con un movimiento ágil podría arrebatársela y dispararle en la cabeza, pero no se atrevía, solo ante ese pensamiento las manos empezaron a temblarle con mayor intensidad.

—No te atrevas, porque te puede ir muy mal. —Le dijo el hombre, quien había adivinado sus intenciones.

Elizabeth bajó la mirada una vez más a la avena y comió otro poco, trataba de concentrarse en lo que estaba comiendo y no en la presencia del hombre que supervisaba cada uno de sus respiros.

—¿Se han comunicado con mi familia? —Se aventuró a preguntar, porque deseaba saber algo.

—No nos interesa tu familia.

En esa respuesta Elizabeth supo que era más de uno, haber usado el plural lo había dejado al descubierto.

—Ellos pagarán lo que pidan.

—No queremos nada de tu familia, solo te necesitamos a ti. —Volvió a hablar.

A Elizabeth se le atoró la avena en la garganta y tuvo que tragar grueso para pasarla, casi se volcó la taza encima, producto del terror que se desató ante su confesión.

Llevada por la desesperación de saber que hasta ese momento ni su familia ni Alexandre tenían noticias de ella levantó la mirada.

—¿Qué quieren de mí? —exigió.

—¡Te dije que no me miraras perra! —La agarró violentamente por el pelo y casi le hundió la cara en la taza que se le escapó de las manos y cayó a los pies de él.

Elizabeth se llenó más de odio ante el tirón de pelo, las ganas de llorar estallaron, pero no era de dolor sino más bien de impotencia e ira. No entendía por qué el maldito la maltrataba si no podía verle la puta cara, porque era tan cobarde que se escondía tras el pasamontañas; y por si fuera poco, llevaba los lentes de esquiar. Era tan carente de valor que hasta tenía que distorsionar su voz.

—Recógelo —dijo señalando el reguero—. De rodillas.

—¡Vete a la mierda! —Le gritó enfurecida y encarándolo.

El hombre sacó el arma y le apuntó en la frente.

—Voy a volarte la puta cabeza —amenazó hundiéndole el cañón.

—Entonces aprieta el maldito gatillo. —Le dijo tragándose el miedo y las lágrimas. Su coraje venía de su interior, porque superficialmente estaba aterrada.

Otra dura bofetada le cruzó la cara, no alcanzaba a asimilar el dolor y el ardor cuando la volvió a sujetar por el pelo y tironeó fuertemente, hasta hacerla poner de rodillas sobre la avena regada.

Elizabeth resoplaba de rabia y le dio varios manotazos a las piernas del hombre, quien hizo más fuerte su ataque, hasta que logró imponer su fuerza.

Elizabeth gimoteó fuertemente producto del dolor y la rabia, él la empujó contra la cama, haciendo que se golpeará fuertemente la cabeza con el borde de metal.

Ella quedó prácticamente desmayada, sin fuerzas y tirada sobre la alfombra. Él se alejó y salió de la habitación.

La respiración de Elizabeth se hizo áspera, resopló los pelos mojados de avena que se le pegaban al rostro, inhaló bruscamente y como si hubiera sido sacudida por una descarga eléctrica gritó fuertemente, gritó a punto de sentir que la garganta se le desgarraba, y terminó llorando.

Una vez más se quedó dormida sin saber por cuánto tiempo. Cuando despertó estaba sobre la cama, y a sus pies había un par de libros de romance histórico, una botella de agua, un chocolate y una margarita.

Todo le parecía extraño, sobre todo le afectó no haberse dado cuenta de que habían entrado a la habitación y la habían subido a la cama. Su enigma fue resuelto cuando vio la marca de un pinchazo en su antebrazo derecho, evidentemente la habían sedado para que no se diera cuenta.

Tampoco encontró la capucha, y la alfombra donde cayó la avena había sido limpiada.

CAPÍTULO 53

Sin el dinero que necesitaba para pagar por sus acompañantes a Vila Cruzeiro, Alexandre no perdería su tiempo en ir a Rocinha, tampoco seguiría intentando con un imposible. Se iría solo a buscar la información que necesitaba. Pero antes iría a Niterói a visitar a su familia, sobre todo para ver a Luana, que desde que se habían llevado a Elizabeth estaba bastante intranquila.

Se levantó del sofá, que era lo único que había quedado en su lugar, porque todo lo demás estaba patas arriba, después de que pagara con cada mueble del lugar la rabia que Marcelo le había provocado.

Todavía tenía mucha rabia e impotencia en el alma y en contra de su hermano, seguía preguntándose cómo no se había dado cuenta antes de los sentimientos de Marcelo hacia Branca, ¿por qué había estado tan ciego? Si era claro, completamente claro.

Solo tuvo que viajar un poco en sus pensamientos y encontrar en ellos la prueba de los sentimientos de su hermano hacia su mujer, no eran celos porque él tenía novia, eran celos porque amaba a la misma chica.

Esperaba cualquier cosa menos eso, ni siquiera porque encontraba una razón para ese odio desmedido del que siempre había sido víctima, aún le costaba asimilarlo, era tener que cambiar la percepción que había tenido de Marcelo durante tantos años, y no podía lograrlo de la noche a la mañana.

Quizá hubiese sido mejor ignorar eso, no haberse enterado nunca de algo tan doloroso.

Salió del apartamento, bajó al estacionamiento y subió a la moto, decidido a ir a tranquilizar los nervios de su hija, su adorada pequeña.

Parado justo a las afueras del edificio otra sorpresa lo esperaba, definitivamente, ese no era su maldito día.

—Cobra, quiero hablar contigo. —Se apresuró para abordarlo y se paró frente a la moto con *skater* en mano.

Alexandre hizo rugir el motor de la moto, como una advertencia para que se quitara de su camino.

—Quítate Gavião, ¿o vas a decirme que tienes algo que ver con el secuestro de Elizabeth? —preguntó con los dientes apretados por estar conteniendo la furia que lo quemaba por dentro.

—No, no tengo nada que ver, pero quiero ayudarte. Fabio me contó lo que estás haciendo..., me dijo que puedes encontrarla, que ellos te ayudarán.

Alexandre apretó tanto los dientes que las sienas le latieron, rodó los ojos en un gesto de incredulidad, ¿cómo mierda le contaban a Gavião sobre sus planes?

—No necesito tu ayuda —dijo mirándolo a los ojos.

—Puede que no, pero igual te ayudaré... Necesitamos encontrar a Elizabeth, ya estoy muy preocupado por ver que la policía ni con todos sus hombres han logrado encontrarla... Me desespera ver las noticias y que solo digan que no saben de ella.

—¿Por qué lo harías?, ¿por qué te expondrías de tal manera?

—Sabes porqué, no hagas preguntas estúpidas...

—Y entonces quieres «ayudarme» —ironizó—. Para después sentirte con derecho sobre mi mujer... Mejor ve a meterte bajo las faldas de tu madre.

—No quiero tener ningún derecho sobre Eli, con que podamos rescatarla y ponerla a salvo para mí es suficiente

—¿Así no más?... No te creo. —Negó con la cabeza e hizo rugir el motor—. Quítate del camino.

—Sé que necesitas dinero, me dijeron que tienes que pagar para que puedan

acompañarte a Cruzeiro... ¿Cuánto es? Te ayudaré a conseguirlo.

—¡Gavião no! Ya deja de joder.

—¿Cuánto es? —exigió—. ¿Por qué mierda no dejas de lado el maldito orgullo y aceptas mi ayuda?, ¿acaso eres tan malditamente egoísta como para poner tu orgullo por encima de la mujer que dices amar? Porque para mí no ha sido fácil tomar la decisión de venir hasta aquí, no ha sido fácil tener que dirigirte la palabra, pero lo estoy haciendo por Elizabeth, porque quizá fui yo quien la metió en todo este problema, quizá la expuse demasiado cuando decidí llevarla a la favela, porque comprendía su pasión, porque la comprendía como ella me comprendía a mí... Aquí estoy dejando de lado rivalidades solo por su bienestar, sin esperar nada a cambio ¡Nada!

Alexandre percibía la decisión con la que Wagner hablaba y lo miraba. Si ya se había arriesgado con Marcelo, cómo no hacerlo con Gavião, que a pesar de todo conocía mejor a Elizabeth, y por mucho que le molestara y encelara, ella también le tenía cariño.

—Son cincuenta millones en efectivo.

—¡En efectivo! —preguntó con los ojos a punto de salir de sus órbitas.

—No te preocupes Gavião... Ya lo sabía, no será fácil encontrar el dinero.

—El dinero lo tengo, el problema es el efectivo... Sé que lo necesitas cuanto antes y no podré hacer un avance de la tarjeta de crédito por esa cantidad, pero hoy saco lo que pueda... Contactaré a unos amigos de la universidad, sé que para mañana conseguiré por lo menos un treinta por ciento.

—En serio lo agradezco —dijo siendo por primera vez amigable con Gavião.

—¿Dónde nos vemos para entregártelo?

—Aquí, puedes venir en cuanto lo tengas...

—¿Por la tarde? ¿A las seis te parece bien? —dijo apartándose del camino de Alexandre.

Él afirmó con la cabeza y arrancó. Todavía no podía creerlo, no sabía si lo de Gavião era una cruel broma, por lo que no se haría muchas esperanzas.

Llegó a la casa de sus padres y solo encontró a Jonas con la niñera que lo cuidaba mientras Luana estaba en clases y sus padres en la clínica.

—Ya no debe tardar —anunció la mujer cuando le preguntó por su hija—.

¿Desea tomar algo? —ofreció, observando cómo el niño estaba encantado en los brazos del abuelo.

—No, gracias... Te lo robo un momento —anunció llevándose a Jonas al jardín.

Aprovechó el momento a solas para jugar con el niño. Alexandre lo correteó y Jonas en medio de carcajadas y gritos disfrutaba de la persecución de su abuelo.

También rodaron por la hierba mientras se hacían cosquillas, ambos terminaron con las ropas manchadas y los rizos totalmente desordenados.

Al llegar de la preparatoria, Luana los sorprendió y también su unió al juego.

Alexandre jugó con su hija y nieto como no lo había hecho en mucho tiempo, les agradeció a sus más hermosas criaturas que por un momento le hicieran olvidar tanto tormento.

Después de jugar le tocó bañar a Jonas y cambiarlo, mientras Luana también se duchaba, se quedó con ellos a la espera de que llegaran sus padres, hasta le ayudó a su hija con las tareas, eso le hizo revivir viejos momentos.

Luana lo miraba sin poder comprender por qué su padre estaba tan de buen ánimo y tan entregado a ellos, si sabía que no lo estaba pasando para nada bien, pero para no hacerlo sentir mal o que se pusiera triste prefirió no hacer ningún comentario al respecto.

Sus padres llegaron, Guilherme subió a ducharse y Arlenne fue a la cocina para programar el menú de la cena de esa noche, Alexandre la acompañó.

—Supe que fuiste por la mañana a ver a Marcelo... Me alegra saber que están tratando de hacer las paces —comentó la mujer sonriente.

—Ya veo que te fue con el cuento, pero nada más lejos de hacer las paces... Y menos después de lo que me confesó... ¿Sabías que también estaba enamorado de Branca? Por eso es su estúpido odio hacia mí mamá, ¿puedes creerlo?

—Siempre lo supe Alex, era evidente... Son mis hijos y los conozco, incluso más de lo que lo hacen ustedes mismos.

—¿Por qué no me lo dijiste? —Más que una pregunta era un reproche.

—Nada ganabas con saberlo, solo aumentaría el rencor entre ambos...

Alex, tu hermano te quiere, lo sé...

—No conoces a Marcelo... A ti te muestra algo que no es, o por lo menos intenta manipularte para que sigas pensando que soy el irresponsable y resentido de la familia, el bueno para nada que solo trae problemas y cargas.

—No Alexandre, estás muy equivocado, Marcelo jamás ha intentado ponerte en nuestra contra, y quiero que sepas que tú nunca nos has traído problemas, mucho menos carga; por el contrario, solo nos has brindado alegría... Nos diste a Luana y a Jonas, mis niños son la luz de este hogar; solo tu padre y yo sabemos lo triste que fuese este lugar sin ellos. Seguro que tanta soledad nos habría matado...

En momentos como ese era que Alexandre desistía de toda idea de llevarse a su hija y nieto, porque sería muy difícil para sus padres, ellos sufrirían mucho, al igual que Luana y Jonas lo harían si él los alejaba de sus abuelos.

—No

les

dejé

opción,

terminaron

encariñándose

con

mis

irresponsabilidades, así es como les dice Marcelo.

—Tu hermano ama a Luana, eso sí lo tienes completamente claro, así que no hables así de la niña.

—Será ahora madre. —Frunció el ceño ligeramente—, porque recuerdo perfectamente cuando mi hija lloraba por las madrugadas y él salía al pasillo a decir que ya no había paz en esta casa, que ni siquiera se podía dormir por culpa de los problemas de los demás... También recuerdo lo que dijo antes de irse a vivir a Río, creo que no tengo que recordártelo. —Chasqueó los labios en un gesto de fastidio—. Ya no quiero hablar más de Marcelo..., y deja de soñar con una posible reconciliación. —Le hizo saber para que desistiera de una vez por todas de sus absurdas ilusiones—. Me tengo que ir.

—¿No te quedarás para la cena?

—No, tengo cosas que hacer, tengo que estar atento por si hay noticias de Elizabeth.

—Lo siento tanto cariño, imagino cómo deben estar sus padres, y sé que tú también estás muy mal, aunque te esfuerces por ocultarlo.

—Sigo en pie y confío en que pronto aparecerá. —Se acercó y le dio un beso en la mejilla—. Me despides de papá.

—Ve con cuidado —suplicó—. No andes tan rápido en esa moto.

—Seré precavido —dijo solo para tranquilizarla.

Fue a despedirse de su hija y nieto, en medio de besos y abrazos le prometió a Luana que la llamaría por la mañana antes de que se fuera a la escuela.

Salió de la casa rumbo a Vila Cruzeiro, no estaba en sus planes meterse en problemas, solo iba a estudiar la zona para hacerse una idea de lo que le esperaba, aunque verdaderamente lo que deseaba era recibir una llamada o toparse con alguna noticia de última hora, que confirmara que Elizabeth había

sido rescatada sana y salva, para así terminar de una vez por todas con esa pesadilla.

Anhelaba poder retomar sus planes con ella, casarse y vivir juntos, pero la triste realidad solo le escupía a la cara que no podía trazar metas, que no podía planificar un futuro, porque el destino le cambiaba todo, le echaba a la mierda sus sueños.

El agente de la CIA John Jeffers se reunió con Samuel en la delegación, para ponerlo al tanto de los avances que habían hecho; le mostraba en un mapa electrónico las zonas en las que la policía militar y civil conjuntamente con sus hombres habían accedido.

Decía muchas cosas, hablaban de todo lo que estaban haciendo y de los próximos movimientos, pero lo que él realmente necesitaba escuchar no lo pronunciaban.

Mencionaba una y otra vez que lo comprendía, que sabía lo preocupado que estaba y que ellos estaban haciendo lo posible.

¡Mentira! Nadie, absolutamente nadie podía saber que llevaba muerto el mismo tiempo que su hija desaparecida y que solo caminaba impulsado por la esperanza de encontrarla.

Se despidió tragándose las ganas de gritarles a todos que eran unos inútiles, que ya estaba cansado y que había perdido la fe en ellos. Cuando el todoterreno salió del estacionamiento su impotencia se hizo más aguda al darse cuenta de que la noche volvía a sorprenderlos sin tener noticias de Elizabeth.

Rachell parecía estar más calmada, quizá la palabrería de la policía la hacía sentirse más esperanzada, pero eso era porque escuchaba por primera vez sus promesas; en cambio él, llevaba muchos días tragándose el mismo discurso.

La noche prematura arropaba la ciudad, las calles estaban atestadas de transeúntes y de autos, la mayoría cumpliendo con sus rutinarias vidas; podía

apostar que todos acababan de salir del trabajo e iban camino a sus casas, a reunirse con su familia, con sus hijos.

Él miraba atentamente entre las personas, deseando ver a su hija, deseando ver a alguien con algo de Elizabeth, una mínima pista, pero nada hallaba; inevitablemente empezó a sentirse tan o más inútil que la policía.

—Para. —Le ordenó al chofer—. Detente.

—¿Qué sucede amor? ¿Sam? —Le habló Rachell, ante la inesperada petición de Samuel.

Él ignoró las palabras de su mujer, sin dar avisos abrió la puerta del vehículo y bajó.

—Ve a casa Rach. —Le pidió a Rachell y cerró antes de que ella pudiera asimilar lo que le estaba diciendo.

Samuel caminó hacia la calzada, mezclándose con las personas; se interpuso en el camino de una mujer de piel oscura, muy pasada de kilos y de pelo canoso bastante ensortijado.

—Disculpe señora, ¿ha visto a mi hija? —La mujer lo miró extrañada y negó con la cabeza—. Ella es joven, tiene veintitrés años, pelo castaño, sus ojos son grises..., casi azules.

—No señor, no la he visto —respondió queriendo retomar su camino y avanzó un par de pasos.

—Espere, espere. —Sacó el teléfono de uno de los bolsillos del vaquero que llevaba puesto y con manos temblorosas revisó en el aparato hasta dar con una foto donde su niña aparecía sonriendo—. Es ella, mírela por favor...

Por favor mire la foto —suplicó, ya que la mujer solo lo miraba a él.

—No señor, no la he visto, sé quién es su hija, lo he visto en las noticias, pero no la he visto...

—Piense, quizá por donde vive, en casa de algunos vecinos.

—No señor, lo siento.

Samuel desistió y la dejó seguir, solo para ir en busca de alguien más.

—Señor, ¿ha visto a mi hija? Esta es su foto, ¿la ha visto? —Le preguntó esta vez al hombre que atendía un puesto de instrumentos musicales, sobre todo usados para la capoeira.

—No —respondió y también negó con la cabeza para darle peso a lo que había dicho.

—¿Está seguro?

—Sí señor, estoy seguro, no la he visto.

—Gracias. —Siguió avanzando y se adentró en la feria nocturna. Esta vez intentó con una jovencita—. Hola, ¿has visto a esta chica? —Le preguntó señalando la foto en la pantalla.

—No, solo la he visto en las noticias.

—Es mi hija. —Se llevó una mano al pecho y sentía que las ganas de llorar aumentaban con cada negativa—. Piensa si la has visto en otro lado que no sean las noticias.

—No señor —dijo con pesar—, pero seguro que la policía la encontrará...

—Gracias. —Samuel se alejó hacia otra persona y repitió la misma pregunta a otra y otra y decenas de personas más, pero solo obtenía la misma respuesta que le martillaba dolorosamente el corazón.

Cada «no» era una puñalada alma; sin embargo, no iba a darse por vencido, si era preciso le preguntaría uno a uno a los casi trecientos millones de habitantes del país.

—Disculpa, ¿ha visto a mi hija?, ¿la has visto? —Le preguntó a un joven que estaba en su bicicleta, preguntando en un puesto por el precio de una camiseta de fútbol.

Fue inevitable que Samuel no formara un revuelo al estar preguntando a todo el mundo por su hija, cuando la mayoría de los habitantes del país estaban enterados de quién era Elizabeth Garnett.

Rachell bajó del todoterreno y fue tras su marido, detrás de ella los dos guardaespaldas.

No debió dejarlo marchar, no debió quedarse a esperar, debió salir enseguida tras él. Ahora estaba perdida en un mar de personas y no veía a Samuel por ningún lado, empezó a sentirse aterrada y desesperada, estaba a punto de pedirle a los guardaespaldas que llamaran a la policía cuando lo vio prácticamente acosando a una mujer.

—¿Segura que no la ha visto...?

—Sam, Samuel. —Llegó Rachell tocándole la espalda—. Ya está bien cariño, vamos a casa..., regresemos a casa. —Le pidió y miró a la mujer—.

Disculpe.

—No..., no se preocupe. Ojalá puedan encontrar pronto a su hija —dijo la mujer y se marchó.

—Vamos Sam. —Rachell tiró del brazo de su marido, que ya estaba despeinado y con los ojos enrojecidos.

—Ve tú a casa Rach, necesito preguntarle a alguien más, a alguien más...

Ella no pudo retenerlo, y él llegó interrumpiendo donde había un grupo de personas.

—Perdón..., siento molestar. Por favor, ¿han visto a mi hija? Es esta...

¿La han visto? —preguntó casi estampándose en las narices la pantalla del teléfono.

Uno a uno negaba con la cabeza y lo miraban compadecidos por la situación.

—Ya Sam, amor... —Volvió Rachell, prácticamente arrebatándole el teléfono

de la mano.

—Uno más, tenemos que preguntar, tenemos que hacer algo Rach, tenemos que encontrar a Eli. —Se llevó las manos a la cabeza y se la frotó con desesperación—. Uno más, alguien podría haberla visto..., uno más... — Un fuerte sollozo se le escapó de lo más profundo de su pecho, donde lo había estado reteniendo todo el día. Sin más fuerzas se dejó caer acucillado en plena feria nocturna, ganándose miradas de compasión de muchas personas.

Rachell se acucilló a su lado y solo Dios y ella sabían lo fuerte que estaba siendo en ese momento para no morir ahí mismo de tanto dolor e impotencia.

Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas sin poder evitarlo.

—Levántate cariño. —Le suplicó, tratando de ponerlo en pie—. Vamos a casa.

—No quiero ir a casa, no quiero hacerlo sin Elizabeth. —Se apretaba fuertemente el pelo, y gotas de lágrimas caían al suelo, donde él tenía puesta su borrosa mirada.

—Ayúdenme por favor. —Le pidió Rachell a los guardaespaldas que estaban impidiendo que la gente se acercara a ellos.

Uno atendió la petición de Rachell y le ayudó a ponerlo en pie, aunque casi tuvieron que llevarlo a rastras al vehículo, ante las miradas y murmullos de los transeúntes.

Lograron subirlo al asiento y arrancar para seguir con su camino a la mansión Garnett.

—Lo siento Rachell —dijo Samuel con la mirada perdida—. ¡Lo siento tanto!
—Se cubrió el rostro con las manos y siguió llorando.

Rachell lo abrazó, lo acunó como si fuese un niño, al que puso sobre su regazo.

Samuel se abrazó con fuerza a las piernas de su mujer y escondió la cara para seguir llorando. Ella lo cobijó con su cuerpo, dejó descansar su torso sobre él mientras lo abrazaba con fuerza.

—Sshhh... —Trataba de calmarlo como si fuese un niño, mientras las lágrimas en ella no paraban de brotar—. Sshh... —Le daba besos en el pelo y le acariciaba con energía la espalda.

Sabía que los guardaespaldas mantenían a Reinhard al tanto de todo, por lo que apenas llegaron a la casa no hicieron preguntas; incluso, nadie dijo nada. Rachell lo subió a la habitación, lo metió al baño para que se diera una ducha y regresó a la sala, donde no tenía intenciones de quedarse mucho tiempo.

—Samuel necesita dormir, tiene que descansar. —Le dijo a Sophia—.

Sophie, ¿puedes darme de eso que me diste el otro día? —comentó, segura de que la habían medicado y que había sido su amiga la de la idea.

Sophia miró a Reinhard y él asintió, dándole el permiso para que lo hiciera.

—Vamos a la cocina —pidió ella y Rachell la siguió.

—Siento que estoy a punto de colapsar. —Chilló—. ¡Ay Sophie! Temo tanto por Sam, no sé si vaya a soportar todo esto... Y estoy aterrada por lo que pueda estar viviendo mi niña... Ansío tener la mínima noticia y a la vez no quisiera...

—Tranquila cariño... Vamos a encontrarla, nuestra pequeña es fuerte, soportará lo que sea hasta que demos con ella... Y Samuel podrá con esto, lo hará, así como tú también lo harás; ambos son fuertes, pero es necesario que repongan fuerzas —hablaba mientras servía medio vaso de agua, después sacó de un mueble de la cocina el frasco y vertió unas veinte gotas en el agua, las mezcló y le tendió el vaso—. Bébelo.

—No, no, yo no quiero... Estoy bien. —Se negó—. Es Samuel quien debe dormir, desde que se llevaron a mi niña apenas duerme una o dos horas.

—Acabas de decir que estás a punto de colapsar y apenas duermes unas tres, así que no es mucha la diferencia. Bébelo, te prometo despertarte si hay noticias.

—¿Lo juras? —preguntó agarrando el vaso.

—Lo juro, y no te preocupes por nada más. Violet y Oscar están bien.

Rachell miró a Sophia, todavía dudando si irse a dormir sin saber cómo lo estaba pasando su niña.

—Tómatelo Rachell —insistió Sophia.

Ella se dio por vencida y de un trago se bebió el medio vaso de agua.

Sophia preparó el de Samuel y Rachell se lo llevó. Cuando ella llegó a la habitación, ya él había salido de la ducha y estaba sentado en la cama, revisando su portátil; estaba segura de que estaba atendiendo sus obligaciones en Nueva York, porque a pesar de todo, él sacaba fortaleza para seguir con la justicia.

Ella se sentó a su lado al borde de la cama y le dio el vaso.

—¿Qué quieres de cenar?

—Nada, no tengo apetito —dijo y se bebió de un trago el agua, sin que le diera tiempo siquiera de percibir el sabor del somnífero.

—Amor, deja eso y acuéstate conmigo un ratito por favor.

—Rach..., necesito coordinar...

—Y yo te necesito a ti... Por favor Sam. —Ella se acostó y le tendió los brazos. A lo que él no pudo negarse.

Poco tiempo después terminó rendido y Rachell con él.

CAPÍTULO 54

A medianoche Alexandre regresó de Vila Cruzeiro, había deambulado en sus calles por más de cuatro horas; incluso, en varias oportunidades se sintió perdido, porque esa favela la conocía muy poco.

Levantó la mano en forma de saludo y miró hacia la cámara para que el hombre de seguridad del edificio le permitiera el acceso, condujo al estacionamiento, dejó la moto y entró al ascensor.

En tres minutos lo recibió el apartamento desordenado, tal como lo había dejado, y la ausencia de Elizabeth volvía a golpearlo con una fuerza incontenible.

Era difícil lidiar con eso. No con la soledad, porque con esa había convivido muchos años, sino con la necesidad de ver a Elizabeth o por lo menos de saberla bien; arañó valor en su interior y avanzó entre objetos desperdigados por el suelo, mientras miraba en derredor, esperando que su mujer apareciera en cualquier rincón, pero sus deseos seguían sin hacerse realidad.

Terminó desplomándose en el sofá, dejó el arma en la alfombra, se quitó las botas y las dejó caer al lado de la Glock; se quedó con la mirada al techo y los brazos cruzados debajo de la cabeza, debatiéndose entre dormir o mirar la televisión, en busca de noticias alentadoras.

El cansancio estaba casi vencándolo cuando el timbre sonó, espabilándolo. De un brusco movimiento se levantó, por lo que tropezó con sus botas y casi cayó de bruces, al suponer que la única persona que tendría acceso a subir sin antes ser avisada era Elizabeth.

Con el corazón a punto de reventarle el pecho corrió a la puerta y de un tirón la abrió, pero todas sus esperanzas volvieron a hacerse añicos, dejando en pie al más intenso odio, al ver que quien lo visitaba era su hermano.

Estaba parado frente a su puerta, con un maletín en cada mano.

Marcelo, al ver a Alexandre dejó caer ambos maletines al suelo, sin dejar de mirarlo a los ojos.

—Espero que tu plan sea muy bueno y logres encontrarla, pero sobre todo, que no pongas en riesgo la vida de tu familia —dijo, retrocedió un paso y se giró.

Alexandre no asimilaba el momento, quizás estaba más dormido que despierto o eso era un sueño. Marcelo se marchó y a él no le salió la mínima palabra de agradecimiento. De pronto, como si un rayo lo impactara corrió y logró alcanzarlo a punto de subir al ascensor.

—Te lo pagaré..., muy pronto lo haré.

—No lo hagas, solo asegúrate de proteger a la chica... No merece pagar por los problemas que te buscas.

—No sabes cómo son las cosas Marcelo, me juzgas y realmente no sabes nada de mí... Ese hombre que casi me asesinó, del que tú te encargaste, solo quería a Elizabeth. Una vez se la arrebaté y no me lo perdonó... Era un proxeneta...

—Lo sé, me pusieron al tanto de la clase de mierda que era, pero si sabes todo eso, ¿por qué no se lo cuentas a la familia?

—Su padre no me quiere, tiene el mismo concepto de mí que tú, y no lo culpo por ello.

—No puedes hacerte el héroe y poner en riesgo la vida de esa chica...

Háblalo con sus padres.

—Lo haré, pero cuando tenga la seguridad de dónde está. Si lo hago ahora y me estoy equivocando no van a perdonármelo; inclusive, pensarán de la misma forma que tú y creerán que fui yo quien la metió en todo esto.

—Entonces no pierdas tiempo. —Entró al ascensor y pulsó el botón de la planta baja—. ¿Puedo llevar a Luana y a Jonas al Club Hípico mañana?

Alexandre pensó que Marcelo no podía dar nada sin obtener algo a cambio, pero en esta oportunidad su condición era realmente oportuna, porque él

estaría muy ocupado esa noche y no podría ir a visitarla.

—Puedes —respondió. No era un secreto para él que Marcelo hasta le tenía una yegua a su hija.

Ellos podrían guardar el secreto, pero Arlenne difícilmente lograba guardarse algo, y «sin querer», se lo había contado. Él no pudo evitar molestarse, pero ella contó con la habilidad de hacerle entender que no había nada de malo en que su tío le hiciera un regalo que definitivamente él no podría darle.

Las puertas del ascensor se cerraron y Marcelo desapareció de su vista, él regresó al apartamento, agarró los dos maletines, entró y los vació sobre la alfombra, donde cayeron incontables paquetes de billetes azules, todos de cien reales.

Tenía ganas de ir de una vez con Neymar para que lo llevara con su jefe y entregarle el dinero, pero primero debía contarle todo y asegurarse de que estaba completo, porque si hacía falta por lo menos un billete, ellos creerían que estaba tomándoles el pelo y podría costarle la vida.

La claridad del día colándose por la pared de cristal que daba al balcón lo sorprendió y todavía seguía contando el dinero que necesitaba para poder rescatar a su mujer.

Elizabeth seguía sin saber si era de día o de noche ni cuántas horas o días llevaba encerrada, de lo único que estaba segura era de que se había pasado leyendo mucho tiempo; ya llevaba casi la mitad del libro, que si no fuera lo único que tenía para escapar de su encierro lo habría dejado de leer, porque la historia más que hacerle olvidar dónde se encontraba y le hiciera disfrutar de la lectura, solo la mortificaba aún más, porque los amantes habían pasado por situaciones más adversas que ella, era demasiado drama para su gusto; a la pobre protagonista ya no sabía qué otra cosa podría sucederle.

Posiblemente era que su estilo de literatura siempre fue más de ciencia ficción, y si era histórica, prefería que fuese con representantes femeninas fuertes y hombres guerreros, de esos que eran casi bestias, que no se

amilanaban ante nada. Así como ella veía a su amor, a su Alexandre.

Necesitaba leer algo que le infundiera valor, que le contagiara las ganas de seguir luchando en ese encierro, una verdadera inyección de adrenalina; pero si seguía los pasos de esa mujer, tendría que tirarse a la cama a llorar, a la espera de que pasara cualquier cosa.

—¡Ay por Dios! —rugió cerrando el libro de golpe. Estaba realmente furiosa con la protagonista, que no hacía más que llorar y lamentarse por las cosas que le pasaban—. ¿Por qué no reacciona? —Se preguntaba, sintiéndose molesta porque la mujer soportaba que el hombre metiera a la amante en su misma casa.

De repente la puerta se abrió, no pudo evitar que los vellos de la nuca se le erizaran y la respiración se le hiciera áspera, tragó en seco y mantuvo la mirada al frente; si no le ordenaban que la bajara ella no iba a hacerlo, no iba a comportarse como la estúpida asustadiza protagonista del libro que estaba leyendo.

Clavó su mirada en él, mostrándose desafiante y segura, aunque tragara en seco el miedo que quería salir a flote.

Traía en una mano un banco de plástico y en la otra una tabla electrónica.

Elizabeth miró por detrás de él para hacerse una idea de lo que había fuera de esa cárcel, pero solo vio como a un metro de distancia otra pared blanca; su captor cerró la pesada puerta, cortándole toda visión y se encerró con ella.

—¿Cómo va la lectura? —preguntó acomodando el banco frente a ella, a poca distancia.

—Es horrible, quien quiera que haya elegido este libro tiene pésimo gusto —respondió con seguridad. Pensaba que quizá si se ganaba la confianza del hombre, si se mostraba amigable podría encontrar la manera de convencerlo de que la dejara libre o que por lo menos le llevara otro género.

—Tendrás que conformarte con eso.

—Sé que no tengo opción, ustedes mandan. —Bufó, tratando de disimular cómo aguzaba la mirada para ver a través del cristal oscuro de lentes de esquí, pero no conseguía distinguir nada más que su propio reflejo—. ¿Tienes un jefe?

—No hagas preguntas.

—No las haré, aunque por lo visto has venido a pasarte un rato —dijo mirándolo sentado con las piernas separadas en una pose bastante varonil.

Sabía que contaba con una complexión física musculosa, podía notarlo, aunque siempre vistiera de negro.

—En realidad no pienso quedarme más de cinco minutos... —Deslizó sus dedos enfundados en los guantes negros por la pantalla de la tabla electrónica—. Solo vine a mostrarte esto —dijo ofreciéndole el aparato.

Él había disfrutado cada milésima de segundo de ese vídeo, había deseado tanto ver esa desesperación, ver a ese hombre prácticamente de rodillas, suplicando encontrar algo que nunca volvería a tener.

Elizabeth estiró sus manos unidas por la correa y la agarró, entonces el corazón se le instaló en la garganta al presentir que lo que vería a continuación iba a hacerle daño, porque sabía que a él o a ellos solo le daba placer lastimarla.

Vio a su padre caminando con desespero entre la gente, escuchaba claramente cómo preguntaba por ella.

Elizabeth quiso mantenerse serena, ser fuerte, no mostrar que ver a su padre así le rompía el corazón, pero no pudo ocultarlo, las lágrimas empezaron a salirle a borbotones y se sentía culpable por verlo así, por verlo desesperado, preguntándole a todo el mundo por ella.

Vio cómo se vencía y casi caía al suelo derrotado, a su lado estaba su madre, quien también lloraba y trataba de contenerlo. Deseaba tanto poder atravesar esa pantalla y abrazarlos, decirles que estaba bien, que a pesar del encierro y todos los golpes que había recibido estaba bien.

Sollozó sin poder evitarlo y las gotas de sus lágrimas empezaron a caer sobre la pantalla, mientras se preguntaba por qué le hacía eso. ¿Qué ganaba con herirla de esa manera?, ¿para qué le mostraban la desesperación de sus padres? Eso era inhumano, era una terrible tortura.

Él estiró la mano para quitarle la tabla, pero Elizabeth se aferró con fuerza, a pesar de que ver ese vídeo le destrozaba el corazón era una ventana a un mundo exterior, era poder ver la imagen de sus padres; quizá ver el dolor en ellos podía darle fuerzas, por el simple hecho de que deseaba regalarles el momento de felicidad cuando volviera a ellos, tras escaparse de ese infierno.

A pesar de que sostuvo fuertemente el aparato, el hombre logró arrebatárselo.

—¿Sabes por qué quise que vieras esto? —Le preguntó.

—Para herirme —respondió con la mirada puesta en la tabla.

—No, esa no es mi intención —dijo.

«Maldito hipócrita», pensó Elizabeth con ganas de poder arrancarle el corazón con sus propias manos.

—Lo hice para que vieras que no tienen ni la más remota idea de dónde estás, que no saben nada de ti y que nunca lo sabrán...

—Por favor —interrumpió Elizabeth—, déjame ir. Te daré lo que quieras, lo que necesites... Tengo dinero para darte, hagamos un trato, yo puedo darte mucho dinero, solo para ti, no tendrás que compartirlo con nadie, puedo asegurar que lo recibirás, solo déjame escapar o ayúdame a hacerlo, déjame hacer una llamada e inmediatamente tendrás lo que quieras...

—Elizabeth, no es por dinero que estás aquí...

—Entonces, ¿por qué? —preguntó en medio de un jadeo cargado de llanto.

—Pronto lo sabrás. —Se levantó y se marchó, dejando el banco de plástico frente a Elizabeth.

En medio de la impotencia lo pateó, acababa de darse cuenta de que la única

manera de salir de ese maldito lugar era luchando, debía pelear con todas sus fuerzas, tratar de arrebatarse el arma, meterle una bala en la cabeza y liberarse de la maldita cadena.

Empezaba a sentir que el odio se le escapaba del corazón, dejándolo carente de toda emoción, y se le esparcía por todo el cuerpo, dándole una vitalidad que jamás había sentido.

—Estuvo muy mal hecho lo que hizo, puso en evidencia que hasta ahora no hemos obtenido ningún resultado; su actitud desesperada solo le dará más confianza a los secuestradores... —Jeffers reprendía duramente a Samuel Garnett, ya que su actuación de la noche anterior en la feria nocturna había sido el espectáculo con el que se hicieron los titulares nocturnos de todos los canales televisivos, gracias a un video que se filtró por un agente anónimo, donde muestra a un hombre muerto de dolor y desesperación—. Se han dado cuenta de que la afirmación que hemos hecho de que les estamos pisando los talones no es más que una mentira.

El hombre hablaba y todo el equipo se mantenía en silencio con los ojos puestos en Samuel Garnett, quien estaba con las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

—Jeffers, no sé si tiene hijos, no sé si ha pasado por situaciones difíciles... Parece que no, porque no entiende la desesperación de un padre.

Comprendo que estén haciendo todo lo posible, soy testigo de ello, pero no puede pedirle a un padre que no enloquezca cuando no tiene una puta noticia de dónde está el ser más importante que tiene... —habló Samuel, quien verdaderamente estaba muy molesto, no por cómo le hablaba el agente de la CIA, sino por seguir sin noticias de su hija.

—Tengo hijos sí, los tengo... Posiblemente en una situación como esta estaría a punto de enloquecer, pero por el bien de ellos trataría de controlarme... Garnett, usted conoce esto, sabe perfectamente que el mínimo error puede cambiar el curso de las cosas, y eso que hizo fue uno garrafal.

—Ya no puedo cambiar lo que hice, me dejé llevar por la desesperación, pero nada ganaremos con seguir discutiendo... ¿Por qué mejor no me dice cuáles son los planes para hoy? —preguntó avanzando un paso a la mesa que mostraba una maqueta tridimensional de la ciudad.

—Vamos a movernos a la zona oeste de la ciudad —explicó, lo que menos deseaba era enfrascarse en discusiones con el padre de la víctima; su misión era encontrarla, y debía cumplir con eso—. El equipo A se concentrará en Anil, Bangu y Barra da Tijuca, el equipo B se encargará de patrullar Camorim, Campo Grande, Campo dos Afonsos... —Jeffers dividió los diez grupos en todos los barrios de la zona oeste de Río de Janeiro.

—Opino que no debemos descuidar los lugares que ya hemos inspeccionado, podrían moverla de cautiverio —intervino el jefe de la policía militar.

—Manda a tus hombres a varios sitios...

—Vamos a sobrevolar Rocinha y Vidigal —explicó manteniéndose con los brazos cruzados sobre el fuerte pecho.

—¿Has intervenido alguna comunicación? —Le preguntó al equipo de inteligencia electrónica.

—Sí señor —respondió un joven que estaba frente a tres monitores y colgaban de su cuello unos auriculares—, pero hasta el momento ningún resultado sospechoso por teléfono ni radios ni computadoras. No podemos saber si es que no están manteniendo comunicación o es que están utilizando otro método.

—¿Qué pasó con el chip de identificación?

—Seguimos sin poder reactivarlo, posiblemente se lo hayan extraído o cuentan con un sistema de desactivación bastante avanzado, posiblemente un escáner ruso.

Samuel suspiró y se rascó la nuca, prefería que tuvieran el maldito escáner ruso a pensar que a su niña le habían abierto la piel.

—También hemos revisado el reconocimiento ocular de todos los aeropuertos,

puertos y terminales del país, ninguno arroja resultados.

—¿Por qué no ofrecemos una recompensa? —propuso el representante de la Policía Civil.

—Porque empezarán las falsas alarmas —respondió Jeffers con el marcado acento inglés—. Gente que mentirá con tal de beneficiarse de la desesperación de la familia Garnett.

—Tengamos claro que ya no estamos frente a un secuestro por dinero. —Siguió el hombre brasileño—. Elizabeth Garnett lleva casi dos semanas desaparecida y no han contactado a la familia, lo que deja claro que lo que los mueve no es el dinero, o por lo menos no el de la familia Garnett. Pero de algo sí estoy seguro y es que dentro de la organización debe haber uno que tenga precio, uno que pueda delatarlos con tal de quedarse con todo el botín y no con un mínimo porcentaje.

—Cien millones de dólares —habló Samuel y se ganó la mirada estupefacta de todos—. No le pagarán más de eso... Fija le recompensa en cien millones de dólares.

—Señor, eso es mucho dinero, demasiado... —habló el policía civil con la mandíbula tensa, por lo que el hoyuelo en el centro de su barbilla se intensificaba—. He descartado que el móvil sea el dinero, pero también es cierto que quizá estén esperando la recompensa para entonces duplicar o hasta triplicar esa cantidad...

—No importa, solo quiero a mi hija de vuelta y terminar con esta pesadilla... Quien quiera que la tenga sabe perfectamente lo que podemos dar y no va a escatimar en ponerle precio a su vida.

—No es la mejor opción Garnett; en realidad, es la más estúpida. — Jeffers dio su más sincera opinión—. Pero para que vea que tomamos en cuenta tus decisiones lo haremos, pero no en este momento, se hará por la noche.

—Cada minuto que pasa es de vida o muerte para mi hija, ¿acaso no puede entenderlo? —protestó Samuel.

—Lo hago, pero se hará por la noche —determinó mirándolo fijamente a los, imponiendo su carácter. Estaba ahí para hacer su trabajo, no para que los demás terminaran manejándolo, ni siquiera el padre de la víctima tenía poder sobre él.

No iba a anteponer las emociones alteradas de un padre desesperado por encima de sus años de experiencia en situaciones como esa.

Sabía lo que debía hacer y cuándo era el momento más oportuno para ello; y ciertamente, lanzar el aviso de una recompensa cuando apenas la noche anterior Samuel Garnett la había cagado no haría más que darles seguridad a los animales que tenían a su hija.

CAPÍTULO 55

Alexandre estaba una vez más frente al dueño del morro, el hombre parloteaba sin cesar, mientras a su lado derecho se encontraban tres de sus hombres metiendo los billetes en máquinas contadoras y los iban apilando en una mesa de billar.

—Pensé que te tomaría más tiempo encontrar el dinero —expresó el hombre que meneaba ligeramente el vaso de wiski que tenía en sus manos.

—No puedo perder tiempo —respondió, negándose al segundo trago que le ofrecía uno de los sirvientes más fieles del hombre que gobernaba el mundo de las drogas en Rocinha—. Elizabeth puede estar en peligro.

—Eso es un hecho, ya no te niegues a esa realidad... Tu mujer tiene que estar pasándolo muy mal. —Vio cómo Cobra tensaba la mandíbula—. Y no te lo digo con la intención de herirte, sino para que desde este momento escojas entre los malditos que la tienen y ella... No debes permitir que la conciencia se interponga y evite que hagas lo que tienes que hacer, porque más te vale no arriesgar la vida de mis hombres solo porque en el momento más esperado te

acobardes y seas un marica que no puede dejar los escrúpulos de lado... Todavía estás a tiempo de coger tu plata e irte a casa, es eso o estar dispuesto a convertirte en un asesino ético..., que a fin de cuenta estará erradicando unas cuantas mierdas del planeta. Si el Estado se enterara hasta podría darte una medalla honorífica.

—Haré lo que tenga que hacer para encontrar a Elizabeth, no importa a cuántos tenga que matar, lo haré sin dudar —dijo mirándolo directamente a los ojos, para que viera que estaba hablando muy en serio.

—Tampoco quiero que te impacientes y expongas a los chicos... Todo a su tiempo. Ellos te guiarán, pero no pienses que esta noche vas a encontrarla, porque no será fácil dar con ella. Si hasta ahora todas las fuerzas policiales del puto país ni lo gringos han podido hacer nada, no creas que tú lo harás en una noche. —Le dejó completamente claro, para que no se hiciera falsas esperanzas.

—Lo tengo claro, pero no voy a darme por vencido hasta que Elizabeth aparezca, ya sea que la encuentre la policía o nosotros.

—Jefe —habló uno de los hombres que contaba el dinero para tener su atención—. Está completo —avisó.

—Bien —inhaló, al tiempo que dejaba el vaso de cristal sobre la mesa que tenía al lado y después se levantó del cómodo sillón en el que había permanecido mientras contaban el dinero—. La suerte es para los mediocres y débiles. —Le tendió la mano a Alexandre y él se aventuró a corresponder al apretón—. Solo ve y sácales a patadas toda la información que necesites.

Alexandre asintió con contundencia, seguro de que esa noche estaría más cerca de encontrar a Elizabeth. Sin avisarle volvieron a ponerle la capucha para sacarlo de la casa, aunque estaba completamente seguro de que cada vez que lo llevaban, lo hacían por caminos diferentes, porque se había dado a la tarea de contar los pasos, las subidas y bajadas, pero en ninguna de las oportunidades había sido igual.

Lo llevaron hasta donde lo estaban esperando Luan y Rayne, más que entusiasmados por emprender el viaje a Vila Cruzeiro. Sabía que esta vez no

solo irían ellos tres, le habían informado que dos más los acompañarían en un Jeep, porque se aventurarían fuera de su zona.

Entre callejones apenas iluminados por algunas bombillas de luz amarillenta empezaron a bajar hasta donde estaban las motos esperándolos, pero antes de llegar se encontraron con Fabio, uno de los hombres que trabajaba para el dueño del morro y que con sus hombres se encargaba de supervisar quién entraba o salía de Rocinha.

Fabio no se encontraba solo, junto a él estaba un rubio con rastas.

—Gavião, ¿qué demonios haces aquí? —preguntó Alexandre sorprendido al verlo. Estaba seguro de que iba a cagarle el plan.

—Íbamos a vernos a las seis en tu apartamento, ¿acaso no lo recuerdas?

—ironizó muy molesto porque lo había dejado plantado—. ¿Por qué mierda no me avisaste que conseguiste el dinero? —Le preguntó.

Había estado esperando con veinte millones en efectivo en plena Copacabana por más de una hora, hasta que estuvo seguro de que Cobra no aparecería, fue entonces que decidió llamar a Fabio, quien le confirmó que había llegado con la plata y que estaba reunido con su jefe. No le quedó más que ir a su casa y dejar el maletín bajo su cama, solo esperaba que a Pirata no le diera por jugar con los millones, pues los haría mierda.

—Porque no tengo cómo comunicarme contigo, y como comprenderás, no podía quedarme esperándote hasta las seis... Gracias por lo que has hecho, ya puedes volver a tu casa.

—¿Irme a casa? Ni de coña Cobra, voy con ustedes.

—No, vete a casa...

—Ya dije que no —determinó—. O me voy contigo o me voy por mi cuenta.

—¿Sabes usar una de estas? —preguntó Rayne, mostrándole el arma que llevaba en las caderas.

—Claro —respondió instantáneamente.

Mientras Cobra resoplaba molesto y lo miraba fijamente, gritándole con la mirada que se largara, no quería que también terminara embarrado de mierda.

Rayne lanzó la Glock y Wagner consiguió atraparla ágilmente, para que vieran que no era primera vez que tenía una de esas en las manos. La revisó, percatándose de que estaba cargada.

—Gavião, vete a tu casa —dijo Alexandre con los dientes apretados.

—No vas a impedir que vaya.

—Cobra, deja que nos acompañe, así el niño se divierte un rato —habló Rayne.

—Andando, que se nos hace tarde —dijo Luan y empezó a caminar.

Alexandre miró con desaprobación a Wagner, pero este no le prestó la mínima atención, solo se despidió de Fabio y siguió a los demás.

Algunas de las personas que estaban sentadas frente a sus casas, al verlos acercarse se levantaban, agarraban sus sillas y se encerraban, otras los saludaban y algunos niños lamentablemente se acercaban a Luan y a Rayne para idolatrarlos.

—Gavião, ¿tienes buena puntería? —preguntó Rayne para hacer el camino más entretenido.

—Sí, muy buena.

—¿Le has disparado a alguien? —Continuó con su relajado interrogatorio.

—No, pero tampoco temo hacerlo.

—Entonces, ¿cómo sabes que tienes buena puntería?

—Porque siempre que voy al campo de tiro acierto en la cabeza... y también por mi puntaje en Call of Duty Modern Warfare —comentó muy relajado,

refiriéndose a los videojuegos.

Luan y Rayne se carcajearon divertidos mientras bajaban casi trotando las escaleras.

—Bueno, esta noche pondrás en práctica tus habilidades. Tu vida dependerá de qué tan bueno seas.

Alexandre no lo podía creer, Gavião veía eso como un juego, no tenía la más remota idea de lo que le esperaba, y ahora debía estar cuidándole el culo.

Llegaron donde estaban las motos, Alexandre subió con Rayne, y Gavião con Luan, salieron como balas; a pocas calles el Jeep negro sin placa empezó a escoltarlos.

Luan sabía perfectamente a dónde dirigirse para capturar a Cristian Alves, sabía muy bien que no sería fácil, porque era uno de los perros fieles del dueño del morro de Cruzeiro y siempre estaba acompañado y preparado para cualquier emboscada. Debía estarlo, ya que contaba con muchos enemigos.

El viento y el sonido de los autos silbaban en sus oídos, la ciudad apenas era un borrón que pasaba ante ellos.

Alexandre pensaba en Elizabeth en todo momento, para infundirse valor.

Desde muy joven había perdido el miedo, pero ahora estaba aterrado, y no por lo que iba a hacer, sino por no encontrar a su mujer; temía llegar muy tarde. Estaba tan ansioso por llegar, que a pesar de que iban a toda velocidad, esquivando autos y ganándose más de una maldición de los conductores furiosos a los que se les atravesaban, le parecía que estaba a miles de kilómetros de distancia.

Cuando entraron abandonaron la vía principal Moreira de Abreu, que a esa hora ya estaba solitaria y en penumbras, y cruzaron hacia la calle Itacuí.

Alexandre presintió que se estaban acercando. Casi un minuto después, cuando apagaron las luces de las motos y del Jeep, tuvo la certeza de que verdaderamente estaban muy cerca. En medio de lo que parecía un paisaje tan

desolado, como esos que presentaban los gringos en las películas antiguas del lejano oeste, se dejaba escuchar funk carioca, proveniente de alguna de las casas al final de esa calle.

—Nos quedamos aquí —dijo Rayne apagando la moto.

Luan también lo hizo, bajó y caminó hasta el Jeep que estacionó justo detrás de ellos, el copiloto le entregó la mini Uzi y lo persignó. Alexandre, al ver eso empuñó el escapulario de la virgen que siempre llevaba colgado al cuello, suponiendo que las cosas iban a ser bastante violentas.

—Gavião, quédate aquí... Es mejor, créeme.

—Voy con ustedes —dijo sacándose el arma de la cadera donde la había llevado ajustada y la empuñó con decisión.

—No te comportes como un maldito niño malcriado.

—Y tú deja de verme como a un imbécil, no sé por qué siempre te crees el mejor... —riñó—. Piensas que no soy capaz de disparar esta mierda.

—Sé que puedes hacerlo, pero también pueden matarte...

—Estoy dispuesto a morir —aseguró mirándolo a los ojos.

—La idea es que no lo hagas, nadie tiene que morir.

—Igual estoy preparado.

—Deberías pensar en tu familia —habló en susurros, tratando de hacerle cambiar de parecer.

—¿Acaso tú lo estás haciendo? —inquirió muy seguro de que Alexandre no tenía la moral para reprocharle sobre su decisión.

Luan se acercó hasta ellos, mostrándole una foto en la pantalla de su teléfono.

—Este es el tipo, vamos a sacarlo de ahí.

—Deben estar atentos, porque nos van a recibir con un confeti de balas — advirtió Rayne.

Alexandre aprovechó para dedicarle una mirada de desaprobación a Wagner, quien la ignoró.

—Vamos —dijo Alexandre, quien quería salir de eso cuanto antes. Se bajó el pasamontañas, porque no iba a poner en riesgo a su familia, no importaba si ellos pensaban que por hacer eso era un cobarde, primero pensaba en Luana antes de dárselas de valiente.

—Será mejor que tú también te cubras la cara —recomendó Rayne a Wagner, pues sabía muy bien de quién era hijo, y no estaban en Rocinha.

A ellos seguía sin importarle, porque tenían quién los protegiera y porque no salían de los límites de seguridad que Rocinha les brindaba.

Wagner, que no había llevado nada para cubrirse, se quitó la camiseta y se la puso en la cabeza, creando una máscara ninja perfecta, que solo dejaba al descubierto sus ojos.

Sí, estaba nervioso, se mentiría a sí mismo si no aceptaba que estaba temblando y que el corazón lo tenía a punto de reventarle el pecho, pero quería ser útil, quería ayudar a encontrar a Elizabeth, principalmente porque la amaba y porque también se sentía culpable.

Caminaron dando largas zancadas por la empinada calle, Cobra y Gavião imitaban el andar seguro de Luan y Rayne.

—Nosotros vamos a entrar, sacaremos a Cristian, y ustedes se encargarán de llevarlo al Jeep, ¿entendido? —preguntó Rayne.

Así como lo decía parecía tan fácil, pero todos sabían que no lo sería.

—Esperen aquí —ordenó y les hizo señas con la mano para que se bajaran.

Alexandre y Gavião acataron la petición y se acuclillaron tras la media pared de ladrillos, preparados con armas en mano.

Luan y Rayne irrumpieron en la casa, en menos de un minuto disparos y gritos empezaron a escucharse por encima de la música; gente salió corrieron calle arriba, en su mayoría eran mujeres que no estaban muy lejos de la adolescencia.

Cobra y Gavião esperaban agazapados y temblorosos, con los latidos desahorados y atentos para resguardar su propia integridad por encima de todo.

Los disparos parecían resonar de todas partes, era como si estuvieran en medio de una guerra.

De pronto apareció Rayne, trayendo a empujones al hombre que habían ido a buscar.

—¡Llévenselo! ¡Sáquenlo de aquí ya! —Les gritó y los disparos no cesaban.

A pesar de estar en medio de un estallido de adrenalina, Alexandre le bastó echarle un vistazo a Rayne para darse cuenta de que tenía la cara empapada de sangre, pero no podía estar seguro si era de él o de alguien más.

Entre Wagner y él apuntaron a Cristian directamente a la cabeza y lo llevaron en medio de violentos empujones y palabras soeces calle abajo, donde los esperaba el Jeep. El copiloto había descendido del vehículo y esperaba por ellos con un fusil de alto calibre en mano.

Cristian no quería entrar en el asiento trasero y Alexandre sabía que debían darse prisa.

—Entra maldito, ¡entra! —Le lanzó una ráfaga de golpes con la culata de la Glock en la cabeza, hasta que el hombre cedió a los ataques.

Alexandre subió a su lado y le esposó las manos y los pies, vio cómo el rostro se le cubría progresivamente de sangre; aun así, no dejaba de apuntarlo.

—¡Vamos! ¡Vamos! —gritaban Luan y Rayne, quienes se acercaban corriendo mientras resonaba a sus espaldas una serie de disparos.

Wagner subió a una de las motos y la encendió, detrás de él subió Rayne, y la

otra fue abordada por Luan.

El Jeep arrancó a toda velocidad, dejando en el ambiente un chirrido de neumáticos. Las motos salieron primero, pero fueron rebasados por el todoterreno, y lo escoltaron, atentos a cualquier persecución, pero lograron salir victoriosos de Cruzeiro, llevando consigo lo que habían ido a buscar.

—¿Estás bien!? —preguntó Wagner a Rayne, al tiempo que se quitaba de un tirón la ingeniosa máscara que había hecho con su camiseta y se la dio al joven, mientras trataba de mantener el equilibrio de la moto con una sola mano.

—Sí, solo una puta bala me aruñó la cara. —Presionó la herida con la camiseta para detener el sangrado, mientras seguían su camino, seguros de que lo menos que les convenía era detenerse.

Llegaron al callejón ciego que daba entrada a la cueva, Alexandre le quitó las esposas de los pies al hombre que tuvo que golpear en varias oportunidades durante el camino, porque en un momento de descuido le dio un cabezazo que le partió el labio.

En medio de violentos tirones lo hizo bajar del vehículo. Cristian, debido a la sangre que se le metía en los ojos tropezó y se fue de bruces, pero Alexandre volvió a levantarlo.

Los hombres del Jeep se marcharon. Alexandre y Luan amarraron a Cristian en la silla, mientras que Rayne sacaba agua con las manos de la pipa y se lavaba la cara.

Alexandre caminó hasta donde estaba Wagner con el torso completamente perlado de sudor y se pasaba el dorso de la mano por la frente.

—Espero que no te impresiones, recuerda que querías participar en esto.

—Le dijo en voz baja, mirándolo a los ojos. Después se volvió y caminó hasta Cristian—. Bien, hagamos cantar a este pajarito.

—Vas a quedarte con las ganas hijo de puta, porque de mi boca no saldrá una puta palabra.

—No es la primera vez que escucho a una rata como tú decir lo mismo, para luego terminar canturreando todo lo que necesito saber. —Alexandre meneó lentamente la cabeza—. No subestimes la capacidad de alguien que es impulsado por la locura y la venganza. —Le advirtió y suspiró ruidosamente, preparándose mentalmente para elegir las formas más dolorosas que pudieran existir, con tal de que soltara la lengua lo más rápido posible.

La primera vez había sido bastante difícil, los remordimientos y los miedos le ganaban, pero ante la situación que estaba viviendo se había insensibilizado tanto, que ya nada le importaba, ya nada le afectaba.

—¿Y bien? Imagino que vas a tener que matarme —habló Cristian, quien no sentía temor a la muerte. Estaba seguro de que no iba a decir nada, porque él había hecho el juramento de proteger siempre a su jefe; incluso morir antes de exponerlo.

—Sin dudas lo haré. —Afirmó con la cabeza.

—Adelante, puedes hacerlo... Igual si no lo haces tú, lo hará mi jefe.

—Seguro que él será mucho más rápido que yo... Aunque es necesario que sepas que puedes ahorrarte mucho dolor, pues no me interesa saber de tu jefe, ya sé que él no tiene lo que busco, pero sí puedes decirme dónde ubico al tipo que trabaja para los traficantes... Y no me digas que no lo sabes, porque ya tu amigo Ronaldo me lo dijo... Justo aquí. —Lo señaló—, donde estás sentado.

—Ronaldo siempre fue un cobarde, adelante, no sigas perdiendo el tiempo.

—Bien, como prefieras. —Caminó hasta el mueble y agarró un trapo y una garrafa de agua—. Antes de empezar voy a hacerte la pregunta, para que vayas pensando si vale la pena responder o no. ¿Qué sabes de Elizabeth Garnett?

—No sé nada y aunque lo supiera tampoco te lo diría —respondió altanero, pues aunque todavía estaba mareado por todos los golpes que recibió en la cabeza y por toda la sangre que estaba perdiendo, seguía manteniendo su orgullo.

Alexandre le tapó la cara con el trapo y Luan empezó a verterle agua sin

dejarlo respirar, así lo tuvieron hasta que el cuerpo de Cristian empezó a sacudirse. Tras cuatro horas de dolorosas torturas habló, dijo dónde podían encontrar al hombre que trabajaba para los traficantes, pero que no sería fácil llegar a ellos, porque era gente de mucho poder.

Otra noche que Samuel llegaba a la casa con las manos vacías y el corazón en pedazos. Por lo menos se había hecho de conocimiento público la noticia de la recompensa, y esperaba que alguien, movido por la ambición tuviera el valor de informar, otro recurso más que reforzaba su esperanza.

Conversó con su tío, Ian y Thor por un buen rato, hasta que no soportó más el ardor en los ojos, y por petición de Reinhard subió a la habitación.

Al entrar se encontró con la linda sorpresa de ver a Violet dormida entre los brazos de Rachell, quien estaba despierta e inútilmente se esforzó por esconder que estaba llorando.

Él inhaló y exhaló ruidosamente, caminó a la cama, le dio un beso en los labios y otro en la frente.

—Buenas noches amor. —Su voz dejaba en evidencia lo cansado que estaba. Se metió en la cama junto a su pequeña, en busca de consuelo; la refugió entre sus brazos y empezó a besarle el pelo.

—¿Recibieron alguna llamada? —preguntó Rachell, refiriéndose a la recompensa.

—Todavía no, espero que mañana alguien se comunique.

—¿Qué pasó con el tal Paulo? —preguntó, no sabía por qué desconfiaba tanto de ese hombre y no se lo podía sacar de la cabeza.

—Nada, no hay nada que lo incrimine. Según el manifiesto de la aerolínea sí viajó ese día, así que seguimos sin nada.

Rachell cerró los ojos y soltó un suspiro, no quería que su marido pensara que estaba decepcionada de él; por el contrario, agradecía infinitamente todo lo

que estaba haciendo.

Le sujetó la mano con fuerza para demostrarle que confiaba en él más que nunca.

Samuel se quedó con la nariz hundida en los cabellos de Violet, eso era un poco de paz para su alma, le daba las fuerzas necesarias para soportar por lo menos una noche más sin saber nada de Elizabeth.

Inevitablemente no podía dejar de pensar en ella, en cómo lo estaría pasando, si lo estaría llamando, si estaría suplicando su presencia; y él ahí, con toda esa culpa a cuesta, mientras su mente era invadida por cada momento vivido con su pequeña, por esa primera mirada, la primera sonrisa, las primeras palabras y primeros pasos.

Sin poder evitarlo estaba otra vez llorando bajito para no despertar a la niña, mientras Rachell trataba de calmarlo, acariciándole el pelo y su descuidada barba.

En su mente empezó a tararear esa canción que siempre le cantaba a sus hijas, esperando que llegara hasta ella y la arrullara, que esa canción que le estaba cantando le brindara la fuerza que necesitaba para no dejarse vencer.

«Yo te protegeré, no voy a dejar que te lastimen, cuando tu corazón se esté rompiendo tú puedes seguirme...». Cantaba en su mente, pero tuvo que levantarse e ir al baño para poder liberar los sollozos que lo estaban ahogando.

No merecía cantar esa canción porque había fallado en su promesa, no había podido protegerla, no había podido evitar que a su niña le hieran daño; como padre era un fracaso, un inútil. En ese momento sentía que había sido un grave error permitirse tener una familia, no merecía a sus hijas, porque no había podido protegerlas. No pudo hacer nada por salvar a las mujeres que amaba, frente a sus ojos le arrebataron a su madre y frente a sus ojos también le llevaron a su hija.

CAPÍTULO 56

Había dejado de menstruar y con eso se acabaron las condolencias, volvía a permanecer amarrada la mayoría del tiempo y solo le permitían ir al baño tres veces al día.

Las comidas seguían siendo dos y en muy pocas cantidades, por lo que estaba segura de que había perdido por lo menos dos kilos. Todo el tiempo estaba hambrienta y se sentía débil, aunque se lo había dicho al hombre, él sencillamente ignoraba sus comentarios, dejando claro que las cosas solo se hacían a su manera y no cuando ella quisiera.

Había terminado el nefasto libro, le aburrió extremadamente y el final fue bastante predecible, pero por lo menos le ayudó a no pensar en ese encierro y en cuánto estaban sufriendo sus padres, su abuelo y toda su familia. No podía sacarse la imagen del vídeo, por lo que sufría y se llenaba de impotencia a cada minuto que pasaba.

La puerta volvió a abrirse, y en ese momento el silencio y la expectación volvió a adueñarse de todo; la quietud se apoderó de ella, no podía moverse porque el miedo la paralizaba, aunque no quisiera, era un sentimiento más poderoso que ella; deseaba mostrarse fuerte, verse más relajada, pero sus músculos parecían gelatina y empezaban a temblar.

Miró al hombre que se acercaba vistiendo de negro, como siempre; parecía un uniforme que mostraba lo peligroso que podía llegar a ser, llevaba puestos unos vaqueros y una camisa manga larga, el pasamontañas y los lentes de esquiar, era el atuendo de todos los días, eso era lo único que conocía de su captor.

Él agarró el banquito de plástico que había dejado junto a la puerta cuando la visitó horas, días o un mes antes, ya ella no podía saberlo, y le había dejado huevos revueltos y tostadas nada más, no había mermelada o mantequilla, la estaba matando poquito a poco de hambre.

Puso el banco muy cerca de ella, frente a la cama, y se sentó con las piernas separadas.

Ella no le hablaría si él no lo hacía, no tenía ganas de dirigirle la palabra, así como no lo había hecho cuando le llevó los huevos y las tostadas, no después de que la torturara al mostrarle lo desesperados que estaban sus padres; agradecía verlos, porque podía recordarlos, pero no de esa manera, no ver que estaban muriendo porque posiblemente no sabían nada de ella.

No creía que hasta el momento hubiesen exigido algún rescate para entregarla, él se lo había dicho cuando le aseguró que no estaba ahí por dinero, pero todavía guardaba la esperanza de poder salir de ahí, no iba a resignarse a quedarse encerrada toda la vida con ese desgraciado cobarde que no daba la cara. No estaba segura de cuántos fueran ahí afuera, pero el que entraba siempre era el mismo. Aunque no se mostrara y distorsionaba su voz podía reconocer su contextura física.

—Elizabeth, ¿quieres salir de aquí?, ¿quieres salvarte? —preguntó y con ello captó totalmente su atención. Quien segundos antes parecía estar totalmente desorientada, quizá muy perdida, sin tener la menor idea de dónde estaba, posiblemente sin saber realmente quién era o en quién se había convertido.

—Sí, quiero irme a casa.

—¿Con quién te irías?, ¿con tus padres o con ese hombre con el que ibas a casarte?

—A casa —respondió sin ser específica, no tenía por qué darle explicaciones.

—¿Harías lo que yo te pida si con eso puedes irte? —preguntó en un susurro, que no fue para nada seductor debido al distorsionador. Quiso estar más cerca de ella, por lo que se aproximó apoyando los codos sobre las rodillas.

—Sí, haré lo que sea —respondió con el corazón desahogado y abrazándose con más fuerza a la esperanza.

—¿Cualquier cosa? —Volvió a preguntar por el simple hecho de ponerla a prueba.

—Sí —dijo con contundencia y miraba al cristal de los lentes, como si eso fuese suficiente para mirarlo a los ojos.

El hombre inhaló profundamente, estudiando su petición.

—Quiero que te desvistas y me pidas que te haga el amor, quiero que jadees y grites, que me hagas sentir que lo disfrutas, quiero que lo desees.

Elizabeth sintió que el pánico casi la dominaba, quería gritar o salir corriendo, ese hombre estaba casi pidiéndole que se arrancara el corazón o que dejara de respirar. Se le cerró la garganta, sintió ahogarse, abrió la boca y se echó hacia atrás, como si le hubiera dado un fuerte puñetazo en el pecho.

¿Cómo iba a pedir algo que no deseaba?, ¿cómo podía entregarse por voluntad a un hombre que sin haberle visto la cara le repugnaba? Mientras se hacía todas esas preguntas solo llegaba a su mente la imagen de Alexandre, estaba segura de que no podría hacerle algo como eso, no. Tendría que obligarla, pero de su boca jamás saldría tan absurda petición.

—No..., no puedo, no puedo —respondió titubante.

—Solo desvístete y pídemelo... Así tendré algo para recordarte cuando te deje ir.

Elizabeth no sabía qué otra cosa hacer, el poco aliento que le quedaba dentro subió bruscamente a su garganta. Sus manos no reaccionaban, no podía moverlas para empezar a quitarse la camiseta, tampoco conseguía que sus labios se separaran para al menos exhalar sus miedos. A todo eso se amontonaban en su cabeza fantasías de esperanza y libertad, se imaginaba saliendo de ese lugar y olvidando esos días de terror.

Recorrió lentamente con la mirada a ese hombre, incluso se aproximó más a él para mirarlo, para hacerse una idea, y fue en ese momento que sus pupilas consiguieron ver algo por la abertura que dejaban dos o tres botones abiertos de la camisa.

Un golpe de adrenalina estalló y todo miedo que podía sentir hacia ese hombre desapareció. De repente estaba muy enfadada, furiosa; fue como si en ese instante recuperara el control, volviera a ser la misma Elizabeth fuerte, decidida e inquebrantable y dejaba atrás a la cautiva temerosa en la que se había convertido al llegar a ese lugar.

Todo lo que amenazaba su autocontrol, todo lo que instantes atrás parecía suelto y desgarrado en su interior se ajustó, cada pieza fragmentada por ese bastardo se recompuso y volvió a sentirse invencible.

«Piensa Elizabeth, piensa...», se obligaba a formar una idea en su cabeza en medio de esa bruma de ira.

—Está bien —dijo tratando de ocultar su impresión y no parecer tan perturbada. Inhaló profundamente—, pero no podré quitarme la camiseta si estoy amarrada.

—Sí puedes —dijo él—. ¿Quieres que te ayude?

—Sí, por favor.

Justo en el momento que él empezó a subirle la camiseta y lo tuvo más cerca de lo que había estado hasta el momento, en un arranque de valor y en un movimiento rápido usó la cadena que tan solo le brindaba metro y medio de movilidad y la pasó por el cuello de él, apretándolo con todas sus fuerzas.

—Eres un maldito desquiciado Paulo —rugió furiosa, segura de que era él. Lo había reconocido por el tatuaje de la flor de Lis que llevaba en el pecho.

Lo abrazó con sus piernas fuertemente para que no se alejara; sin embargo, él le lanzó un manotazo y se la aferró al pelo, que provocó que ella soltara un grito, pero no era de dolor sino de guerra.

Quería agarrar el arma que él tenía en la cintura, pero si soltaba la cadena le daría la libertad para que la atacara. Quizá terminaría asfixiándolo, y verdaderamente a esas alturas no le importaba si lo hacía, no después de todo lo que le había hecho, el muy maldito se lo merecía.

Una ráfaga de puñetazos cayó fuerte en sus costillas, quiso permanecer firme, apretar más fuerte la cadena, pero el dolor en su costado derecho y en su cuero cabelludo, la falta de aliento y la limitación en sus manos debido a que seguían unidas por la correa la obligaron a soltarlo.

Jadeó al mismo tiempo que agarraba una bocanada de aire, pero con la

resolución de librarse del maldito de Paulo Morais utilizó sus pies para poner distancia, en una tregua que ambos se dieron, porque él también estaba en busca de aliento.

Ella era llevada por el instinto de supervivencia y por la rabia, así que encontró reponerse más rápido, tiró varios manotazos y le arrancó el pasamontañas y los lentes de esquí de un tirón, confirmando que efectivamente era Paulo quien la tenía secuestrada.

—¡Maldito cobarde! ¿Cómo te atreves? —rugió sonrojada por la furia. Le lanzó varias patadas y le asestó una en la boca.

Entonces él jadeó y retrocedió varios pasos con una mano puesta en la boca.

—¿Que cómo me atrevo?, ¿todavía lo preguntas puta? Eres una zorra Elizabeth —reprochó muy molesto, se quitó el arma de la cintura y la tiró cerca de la puerta, porque ella no hacía más que mirarla, como si fuese su única opción.

—Lo soy porque no te correspondí, es por eso, ¿cierto? —discutió a la vez que trataba de ocultar que le dolía mucho donde él la había golpeado; sin embargo, se felicitaba porque la nariz le estaba sangrando.

Aprovechó la distancia que él había puesto entre ambos y se bajó de la cama, poniéndose en guardia.

—Dijiste que no dejarías al imbécil del modelo por nadie..., que por eso no me correspondías. ¿Y era por eso?... ¡No, maldita sea, no era eso!

Siempre me mientes, ¿acaso crees que soy estúpido? —reprochaba mirándola fríamente.

—¡Estás enfermo! ¡Estás putamente loco!

Él soltó una carcajada y la miró como si sus pupilas fuesen dos puñales de hielo que podrían atravesarla.

—Sí, lo estoy, ¿y sabes qué es lo mejor de estar loco? Que no me importa una puta mierda, que no me importa matarte o morir, que me da lo mismo, porque no siento miedo, no le temo a nada... ¡A nada!

—No eres más que un pobre imbécil que crees que podrás obligarme a que me acueste contigo, es eso, ¿no? Pero no eres capaz de nada Paulo.

—¿Crees que no puedo?, ¿que solo soy un idiota deficiente? —Sin que Elizabeth lo presagiara, con la fuerza y la furia de su descontrol corrió hasta ella, tirándola a la cama; se le puso encima y con la misma cadena tironeo, poniéndola por encima de su cuello, y haciendo a un lado las manos de ella presionó fuertemente, inmovilizándola.

Elizabeth pataleaba, se retorció mientras todas las clases de autodefensa aprendida se disipaban poco a poco por la falta de aire y el dolor de la cadena quemándole la garganta; la lengua se le secaba y solo podía ver los ojos de Paulo saltones e inyectados de ira, sus oídos eran inundados por los resoplidos de él, como si fuera una bestia con rabia.

Movía las rodillas, tratando de golpearle los testículos, pero era imposible acertar. Empezó a sentir una especie de descarga eléctrica recorrerle el cuerpo y se sacudía con espasmos involuntarios.

Gemía, buscaba aire abriendo la boca y arañaba la mano de Paulo que le sostenía la cadena, en su desespero intentó sacarle los ojos, pero él reaccionó a tiempo y le dio un cabezazo. Ella sentía que los ojos se le iban a salir de las órbitas, de su boca no salía más que un chillido, pero quería suplicarle un poco de clemencia, quizá ganar unos segundos de oxígeno, que le permitieran prolongar unos instantes la vida que estaba a punto de escapársele.

—¿Sigues creyendo que soy un inútil? ¡Estúpida! ¡Maldita perra! —Le gritó con todas sus fuerzas y con la seguridad de que nadie los escucharía.

Aflojó un poquito la cadena, lo suficiente como para no matarla en ese segundo, cuando ya los ojos de ella se estaban poniendo en blanco. Imaginó que esa misma visión podía tener el hombre que disfrutaba de uno de sus orgasmos, ese momento en que la muerte y el placer eran idénticos, e inevitablemente la excitación le recorrió el cuerpo, los vellos de la nuca se le erizaron y su respiración se tornó más pesada y su sangre viajaba presurosa a su pene.

Un silbido salió de la boca de Elizabeth, giró un poco el cuello y empezó a ahogarse con la tos.

—Esto es solo una muestra de lo que soy capaz, una mínima muestra. No me subestimes Elizabeth, no cometas el mismo error que la estúpida de Priscila...

Elizabeth estaba concentrada en respirar lo poquito que podía; no obstante, podía escuchar lo que decía y no podía creerlo, le estaba confesando que era el asesino de su amiga. Un sollozo se le atragantó con la tos y las lágrimas salieron a borbotones.

¿Dónde estaba el Paulo encantador que había conocido? Ese chico radiante y seductor se había desdibujado completamente por un maldito psicópata.

Elizabeth lo sintió moverse un poco más hacia abajo, usó una mano para seguir asfixiándola y con la otra empezó a darle tirones a las bragas. Estuvo segura de que iba a violarla, pero tendría que estar muerta para que eso pasara; arañó fuerzas en su interior y empezó a retorcerse, pero por más que empujaba con sus manos no conseguía quitárselo de encima.

Él tenía mucho más fuerza que ella, era mucho más pesado y poseía más furia acumulada. Había sufrido demasiado con cada rechazo suyo; sufrió cuando viajó a Nueva York solo para verla y ella le mintió al decirle que no estaba, padeció cuando allí la vio con el modelo y lo volvió a rechazar; y finalmente, creyó morir cuando se dio cuenta de que abandonó su familia y al novio solo para venirse a Río, tras el maldito capoeirista con el que iba a casarse.

¿Qué tenía ese pendejo que no tenía él? Si ya no quería al modelo, si lo había dejado, ¿por qué no lo buscó a él?, si sabía que la amaba; ella tenía la maldita certeza de sus sentimientos, sabía que vivía por ella, que enloqueció en cuanto la vio. Ella no tomó en cuenta nada de eso, nada de lo que hizo y que no podría hacer por nadie más.

Pero iba a ser de él o de nadie, jamás iba a liberarla, la tendría ahí hasta que aprendiera a amarlo. Estaba dispuesto a encerrarse con ella de por vida, a quedarse ahí, alejados del mundo. Estaba seguro de que iban a ser felices, de que iban a amarse.

Dejaría de lado todo, la universidad, la capoeira, hasta su trabajo; ya no seguiría siendo un maldito anzuelo para enriquecer a otros, dejaría la organización y se quedaría solo con su Elizabeth.

Se acercó y empezó a besarle la cara, lo hizo por cada espacio de ese rostro sonrojado, mientras seguía haciendo presión al agarre de su mano en el cuello.

—Dime que me amas —pidió con voz ronca, pasándole la lengua por la mejilla—, dime que quieres que te haga el amor, que mueres por sentirme dentro, que deseas sentir que acabe en ti... ¿Quieres sentir cómo acabo dentro de ti? —preguntó

Elizabeth chillaba, trataba de negar con la cabeza y sentía que las náuseas la arrasaban, así como la aversión por ese hombre iba en aumento. Necesitaba liberarse, encontrar la manera de salvarse, no podía darse por vencida tan rápido.

—Vete a la... mierda —chilló casi sin aliento.

Eso lo molestó mucho más, por lo que le soltó una fuerte bofetada, que en segundos inundó la boca de Elizabeth en sangre.

Ella vio estrellas ante el fuerte golpe, las lágrimas seguían brotando; sin embargo, aprovechó la sangre en su boca para escupirlo. Esperaba que volviera a pegarle, pero la soltó, le liberó la garganta, provocando que sintiera algo de alivio.

—Púdrete maldito... Jamás..., jamás voy a pedirte tal cosa, me das asco...

—¿Ahora te doy asco?... Es mentira, sabes que es mentira, quieres coger conmigo. ¿Ya no recuerdas que estuvimos a punto de hacerlo? Y tú querías...

—Le soltó otra bofetada que le volteó la cara y la dejó sin fuerzas, casi desmayada—. Tú querías.

Aprovechó su debilidad para usar sus dos manos y bajarle las bragas, la tenía totalmente vencida para él, pero una vez más su cuerpo no reaccionaba, sin su consentimiento no conseguía una erección. Volvía a llenarse de frustración,

porque ya lo había intentado mientras la dormía, y había obtenido el mismo resultado.

—¡Abre las malditas piernas! ¡Dime que me deseas! —gritó de frustración.

Elizabeth estaba demasiado desorientada y adolorida por los golpes como para al menos insultarlo como respuesta, intentaba patearlo, pero sus piernas no llegaban hasta él, quería levantarse y golpearlo, pero todo le daba vueltas; y si hacía el intento estaba segura de que se iría de bruces, ni siquiera conseguía verlo con nitidez.

Estaba despierta, por lo menos lo estaba y lo miraba, eso inevitablemente lo estimulaba.

Se quitó las botas y los pantalones, desnudo de la cintura para abajo volvió a acercarse.

—¡No! ¡Lárgate! —Le gritó con las pocas fuerzas que le quedaban.

La haló por las piernas y se las retuvo, volvió a subirse ahorrajadas sobre ella, y pisó con una rodilla la cadena, para que no pudiera estirar las manos y golpearlo; con una mano la sostuvo por la mandíbula y le acariciaba con el pulgar los labios.

Elizabeth abrió la boca, le atrapó el dedo con sus dientes y apretó lo más fuerte que pudo; tenía toda la intención de cercenárselo, pero Paulo todavía tenía una mano libre y le tironeó muy fuerte el pelo, la obligó a soltarlo y volvió a abofetearla en dos oportunidades más.

Otra vez casi perdió el conocimiento, perdió las fuerzas; sin embargo, en medio de la confusión pudo ver cómo él se estaba masturbando. Su respiración agitada, algunos gruñidos y su sucia mirada le provocaban náusea, y solo saboreaba la sangre que le inundaba la boca.

La frustración la invadió, se enfureció con ella misma cuando sintió que Paulo le eyaculó su caliente y viscoso semen sobre el abdomen. Deseó tanto asesinarlo en ese momento, deseó tener el poder de sacarle los ojos o cercenarle el pene o arrancarle la lengua.

No pudo evitar que él saciara sus sucias pasiones en ella, pero se juraba que no volvería a pasar, porque iba a estar preparada.

—Sí, sí que te gustó. —Jadeó él, apretándole el cuello nuevamente.

Elizabeth ya no podía mantener los ojos abiertos, estaba demasiado agotada de tanto luchar y de tantos golpes recibidos; sin embargo, sintió cuando él bajó de la cama, después de eso no supo de nada más.

CAPÍTULO 57

Luana se encontraba en el palco del Club Hípico, mientras sus dedos pulgares se movían con gran agilidad al escribirle a Oscar antes de que su tío regresara de los establos, a donde había llevado a Jonas para que viera los caballos.

Él le había escrito muchos mensajes, pidiéndole disculpas por aquel beso que a ella la desestabilizó por completo, tanto, como para no volver a pedirle a su padre que la llevara con los Garnett. Por mucho que quisiera ir para tener noticias de Elizabeth o ayudar a Rachell con Violet prefería no hacerlo y mantenerse alejada de Oscar. En su situación no podía embarcarse en ilusiones de adolescentes, debía ser madura y comprender que ese tiempo para ella ya había pasado; además, él tenía su novia.

Si deseaba saber de algo prefería llamar a Luck, quien no la incomodaba con insistentes miradas, era ella que a pesar de verlo todo el tiempo todavía se sentía nerviosa a su lado, aún era como estar viviendo una quimera y le costaba mucho creer que eran amigos.

En su respuesta, seguía diciéndole que no se preocupara, que no había vuelto a su casa no por culpa de aquel beso que nació de la desesperación y temor por el secuestro de Elizabeth, que comprendía ambos estaban muy sensibles por todo lo que estaba aconteciendo. Mentía, diciendo que para ella solo fue un impulso de consolación y que no había podido regresar porque debía ir a

clases por las mañanas y por las tardes cuidar de Jonas, a quien también tuvo que llevar esa semana al pediatra por sus vacunas.

«¿Por qué no me has preguntado por Elizabeth?»

Había sido el penúltimo mensaje, ese que llegó antes de que su tío se llevara a Jonas y que tuvo que esperar por unos diez minutos para ser respondido.

Le dijo que todos los días hablaba con Luck y que él la mantenía al tanto de la situación.

El siguiente mensaje le pareció un reclamo, pero no podía asegurarlo, porque a los textos se solía dar la connotación que uno deseaba, así que prefirió pensar que ese «con él hablas todos los días y en todo momento, ¿será porque es mejor amigo que yo?» había sido un simple comentario.

—¡Mami! ¡Mami! —La llamó Jonas, que se acercaba corriendo con sus pasitos cortos, siendo muy seguido de cerca por su tío.

Inmediatamente dejó el teléfono en la mesa y le ofreció los brazos a su hijo, quien lucía tan tierno vistiendo su ropita de equitación. Ya se lo había comido a besos en varias oportunidades, pero no tenía suficiente.

—Vi los caballos —dijo al tiempo que ella lo cargaba y se lo sentaba en las piernas.

—Sí, ¿te gustaron? —preguntó y le plantó un beso en la mejilla.

—Sí, son muy grandes y hacen jiiii jiiii. —Trataba de imitar el relinchido de los caballos, arrancándole una carcajada a su madre.

—Así hacen, es cierto —dijo sonriente.

—¿Quieres una limonada? —preguntó Marcelo ubicándose en el asiento al otro lado de la mesa, y no pasaba desapercibido que el teléfono de Luana no dejaba de vibrar con mensajes entrantes—. ¿Es tu padre? —preguntó mirando el aparato.

—No, es un amigo.

—¿Se puede saber qué amigo? —preguntó al tiempo que le hacía una seña al mesonero para que se acercara.

—Es solo un amigo —repitió sonriente.

—Ya eso lo dijiste.

—Es el hermano de Eli, estábamos hablando de ella.

—¿Siguen sin tener noticias? —preguntó y en ese momento llegó el mesonero —. Dos limonadas y un Hibiki veintiuno —pidió.

—Y un helado —intervino Jonas todo sonrojado por haber estado al sol.

—Ya papi te pidió limonada. —Le comentó Luana.

—Pero quiero helado —dijo bajito.

—Está bien, cambia una limonada por un helado —habló Marcelo—. ¿De qué lo quieres? —preguntó dirigiéndose al niño.

—Mango.

Marcelo asintió y el joven mesonero anotó en la libreta el pedido.

—¿Cuántos caballos vas a correr?

—Saqué tres yeguas —respondió—. Alabama, Nebraska y Loreta.

—Mi favorita es Nebraska, es la que parece un dálmata, ¿no?

—Sí, es esa.

—Mami. —Jonas habló bajito mirando a su madre a los ojos—. Tengo que ir al baño.

—Yo lo llevo. —Se ofreció Marcelo, se levantó y atendió a su niño, que le ofrecía los brazos—. No te muevas de aquí. —Le suplicó. Imposible no estar paranoico cuando estaban viviendo tan de cerca una desaparición, y si algo le

pasaba a la luz de sus ojos, definitivamente enloquecería.

—No iré a ningún lado —dijo sonriente y apenas su tío le dio la espalda volvió a agarrar el teléfono.

—Gracias papi —dijo Jonas mirando a Marcelo a los ojos mientras le desabotonaba el pantalón para que pudiera hacer pis.

Él le sonrió y en todo momento le ayudó, después lo llevó a que se lavara las manos. Volvió a cargarlo para regresar a la mesa.

—Papi, ¿podemos ir a ver los caballos otra vez? —preguntó Jonas, quien hablaba con las limitaciones de su edad, pero se dejaba entender bastante claro.

—Ahora no podemos, ya los están preparando para la carrera, cuando termine volveremos. —Le explicaba mientras subían las escaleras alfombradas en rojo.

En cuanto apartó su mirada de los ojos grises y vivaces del niño, se topó casi de frente con Giovanna Felberg, quien bajaba las escaleras colgada del brazo de un hombre que a él le parecía conocido, posiblemente ya habían coincidido en ese lugar o en cualquier otra reunión.

Al parecer, el destino estaba empeñado en poner en su camino a esa mujer, quien no pudo ocultar el interés que despertó en su mirada verlo con Jonas en brazos; sin embargo, él la ignoró y siguió su camino. Lo que menos esperaba era que ella creyera que le interesaba lo que hacía con su vida o su trabajo. Le daba igual, aunque no era más que una mentira, se estaba mintiendo a él mismo, no le daba igual, ardía en celos, pero no iba a demostrarlo.

Cuando llegó a la mesa ya lo esperaba su wiski, el que se bebió de un trago ante la mirada entre sorprendida y divertida de Luana.

Alexandre, Luan, Rayne y Wagner estaban sentados en los escalones de una de las tantas escaleras en los callejones de Rocinha con paredes llenas de grafitis

del más original arte callejero, planeaban la próxima visita a Vila Cruzeiro, para ir a buscar al hombre que trabajaba para los traficantes.

—Cobra, debemos esperar —aconsejó Rayne, quien llevaba un apósito de gasa cubriendo la herida de la noche anterior y que fue atendida en el dispensario de Rocinha, donde no hacían preguntas ni exigían ningún tipo de seguro médico.

—Tiene que ser cuanto antes, ¿mañana? —preguntó impaciente por sacarle toda la información al tipo; sobre todo, por encontrar lo más pronto posible a Elizabeth.

—No es prudente —intervino Luan—. No podemos precipitarnos y regresar tan pronto. Nos hemos cargado a la mano derecha del puto dueño de Vila Cruzeiro, así que una próxima vez no será tan fácil, nos van a estar esperando y no precisamente con flores.

Alexandre resopló, impaciente. Por más que reconocía que ellos tenían razón, algo dentro de él le gritaba que Elizabeth lo necesitaba, que estaba pasando por cosas terribles; y él solo moría por dar con los malditos que la tenían.

—Sabemos que estás muy preocupado por tu mujer..., pero en momentos como estos se tiene que pensar con esta —dijo señalándose la cabeza—, y no con este. —Se llevó la mano al pecho.

—Es que no lo entiendes... Temo no poder encontrarla a tiempo.

—Escucha amigo. —Volvió a hablar Rayne—, de nada habrá valido todo lo que hemos hecho si por no hacer las cosas en su momento te matan.

—Ellos tienen razón Cobra —habló Gavião, mientras se recogía las rastas en una gruesísima coleta—. Debemos ser prudentes, porque el mínimo error podría costar la vida de Elizabeth. —Él estaba ahí, venciendo su orgullo al hablarle a su eterno rival solo por ella, y no iba a permitir que todo eso fuese en vano.

Prefería escuchar la voz de la razón y de los que sabían muy bien cómo era el movimiento entre los narcos, en este caso Luan y Rayne.

—¿Y si esperamos a que salga al asfalto y ahí lo agarramos? —Alexandre trataba de ser razonable, de pensar con la cabeza y no con el corazón, como se lo pedían. Lo que ellos no sabían era que él tenía a Elizabeth invadiendo cada espacio de su cuerpo.

—Primero tenemos que tener bien claro quién es el tipo, necesitamos una foto, no podemos correr el riesgo de equivocarnos... —Las palabras de Luan fueron interrumpidas por una lluvia de disparos provenientes de unos cuantos escalones más abajo.

De manera inmediata y con la velocidad de un lince tuvieron que reaccionar y echarse a correr para ponerse a salvo.

—¿Están bien?! —gritó Rayne detrás de una pared, al tiempo que revisaba su inseparable Beretta, era como su amante, porque hasta dormía con ella.

—¡Sí! —respondió Luan, desde algún otro punto de la favela, donde se resguardaba y al mismo tiempo se preparaba para atacar.

—¡Gavião, Cobra! ¿Cómo están? —preguntó Rayne, preocupado por los novatos.

—¡Bien! —gritó Alexandre, llevándose los dedos justo debajo de la clavícula izquierda y apretó fuertemente los ojos, tratando de soportar en silencio el terrible dolor que empezó a sentir.

Supo que le habían dado en el mismo instante en que resonaron los disparos y la bala al entrar tuvo la fuerza suficiente como para hacerle sentir que le golpeaban con brutalidad el hombro; sin embargo, sus reflejos o quizás el miedo lo hicieron actuar inmediatamente y salió corriendo antes de que los demás se dieran cuenta de que había sido blanco de una de las balas.

Sabía que debía prepararse y con la mano derecha sacó la pistola que llevaba en la espalda y la amartilló, preparándose para atacar.

Sabía que debía huir, ponerse a salvo en cualquier rincón, pero era invadido por muchas sensaciones y trataba de superar el mareo que lo debilitaba; agarró una bocanada de aire para controlar su acelerado pulso, porque sabía que eso

influyó peligrosísimamente en la circulación sanguínea.

—¡Gavião! —gritó temeroso por no escucharlo—. Maldita sea — masculló, llenándose de impotencia al no recibir respuesta. Volvió a apretar fuertemente los párpados al suponer que no le había dado tiempo de escapar y se hallaba tirado en las escaleras.

La conciencia empezó a pesarle toneladas, no iba a perdonarse la muerte de Wagner; tragó en seco el nudo de lágrimas.

Nuevas detonaciones resonaron sobre su cabeza o quizá fue al otro lado de la pared, pero él se lanzó al suelo para salir de la línea de fuego y cayó de rodillas, mientras el ardor en el hombro y la sangre saliente y pegajosa bajaba por su pecho, intensificando su estado de alerta.

Sabía que si se quedaba ahí la próxima bala sería en su cabeza, por lo que se echó a correr, lo hizo lo más rápido que pudo; saltó paredes, bajó escaleras y seguía escuchando disparos, la zona de la favela en la que estaban parecía una guerra, ya no solo se escuchaban detonaciones provenientes de abajo, sino que desde arriba los amigos de Luan y Rayne llegaban a defenderlos.

Una bala pasó silbando muy cerca de su oreja derecha, vio a un hombre unos cuantos metros más abajo, disparándole, levantó el arma sin tener un blanco claro, solo apretó el gatillo una y otra vez, entretanto se ponía a salvo detrás de una pared y quedaba en una esquina, por lo que tenía que estar muy atento a ambos lados. Disparaba sin cesar, sintiendo el potente retroceso del arma en la mano y cada ensordecedor disparo.

Antes de quedarse sin municiones detuvo el dedo y el silencio fue sobrecogedor, seguían disparos y gritos de hombres, pero estaba seguro de que era a muchos callejones de donde estaba.

Seguía contra la pared con el arma preparada y totalmente dispuesto para corresponder ante cualquier sonido.

Los latidos acelerados lo estaban ahogando, tenía la garganta casi cerrada y la vista cada vez más nublada, mientras sus oídos eran torturados por el constante zumbido que los disparos habían dejado.

Las detonaciones empezaron a escucharse más cerca, sabía que estaban casi pisándole los talones, la adrenalina se desbocó en sus venas y el instinto de supervivencia aniquiló cualquier dolor y debilidad; por lo que se echó a correr sin rumbo, solo tratando de ponerse a salvo, porque tan solo debía tener una o dos balas.

Después de mucho correr, sentía que ya no podía más, solo andaba a trompicones, con el torso mojado por la sangre. Estaba muy débil y todo el cuerpo le temblaba, no estaba seguro si realmente podría seguir sosteniendo el arma, porque sentía que le pesaba toneladas.

Sin fuerzas cayó de bruces, aun así, no se detuvo; subía las escaleras prácticamente gateando, un sollozo salió de su garganta al reconocer el lugar en el que estaba. No sabía si era verdaderamente el lugar o simplemente en su delirio lo estaba imaginando.

No quería abandonarse, no quería morir, pero recordar que en ese preciso lugar, algunos años atrás había perdido parte de su vida le robó las pocas fuerzas con las que contaba y se rindió.

Se quedó bocarriba con la mirada al cielo en medio de un profundo silencio.

«Levántate» Escuchó la voz de Branca, era ella o era que estaba delirando, no podía estar seguro de nada.

Empezó a sentir los párpados muy pesados y que su corazón hacía un gran esfuerzo por bombear, su boca estaba totalmente seca, por lo que la lengua se le pegaba al paladar.

La nube blanca que tapaba su visión se disipó poco a poco para tener ante sus ojos una visión que disfrutó en muchas oportunidades y que cuando perdió quedó muerto en vida.

Branca le sonreía, lo miraba con sus ojos azules brillantes y estaba sonrojada, se mostraba feliz. Era inconfundible, porque esa imagen la tenía graba en las retinas y el corazón.

Él volvía a estar con la respiración agitada sobre ella, que tenía su hermoso

pelo castaño desparramado en la almohada; esa imagen bendita con la que se llenaba la vista cuando se quedaban muy quietos después de hacer el amor.

Las lágrimas empezaron a quemarle las sienes, porque no estaban en una cama, estaban justo ahí, en esas escaleras donde se la arrebataron y donde él también estaba a un respiro de perder la vida.

Siempre había deseado poder reencontrarse con ella, volver a verla, decirle cuánto la extrañaba y cuánto la amaba, pero ahora que la tenía frente a sus ojos no podía hablar, no podía decirle que había cuidado bien de Luana ni comentarle sobre lo hermosa que estaba.

Nada salía de su garganta porque se estaba ahogando con el aliento atorado en los pulmones.

«Levántate» volvió a decirle y esta vez no tuvo duda, porque vio cómo sus labios se movieron, pero él no quería hacerlo, deseaba quedarse ahí con ella; negó con la cabeza, pero Branca se la retuvo y le dio un beso, un dulce beso que él saboreó.

—Levántate Cobra... ¡Arriba!

Branca desapareció y su voz la reemplazó la de Gavião, que sonaba lejana, como si él estuviera debajo del agua. No escuchaba ni veía con claridad.

Intentaba que su cuerpo reaccionara a las peticiones de Gavião, pero no podía, era como si todos los tendones y músculos de su cuerpo ya no funcionaran.

Gavião, que era experto en un huir de las lluvias de balas, fue el primero en reaccionar, escapar y ponerse a salvo, corrió con todas sus fuerzas sin mirar atrás.

En cuanto Luan, Rayne y otros compañeros terminaron con los inesperados visitantes, dándole fin a la guerra, Rayne y él salieron en busca de Cobra, mientras que los otros se quedaron encargándose de los cuerpos.

Wagner pensaba que todo había sido demasiado violento, todavía no podía creérselo, por un segundo pensó que había sido un grave error haberse metido

en todo eso, pero ya que estaba ahí no podía simplemente salirse como un cobarde. No tenía opción, debía hacerse más fuerte, inclusive, casi inhumano.

Fue él quien dio con Cobra por el rastro de sangre que había dejado e intentaba sacarlo de ahí para llevarlo a un hospital cuanto antes, pero el maldito hombre parecía que pesaba toneladas.

—¡Rayne! Lo encontré, necesito ayuda —gritó en medio de un solitario pasillo en el que su voz hacía eco.

Todavía las puertas de las casas estaban cerradas, nadie excepto los que formaban parte de la guerra acudiría en su ayuda.

—¡Rayne! —Volvió a llamarlo, sin poder controlar los nervios que le provocaba ver que Cobra había perdido el conocimiento.

—¡Mierda! —exclamó el joven acudiendo en ayuda de Gavião—. ¿Está vivo?

—Eso creo, cuando lo encontré todavía estaba consciente —explicó con la voz temblorosa y sofocada por los nervios y el agotamiento.

—Vamos a bajarlo al dispensario —dijo y entre los dos lograron cargarlo.

Gavião, que era más alto y fornido que Rayne se lo puso sobre la espalda y lo más rápido que pudo bajó las escaleras.

Al llegar al dispensario, Rayne, con arma en mano obligó a las enfermeras y doctores a que lo atendieran de inmediato, despertando la alerta de todos los que allí se encontraban.

Gavião dejó a Cobra en una camilla y vio cómo se lo llevaron a alguna parte de ese pequeño y precario dispensario. Rayne lo acompañó sin dejar de apuntar a la cabeza de una de las enfermeras.

Una vez solo y sintiéndose seguro en ese lugar, la adrenalina de Gavião bajó de golpe, llevándolo a afrontar la situación; se dejó caer sentado en el suelo y se llevó las manos llenas de la sangre de Cobra a la cabeza.

Samuel y Thor llegaron corriendo a la delegación, con la esperanza de que las noticias fuesen bastante favorables, porque ya habían pasado días, días y días sin saber nada.

Las horas pasaban y ellos seguían en el mismo punto, esperando una llamada, un mensaje, un correo, lo que fuera que les dijera que Elizabeth había sido encontrada sana y salva.

—¿Dónde está? —preguntó Samuel sofocado al entrar de golpe al lugar, mirando en derredor a todos los agentes que detuvieron sus funciones ante la interrupción—. ¿Dónde la tienen? —Caminó dando largas zancadas a la gran mesa de trabajo que durante las veinticuatro horas del día mantenía iluminada la maqueta tridimensional del Estado completo de Río de Janeiro.

Thor lo seguía muy de cerca con el corazón acelerado, esperando estar a punto de terminar con toda esa pesadilla.

—Todavía no tenemos nada concreto, solo suposiciones que no hemos podido confirmar —habló Jeffers, bajando de golpe el ánimo de Samuel Garnett.

—Y entonces, ¿qué es eso tan importante que tiene que contarme? Lo único importante para mí es que aparezca mi hija, lo demás es totalmente irrelevante —habló sintiendo que volvía a estrellarse una vez más con la pared de la desesperanza, y ya había perdido la cuenta.

—Entiendo cuán significativo es que la hallemos, pero lo que estoy a punto de mostrarle es posiblemente lo más sustancial que hemos hallado hasta ahora.

—Entonces diga de una puta vez qué es —exigió Thor, que no estaba de ánimos para el suspenso.

—Hemos obtenido algunas imágenes satelitales de la favela Rocinha...

Hace unos minutos hubo un enfrentamiento entre bandas...

—Eso pasa todo el tiempo, no sé qué tiene que ver. —Thor ironizó su comentario.

—Es que no es un simple enfrentamiento entre bandas de la misma favela; al

parecer, Cruzeiro y Rocinha están en guerra, estamos tratando de encontrar toda la información para averiguar de qué se trata. Personalmente, puedo asegurar que esto no se debe a drogas, sino a algo más ambicioso... ¿Acaso no le parece extraño que esto suceda justo cuando se hizo pública la recompensa? —hablaba intentando que Samuel Garnett lo comprendiera, que entendiera a qué punto deseaba llegar.

—Entonces, ¿no le parece que es momento de que invadan ambas favelas?

A mi hija tienen que tenerla ahí, en alguna de esas putas casas —dijo señalando una de las favelas en la maqueta.

—Vamos a programar otra invasión, sobrevolaremos la zona, utilizaremos toda la tecnología con que contamos para detectar movimientos, calor..., interceptaremos cada llamada, cada movimiento... Esta vez buscaremos en cada rincón, apoyaremos al BOPE en esta misión y yo personalmente los acompañaré. Me aseguraré de que se cumpla estrictamente con la búsqueda.

Samuel sabía que no era una buena idea que un gringo entrara a la favela, los narcos se sentirían totalmente amenazados, pero nada de eso importaba, lo único que él quería era que su niña apareciera cuanto antes.

—Agradezco que lo haga, y si me lo permiten me gustaría ir...

—De ninguna manera —interrumpió de inmediato—. Usted debe permanecer aquí, entienda que no forma parte de la operación, solo es el familiar de la víctima. —Le recordó, para que se mantuviera a raya. Ya suficiente tenían con tener a la hija del fiscal de Nueva York secuestrada, como para exponerlo a él también.

Apenas Alexandre recuperó la conciencia lo primero que pidió fue un teléfono para comunicarse con su hija, necesitaba desesperadamente hablar con ella y asegurarle que estaba bien, porque no tenía la más remota idea de cuánto tiempo había pasado desde que perdió la razón en aquel callejón donde experimentó algo realmente extraño, que le dejó una sensación muy vívida.

Casi podía escuchar la voz de Branca haciendo eco en sus oídos, era como algo lejano pero realmente claro, fue escalofriante y al mismo tiempo reconfortante escucharla y recordarla tan nítidamente, tanto, que tenía miedo a contarle por temor a que pensarán que estaba enloqueciendo.

La doctora le aseguró que solo llevaba quince horas en el lugar y que debía permanecer por lo menos cuarenta y ocho más en observación, porque todavía estaba muy débil. Había perdido mucha sangre y tuvieron que hacerle una transfusión, por lo que debían monitorear alguna reacción adversa.

Él estuvo completamente seguro de que ni de mierda iba a quedarse ahí por tanto tiempo, ya encontraría la manera de fugarse de ese dispensario, no tenía tiempo para quedarse a esperar si su organismo iba a rechazar o no la sangre de quién sabe quién, que corría por sus venas.

—Necesito un teléfono, tengo que llamar a mi hija. —Le pidió a la mujer que vestía de celeste. Sentía mucha sed, tenía la boca pastosa, casi seca, pero primero debía hablar con Luana.

—Está bien, le pediré a su acompañante que entre —respondió la mujer a la petición del paciente y salió del pequeño cuarto que compartía con otras personas y que su privacidad se limitaba a las divisiones con cortinas.

Como cinco minutos después entró Wagner, vistiendo una bata quirúrgica celeste y un gorro en el mismo color, que no podía guardar esa mata de rastas, por lo que lo tenía medio puesto.

—Pareces un marica —expuso Alexandre su primera impresión al verlo.

—Solo ahora, pero tú lo pareces todo el tiempo. —Él jamás imaginó sentir eso, pero lo cierto era que estaba feliz de verlo bien, algo pálido pero bien.

Se daba cuenta de que lo odiaba, que odiaba al puto capoeirista con su insuperable ego, odiaba a su rival; a pesar de ese sentimiento tan intenso, no deseaba que algo malo le pasara, ni siquiera porque le había robado a la mujer que amaba.

—¿Me prestas tu teléfono? Necesito llamar a mi hija, debe estar preocupada.

—¿Tienes una hija? —preguntó muy sorprendido. Conocía a Cobra desde hacía unos tres años y jamás imaginó que tuviera una hija.

—Sí, la tengo —dijo con impaciencia, pidiéndole el teléfono con un gesto de la mano—. ¿Acaso no lees los diarios?

Wagner metió su mano por debajo de la bata quirúrgica y buscó su teléfono en el bolsillo de sus vaqueros, lo sacó y se lo entregó.

Alexandre lo recibió y marcó el número de su hija, después de dos repiques ella contestó.

—Cariño...

—¡Papi! ¿Estás bien? ¡Estaba muy preocupada! Me he cansado de llamarte y tu teléfono está apagado, ¿por qué?

—Luana... Luana —hablaba, tratando de interrumpir la descarga de preguntas—. Estoy bien, el teléfono se me descargó, siento no haberte llamado antes, estuve algo ocupado. —Mintió, lo que menos le diría era que estaba en un dispensario recobrando fuerza, después de que una bala casi lo manda al infierno.

—¿Vas a venir?

—No cariño, ahora no puedo, pero prometo que mañana por la noche iré.

Bueno, no puedo hablar mucho, porque el teléfono es prestado. Dale a Jonas un beso de mi parte.

—Está bien, comprendo que estés ocupado, pero en cuanto tengas tu teléfono cargado me llamas... Te quiero.

—Te prometo que lo haré... También te quiero mi niña —dijo las últimas palabras muy bajito, casi en un susurro, porque toda la vida le había costado ser expresivo en público.

—Qué manera de mentirle a tu hija —dijo Wagner recibiendo el teléfono.

—Si le decía la verdad iba a preocuparla más de la cuenta, guarda su número por si llega a pasar algo puedes avisar... Se llama Luana.

—Voy a guardarlo, pero no creo que te pase nada... —dijo mientras le asignaba el nombre.

—Eso no podemos saberlo... No creo que la gente de Cruzeiro vaya a quedarse de brazos cruzados, y pienso que ya nos tienen identificados.

—Espero que no, Rayne y sus amigos terminaron con todos los que nos atacaron... —hablaba y en cuanto el número sincronizó con el nombre apareció la foto de la hija de Cobra—. Estás de broma cabrón, ¿en serio es tu hija? —preguntó mostrándole la foto.

—Sí...

—Pensé que tendría unos cinco años... Es muy bonita, salió a la madre.

—Sonrió con pillería.

—Quita tus malditos ojos de ella, más te vale que solo uses su número en alguna emergencia, de lo contrario has sido testigo de lo que soy capaz. — Las últimas palabras de su amenaza las dijo bajito, para que sus compañeros de habitación no escucharan.

—Es la verdad, es muy bonita, no se parece en nada a ti... —dijo sin poder apartar sus ojos de la foto en la que aparecía la chica con el cabello de medio lado, cubriéndole la mitad del rostro, y tenía una mirada bastante sensual. Parecía una modelo.

—Gavião, no creas que por haberme traído aquí es razón suficiente para contarte sobre mi vida... Ya deja de mirarla. —En un movimiento rápido producto de los celos estiró la mano para arrebatarse el teléfono, pero Wagner

fue más rápido y retrocedió.

Jadeó ante el punzante e insoportable dolor que le produjo en el hombro el brusco movimiento.

—Ya quédate quieto, que vas a abrirte la herida —aconsejó Wagner al tiempo que se guardaba el teléfono en el bolsillo del vaquero—. Solo te estaba molestando. Es hermosa, pero apenas es una niña.

—Más te vale que solo la mires como a una niña —advirtió con los dientes apretados, respiró profundo, esperando que el dolor pasara, hasta que se sintió más calmado—. ¿Qué pasó con los demás?

—Todos están bien, Rayne y yo te trajimos, los demás se quedaron limpiando el reguero de mierda.

—Tenemos que ir a Cruzeiro, no podemos perder tiempo...

—Toca esperar Cobra, ahora mismo el BOPE está jodiendo, en este instante están por toda Rocinha. Hace un rato entraron y tuve que esconderme en el baño, porque si me encuentran aquí tendré graves problemas con mis padres, sin mencionar que Samuel Garnett está como águila, con el ojo puesto en todo mundo. Si se entera de que estoy en Rocinha me convertiré en uno de los principales sospechosos... Mejor dicho, nos convertiremos, porque ese hombre realmente no confía ni en su sombra... Pensándolo bien, me salvaste del peor de los suegros —comentó tratando de aligerar la tensión, pero lo cierto era que por Elizabeth habría aceptado de suegro al mismísimo Diablo.

A pesar de los medicamentos que Paulo le había dejado para que se tomara no quiso hacerlo; porque en realidad no confiaba que eso fuese a ayudarle a bajar la inflamación o a disminuir el dolor; por el contrario, creía que muy probablemente sería para dormirla y aprovecharse de su inconsciencia.

Así que prefería soportar todo ese dolor acumulado en su rostro, el que sentía estaba muy pesado y como diez veces más hinchado de lo normal; apenas conseguía abrir un poco los ojos.

Lo que sí hizo apenas él le dio la libertad fue ducharse, lavarse muy bien su abdomen, donde él había derramado su asqueroso semen. No había vuelto a tocarla, y por el bien de ambos esperaba que no lo hiciera, porque así tan adolorida como estaba lucharía, lo haría hasta la muerte.

También se alimentó, se comió la hamburguesa que le dejó, porque sabía que necesitaba reponer fuerzas, para estar dispuesta a luchar y a vencerlo.

A él no le tenía miedo, solo le provocaba odio y lástima; sabía qué esperar de ese maldito demente que solo estaba obsesionado con ella, ya había maldecido infinidad de veces el momento en que se dejó encantar por ese infeliz que no era más que un encantador de serpientes.

Había

estudiado

cada

espacio

de

esa

habitación,

buscando

desesperadamente encontrar algo que le sirviera de arma, algo con lo cual pudiera defenderse, pero no había nada, absolutamente nada; y eso la frustraba, pero no la hacía desistir de su resolución de escapar de ese maldito lugar y de las garras de ese malnacido.

Mientras reforzaba sus energías luchaba con el insoportable dolor, no podía verse, no había manera de encontrar su reflejo en algún punto de ese lugar, pero sabía que debía estar irreconocible, que ese hijo de puta le había golpeado con tanta fuerza que la había lastimado, en verdad lo había hecho.

Ya había llorado lo suficiente por el alma de Priscila, por haber cometido la estúpida equivocación de sentir debilidad por él y porque estaba convencida de que de cierta manera también era culpable de lo que le había pasado a su amiga.

Sentada en la cama retorció con fuerza la sábana deseando que ese trozo de tela fuese el cuello de Paulo, mientras tenía la mirada nublada por el odio; ya no lloraba ni se lamentaba, solo quería una oportunidad, una sola oportunidad libre de cadenas para poder estar a la par de él.

Todos los intentos de Alexandre por escaparse de aquel dispensario fueron en vano, no consiguió hacerlo, así que tuvo que cumplir treinta y seis horas más postrado en aquella camilla que sentía que lo debilitaba.

Cuando por fin pudo salir se fue directo al apartamento, se duchó con el cuidado que le había recomendado la doctora para no lastimar su herida, de momento su brazo izquierdo estaba prácticamente inútil, así que tenía que ser precavido y esforzar más su derecho, si no quería volver al dispensario.

Resopló frustrado mientras intentaba vestirse con el cabestrillo puesto, era realmente complicado, sabía que ponerse unos vaqueros iba a ser tarea titánica, por lo que optó por un chándal.

Una estúpida tarea que le llevaba no más de cinco minutos le llevó por lo menos unos quince, se calzó unas zapatillas deportivas y salió del apartamento, dejando tirado en la cama el cabestrillo, porque iba a Niterói a ver a su hija, que imaginaba sospechaba algo le había pasado, pero él una vez más se esforzaría por ocultarle sus problemas para no preocuparla.

Subió a un taxi, porque si le era difícil vestirse, no quería imaginar lo complicado que sería conducir la moto.

Justo al llegar a la casa de sus padres Luana salía a su encuentro, y una llamada de Rachell le sorprendió; sintió que algo demasiado parecido a la felicidad y tranquilidad estalló en él, robándose toda su atención, por lo que apenas saludó a su hija con un beso mientras atendía la llamada.

—¿Hola? —saludó con el corazón latiéndole a mil, ansiando escuchar eso que tanto deseaba.

—Hola Alexandre, ¿cómo estás? —preguntó ella al otro lado.

Él verdaderamente no la escuchaba feliz; por el contrario, le pareció preocupada.

—Dime por favor que la encontraron —suplicó, mientras su hija inmóvil lo miraba expectante, e ignoró la pregunta que ella le había hecho por cortesía, porque realmente no estaba para nada bien.

—De verdad quisiera decirte eso —respondió casi ahogada tragándose las lágrimas—, pero no es así... Sé que debes estar ocupado...

—No en este momento, dime en qué puedo ayudarte —preguntó directamente, porque no había tiempo para lamentaciones, solo para actuar.

—Me gustaría saber si estás haciendo las cosas como me dijiste, porque en verdad necesito hacer algo que no sea regido por las leyes. —El tono de la mujer disminuyó, como si estuviese hablando en secreto.

—Si tiene que ver con Elizabeth solo dilo.

—Sí, por supuesto... Quiero hacer algo por mi hija y siento que no me

dejan... Estuve hablando con Luck, y ambos desconfiamos de Paulo Morais.

—Ese nombre a Alexandre le hizo mucho ruido, imposible no recordarlo de la roda y que estuvo a punto de partirle la cara—. ¿Lo conoces?

—¿El capoeirista? —preguntó solo por asegurarse, al tiempo que el pecho se le agitaba.

—Sí, era compañero de Elizabeth en la academia. El punto es que Luck no confía en él, porque Eli le confesó que había estado acosándola y ese hombre también estuvo muy relacionado con la compañera de Eli, la que murió...

—¿Con Mendes? Sí, fui parte de su caso —explicó sintiendo que la rabia empezaba a esparcirse por su cuerpo.

—Mi corazón me dice que él la tiene, no puedo sacarlo de mi cabeza Alex... Él tiene algo que ver, lo sé. —Chilló sin poder contener más sus emociones.

—¿Se lo dijiste a tu marido? —Siguió con su interrogatorio, porque todavía no comprendía porqué Rachell recurría a él.

—Sí, ya lo interrogaron, pero legalmente no pueden hacer nada porque dijo que cuando se llevaron a mi niña él no estaba en el país. Según un boleto aéreo estaba en Minas.

—Un boleto puede decir cualquier cosa, incluso el manifiesto puede hacerlo, pero no precisamente tenía que ser él quien viajara. Hay muchas maneras de engañar con esa patética coartada, y realmente me extraña que tu marido no sepa eso —dijo con la voz espesa por la rabia.

—Sí, lo sabe, pero no puede hacer nada, si no es parte activa de la investigación no puede hacer nada... Realmente siento que estamos frente a una manga de inútiles —expuso ya molesta con todos los preceptos de la justicia—. Por eso recurro a ti, porque dijiste que ibas a hacer las cosas a tu manera...

—Lo estoy haciendo —interrumpió.

—¿Puedes investigar a ese hombre?

—Eso no tienes que preguntarlo, porque voy a hacerlo en este instante. Lo conozco y sé que perturbaba a Elizabeth, pero creí en la palabra de ella..., creí que ese hombre no había sido más que una aventura que no finalizó en buenos términos. —Se lamentó sintiéndose estúpido, por no haber desconfiado desde un principio de ese tipo, por centrar toda su atención exclusivamente en los hombres de Nardes y en toda la mierda con la que estaba relacionado—. ¿Sabes su dirección? —preguntó.

—No, solo sé que se llama Paulo Morais.

—Eso no es mucho. Podría averiguarlo en mi unidad, en los archivos del expediente de Priscila, pero eso llamará la atención y lo menos que deseo en este momento es que me estén vigilando. Y si busco por otro lado el sistema me arrojaría a cientos con ese nombre... ¿No sabe su segundo apellido? —intentó.

—No. —Rachell se sintió impotente por no ser de mucha ayuda, pero rápidamente surgió una idea—. Pero puedo averiguarlo, dame dos minutos y te paso su dirección o su otro apellido.

—Estaré atento. —Terminó la llamada, le acarició el pelo a su hija y le besó la frente—. Tengo que irme corazón, discúlpame.

—¿Encontraron a Eli? —preguntó ella deseosa de que toda esa situación terminara.

—No, pero parece que sabemos quién puede tenerla y vamos a investigar.

—Ojalá aparezca pronto —deseó ella, mirando a su padre a los ojos, y aunque aparentemente parecía estar bien, sí lo notaba ojeroso y algo pálido, pero supuso que no estaría durmiendo muy bien.

En realidad lo comprendía, porque hasta ella estaba tan afectada que casi no podía dormir, se pasaba gran parte de la noche dando vueltas en su cama, pensando en Elizabeth y pidiéndole al universo que le brindara fortaleza.

—Te quiero mucho, cuídate. —Le pidió Alexandre.

—Tú también.

—Dile a Arlenne que vine, pero tuve que marcharme.

—Está bien papá, mami entenderá —dijo para que estuviera más tranquilo.

Alexandre prácticamente corrió a la parada de taxis que estaba a un par de calles, subió a uno, le pidió que lo llevara a Río, que en un minuto le daría la dirección exacta.

Apenas el auto había avanzado unas cuantas calles cuando Rachell volvió a llamarlo para darle la dirección del apartamento de Paulo en São Conrado, a Alexandre el viaje le pareció eterno y cuando por fin estuvo frente al edificio que Rachell le había dictado sintió que la adrenalina empezaba a correr desbocada por sus venas.

Sabía que era imposible que tuviese a Elizabeth ahí; principalmente, porque sería muy estúpido si así fuera, cuando la policía si le daba la gana podría sin ningún inconveniente encontrarse una orden para entrar.

Si ese maldito raptó a su mujer, debía tenerla en otro lugar, uno menos evidente y al que sería bastante difícil de llegar, pero se encargaría de sacar los secretos mejores guardados de ese infeliz.

Pagó por el servicio y bajó del auto, como no tenía la mínima intención de esconderse; por el contrario, deseaba enfrentarlo de una vez por todas, caminó directamente a la recepción del lujoso edificio, donde el hombre de seguridad ni siquiera le concedió el paso, sino que a través del intercomunicador le habló.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarle?

—Buenas tardes —saludó amablemente, porque su intención no era levantar sospechas—. Busco a Paulo Morais, soy un amigo... Vamos juntos a la academia de Capoeira. —Ni siquiera pensaba en la mentira, poco a poco la iba hilando.

—El señor Morais no se encuentra, está de viaje.

—¿Todavía no regresa? —preguntó extrañado, estaba seguro de que estaba en la ciudad, porque Rachell le dijo que había sido interrogado por la policía.

—No.

—¿Desde antes de carnavales? ¿Todavía está en Minas? —Siguió interrogando, con la intención de sacar toda la información posible.

—Así es señor, todavía no regresa.

—Gracias.

—¿Algo más en que pueda ayudarlo?

—No, gracias por su amabilidad. —Se alejó del campo visual del hombre, caminó hacia la esquina, sacó su teléfono y volvió a marcarle a Rachell.

—¿Qué pasó?, ¿lo viste? —La voz de ella denotaba su ansiedad.

—No, según el hombre de seguridad del edificio todavía no llega de viaje.

—Eso es imposible, Samuel me aseguró que lo interrogaron.

—Rachell, no creo mucho en estas cosas, pero tengo un buen presentimiento, algo me dice que Morais esconde algo. Necesito que averigües si tiene otro sitio además del apartamento... Algún lugar en el que pueda estar quedándose, quizás es ahí donde la tiene —hablaba mientras caminaba dando largas zancadas. No sabía a dónde se dirigía, solo que no podía quedarse tranquilo porque la angustia lo estaba consumiendo.

—Intentaré averiguar algo más, enseguida te llamo. —Rachell terminó la llamada y volvió a marcarle a Bruno, quien hasta el momento le estaba ayudando con la información.

Ella permanecía encerrada en el baño de su habitación, porque nadie excepto Luck sabía lo que estaba haciendo. Estaba segura de que Samuel se molestaría mucho con ella si se enteraba de eso; sobre todo por estar acudiendo a Alexandre, pero por su niña haría cualquier cosa, ya estaba cansada de sentirse como un cero a la izquierda, estaba cansada solo de esperar una

llamada que nunca llegaría.

Agradeció infinitamente a Bruno, a quien le hizo prometer que no le mencionaría a nadie las llamadas que ella le había hecho, mucho menos lo que habían conversado.

Para Rachell quedó completamente claro que Bruno tampoco confiaba en Paulo, eso reforzaba más su teoría de que él era quien tenía a su hija, por simple y llana obsesión.

—Alexandre, sus padres tienen una casa en Barra, a la que vienen a vacacionar dos veces por año —habló Rachell, dándole la información que Bruno le había confiado.

El chico recordaba que el año anterior Paulo los había invitado a pasar un fin de semana de asado y capoeira en la lujosa propiedad de tres pisos.

Alexandre mandó a parar un taxi inmediatamente y subió al auto mientras seguía hablando con Rachell.

CAPÍTULO 59

Alexandre se paseaba frente a la casa como un león enjaulado, ya había tocado el timbre en varias oportunidades y no había recibido respuesta, era como si no hubiese nadie en el lugar, ni siquiera personal de mantenimiento, y eso era verdaderamente extraño.

Necesitaba asegurarse si había alguien en el lugar, si en realidad el maldito de Paulo, al que tenía unas ganas enormes de partirle la cara desde el momento en que ridiculizó a Elizabeth en la roda, estaba en esa casa.

Los minutos ayudaron a que su sangre bajara su temperatura y la velocidad de sus pensamientos; un poco más tranquilo dejó de pensar como el hombre enamorado, como el marido de Elizabeth y se apegó a la razón; permitió que su experiencia como fotógrafo forense y todo lo que había aprendido de la técnica pericial para encontrar un medio o fuente de prueba le ayudase a determinar si en esa casa había o no alguien o si lo había estado en los últimos días.

Y la mejor manera de saberlo era revisar en la basura, por lo que bordeó la gran propiedad, en busca de los depósitos, esperanzado que todavía no la hubiesen pasado a recoger.

Al encontrar los contenedores levantó las tapas, con su única mano que en ese momento era útil, contó con la fortuna de encontrar una bolsa, sin pensarlo la sacó y la tiró al suelo, apoyó un pie sobre ella para mantenerla inmóvil y la rasgó; sabía perfectamente que ese era un foco peligroso para infecciones y que una herida de bala era demasiado propensa a infectarse, pero a la mierda con eso.

Definitivamente, había alguien ocupando la casa, había restos de alimentos que todavía no llevaban más de veinticuatro horas, entre los desechos halló otra bolsa oscura más pequeña, sin pensarlo y llevado por la desesperación la abrió, encontrándose con desechos de productos femeninos, usados comúnmente cuando la mujer menstruaba.

Su respiración se hizo realmente irregular ante el hallazgo, con su única mano buscó su teléfono la maldita aplicación que Elizabeth había bajado y que compartían como un aviso para que supiera los días que no estaba disponible para tener sexo, regla que ya se habían saltado en varias oportunidades.

El aparato temblaba tanto que estaba a punto de escapársele de la mano, en cuanto vio que efectivamente, Elizabeth debió terminar su ciclo menstrual hacía muy poco, no tuvo más dudas. Su mujer estaba ahí, aunque esos fuesen los malditos tampones que ella tanto odiaba y no la preciada copa, que todavía no entendía cómo demonios se la ponía.

Dejó eso ahí porque tener la certeza no le servía de nada si no actuaba, bordeó la casa, buscando una manera de poder entrar, volvió al frente, y en ese

instante lo vio venir caminando por la calzada mientras traía una bolsa.

Algo estalló en su interior, algo irrefrenable que lo llevó a correr con todas sus fuerzas para alcanzarlo; en cuanto este lo vio acercarse se echó a correr, pero no consiguió hacerlo por muchos metros, porque rápidamente lo alcanzó por la camiseta y tiró con tanta fuerza que se lo llevó al suelo.

El esfuerzo a él le pasaba la factura, el dolor en el hombro era bastante agudo, pero no lo suficiente como para que desistiera de matar a golpes a ese maldito.

Los últimos días había estado rodeado de mucha violencia; inclusive, él se había convertido en un hombre bastante violento y despiadado, había hecho cosas que jamás pensó hacer, se había relacionado con hombres sin escrúpulos que también se habían robado los de él, por lo que no se paraba ante nada, si tenía que matar a Paulo ahí en esa calzada lo haría sin dudar y sin pensar en las consecuencias.

—Dime dónde está Elizabeth —exigió a punto de grito, dándole una fuerte patada en las costillas.

Paulo se puso en posición fetal y aprovechó que Alexandre iba a formular otra vez la pregunta, esa fracción de segundo fue suficiente para que reaccionara y lo tumbara, cayendo a su lado se puso encima de él y con la furia de no saberse correspondido por Elizabeth porque amaba a ese maldito empezó a golpearle la cara con todas sus fuerzas.

Pero Alexandre era mucho más fuerte y tenía más furia contenida, por lo que le devolvía un derechazo tras otro, le llevó la mano al cuello y se lo apretó con todas sus fuerzas.

—Sé que tienes a Elizabeth, sé que la tienes... Dime dónde está, ¿dónde está hijo de puta? —hablaba con los dientes apretados por la fuerza con la que apretaba el cuello de Paulo, quien estaba encima de él.

Paulo, en un intento por liberarse, trataba de alcanzarle los ojos, pero no llegaba, a pesar de que la falta de oxígeno le quemaba los pulmones y le nublaba la vista pudo ver un manchón de sangre en el hombro izquierdo de su atacante, por lo que intuyó que estaba herido, y no desaprovechó la

oportunidad.

Le apretó fuertemente el hombro, enterrándole el pulgar en la herida.

Alexandre resopló ante el dolor que se hizo tan insoportable que tuvo que gritar y soltarlo.

Paulo aprovechó para volver a golpearlo, rodaron en el suelo y esta vez fue la oportunidad de Alexandre para tener la ventaja de estar arriba, con la furia cegándolo empezó a golpearlo, lo haría hasta hacerse añicos los nudillos.

—¡Dime dónde está! ¡¿Dónde la tienes?! —preguntaba, pero no tenía respuesta, y como no obtenía lo que quería sus arremetidas no paraban, y en poco tiempo la cara de Paulo estaba bañada en sangre.

Si no hablaba iba a matarlo, juraba que lo haría, pero no pudo lograr su cometido, porque empezaron a tironear de él con fuerza, hasta separarlos.

Se retorció como un toro embravecido en los brazos de los dos policías que intentaban alejarlo del ensangrentado Paulo, que en ese momento se levantaba y se pasaba el dorso de la mano por la nariz, mirando con odio a su atacante.

—¡Voy a matarte maldito! Juro que lo haré —amenazaba Alexandre, luchando con la furia, el dolor en su hombro y los policías que lo estaban controlando—. ¡Sé que tienes a Elizabeth ahí! ¡Lo sé! Eres un maldito...

¡Elizabeth! ¡Eli!... —gritaba a punto de desgarrarse la garganta, sintiéndose impotente porque lo habían esposado—. ¡Elizabeth!

Paulo agradeció la llegada de la policía, suponía que alguno de los vecinos había llamado a la estación que estaba a pocas calles y que le servía de seguridad al prestigioso barrio.

—¿Se encuentra bien señor? —Le preguntó uno de los policías a Paulo, mientras retenían a Alexandre.

—Sí, sí... Llévenselo —ordenó sintiéndose todo tembloroso por el dolor en su rostro y el temor de que pudieran encontrar a Elizabeth, de que les hicieran caso a los gritos del maldito—. Ese tipo está loco... ¡Está loco! —dijo

señalándolo.

—Eres un hijo de puta Paulo —rugió, mientras los dos hombres lo arrastraban y lo metieron a la parte trasera de la patrulla.

Uno de ellos regresó hasta donde Paulo se encontraba parado y lo abordó.

—Señor, usted también tendrá que acompañarnos. Ambos deberán responder por alterar el orden público.

—¡No!, no puede llevarme... ¡Aquí la víctima soy yo! —Paulo perdió el control y subió la voz. De ninguna manera podía permitir que se lo llevaran.

Si Alexandre hablaba y llegaba a oídos del maldito de Garnett que él tenía a Elizabeth en su casa, el arrogante fiscal enviaría toda la fuerza policial disponible en el puto país, y no pararían de buscar hasta dar con la guarida que había construido—. Él es el culpable, ese loco fue quien me agredió cuando yo venía entrando a mi casa...

—Lo siento, no me interesan sus razones, vendrá con nosotros. Ya en la delegación podrá formalizar su acusación.

—Esta es mi casa y fue él quien vino a molestarme sin ninguna razón...

Es solo un pobre diablo...

—No me interesa nada de lo que diga, le sugiero que guarde silencio. Solo esperamos a que llegue la otra patrulla.

Paulo perdió toda esperanza de evitar que se lo llevaran cuando vio el auto policial acercarse y estacionar detrás del que llevaba a Alexandre.

—Vamos —habló el oficial, señalando el vehículo.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó el segundo teniente Gomes, quien había bajado al reconocer a Paulo—. ¿En qué lio de faldas te metiste ahora Morais?

—¿Lo conoces? —inquirió el sargento a su lado.

Paulo lo miró, no es que fueran amigos pero se conocían, el policía también estaba metido en el negocio, y al mirarlo y ver que asentía con la cabeza supo que lo ayudaría.

—Gomes, tu compañero me dice que debo acompañarlos a la delegación..., pero tengo un trabajo pendiente, que no puedo faltar...

Además, ya le dije, ese loco fue quien me agredió.

—¿Vas a poner alguna querrela en su contra? —preguntó Gomes.

—No, no me interesa... Solo es un desquiciado.

—De acuerdo. —Se giró hacia el sargento—. Ferras, puedes irte. Yo me encargo.

—De acuerdo jefe. —Le hizo el saludo militar y se marchó.

Apenas el policía subió al asiento del copiloto, Alexandre se acercó a la parrilla que lo aislaba de ellos.

—Señor, ese hombre tiene a Elizabeth Garnett, la chica secuestrada, está ahí... No es a mí a quien tienen que detener, es a ese hipo de puta...

—Cálmese amigo.

—¡Tienen que entrar a buscarla!

—¡Cálmese le dije! —ordenó.

—Vamos a llevarlo a la delegación, ya ahí podrá hacer la denuncia, no podemos entrar a esa casa sin una orden.

Alexandre gritó, dominado por la impotencia, y las lágrimas empezaron a desbordársele, sin mencionar que otra vez estaba perdiendo mucha sangre de la herida en su hombro.

—Trabajo para la policía... Escúcheme, por favor... Trabajo para ustedes.

Los muy malditos hacían oídos sordos. Sabía que era parte de su trabajo no permitir que los arrestados mandaran sobre ellos o hacer lo que pedían; debían seguir procesos, pero toda esa mierda lo hacía sentirse peor.

Paulo, en cuanto vio que la patrulla se alejó llevándose a la maldita amenaza entró a la casa dando largas zancadas, llevado por la ira y posiblemente el miedo de saber que muy probablemente todo su plan se había venido abajo por culpa de ese hijo de puta.

No podía arriesgarse, aunque sabía que contaba con un perfecto sistema de camuflaje y que era prácticamente imposible que la encontraran no debía confiarse, así que no tenía opción, se desharía del puto problema de una vez por todas.

—Lepidoptera —dijo la clave en voz alta y la pared se desplazó menos de un metro, dejando a la vista el pasillo en el que tenía la mesa de metal. Sin pensarlo agarró la Glock, seguro de que la tenía cargada, marcó el código de acceso en el panel de control y la puerta se abrió.

Elizabeth, cuando vio entrar a Paulo con la cara hinchada y ensangrentada abrazó la esperanza de que detrás de él aparecería alguien a rescatarla, rápidamente salió de la cama con el corazón desahogado, pero en cuanto vio que la puerta se cerró y que él traía el arma en la mano y le temblaba, supo que las cosas no iban a salir bien; por lo menos no para ella.

—Tu maldito capoeirista lo acaba de joder todo... ¿Sabes lo que va a pasar ahora?

Elizabeth tragó en seco y retrocedió un par de pasos, se subió por la cama y se pasó al otro lado, alejándose todo lo que podía de él, con el pánico en cada molécula de su ser, pero también quería llorar de felicidad al saber que Alexandre, su guerreo, le había hecho eso, que había dado con ella, o mejor dicho, con su captor. Ahora solo sería cuestión de tiempo para que la rescatara.

Paulo empezó a llorar, lo hizo ruidosamente y levantó el arma, apuntándola, al tiempo que se acercaba lentamente.

—Voy a dejarte irreconocible, te voy a eliminar... y después..., después..., después voy a cogerte todas las veces que me dé la gana, voy a cogerte tu cuerpo, eso voy a hacer.

Elizabeth se quedó petrificada porque Paulo lo decía muy en serio, estaba totalmente descontrolado, iba a suplicarle que no lo hiciera, se inventaría cualquier cosa con tal de convencerlo de que no cometiera una estupidez, de que cambiara de parecer, pero el sonido de la detonación y ver la bala salir del cañón le atoró todas las palabras en la garganta, y ya no pudo decir nada.

Eso era inaudito, lo estaban tratando como al más vil de los delincuentes.

Cuando el tal Gomes llegó a la delegación solo lo encerraron en esa puta celda y lo único que le habían dicho era que lo tenían ahí por alterar el orden público. Le habían quitado sus pertenencias y no lo dejaron ni hacer una llamada; bueno, ni siquiera le habían atendido la herida que seguía sangrando.

El dolor era casi insoportable, y sin los medicamentos que le habían recetado dudaba mucho que dejara de doler. En el mismo hueco había seis hombres más, parloteando y exigiendo sus derechos, pero sencillamente los ignoraban, tal como lo hacían con él. Después tenían el descaro de preguntarse en qué fallaba el sistema judicial del país.

Ya se había resignado a que solo vendrían cuando les diera la gana, quizá cuando todos cerraran la boca y dejaran de atormentarlos.

Sentía tanta impotencia y tanta rabia, porque estaba seguro de que estuvo muy cerca de Elizabeth, que ese infeliz la tenía en esa casa, no era más que un maldito enfermo; cerraba los ojos, suplicando que no fuese a hacerle daño.

Esperaba que por su bien no le tocara un pelo a su mujer, porque si lo hacía iba a cumplir su promesa, poco le importaba que como consecuencia tuviera que pasar décadas en prisión.

Cuando ya llevaba como cinco horas ahí se levantó del suelo donde estaba sentado y caminó a los barros, para intentar por milésima vez que lo

atendieran.

—¡Eh! ¡Eh! —llamó una y otra vez—. Necesito hacer mi llamada, tengo derecho a una llamada.

—Sí, déjenos salir de aquí —habló un hombre que apestaba a alcohol y mierda, tanto, que lo tenía con náuseas.

Sabía que su única esperanza era llamar a Rachell, pero los muy malditos seguían ignorándolo, fingiendo que tenían cosas más importantes que hacer.

Samuel, que pasaba sus días y casi sus noches en la delegación, a la espera de alguna noticia que lo sacara del constante estado de zozobra en el que vivía, se encontraba en la cafería del frente, desayunándose un Croissant y un café bien fuerte, sin azúcar, que lo mantuviera con energías mientras revisaba el periódico de esa mañana.

Su teléfono empezó a vibrar con la llamada entrante de uno de los tantos policías a los que le había dado su número para que lo contactaran ante cualquier novedad.

De inmediato un intrincado nudo de nervios se le formó en la boca del estómago, era una horrible sensación que había vivido muy seguido en los últimos siete días.

—Buenos días Reuter —habló con precaución, tragando en seco.

—Buenos días señor Garnett... —Hizo una pausa, porque no encontraba la manera de dar la noticia.

—¿Tienes algo bueno que decirme? —pregunto a quemarropa, al policía que trabajaba en la unidad de Souza.

—Usted me dijo que le avisara ante cualquier novedad... —Volvió a hacer otra pausa, en busca de valor—, y se ha encontrado un cuerpo con las características físicas de su hija, acaban de informar por radio.

Samuel sintió que eso debía sentirse al morir, perdió toda orientación, la vista se le nubló, y por contados segundos todo se volvió oscuro. Estuvo a punto de vomitar todo lo que había ingerido.

—¿Dónde? Necesito la dirección exacta —exigió, levantándose de la mesa, y en medio de la turbación tumbó la silla, por lo que se ganó la mirada de todos en el café, pero él ni lo notó, solo salió corriendo, con la suerte de que no venían autos, ya que cruzó sin mirar.

—Ya mismo se la paso señor...

—Reuter, ¿cómo fue?

—No lo sé señor, no cuento con esa información.

Samuel terminó la llamada y entró corriendo al estacionamiento de la delegación, donde minutos antes había dejado el todoterreno en el que había llegado.

Estaba demasiado agitado, quería llorar, estaba aterrado, quería morirse, pero no tenía tiempo para eso. Subió al vehículo y lo puso en marcha, como un poseso salió sin avisarle a nadie; no podía perder tiempo, necesitaba constatar cuanto antes si era su hija.

Recibió el mensaje de Reuter, el cuerpo había sido hallado en Barra, a un lado de la avenida Lúcio Costa, que franqueaba la laguna Marapendi.

Supo que era una realidad cuando llegó y gran tramo de la avenida había sido cerrada, dos patrullas cortaban el tráfico, así que no le quedó más que bajarse, y dejando la puerta abierta se echó a correr, lo hizo como nunca, lo más rápido que pudo, ni siquiera sabía si estaba respirando; desde lejos pudo ver un montón de curiosos y algunos reporteros.

—Señor, no puede pasar. —Tres policías que acordonaban el área se atravesaron en su camino.

—Tengo que pasar, tengo que hacerlo —exigió sin aliento y desesperado—. Déjenme pasar. —Empujó fuertemente a uno de los hombres, por lo que los

otros lo retuvieron—. Tengo que pasar... —Forcejeaba con ellos y dos más acudieron a ayudar a los policías.

Samuel gritaba y lloraba, convirtiéndose en el centro de atención de los periodistas, mientras luchaba para poder ver dónde estaban los peritos trabajando, pero lo único que alcanzaba a ver era un pie descalzo que sobresalía de la maleza; sin duda, era de una mujer de piel clara.

Los peritos iban y venían, se murmuraban entre ellos, le tomaban fotografías, entretanto él seguía luchando con todas sus fuerzas para liberarse, hasta que vio a su amigo.

—¡Souza! —gritó con mucha fuerza—. Souza, ¿es mi hija?, ¿es mi niña?

Souza, por favor, dime si es mi hija. —Sollozaba de rabia y dolor—. ¿Es mi Elizabeth? Por Dios Souza... —Le dolía todo el cuerpo de tanto luchar, quería matar a todos esos malditos que no lo dejaban pasar.

Souza salió del área acordonada para acercarse a él, pues era consciente de que no podía pasar, no podía, porque estaba completamente fuera de sus cabales.

—Souza, ¿es mi hija? —preguntó y un chorro de baba se le escapó. Estaba sonrojado por el esfuerzo y las lágrimas lo mojaban—. Por piedad, dime si es mi hija.

—Cálmate Sam. —Le pidió, manteniéndose alejado un metro—. Tienes que calmarte.

—¿Es mi hija? Tengo que pasar, déjame verla... Tengo que verla.

—No, no puedes pasar —dijo tratando de mantener el aplomo, pero tragando en seco las lágrimas que se le arremolinaban en la garganta por ver a su amigo en ese estado.

—Es mi hija verdad, es mi hija... —Ya no hacía preguntas, estaba él mismo confirmándolo, porque era lo que le gritaba la mirada de Souza.

—No lo sabemos Sam, no podemos saberlo —respondió el hombre, tratando

de ser lo más profesional posible—. Si tu hija tiene tatuajes vamos a necesitar que la identifiques en la morgue, no aquí... Es eso o esperar a que nos llegue el ADN.

—Tú la conoces Souza, dime si es mi niña, dime de una vez si es Eli. Ya no prolongues mi angustia —habló casi sin poder respirar y con todo el cuerpo adolorido porque seguían reteniéndolo con mucha fuerza, y él seguía intentando liberarse.

—Conozco a Elizabeth, pero no puedo saber si es ella o no, el cuerpo tiene... Le dispararon en el rostro, está irreconocible —explicó con mucha dificultad.

Samuel se llevó las manos a la cabeza en el más crudo gesto de lamentación y sollozó fuertemente.

Souza se giró, debía seguir con su trabajo muy a pesar de la situación de Samuel, agarró el radio para comunicarse con uno de sus colegas.

—Necesito que se acerque el psicólogo a la escena del crimen —pidió consciente de que alguien debía convencer a Samuel para que se retirara del lugar.

Moreira había intentado inútilmente comunicarse con Alexandre, el teléfono permanecía apagado. Él no podía asegurar si esa mujer con el rostro destrozado y evidentes signos de violencia sexual era Elizabeth, pero esperaba que no.

En la mansión estaban Reinhard, Sophia, Ian, Thor y Rachell cuando sintonizaron las noticias de último momento. Lo único que les hizo desviar la atención de la imagen donde aparecía una periodista y detrás la escena de un crimen fue el golpe seco que provocó el cuerpo de Rachell al desplomarse.

Reinhard quedó inmóvil con los ojos fijos en la pantalla, reviviendo una terrible pesadilla. Thor y Sophia acudieron al socorrer a Rachell, mientras que Ian salió disparado de la casa.

El mundo para ellos en ese momento se estaba desplomando, la desgracia los arropaba de una manera bastante cruel.

Ian llegó justo cuando la camilla trasladaba la bolsa negra a la furgoneta forense, se quedó con el corazón latiéndole demasiado lento y casi sin respirar.

Vio a Samuel parado detrás de cuatro policías, que posiblemente no le dejaban acercarse. Apresuró el paso para estar con él, apenas se vieron se abrazaron con fuerza. Samuel sollozó fuertemente en los brazos de Ian, quien en ese momento se estaba obligando a ser demasiado fuerte, porque su primo lo necesitaba para darle apoyo.

—No sabemos si es ella, no lo sabemos. —Era lo único que tenía para decir, se apegaba a la duda para poder soportar ese momento.

—¿Y si lo es Ian?, ¿y si es mi nena? No merezco esto Ian, no lo merezco... ¡Ay Dios! Mi hija no lo merece...

—Sam, Samuel... Vamos a la morgue. Lo primero es salir de dudas, necesitamos ver el cadáver. —Lo instó ayudándolo a caminar.

Le pidió al chofer que lo había acompañado que se llevara el vehículo de Samuel a la casa, que él se lo llevaría a la morgue.

CAPÍTULO 60

Samuel tuvo que buscar en cada recoveco de su ser un poco de fortaleza para poder entrar en ese cuarto frío, sentía que las piernas no le daban y arrastraba los pies hasta la plancha de acero donde estaba el cuerpo cubierto por una sábana quirúrgica celeste.

El corazón le martillaba demasiado fuerte contra el pecho y no estaba seguro si iba a sobrevivir a ese momento o si también tendrían que hacerle un espacio a él en ese lugar.

—Usted me avisa. —Le dijo el forense, quien vivía situaciones como esas

incontables veces al día, pero era imposible acostumbrarse.

Samuel inhaló profundamente, sabiendo que era imposible estar preparado para ese momento, solo llegaba a su memoria ese instante en que la vio por primera vez, aquella mañana que se la llevó a la hamaca y le hizo la promesa de que nada malo le pasaría.

«Nada malo le pasaría».

Quería llevar los ojos muy lejos de ese cuerpo inerte, no quería afrontar eso que le haría polvo el corazón, pero no tenía opciones.

—Ahora —dijo casi sin voz.

El hombre bajó lentamente la sábana hasta la altura del pecho del cadáver.

La primera impresión fue tan devastadora que sufrió un terrible vértigo, a trompicones retrocedió un par de pasos, no iba a ser fácil reconstruir ese rostro; incluso le parecía imposible que logran hacerlo.

El médico forense sabía que era imposible que reconociera a la víctima solo por mirar el rostro que parecía una flor de carne con los pétalos colgando de sus puntas.

—Será mejor que identifique el tatuaje —aconsejó el médico al ver al hombre completamente pálido.

Sujetó el cuerpo por el hombro derecho y lo movió de medio lado. Los ojos de Samuel se posaron en el dibujo indeleble en la espalda de la mujer, retrocedió todavía más pasos, se giró y salió corriendo de ese cuarto. En medio del pasillo tuvo que detenerse y vomitar. Esa simple reacción lo dejó sin fuerzas y terminó de rodillas en el suelo, llorando.

Casi sin fuerzas buscó su teléfono en el bolsillo de su pantalón, le marcó a Rachell y en ese momento venía Ian en su ayuda.

—Amor. —Sollozó fuertemente—. No... no es nuestra niña, no es nuestra Eli —hablaba sintiendo que estuvo muy cerca de morir y que sentirse revivir lo dejaba agotado.

Era injusto que sintiera ese alivio, que se sintiera tan esperanzado, cuando sabía que otros padres tendrían que pasar por ese infierno, por la sensación más cruda y devastadora que pudiera vivir cualquier ser humano.

—¡Dios! ¡Gracias Dios! —exclamaba Rachell al otro lado, sintiendo que también volvía a la vida.

Sin embargo, seguía muy preocupada por Alexandre, no sabía nada de él, lo había llamado infinidades de veces, pero el teléfono siempre le salía apagado.

Había prometido que le avisaría si conseguía averiguar algo con Morais, pero eso había sido el día anterior por la tarde, y todavía no se comunicaba con ella. No quería pensar que había enviado al pobre hombre a la boca del lobo.

Intentaba deshacerse de tanto dolor que pululaba en su alma y volver a reacomodar las ideas para seguir en la búsqueda de su niña, seguía esperando la bendita llamada que la hiciera despertar de tan terrible pesadilla.

En cuanto Samuel llegó a la casa ella corrió hasta él, se abrazaron fuertemente, lloraron de alivio, se besaron con locura, saboreando las lágrimas derramadas; sin duda alguna, era la prueba más difícil que estaban viviendo y debían permanecer muy juntos para no derrumbarse, para soportar eso y usarlo como base para consolidar su relación.

Samuel estaba tan agotado de tantas emociones que decidió esa tarde no regresar a la delegación y compartir con sus otros niños, a los que tenía sumamente abandonados.

Jugó con Violet, Oscar y Renato al fútbol en el jardín, ese tiempo junto a ellos fue realmente reconfortante, porque su mente no estaba al cien por ciento en la desaparición de Elizabeth.

A Violet le dio por bañarse con su padre, estaba aprovechando que lo tenía en casa para robarse toda su atención, apenas cedió a su petición corrió a ponerse su traje de baño.

Samuel se puso una bermuda y acompañó a su niña a la piscina, donde jugaron

un rato a hacer competencias de natación, pero siempre la dejaba ganar.

Era increíble cómo Violet tenía el poder para hacerlo reír, reír de verdad, con sus encantadoras ocurrencias que disfrutaba mucho y que estaba atesorando una a una, pues no quería olvidar ni un solo minuto vivido con sus hijos.

Reinhard estaba sentado en la terraza al lado de Rachell, admirando ese momento entre padre e hija. De verdad que agradecía esa tregua entre tanta angustia, aunque no podía dejar de pensar en Elizabeth, realmente no podía.

Rachell, que no soltaba el teléfono ni por un segundo lo sintió vibrar en su mano ante la llamada de un número desconocido, pero no dudó en contestar.

—Hola —habló, y era imposible que el corazón no le subiera de golpe a la garganta.

—Hola Rachell, es Alexandre.

—¡Por Dios! ¿Estás bien? Te he estado llamando desde ayer... Estaba muy preocupada.

—Sí, estoy bien... Rachell, no tengo mucho tiempo, solo un minuto.

Estoy detenido desde ayer, vi a Morais y tienes razón, él la tiene...

—¿Cómo que detenido?, ¿qué pasó? —Se levantó de la silla ante la mirada desconcertada de Reinhard y de Samuel, quien la miraba desde la piscina—. ¿Estás seguro?, ¿en qué delegación estás? —Lanzaba la ráfaga de preguntas de camino al interior de la casa y con el corazón en la mano.

—Completamente seguro no estoy, pero es muy probable que la tenga...

Lo siento Rachell, perdí el control y casi lo mato a golpes... Por favor, llama a mi hija, dile que estoy bien, ya no puedo seguir hablando.

—¿En qué delegación estás?

—En la decimosexta, la de Barra —respondió—. Por favor, llama a Luana. — Le recordó, suponiendo que llevaba más de veinticuatro horas sin hablar con

ella.

—Sí, lo haré. No te... —No terminó de hablar porque la llamada se cortó.

Si Alexandre le había dicho que era muy probable que Paulo fuese el responsable del secuestro de su hija ella le creía. En ese momento creía en cualquier cosa que la acercara más a su niña, y no iba a hacer esa posibilidad a un lado.

Giró sobre sus talones y caminó de regreso a la piscina, desde donde Samuel no le había quitado los ojos de encima ni por un segundo.

—Necesito tu ayuda —dijo acercándose a él.

—¿Qué sucede amor? —interrogó e inevitablemente el miedo volvía a invadirle de un soplo el pecho.

—Será mejor que vengas —aconsejó, echándole un disimulado vistazo a Violet.

—¡Ay mami! Otra vez quieres a papi para ti solita... ¿No ves que está jugando conmigo? —protestó la niña.

—Lo siento cariño, es que tenemos que hablar de algo importante, sé que tu papi ha estado muy ocupado y casi no lo has visto. —Empezó a explicarle a su pequeña, acuclillándose frente a ella—, pero dentro que poquito podrás compartir mucho tiempo con él —prometió mirándola a los ojos y le acariciaba la barbilla.

Samuel salió escurriendo agua, agarró una toalla y siguió a Rachell mientras se secaba la cara.

—Cámbiate, tenemos que ir a ayudar a Alexandre.

—¿Qué pasó? —preguntó frunciendo el ceño—. Ya tengo suficiente con Elizabeth como para ayudar a alguien más.

—Samuel, sé perfectamente que Alexandre no es de tu estima, pero es el hombre que nuestra hija ama...

—El cual no la merece, ¿acaso lo has visto preocupado por ella? ¿Desde cuándo no lo ves? No ha mostrado el mínimo interés por la desaparición de Elizabeth... Ni siquiera se ha ofrecido a ayudarme. Seguramente sigue haciendo su vida como si nada, no le interesa en absoluto lo que le pase a nuestra niña... —reprochaba con la mandíbula en tensión y casi sin respirar.

—Está detenido —interrumpió ella—. Por mi culpa —aclaró mirándolo a los ojos, sabía que se le venía un gravísimo problema con su marido, pero tenía que ser valiente y afrontarlo.

—¿Cómo que por tu culpa? —preguntó más confundido y seguía con el ceño fruncido debido a la molestia.

—Me estaba haciendo un favor. —Le rehuyó la mirada, pero en un segundo volvió a mirar a los ojos de fuego.

—¿Qué clase de favor?

—Fue a ver a Morais...

—No, ¡ay por Dios Rachell! Te dije que dejaras las cosas así, esto lo que hace es complicar toda la situación —reprochó.

—Sé, sé que no hice bien, pero entiende Sam, estoy desesperada y mi corazón de madre dice que ese hombre esconde algo, que él sabe de mi niña...

—Tu corazón de madre puede decir infinitas cosas, pero las pruebas dicen otra. Ese hombre fue descartado como sospechoso.

—Descartado para la «justicia» —ironizó la última palabra—. Pero no para mí, y ya que tú sigues más las leyes que tus presentimientos y no quisiste hacerme caso, entonces tuve que recurrir a alguien más que sí lo hizo. Pero si no puedes ayudar a Alexandre, está bien... Yo lo haré. —Se volvió y caminó decidida a ir a sacarlo de prisión.

Entró a la habitación caminando con energía y casi detrás de ella lo hizo Samuel.

—¿Qué se supone que fue lo que hizo? —Le preguntó.

—No tiene caso que te lo diga si no piensas ayudar... Ya me doy cuenta de cuánto lo odias.

—Voy a ayudarlo —habló de camino al baño, teniendo por certeza que su día de tregua acababa de irse a la mierda—. Y no lo hago debido a tus chantajes.

—Date prisa por favor. —Le pidió y casi corrió al vestidor, buscó una de sus carteras y se cambió las sandalias que llevaba puestas por unos clásicos y elegantes zapatos de tacón.

No tenía tiempo para cambiarse, debía ir cuanto antes a buscar a Alexandre, para que pudiera contarle todo lo que había averiguado, no podía perder tiempo.

Fue al baño y encontró a su marido bajo la regadera.

—No Sam, no te duches... Tenemos que irnos ya, no hay tiempo que perder. Alexandre tiene algo muy importante que decirnos.

Él chasqueó los labios en un gesto de fastidio y cerró la llave, no era por Elizabeth, porque nada deseaba más que encontrar a su niña, sino por tener que ir a buscar al tipo ese a prisión.

Agarró la toalla, se la envolvió en las caderas y se fue al vestidor.

Mientras Samuel se vestía, Rachell cumplió con la promesa de llamar a Luana, en realidad la niña estaba bastante preocupada, porque también había visto las noticias sobre la falsa alarma de la muerte de Elizabeth.

Ella le aclaró que no era su niña y eso la tranquilizó bastante, tampoco quiso decirle que su padre estaba en prisión, sino que estaba muy ocupado; siguió engrosando la mentira al decirle que lo había visto y que se encontraba bien.

Samuel se puso un pantalón de lana gris azulado y una camisa beige con las mangas dobladas a la altura de los codos. Rachell no dejó ni que se perfumara, lo arrastró al estacionamiento.

—Mi billetera —recordó antes de subir al auto.

—Aquí la tengo —dijo ella sacándola de su cartera, se la entregó y se puso el cinturón de seguridad.

—Ya estoy aquí, voy a ayudar ese hombre. —Empezó a hablar mientras miraba por el retrovisor y conducía para salir del estacionamiento—. ¿Qué fue lo que hizo? Porque de eso dependerá que pueda ayudarlo.

—Golpeó a Morais.

—¿Cuál fue su razón para hacerlo? Además de comportarse como un cavernícola.

—Dice estar casi seguro de que tiene a Elizabeth.

—¿Qué tan seguro? —Por más que rechazaba ese hombre no pudo evitar que el corazón se le acelerara.

—Muy seguro —explicó y levantó la mano en un gesto de despedida a los hombres de seguridad y después esa misma mano la bajó hasta su rostro, para cubrirlo de los periodistas que prácticamente habían acampado en la puerta de la casa.

Samuel aceleró, a punto de salpicar con grava al grupo de fisgones que ya lo tenían sumamente cansado, ellos en realidad no ayudaban en nada; por el contrario, solo los estresaban más.

—Más le vale que sea algo verdaderamente convincente para la policía y no que ande por ahí como un salvaje, golpeando a todo el que se le cruce.

—Si pudiera actuaría igual que él. No sabes las ganas que tengo de sacarle los ojos a quien tenga a mi hija y nos esté haciendo pasar por toda esta espantosa pesadilla —hablaba Rachell.

—La justicia se encargará de eso... —comentó, defendiendo a capa y espada su pasión y su confianza en lo que hacía—. ¿Dónde lo tienen? —preguntó.

—En la delegación de Barra.

—¿Qué se supone que fue a hacer a Barra si Morais vive en São Conrado?

—Samuel siguió con su interrogatorio.

—Lo sé, y ahí fue a buscarlo Alexandre para hablar con él...

—Verdaderamente dudo que su intención haya sido mediar palabras... Ya ves, las pruebas dicen lo contrario.

—Samuel, por una vez..., solo por una vez, ¿puedes dejar de lado la desconfianza hacia a Alexandre? —Casi le suplicó—. Entiende que todo esto que hizo fue porque yo se lo pedí.

—¿Le pediste que moliera a golpes a Morais? Porque si está detenido fue porque lo golpeó bastante. —Desvió la mirada del camino y alzó una ceja en un gesto de incredulidad.

—No, pero Alexandre tiene que haber visto o escuchado algo para que perdiera los estribos... Él fue a Barra porque el hombre de seguridad del edificio donde vive en São Conrado dijo que Morais todavía no llegaba de viaje, algo que tú y yo sabemos que no es cierto... Entonces averigüé que sus padres tienen una casa en Barra, donde supongo se estaba quedando...

¿Ahora sí puedes poner a funcionar tu malicia policial? ¿No te parece sospechoso?

—Hasta el momento no veo nada extraordinario, nada que logre convencer a un juez para investigar más a Morais.

—Esperemos a ver qué nos tiene que decir Alexandre y después veremos si se puede convencer a un juez o no —dijo clavando la mirada en el camino—. Y ve más de prisa o te quitaré el volante.

Samuel la miró de soslayo y no pudo evitar sonreír ligeramente ante el temple de Rachell, por eso amaba a esa mujer, porque era decidida, era fuerte incluso muchas veces más que él. Quizás ante el primer golpe que la tomaba desprevenida se ponía de rodillas, pero cuando se levantaba lo hacía totalmente indestructible y dispuesta a llevarse por delante a quien fuera.

No le quedó más que obedecer sus órdenes y aumentó la velocidad.

Llegaron al edificio de fachada amarilla y se estacionaron al frente de la delegación. Como Rachell estaba más apresurada que él bajó primero.

—¿Puedes esperar? —pidió él, en el momento que bajó y ella ya caminaba al edificio.

Rachell se detuvo y con un par de largas zancadas él la alcanzó y le sujetó la mano. Todavía no entraban al lugar cuando se acercaron corriendo a ellos algunos periodistas.

—¿Es en serio? —masculló Rachell sin poder creerlo.

—Nos venían siguiendo —habló Samuel.

Ignoraron todas las preguntas que les hicieron y el asedio; incluso, una patrulla que llegaba a la delegación tuvo que encender la sirena para que le permitieran pasar.

Samuel empujó la puerta de cristal con la mano libre, porque con la otra seguía sujetando a su mujer.

—Deja que yo hable. —Le pidió Samuel. Caminaron hasta la recepción, donde estaba un policía y a su lado derecho había una pequeña sala de espera —. Buenas tardes, busco a Alexandre Nascimento, lo tienen detenido...

—Lo trajeron ayer —intervino Rachell, quien no podía quedarse callada como se lo había pedido su marido, porque él no estaba al tanto de la situación—. Y no le permitieron hacer la llamada hasta hoy, lo que es una total violación a los derechos que como ciudadano tenemos...

—¿Podemos verlo? —interrumpió Samuel la reyerta de Rachell, al ponerle una mano en la parte baja de la espalda para que se calmara.

—Un minuto, ya le doy información... Sí aquí está, ha sido detenido por agresión a un ciudadano y alteración del orden público.

—¿El agredido interpuso alguna querrela? —Rachell volvió a tomar participación en la conversación.

—Uhm. —Negó con la cabeza—, no sabría informarle señora, pero ya vamos a atenderlos... Necesitaré que llenen esta planilla —dijo ofreciéndole una hoja con el formulario requerido y un bolígrafo.

—Está bien, gracias —ironizó Rachell quien estaba muy molesta por cómo habían retenido a Alexandre.

Hicieron y dieron toda la información que les pidieron, hasta tuvieron que sentarse en la dichosa sala, donde esperaron unos treinta minutos hasta que un oficial apareció.

—¿Podemos verlo?

—Sí, pero solo puede ser una persona —respondió el hombre.

—¿Y hasta cuándo piensan dejarlo encerrado? No ha sido un delito grave, a menos que ahora por alteración del orden público den cadena perpetua —

comentó Rachell con la mordacidad latente. Seguía pareciéndole estúpido tanto castigo solo por darle unos golpes más que merecidos a Paulo.

—Yo iré. —Se ofreció Samuel—. Cálmate y deja de estar a la defensiva, estos hombres solo hacen su trabajo. —Le susurró.

—Pues lo hacen muy mal, por eso es que hay tantos delincuentes azotando las calles —murmuró.

—Pero ya no comentes nada más, que puedes empeorar la situación... — Se acercó y le dio un beso en los labios—. Calladita, con este precioso pico cerrado, que solo estás destilando veneno.

—Si en realidad tuviera venen, ya los habría mordido.

Samuel negó con la cabeza y se levantó, siguió al policía para que lo llevara al área de las celdas.

Alexandre sentía que la impotencia calaba cada vez más profundo dentro de él, al saberse allí, sentado en el suelo de esa celda, en un ambiente viciado de malos olores. Intentaba ignorar el dolor lacerante en su hombro y el frío que estaba sintiendo, debido a su alta temperatura corporal.

Cada minuto encerrado significaba gran ventaja para el maldito de Morais, sabía que él tenía a Elizabeth, lo vio en su mirada, en el odio y la sorpresa que mostró al verlo.

—Nascimento. —La voz del policía lo espabiló, usó la mano de su brazo sano para apoyarse y ponerse en pie.

Caminó hacia los barrotes, esquivando al borracho que se había quedado dormido en el suelo, después de que les contara a todos una y otra vez la historia de su vida.

CAPÍTULO 61

A la última persona que Alexandre esperaba ver en ese lugar era a Samuel Garnett, quien parado frente a los barrotes y con las manos dentro de los bolsillos del pantalón lo miraba fijamente, y en los ojos marrones claros se notaba el cansancio. Le parecía realmente extraño no hallar desprecio u odio en esas pupilas, pero estaba seguro de que tampoco había empatía o consideración, solo parecían estar carentes de toda emoción.

—¿La encontraron? —inquirió con la voz casi ahogada.

Fue la primera pregunta que logró formular su mente confundida, al segundo siguiente se dio cuenta de que había sido una estupidez, suponía que de ser así Garnett no iría hasta allí para avisarle.

—No —respondió con parquedad, sentía que esa respuesta cada vez le pesaba más. Suspiró con cansancio y prosiguió—: ¿En qué demonios pensabas cuando fuiste a buscar a Paulo Morais para darle una golpiza? — cuestionó mirándolo con rabia, aunque en el fondo le agradecía haberlo hecho, pero sabía que también fue algo imprudente.

—¿Solo ha venido hasta aquí para reclamarme eso? Si es así, puede irse por donde vino —pronunció dándose la vuelta.

—Fue algo estúpido. Ese hombre ya fue investigado y las pruebas confirman que no se encontraba aquí cuando mi hija desapareció.

—¡Al carajo las malditas pruebas! —Alexandre lo encaró nuevamente dejándose llevar por la ira y la desesperación que sentía—. Yo sé que la tiene, lo sé... Y si lo que quiere es prueba, las tengo.

—Si eso es así, entonces lo que hiciste fue mucho más grave, pudiste poner en riesgo la vida de mi hija... ¿Entiendes que enfrentarlo es firmar una sentencia de muerte para mi Elizabeth? —mencionó Samuel con rabia y un temor que le encogía las entrañas.

—¡Solo estoy tratando de encontrarla! —exclamó una vez más, mirándolo con rabia y asombro al ver que intentaba culparlo—. Y ahora estoy encerrado en

este maldito lugar sin poder hacer nada.

Golpeó con las palmas de sus manos los barrotes, con tanta fuerza, que estos se estremecieron, haciendo que el impasible gran fiscal de Nueva York al menos parpadease.

Alexandre tuvo que darle la espalda, consciente de que estaba a punto de derramar las lágrimas que le hacían girones la garganta. La frustración y la impotencia de estar allí encerrado lo estaban quebrando, además del maldito dolor en su hombro.

—Espero que sean pruebas verdaderamente convincentes —dijo Samuel y caminó de regreso, siendo seguido por el policía—. Pagaré la fianza — anunció, seguro de que era un delito menor, por lo que no tendrían que llevarlo ante un juez para que la fijara, allí debían tener una tabla con los montos establecidos para cada tipo penal de menor grado.

Todo el proceso le tomó una media hora y aguardó en la sala de espera junto a Rachell, que seguía molesta con los policías porque no le habían permitido hacer la llamada a Alexandre en el tiempo reglamentario, sino cuando a ellos les dio la gana.

Ella se levantó rápidamente al verlo asomarse en el pasillo y caminar hacia ellos.

—¿Estás bien? —preguntó sin poder quitar la mirada de la camiseta que estaba bastante llena de sangre, imaginó que le había dado la golpiza del sigo a Morais.

—Sí, gracias..., no tenían que hacer esto.

—Tranquilo, tú ya estás haciendo mucho por nuestra niña.

—O eso cree ella —ironizó Samuel caminando adelante.

—No le hagas caso, es un viejo amargado —susurró cómplice—. Vamos, te llevaremos a casa para que te duches y te cambies, seguro también vas a querer descansar.

—No, yo voy a volver a la casa de Morais, ahí están las pruebas —dijo caminando al lado de Rachell hacia la salida, dispuesto a subir a un taxi.

Samuel se regresó sobre sus pasos y lo enfrentó.

—Ni se te ocurra ir ahí, deja de ser tan imprudente... Si quieres ayudar a mi hija, si en verdad quieres hacerlo, mejor no hagas nada... Quédate en tu casa viendo las noticias.

Alexandre lo miró directamente a los ojos, sintiendo que la furia iba a ganarle la partida. Posiblemente hubiese seguido con su duelo de miradas si no hubiese sido porque Rachell, sin ninguna intención le sujetó el brazo y le tocó justo en la herida, provocando que no pudiera ocultar la mueca de dolor.

—¿Qué te pasó? —Preguntó perturbada al ver que tanta sangre no era de Morais, si no de él—. ¿Qué tienes?

—Nada, no es nada —dijo avanzando, repentinamente se sintió muy nervioso, porque si le veían la herida iba a tener que dar explicaciones.

—Espera Alexandre. —Lo retuvo Rachell.

—Te llevaremos a tu casa —sentenció Samuel, creyendo que Alexandre era un chiquillo; por supuesto, solo cuando le convenía, porque quería asegurarse de que no siguiera haciendo estupideces que pudieran poner en riesgo a Elizabeth.

—No es necesario, ya dije que voy a buscar las pruebas —habló más alto una vez fuera de las instalaciones de delegación, donde no pudieran escucharlos los policías—. Eso es lo que necesita para entrar a esa maldita casa por Elizabeth... Bueno, voy a estampársela en la cara —dijo ya molesto, de verdad que estaba casando de que Samuel Garnett lo despreciara tanto como para no darle un voto de confianza.

—Supongamos que esas pruebas existen y no tu instinto salvaje por ir a cobrarte la paliza que te dio —dijo cruzando los hombros sobre su amplio pecho, hizo ese comentario a la ligera, sin tener la más remota idea de cómo había quedado Paulo—. ¿Qué fue lo que viste? ¿Podría convencer a un juez

para que nos dé una orden de allanamiento? Porque si no es así, no nos hagas perder el tiempo.

—Es sangre de Elizabeth, estoy casi seguro que es de ella... Encontré unos tampones usados en la basura.

—No puedes asegurar que sean de ella.

—Yo no, pero una prueba de ADN sí... Esos tampones eran recientes, y Elizabeth estuvo menstruando hace poco.

—¿Cómo puedes saberlo?

Alexandre lo miró con cara de «¿en serio le hacía esa estúpida pregunta?».

—¿Se le olvida que soy su marido?, porque a mí no... —dijo con suficiencia—. Voy por esos tampones y buscaré la forma de que lo analicen —sentenció.

—Samuel, si tú no quieres ir yo sí, no voy a dejar por fuera ni la mínima posibilidad de encontrar a mi hija —determinó Rachell.

—¿Dónde están esos tampones? Porque no vamos a entrar a la casa sin una orden.

—Están afuera, en la basura, solo espero que el camión no haya pasado.

—Deseó, aunque sabía que era completamente seguro que sí había pasado, y quizás había perdido la mejor oportunidad solo por estar encerrado.

—Igual iremos —dijo Rachell, sujetando nuevamente el brazo de Alexandre, con la intención de que subiera al todoterreno, pero el hombre estaba hirviendo—. Alexandre, tienes mucha fiebre —mencionó sin poder ocultarlo.

—No es nada, seguro es el cambio de ambiente.

—No, esto no es debido a ningún cambio de ambiente, he estado en situaciones como estas en muchas oportunidades... Sé reconocer una fiebre.

—Solo estoy resfriado. —Siguió mintiendo—. Será mejor que dejemos de

perder tiempo —recomendó.

—Tienes razón, mejor sube —dijo haciéndole un ademán para que entrara al todoterreno.

Justo en el momento que el hombre se sentó en el asiento trasero del vehículo ella aprovechó y con saña volvió a tocarle el hombro. Él no pudo retener el jadeo de dolor.

—Quítate la camiseta. —Le pidió al tiempo que Samuel subía al asiento del conductor.

—En serio estoy bien.

—¡Por Dios! —rugió Rachell—. Al parecer le heredé a mi hija la fascinación por los hombres tercos... Ya quítate la maldita camiseta.

—Será mejor que la escuches —aconsejó Samuel, dirigiéndose él por primera vez de forma cortés—, o te la arrancará.

Alexandre chasqueó los labios ante el fastidio y sentirse derrotado por Rachell Garnett. No tuvo más opción que obedecerla.

—¡Dios Alex! ¿Qué te pasó? Eso se ve mal, muy mal —dijo ella.

—Es una herida de bala —aseguró Samuel, que las conocía muy bien; había visto millones en todos los años de trabajo—. ¿Cómo fue?

—Eso no importa ahora, ya vamos. —Se iba a poner otra vez la camiseta cuando Rachell lo detuvo.

—Espera, tenemos que curarte eso o se pondrá peor —dijo observando la herida que al parecer había reventado los puntos de sutura y estaba demasiado roja—. Sam, espera un minuto. —Le pidió y salió caminando para ir a la farmacia Pacheco, que quedaba justo al frente.

—¿Quién te disparó y por qué? —interrogó Samuel, una vez que se quedaron solos.

El fiscal estaba demente si creía que iba a darle cualquier información, ni torturándolo le diría lo que había pasado.

—Solo fue un accidente. —Fue su respuesta.

—¿Crees que voy a comerme ese cuento?

—Ese es su problema.

Samuel, por estar mirando la herida se percató del manchón de tinta que se extendía por la espalda y llegaba al hombre. Ya sabía que le decían Cobra.

—¿Qué mira? —preguntó Alexandre al ver que le había llamado la atención el tatuaje.

—La serpiente.

—Es una cobra.

—Tuve un rival...

—Lo sé, en Rocinha, era mi suegro —dijo sin querer ocultar nada. Estaba a la defensiva, pero por primera vez estaban manteniendo una conversación, mientras el luchaba contra los escalofríos.

—¿Tu suegro? —preguntó confundido.

—Sé que cuando era joven iba a Rocinha a las rodas. El padre de Branca era ese Cobra, su rival.

—No lo sabía.

—No esperaba que lo hiciera, igual no lo conocí, ya había muerto cuando conocí a Branca.

—Entonces, ¿por qué ese tributo? —inquirió con sorna. Samuel sabía de la muerte de Cobra, su rival. Se lo habían comentado, sin duda alguna jamás volvió a encontrar a alguien con el mismo nivel de fuerza y destreza.

—Lo admiraba, tuve la oportunidad de ver unos videos, y desde que lo vi supe que quería ser como él. Prácticamente he calcado su técnica... Más allá de que me gustara su hija, enloquecí en cuanto lo vi... Usted también es bueno, o por lo menos lo era, aparece en uno de esos vídeos.

Las palabras de Alexandre lo llevaban a un pasado que muchas veces extrañaba, sintió la necesidad de hablar sobre eso, preguntarle si todavía estaban esos hombres con los que él luchaba cuando era apenas un joven, si seguían latiendo por la misma pasión, pero prefirió no hacerlo.

—Elizabeth también es increíble como capoeirista. —La voz se le apagó—. El mestre le tiene mucho cariño... En las rodas en Rocinha siempre estuvo segura, la mayoría la estima y la admira por el simple hecho de ser su hija... Tanto como para hacer de cuenta que no la conocían y no incomodarla.

Samuel no pudo decir nada porque en ese momento llegó Rachell, así que volvió la mirada al frente. Para ella no había pasado desapercibido que ese par había estado hablando.

—Creo que voy a dejarlos a solas más a menudo —comentó—. Arrímate Alex. —Le pidió—. Te curaré de camino a la casa, ¿recuerdas la dirección?

Alexandre asintió y se la dictó a Samuel.

—Tendremos que ser muy precavidos para que no llamen a la policía, voy a detenerme una calle antes —habló el fiscal y dejó las luces internas del todoterreno encendidas, para que Rachell pudiera curar al hombre.

—¿Quién te hizo esto? —preguntó sacando algunos medicamentos, un antibiótico y algo para el dolor, puso las dos pastillas en la palma de la mano del hombre y le dio la botella de agua.

—Fue un accidente —ironizó Samuel, echándole un vistazo por el retrovisor.

Rachell se encargó de limpiar muy bien la herida y la tapó por un apósito de gasa, para evitar que siguiera ensuciándose con la camiseta.

—Eso es por ahora, en cuanto regresemos de la casa de Morais vamos a una

clínica, necesitas que vuelvan a suturarte. Lo bueno es que más adelante podrás retocar esa parte del tatuaje y no se notará nada.

—Gracias —dijo Alexandre una vez que Rachell terminó y se puso de nuevo la camiseta.

—Por cierto, también traje estos guantes, solo por si acaso.

Samuel miró con admiración por encima de su hombro, por eso amaba a esa mujer.

Tal como habían acordado, Samuel paró el todoterreno una calle antes, se bajaron y caminaron por la calzada, todos pusieron sus miradas en la casa que tenía encendida las luces exteriores y una en el primer piso; estudiaron la posibilidad de entrar y terminar con eso de una buena vez, pero no querían arriesgar la vida de Elizabeth.

Alexandre los guio hasta donde estaban los contenedores de basura, pero pasó lo que tanto había temido, ya se habían llevado todo. Exhaló con fuerza.

—Tenemos que encontrar otra manera, quizá que uno entre... No sé, tiene que haber otra manera —dijo desesperado.

—¿Estás seguro de que viste esos tampones? —preguntó Samuel, todavía desconfiando de la palabra de Alexandre.

—Sí, estoy desesperado por encontrar a Elizabeth, pero no estoy loco, sé lo que vi, sé lo que vi... Saqué la bolsa, la rasgué aquí. —Caminó hasta donde la había dejado caer—. Dentro había todo tipo de desperdicio común en cualquier casa, pero contenía otra bolsa y cuando la rompí encontré los sanitarios...

—¿Qué te llevó a hacer eso? —preguntó, en ese punto ya desconfiaba demasiado.

—¿En serio? —ironizó sin poder creer que le estaba haciendo esa pregunta—. Estaba buscando pruebas. Por si se le olvida soy fotógrafo forense, es mi puto día a día fotografiar pruebas, y también supongo que debe saber los lugares

más recónditos donde se puede buscar con tal de hallar la verdad.

—No se pueden haber llevado todo, si rompiste las bolsas, algo debió caer...

—Rachell, sin la mínima intención de darse por vencida utilizó la linterna de su teléfono para buscar mejor; se dio a la tarea de buscar concienzudamente mientras Alexandre y Samuel seguían discutiendo; definitivamente, hombres tenían que ser, ninguno quería dar el brazo a torcer.

Ella revisó hasta una calle más arriba, regresó y buscó una calle más abajo, casi gateó por la carretera, al otro lado de la calzada; ya de regreso y a punto de darse por vencida se puso a gatas en el suelo, hasta se acostó bocabajo en la calzada y entonces pudo ver debajo del contenedor varios desperdicios, que sin duda, el viento los había acumulado ahí, y si no rodaban el contenedor jamás lo verían.

Se levantó sin siquiera limpiarse la mejilla que había puesto contra el suelo.

—Tenemos que rodarlo.

—Rachell, ya deja eso, todo esto ha sido inútil —desistió Samuel.

—Vamos a rodarlo —repitió ella y empezó a empujar el contenedor.

Alexandre acudió en su ayuda.

En cuanto hicieron el espacio empezaron a buscar, y fue ella la encargada de encontrar una toalla húmeda de sangre.

—¡Aquí está! Lo sabía, sabía que íbamos a encontrar algo... —Casi gritó de la emoción—. Esto sirve, ¿cierto? —dijo sosteniéndola por una puntita.

—Sí, es suficiente —dijo Samuel sin poder creerlo, ahora solo esperaba que esa sangre fuese de su hija, porque estaba seguro de que no era producto de algún tipo de agresión, sino de algo puramente natural por su condición de mujer.

Rachell empuñó la toalla y se quitó el guante, dejando dentro la posible prueba de que su hija estaba en esa casa, ella quería salir corriendo, tirar abajo las puertas, de ser posible las paredes para rescatarla, pero sabía que no

podía arriesgarla.

—Debemos darnos prisa, vamos a entregar esto cuanto antes para salir de dudas y hacer lo que tengamos que hacer... —hablaba Samuel, quien no tenía menos ganas que Rachell de entrar en esa casa.

—Matar al maldito, eso haré —sentenció Alexandre; al fin y al cabo, no sería la primera rata a la que aplastaría.

CAPÍTULO 62

El equipo de operaciones especiales, compuesto por más de treinta hombres, ya estaba apostado afuera de la casa de dos pisos de los padres de Paulo, donde Alexandre creía que él tenía a Elizabeth. Cada oficial estaba en posición, esperando la orden para invadir el lugar, rescatarla con vida y detener al secuestrador. Esa era su misión y no se permitiría ningún error.

Los hombres, vestidos de negro, con pasamontañas y hasta lentes infrarrojos se mimetizaban con la oscuridad de la madrugada, como sombras oscuras que se movían silenciosas por el patio y techo de la lujosa mansión.

Mientras los vehículos esperaban un par de calles más arriba y algunos vecinos observaban a hurtadillas por sus ventanas todo el extraordinario despliegue policial.

Otra cadena policial mantenía lo suficientemente alejada a la prensa, que como hienas pasaban día y noche fuera de la delegación, esperando el mínimo movimiento, por lo que no pudo escapárseles esa misión.

A ellos más que la seguridad e integridad de los ciudadanos involucrados, lo que verdaderamente le importaba era tener la primicia del rescate de la nieta de unos de los empresarios más importantes del país e hija del Fiscal General de Nueva York. Y con su afán no hacían más que entorpecer y muchas veces delatar sus acciones a los delincuentes.

—Les recuerdo —hablaba el jefe de operaciones por el micrófono mientras estaba agazapado contra la pared cerca de la puerta que daba al patio trasero —, que ninguno de ustedes debe poner su vida en riesgo, de no ser un caso extremo, y salvar a un delincuente no es un caso extremo... No sabemos con qué vamos a encontrarnos adentro, puede haber uno como puede haber veinte hombres, y ellos no van a dudar en disparar, así que ustedes hagan lo mismo.

—Entendido señor —respondieron en voz baja y asintieron con contundencia.

—Ahora vamos a rescatar a Elizabeth Garnett —ordenó el hombre, y haciéndoles señas con la mano puso a cada grupo en movimiento.

Los hombres empezaron a desplegarse por todos los ángulos de la casa, con la mirada fija a través de la mira de los fusiles de asalto y ametralladoras ligeras.

Las respiraciones y las miradas atormentadas, producto de los nervios, se escondía tras los pasamontañas y los lentes de seguridad. Para ellos, ese momento, la llamada hora de acción era fácil aunque estuvieran preocupados, sabían que sus reflejos responderían al mínimo ataque, también estaban preparados para lidiar cuando todo pasara y la adrenalina bajara, cuando todos volvían a ser simples mortales, con los mismos miedos y nervios que poseían los que no contaban con sus entrenamientos.

Alexandre y Samuel no desistieron hasta que consiguieron participar en la operación, ellos querían estar ahí para que cuando Elizabeth fuese rescatada pudiera correr a la seguridad de los brazos de los hombres que amaba.

Querían entrar cuanto antes, sentían que los agentes se estaban tomando demasiado tiempo en actuar, ellos ya querían ponerla a salvo y llevarla a casa. Rachell estaba dentro de uno de los todoterrenos, siendo escoltada por dos oficiales; miraba fijamente hacia la casa, con el corazón desahogado, a la espera de ver a aparecer a su niña.

Estaba abrazada a la manta con la cual la cubriría para hacerla sentir protegida, una manta como esa con la que la envolvieron apenas salió de su cuerpo y se la pusieron sobre el pecho, quería que volviera a sentirse segura, a pesar de que ella como madre había fallado en su promesa de cuidarla por siempre. Ya quería que esa pesadilla terminara, era lo que verdaderamente deseaba en ese momento.

El equipo hizo entrada justo cuando tiraron abajo las puertas, el equipo que estaba en el techo descendió en rapel, patearon las ventanas y entraron al segundo piso, invadiendo cada habitación del lugar.

—Habitación número uno despejada —habló el oficial que con la linterna de su fusil alumbraba el lugar que estaba en penumbras y vacío.

—Habitación número dos despejada.

—Vestíbulo despejado. —Seguían avanzando con cautela.

Rayos de luces provenientes de los fusiles se mezclaban entre sí en medio de la penumbra en el interior de la lujosa casa, en busca de eso que los había llevado hasta ahí; todos sabían que no estaría a simple vista, y que si Elizabeth se encontraba en ese lugar debía ser bajo llave.

En los oídos de Alexandre solo resonaba la palabra «despejado», cada vez que la repetían era como una bala que entraba en su cuerpo, un disparo certero que lo dejaba sin aliento.

Mandó a la mierda el protocolo de tener que estar detrás del culo del oficial que lo cubría, no necesitaba nada de eso, él había estado en situaciones de mayor riesgo y había vivido para contarlos. Así que aprovechó la confusión que brindaba la oscuridad y la tensión del momento para ir por su cuenta a revisar cada rincón de ese maldito lugar.

Con largas zancadas se alejó en busca de algún sótano, porque estaba seguro que la parte superior de la casa era lo bastante despejada y estaba muy a la vista de todos como para tenerla por ahí, donde se le haría fácil pedir ayuda o escapar.

Se paseó por cada rincón, buscó detrás de cada puerta y mueble, debajo de cada mesa, tanteó con sus nudillos cada pared, en busca de algún vacío, pero no halló nada, absolutamente nada.

Seguros de que el lugar estaba vacío, un oficial acató la orden de encender las luces, para buscar más pruebas de que ya no estaba pero sí había estado Elizabeth Garnett.

Samuel rugió de frustración, y en medio de la ira y desesperación tiró abajo más de un mueble.

—¡Elizabeth! —gritó el nombre de su hija—. ¡Eli! —Se paseó por cada salón, gritando el nombre de su niña, pero no tenía respuesta. Eso lo regresaba al condenado punto de partida.

Alexandre tenía ganas de hacer polvo la maldita casa, él estaba seguro de que Elizabeth había estado ahí, las pruebas lo habían dejado completamente claro; sin embargo, el maldito de Morais se la había llevado cuando se sintió descubierto. Una vez más maldecía el tiempo que estuvo encerrado, porque le dio la ventaja a ese malnacido para sacarla.

Debía averiguar por sus propios medios a dónde se la pudo haber llevado, y antes de que los policías se le adelantaran se dio a la tarea de buscar eso que lo llevara hasta su mujer. Entró a la biblioteca, revisó cada rincón, cada anotación, se paseó entre los libros, buscó hasta debajo de las putas alfombras y seguía sin encontrar nada; sin embargo, no iba a desistir de encontrar a Elizabeth, no lo haría nunca.

Una vez más subió las escaleras y fue al segundo piso, revisó una a una las habitaciones, hasta que llegó a la que suponía era de Morais; la puso patas arriba hasta dar con una MacBook, ni de mierda se la dejaría a la policía, de eso se encargaría él.

Escuchó pasos acercarse y rápidamente se metió la portátil en la espalda, sosteniéndola con el cinturón, seguro de que la chaqueta le ayudaría a pasar desapercibido, nadie tenía por qué darse cuenta de lo que llevaba.

—Elizabeth. —Fingió llamarla al tiempo que abría la puerta del baño, justo cuando entraba un policía—. ¿La han encontrado? —preguntó siguiendo con su actuación, porque ya sabía que no estaba ahí, pero no debía levantar sospechas.

—No, todo está despejado, vamos abajo —pidió ladeando la cabeza en un movimiento que pedía que saliera de la habitación.

Alexandre caminó con precaución, suplicando que la portátil no se le cayera.

—No hay rastros de que haya estado aquí, por lo menos no a simple vista... ¿Dónde está el jefe de telecomunicaciones? —preguntó Jeffers, mirando a los oficiales que estaban ahí reunidos.

—¡Aquí! —habló, haciéndose espacio entre los agentes. El oficial de la CIA contaba con la tecnología necesaria para que nada se pasara por alto en ese lugar.

—Te quedas tú, tú, tú y tú. —El hombre señalaba al azar—. El resto puede volver.

—Señor, necesitaré mi equipo, está en la furgoneta —anunció el agente.

—Da silva, ve a buscarlo —ordenó.

Alexandre y Samuel no se movieron del lugar, no se irían hasta tener algo más; se sentían demasiado frustrados como para irse con las manos vacías.

Rachell seguía abrazada a la manta, apretándola fuertemente, y el corazón empezó a latirle con demasiada rapidez y el estómago se le encogió ante la expectativa cuando vio a los oficiales acercarse.

—Necesito bajar, tengo que bajar. —Le dijo al hombre que le bloqueaba la salida.

Estaba demasiado emocionada, seguro que su hija vendría acompañada de Alexandre y Samuel, y apenas la viera correría a abrazarla.

El oficial, después de mirar detenidamente a su equipo, se percató de que no había peligro, por lo que le permitió bajar.

—Espere aquí. —Le ordenó, reteniéndola por un brazo al ver que ella iba a correr hacia la casa.

Rachell sentía todo su cuerpo temblar y miraba a los hombres que se acercaban.

—¿Qué pasó? —preguntó abordando a uno de ellos—. ¿Cómo está mi niña?, ¿está bien?

—Lo siento señora —habló y frunció la boca en forma de media luna con pesar—. Llegamos tarde, suponemos que se la ha llevado a otro lugar.

De los ojos violetas de Rachell se derramaron dos lagrimones y la garganta se le inundó.

—No puedes ser. —Jadeó en medio del llanto—, tiene que ser una broma.

—Lo lamento, pero no lo es. Lo más importante es que ya sabemos a quién buscar, sabemos quién la tiene e inmediatamente se emitirá una orden de captura en su contra.

—Eso no me interesa, solo quiero que mi hija aparezca, la quiero conmigo ya —exigió ahogándose con las lágrimas.

Detrás del agente que estaba con Rachell pasó otro con el equipo electrónico que necesitaban.

A una calle de ellos se escuchaba la algarabía de los periodistas y de uno que otro curioso, que sin importar las altas horas de la madrugada se había acercado hasta el lugar para enterarse de lo sucedido, también había un helicóptero sobrevolando la zona. Rachell no tuvo el valor para mirar si era de la policía o de algún canal de televisión.

Antes de encender sus aparatos, el agente de la CIA se paseó por cada espacio de la casa, hasta dar con algo que llamó su atención, pero que a simple vista de los que no estaban acostumbrados a este tipo de inspección no era extraño.

—Esta habitación es mucho más pequeña que las demás —mencionó caminando hacia la pared al final, la cual empezó a golpear con sus nudillos.

La miró de arriba abajo, de extremo a extremo, no había nada fuera de lo común, pero esa era la función de ese tipo de construcciones, que no pudieran detectarse con facilidad.

Agarró la maleta que le acababan de traer y la puso sobre un escritorio, solo él tenía el acceso a los equipos de alta tecnología. Abrió y sacó lo que parecía ser una tabla electrónica, pero era un escáner que podía detectar cualquier panel electrónico escondido en las paredes y dobles fondos en todo tipo de construcción, incluso una fortaleza podría ser detectada.

—Y aquí lo tenemos —dijo el hombre con júbilo, feliz de haber dado con la habitación del pánico que estaba construida tras esa pared falsa—. Toca ahora desactivar los mandos de apertura, son lectores biométricos... No será fácil, pero tampoco imposible.

El hombre hablaba y Samuel tenía el corazón saltándole desaforado en la garganta, tragaba en seco para ver si la ansiedad y nervios disminuían, pero era imposible.

Alexandre estaba inmóvil y en total tensión, a la espera de que la maldita pared falsa se moviera.

—¿Cree que mi hija esté ahí dentro? —preguntó esperanzado. Antes de responderle el hombre sacó otro dispositivo que conectó al escáner.

—No señor, no me ha arrojado lectura de calor o movimiento —respondió con total claridad, porque no deseaba crear falsas esperanzas en el hombre.

Al hombre le tomó unos veinte minutos poder desactivar el sistema de seguridad. No tuvo dudas de que construir ese espacio debió costar una

fortuna y que les tomó por lo menos dos meses hacerlo.

La pared cedió en no más de metro y medio, al otro lado había un pasillo y una puerta con revestimiento en chapa de magnesio, balística, antiproyectil y lectores biométricos.

—Esto es una pequeña fortaleza —dijo el hombre.

Le llevó otros veinte minutos superar el sistema de seguridad de la puerta.

Al terminar, Miller se hizo a un lado y le permitió el acceso al agente encargado de la operación, tras él entraron Samuel y Alexandre.

El lugar estaba perfectamente iluminado, había una cama individual, unas correas y un cubículo de cristal como baño; en el suelo había un par de libros tirados y una flor ya marchita.

Tanto Alexandre como Samuel se llenaron de ira y dolor al ver la cadena incrustada a la pared, pero todo fue más fuerte y prácticamente se quedaron sin aliento cuando sus ojos se posaron en la sábana que tenía manchas de sangre y también estaban seguros de que las otras eran de semen.

Samuel se frotó la cara con desesperación y salió a trompicones del lugar, no podía permanecer ni un segundo más ahí, no quería estar donde su hija había sido violentada de todas las maneras posibles.

En cambio Alexandre permaneció inmóvil, con los ojos puestos en la sábana, reafirmando ese juramento de acabar a puñetazos con la miserable vida de Paulo.

Casi amanecía cuando abandonaron el lugar y dejaron trabajando la policía científica, para recabar las pruebas que allí se encontraban.

En ese momento, al sudoeste del país, la policía irrumpía en la casa de los padres de Paulo, ellos se mostraron totalmente sorprendidos y aterrados con lo que le decían, porque jamás imaginaron que su hijo fuese capaz de algo tan terrible.

Según ellos, era un joven carismático, cariñoso, amable, que nunca había sido

violento. También se mostraron confundidos cuando le preguntaron si los había visitado a principios de mes.

El hombre rubio, alto, de ojos azules miró a su mujer de piel oscura, delgada y tan elegante como una gacela, sin poder comprender nada.

Confesaron que no lo habían visto en meses.

De inmediato informaron que viajarían a Río para prestar toda su colaboración a las autoridades y para estar cerca de su hijo en cuanto logran capturarlo. Era su hijo y lo apoyarían, pues ante sus ojos no era un hombre malo, mucho menos lo creían capaz de cometer ese tipo de estupidez e infamia.

Todo debía ser una confusión.

Elizabeth despertó e inmediatamente abrió la boca para llenar sus pulmones, pero no hizo más que absorber la tela, dejándole saber que nuevamente traía puesta la capucha.

Se sentía incómoda en posición fetal y no poder estirar las piernas, no había más espacio; se sentía además muy atontada, y ya lo identificaba como reacción a los sedantes que Paulo le suministraba.

A medida que los segundos pasaban era consciente del movimiento, lo que le hacía suponer que estaba en algún auto, estiró sus manos unidas por las correas y buscó a tientas, sus dedos encontraron algo sólido, metálico; e inmediatamente los alejó, como si le hubiesen quemado.

Se removió en medio de un ataque de pánico, pero no contaba con la mínima libertad para hacerlo, empezó a gritar y a golpear la lata, era consciente de que estaba en la cajuela de algún vehículo y que no tenía casi oxígeno.

De repente el auto se detuvo y ella contuvo la respiración en su pecho extremadamente agitado, las órbitas querían salir de sus ojos, solo mirando a la oscuridad de la tela y a la espera de que lo peor ocurriera.

Escuchó la cajuela abrirse y su instinto de supervivencia la llevó a levantarse

bruscamente, por lo que se golpeó con la tapa de metal, lo que empeoró su aturdimiento.

Sintió que la sacaron y se la pusieron sobre el hombro, toda la sangre se le fue a la cabeza, pero fue consciente de que caminó por lo menos unos tres metros.

Después la puso de pie en el suelo y le quitó la capucha. Elizabeth mirón con desesperación a todos lados, movía la cabeza en busca de una salida, estaba en un estacionamiento, eso podía reconocerlo.

Le dio un empujón a Paulo y aprovechó que él retrocedió para echarse a correr, pero un tirón la hizo caer de culo y empezó a toser. De esa forma tan violenta y humillante se dio cuenta de que tenía una correa alrededor del cuello, con una argolla en la que se enganchaba una cadena que Paulo sostenía.

—¡Ayuda! ¡Auxilio! —Empezó a gritar—. ¡Alguien que me ayude! —suplicaba, porque veía que había otros autos en el lugar. Sabía que era estúpido, que Paulo no iba a exponerse de esa manera, pero sus nervios la llevaban a actuar de esa manera, su coherencia la había perdido días o quizá meses atrás.

—Elizabeth, será mejor que te calles. —Él empezó a enrollarse la cadena en la mano, obligándola a que se acercara o terminaría asfixiada.

—Ya Paulo, por favor..., por favor... —Lloró totalmente derrotada, ya estaba cansada de luchar; ese infeliz la había quebrantado.

—Voy a dejarte... Te voy a liberar, pero tendrás que portarte muy bien.

—Sí... —Sorbía los mocos y asentía con contundencia, admirando la cara extremadamente golpeada de Paulo—. Te juro que me portaré bien, lo haré...

Sí, lo haré... No le diré a nadie, lo juro.

—Así me gusta, no te haré daño, nunca quise hacértelo. —Le acarició con los nudillos una de las mejillas, y Elizabeth dio un respingo y contuvo la respiración—. Te amo Elizabeth, aunque no lo entiendas... Tú cambiaste mi vida, has sido la única mujer por la que quise ser mejor persona, la única por

la que verdaderamente sentí algo..., algo bonito, algo que me gustaba y me hacía sentir bien. Pero lo jodiste Elizabeth, solo si pudieras amarme, si pudieras hacerlo... —hablaba mirándola a los ojos e inevitablemente los de él se llenaron de lágrimas—. ¿Me dejas que te dé un beso antes de dejarte ir? —Le preguntó.

Ella quería gritarle que no, que le daba asco, que en realidad quería matarlo, pero terminó asintiendo, porque ya quería despertar de esa pesadilla.

—Tienes que decirlo, ¿me darás un beso? —Volvió a preguntar.

—Sí, quiero darte un beso. —Chilló porque le dolía tener que traicionarse a sí misma.

Se acercó a la boca de Paulo y lo besó, saboreando la sangre de él en el labio partido, quizá también la de ella, porque estaba en las mismas condiciones. Ese era el beso más doloroso que había dado y recibido, también el que más asco le producía; tuvo que ser muy fuerte para poder contener las arcadas.

Se alejó lentamente y él le acarició el pelo con ternura, después le besó el pómulo. Elizabeth se quejó ante el dolor, porque todavía estaba bastante golpeada.

—Esta es nuestra despedida, ya no nos veremos más. —Se le derramaron dos lagrimones, porque ciertamente le dolía mucho lo que iba a hacer.

Elizabeth no sabía qué decir, solo quería salir corriendo.

—Quiero que camines, para no tener que tirar y hacerte daño.

Elizabeth se sintió realmente humillada, la había tratado peor que a una perra, pero abrazaba la esperanza de poder liberarse de eso. Con sus pies descalzos caminó por el suelo de cemento de ese estacionamiento.

Vio un ascensor y se reforzó su ilusión de que muy pronto podría volver con sus padres y Alexandre, quitarse esa maldita camiseta y darse una buena ducha.

Entraron al aparato y él marcó el último piso del tablero; no sabía dónde

estaba ni a dónde iría, pero prefería pensar que iba camino a la libertad.

Cuando las puertas se abrieron, quedaron ante un gran vestíbulo con pisos de mármol blanco; salieron y estaba realmente frío.

Ella empezó a temer una vez más, tuvo la certeza de que Paulo le había mentido nuevamente y jugado con sus ilusiones. El terror se apoderó de ella cuando vio acercarse a tres hombres, uno de ellos elegantemente vestido con un traje de tres piezas y a la medida.

Era alto, de pelo oscuro, piel blanca. A pesar del terror fue consciente de que sus rasgos eran atractivos.

—Sergio, mira el regalo que te he traído —habló Paulo con una sonrisa ladina.

—Paulo, ¿qué demonios has hecho?, ¿acaso te has vuelto loco? — preguntó sin mostrar ningún tipo de alteración en su voz.

Elizabeth estaba segura de que el hombre la había reconocido de inmediato, y ella tenía el terror fijado en las pupilas.

De repente sacó un arma, avanzó varios pasos hasta estar lo suficientemente cerca como para ponerle el cañón en la frente. Ella sintió el frío metal, y sin poder controlarse se orinó, sintió el líquido caliente bajar entre sus muslos.

—Eres un estúpido Paulo, solo a ti se te ocurre traer a Elizabeth Garnett...

¡Imbécil! —Con un rápido movimiento quitó el cañón de la frente de Elizabeth y le disparó a quemarropa en la cabeza de Paulo.

Elizabeth gritó aterrada ante lo inesperado, vio cómo su verdugo se desplomó a su lado, podía sentir las lágrimas que brotaban en sus ojos y la náusea que le llenaba el estómago. Sin poder evitarlo empezó a vomitar, salpicando los elegantes zapatos del hombre.

—Desaparezcan a este maldito imbécil... —ordenó y sujetó a Elizabeth por un brazo para llevársela con él.

Elizabeth le gritaba a sus músculos que reaccionaran, sus piernas temblorosas casi no respondían y no podía caminar. El hombre terminó cargándola, porque estaba conmocionada.

La llevó a una habitación con los lujos y comodidades en abundancia y la dejó sobre la cama.

Ella veía todo como si estuviera tras un cristal empañado, no era plenamente consciente de nada.

Vio al hombre, que no tendría ni cuarenta años hablar por teléfono, y en poco tiempo entraron dos hombres, uno traía una bandeja de comida y el otro le entregó una navaja.

Volvió a contener la respiración y su cuerpo en total tensión ya le dolía demasiado como para luchar contra el hombre, que al final solo cortó las correas de sus manos y del cuello, liberándola de las malditas ataduras.

—Cuando quieras puedes ducharte y alimentarte, en el baño hay toallas y un albornoz, siéntete en casa. Si deseas ver televisión puedes hacerlo.

Elizabeth seguía con la mirada perdida, sentada al borde de la amplia y cómoda cama. Y el hombre salió en compañía de los otros dos.

—¿Qué haremos? —Le preguntó uno de los hombres a Sergio, quien era el jefe—. ¿La llevamos a la clínica?

—Todavía no lo sé, quizá sea demasiado valiosa como para vender solo sus órganos.

—Paulo fue un estúpido —comentó el otro.

—Fue un completo imbécil, ya la había jodido con Mendes, y como que no le bastó... Debí deshacerme de él en ese momento, ahora ha puesto a toda la organización en peligro —comentó, consciente de que a Elizabeth Garnett la estaba buscando toda la fuerza policial del puto país.

Elizabeth le tomó por lo menos unos quince minutos reaccionar, se levantó y caminó al baño, no solo tenía una ducha inmensa, sino que también contaba

con jacuzzi. Estaba demasiado perturbada y débil como para mantenerse en pie.

Se quitó la camiseta y arrastró los pies hasta el jacuzzi, se metió, abrazándose a sus piernas. Mientras se llenaba la bañera empezó a llorar descontroladamente debido al bajón de adrenalina que estaba viviendo.

Ahora estaba más aterrada, porque cualquier cosa podía pasar. No tenía idea de quién era ese hombre ni porqué Paulo la había llevado a ese lugar.

CAPÍTULO 63

Alexandre llevaba más de dos horas revisando minuciosamente toda la información en el portátil que se había traído de la casa de Paulo, los ojos le ardían, suplicándoles que los dejara descansar; en realidad, todo su cuerpo requería de por lo menos un par de horas de sueño para no colapsar, pero él no se lo permitía, sabía que eso era un lujo que no podía permitirse.

Principalmente había revisado lo que estaba a vista de todos, documentos, fotografías, vídeos y todo tipo de información que era de fácil acceso, pero poco a poco fue escarbando, buscando en cada compartimiento oculto de ese dispositivo; jaqueó contraseñas hasta acceder a través del IP a los videos del sistema de vigilancia que el maldito tenía instalado. Automáticamente la pantalla se dividió en cuatro, mostrándole la habitación donde había tenido a Elizabeth desde diferentes ángulos.

Revisó grabaciones, pero todas habían sido borradas; aunque no lo suficiente para escaparse a sus conocimientos informáticos. Unos minutos después el corazón se le subió a la garganta y el estómago se le encogió al ver a una mujer acostada en la cama, estaba atada de manos y pies, en posición de crucifixión y llevaba puesta una capucha. Era Elizabeth, todavía llevaba puesta la fantasía de mariposas que había usado durante el carnaval.

Si querían pruebas ahí tenían más, no era conveniente mostrárselo a la policía; él no iba a hacerlo ni loco, porque no quería a ese hijo de puta preso, lo quería muerto, y él sería quien lo ejecutara.

Y cómo no quería que a Samuel Garnett le quedara la más mínima duda de que tanto Rachell como él no se habían equivocado con respecto a Paulo Morais, agarró su teléfono y le marcó.

Samuel apenas dejaba descansar la espalda en la cama para dormir por lo menos un par de horas y seguir en la búsqueda del maldito de Morais; sin embargo, estaba con la mirada perdida en el techo y con las lágrimas ahogándole la garganta, al recordar aquella sábana manchada, que en ese momento se encontraba en el laboratorio, confirmando algo de lo que él ya tenía certeza.

Inevitablemente a su mente asaltaban escenas de la violación de su madre, todo lo que ella sufrió, todo lo que gritó, y saber que su hija había pasado por lo mismo, sin que nadie pudiera escuchar sus gritos para ir en su ayuda le hacía polvo el alma. Estaba seguro de que cuando la encontraran no podría verle a la cara, no podría porque cómo le explicaría que le había fallado, que no había sabido protegerla.

Rachell se acostó sobre su pecho, ella también estaba destrozada, y eso, que él no le había dicho lo que habían encontrado en aquella habitación, ella no sabía que ahí estaban las pruebas de que su niña había sido abusada sexualmente por ese infeliz.

—Sam. —La voz apagada y ronca de Rachell, debido a las horas de llanto y la decepción se dejó escuchar en el silencio de la habitación—. ¿Estás dormido?

Él apretó su abrazo y le besó el pelo, trataba de reconfortar a su mujer, pero sabía que eso era imposible.

—No, sigo aquí, contigo —susurró tragándose las lágrimas.

—Cuando lo encontremos, si la policía lo encuentra, quiero sacarle los ojos, lo haré sin pena ni remordimientos... Tienes que encontrar la manera de que me dejen hacerlo; si no, nunca podré estar en paz. —Su voz cansada también

estaba teñida de odio.

El zumbido del teléfono de Samuel vibrando en la mesita de noche lo alertó, era un número desconocido, pero igualmente no dudó en responder.

—¿Hola? —saludó con precaución.

—Habla Alexandre —dijo sin rodeos.

Samuel suspiró ante esa forma tan particularmente prepotente del marido de su hija.

—¿Qué tienes que decir? —preguntó a la defensiva.

—Necesito que venga ahora mismo a mi casa, supongo que sabe la nueva dirección...

—Amor, ¿quién es? —preguntó Rachell, viendo a su marido con el ceño fruncido.

—¿Es importante? —preguntó.

—No lo hubiese llamado si no lo creyera.

—Entonces voy para allá —anunció terminando la llamada.

—¿Quién era? ¿Qué pasó? —preguntó Rachell en el momento que su marido dejó el teléfono sobre la mesa y la hizo a un lado para levantarse.

—Alexandre, dijo que tiene algo importante —respondió en su camino al vestidor.

—Te acompaño. —Rachell se quitó la sábana y salió de la cama.

—No cariño, será mejor que descanses, lo necesitas —dijo y caminó con largas zancadas, antes de que ella lo detuviera.

Rachell corrió al vestidor, alcanzándolo antes de que pudiera elegir cualquier prenda.

—Estás loco si crees que voy a quedarme acostada como si nada; además, ¿de cuándo acá eres tan cómplice de Alexandre? Si ni lo tolerabas.

—No soy su cómplice y sigo sin tolerarlo, pero en todo lo que corresponda a mi hija puedo tragarme el orgullo y soportar a ciertas personas —comentó al tiempo que sacaba un vaquero. Se quitó el pantalón del pijama y con rapidez se puso la otra prenda.

—Bueno, a mí sí me agrada... Y me alegra que te estés dando cuenta de todo lo que es capaz de hacer por nuestra hija... —Mientras parloteaba se quitó la bata que llevaba puesta, quedando solo con las bragas, buscó un sostén y se lo puso—. Siempre decías que querías para Elizabeth un hombre que fuese capaz de dar la vida por ella, y estoy completamente segura de que ese balazo que tiene en el hombro es por estar buscando a nuestra hija...

—No hace más que ponerla en riesgo, es demasiado impulsivo, ¿acaso no puede verlo?... Si no hubiese atacado a Morais no lo habría puesto sobre aviso y no se hubiese escapado, llevándose a nuestra hija —reprochó y se puso una camiseta.

—En su lugar yo habría hecho exactamente lo mismo... Y te recuerdo, que si no es porque él ve esas pruebas seguiríamos completamente perdidos, por lo menos ahora tenemos la certeza de que el maldito de Morais es quien tiene a nuestra pequeña.

—Si no hubiese perdido los estribos ya la tendríamos con nosotros. — Samuel siguió en su postura—. Él sabe perfectamente que un mínimo error de su parte puede joder todo.

—Ya Sam, dejemos de discutir y démonos prisa...

—Rach, amor... ¿Por qué mejor no te quedas y descansas? Te prometo que te mantendré al tanto.

—Samuel Garnett, dije que no —determinó mirándolo a los ojos.

—Tienes que hablar con Megan para que los niños regresen a Nueva York, ya han perdido muchos días de clases.

—No me quedo y tampoco voy a enviar a los niños, ya después podrán ponerse al día. En este momento debemos estar unidos, así que no importa lo que digas, no me harás a un lado.

Samuel resopló, dándose por vencido; cuando Rachell quería ser terca no había quien le ganara. No tuvo otra opción que llevarla con él.

A esa hora todos estaban descansando, después de una madrugada cargada de mucha tensión, a espera del rescate de Elizabeth, que fue un movimiento totalmente inútil, porque no la encontraron.

Subieron a uno de los vehículos y partieron rumbo al apartamento de Alexandre en Copacabana. A mitad del trayecto se detuvieron en un restaurante, donde compraron unos cafés, bebidas energéticas, periódicos y cruasanes, porque tanto ellos como Alexandre no tenían nada en el estómago, y eran conscientes de que debían mantearse despiertos y con fuerzas.

Fue Rachell quien se anunció con el hombre de seguridad, y en menos de un segundo le concedieron el paso.

Alexandre apenas se daba cuenta del desastre que desde algunos días lo rodeaba, por lo que en medio de carreras se dio a la tarea de levantar algunas cosas, pero no fue mucho lo que consiguió hacer cuando escuchó el timbre que lo sobresaltó.

A pesar de que no quería que vieran el lugar como estaba, tampoco podía hacerlos esperar, porque volver a poner todo en orden como lo tenía Elizabeth le llevaría por lo menos unas cuatro horas; así que haciendo a un lado algunas cosas, caminó hasta la puerta y les abrió.

—Disculpen el desorden. —Fue lo único que dijo al tiempo que hacía un ademán para que entraran.

Decirles esas palabras solo provocó que Samuel y Rachell se concentraran más en el desastre que los rodeaba, aunque era completamente evidente que el hombre había sufrido de un terrible ataque de impotencia y dolor.

Alexandre caminó hasta el comedor, donde había estado sentado, revisando la

computadora; levantó una silla y la puso al lado de la que él estaba usando, mientras que Samuel, con una mano levantó otra silla, ya que en su otra mano tenía la bolsa con las tres bebidas energéticas.

Rachell pensó que había sido extraordinaria idea la parada que hicieron antes de llegar, porque estaba segura de que Alexandre no había comido nada. Puso sobre la mesa la bandeja con los cafés y los cruasanes, mientras miraba en derredor y trataba de disimular.

Sin duda ese lugar tenía el estilo de Elizabeth, ella lo había decorado, era la dueña de ese espacio. Inevitablemente se le formó un nudo de lágrimas en la garganta, pero se obligó a tragárselo y poner atención en los hombres.

Alexandre tecléo con gran habilidad en el portátil.

—Mire. —Rodó el aparato para que Garnett viera el vídeo—. Más pruebas —mencionó y pudo ver cómo el semblante del hombre se transfiguró, se vio ensombrecido por el dolor y la impotencia.

Se llevó la mano a la cara, cubriéndose la boca, todavía sin poder creérselo.

—Voy a despellejar vivo a ese maldito —rugió Rachell, temblando de ira y con dos lagrimones corriendo por sus mejillas.

A pesar de la situación, Alexandre no pudo evitar impresionarse ante el comentario de la elegante diseñadora, parecía que quien llevaba los huevos de coraje en ese matrimonio era ella, porque el marido solo estaba demasiado engeguecido con el sistema judicial.

—Amor, no tienes por qué ver esto... —habló Samuel, que realmente le dolía que su mujer tuviera que ver cómo su hija había pasado esos días en cautiverio.

—Tengo que verlo, así pensaré muy bien todo lo que le haré a ese grandísimo bastardo cuando lo tenga en frente.

—¿Cómo es que tienes esto? —preguntó Samuel al salir de la primera impresión que le provocó ver a su hija amarrada a esa cama.

—Eso no importa Samuel, lo importante es que lo tiene, ya no hay dudas de que Elizabeth estuvo ahí —habló Rachell.

—Las pruebas recabadas en ese cuarto ya no dejará dudas, pero ¿cómo es que tú...? —dijo desviando la mirada a Alexandre—. Tienes esto, porque tendrás que explicarlo.

—Lo tomé prestado de la casa de Morais —respondió, no le interesaba ocultarle esa información a Garnett.

Samuel se llevó las manos a la cabeza y soltó un sonoro suspiro. Ese tipo era un caso perdido, él creía que hacer las cosas a su manera era la mejor opción. En realidad, no lograba entender qué había visto su hija en él, ella que era tan ordenada, tan comedida, que desde muy pequeña aprendió a seguir las reglas, cumplía estrictamente con sus horarios y obligaciones. Y

esto que tenía en frente era un completo desastre.

—No voy a esperar a que el ingeniero informático de la policía se desayune, converse con los compañeros sobre lo que hicieron o no hicieron anoche, se rasque las pelotas y después se digne a revisar sin mucho interés si existe algo importante en esto —dijo señalando la pantalla—. Para él solo es un trabajo, por el que le darán la misma remuneración si encuentra o no encuentra algo. Para mí Elizabeth es prioridad, en este instante está por encima de mi propia existencia... No me pida que siga las malditas reglas. — Le dejó completamente claro—. Si no está de acuerdo con la manera en la que estoy haciendo las cosas puede irse y esperar a que lo llamen para darle noticias.

—Touché —susurró Rachell solo para que su marido la escuchara—.

Alexandre tiene razón —dijo en tono normal—. No es que piense que la policía no esté haciendo el trabajo, creo que lo hace muy bien, pero tras ellos siempre está la prensa, exponiendo cada movimiento, y eso pone sobre aviso a Morais.

—No siempre es la prensa la que alerta —ironizó, dedicándole una mirada a Alexandre.

Él sabía perfectamente que Garnett lo culpaba porque había perdido el control con Paulo, él mismo ahora se arrepentía, pero ya nada podía hacer.

—Estos vídeos no es lo más importante... —hablaba mientras tecleaba sin parar—. Muchos piensan que todo lo que eliminan de sus ordenadores es definitivamente erradicado, pero en realidad no es así, nada que se haga mediante los habituales sistemas de borrado desaparece definitivamente, ya se trate de textos, fotos, vídeos, correos, conversaciones de chat o el historial de navegación en internet, nada... La única manera de eliminar algo es escribiendo otro archivo encima, pero esto es más complicado de lo que parece, ya que nada garantiza que el nuevo documento se sitúe en el mismo lugar del disco duro donde estaba el anterior... —Parloteaba sin que sus dedos se detuvieran, mientras Samuel y Rachell solo miraban la pantalla y escuchaban atentamente, pero sin entender mucho la situación, aunque sabían que estaba a punto de mostrarles algo importante por la pasión con la que hablaba, pero no sabían qué—. Hay programas dedicados a sobrescribir archivos concretos, para garantizar un borrado más eficaz, pero incluso este software a veces deja intactos algunos fragmentos de esos que desea hacer desaparecer... —Pulsó con energía varias veces, casi sintiéndose victorioso, y volvió a mostrarle a Garnett la pantalla—. Aquí tiene correos, fotos y algunos vídeos que no voy a mostrarle a la señora por respeto... —Se quedó en silencio, a la espera de Garnett, quien parecía todavía no saber la importancia de lo que le estaba mostrando reaccionara—. No reconoce a la chica, ¿cierto? —preguntó.

—No, no sé... En este momento mi concentración está bastante dispersa.

Alexandre volvió a rodar hacia él el ordenador, se fue al principio de la conversación, donde la joven se presentaba y se la mostró una vez más al fiscal.

—Naomi Barbosa...

—La turista portuguesa. —Le aclaró él—. Todavía está desaparecida. Ella no solo vino de vacaciones como piensa la policía... Vino a verse con Morais, que le mintió al hacerse llamar Oliver.

—¡Es un maldito psicópata! —rugió Rachell.

—No, no es un psicópata. —Le aclaró Alexandre—. Es un sociópata...

No hace esto por placer o por algún tipo de desorden mental. Paulo contacta a las chicas y las lleva con alguien más, solo para percibir un pago. —Volvió a teclear, mostrando otros mensajes, mientras Samuel estaba aturdido, su cerebro estaba asimilando mucho más lento que Alexandre, quien parecía tener un par de tanques de óxido de nitrógeno que lo impulsaba a ir más rápido; debía admitir que lo tenía asombrado, no era el primer ingeniero informático que veía trabajar, pero sí el más eficiente; los de la CIA o FBI darían diez de sus empleados por él—. En estos mensajes están los contactos...

Samuel siguió leyendo, jamás pudo imaginar que aquel chico que vio en la academia junto a su hija y que debía admitir de su agrado resultara ser un demonio, que al parecer, formaba parte de todo un infierno. Hablaban de esas jovencitas como si solo fuesen mercancía, hasta competían para ver quién conseguía primero a una presa.

Rachell estaba horrorizada pero también furiosa, muy furiosa. Le dio un gran trago a su café ya frío, porque necesitaba pasar con algo esa impresión.

—Entonces, ellos pueden tener a mi hija, quizá la llevó con ellos —habló la mujer, tragando grueso.

—Es lo que pienso también —dijo Alexandre totalmente convencido.

—Tenemos que avisar a la policía, ellos van a dar con esta organización...

Siempre lo supe, siempre supe que los asesinatos de las mujeres no tenían que ver con Vidal...

—Vidal es un imbécil, un psicópata que dejó que su súper ego lo venciera y se expuso, alegando hacer cosas que no hizo... No quiero decir con esto que no merezca pagar por todos esos niños que asesinó, sino porque con su estupidez desvió toda la atención de la investigación hacia él.

—Ya tenemos la información necesaria, esos correos nos llevarán a los cómplices de Morais —habló Rachell.

—No es tan fácil, podemos ver lo que hay en la red, eso es fácil porque cada sitio tiene una dirección IP, un nombre único para el servidor que lo pone en ese lugar, y con el programa adecuado se pueden obtener las coordenadas de GPS para cada servidor y se pueden localizar rápidamente...

Pero hay un gran problema, así como existe ese programa para dar con las coordenadas, también hay otros que mantienen el anonimato... —Miró a Rachell, tratando de explicarle con palabras sencillas lo que quería decir—.

Es como el dicho «el que hace la ley también hace la trampa». Como los laboratorios que crean virus, para después vender los medicamentos. No sé si me explico...

—Claro, lo entiendo —comentó Rachell, sintiendo que no bien avanzaban cuando ya estaban retrocediendo.

—Pero... —En ese momento el teléfono de Alexandre, que estaba sobre la mesa empezó a vibrar. Sin dudar y en un movimiento casi desesperado lo atendió—. Dime Rayne —pidió.

—Cobra, te tenemos un regalo... ¿Vienes a la fiesta o no?

—Por supuesto. Enseguida voy para allá... ¿Está en la cueva? —preguntó sin conseguir ser más discreto.

—¿Dónde más? Aquí te está esperando, ya preparado para que lo hagas cantar el himno de la alegría —dijo sonriente y le dio un manotón en la cabeza al hombre que tenía amarrado en la silla.

Samuel y Rachell miraban muy atentos a Alexandre, a quien definitivamente el semblante se relajó, como si hubiese recibido la mejor de las noticias.

—Bien, entonces nos vemos como en media hora... ¿Te parece?

—Usted manda señor —dijo en tono de burla.

Alexandre terminó la llamada y puso su atención una vez más en sus acompañantes, con toda la intención de echarlos cuanto antes.

—Como te explicaba... —Retomó la conversación con Rachell—, tenemos los mensajes, pero no la dirección física de donde provienen. Pueden ser sus compañeros aquí en Río o en cualquier otro Estado... Estamos frente a algo grande.

—La CIA sabrá qué hacer, seguro que da con la dirección física.

—Posiblemente, pero ya la noticia de que Paulo es el responsable de la desaparición de Elizabeth recorre el mundo, sin dudas, la gente para la que trabaja debe estar enterado... Y no tardarán en ver a Elizabeth como mercancía peligrosa.

—¿A qué te refieres con eso? —interrogó Rachell.

—Quiere decir que cuando algo no sirve o atenta contra su seguridad, van a deshacerse cuanto antes de eso, en este caso, de Elizabeth. Y no voy a correr el riesgo de que la policía termine divulgando que ya tenemos pruebas sobre la organización... No lo voy a permitir. —Cerró de un manotón la portátil—. Eso era todo lo que tenía que decirles, en cuanto tenga más noticias les informaré.

—¿Con qué derecho tomas este tipo de decisiones? —cuestionó Samuel, molestándose realmente—. Elizabeth es nuestra hija, y no tienes más derecho sobre ella que nosotros...

—Yo no tengo ningún derecho sobre Elizabeth, porque no es de mi propiedad, no es un objeto como para hacer ese tipo de comentarios. Si ella decide estar conmigo o regresar con ustedes que sea por decisión propia...

Pero en este momento no voy a compartir esta información con la policía, primero voy a investigar exactamente o el posible lugar donde la tengan, y solo entonces buscaré ayuda del equipo especial... Hacerlo sin tener nada en concreto es poner en riesgo la vida de Elizabeth.

—Sam, creo que debemos tomar en cuenta a Alexandre, no es por desacreditar el trabajo de la policía, han hecho todo lo que han podido, pero hasta ahora ha sido él, quien más nos ha acercado a Elizabeth —habló Rachell sin tener la mínima intención de quitarle autoridad a su marido.

Samuel inhaló profundamente, tratando de ser razonable y dejarse vencer por la mayoría.

—Está bien, no voy a llamar en este momento a la policía para denunciarte por robo de evidencia y obstrucción a la justicia... Solo si me dejas acompañarte.

—No, de ninguna manera —determinó—. Puede ser muy peligroso, es mejor que espere a que yo le tenga la información.

—Dije que voy contigo y no harás nada para evitarlo. O voy contigo o tan sencillo como que te sigo.

—¡Maldita sea! —rugió Alexandre, sintiéndose acorralado—. No puede, ¿acaso quiere joder todo?

—Solo quiero participar, saber si lo que haces por mi hija es lo correcto.

—No, no es lo correcto, téngalo por seguro... Pero es lo necesario — aclaró.

—Rachell, regresa a la casa, voy con Alexandre.

—No es prudente...

—A ver Alexandre..., tengamos las cosas claras, puede que para ti parezca un viejo estúpido y desesperado, que lo mejor que puede hacer es mirar cómo otros tratan de salvar a su hija y llorar como un marica, pero no es así... Mis años de experiencia no me los gané en una caja de cereales, suelo ser muy analítico y sacar conclusiones en un dos por tres... Sé que el disparo en tu hombro no fue un accidente y que a nadie le meten una bala solo porque sí... Nos llegó información del tiroteo que hubo en Rocinha con la gente de Cruzeiro y no tengo que ser advino para saber que estuviste involucrado en esa situación.

Alexandre se quedó mirándolo un tanto pálido y sin saber qué decir, quizá comprendiendo que ya no podía seguir ocultando lo que estaba haciendo.

—Es más difícil de lo que parece... —Empezó a explicar—. Sepa que el mínimo error pone en riesgo la vida de mi familia, y solo lo hago porque Elizabeth también es mi familia.

—Explica —apresuró Samuel.

—He tenido que involucrarme en cosas turbias para poder encontrar información, el problema entre Rocinha y Cruzeiro es por unos proxenetas de Cruzeiro, que se llevaban a niñas y jóvenes de Rocinha para explotarlas en fiestas del dueño del morro... Pensé que quizá habían visto a Elizabeth y ellos se la habían llevado —explicaba Alexandre mirando a los ojos a Garnett, quien se mostraba muy atento—. Sé que ese tipo de enfermos cuando se obsesiona con alguna mujer estudia minuciosamente sus movimientos y las manda a acechar con sus manadas de lobos feroces hambrientos y sin escrúpulos... Y como no pudieron llevársela de Rocinha, lo hicieron del sambódromo. Pero ya nos dimos cuenta de que estaba equivocado, no habían sido ellos...

—¿Y ahora?, ¿qué se supone que es el paso a seguir?, ¿cuál es el maravilloso plan? Si acabas de admitir que estabas equivocado —reprochó Samuel.

—En los interrogatorios de los bandidos de Cruzeiro, todos juraron no saber dónde estaba Elizabeth, pero uno de ellos mencionó que había un hombre en Cruzeiro que trabajaba para una organización de traficantes...

—Seguro para la que trabaja el desgraciado de Paulo —intervino Rachell con entusiasmo, como si hubiese dado con la respuesta correcta de algún premio millonario.

—Probablemente, la llamada que acabo de recibir era para decirme que tienen al maldito... Necesito ir a sacarle información, no voy a descansar hasta que me diga que Paulo Morais trabaja con ellos y la dirección exacta de donde está su centro de operaciones...

—Iré contigo —ratificó Samuel.

—Ya le dije que me he involucrado con gente peligrosa, si nos ven llegar juntos no van a dudar en matarnos.

—No lo harán, confía en mí... No lo harán.

—Sam, mi vida... Es peligroso —comentó Rachell con el corazón en la garganta.

—Yo sé lo que cuesta la venganza, pero vale la pena el precio. —Le dijo a Rachell, recordando cuando él mismo tomó la justicia en sus manos y golpeó hasta casi matar a los violadores y asesinos de su madre. En realidad, los hubiese aplastado como cucarachas si no era porque los necesitaba para que confesaran quién los había contratado para que le desgraciaran al ser que más amaba—. Ya una vez Dios me lo robó todo, y ahora me tortura todos los días con recuerdos. No voy a permitir que vuelva a pasar, no voy a permitir que el recuerdo de mi hija se sume al último recuerdo que tengo de mi madre. Así que si tengo que convertirme en un asesino por encontrar a mi hija lo haré, juro que lo haré —sentenció.

—Entonces vayan, pero por favor, cuídense —suplicó Rachell, se acercó y le dio un beso en los labios a su marido.

Alexandre dio largas zancadas hasta la cocina, buscó en uno de los muebles su Glock, la revisó y se la aseguró en la cintura. Después fue hasta los vestidores y trajo un par de gorras negras.

—Nos vamos, no hay tiempo que perder —dijo mirando a Garnett—. Será mejor que se ponga esto. —Le tendió una de las gorras, mientras suplicaba que Rayne le dejara explicarle antes de que le metiera una bala en la cabeza, al creer que podría denunciarlo o que era una emboscada—. Te dejo las llaves Rachell, no quiero echarte. Si quieres puedes comer eso que trajiste e irte cuando decidas. —Le dijo.

Ella corrió una vez más hasta su marido y lo besó.

—Cuídate mucho amor. —Después miró a Alexandre—. Tú también, que mi hija te necesita.

Alexandre y Samuel bajaron al estacionamiento y salieron en la moto disparados a Rocinha, el fiscal iba sujetándose a la cintura de un yerno que todavía le costaba demasiado aceptar.

CAPÍTULO 64

A pesar de que estaba en un lugar mucho más cómodo, mejor climatizado y con una alimentación completamente balanceada, Elizabeth solo pudo dormir pocas horas, porque inevitablemente era atacada por terribles pesadillas, además del dolor en su rostro.

Despertar y no estar amarrada era lo mejor que le había pasado en todo el tiempo que llevaba secuestrada; sin embargo, tan solo había cambiado de jaula, porque seguía encerrada.

Ya había intentado salir, pero la puerta estaba trancada y no tenía ventanas, solo un tragaluz en el baño y otro en la habitación, donde en la noche se corrió la persiana automáticamente, por lo que pudo ver las estrellas.

Ahora podía saber cuándo era de día y cuándo de noche, hizo a un lado las sábanas de seda y fue al baño, cerró la puerta con seguro y aprovechó para darse una larga ducha de agua caliente; volvió a lavarse el pelo, aprovechando que ahí podía durar todo el tiempo que quisiera y que los productos no eran racionados.

Cada vez que cerraba los ojos volvía a vivir el momento en que le dispararon a Paulo en la cabeza. Ella había deseado que pasara; incluso, si hubiese tenido la oportunidad lo habría hecho ella misma, pero no sabía que verlo iba a perturbarla a tal punto.

Ni siquiera el dolor en su rostro era suficiente para distraerla de sus atormentados pensamientos y de la incertidumbre que ahora reinaba en ella.

Terminó de ducharse y se quedó mucho tiempo mirándose al espejo, tratando de reencontrarse con la Elizabeth que no había pasado por ese infierno, pero solo veía un rostro con las huellas de la violencia de un hombre obsesionado.

Tenía un horroroso parche rojo y brillante de sangre en la esclerótica izquierda, ya su mejilla no estaba tan inflamada, pero sí le dolía mucho la parte interna del labio, donde la había partido, y lavarse los dientes era una tortura, cada vez que escupía volvía a hacerlo con sangre. Pero sabía que iba a sanar, estaba segura de eso, tanto física como emocionalmente.

No iba a permitir que esa experiencia borrara a la mujer que era, que unos días, quizá meses acabaran con la chica feliz y amada que había sido, no iba a permitir que esa situación la consumiera. Seguramente Alexandre o su padre terminarían encontrándola.

Por lo menos ya Alexandre sospechaba de Paulo, y conociéndolo, sabía que no iba a darse por vencido, que iba a investigar hasta dar con todo lo que había pasado... Se aferraba a esa esperanza como si fuese un salvavidas en medio de un océano embravecido.

Volvió a ponerse el albornoz y salió del baño, pero justo al abrir la puerta se encontró al hombre que había matado a Paulo, sentado en un sillón junto a la puerta.

Sus ojos negros con una espesa línea de pestañas oscuras, que le daban la impresión de tener los ojos delineados, la miraban con atención, pero no con lascivia.

—¿Cómo amaneciste? —preguntó, estaba sentado con las piernas cruzadas en una posición elegante y varonil.

Elizabeth no podía responder, estaba demasiado asustada como para hacerlo, solo se quedó parada bajo el umbral de la puerta, observando al hombre alto y elegante, mientras tragaba en seco, tratando de devolver el corazón a su sitio.

—Entiendo que estés asustada, veo que Paulo se comportó como un animal contigo... No debió ponerte una mano encima, ni siquiera debió elegirte. —Él comprendía que ella no iba a hablar—. Te he traído comida, si deseas algo más puedes pedírmelo, lo que sea...

Elizabeth quería decirle que lo único que deseaba era irse a casa, quería volver con las personas que amaba y olvidar todo eso, pero bien sabía que ese hombre no la dejaría marchar por las buenas, no importaba qué tan amable se mostrara, ella sabía que no lo era; se lo había demostrado al matar a Paulo sin remordimiento alguno.

—¿Deseas ropa? —Le preguntó.

Elizabeth afirmó lentamente, las necesitaba porque con el albornoz se sentía desnuda.

—Está bien, te la traeré... Espero que disfrutes el desayuno.

Se levantó y a ella le pareció más alto que la vez anterior, era delgado, elegante y muy educado, no parecía ser un delincuente, pero probablemente lo era; de otra manera Paulo no la habría llevado ahí.

En cuanto el hombre salió, ella encontró el valor para caminar de regreso a la cama, se sentó al borde y sus ojos se posaron en la bandeja que estaba en el comedor de dos puestos, que estaba cerca de la puerta. Su estómago le pedía que corriera y se devorara cada miga de comida, pero el miedo la obligaba a seguir empuñando las sábanas.

Después de algunos minutos fue por la bandeja y la llevó a la cama, no sabía si eso estaba permitido, pero temía comer cerca de la puerta. Se sentó sobre sus talones y disfrutó como nunca de un típico desayuno americano, de pan tostado, huevos, mermelada y tocino.

Gemía con cada bocado ante el éxtasis que sentía, eso le había hecho apreciar verdaderamente el valor de los alimentos, porque en esos días había pasado mucha hambre.

Se atrevió a agarrar el control que estaba en la mesita de noche y encendió el televisor que estaba pegado a la pared de en frente, estaban transmitiendo una película nacional, pero ella no deseaba ponerse al tanto del mundo del cine, por lo que sintonizó el canal de noticias, pero en el instante estaban cumpliendo con pausas publicitarias; le bajó el volumen y tomó del café que ya se había enfriado pero que igualmente le sabía a gloria.

Lo malo era estar en ese lugar y no en su casa, lo peor era que tampoco le daban cubiertos y debía seguir comiendo con las manos.

Dejó de masticar el trozo de tocino y no pudo tragarlo cuando vio que empezó el noticiero. La pantalla se dividió, en un lado una periodista relatando los hechos y en el otro todo un despliegue policial que corría a una casa.

Rápidamente comprendió que ahí era donde la había tenido Paulo, solo que ella no se había dado cuenta, porque la única vez que había entrado y salido de ese lugar había estado inconsciente.

Recordaba el momento en que le había disparado cerca, muy cerca de la cabeza y volvía a sentir terror, las náuseas regresaban, así que decidió dejar de lado los pocos alimentos que todavía no se había devorado.

Todo el miedo se replegó, dándole paso a una felicidad infinita cuando vio en la pantalla a Alexandre. Era él, no tenía dudas, él había llevado a la policía hasta ahí para rescatarla. Su emoción se incrementó cuando vio a su padre, le gustaba verlo así, mucho más seguro, con más entereza, tan fuerte ante las adversidades, porque eso a ella también le daba valor. Haberlo visto llorar y de rodillas, como la vez que el maldito de Paulo se lo mostró, terminó debilitándola, le quitó todas las fuerzas, la hizo sentir vulnerable, porque su fuerza era su padre, y si él estaba mal, ella estaría peor.

Volvió a llenarse de esperanza, porque estaba segura de que Alexandre y su padre no se darían por vencidos; por el contrario, parecía que habían unido sus fuerzas. El estómago se le encogió de emoción al verlos al fondo de ese plano, en medio de tantos policías que estaban conversando.

Quería poder gritarle al televisor que estaba ahí, para que Alexandre y él se volvieran a verla, pero lo cierto era que ella tampoco tenía la más remota idea de dónde estaba.

Ya habían acusado de su secuestro a Paulo Morais, lo que ellos no sabían era que ya estaba muerto y que ella estaba en manos de un perfecto desconocido; sin embargo, no se permitió volver a entristecer, seguiría pensando que en cualquier momento su familia aparecería y la rescataría.

Justo cuando la puerta se abrió ella reaccionó rápidamente, apagó el televisor y se quedó muy quieta en la cama, todavía sentada sobre sus talones.

El hombre entró, trayendo una caja blanca con bordes florales, que ella conocía muy bien, porque había modelado para esa firma.

—Espero que sea de tu talla —dijo con una ligera sonrisa de medio lado, que

le hacía evidente un hoyuelo en la mejilla.

Esos ojos oscuros no la miraban con perversión, no era esa mirada inyectada de lascivia como la de Paulo, en esos dos luceros bailaba sutilmente la seducción.

Ella seguía sin hablarle, aunque eso le costara un ataque de ira al hombre y terminara lastimándola.

Sin quitarle la mirada de encima él se acercó a la cama, provocando que ella se tensara y empezara temblar desde la punta de los pies hasta el pelo, vio cómo puso la caja sobre el colchón, entonces no pudo evitar mirar la estilizada caligrafía dorada de la marca *Monique Lhuillier* sobre la tapa.

Esperaba que no fuese un vestido de novia y que este no fuese otro enfermo que pretendiera obligarla a casarse con él.

—¿Sabes por qué Paulo te eligió? —preguntó. Ella volvió a tragar seco para hablar—. Si quieres que te ayude deberás responder... Solo pretendo ayudarte. —Estiró su mano y ella se tensó todavía más, pero no pudo evitar ponerle un mechón de pelo detrás de la oreja; a pesar de estar maltratada, físicamente le parecía más hermosa en persona, no podía negar que la joven era realmente atractiva, por lo que sería un verdadero desperdicio usar solo sus órganos.

Elizabeth alejó la cabeza en un intento por huir, aunque bien sabía que no podría hacerlo.

—Sé por qué me secuestró —habló y su voz estaba bastante ronca.

—¿Por qué? —interrogó y estaba perdido en los ojos grises casi azules, y en el temblor de las pestañas.

—Porque estaba obsesionado conmigo... Fue mi compañero de capoeira y hace unos meses salimos un par de veces, nada serio, por lo menos no de mi parte... —Cada vez que hablaba le dolía la garganta, debido a la terrible presión que Paulo ejerció con la cadena—. Pero él no lo entendió así, quería que fuese su novia a la fuerza, por eso me secuestró. Lo que no sé es porqué

me trajo aquí —explicó, aventurándose a mirar a los ojos negro y algo achinados del hombre, que resaltaban enigmáticamente esa piel blanca y muy cuidada.

—Será mejor que no lo sepas —dijo alejándose de la cama.

Esa frase hizo que el pánico en Elizabeth se despertara nuevamente, ella sabía que no era para nada bueno, solo esperaba que la rescataran antes de que cosas verdaderamente terribles le pasaran.

—Espero que te guste el vestido. —Le dijo echándole un vistazo a la caja —. ¿Puedo llevarme esto? —preguntó señalando la bandeja.

Elizabeth afirmó con lentitud.

—Si deseas algo más solo pídelo —comentó agarrando la bandeja.

—No, nada... Gracias —musitó, porque el miedo no la dejaba decirlo más alto.

Él volvió a sonreírle de medio lado, en forma de despedida, y salió de la habitación. Justo en el pasillo estaba el hombre que custodiaba la puerta las veinticuatro horas.

—¿Qué vamos a hacer con ella? —preguntó con la confianza que su jefe le había dado, al tiempo que le quitaba la bandeja para ponerla en el carrito de servicio que estaba a su lado.

—Todavía no lo sé. Si no fuese tan arriesgado me la quedaría..., estoy seguro de que terminaría en mis brazos por voluntad propia, quizá no tenga ni siquiera porque enterarse de mis negocios... —confesó con la idea latente de quedarse con Elizabeth Garnett, ya había olvidado la última vez que había tenido una relación de más de una semana con una mujer, y deseaba vivir la experiencia de tener a alguien especial en su vida.

—Todas las fuerzas militares del Estado la están buscando, pero no creo que den contigo; quizá podrías sacarla del país... Anímate a una luna de miel con la modelo en Santorini.

—Lo pensaré. —Inhaló profundamente, se llevó las manos a los bolsillos del pantalón y caminó por el pasillo de ese rascacielos, que era una de sus murallas.

Samuel trataba de esconder la cara tras la visera de la gorra, como Alexandre le había pedido, e intentaba llevarle el paso por los callejones de Rocinha, que después de tantos años volvían a recibirlo.

Se reencontraba con lugares donde había latido con mayor fuerza su pasión, donde le había dado rienda suelta a su fascinación por la capoeira, pero a la que no había vuelto poco después de que se convirtiera en padre, y no era que con los años hubiese renegado de adorar la vida de los capoeiristas callejeros, sino que debió ser más prudente y ser más cuidadoso por sus hijos, porque ellos dependían de él. Había cambiado su pasión de capoeirista por su pasión de ser padre, y no se arrepentía.

Casi corriendo entre esos callejones se daba cuenta de que estaba fuera de forma, que no era lo mismo correr una hora en la máquina del gimnasio que hacerlo ahí, con la adrenalina en el punto más alto, e iba varios pasos por detrás de Alexandre.

El olor que salió en cuanto Cobra abrió la puerta del lugar subterráneo, que estaba después de atravesar el camuflaje de una peluquería, no era para nada agradable, y Samuel tuvo que hacer de tripas corazón para no vomitar hasta lo que no había comido.

El vapor que se concentraba en el interior era bastante sofocante y hacía menos soportable ese aroma pestilente, como de rata muerta. Él no podía saber que no había quien limpiara los restos de sangre, saliva, orina, y en algunas ocasiones, hasta de excremento, producto de las torturas que ahí se llevaban a cabo; incluso, algunos cuerpos permanecían ahí por varias horas, hasta que lograban sacarlos y desaparecerlos, por lo que los gases que emanaban los cadáveres se concentraban en el ambiente.

Para Rayne y Luan ya eran olores familiares, con los que sabían lidiar, mientras que para Alexandre y Wagner apenas estaban en proceso de

acostumbrarse.

—Detrás de mí, detrás de mí. —Le dijo Alexandre con tono de mando, cuando empezaron a bajar las escaleras con precaución.

Alexandre no podía negar que estaba muy nervioso, porque sabía el peligro que tanto Garnett como él corrían; así que antes de arriesgarse prefirió exponer su situación de una vez.

—Rayne. —Lo llamó, haciéndole un sutil ademán a Garnett para que esperara un par de escalones más arriba.

—¡Ahora sí va a empezar la fiesta! —El joven se mostró realmente excitado ante la llegada de Cobra, era sanguinario y no podía evitarlo.

Su instinto violento lo dominaba, probablemente por eso era la mano derecha de uno de los hombres más poderosos de Río, aunque su fortuna y su poder no fuese considerado legal, lo cierto era que todo el mundo le temía y eso lo ponía por encima de muchos ladrones y sádicos con corbata que creían que lideraban en el asfalto.

—Rayne, ven aquí. —Lo llamó desde las escaleras—. Tengo que mostrarte algo.

—Me han traído regalo —dijo burlón y corrió escaleras arriba, pero se detuvo abruptamente al reconocer al hombre que se quitaba la gorra—. ¿Qué mierda es esta Cobra? —reprochó molesto, los habría dejado como un colador si no hubiese dejado su Uzi con Luan.

—Rayne, es el padre de Elizabeth.

—Sí, sé quién mierda es —reprochó—. ¿Cómo se te ocurre traerlo aquí?, ¿cómo nos expones de esta manera?

—Amigo, hermano... —Trataba de hablar Samuel.

—No soy tu hermano. —Le dijo determinante al fiscal—. No necesito más decepciones de mi familia, y un fiscal podría ser la peor mierda...

—Lo sé, pero yo aquí no soy fiscal, soy el padre de Elizabeth, y estoy dispuesto a hacer lo que sea... Solo quiero encontrarla.

—Rayne, te doy mi palabra... Es de mi total confianza —habló Alexandre.

—Más te vale que lo sea. —Miró con suspicacia a Samuel y después a Cobra —, porque si este tipo suelta la lengua, quien pagará el desliz será tu hija, y ya ves lo bonita que es... —Tenía experiencia en el arte de proferir amenazas, y era igualmente experto en llevarlas a cabo.

Alexandre tensó la mandíbula y apretó fuertemente los dientes ante sus palabras y al pensar que pudieran hacerle daño a Luana, y bien sabía que si Garnett se equivocaba en lo mínimo Rayne cumpliría con su promesa, porque tenía los medios para hacerlo, sus tentáculos llegaban a lugares donde él no podría evitarlo.

—Rayne, te doy mi palabra de que por mi parte nadie se va a enterar de esto. Si me ayudan a conseguir a mi hija estaré eternamente agradecido.

—Las promesas de políticos nunca me han convencido, pero ya no quiero perder tiempo, vamos bajando —anunció y empezó a descender las escaleras.

Alexandre le dedicó una mirada a Samuel, como un «se lo dije», y después siguieron a Rayne.

Samuel se sorprendió al ver ahí también al hijo de la senadora Ferraz, no recordaba el nombre del joven, quien palideció un poco al verlo.

—Es bueno ver que mi hija cuenta con amigos fieles —dijo Samuel, para que el joven de rastas se relajara un poco.

—Bueno, no todos somos amigos de su hija, porque yo todavía no tengo el placer de conocerla... Estoy aquí por los cincuenta millones que Cobra pagó —confesó Rayne y se acercó hasta donde estaba el hombre que trabajaba para la organización, al que ya le habían dado una buena dosis de puñetazos—. Amigo. —Lo agarró por el pelo para que alzara la cabeza—.

Eres importante, mira nada más quién vino a verte... El mandamás de los

gringos.

—Pero aquí no entró el fiscal general que se rige por las leyes, entró el padre de Elizabeth Garnett, que es mucho peor —dijo Samuel con total seguridad.

El hombre solo soltó un quejido, porque estaba muy cansado como para hablar.

Samuel no era primera vez que estaba en una situación como esa, esos métodos también eran usados por la policía norteamericana, solo que se esforzaban por mantenerlo oculto y apegarse a toda esa mierda de los derechos humanos, los mismos que esos malditos no respetaban con sus víctimas.

Él era partidario de que en el momento en que alguien burlaba y vejaba los derechos de alguien más, automáticamente debería perder los suyos también. Muchas veces no debía tratarse de justicia, sino de igualdad.

Al principio Samuel se limitó solo a hacer preguntas, mientras que Alexandre era más violento y trataba de sacar en menor tiempo la información que necesitaba. Sin embargo, Rayne era más venenoso que la serpiente en el paraíso y sabía cómo despertar la furia en todos, para que le pegaran más duro al infeliz.

Casi dos horas después, cuando todos estaban exhaustos y sudorosos, el hombre, vomitando sangre pedía clemencia.

—¡Ya... ya! ¡Voy a hablar! —dijo casi sin aliento.

—¡Habla! —dijo Samuel y le soltó una senda bofetada.

—Paulo... Paulo trabaja con nosotros, es un anzuelo... Es un anzuelo —hablaba tosiendo y el chorro de baba y sangre le escurría por la barbilla, manchándole el pecho—. Él me dijo, me dijo que la tenía y que la llevaría...

—¿Cuándo te lo dijo?!

—No lo recuerdo... —Sus palabras fueron una vez más sofocadas por la bolsa plástica que lo estaba asfixiando, ya se había orinado y defecado

encima, no sabía si podría soportar un segundo más, pero antes de que ese segundo transcurriera y acabara con el sufrimiento volvieron a quitarle la bolsa.

—¿Ahora lo recuerdas? —Le preguntó el fiscal, mientras que Alexandre esperaba atento para volver a sofocarlo—. ¿Dónde está mi hija? Dime algo, lo que sea.

—Hace dos días, dos días. —Sollozó, sintiendo los borbotones de sangre salir de su nariz y boca—. ¿A dónde la llevaría?

—Que no estaba seguro..., no sabía si a la clínica o con el jefe...

—Ahora vas a decirme dónde puedo encontrar a tu jefe.

—No lo sé, le juro que no lo sé... Son muy pocos los que lo saben, muy pocos... Pero en la clínica, en la clínica. —Chilló desesperado y sin aliento—, hay gente que sí sabe... En la clínica está todo, está la mercancía... Ahí se hace todo.

Alexandre y Samuel no pudieron sacarle dónde encontrar al jefe de esa maldita organización, pero sí habían conseguido la dirección de la clínica principal. Si lograban dismantlarla y si contaban con suerte de que el maldito la hubiese llevado ahí, la encontrarían. Aunque ahora sí iban a necesitar la ayuda de todo el cuerpo policial.

CAPÍTULO 65

En cuanto Sergio Costa vio que tenía en frente a Elizabeth Garnett, principalmente supo que Paulo había cometido la peor e imperdonable

estupidez, pero también estuvo seguro de que ella era un diamante demasiado precioso y que valía mucho más viva que muerta, que sus órganos no iban a ser tan apreciados como su físico.

Inclusive, lo tentaron desmedidamente las ganas de quedársela, pero no era un hombre acostumbrado a tener que convencer a una mujer para que se metiera en su cama, mucho menos a obligarla, su ego no se lo permitía, debía ser la otra parte la que suplicara por estar a su lado.

En cuanto desistió del estúpido y banal capricho, se dio a la tarea de ofertarla en los oscuros mundos de los mercados ilícitos, e inmediatamente empezó a recibir ofertas; desde un productor norteamericano de películas snuff, las que ciertamente sí existían, pero que las autoridades todavía se empeñaban en presentarlas como mitos con buenas actuaciones y efectos especiales; algunos jeques también la deseaban; empresarios y políticos de todo el mundo, sobre todo los más importantes de Japón; líderes de redes de tratantes y muchos otros más.

Él personalmente sabía que el dicho «caras vemos, corazones no sabemos» era totalmente cierto, que más de uno se dejaba llevar por sus inusuales gustos, saltándose todas las reglas de lo apropiado para la humanidad.

Creó un grupo selecto de ofertantes e hizo una subasta. Terminó concediéndosela al mejor postor, el pago debía terminar en una de sus cuentas en Suiza, y el comprador tendría que correr con los gastos y los riesgos del traslado. Se había encargado de dejar totalmente clara la delicada situación; no obstante, el ansioso propietario de Elizabeth pactó el acuerdo.

Su responsabilidad exclusivamente se limitaba a dejarla en el puerto de Río de Janeiro, de ahí era total responsabilidad de su dueño.

Cerró el negocio, se levantó de su escritorio y fue a visitar a su apreciada mercancía, que le había sumado unos muy generosos millones de dólares en su cuenta, así como otras tantas inversiones en el extranjero.

Al entrar en la habitación se la pilló una vez más viendo las noticias, pero apagó el televisor apenas lo vio entrar, ya llevaba puesto el vestido floreado; y sí, le quedaba muy bien, los hombros parecían de terciopelo y sus ojos

brillaban hermosamente. El comprador iba a estar muy contento, debía prepararla sin que se diera cuenta, porque no pretendía que se estresara, ya que por la mañana iniciaría un viaje bastante largo.

—¿Cómo estás? —preguntó acercándose con paso estudiado a la cama.

Ella seguía sin responder a sus interrogantes, sabía que todavía debía estar muy nerviosa por todo el trauma que le provocó Paulo, aunque comparado con lo que le esperaba, lo vivido hasta ahora habían sido travesuras de un niño de jardín de infancia.

Sentía cierta pena por la hermosa jovencita, pero negocios eran negocios, y cuando se trataba de dinero los escrúpulos dejaban de ser un problema.

—Dime si deseas algo.

—Lo que quiero sé que no podrá dármelo.

—Sabes que hay ciertas cosas que son imposibles, pero puedo cumplirte algunos caprichos... ¿Te provoca algo de comer? —preguntó.

—Empiezo a creer que tengo en frente a la bruja de Hansel y Gretel, que solo pretende engordarme —respondió recelosa, mirando al hombre tan alto como era.

El soltó una corta carcajada de muy buena gana, un gesto bastante seductor para cualquier mujer, pero Elizabeth seguía muy nerviosa como para sentirse atraída por eso.

—Jamás me perdonaría arruinar tu hermoso cuerpo, que supongo te ha costado mucho mantener... Pero supongo que puedes darte un placer de vez en cuando, sobre todo si tomamos en cuenta que el imbécil de Paulo no fue un buen anfitrión, y además de comportarse como un cobarde al agredirte, te hizo pasar hambre. —Se sentó al borde de la cama, y ella recogió las piernas para poner más distancia entre ambos—. Tengo una pequeña duda, ¿podrías aclarármela?

—Depende —dijo Elizabeth, estudiando cada vez más la postura de su nuevo captor, mirando las contadas canas que se asomaban en esa sedosa melena

negra prolijamente peinada.

—¿Sabes quién le destrozó la cara a Paulo? —interrogó con precaución.

Elizabeth quiso gritarle que había sido su marido y advertirle que se preparara, porque seguro estaba a punto de encontrarla, y cuando eso pasara, a él le haría lo mismo.

—Fui yo. —Prefirió mentir—. Por eso me golpeó, a pesar de que era quien me tenía secuestrada tuvo que defenderse... Nunca fue bueno luchando.

—¿En serio? —preguntó maravillado.

—Sí, su error fue dejar una silla a mi alcance. —Usó un tono verdaderamente amenazante y miró de soslayo la mesita de noche a su lado.

Él sonrió de medio lado, mostrándose fascinado y al mismo tiempo teniendo la certeza de que su comprador iba a tener algunos problemas; sin embargo, sabía que podría arreglárselas muy bien.

—¿Quisieras mostrarme? —propuso.

—Prefiero que no. —Bajó la mirada.

—Podrías hacerlo, quizá descargar la rabia con uno de los chicos, prometo que no te hará daño.

—Tendría que obligarme para que lo haga; de lo contrario, no voy a entretener a nadie —determinó, sacando a flote su carácter. Podrían quebrarla, pero romperla jamás.

—Puedes estar tranquila, aquí no harás nada que no quieras... Solo era simple curiosidad. —Se levantó sin quitar sus ojos de ella—. Sigue en pie mi ofrecimiento, pide lo que sea... Comida, ropa, bebida..., algún otro capricho.

—En serio, no deseo nada más. —Miró la jarra con agua que había dejado sobre la mesa—. Con eso es suficiente. —Mentira, la ansiedad por comerse una taza de Açaí la estaba matando, pero de sus captores no quería nada, solo que la liberaran.

—Entonces nos vemos otra vez a la hora de la cena —anunció y salió de la habitación.

Elizabeth no podía confiar en el hombre, no importaba todo lo amable que pareciera ser, ella sabía perfectamente que era tan hijo de puta como Paulo, alimañas de la misma calaña o quizá mucho peor, pues parecía ser el mandamás de ese lugar.

—Tenemos que prepararla —anunció Sergio a uno de sus hombres de confianza—. Por la mañana hay que llevarla al puerto.

—Esta noche tengo que ir a la clínica, pero estaré aquí para preparar todo.

—Prefiero que te quedes allá, ya le asignaré la tarea a otro. —Le palmeó un hombro y siguió con su camino.

El agente John Jeffers trató de no hacer muchas preguntas, pero bien sabía que Samuel Garnett había utilizado métodos fuera de los estatutos de la ley para poder obtener esa información, se lo dejaban claro los nudillos maltratados que no pudo ocultar.

No lo juzgaba, él en su lugar habría hecho cosas mucho peores si con eso recuperaría a algunos de sus hijos. Por experiencia sabía que muchas veces la gente mala es de gran ayuda para hacer cosas buenas y que los caminos equivocados son los que en realidad llevan al destino correcto.

—Tendremos el mismo patrón, primero la fuerza delta de asalto se infiltrará en el edificio, detiene a todos los sospechosos, cuatro escuadrones de seguridad irán detrás y pondrán a salvo a posibles víctimas... —explicaba uno de los agentes, señalando en el mapa la zona que había sido destalla—.

Los todoterrenos entrarán por la calle principal y esperarán al lado derecho del hotel Windsor mi señal, la misión de entrada y salida se hará en treinta minutos... El oficial Gabriel Ardila coordinará la parte aérea... Recuerden que no deben ser los primeros en abrir fuego, y si tienen que hacerlo disparen con prudencia, porque es una zona residencial. Estamos listos —anunció

levantándose de su asiento.

Les tomó por lo menos tres horas estudiar la zona y el lugar exacto al que entraría el equipo, cómo lo harían, en qué momento; además de preparar el armamento, sin tener que dejar víctimas inocentes que lamentar.

El gran helicóptero CAIC WZ negro fue el primero en salir de la base, tenía como función guiar al resto del equipo que se desplazaría en todoterrenos y motos.

Mientras que desde el centro de operaciones se seguía a través de cámaras, monitores y radios todo el proceso de invasión y rescate, preparado para dar órdenes de último momento si eran necesarias.

Decenas de hombres salieron cargando sus armas de alta tecnología, el resonar de las botas creaba un coro sincronizado mientras se desplazaban con rapidez y abordaban los todoterrenos y motos.

Samuel estaba en el helicóptero, mientras que Alexandre iba en uno de los todoterrenos, ambos prácticamente obligaron al teniente coronel a hacerlos partícipe de la intervención.

—Pessoa, acelere —indicó el teniente en cuanto abordó el primer vehículo.

Uno detrás de otro más de una docena de autos y la misma cantidad de motorizados salieron alertando las calles de la ciudad, todos con la misma dirección y el mismo objetivo.

Tres helicópteros más se unieron a la operación, escoltando a los vehículos, estaban seguros de que una organización de ese tipo contaba con secuaces dispuestos a morir por mantener el negocio y que no iban a dudar en abrir fuego.

Uno de los helicópteros descendió hasta el helipuerto del edificio, liberando una parte de los hombres a rapel, quienes al descender corrieron agazapados hasta la salida de escape y se apostaron a ambos lados, esperando la señal para entrar.

Entre ellos Samuel Garnett, que iba vestido y armado apropiadamente, pero según las órdenes del coronel debía quedarse por detrás de los otros oficiales, para que lo cubrieran.

—Escuadrón dos, desplegado —anunció por radio el piloto al centro de operaciones, desde donde miraban a través de pantallas cómo los hombres vestidos enteramente de negros se apoderaban del techo de la clínica—. Tres, desplegado —comunicó y así fue haciéndolo con todo.

—¡Ahora! —Se escuchó bien clara la orden de proceder.

Sin dudar, todos los oficiales que tenían que entrar lo hicieron, Alexandre apenas entró corrió a buscar en cada rincón a Elizabeth, manteniendo en alto y en posición de disparo el fusil de asalto que le habían asignado.

Sabía que debía seguir órdenes y quedarse de último en el escuadrón, pero no podía hacerlo, ellos estaban concentrados en mandar al suelo a todos los que encontraban en su camino.

Era un lugar completamente esterilizado, con excelente iluminación y equipos médicos de última generación, que no solo servían para todo tipo de intervención quirúrgica y hacer trasplantes en el lugar, sino que también poseían robots que podían mantener vivos y en funcionamiento los órganos por mucho tiempo, el suficiente como para ser llevados al otro lado del mundo sin temor a perder algo tan preciado, que podía darle una segunda oportunidad a quien creía que ya no la tenía.

Sin permiso entraron a un quirófano, donde tres cirujanos extraían el riñón derecho de una mujer, dos oficiales apuntándoles a la cabeza le ordenaban en medio de gritos que la mantuvieran con vida y le regresaran el órgano a su sitio, que no importaba cuánto tuvieran que esperar, estaban entrenados para mantener un fusil en alto por días.

El pulso de hierro de los hombres estaba fallando, debido a los nervios; trataban de hacer lo que les ordenaban, porque estaban seguros de que si la paciente se les moría, ellos lo harían con ella.

Uno de ellos solo repetía «esto es un área esterilizada, no pueden estar aquí»,

pero los oficiales no iban a ceder.

Alexandre se paseaba por cada pasillo, abría cada puerta, incluso, permitió que más de uno se escondiera en los baños, bien sabía que igualmente ahí los encontrarían, su prioridad en ese momento era encontrar a Elizabeth.

En cuanto escuchó unos disparos, supo que la cosa podría ponerse bastante tensa, algún imbécil con ínfulas de invencible pensaría que iba a poder contra un ejército o quizá solo se hizo matar cuanto antes, porque sabía que lo que les venía no era para nada bonito.

Siguió caminando con precaución por los brillantes pisos de ese matadero con fachada de clínica; definitivamente, los controles sanitarios y de salud de ese país estaban fallando terriblemente.

Bajó varios pisos por las escaleras, encontró una puerta de emergencia y siguió caminando, encontrándose de repente en un pasillo enmarcado por puertas a cada lado.

Se acercó a la puerta blanca y miró por el pequeño recuadro de cristal.

Tirada en el suelo acolchado había una mujer de pelo castaño, piel blanca y estaba desnuda. De inmediato se desesperó, porque no podía verle la cara, golpeó el cristal con los nudillos, pero la mujer apenas se removió en el suelo.

El sistema de seguridad era electrónico, quizá biométrico; no iba a ser fácil jaquearlo, por lo que en medio de la desesperación disparó en tres oportunidades al cerrojo y pateó la puerta, se colgó el fusil en el hombro en medio de su carrera hacia su objetivo.

No sabía si sentirse rabioso, impotente o triste al volver a la mujer y darse cuenta de que no era Elizabeth, ella estaba completamente dopada, apenas intentaba abrir sus párpados temblorosos, pero no lo conseguía; la recorrió con la mirada rápidamente, percatándose de que en sus antebrazos tenía las huellas de todas las pruebas que le habían hecho.

Suponía que todas las puertas de ese pasillo eran de habitaciones que tenían a seres humanos que esos malditos usaban como experimento para luego

asesinarlos.

No tenía dudas, las mujeres en las bolsas habían sido víctimas de esa organización y no del trastornado de Vidal. Agarró el radio que le habían dado junto a todo el equipo, presionó el botón.

—Necesito refuerzos en el sótano, refuerzos en el sótano —repitió su petición.

—Indique situación. —Le respondieron desde algún punto de la clínica.

—Víctimas secuestradas y sedadas.

—Entendido, refuerzos en camino.

Alexandre comprendió que de momento no podía hacer nada por la mujer, estaba demasiado dopada como para que entendiera lo que estaba pasando, así que salió de ese pequeño cuarto y caminó al siguiente, donde otra mujer pelirroja estaba sentada pegada a la pared y abrazada a sus piernas.

Repitió la acción de tocar con los nudillos y ella inmediatamente levantó la vista, se mostró atormentada, pero al percatarse de que solo quería socorrerla empezó a llorar y juntaba las manos a modo de súplica; se levantó pero no pudo más que dar un par de pasos, porque tenía una cadena en el tobillo que no le permitía avanzar más de un metro, inevitablemente eso le trajo a la memoria la que había en casa de Morais, donde estuvo Elizabeth; y pensarla así provocó un estallido de ira y dolor.

Retrocedió un paso y disparó las veces suficientes a la puerta para que cediera.

—¡Por favor! ¡Por favor! Ayúdeme, ayúdeme —repetía la mujer sollozando, tratando de acercarse a él.

—Tranquila,

tranquila,

vamos

a

ayudarte,

cálmate

—hablaba

concentrándose en los ojos de la mujer, para no hacerla sentir más vejada de lo que ya debía estar si miraba su cuerpo desnudo.

—Sáqueme de aquí por favor, van a matarme...

—No, eso ya no va a pasar. —Le notificó—. Espera un minuto, ya vienen más compañeros para ayudarte, necesito liberar a las demás.

—Por favor, no se vaya, vendrán y me matarán; por favor..., quíteme esta cadena —suplicaba, pero en ese momento hizo entrada otro oficial.

Alexandre dejó a la desesperada mujer con el hombre que había llegado y se fue a ver los demás cuartos donde no solo halló a mujeres, también había hombres; sin duda alguna, eso era más grande y más nefasto de lo imaginado.

Se paseó entre todas las personas aterradas que habían sacado de esos cuartos y ninguna era quien él buscaba, sentía tanta impotencia que tenía unas ganas casi incontrolables de llorar, no hacía más que pasar el gran nudo de lágrimas que se le atoraba en la garganta.

Nada tenía que hacer ahí, ya varios oficiales estaban atendiendo a las víctimas, él sabía que ese lugar tenía su propia morgue, porque el que interrogaron por la mañana les había dicho que su trabajo era deshacerse de los cuerpos de la morgue.

Buscando valor donde no lo tenía caminó, leyendo los indicadores que llevaban a la morgue, no quería haber llegado demasiado tarde hasta Elizabeth, pero tampoco quería seguir experimentando esa maldita incertidumbre.

Cuando llegó, ya otros oficiales estaban ahí, a pesar de sus años de trabajo y de ver tantas formas de morir, jamás imaginó presenciar tanta atrocidad solo por ambición, porque nada más justificaba lo que pasaba en ese lugar.

Se paseó entre los cadáveres, solo habían cuatro, que prácticamente habían sido vaciados y desmembrados; sintió alivio al no ver a Elizabeth ahí, pero seguía latiendo impotencia de no saber nada de ella.

Vinicius estaba encerrado en el baño de su oficina, estaba seguro que de esa emboscada no podría escapar y que sería una estupidez abrir fuego, porque lo fusilarían al instante, tampoco pensaba en la posibilidad de suicidarse, pues no era un cobarde.

No sabía cómo demonios habían descubierto el negocio, la sorpresa había sido el mayor detonante, porque no le dio tiempo a nada. No le quedaba más que comunicarse con Sergio, antes de que llegaran a él, más que todo porque su jefe era el único que podría comprarle el boleto para salir de la cárcel.

Sus manos temblaban mientras usaba el teléfono y suplicaba que le diera tiempo de por lo menos hacer la llamada.

—Sergio —habló apenas su jefe le atendió—. Nos han caído en la clínica, una emboscada, tienes que largarte ahora, ahora... Sabes que a mí no me sacarán nada, pero los demás dirán dónde encontrarte —hablaba mientras tragaba en seco los latidos de su corazón.

—¿Cómo mierda pasó Vinicius? —rugió molesto y sorprendido.

—No lo sé, no lo sé, solo lárgate ahora.

Su jefe terminó la llamada sin decir nada más. Él trató de deshacerse del teléfono al echarlo por el retrete, pero por más que le bajaba el agua no se iba, buscó rápidamente dónde esconderlo y no halló un lugar; debía salir de ahí y encontrar un sitio seguro para toda la información que mantenía en el aparato.

Sabía que tarde o temprano lo atraparían, por lo que salió del baño, atravesó con pasos decididos y lleno de valor la oficina; al salir, no había caminado más de un metro cuando vio acercarse a tres hombres vestidos de negro con

pasamontañas, lentes protectores y cargados con todo tipo de armamento.

Tan solo hizo el intento de mirar hacia atrás, sabía que no tenía escapatoria, no hizo más que quedarse inmóvil y levantar las manos en modo de rendición.

Mientras su jefe, a varios kilómetros de allí subía a un helicóptero, para irse lo más lejos posible, llevando solo una pequeña maleta con el efectivo suficiente para sobrevivir hasta llegar a un destino seguro, pero llevando a cuesta la gran ira de saber que parte de su negocio se había ido al carajo.

Samuel estaba bastante desesperado al escuchar por radio que hasta el momento no habían encontrado a Elizabeth en el lugar. Ya había descendido varios pisos en busca de su pequeña, su paciencia y desesperación estaba llegando al punto límite, así que se fue contra el hombre, lo empujó contra la pared y con el fusil le presionó la tráquea.

—Dime dónde tienen a Elizabeth Garnett —exigió, mientras que los del grupo de rescate interfirieron y lo esposaron.

—Saquémoslo, todos afuera. ¡Andando! —ordenaron, sobre todo a Samuel, quien desesperado, pretendía interrogar al hombre en ese momento y lugar, pero no podían hacerlo porque debían seguir buscando.

En ese piso encontraron a dos más, e igual los llevaron con ellos, era más fácil trasladarlos en helicóptero que bajarlos al primer piso, subieron a la azotea prácticamente llevando a empujones a los tres degenerados que no sentían ningún respeto por la vida.

—Estamos listos para la extracción —habló el piloto por radio al centro de operaciones.

—Extracción aprobada —respondió el coronel.

Samuel iba sentado al lado de Vinicius, se quitó los lentes y el pasamontañas, revelando su identidad delante del hombre; estaba furioso por tener que irse de la puta clínica con las manos vacías. No, no podía creerlo, no iba a

resignarse a seguir sin encontrar a su hija, y francamente, ya estaba bastante cansado.

Estaba tan molesto que no podía ocultar su pecho agitado, sentía ganas de llorar y de matar al hombre a su lado, no quería esperar a llegar a la delegación para que lo interrogaran, mientras a él la incertidumbre seguía consumiéndolo.

El sonido de la hélice del helicóptero hacía eco en sus oídos, perturbándolo todavía más; suponía que los oficiales percibían su estado, porque le habían quitado el fusil, pero lo que ellos no sabían era que él no necesitaba de esa mierda para matar al tipo si le daba la gana.

Inhaló profundamente y en los contados segundos que retuvo el aliento encontró la resolución para hacer lo que debía, soltó de golpe el aire y en un rapidísimo movimiento, sin que ninguno de los ocupantes pudiera reaccionar agarró la cortaba del hijo de puta a su lado y le dio un empujón que le quedó medio cuerpo fuera del helicóptero, mientras él solo lo mantenía sujeto por la fina tela.

—Ahora sí cabrón, dime dónde está mi hija... —exigió con dientes apretados.

—Señor Garnett, cálmese... Señor —dijo con precaución uno de los oficiales, extendiendo la mano en un gesto de serenidad.

—Ya he tenido suficiente calma, ya no tengo más —dijo mirando el terror en el hombre que sostenía por la corbata, y después puso sus ojos en el oficial —. Si me toca lo suelto, me importa una mierda, ya estoy desesperado y eso es muy..., muy peligroso... Dime dónde está mi hija.

—No lo sé, lo juro, no lo sé...

—Sé que lo sabes y voy a contar hasta tres para que me lo digas; o si no, te darás un buen chapuzón.

—Señor, espere a que llegemos... —Volvió a intervenir uno de los oficiales realmente preocupado porque el hombre se notaba bastante alterado, mientras que el piloto pasaba el reporte de lo que allí estaba sucediendo.

—No, yo no voy a esperar a que lleguemos... Quiero saber ahora mismo dónde está mi hija, no quiero esperar ni un minuto más. —Tiró del lazo y enrollándose en la mano acertó la distancia y le dio una fuerte bofetada—.

¿Dónde está Elizabeth Garnett? Y no me digas que no lo sabes. —Ya no le importaba si se iba con él al vacío—. ¿Dónde está maldito hijo de puta? —Soltó una de las vueltas de la corbata y el hombre gritó de la impresión.

—¡Dios! ¡Dios! —suplicó mirando desesperado a los otros hombres que parecían ser más coherentes.

—Ni Dios te va a salvar... ¡Tres! —Soltó otra vuelta y hacía más resistencia, porque estaba seguro de que podía terminar soltado al hombre—.

¡Dos! —Soltó otra vuelta.

—¡Va camino al puerto! —gritó aterrado—. ¡La vendieron!... ¡Se la llevarán a Hong Kong! En unas horas sale el buque. —Sollozó, sintiéndose a punto de sufrir un ataque al corazón y miraba de reojo al vacío.

—¿Quién se la lleva? —dijo tironeando de la corbata.

—Una empresa... Swire Pacific, en un contenedor de Evergreen.

Samuel sintió ganas de soltarlo por la intención que tuvo el maldito de ocultarle lo que sabía, pero terminó poniéndolo a salvo.

—¡Vamos al puerto! —ordenó temiendo llegar tarde.

El piloto transmitió al centro de operaciones la nueva información, y el coronel desde ahí movilizó al equipo terrestre, una parte lo envió a la delegación y a los demás al puerto.

CAPÍTULO 66

Suaves vibraciones se expandían por el cuerpo de Elizabeth, eran como ondas que la sacaban del profundo sueño en el que la habían inducido los fármacos que le suministraron y que ni siquiera supo el momento en el cual se los habían dado, posiblemente fue diluido en el té frío que acompañó su cena.

Después de haber estado bajo ese efecto en varias oportunidades ya sabía reconocerlo.

Su cerebro fue el primero en ir rompiendo las cadenas del letargo, la desesperación que la invadía mucho antes de ser plenamente consciente volvía a atacarla, como había pasado desde hacía ya varios días o semanas, no lo sabía a ciencia cierta.

Quería abrir los ojos y descubrir dónde se encontraba, pero sentía los párpados tan pesados que le resultaba imposible hacer una acción tan sencilla como esa; así que se concentró en sus demás sentidos.

El olor también era distinto, una mezcla de óxido, aceite de motor y combustible que no se comparaba en absoluto con el aroma dulce y amaderado de la habitación donde estuvo consciente por última vez. Este era muy fuerte y le irritaba las fosas nasales, provocándole además ligeras náuseas y un fuerte dolor de cabeza, aunque quizás eso también se debía al sedante que aún no se diluía en sus venas.

De pronto su cuerpo se sobresaltó, elevándose quizás un centímetro y haciendo que se golpeará con la dura superficie donde se encontraba tendida; por suerte eso contribuyó a que la pesadez que la embargaba comenzara a disiparse.

Con gran dificultad consiguió abrir los ojos, y ante la curiosidad de saber dónde se halla paseó su vista nublada por el lugar, pero antes de que pudiera divisar algo, otro golpe hizo que su cuerpo brincara de nuevo, y el impulso

que se siente cuando hay algún tipo de aceleración le dio la respuesta que buscaba. Se encontraba dentro de un auto, pero el lugar era más amplio que un baúl.

Quiso gritar para pedir ayuda, pero su lengua algo torpe chocó contra el trapo que la amordazaba, tan apretada, que amenazaba con rajarle las comisuras; intentó mover sus manos, solo para descubrir con terror que habían sido amarradas fuertemente con bridas.

Giró medio cuerpo para tratar de ver mejor, aunque todo era muy oscuro, solo débiles halos de luz se divisaban en un lugar que parecía estar muy lejos para arrastrarse hasta allí; sin embargo, lo intentó, porque entre sus planes no estaba morir ese día.

—Quédate quieta o vendrán y nos golpearán.

Escuchó una voz que provenía de algún rincón cerca de donde se encontraba, era aguda, por lo que supo de inmediato que debía pertenecer a una niña o jovencita; también se escuchaba asustada, y pensó que no era para menos. Respiró profundo e intentó luchar contra la mordaza en su boca, al tiempo que también tironeaba de la atadura en sus manos.

—¡Maldición! —exclamó con la lengua enredada, sintiéndose frustrada porque sus esfuerzos solo consiguieron lastimarla—. ¿Cómo... te... llamas?

—preguntó poniendo todo su esfuerzo para que la chica le entendiera, mientras empujaba con su lengua el trapo.

—Karen... —susurró, temiendo que pudiesen escucharla, sabía que cada vez que hablaba alguien la silenciaba con golpes.

Elizabeth comprendió que podía quitarse la mordaza, introdujo con dificultad sus dedos entre la tela y su piel, y tiró hacia abajo; inevitablemente los ojos se le inundaron, porque también se trajo algunos mechones de pelo que estaban enredados en el trapo. A pesar de eso jadeó de alivio y movió la quijada para que a sus labios adormecidos les llegara sangre.

—¿Sabes dónde estamos o a dónde nos llevan? —Seguía con su

interrogatorio, sintiéndose más libre sin ese maldito trapo impidiéndole gesticular.

—No lo sé —Chilló bajito.

—¿Y qué haces aquí Karen? —inquirió de nuevo, necesitaba que le diese información para poder salvarse o mejor dicho salvarlas a ambas.

—No lo sé. —Volvió a responder y un sollozo le rompió la voz. Comenzó a llorar con mucho dolor, pues llevaba mucho tiempo haciéndose la misma pregunta. ¿Qué hizo para estar en esa situación?, ¿dónde estaba su papá?, ¿por qué su madre no la había buscado? Interrogantes que la habían acompañado durante todo ese tiempo.

Elizabeth quiso liberarse de sus ataduras y consolarla, pero la presión en sus manos y tobillos le recordó que era imposible; se tragó el nudo de lágrimas que le cerró la garganta y respiró profundo, no ganaba nada con ponerse a llorar, eso ya lo había aprendido; debía luchar por sobrevivir y regresar con su familia, y hacer lo posible por que Karen también lo hiciera.

Se arrastró un poco más por la fría, rústica y pegajosa superficie, descubriendo que el lugar era un contenedor, solo eso explicaría el movimiento, los olores y la oscuridad. Estuvo a punto de entrar en pánico y quedarse inmóvil, pero se abofeteó mentalmente para no sucumbir ante el miedo.

—Tranquila, no... no llores Karen —consoló con voz en remanso, todavía sentía que estaba bastante débil por los efectos del narcótico, y empezaba a ser consciente de que no recordaba algunas cosas—. ¿Sabes a dónde nos llevan? —preguntó una vez más, esperando que ella recordara algo.

—No..., estaba vendada cuando me sacaron de la casa donde me tenían, pero me la quitaron cuando me metieron en este camión junto con las otras, luego vi a un hombre que te traía en brazos y te dejó allí tirada —contestó un poco más calmada, aunque seguía hipando.

—¿Hay más chicas aquí? —cuestionó, asombrada de que no pudiera escucharlas, y el terror de estar viajando junto a varios cadáveres la hizo

estremecer de pies a cabeza.

—Sí..., pero no hablan, porque a ellos no les gusta que lo hagamos. Nos golpean si nos escuchan —pronunció y un nuevo sollozo se escapaba de sus labios, mientras temblaba al recordar alguna de las reprimendas que sufrió.

—Lo siento mucho Karen... ¿Qué edad tienes? —preguntó al ver un bultito cerca de ella, suponía que la joven estaba acurrucada y por eso se veía tan pequeña

—Diez. —Chilló su respuesta.

«¡Por Dios!» pensó Elizabeth al tener la certeza de que una pequeñita casi con la edad de su hermanita estaba pasando por ese infierno, que ni ella podía soportar. Eso era demasiado traumático para alguien tan pequeño, tan inocente.

—Karen, pequeña, ¿cómo es que estás aquí?, ¿cómo terminaste en este lugar? —preguntó arrastrándose sin importar sentir cómo las bridas le desollaban la piel de los tobillos.

—Mi papi fue a buscarme al colegio en su auto, pero cuando noté que no era él, ya no me dio tiempo de correr... Me subieron a la fuerza... Y mi papi... —Sollozó—. Yo escuchaba a papi, estaba en el baúl del auto y los hombres malos me durmieron... Eso fue hace mucho tiempo, me llevaron a una casa donde había más niñas, pero siempre nos trataban muy mal, nos castigaban sin ninguna razón.

Elizabeth sollozó bajito por la impotencia y la rabia contenida. Con mucho esfuerzo y dolor por las heridas llegó hasta Karen, que estaba sentada abrazada a sus piernitas; aunque no podía abrazarla pegó su cuerpo al de la niña para que sintiera que no estaba sola.

—Todo va a estar bien, ya verás... —hablaba, pero la niña seguía llorando suave—. Ssshhh, ssshhh, tranquila pequeña —susurraba y no podía con la angustia en su pecho, solo pensaba en Violet y las lágrimas no paraban de brotar.

—Yo sé quién eres.

Susurró en medio de la oscuridad una tercera voz, un poco más grave que la de Karen, seguida de un suspiro que más se escuchó como un quejido.

—¿Sabes quién soy? —inquirió Elizabeth, sintiendo que la esperanza la llenaba por completo con fuerza.

—Sí..., pero si digo tu nombre van a castigarme —respondió moviendo lentamente su cuerpo, aún seguía muy adolorida por todo lo que le habían hecho—. Ellos nos vigilan..., tienen cámaras, pueden vernos y escucharnos —agregó en un tono de voz casi imperceptible, y volvió a suspirar.

—Mi papá va a salvarnos, él nos sacará de este lugar... A todas — prometió Elizabeth para llenarlas de confianza, y más que nada para mantener su propia esperanza viva.

—Nadie puede salvarnos —sentenció con amargura, ya se había resignado a su suerte, solo esperaba no sufrir mucho más de lo que ya lo había hecho—.

Nadie puede... —repitió con tono ausente.

Elizabeth recibió esas palabras como quien recibe una condena a la silla eléctrica o a la inyección letal, un frío le recorrió toda la columna y desencadenó una ola de estremecimientos que acompañaron a las lágrimas que siguieron derramándose.

Apretó los párpados con fuerza, negándose a que el pesimismo la derrotara, debía ser fuerte por su familia, por Alexandre, por ella misma y ahora también por las niñas que la rodeaban; sus padres no habían criado a una perdedora sino a una luchadora, y ahora más que nunca debía serlo.

—Niñas, niñas, escúchenme bien, tenemos que tratar de salvarnos, en algún momento van a tener que sacarnos de aquí o quizá podamos ver por esos pequeños orificios si alguien se acerca, entonces todas con mucha fuerza vamos a gritar, pediremos ayuda...

—No..., no podemos —dijo una de ellas aterrada—. Nos van a castigar, solo estamos rodeadas de personas malas, muy malas.

—No, no todo el tiempo, estoy segura de eso... Mi papá sabe mucho de esto y me lo ha explicado, confíen en mí por favor... Quiero ayudarlas, pero ustedes también tendrán que poner de su parte —suplicó.

Una vez más el contenedor en el que viajaban se movía con insistencia, Elizabeth supuso que estarían por un camino bastante irregular o estaban moviendo el contenedor a otro lugar.

Más de una docena de vehículos militares se desplazaba a toda velocidad por las calles de Río, apartando al tráfico con las sirenas. Sabían que debían darse prisa o Elizabeth se les escaparía como agua entre los dedos.

La orden no solo era llegar al puerto, sino intervenir y revisar cualquier camión que trasladara contenedores de Evergreen con ese destino, porque no contaban con información exacta de cuál era el contenedor que aparentemente trasladaba a Elizabeth Garnett.

La adrenalina de todos era alimentada por la velocidad y el insistente sonido, mientras los conductores demostraban la habilidad que poseían para llevar esos motores al máximo.

Los acompañantes, acostumbrados a ese despliegue, se aferraban con fuerza para no caer encima del compañero que llevaban al lado cada vez que debían hacer alguna maniobra o tomar curvas.

—Objetivo a kilómetro y medio —anunció por radio uno de los pilotos de los helicópteros que iban al puerto—. Aseguramos objetivo —repitió.

—Entendido, lo interceptaremos —respondió uno de los copilotos de los autos.

—Rápido, rápido —gritaron los oficiales de otro vehículo, golpeando con las palmas las carrocerías.

—Hoy culminará con éxito la Operación Zodiaco.

—¡La puta que los parió! ¡La puta que los parió! —gritaban con energía,

seguros de que esta vez sí tendrían el resultado por el que tanto habían luchado durante tres semanas.

—¡Vamos! ¡Vamos! —Se animaron al ver el camión que trasladaba el contenedor verde.

Tres vehículos pisaron el acelerador a fondo para rebasar al camión de carga pesada.

—Equipo uno y dos delante del camión... Tres y cuatro detrás... Los demás sigan al puerto —ordenó el coronel desde el centro de operaciones.

—¡Entendido! —respondieron todos casi al unísono.

Los que lo franquearon empezaron a reducir la velocidad, obligando a que el conductor del pesado camión también lo hiciera.

—Deténganse a la derecha..., a la derecha. —Le pedían por altavoz.

El chofer se detuvo y alzó las manos a modo de rendición al ver que las patrullas le bloquearon el camino y por lo menos diez agentes se bajaron, apuntándolo con armamento de guerra; miró por el retrovisor y vio que otros vehículos similares estaban parados detrás.

Uno de los agentes se acercó sin dejar de apuntarlo.

—¡Abra la puerta y salga con las manos en la cabeza!

El hombre, todo tembloroso acató el mandato, bajó con mucho cuidado de no caer de los altos escalones del camión, mientras se llevaba las manos a la cabeza. No tenía idea de porqué le estaban haciendo eso, pero tenía claro que debía colaborar, si no quería pasar un mal momento.

El oficial lo empujó, poniéndolo de cara al camión, y mientras uno lo apuntaba con el fusil a la cabeza otro lo revisaba.

—¿Qué lleva detrás?

—Nada, regreso del centro, estaba dejando mercancía —respondió con el

corazón a punto de vomitarlo.

—¿Qué tipo de mercancía? —interrogaba, percatándose de que el tipo no tenía ni un cortaúñas encima.

—Electrodomésticos.

—Abra el contenedor —exigió.

Casi a trompicones caminó a la parte trasera del vehículo, mientras miraba con gran desconcierto y temor a los más de veinte hombres que bordeaban el camión.

Con cuidado tiró de la palanca para quitar el seguro de las puertas, y como si fuesen cangrejos, los policías se movieron por detrás de él con sus armas dispuestas para disparar a lo que fuera que esperaban encontrar.

Todos se quedaron pasmados y con las miradas cargadas de incredulidad cuando se encontraron con el cajón de hierro vacío; aun así, uno de los oficiales subió y revisó, alumbrando con la linterna del fusil todo el acerco.

—Está limpio, nos vamos —anunció.

Definitivamente, para ellos Elizabeth Garnett se había convertido en la aguja en el pajar, ya habían perdido la cuenta de todos los intentos fallidos.

Aunque esperaban esta vez tener éxito, por lo que sin perder tiempo subieron a los vehículos y arrancaron a toda velocidad, para integrarse con el resto del equipo.

—Sospechoso limpio —comunicó uno de los oficiales por radio.

Alexandre, que iba en uno de los principales autos, ya bastante cerca del puerto, volvió a sentir que la frustración e impotencia lo gobernaban, ya ni siquiera podía ser dueño de sus emociones; sin embargo, no se daría por vencido, así tuviera que buscar a Elizabeth en el rincón más recóndito del mundo lo haría.

CAPÍTULO 67

Al helicóptero le faltaban por lo menos unos cuantos centímetros para tocar tierra cuando Samuel Garnett saltó del aparato y agazapado salió corriendo, al tiempo que le hacía señas al piloto para que se marchara; ellos debían llevar a los detenidos a la delegación, y él no podía esperar para ver a su hija.

Ya habían alertado a la seguridad aeroportuaria para que cesara cualquier actividad, ningún buque de carga podía salir hasta nuevo aviso; también pidieron todos los manifiestos de carga de la transportista Evergreen, para verificar cuál o cuáles pertenecían a la compañía Swire Pacific.

Ellos sabían que más personas de lo que deseaban estaban involucradas y que eso era una gran e intrincada red de delito internacional, desde agentes de aduanas, encargados en el reconocimiento aduanero de la mercancía que se transportaba, hasta agentes de los cuerpos policiales y militares de los países involucrados.

No solo se estaba hablando de tráfico de órganos, sino también de tráfico humano, muchas personas y gobiernos creían o hacían creer al mundo que la esclavitud dejó de existir hacía muchos años, pero lo cierto es que los traficantes de todo el mundo sabían perfectamente lo lucrativo que es comprar y vender personas, o simplemente sus órganos; incluso, más lucrativo que el mercado de armas o drogas.

Samuel corrió para que le dieran información, sería tonto buscar entre el centenar de contenedores que había en el puerto, además de una terrible pérdida de tiempo. Si su hija estaba en un cajón de esos debía contar con muy poco oxígeno y lo que más temía era llegar demasiado tarde. Eso sí que no se lo perdonaría.

Más de sesenta hombres vestidos de negro corrían por el puerto, algunos apuntando a la espalda de trabajadores para que les ayudaran a agilizar la búsqueda.

Alexandre llegó corriendo hasta donde estaba Samuel Garnett, a la espera de que dieran la orden de intervenir, puesto que estaba bastante desorientado y no sabía ni por dónde empezar.

—Vamos a ese buque. —Le dijo Alexandre, señalando al gran navío verde. Ese que estaba pronto a zarpar cuando lo detuvieron.

Desde el centro de operaciones dividían los grupos para que fuese más rápida y organizada la búsqueda.

Alexandre y Samuel corrieron a la gran embarcación en compañía de seis oficiales más.

—Solo necesitamos encontrar los contenedores que corresponden a la empresa Swire Pacific o nos llevará por lo menos una semana revisar todo esto —comentó Samuel bastante preocupado, mirando hacia arriba las pilas de contenedores.

—Esos están en la proa. —La voz nerviosa de uno de los operadores de carga informó, sintiéndose realmente intimidado por estar siendo apuntado con un fusil.

Todos salieron corriendo hacia la embarcación, sin esperar que el hombre dijera nada más.

En momentos como ese era que tanto los agentes especiales, como Alexandre y Samuel ponían a prueba su extraordinaria condición física, debían correr, escalar y saltar entre grandes contenedores.

Todas las chicas y niñas, incluyendo a Elizabeth se sobresaltaron y sus corazones volvieron a latir apresurados cuando escucharon varios golpes sobre el techo del contenedor.

—Nos escucharon —susurró una de las jóvenes, aterrada—. Van a castigarnos..., van a castigarnos. —Chilló sin poder evitarlo, abrazándose a sus piernas.

—Silencio, solo guarden silencio. —Les dijo Elizabeth, temerosa de que

lastimaran más que a ella a las niñas—. ¿Alguna puede ver por los orificios?

Miren por los orificios —pidió, porque para ella hacerlo tendría que volver a arrastrarse y lastimarse más los tobillos, y ya le ardían demasiado.

—Me da miedo, si me ven los hombres malos me harán daño... Me harán mucho daño —dijo Karen temblando de los pies a la cabeza.

—Pequeña, no lo harán, no podrán verte... Solo acércate y mira un poco, tenemos que luchar, tenemos que ser fuertes. —Elizabeth la alentaba—. Ya verás que no te pasará nada malo.

—¿Lo prometes? —Sollozó.

—Sí, lo prometo, no te pasará nada malo. —Sabía que no podía hacer ese tipo de juramentos, sobre todo en la situación en la que se encontraba, pero no podían darse por vencidas.

Karen se armó de valor y con su pequeño cuerpo trémulo gateó cuidadosamente hasta donde estaban los pequeños orificios que le habían hecho al contenedor para que ellas pudieran respirar.

—Solo veo agua, solo veo el mar —dijo chillando todavía más asustada.

—Mira por los de abajo. —Le pidió.

Volvieron a sobresaltarse al sentir más golpes provenientes desde algún lugar del exterior, después todas elevaron la cabeza para mirar al techo, donde escucharon pasos enérgicos.

—Karen, mira por los que están más abajo.

—Son los hombres malos y han visto que estoy espiando. —Sollozó ruidosamente y por temor se llevó las manos a la boca para atenuar su llanto.

—No, no pueden verte cariño, están arriba... Karen, tienes que confiar en mí, no van a darse cuenta, mira una vez más por favor —dijo, y soportando todo el dolor de sus tobillos desollados empezó a arrastrarse para llegar al otro extremo, donde estaban los orificios.

Karen volvió a armarse de valor y se puso de rodillas para mirar por los orificios que estaban más abajo, no veía nada, solo al otro lado más contenedores, de pronto vio pasar un hombre vestido de negro y luego a otro, cargando unas armas.

—Aquí están, van a matarnos... Ellos dijeron que si hablábamos nos matarían, nos han escuchado. —Sentía que su pequeño corazón no soportaría tanto miedo.

—¿Cómo son los hombres? Karen, dime cómo son. —Elizabeth, en medio de la desesperación quería que la niña fuese más valiente, pero sabía que ya había pasado por mucho.

—Tienen armas, están vestidos de negro... —dijo y aterrada se alejó de los orificios.

Todas las demás empezaron a chillar, sintiendo que estaban perdidas.

Elizabeth sentía la sangre mojarle los tobillos, sentía la piel en carne viva, pero siguió arrastrándose, hasta que llegó al orificio, pero solo podía mirar con un ojo.

No había nada, solo contenedores, pero no comprendió el ojo del hueco hasta que vio a un hombre vestido de negro, ella los conocía muy bien, no eran los malos, o por lo menos no esperaba que lo fueran.

—¡Es la policía, han venido a rescatarnos! —dijo con el corazón alterado y la adrenalina dominándola—. Tenemos que hacerles saber que estamos aquí... Es momento, a la cuenta de tres empezaremos a gritar y a golpear con todas nuestras fuerzas... —indicaba Elizabeth, que necesitaba la ayuda de todas.

—No, tenemos miedo, los malos también se visten de negro... No.

—Niñas, es ahora o nunca... Si dejamos que nos lleven nos pasarán cosas mucho peores, mucho peores de lo que hasta ahora les han hecho... Vamos, no nos podemos rendir en este momento... A la cuenta de tres gritan conmigo... Uno, dos... ¡Tres!

—¡Ayuda! ¡Auxilio! —Todas empezaron a gritar y a golpear contra la lata.

Elizabeth volvió a mirar por el orificio y no había nada, pero no se lo diría a las niñas para no desanimarlas.

—¡Ayúdenos! ¡Estamos aquí! —gritaban todo lo que podían.

Elizabeth miró una vez más y vio a un SEAL de espalda a ellas, entonces hizo más fuerte sus golpes y gritos.

Él pareció escuchar y se volvió hacia el contenedor, no estaba preparada para ese momento, no estaba preparada para vivir la mayor felicidad del mundo.

—¡Papá! —Su grito se cargó de llanto por la emoción—. ¡Papi! ¡Papi, aquí! —gritaba a punto de desgarrarse la garganta, y golpeaba tan fuerte contra la lata como lo hacía su corazón contra su pecho—. ¡Papi aquí estoy!

¡Papi, escúchame!

Samuel no sabía si se estaba volviendo loco o la desesperación lo estaba llevando a escuchar la voz de su hija, solo se había quedado inmóvil, tratando de salir de la turbación que lo gobernaba.

De repente empezaba a escuchar con mayor nitidez, y su mirada se fijó en el contenedor de enfrente.

—¡Elizabeth! ¡Eli! —Corrió con fuerza y agarró impulso para saltar al otro lado, donde estaba el contenedor, la travesía resintió en una de sus rodillas, pero en medio de la adrenalina no le dio atención al dolor y siguió corriendo.

—¡Papi! ¡Aquí estoy! —gritó mucho más aliviada al darse cuenta de que su padre la había escuchado y tenía la certeza de que estaba ahí.

—Aquí estoy cariño. Pequeña, resiste..., ya vamos a sacarte de aquí —prometió pegado al acero del contenedor, como si pudiera tocarla. Tanta emoción y al mismo tiempo impotencia no le cabían en pecho.

—Papi, no te alejes, quédate aquí por favor... —suplicó desesperada, temía parpadear y que eso no fuese más que su ferviente deseo, para después

despertar a la más dolorosa pesadilla.

—No me moveré mi niña, no voy a moverme, te lo juro. —Le dio su palabra y no se alejó ni un centímetro del contenedor—. ¡Aquí! ¡La encontré!

—gritó a los que buscaban en el otro extremo del buque.

Alexandre, al escuchar a Samuel afirmar que la había encontrado se giró y corrió, pero en medio de la desesperación y la emoción perdió todo equilibrio y se fue de bruces.

Gracias al cielo tenía el seguro del fusil puesto, con gran agilidad se levantó sin pensar siquiera en que no tenía aliento, siguió corriendo y lo seguían muy de cerca otros oficiales.

Con el pecho a punto de ser reventado por el corazón desesperado, llegó hasta donde estaba su suegro pegado al contenedor, quería correr y quitarlo, pero no podía hacerlo; como padre comprendía que en ese momento él necesitaba estar con su hija.

—Papi, hay niñas aquí... Hay niñas. —Chilló ante la mínima idea de pensar que su hermanita pudiera pasar por eso.

—Tranquila cariño, ya vamos a sacarlas, toda esta pesadilla va a terminar, ya va a terminar —prometía—. ¡Abran las malditas puertas! ¡Ábranlas ya! —exigió desesperado de ver a su niña todavía encerrada. Juraba por Dios que al maldito de Morais lo mataría con sus propias manos.

En cuanto empezaron a abrir las puertas, Samuel corrió para entrar cuanto antes a sacar a su pequeña mariposa.

La luz del sol, que repentinamente se coló por las puertas abiertas lastimó los ojos de las cautivas, quienes todavía no podían creer que habían sido salvadas.

—¡Elizabeth! —El grito de Samuel hizo eco en el contenedor apenas entró.

—Aquí estamos, aquí.

Solo sollozos se dejaban escuchar, varias de las niñas no querían dejarse tocar por los hombres, todavía no asimilaban que habían llegado a rescatarlas y no a hacerles daño.

Samuel corrió casi hasta el final del contenedor, encontrándose después de tres semanas de pura agonía y terror a su hija, estaba sentada en el suelo, atada de pies y manos.

—Aquí estoy cariño, aquí estoy —dijo acunándole el rostro solo para asegurarse de que era su niña, de que la había encontrado, aunque no pudiera verla muy bien por la penumbra—. Aquí está tu papi... Todo va a estar bien.

—Le prometía, tragándose las lágrimas porque debía ser fuerte por ella.

Elizabeth asentía toda temblorosa, creyendo en cada una de las palabras de su padre, pero jadeó de dolor cuando intentó cargarla.

—¿Estás bien cariño? Sé que debes estar muy cansada y adolorida, pero ya pronto va a pasar... Te llevaré a una clínica.

—No quiero ninguna clínica, quiero ir a casa... Quiero ver a mi familia y a Alex —dijo soportando el dolor de su piel maltratada.

—Está bien, eso haremos, te llevaré a casa. —Le dio varios besos en la frente —. ¡Necesito una navaja o algo para cortar estas malditas bridas!

Uno de los oficiales le dio lo que pedía.

—Dolerá un poco, respira profundo mi amor... Perdóname por hacerte más daño —dijo cerrando los ojos y de un solo movimiento rápido le cortó las bridas de los tobillos.

Elizabeth resopló ante el dolor, soportando sin gritar ni echarse a llorar, para no mortificar más a su padre.

Alexandre quería entrar al contenedor, pero no deseaba entorpecer el reencuentro con su padre y porque ahora que estaba tan cerca de Elizabeth estaba aterrado, era atacado por el bajón de adrenalina que amenazaba con ponerlo de cara al suelo.

A pesar de que para él no existía nada más que la ansiedad por ver a Elizabeth, logró reconocer a Karen en los brazos de uno de los oficiales, a una distancia prudente sobrevolaba la zona un helicóptero del principal canal televisivo del país, mientras que en las afueras del puerto una estampida de reporteros y curiosos quería entrar para enterarse del magnífico rescate.

Alexandre decidió llamar a Moreira para avisarle que la amiguita de su sobrina había aparecido, fue una llamada rápida en la que le pedía que le avisara a la madre de la pequeña.

—Déjame cargarte cariño —pidió Samuel una vez que consiguió liberarla de las bridas.

—No papá, quiero caminar, no quiero mostrarme derrotada —dijo segura de que los medios de comunicación estarían aguardando a que apareciera.

—¿Estás segura mi niña? —preguntó y volvió a abrazarla, sin poder creer que la tenía entre sus brazos. Temía tanto hacer preguntas, no quería incomodarla, mucho menos hierla, pero bien sabía que su hija había pasado un infierno.

—Sí, solo no me sueltes la mano —pidió aferrada a la de su padre con las de ella, y empezó a darle besos.

—No lo haré, nunca más —dijo acariciándole con la mano libre la cara, y en ese momento el alivio hizo polvo la coraza de la fortaleza y empezó a sollozar fuertemente.

Elizabeth todavía estaba muy aturdida y no asimilaba lo que estaba pasando, ella en ese momento más que ser presa del ataque de nervios le brindaba fuerzas a su padre.

—Debí protegerte, soy un fracaso como padre... Debí cuidarte, no dejarte sola... —Sollozaba.

—Papá, papi..., eres el mejor padre del mundo. Suceden cosas que no puedes evitar, siento mucho haberte hecho pasar por todo esto...

—No cariño, no es tu culpa, tú no hiciste nada malo; por el contrario, has

pasado por tanto, ese maldito te hizo pasar por tanto, pero te juro mi niña, te juro que en cuanto lo encontremos voy a matarlo, le sacaré el corazón...

—No tienes que hacer nada. —Negó con la cabeza y ella no podía derramar lágrimas, aunque las sentía haciendo remolinos en su garganta; quizá ya había llorado tanto que en ese momento no podía hacerlo—. No tienes que ponerte al mismo nivel de Paulo, fue él el que asesinó a Priscila, pero ya no podrá hacerle daño a nadie más, está muerto, lo asesinó un hombre, el jefe... No sé mucho, no creo que vaya a servir de mucho para la policía. Estaba demasiado aterrada en ese momento como para prestar atención a lo que decían, creo que en algún momento nombraron algo de una clínica... o algo así —hablaba mientras limpiaba las lágrimas de su padre.

—Eso ahora no importa amor, primero iremos a casa..., primero a casa o donde quieras ir. —Le dio su palabra y en ese momento se acercó a ella otro oficial.

—¿Se siente bien señorita? —Se mostró preocupado—. ¿Segura que puede caminar?

—Sí, sí. —Afirmó con la cabeza para que se convenciera. Solo quería caminar, hacerlo con libertad, salir de ese maldito contenedor y acabar con esa pesadilla de una vez por todas.

Se aferró con fuerza a las manos de su padre, quien la ayudó a ponerse en pie. Tenía las piernas débiles y adormecidas, por lo que a cada paso le temblaban y los tobillos seguían ardiéndole. Caminó con cuidado por el suelo de metal, porque tenía los pies descalzos.

Miraba a su padre caminar con precaución a su lado, guiándola y ayudándola al ponerle una mano en la espalda. Tuvo que cubrirse el rostro con una mano al salir, porque la claridad lastimaba sus ojos.

Escuchaba el sonido de sirenas y helicópteros, la sensación del viento estrellándose en su cara y arremolinándole el pelo fue un estallido de libertad, su pecho se agitó de la más pura emoción.

Había mucho por mirar, era como reencontrarse nuevamente con la vida, era

como si todo lo viera por primera vez. Entonces, el hombre parado frente a ella, a menos de dos metros de distancia provocó que su corazón latiera de felicidad y las mariposas revolotearan por cada rincón de su cuerpo. Volvió a sentir el amor apasionado desbordándose en su ser, la ternura y lo bonito de esa sensación pareció revitalizarla, solo en ese momento se daba cuenta de cuánto lo había extrañado y de cuánto lo amaba.

Sus pasos temblorosos, una sonrisa bobalicona y las ganas de llorar la dominaban; sin embargo, no se detenía.

Alexandre, al verla acercarse, al verla caminar hacia él se dio cuenta de la fortaleza que esa mujer poseía, quería quedarse en el sitio, no abordarla por temor a aturdirla, pero no pudo seguir conteniéndose. Primero dio algunos pasos inseguros y totalmente cuidadosos, pero sentía que la distancia en vez de acotarse se alargaba, así que no pudo seguir luchando en contra de sus deseos y avanzó con largas zancadas.

Verla de cerca y darse cuenta de que en su rostro había huellas de maltratos provocó que el corazón se le hiciera pedazos y la rabia fuese alimentada en su interior, con mucha ternura le sostuvo la cabeza, mirándola a los ojos mientras los de él se llenaban de lágrimas, por lo menos estaba salva y con él, volvía a tenerla con él, que todavía no podía creer que tuvo la fuerza de soportar saberla desaparecida.

—Aquí estoy gato, te juré que nunca me perderías. —Le susurró con la voz ronca por las lágrimas contenidas.

Alexandre no pudo seguir conteniendo sus ganas y estampó su boca con la de ella, la besó con gran arrebató, sin saber si era lo correcto, sin saber si eso despertaría momentos horribles en ella, pero afortunadamente Elizabeth correspondió con la misma intensidad, se colgó de su cuello y se pegó a su cuerpo.

De manera inevitable empezó a ahogar los sollozos en la boca de Elizabeth, lloraba de miedo y de alivio, lloraba porque había soportado mucho hacerlo, porque no le había quedado tiempo para lamentarse. Él sollozaba y ella lo besaba con embeleso.

Le cerró la cintura con los brazos y de un solo impulso la elevó. Elizabeth, de manera inmediata se abrazó con sus piernas a su cintura, sin que sus labios cesaran de adorar la boca ahogada en lágrimas de Alexandre. Ella se bebía todo su dolor, toda su respiración, mientras esa imagen del más puro amor era transmitida en televisión abierta desde el helicóptero que los sobrevolaba.

Samuel admiraba el momento, sin duda alguna la prefería así de feliz y segura en los brazos de ese hombre a perderla. Por fin atendió la llamada que tanto insistía en el bolsillo de su pantalón.

—Amor, está bien... Nuestra niña está bien. —Le dijo a Rachell, que sollozaba al otro lado.

—Voy saliendo para el puerto...

—No, no lo hagas, espéranos en casa, ya vamos para allá.

—Quiero ver a mi niña, quiero abrazarla —suplicó Rachell.

—Prometo que pronto lo harás... Diles a todos que Elizabeth está bien, que ya la encontramos.

—La estamos viendo por televisión... Por favor Sam, apúrate, tráela conmigo.

—Prometo que ya mismo te la llevo, voy a llevártela Rach. —Dio su palabra y terminó la llamada. No quería interrumpir a su hija, pero tenía que hacerlo, no por celos sino porque deseaba cumplirle su promesa a Rachell.

Alexandre dejó de besarla y ella empezó a limpiarle las lágrimas con los pulgares, cada momento que podía le besaba la frente para confirmarle que estaba ahí con él, que no la había perdido, que no la iba a perder. Ya la vida había sido muy cruel con él al arrebatarse a Branca, y si de ella dependía, no iba a permitir que volviera a pasar por eso.

—Cariño, vamos a casa, tu madre necesita verte —dijo Samuel.

Alexandre no la bajó, así como la tenía caminó con ella. Con precaución bajó la rampa, y Elizabeth pudo ver cómo las niñas eran atendidas por enfermeras o las subían en ambulancias.

Varios familiares ya habían llegado al lugar y estaban en medio de un emotivo reencuentro, se despidieron agitando sus manos, y Elizabeth estuvo segura de que después de todo esto las contactaría para conocerlas mejor, para agradecerles por haber sido tan valientes.

Las lágrimas le subían a la garganta al ver que eran tan pequeñas y le habían robado de esa manera tan brutal la inocencia. Estaba segura de que a ellas les había ido mucho peor, que sus traumas llevarían tiempo en ser sanados.

Uno de los oficiales los interceptó, felicitó a Elizabeth por ser tan valiente, pero también le dijo que era necesario que los acompañara para que le hicieran los exámenes forenses correspondientes, porque por medio de ellos quizás podrían dar con los secuestradores.

—No quiero ir, no necesito exámenes forenses, no fui abusada sexualmente — aclaró, y esas palabras a Samuel le quitaron un gran remordimiento de conciencia. Si su hija lo decía era porque así había sido.

Miró al cielo y agradeció que su niña no hubiese vivido una experiencia tan aterradora y traumática.

—De igual manera necesitaremos de su declaración.

—Lo hará, pero en su debido momento. Ahora necesita descansar — intervino Samuel, que no quería seguir exponiendo a su hija a situaciones tan estresantes.

—Tenemos que dar cuanto antes con Paulo Morais —dijo el hombre preocupado. Para ellos la misión no terminaba con el rescate de Elizabeth; por el contrario, apenas empezaba.

—Está muerto, lo asesinó el hombre que me puso en ese contenedor...

Prometo que después daré mi declaración —dijo Elizabeth, todavía aferrada a Alexandre.

—Se lo agradezco. —El hombre afirmó con la cabeza, concediéndole el permiso para que pudiera regresar a casa.

Ellos debían quedarse ahí, siguiendo con los protocolos para recabar toda la información posible, que los llevara a capturar a más miembros de esa organización.

CAPÍTULO 68

Alexandre subió a Elizabeth en uno de los helicópteros, él se sentó a un lado de ella y al otro lo hizo su padre, cada una de sus manos iba aferrada a una de los hombres que más amaba; entrelazó sus dedos apretándolos con fuerza, mientras asimilaba que ya todo había terminado, que volvía a la seguridad de sus hogares y de las personas que tanto quería; sobre todo, que cualquier amenaza había terminado con la muerte de Paulo.

Aprovechó ese momento para unir las manos de Alexandre y su padre, sabía que habían dejado el orgullo para trabajar juntos en su búsqueda, pudo sentir cómo se tensaban, pero sabía que por ella en ese momento harían cualquier cosa, así que terminaron dándose un apretón.

Ella agarró esa unión y se la llevó a los labios, le dio un beso a cada uno en el dorso y fue entonces cuando la adrenalina le dio un bajón y empezó a llorar descontroladamente, mientras un hermoso atardecer pintaba de naranja a la Ciudad Maravillosa.

Mojó con sus lágrimas las manos de los hombres y las besó en muchas oportunidades, en un infinito gesto de agradecimiento. Quería parar de llorar, hablar y decirles cuán agradecida estaba, pero su llanto no cesaba. Su padre la consolaba, con la mano libre le acariciaba el pelo mientras también derramaba algunas lágrimas. Mientras que Alexandre le limpiaba las de ella con los nudillos de su mano libre, y se sentía incómodo aferrado a la mano de Samuel Garnett, que sabía no lo estimaba en absoluto. Pero por Elizabeth estaba dispuesto a cualquier cosa, ya se había convertido en un asesino por ella, qué

más daba el resto.

Tenía los párpados hinchados de todo lo que había llorado con ella, de todo lo que sentimentalmente se había expuesto; y seguía con lágrimas acumuladas, que en algún momento derramaría, ahora solo intentaba consolarla.

En la mansión todos estaban pegados al televisor, viendo las noticias y aguardando ansiosos la llegada de Elizabeth. En ese momento estaba uno de los policías hablando para las cámaras de Globo.

—... Esta vez hemos lacerado un tentáculo de esa podrida organización, sabemos que hay muchos más; pero no importa qué tan difícil sea la batalla, es de vital importancia que el gobierno, el Departamento de Justicia y el Migración trabajen junto a nosotros, que seamos un equipo para poder detener a estos brutales criminales... Esto no pasaría si no existiera una demanda, pero lamentablemente la hay, y los delincuentes saben lo lucrativo que puede llegar a ser... Está en nuestras manos detenerlos, decir «ya basta»... Esto no es algo que solo depende enteramente de las autoridades, sino de todos como ciudadanos, cuando veamos alguna situación extraña, por mínima que sea, tenemos que denunciarla... Las niñas que rescatamos, que comprenden desde los seis a los doce años las mantuvieron en cautiverio en una casa común, en un barrio común de la ciudad... ¿Cómo es que los vecinos no perciben este tipo de situaciones anormales? O si lo ven, ¿por qué no hacer la denuncia?... No podemos cerrar los ojos solo porque no conocemos a las víctimas, sin saber que esto puede pasarle a cualquiera, puede ser tu hija, tu sobrina o tu hermana... Todas esas pequeñas inocentes habrían sido obligadas a trabajar como esclavas en un burdel en cualquier parte del mundo, obligadas a hacer cosas inhumanas, hasta consumir todo tipo de narcóticos, y si no lo hacen, si por lo menos pronuncian un débil «no», serían asesinadas por incumplir las reglas de sus captores... Son nuestras niñas, nuestras... No permitamos que estas cosas sigan pasando...

El hombre seguía haciendo una denuncia abierta y al mismo tiempo pedía apoyo, cuando los Garnett escucharon el sonido del helicóptero acercarse y todos corrieron a la tercera planta para darle la bienvenida a Elizabeth.

Menos Reinhard, quien con pasos lentos pero seguros fue acompañado por su mujer al encuentro con su nieta.

Violet estaba en su habitación, jugando con Luana. La chica tenía poco de haber llegado en un taxi, porque también quería ver a Elizabeth, pero en ese momento sabía que era de más ayuda entreteniéndola a la niña, para que siguiera sin enterarse de lo que había pasado su hermana mayor.

Elizabeth elevó la mirada al cielo, agradeciéndole a Dios que le brindara la oportunidad de ver nuevamente a su familia, con cuidado de no lastimarse los pies bajó del helicóptero, de la mano de su padre y siendo escoltada por Alexandre.

Su madre la esperaba con una manta, al tenerla cerca la extendió y la abrazó. Ambas rompieron en un llanto convulso, un llanto que llevó muchos minutos, en los cuales ella le repetía una y otra vez que estaba bien.

—Toda va a estar bien mi pequeña, ya verás que pronto olvidarás todo esto.
—Sollozaba Rachell, que daría lo que fuera por haber sido ella quien pasara por esa situación y no su hija.

—Lo sé mami, lo sé —repetía, tratando de consolar a su madre.

Rachell sabía que así como ella, mediante un abrazo quería asegurarse de que su hija estaba bien, los demás también querían hacerlo, por lo que se la cedió a Reinhard.

— *Avô*, me alegra tanto verte. —Con él sabía que debía estar más calmada, mostrarse más tranquila para no angustiarse.

—A mí también pequeña, sabía que volverías a casa, lo sabía —dijo con los ojos ahogados en lágrimas, las que inevitablemente se le derramaron, permitiéndose por primera vez demostrar delante de todos que había sufrido mucho con la situación, que contuvo muchas lágrimas y mucha angustia para que sus hijos no se mortificaran por él, y porque a pesar de todo, él seguía creyéndose el pilar de acero de esa familia, al que todos se aferraban cuando las cosas se complicaban.

—No llores por mí abuelito, estoy bien, te lo prometo... Estoy bien — repetía abrazada a él y a su tía Sophia, porque le partía el corazón verlo llorar.

—Nos has devuelto el alma mi niña. —Fue lo único que el llanto le permitió decir a Sophia en medio del abrazo.

Luego abrazó a su tío Ian, ese sí que era un roble, tenía las lágrimas ahí, al filo de los párpados, pero no las derramaba; tanta fortaleza en él la llenaba de valor.

Se colgó del cuello de su tío Thor, quien le envolvió la cintura con sus fuertes brazos y la cargó; él escondió su rostro en su cuello y sollozó en varias oportunidades. Ella sabía muy bien que para él y su tía Megan era más que una sobrina, era su hija, e imaginó la desesperación que sintió de saberla perdida, tanto como para estar ahí y no en Nueva York.

Lo que más le sorprendió y al mismo tiempo no tanto fue ver a Luck, quien parecía que llevaba mucho tiempo llorando.

—Me has dado el peor susto de mi vida gata. —Le dijo abrazándola.

Elizabeth, a pesar de estar algo débil lo abrazó con todas sus fuerzas.

—Estoy bien, te lo juro. —Le susurró al oído, apretando su abrazo.

—Te amo gata, te amo tanto... No habría podido sin ti —susurraba hipando.

—Yo también mi vida, sabes que te amo, que te amo mucho —confesaba ese amor de ellos, que nadie podía comprender. Solo los dos sabían de ese sentimiento tan poderoso, porque era más, mucho más que una amistad, era un amor que no conocía de celos, un amor incomparable, un amor que se alimentaba con la felicidad del otro.

Primera vez que Elizabeth veía llorando a su hermano, primera vez que le decía con tanto sentimiento que la quería, que era la mejor hermana del mundo y que también se sentía culpable por no haberla protegido, por siempre ser tan despistado y no estar a su lado en los momentos que más la necesitaba.

Luego se abrazó a Hera, Helena y Ana, las cuatro se fundieron cómplices, llorando abiertamente, mostrándose agradecidas por tener la oportunidad de estar juntas nuevamente.

A esa unión se integraron Renato y Liam, quienes también como hombres de la familia se sentían con el deber de cuidar de las chicas, como su abuelo se los había enseñado; y sentían que de cierta manera habían fallado.

Samuel y Rachell se abrazaron, era como ver a su pequeña renacer, sin duda esa había sido la prueba más difícil que como padres les había tocado afrontar. Tenían la certeza de que ningún padre debía pasar por tanta angustia e incertidumbre; sin embargo, eso los ayudaría a ser más unidos.

Rachell miró donde estaba Alexandre brindándole a Elizabeth el tiempo con su familia, le hizo una seña para que se acercara, y de unos cuantos pasos estuvo frente a ella.

Le tendió la mano y él se la aceptó, pero ella usó la otra para apretar la de la áspera mano masculina y envolverlo en un breve pero fuerte abrazo.

—Gracias, de verdad gracias por todo lo que has hecho por mi hija, por escuchar las súplicas de una madre desesperada y exponerte sin hacer muchas preguntas. —Le dijo mirándolo a los ojos.

—Nada que agradecer, fue gracias a tus presentimientos que logramos dar con Elizabeth. Por ella haría cualquier cosa, en serio lo haría.

—Eso nos quedó muy claro, ¿verdad Samuel? —Le preguntó a su marido acariciándole la espalda.

Para Samuel era difícil afrontarlo, pero suponía que había llegado el momento de dar su brazo a torcer y comprender que ese hombre, aunque no era lo que había imaginado para su hija, la cuidaría. Por lo menos tenía la certeza de que lo haría, de que estaría dispuesto a adentrarse al infierno para rescatarla, y eso verdaderamente lo agradecía.

—Sí, gracias. —Fue lo único que pudo expresar, aunque en realidad se sintiera más agradecido.

—Luana está aquí, llegó hace un rato... Supongo que cuando vio la noticia por televisión. —Le avisó Rachell—. En verdad tienes a una niña hermosa y con un corazón demasiado generoso. Ha estado al pendiente de Violet en todo

momento.

—Eso lo heredó de su madre, no soy así...

—Imagino que era una jovencita de buen corazón, pero tú también eres generoso, eres un buen hombre, lo has demostrado —dijo totalmente convencida.

—Gracias... —¿Qué más decir? No tenía la más remota idea, solo supo expresar esa palabra. Volvió la mirada a Elizabeth, que sin duda estaría ocupada por unos cuantos minutos, quizá horas; y él no sabía si sería prudente seguir ahí—. ¿Puedo ver a Luana? —preguntó, porque en todo ese tiempo el centro de todo había sido Elizabeth y no su pequeña, era consciente de que la había hecho a un lado.

—Sí claro, está en la habitación de las niñas, está con Violet, déjame llevarte.
—Le soltó la mano a su marido y caminó, guiándolo.

Rachell tocó la puerta de la habitación, y antes de que pudieran responderle abrió y asomó medio cuerpo.

—Niñas, ¿qué hacen? —preguntó cariñosa.

Mientras Alexandre esperaba con las manos en los bolsillos del pantalón negro estilo cargo que llevaba puesto y que era del uniforme del equipo de operaciones especiales que le habían dado.

—Jugamos mami, Luana me está enseñando a hacer trenzas. Mira qué bonita me está quedando —dijo la niña, mostrándole el cabello a medio trenzar de Luana, con quien practicaba.

—Sí que te queda muy bonito, eres tan talentosa mi niña. —Se acercó y le dio un beso en los cabellos—. Pero tienes que permitirle a Luana que vaya a ver a su papá, que acaba de llegar.

—Y Eli, ¿vino con él? —preguntó muy interesada, porque su hermana llevaba tiempo sin visitarlos. Sabía que estaba ocupada con el trabajo, eso le habían dicho, pero ya le extrañaba que nunca los visitara.

—Sí, pero está muy cansada, ha tenido mucho trabajo, seguro que la verás por la noche. Vamos a cenar todos juntos, ¿te parece? —Le preguntó acariciándole el pelo.

—Sí..., está bien —dijo juguetona—. Mami, ¿quieres que te haga una trenza?

—Sí, claro mi vida. —Le dijo y se soltó la cola de caballo que llevaba, al tiempo que se sentaba en una esquina de la cama.

—Ya verás, te va a quedar muy bonita. —Dio su palabra poniéndose de rodillas sobre la cama, para poder estar a la altura adecuada.

Luana salió de la habitación y se encontró a su padre con la espalda contra la pared. Inmediatamente lo abrazó, y él correspondió como si ella fuese su tabla de salvación; los sollozos roncós empezaron a inundarle los oídos, eso a ella le rompió el corazón, porque solo entonces se daba cuenta de cuán desesperado y aterrado había estado su padre.

Ella también lloró aferrada a él, intentaba consolarlo al acariciarle la espalda, pero no le hablaba, mucho menos le pediría que dejara de llorar, porque sabía que se estaba desahogando con ella, como no lo había hecho nunca.

Cuando él se alejó y empezó a limpiarse las lágrimas, ella le ayudó a hacerlo; su padre estaba sonrojado por el llanto y la vergüenza de haberse mostrado de esa manera delante de ella, pero suponía que era la única persona en el mundo que podría comprender lo que hubiese sido de su vida si perdía a Elizabeth.

—Todo va a estar bien —dijo ella sorbiendo los mocos de su llanto, mientras le acariciaba la cara a su padre—. Va a estar bien papi, ya verás que vas a ser muy feliz junto a Eli y que quizás en unos meses me regales un hermanito.

—¿No te pondrás celosa? —preguntó, quitándole tanto sentimiento de tristeza al momento y obligándose a aceptar que lo peor había pasado, que Elizabeth estaba sana y salva.

—Para nada, siempre he querido un hermano o un primo, pero ni mi padre ni mi tío deseaban dejar de lado la vida loca.

—Prometo que te regalaré uno, pero tienes que darnos tiempo. Elizabeth tiene que terminar sus estudios..., todavía es muy joven, y yo no quiero que abandone sus sueños por mí... —Ya a él le había pasado una vez, quizá si no hubiese embarazado a Branca ya habrían recorrido el mundo, como tanto deseaban ambos, pero entonces también pensaba que no tendría a su pequeña, y no podía imaginarse la vida sin Luana.

—Su sueño eres tú papi, estoy completamente segura de eso. Creo que no te haces una idea de cuánto te ama... —hablaba totalmente convencida.

Como mujer sabía perfectamente cuándo un hombre enloquecía a otra, y Elizabeth estaba demente por su padre.

El sonido del teléfono de Luana interrumpió en ese momento sus palabras, dejándolo fascinado con lo que estaba escuchando.

Ella, al ver la pantalla no dudó ni un segundo en contestar.

—¡Hola tío! —saludó con las emociones todavía a flor de piel.

Alexandre no pudo evitar que los celos lo llevaran a poner los ojos en blanco, parecía que Marcelo últimamente acertaba a llamar a su hija cuando estaba con él. Sí, se había prometido hacer una tregua entre tanto odio, pero era incontrolable esa sensación que se replegaba por su cuerpo al pensar que su hija prefería a su tío antes que a él.

—Justamente lo tengo en frente... ¿En serio? —preguntó bastante sorprendida, eso que estaba pasando era un milagro, definitivamente lo era—.

¿Estás seguro?, ¿no te arrepentirás? —preguntaba entre divertida e impresionada—. Está bien, está bien... Ya lo hago. —Se alejó el teléfono de la oreja con la mirada puesta en su padre y ofreciéndole el aparato—. Mi tío quiere hablarte. —Casi chilló de la emoción, pero su padre terminó negando con la cabeza—. Por favor papi, atiéndele por favor —suplicó entrecerrando los párpados.

Alexandre no dijo nada, solo agarró el teléfono y se lo llevó a la oreja, a la espera de cualquier comentario mordaz proveniente de Marcelo.

—Dime —habló a la defensiva.

—Vi por las noticias que rescataron a Elizabeth, ¿cómo está? —preguntó con su tono de voz tan impersonal que no dejaba apreciar ninguna emoción.

Luana aprovechó para marcharse, no quería que su padre se sintiera incómodo o cohibido de hablar por su presencia. Así que con una gran sonrisa y el corazón latiéndole fuertemente de felicidad giró sobre sus talones y se fue a ver a Elizabeth.

—Bien —respondió Alexandre, todavía perturbado por esa llamada.

—¿Lograron capturar al que la secuestró?

—No, ella dice que otros lo asesinaron... Trabajaba con una organización de tráfico de órganos, que también tenía contacto con tratantes de blancas...

—explicó, manteniendo una conversación con su hermano por primera vez en muchos años, y sin duda se sentía muy extraño.

—¡Cuánta mierda hay tapada en este país! —Marcelo pensaba que si no fuera por sus padres y Luana, ya se habría ido desde hacía mucho tiempo, habría aceptado la oferta de ser el gerente en Holanda.

—Como en todos lados, solo que aquí, por lo menos, se logró destapar una mínima parte...

—Eso es bueno. —Ya no tenían mucho más que decirse, imposible encontrar las palabras después de tantos años sin hacerlo en absoluto.

Marcelo sentía que el odio hacia su hermano se diluía de a poco y que le había ayudado en demasía haberle confesado cuánto amó a Branca, escupirle sus más duros reproches a la cara y no seguir manteniéndolos encerrados en el pecho.

—Espero pronto pagarte lo que me prestaste. —Alexandre dio su palabra.

—No es necesario, no quiero que me pagues nada —dijo y terminó la llamada sin más. Sabía que para Alexandre sería casi imposible pagar ese dinero, que

a él sinceramente le sobraba; eso lo mandaría a su lista de obras benéficas.

Alexandre quedó con la palabra en la boca, no tenía opciones por el momento, pero estaba seguro de que le devolvería el favor a Marcelo; todavía había mucho resentimiento por parte de ambos, como para que él se quedara con algo que no le pertenecía.

Caminó para regresarle el teléfono a su hija, cuando una vez más empezó a repicar; no pudo evitar mirar la pantalla y darse cuenta de que era Oscar, suponía que quería avisarle que ya Elizabeth había llegado, pero en realidad no le gustaba en absoluto que el chico estuviese tan pendiente de su niña.

Estimaba a Oscar, como amigo era un gran chico, pero que ni pensara que iba a jugar con su hija; Luana ya no estaba para las ilusiones vacías de adolescentes.

Ella iba caminando por uno de los tantos salones que tenía la mansión Garnett, con toda la intención de ir a ver a Elizabeth, cuando vio que Oscar aparecía y se acercaba a ella dando largas zancadas; pensó que probablemente iba tan deprisa a otra parte, por lo que no pudo presagiar el rápido movimiento que hizo al sostenerle la cabeza y besarla.

Ella se quedó inmóvil en medio de la sorpresa, pero como una tonta enamorada, como no se había comportado en mucho tiempo y de lo cual no había obtenido un buen resultado, se dejó llevar y correspondió con el mismo deseo y pasión. Ahí estaba, tropezando una vez más con la misma piedra y cayendo de bruces.

—Esta vez no pienso disculparme —dijo él sin soltarle la cabeza y mirándola a los ojos—, porque me gustas Luana, me gustas mucho... Sé que no quieres que esto pase, que no quieres que nos enamoremos, pero sabes muy bien que eso sucedió en cuanto nos vimos —hablaba con toda la valentía que había reunido en los últimos días—. Sé que tienes miedo, yo también lo tengo...

—No, tú no tienes miedo, lo que tienes es una novia; que por cierto, es algo psicópata —dijo toda temblorosa y retrocedió un paso, quitándose sus manos de la cara.

—¿Melissa te ha molestado?, ¿te ha escrito? —preguntó confundido.

¿Que si le había escrito? No solo le había escrito, sino que también le había enviado vídeos, demostrando lo insegura que era, creyendo que insultándola iba a herirla; cuando en realidad solo provocaba que le diera lástima, por su autoestima tan baja.

—Tengo que irme —dijo avanzando un paso, pero él se interpuso.

—¿Qué te hizo?

—Nada, solo dame permiso. —Volvió a hacer el intento de marcharse, pero él volvió a impedirselo.

—Voy a terminar con ella, te lo prometo... En cuanto llegue a Nueva York le diré que lo nuestro no puede continuar.

—Suerte con eso —comentó mordaz, pues sabía que a los hombres se le daban muy bien las mentiras—. Pero no lo hagas porque esperas algo de mí, porque no puedo darte nada —dijo, tratando de esconder el dolor que eso le provocaba.

—Es porque te gusta Luck, ¿cierto?

—Ya te he dicho cientos de veces que él no me gusta, no como novio...

Son cosas más complicadas que tú no puedes entender, porque todavía ves todo esto de manera superficial.

—Solo si me dejaras demostrártelo, pero seguro que cuando me toque regresar a Nueva York tú ni contestes mis llamadas... ¿Cómo esperas que te demuestre que quiero algo en serio?

—No exageres, que siempre contesto tus llamadas y mensajes...

—Te acabo de llamar y no me atendiste...

—¿Me llamaste? —preguntó con el corazón subiéndole de golpe a la garganta.

—Hace como un minuto...

Antes de que pudiera decir algo más giró rápidamente y corrió de regreso a donde había quedado su padre con el teléfono, lo vio venir y se detuvo de golpe.

—¿Qué... qué te dijo mi tío? —preguntó sin saber qué más hacer para mostrarse tranquila.

—Nada importante... Parece que tu padre se ha convertido en un fantasma —ironizó al ver lo pálida que estaba.

—No, no es eso... Ay papá, es que te estaba esperando para ir a ver a Eli.

—Se acercó y se colgó de su brazo.

—Aquí tienes tu teléfono —dijo ofreciéndoselo mientras caminaban—.

Por cierto, te llamó Oscar... —En ese momento se lo toparon—. ¡Ah mira, hablando del «rey de Roma»! —comentó al verlo, pero esa casualidad sí que no le daba buena espina.

—Hola... Luana, te estuve llamando —dijo haciendo de cuenta que no la había visto, ya que ella estaba bastante pálida.

—Es que mi teléfono lo tenía mi papá —informó, pelándole los ojos, para que se diera cuenta de que había cometido una grave imprudencia—. ¿Qué querías decirme? —preguntó y todavía las mariposas que él despertó con su beso revoloteaban en su estómago.

—Solo que Eli está preguntando por ti. —Mintió, en realidad era él quien se moría por verla, porque apenas llegó se encerró en la habitación con Violet, y él estaba muy pendiente de las noticias.

En ese momento fue el teléfono de Alexandre el que vibró en el bolsillo de su pantalón, y no dudó en atenderlo al ver al remitente; imposible no hacerlo después de todo lo que le había ayudado.

—Habla Gavião. —Fue lo que dijo al contestar.

—Quiero ver a Elizabeth, asegurarme de que está bien... Estoy aquí, afuera de su casa, en medio de una maldita horda de periodistas, y los de seguridad no me dejan pasar —explicó al otro lado del teléfono.

Alexandre consideraba que era necesario preguntarle a alguien si podían dejarlo pasar, pero todos estaban ocupados tratando de hacer sentir a Elizabeth en casa, el único que tenía cerca era a Oscar.

—Dame un momento. —Le dijo y después se dirigió al joven—. Oscar, afuera está Wagner Ferraz, es muy amigo de Elizabeth y ayudó mucho para encontrarla...

—Sí, sé quién es.

—No lo dejan pasar —avisó.

—Ya doy la orden —comentó y caminó hasta el teléfono intercomunicador más cercano.

—Ya te van a conceder el paso, te esperaré en la entrada. —Le avisó y caminó a la salida.

Alexandre salió al pórtico de la gran mansión, y desde ahí pudo ver la gran concentración de periodistas, fotografiándolo con sus cámaras de largo alcance; odiaba que hicieran eso, pero no podía evitarlo.

Wagner apenas entró corrió para llegar cuanto antes.

—¿Cómo está? —preguntó agitado.

—Bien... Algo perturbada y débil, pero bien —respondió y caminó al interior de la casa, para que lo siguiera—. Solo recuerda que es mi mujer, no te hagas falsas ilusiones.

—Eso lo tengo completamente claro —masculló caminando al lado de Cobra. Su amor por Elizabeth no era egoísta, y si ella era feliz con su rival, él se resignaba a perderla, lo importante era que estuviese bien.

Elizabeth, que no quería irse a dormir, porque ya había pasado mucho tiempo

sedada, ni tampoco deseaba descansar, porque lo que más anheló durante sus horas de encierro era poder compartir con su familia, y ahora que Dios le había concedido la oportunidad no iba a desaprovecharla.

Así que estaba con ellos en el área de la piscina, usaba el mismo vestido que le había regalado su último captor, el hombre elegante de pelo y ojos negros, y seguía descalza. Sí, le dolían las heridas, sobre todo sus tobillos, pero ya su tía Sophia y Thais se las habían curado.

Sin duda alguna ese era un día lleno de milagros, la emoción le llegó a un nivel impensable cuando vio aparecer a Wagner en compañía de Alexandre.

Se levantó del asiento con la boca abierta por la emoción; en realidad, ella quería mucho a Wagner, lo estimaba tanto y le había dolido demasiado que se molestara con ella y dejara de hablarle. No podía creer que estaba ahí, menos al lado de Alexandre.

Ambos caminaron con rapidez y se abrazaron fuertemente, las rastas de él le picaban en los antebrazos, pero seguía apretándolo con fuerza.

—Me alegra tanto verte —dijo ella.

—No más que a mí, nos has dado un gran susto a todos... Perdóname por ser un tonto, por molestarme contigo.

—Definitivamente eres un tonto, ya te lo había dicho... ¡Ay, te extrañé tanto!
—Se acercó para hablarle al oído—. Tendrás que llevarme a Rocinha, porque Alex no quiere.

Wagner sonrió, esa mujer era incorregible. Acababa de pasar por una situación bastante traumática y ya estaba pensando en volver a ponerse en riesgo; en su caso, él estaría metido debajo de la cama y no saldría como en unos seis meses.

—Está bien, lo pensaré —dijo sonriente. Lo cierto era que ni loco volvería a llevarla, el cargo de conciencia era algo con lo que no sabía lidiar, y tampoco creía prudente que volviera a Rocinha por un buen tiempo, o así se los había aconsejado Rayne.

Reinhard se encargó de organizar un gran almuerzo en el jardín, donde se reuniría toda la familia, incluyendo a los padres de Alexandre, quienes habían llamado para celebrar el regreso de Elizabeth y para disculparse por no estar ahí, pero desde que terminaran la cirugía que tenían programada en unos minutos se irían para allá.

Wagner tuvo el placer de conocer personalmente a la hija de Alexandre y no pudo evitar pensar en que jamás imaginó que un hombre tan maldito y arrogante fuera el padre de algo tan hermoso y delicado, pero se obligó a desviar su atención de la chiquilla, antes de que lo echaran a patadas de la reunión, y estaba bastante entretenido con la conversación que compartía con todos los jóvenes ahí presentes, quienes se habían agrupado en torno a Elizabeth.

Reinhard le pidió a su nieta que fuera a ducharse y descansara durante el par de horas que faltaban para la comida, y fue el mismísimo Samuel Garnett que sorprendió a todos al pedirle a Alexandre que la acompañara a la habitación, para que le ayudara a ducharse y la convenciera de descansar un poco.

Ya en la intimidad de la habitación Alexandre la desnudó poco a poco, sin quitarle la mirada de los ojos, lo hacía con precaución, porque no quería perturbarla; estaba tan temeroso de hacerle revivir malos momentos que ni siquiera deseaba conversarlo.

Ella también empezó a desnudarlo y eso agitó los latidos en él.

—Solo te acompañaré, no tienes que hacer nada de esto, no creo que sea cómodo para ti —murmuró sin saber si esas eran las palabras adecuadas.

—Sí me acompañarás y nos bañaremos juntos... No sabes cuánto extrañé hacerlo, y siento que han pasado años.

—Tres semanas para mí han sido una eternidad —confesó, volvió a acunarle la cara, la besó con delicadeza y le acariciaba los hematomas en su cara—. Lo que realmente lamento es que me hayan arrebatado la oportunidad de matar a ese maldito —murmuró con sus pupilas vagando por cada rasgo de su mujer—. Siento una rabia incontrolable, y ahora el culpable no está para desahogarla.

—Pero le pegaste muy duro, eres mi héroe... Vi lo que le hiciste, llegó furioso... —Soltó una risita. Aunque Paulo estaba muerto no merecía menos que su odio—. Lo dejaste irreconocible... ¿Cómo sospechaste de él?

—Tu madre y Luck fueron los que sospecharon y me informaron, fui a esa casa y busqué las pruebas que me confirmaran que estabas ahí. Al encontrarlas y verlo llegar no pude controlarme, si no hubiese sido por unos malditos policías, quizá habría cumplido mi deseo de partirlo en mil pedazos... Pero ya no hablemos más de eso. —Le pidió, no quería rememorar momentos tan desesperantes, tampoco que se les enfriara el agua en la bañera.

Desnudos se sumergieron, quedando sentados uno enfrente del otro.

Elizabeth soportó en silencio y estoicamente el ardor en sus heridas.

Separó sus piernas, dejándolas por encima de las de Alexandre, y su mirada fue captada por la herida que él tenía en el hombro.

—¿Qué te pasó? —preguntó, llevando la yema de su dedo medio y empezó a bordear la cicatriz.

—Una tontería, no es nada —respondió mientras anudaba su mano y la llenaba de agua, para derramarla en el pecho de su mujer.

—¿Fue por mí? —Siguió sin tener ganas de desistir—. Lo siento tanto mi amor —musitó, segura de que eso debió doler, y de que no se hacía una idea de todo lo que él tuvo que pasar mientras ella estuvo en cautiverio.

—No tienes nada que sentir, todo guerrero tendrá cicatrices por defender a su amada... Dijiste que querías uno y que no te importaban las cicatrices. — Le recordó.

—En absoluto, pero no quiero que por mi culpa te llenes de ellas ni sigas arriesgando tu vida, cuando lo único que quiero es llenarte de amor.

Alexandre llevó sus manos a las nalgas de ella y la empujó más hacia él, acercándola mucho más a su cuerpo.

—Me has dado más amor del que algún día pude imaginar. —La abrazó con

absoluta pertenencia y le repartió varios besos en el hombro. Sin poder contenerse más empezó a llorar, y ella también lo acompañó.

—Por un momento pensé que jamás volvería a verte Alex, que no volvería a sentirme así, entre tus brazos, que jamás podría sentir tu fuerte espalda... Y

pensaba que quizá no te había aprovechado tanto como lo deseaba, que quizá no te había dicho lo suficiente lo mucho que te amo. —Sollozó Elizabeth.

Alexandre volvió a mirarla a la cara, se la acunó y le limpió las lágrimas con los pulgares.

—En cambio yo... —La soltó y agarró el pantalón que estaba en el suelo junto a la bañera, rebuscó en uno de los bolsillos y sacó lo que buscaba—, siempre supe que te encontraría... Sí tuve mucho miedo, me aterraba no poder encontrarte a tiempo, pero en todo momento estuviste conmigo... No lo dejaba ni por un minuto, porque solo anhelaba el momento de devolvértelo —dijo abriendo la cajita de terciopelo negra—. Y preguntarte una vez más, si después de todo esto... todavía quieres casarte conmigo —propuso mirándola a los ojos y de los de él un par de lágrimas caían.

—Dije que sí la primera vez que me lo propusiste y lo diría un millón de veces más, y todas las que sean necesarias, porque estoy completamente segura de que te amo y de que quiero casarme y quedarme contigo hasta el día en que muera Alexandre Nascimento —dijo llorando de felicidad y de alivio—.

Ponme mi anillo gato —dijo sonriendo entre lágrimas.

Alexandre, con manos temblorosas volvió a ponerle el anillo, y fue ella la que le llevó las manos a la cara, apretándosela con fuerza y le estampó un beso, con el que sellaban la promesa de unirse en matrimonio. Lo harían a pesar de todas las adversidades vividas, porque su amor era más fuerte que cualquier cosa.

FIN

EPILOGO

EPILOGO

Después de seis duros meses entre visitas a psicólogos, algunos interrogatorios policiales y los extenuantes preparativos del matrimonio entre Alexandre y Elizabeth, la familia Garnett estaba nuevamente reunida, pero estaba vez en Trancoso, una pequeña localidad en las costas del sur bahiano, donde predominaban los acantilados y playas de aguas cristalinas, que besaban la arena blanca.

También la familia Nascimento, excepto Marcelo, quien a pesar de haber limado a medias las asperezas con su hermano, no se había ganado el aprecio suficiente como para ser invitado.

Habían alquilado por dos semanas la posada do Outeiro, y llegaron cuatro días antes de la boda, para estar a tiempo con todos los preparativos y los ensayos. Alexandre y Elizabeth se habían vivido durante esos días la luna de miel por adelantado, pero en la víspera del enlace, prácticamente los obligaron a dormir en habitaciones separadas.

Los días posteriores serían de celebración. La boda sería sencilla, pero sin dudas el festejo sería a lo grande.

Ana, Hera, Helena y Luana despertaron a Elizabeth a las seis de la mañana para llevarla por dos horas al spa de la posada, donde ya las esperaban Rachell, Megan, Sophia y Thais.

Después del agradable rato de relajación volvieron a la habitación, donde ya se encontraba el vestido que Rachell le había diseñado, mientras Elizabeth se

duchaba llegó la estilista y la maquillista.

Después de casi tres horas de arreglo en esa habitación donde disfrutaba del verdor de la naturaleza, del canto de los pájaros y del oleaje del mar estuvo lista, con su vestido de encaje floral y transparencia, de tiros finos y un escote en V, que le llegaba casi al ombligo.

El sencillo pero hermoso diseño en color champán dejaba al descubierto la perfecta y sedosa espalda de Elizabeth, se acompañaba desde los muslos, donde el encaje floral se mezclaba con el llamativo toque de malla, dando la impresión de ser una delicada red de pesca con diminutos brillantes, que barría el suelo.

El cabello se lo peinaron hacia un lado, con suaves ondas, y le hicieron un semi recogido con un tocado de pequeñas orquídeas blancas al lado derecho de la cabeza.

La maquillista se esmeró en resaltar sus impactantes ojos grises azulados y los labios los dejó en un color bastante natural. Ella no podía evitar sentir que las emociones hacían remolinos en cada rincón de su ser, estaba muy nerviosa pero también se sentía extremadamente dichosa.

Sus damas de honor y madrina entraron vistiendo sus hermosos vestidos de telas ligeras en color azul turquesa, como el color de las aguas de las playas de Trancoso, todas lucían preciosas.

Ellas las acompañaron para la sesión de fotos que estaba pautada para esa mañana. Aprovecharon cada espacio del magnífico lugar, en medio del verde intenso de los jardines tropicales y puentes de madera que atravesaban los enigmáticos ríos; también fueron llevadas hasta los acantilados para tener de fondo al océano inmenso y que el viento jugara con las telas de los vestidos.

Regresaron a la habitación en la posada donde se refrescaron con champán, le retocaron maquillaje y peinado. Cuando Samuel entró a la habitación, vistiendo un traje beige con camisa blanca y sin corbata, supieron que estaban a poco menos de una hora para el enlace.

Las chicas salieron para permitir la última conversación entre padre e hija

antes del matrimonio.

Samuel se quedó sin aliento al verla, era muy parecida a la misma sensación que experimentó cuando vio vestida a Rachell de novia, pero esta tenía un toque de melancolía que no podía ignorar.

—Luces magnífica, de verdad que estás hermosa mi amor —dijo con un gran nudo de lágrimas haciendo estragos en su garganta.

—Gracias papi, tú también estás muy apuesto... Sin duda alguna eres el padre más apuesto y sexi que pueda existir.

—Solo tatas de elogiarme para que olvide que hoy voy a perderte definitivamente...

—Jamás me perderás, seguiré siendo tu niña, lo seré toda la vida.

—¿Estás segura de esto? Porque si no lo estás, justo detrás de esta habitación he mandado a aterrizar un helicóptero, podríamos escaparnos juntos —dijo tomándole las manos y mirándola a los ojos.

Elizabeth sonrió y negó con la cabeza, sin poder ocultar sus ojos brillantes por las lágrimas de felicidad.

—En serio quiero a Alex, lo amo papá. —Apretó las manos de su padre —. Y sé que él también me quiere.

—Sí, lo sé —dijo él reteniendo las lágrimas, se había prometido no llorar, se había jurado ser fuerte y entregar a su hija de buenas maneras, no le quedaba de otra—. Muy a mi pesar, sé que te quiere y que estaría dispuesto a hacer cualquier cosa por ti... Sé que también lo amas, porque has cometido más de una locura por él, y eso es el amor, es locura, es pasión, es arriesgarse incluso si el mundo está en tu contra... Es vivir lo que sientes a costa de lo que sea, eso es amor.

Elizabeth asentía ante cada palabra de su padre y parpadeaba rápidamente para no llorar y terminar arruinándose el maquillaje.

—Solo quiero un matrimonio como el tuyo y el de mamá, quiero en algunos

años formar una familia, tener hijos... ¿Qué importa si me hacen la vida más complicada y se convierten en mi mayor responsabilidad? O si tengo una niña parlanchina como Violet o un niño apasionado por los videojuegos como Oscar, voy a amarlos...

—O una hermosa, arriesgada y testaruda capoeirista... Esa sí que te va a dar dolores de cabeza... Siento haber sido tan desconfiado, haber dejado que mis miedos me superaran y no me dejaran ver más allá... Hoy no será, pero algún día te contaré el motivo de mis miedos, y espero que entonces entiendas porqué fui tan intransigente y me perdones. Jamás quise decir que no eras mi hija, sabes que lo eres, eres la luz de mis ojos, la paz de mi alma, eres lo más grande que tengo Elizabeth.

—Cuando estés preparado sabes que voy a comprenderte, aunque no tengas ninguna razón. —Frunció la nariz en forma divertida—. Igual siempre te amaré y soportaré tus celos..., porque te amo papá, fuiste y serás siempre mi primer amor, eso nada ni nadie va a cambiarlo, eres el número uno en mi vida... Y ya, que no quiero llorar.

Se dieron un fuerte abrazo, que Rachell interrumpió al entrar; ella caminó y se unió al abrazo, dándole varios besos a su hija.

—Es hora, seguro que no quieres hacerle pensar a Alexandre que tu padre terminó por convencerte de subirte al helicóptero que tiene ahí atrás.

—No, jamás lo dejaría plantado, no puedo. —Negó enérgica.

—Pues vamos, que los niños están ansiosos y las chicas ya quieren hacer su entrada.

Elizabeth salió de la habitación aferrada al fuerte brazo de su padre y cargando el buqué variado con flores blancas.

Su madre también iba a su lado, infundiéndole seguridad y amor.

Estaba tan nerviosa que todo parecía ser un sueño, jamás había sentido tanta felicidad anidarle en el pecho; sintió que iba a estallarle cuando sus pies descalzos se sumergieron en la arena, bajo un pasillo cubierto por un techo de

miles y miles de rosas blancas y rosadas.

Al final estaba Alexandre con un traje blanco y camisa en el mismo color, descalzo y con sus rizos siendo mecidos suavemente por el viento, bajo un espeso techo de rosas; inevitablemente volvió a enamorarse, era tan perfecto, tan imponente, tan guerrero, tan suyo.

Delante de ella iban Jonas, que lucía tan tierno con su trajecito blanco, y Violet, con un vestido de telas ligeras en un violeta pastel; el pequeño llevaba los anillos, y su hermanita esparcía pétalos de rosas en la arena; detrás, los quintillizos se encargaban de repartir más pétalos y saludar a todos, agitando sus manitas. Luego Ana y las gemelas, quienes lucían espectaculares y más difícil de identificar, al llevar los mismos vestidos, peinados y maquillaje.

Elizabeth estaba que lloraba, producto de todas las emociones que la golpeaban, ver a todos sus seres queridos y amigos rodeándola. Sus damas de honor lucían preciosas y los chicos se veían muy apuestos; en ese momento sus ojos se clavaron en Luck, su hermoso y mejor amigo Luck, que tenía los ojos ahogados en lágrimas y se veía tan perfecto con ese traje aguamarina y camisa blanca.

También vio a Wagner, de verdad que le alegraba mucho verlo, y la mayor sorpresa fue ver a los capoeiristas de la favela ahí. No tenía idea de que ellos estarían. Ya de por sí, su entrada no era con la típica marcha nacional con piano, trompetas o coros celestiales; no, a ella la guiaba al altar el retumbar de varios berimbaus.

Sonrió ampliamente y saludó con la mano al ver a los capoeiristas de la favela, que con ese semblante imperturbable la miraban y solo le regalaron un asentimiento o una muy sutil sonrisa.

También estaba Bruno, que la miraba con embeleso; y Manoel, que se mordió el labio y gesticuló un clarísimo «mamacita», que no pasó desapercibido para Samuel, quien le dedicó una dura mirada, por lo que el chico se puso serio inmediatamente; ella sonrió y le guiñó un ojo.

Ahí, muy cerca de su futuro marido estaban los padres de él. Guilherme se mostraba dichoso y hasta tenía los ojos llorosos; Alenne, por su parte, apenas

se hacía a la idea de que en verdad iban a casarse, que ella quería a Alexandre en serio, con todo su corazón y su alma.

Ella volvió a poner los ojos en Alexandre y tragó en seco, él también lo hizo, no era miedo ni incomodidad, eran lágrimas que se le atoraban en la garganta.

Particularmente, ese día sus ojos se notaban más claros, al igual que sus rizos; no sabía si era por el traje blanco, por el techo tupido de rosas, que regalaban un aroma de ensueño o por las emociones que estaba viviendo.

Sentía que sus pies se hundían en la arena y que con la cola de red y encaje de su vestido arrastraba los pétalos de rosas, podía sentir su corazón golpeando con fuerza, el viento mecerle el pelo y el brazo de su padre guiándola; de no sentirlo pensaría que era un espejismo, que todo era un maravilloso sueño.

No podía contener su amplia sonrisa, ya las mejillas le dolían, pero no podía dejar de estar tan feliz.

Sus pupilas buscaron las de Alexandre, había llegado el momento de que su padre la entregara, pero todavía no la soltaba, y cuando lo hizo solo fue para llevarse las manos a la cara y empezar a sollozar.

Samuel había prometido que no lloraría, pero las emociones lo rebasaban, y ahí estaba, brindando el espectáculo más decadente y ridículo, y que no podía detener; sollozaba como un niño sin consuelo, todavía renuente a dejar ir a su hija.

—Papi. —Elizabeth le acariciaba la espalda, él seguía llorando con la cara tapada—. Papá, todo está bien.

Samuel asintió con la cabeza, sabía que estaba bien, que ella estaría en buenas manos. En un movimiento rápido la abrazó, escondió su cara en el cuello de su pequeña para llorar más libremente y después le dio varios besos en la mejilla.

—Te amo mi niña, solo quiero que seas muy feliz.

—Lo seré, te lo prometo. —Dio su palabra.

Agarró la mano de Alexandre y la unió a la de Elizabeth.

—Solo cuídala por favor.

—Con mi vida señor Garnett. Gracias por poner en mis manos a uno de sus mayores tesoros. Sé que lo que está haciendo requiere de mucho valor — dijo con total sinceridad.

Samuel asintió, se limpió las lágrimas con ambas manos y después se fue a su puesto junto a Rachell, quien lo recibió con un abrazo y varios besos, después le ayudó a limpiarse las lágrimas mientras se tragaba las de ella.

—Papi, ¿por qué lloras? —Le preguntó Violet bajito.

—Por nada mi amor.

—¿Es porque Elizabeth se está casando y se irá con Alex? Cuando yo me case te prometo que no me iré de casa, nos quedaremos a vivir con ustedes.

—Mejor no hablemos de cuando tú tengas que hacerlo o moriré de nostalgia.
—Casi le suplicó.

—Pero si Eli se ve preciosa —dijo.

—Demasiado —susurró convencido, sin poder quitar los ojos de su hija.

La ceremonia inició y en medio de lágrimas, sonrisas y promesas Alexandre y Elizabeth se unían en matrimonio, con un amor que en ella estalló como una bomba que lo cambió todo, mientras que para él, había sido una recompensa a tantos años de amor infinito, de soñar con mucho menos que eso, pero sin nunca dejar de idealizarla en sus anhelos.

—Hoy, en este lugar y delante de todas las personas que amamos... — Elizabeth empezó a decir más que sus votos, unas palabras que de corazón quería que Alexandre y todos los presentes escucharan—, quiero decirte que siento que mi corazón se desborda de una alegría que jamás sentí, un sentimiento de agradecimiento inmenso por haber encontrado en ti al hombre de mi vida, mi guerrero anhelado, mi mejor amigo, mi amante perfecto, mi marido y el futuro padre de mis hijos... —Tenía las lágrimas al filo de los

párpados, mientras que Alexandre se limpiaba una caprichosa que rodaba por su mejilla—. Nos complementamos porque nos respetamos, porque somos cómplices en nuestras locuras; y sobre todo; porque no nos cuestionamos nada, para nosotros no existe el «dónde, el cuándo ni el por qué»... Me estoy casando contigo Alexandre. —Sorbió los mocos de las lágrimas que no pudo contener ni un segundo más—, porque cuando pienso en eternidad, solo puedo pensar en los dos juntos, y cuando imagino el futuro, veo la hermosa familia que formaremos... —Lo miraba fijamente, luego giró la cabeza hacia la derecha y buscó a Luana, quien estaba sentada en la primera fija junto a sus abuelos y con Jonas en las piernas. Al mirarse ambas sonrieron, como reflejo del profundo amor y respeto que había surgido entre ellas desde que se conocieron—. Cuando te conocí no sabía que estaba tan cerca de vivir un amor tan pleno, pero Dios sabe por qué hace las cosas, porqué decidió que te conociera y que termináramos en aquel hueco de Rocinha, con mi pelo lleno de tierra y aquel terrible raspón en mi rodilla.

Alexandre estiró la mano y le acarició un sedoso mechón castaño, mientras le sonreía con mucho amor.

—Elizabeth, a tu lado quiero hacer planes, quiero ayudarte a alcanzar todos tus sueños, que tengamos hijos, tan hermosos como tú, quiero amarte hoy, mañana y siempre; y si existe algo más allá, ahí anhelo seguir amándote... — Alexandre quería decir más, pero los borbotones de lágrimas se lo impedían—. Lo seguiré haciendo amor mío... ¿Qué no haría yo por ti *Delícia*?

—Dejarme vencerte en una roda. —Le recordó eso que tenía muy presente, provocando que algunos de los presentes rieran.

Alexandre sonrió, le sujetó la cabeza y le dio un beso apasionado, después llevó su boca hasta el oído de ella.

—Eso jamás. Si algún día me vences será porque de verdad lo has logrado, no porque yo te lo haya permitido. —Le susurró.

Elizabeth le dio un puñetazo en la espalda de manera juguetona, para después continuar con la boda, la cual terminó en medio de aplausos y lluvia de pétalos de rosas, mientras los novios se besaban con gran pasión.

La celebración, que se extendería por tres días apenas empezaba en medio de los lindos deseos y abrazos de todos.

Caminaron descalzos por la arena hasta el gran salón de pisos de madera y techos de cristal, la misma decoración de rosas blancas y rosadas predominaban por todo el lugar.

Las sesiones de fotos de los novios solos y con los invitados no paraban, la música, las bebidas y los aperitivos tampoco.

Elizabeth aprovechaba cada vez que tenía oportunidad para abrazar y besar a su padre, para que se diera cuenta de que haberse convertido en la señora Nascimento no cambiaba en absoluto a la hija de Samuel Garnett.

Bailaron varias canciones, él lloró otro poco; su madre también lo hizo, al igual que sus tíos y su abuelo.

La tan esperada hora de lanzar el ramo llegó, todas las solteras se reunieron, esperando contar con suerte de ser la afortunada que lo atrapara.

Elizabeth estaba cerca del acantilado, de cara al océano y bajo un hermosísimo cielo estrellado, mientras que detrás de ella se aglomeraban las chicas solteras que asistieron a su matrimonio.

—¡Va! ¡Ahí va! —gritaba emocionada—. Uno, dos... ¡Tres! —Lanzó con mucha fuerza el buqué hacia atrás, pero para sorpresa de todos, no hubo tirones de pelo ni ninguna comiendo arena.

Cuando Elizabeth se giró se encontró con su ramo en el suelo, todas las chicas se habían apartado, huyéndoles al compromiso con sendas carcajadas; a ella no le quedó más que reír también.

Fue Violet la que corrió y agarró el buqué, emocionadísima porque muy pronto iba a casarse, lo agitaba en lo alto mientras gritaba «¡Voy a casarme!, ¡voy a casarme!».

—Será mejor que se lo quites tú a que lo haga yo y termine lanzándolo lo más lejos posible al océano. —Le dijo Samuel a Rachell.

—Solo está jugando cariño —dijo ella sonriente y le plantó un beso a su exagerado marido.

Trataban de seguir el cronograma que había hecho la planificadora de la boda, quien le recordó a Elizabeth que debía ir a cambiarse, porque en diez minutos bajarían a la playa para hacer la roda de capoeira.

Elizabeth corrió a la habitación sin poder quitarse a su marido de al lado, los diez minutos que debía tomarse terminaron siendo treinta, porque ninguno pudo contener las ganas de entregarse por primera vez como marido y mujer; encerrados en el baño, Alexandre la sentó sobre el lavabo, le arrancó las diminutas bragas de encajes y la embistió con arrebató y amor, entretanto ella le comía la boca y le enterraba las uñas en las nalgas, empujándolo para encajarlo más en su cuerpo.

Llegaron a la orilla de la playa tomados de la mano ya cuando la roda se estaba formando y ensayaban con los instrumentos el corrido que tocarían.

En medio de palmadas se organizaron, y como era de esperarse el juego lo iniciaron los recién casados, donde demostraron que ambos contaban con la destreza y la contundencia del juego duro, pero igual terminaron tirados en la arena en medio de un apasionado beso.

Ya después todos los capoeiristas que ahí estaban reunidos tuvieron su oportunidad para demostrar su juego, para darle rienda suelta a la pasión que compartían.

—Entra papá —pidió Elizabeth, instando a su padre—. Vamos, entra...

Yo te agarro esto —dijo recibiendo el vaso de wiski que tenía a la mitad.

Samuel se preparó para estar en una roda con viejos, muy viejos amigos, que también lo habían sorprendido; ya había pasado gran parte de la mañana hablando con el Mestre y otros con los que había luchado hacía muchos años; rememorando muy buenos tiempos, por lo que era imposible que no estuviera muriéndose por luchar.

En medio de un alegre corrido Samuel entró, pero nadie parecía atreverse a

enfrentar al fiscal, no por miedo, sino por respeto; sin embargo, su ya oficial yerno fue el que se aventuró.

Elizabeth no estaba preparada para ello, por lo que la emoción se le desbordó. Definitivamente, su padre luchaba muy bien y Alexandre le llevaba el ritmo con total sincronía, mientras eran alentados por los demás.

Las risas, las discordias, los silbidos y algunas palabras soeces alentaban a los hombres que estaban dando el todo por el todo, pero al terminar el encuentro solo hubo un indiscutible vencedor y que celebró por todo lo alto, porque dejaba claro que los años no eran un impedimento para seguir siendo uno de los mejores.

Ese, ese hombre le había arrebatado a su hija, pero él le había dado una dosis de buena capoeira.

Alexandre, totalmente derrotado se acercó a Elizabeth, quien lo recibió con besos, mimos y pucheros.

—Creo que me quitaste toda la energía —dijo él, aprovechando que todos celebraban la victoria de Samuel Garnett para apretarle las nalgas y besarla con desmedida pasión—. Confirmando que no es bueno tener sexo antes de una de las luchas más importantes.

—No te hagas —susurró ella contra los labios de Alexandre—, que sé que lo dejaste ganar.

—Es mi suegro, no puedo dejarlo en ridículo —confesó, frotando con su nariz la de Elizabeth.

La celebración seguía en pleno, pero Alexandre solo quería disfrutar de su mujer, por lo que sin que se lo esperara la cargó y corrió con ella hasta la playa, donde terminaron volcados por las olas, en medio de risas y besos.

Debían disfrutar con sus seres queridos y amigos esos días que duraría la celebración, porque al terminar, se tomarían un año completo para recorrer el mundo y disfrutar del regalo de bodas que ambas familias les habían hecho.

Porque no todas las historias de amor se viven al mismo tiempo.

Otros personajes tienen más para contarte en otro momento.

Espera sus historias.





CONTACTA A LA AUTORA

@Lily_Perozo

Lily Perozo

Lily Perozo

Perozolily@gmail.com

<http://www.lilyperozo.com>

Document Outline

- [CONTENIDO](#)
- [DEDICATORIA](#)
- [AGRADECIMIENTOS](#)
- [CAPÍTULO 1](#)
- [CAPÍTULO 2](#)
- [CAPÍTULO 3](#)
- [CAPÍTULO 4](#)
- [CAPÍTULO 5](#)
- [CAPÍTULO 6](#)
- [CAPÍTULO 7](#)
- [CAPÍTULO 8](#)
- [CAPÍTULO 9](#)
- [CAPÍTULO 10](#)
- [CAPÍTULO 11](#)
- [CAPÍTULO 12](#)
- [CAPÍTULO 13](#)
- [CAPÍTULO 14](#)
- [CAPÍTULO 15](#)
- [CAPÍTULO 16](#)
- [CAPÍTULO 17](#)
- [CAPÍTULO 18](#)
- [CAPÍTULO 19](#)
- [CAPÍTULO 20](#)
- [CAPÍTULO 21](#)
- [CAPÍTULO 22](#)
- [CAPÍTULO 23](#)
- [CAPÍTULO 24](#)
- [CAPÍTULO 25](#)
- [CAPÍTULO 26](#)
- [CAPÍTULO 27](#)
- [CAPÍTULO 28](#)
- [CAPÍTULO 29](#)
- [CAPÍTULO 30](#)
- [CAPÍTULO 31](#)

- [CAPÍTULO 32](#)
- [CAPÍTULO 33](#)
- [CAPÍTULO 34](#)
- [CAPÍTULO 35](#)
- [CAPÍTULO 36](#)
- [CAPÍTULO 37](#)
- [CAPÍTULO 38](#)
- [CAPÍTULO 39](#)
- [CAPÍTULO 40](#)
- [CAPÍTULO 41](#)
- [CAPÍTULO 42](#)
- [CAPÍTULO 43](#)
- [CAPÍTULO 44](#)
- [CAPÍTULO 45](#)
- [CAPÍTULO 46](#)
- [CAPÍTULO 47](#)
- [CAPÍTULO 48](#)
- [CAPÍTULO 49](#)
- [CAPÍTULO 50](#)
- [CAPÍTULO 51](#)
- [CAPÍTULO 52](#)
- [CAPÍTULO 53](#)
- [CAPÍTULO 54](#)
- [CAPÍTULO 55](#)
- [CAPÍTULO 56](#)
- [CAPÍTULO 57](#)
- [CAPÍTULO 58](#)
- [CAPÍTULO 59](#)
- [CAPÍTULO 60](#)
- [CAPÍTULO 61](#)
- [CAPÍTULO 62](#)
- [CAPÍTULO 63](#)
- [CAPÍTULO 64](#)
- [CAPÍTULO 65](#)
- [CAPÍTULO 66](#)
- [CAPÍTULO 67](#)
- [CAPÍTULO 68](#)